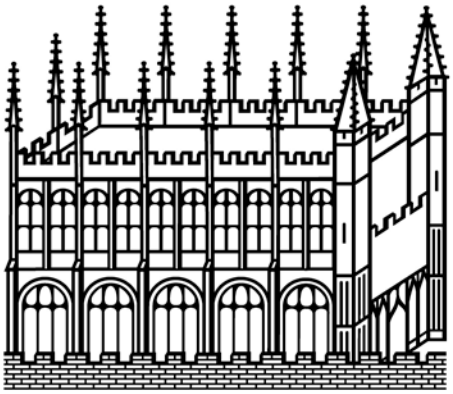


Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

600008949-

# COMENTARIOS DE LA GUERRA DE ESPAÑA, E HISTORIA DE SU REY PHELIPE V. EL ANIMOSO,

DESDE EL PRINCIPIO DE SU REYNADO, hasta la Paz General del año de 1725.

DIVIDIDO EN DOS TOMOS.

*POR DON VICENTE BACALLAR Y SANNA, Marqués de San Phelipe, Vizconde de Fuente-Hermosa, de el Consejo de su Magestad Catholica, su Cavallerizo Mayor del Reyno de Cerdeña, Governador, y Reformador de los Cabos de Callér, y Gallura; Alcayde de la Gran Torre, y Embiado Extraordinario á la Serenisima Republica de Genova.*

## TOMO PRIMERO.

En Genova, por Matheo Garvizza, con Licencia.

243. f. 53.

BIBLIOTECA·BODLEIANA·

# SEÑOR.

Ntregó Dios el Mundo á la ambiciosa disputa de los Mortales: De ella fue el primer objeto la Dominacion; pero como esta es regalía de Dios, se glorían en vano las Artes, el Valor, los Arrojos, el Mérito, y los Derechos de el lógro de una Corona. Dios la ciñe al que con arcána providencia eligió, para sobstituirle en el Dominio de la Tierra, que directamente, solo es de quien la creó. Con heroyca, sublime, é inimitable virtud despreció V. Mag. su Diadema: Ciñóla un dignísimo Succesor, cuyo adorable nombre no tiene aliento de repetir el dolor; pero mas oculta providencia se la conservaba á V. Mag. en las Reales sienes, aun quando menos lo advertia; y aun quando huyendo de sus brillanteces, se negó V. Mag. á los ojos del Mundo,

entregado á los divinos ócios de un retiro. El fatal motivo bolvió á V. Mag. al Mundo, al Sólio, y al Govierno; pero no sacó V. Mag. su corazon del retiro, aprendiendo en él á tratar con acierto el Mundo, que admiró otra vez á V. Mag. Sábio en el magestuoso Trono; Recto en el sublime Tribunal; Esforzado en la sangrienta Campaña; Indefenso en las nunca intermitentes fatigas; Constante en las triplicadas adversidades; Moderado en las bien sudadas dichas, y triumphos; Sublime, descendiendo voluntariamente del Trono; Docil á la obligacion, y mayor Rey de sí mismo, bolviendole á ocupar repugnante.

Con estas señas especificas de V. Mag. le restituyo Yo tambien al Orbe en estos Comentarios de la Guerra contra V. Mag. que pongo á sus Reales pies, escritos tan ingenuamente, y sin los villanos traydores humos de la lisonja, como Obra, que se havia de presentar á Principe tan amante de la verdad. Ella es el alma de la Historia, y la firmisima base, en que funda la noticia llegar á ser erudicion: Por eso, ni mi obligacion, ni mi

amor

amor á V. Mag. ha contaminado la pluma, que yá que osé escrivir, debí conservarla indiferente, y por la infelicidad de los tiempos, compasiva.

No defrudo á las heroycas acciones de Amigos, ó Enemigos el lugar elevado, que les compete, Ensalzando á estos, sus mismas brillanteces descubren las feas sombras, de que se tiñeron los menos amantes de su honra, y de su obligacion.

En la cadena de los hechos, como no se puede interrumpir la mesma dependencia de los engarces, trae á la noticia lo heroyco, y lo vil. Indignense contra sí los malos, si vén (con horror, ó con mas reflexion) de qué materiales quisieron construir su fama: Sin critica alguna, ni censura escrivo los hechos; si la pertinacia del propio dictamen los quiere todavia defender como buenos, no me toca impugnar, sino referir: El Mundo queda por Juez, y la Posteridad; algunos quedarán problematicos, y no será poca dicha. Lo malo, que no publicó su propio Autor, lo callo, y callo mucho; por eso escrivo Comentarios, y

no

no Historia, cuyas leyes, para lo exacto de las noticias, son mas rigurosas. En guerra de intereses tan varios, y complicados; de acciones por politica, ó por pasion, con tanta diversidad referidas, mucho ignoraré, aunque lo he procurado indagar con diligencia, y aplicacion, buscando el fundamento, no sin comunicacion de los que hacian mucha figura en este Theatro.

Mejores plumas escrivirán los heroycos hechos de V. Mag. en las Chronicas de España, ó en su particular Historia: Entretanto verá el Principe nuestro Señor, en estos Comentarios, quanto tiene que imitar en su glorioso Progenitor, que es otra obligacion, no inferior, ni menos dificil, á la que trae consigo el reynar. Espero, que la vida de ambos ha de dilatar Dios, hasta dár nuevos asuntos á la admiracion, y á la Fama.

CO-

# COMENTARIOS DE LA GUERRA DE ESPAÑA,

## DESDE EL PRINCIPIO DEL REYNADO DEL REY PHELIPE QUINTO,

### HASTA LA PAZ GENERAL.

## TOMO PRIMERO.

CON la Paz de Risvuich descansó la España: poco el Rey Carlos II. fatigado de tan repetidos infortunios, y de Guerra tan infeliz. Para apartar de sí la nota de ambicioso Luis XIV. gloriosisimo Rey de Francia, restituyó á la España quanto en la ultima Guerra la havia ganado: Luxemburg, Contray, otras Plazas en Flandes, y á Barcelona. Era mas vasta su idéa, y para correr mejor el espacioso campo de ella, se aligeró de los despojos de sus enemigos. Al Trono aspiraba de España, no olvidando los derechos de su familia, viendo al Rey sin succesion, y con fama (aunque no muy cierta) de inhabil á la generacion. Este secreto, como era en sí, descubrió al Rey de Francia Maria Luisa de Borbón, primera muger del Rey: guardóle exactamente, y reservó su intencion Luis XIV. hasta tiempo mas oportuno, porque tenia, con tan dilatada guerra, exasperados los animos de los Españoles: su felicidad fundó en ellos una aversion indeleble, como en la Europa toda un justo temor de que no se agigantase mas su poder, cada dia mayor con los prósperos acaeci-

acaecimientos. Manteniase armado; y para no perdonar diligencia, recurrió á las Artes, que aprendió con el largo uso de reynar.

Era á este tiempo Presidente de Castilla, y favorecido de el Rey, el Conde de Oropesa; y pareciendole oportuna esta aparente quietud de la Europa, trató de elegir Succesor á la Monarquía, para gloriarse Autor de Obra tan grande, y asegurar su autoridad, y su poder, si se debia á su industria la eleccion. Esto era para el Rey de suma molestia: nada oía con mas desagrado, que las disputas de los derechos, que pretendian tener á la Corona el Emperador Leopoldo, el Rey de Francia, y el hijo del Duque de Baviera. (este era el menos aborrecido) No se le escondian los afectos del Rey al Conde, y con su permiso, vencido blandamente el animo, formó una Junta de escogidos Ministros del Consejo Real de Castilla, y Aragon, para que consultasen, quien de los referidos tenia mas accion al Trono. Oró elegantemente por el Delphin de Francia Don Joseph Perez de Soto, hombre ingenuo, recto, y gran Jurisperito. Probó con energía „ No tener derecho al„guno los Austriacos, que reynaban en Germania, en virtud „de las Leyes Municipales de España, favorables á las hem„bras, confirmadas por el Testamento del Rey Don Fernando „el Catholico, y la Reyna Doña Isabél, que llamaban al Reyno „á su hija Doña Juana, muger de Phelipe el Hermoso de „Austria, de quien nació Carlos V. cuyo viznieto Phelipe IV. „casó á su hija mayor, la Infanta Doña Maria Theresa, con „Luis XIV. de Francia, de quien nació el Delphin Luis de „Borbón, investido de los derechos de la madre, legitima he„redera de España, muriendo sin succesion Carlos II. su her„mano. Expresó, quán injusto era despojar de ellos á la Reyna „Doña Maria Theresa, y pasarlos á la Infanta Doña Marga„rita, su hermana menor, casada con el Emperador Leopoldo; „y por ella, á su nieto, Joseph Leopoldo de Baviera, hijo de „la Archiduquesa Maria Antonia, nacida de la Emperatríz „Margarita; siendo de ninguna consideracion los Testamentos „de los Austriacos sobre la España, porque no era suya, sino „de la Reyna Doña Juana, que llamaron la Loca, y reynó „despues de la Reyna Doña Isabél, su madre, sirviendo esta „succesion de exemplo á su posteridad. Ni tenia fuerza alguna

„la

»la cesion, á que obligó Phelipe IV. á su hija la Infanta »Doña Maria Theresa, quando casó con el Rey de Francia; »porque no nacía de ella originariamente el derecho, sino »por ella se derivaba á sus descendientes; y si havian de va»ler estas violentas cesiones, tambien la hizo la Archidu»quesa Maria Antonia, quando casó con Maximiliano Ma»nuel, Elector de Baviera, Padre de Joseph Leopoldo. Este fue el parecer de Don Joseph Perez, seguido de pocos, porque los mas votaron por el Principe de Baviera; ó engañados de su propio dictamen; ó corrompidos de la adulacion, y del miedo, prevenidos los mas del Conde de Oropesa. Pasó al Consejo de Estado la Consulta, y tuvo la misma felicidad el Principe Bávaro: no asistieron á él el Cardenal Don Manuel Portocarrero; ni Don Sebastian de Toledo, Marqués de Mancéra, porque penetraron la voluntad del Rey, propensa al Bávaro, y ellos se inclinaban al Delphin. Persuadido el Rey á que hacia justicia, declaró Heredero de sus Reynos (muriendo sin succesion) al Principe Joseph Leopoldo; y durando su menor edad, Governador de ellos á su Padre; y mientras este pasase á España, al Conde de Oropesa, que solo con el Secretario del Despacho Universal, Don Antonio de Ubilla, concurrieron al Decreto, hecho con el secreto mayor, porque no lo penetrasen la Reyna Maria Ana Neoburgica, ni el Almirante de Castilla Don Juan Thomás Henriquez, acerrimos parciales de la Casa de Austria; la Reyna, por amor á los hijos de su hermana; y el Almirante, por adulacion á la Reyna, de quien era favorecido. Dificil de guardar un secreto, al qual precedió tanta disputa, se penetró en la Corte, y llegó á la noticia del Conde de Harrach, Embaxador de Alemania en España, que participandolo á su Amo, encendió la ira del Cesar, hasta el immoderado exceso de meditar la venganza. Fingió ignorarlo el Rey de Francia, y dexó que corriesen las quexas por los mismos Austriacos. Aprobaron la resolucion del Rey Catholico el Rey Guillelmo de Inglaterra, y los Olandeses, y ofrecieron sus armas, para que tuviese su execucion, emulando el immoderado poder de los Austriacos.

Permanecian aún los Plenipotenciarios en Risvuich, hasta perficionar algunos Articulos, poco importantes, y dar tiem-

po á que se executasen las de mayor entidad; y no pudiendo disimular mas su enojo el Emperador, despues que se apartaron del Congreso los Españoles, propuso la division de la Monarchia de España entre varios Principes, de ninguno entonces bien escuchada, antes tratada la propuesta con desprecio de los Ingleses, y Olandeses. El Rey de Francia respondió, que no era tiempo de disputar sobre unos derechos intempestivos, viviendo el Rey, y alentó la discordia entre el Emperador, y el Duque de Baviera, sin haver menester mucha maña, porque estaba radicada desde la muerte de la Archiduquesa Maria Antonia, muger del Duque, é hija del Emperador Leopoldo, á quien con instancia pedia el Bávaro reintegracion de los gastos, hechos por la Casa de Austria en la ultima guerra de Ungria. Fenecido el Congreso de Risvuich, reformaron los Principes sus Tropas, menos el Francés, que las dividió por las Plazas. Embió á España por Embaxador al Duque de Harcurt, hombre prudente, sagáz, y que se explicaba con felicidad. Quexóse blandamente con el Conde de Oropesa, de la injusticia hecha al Delphin, declarando Succesor al Principe de Baviera; la respuesta fue grave, y no prolixa: *Que lo havia hecho el Rey con dictamen de sus Consejeros de Estado, y Justicia, desnudo de afecto, y de temor: Que havia consentido Luis XIV. á la cesion de su muger, la Infanta Doña Maria Theresa: Que por eso havia pasado el derecho á su hermana la Infanta Doña Margarita, abuela del Principe de Baviera.*

Firme en su esperanza Luis XIV. mandó á su Embaxador, que cultivase la amistad, que tenia con el Cardenal Portocarrero, el Marqués de Mancera, el Inquisidor General Rocaberti, y el Padre Froylán Diaz, Confesor del Rey; no tanto, porque sabia eran sus parciales, quanto por enemigos del Conde de Oropesa, de cuya caída, si acontecia, como es ordinario á los mas favorecidos, esperaba mejor fortuna. Esto mismo deseaban la Reyna, el Almirante, y el Embaxador Austriaco, fiando vencer al Rey á revocar el Decreto de la Succesion, si faltase Oropesa. A este tiempo se esparció una voz, alentada, mas de la malicia, que de la verdad, que estaba el Rey hechizado, para asentir sin réplica á el ageno dictamen, dando por Autores de tan execrable hecho á la Reyna,

na, á el Almirante, y á el Conde de Oropesa: dió asenso á esta falsedad Froylán Diaz, ó por odio, que á los mas allegados al Rey tenia, ó maravillado de su demasiada docilidad, de su flaqueza de animo, é inconstancia, (alguna vez con injusticia) y verle padecer congojas, y deliquios, con indicante de mas alto origen, que de causas naturales; y asi determinó usar de los remedios, que prescrive la Iglesia, y de los acostumbrados exorcismos. Aprobaron este dictamen el Cardenal Portocarrero, y Rocaberti, no sin la siniestra intencion, de que publicase el mal el remedio, y se avigorase el odio del Pueblo contra los que el Rey favorecia. Llevaba esto muy mal la Reyna, y los que governaban; pero no se atrevian á embarazarlo, por no parecer se resistian al que se juzgaba remedio de las dolencias del Rey, y acreditar con su repugnancia la falsa voz, que transcendió, hasta conseguir el credito de no pocos, que nunca lo son en el Vulgo los que le dan á lo peor. El Rey, sin alientos á la réplica, permitió los conjuros, con los quales excitó la aprehension una profunda melancolía, horrorizado de los fuertes, y expresivos terminos, con que hablan los Exorcistas, creyendose poseido del maligno Espiritu. Este quebranto le consumia mas, y le reduxo á tan deplorable estado, que la que empezó en sus Vasallos compasion, degeneró en desprecio, anublada la Magestad. No comprobada de señal alguna la sospecha de Froylán Diaz, desistió del intento; pero no bastó á que se aquietasen Portocarrero, y Rocaberti, fiando á nuevas diligencias sacar á luz la verdad, porque de ella esperaban la ruina de sus émulos. Supieron, que havia una Vejada en Cangas, Villa de Asturias, y dispusieron, que mandase Froylán al Exorcista, preguntase al Demonio esta duda, y la verdadera causa de la dolencia del Rey, y de su remiso animo. Obedeció, malogrando la imprudente diligencia: respiró mil falsedades, y mayores dudas el padre de la mentira: dixo, que estaba hechizado el Rey, calló los Autores, despues nombró muchos, y porque quiso hacer mal á tantos, le hizo á ninguno. Esto se acriminó como delito despues á Froylán, que le ocasionó muchos trabajos, porque la Reyna, irritada de persecucion tan iniqua, hizo, que el Rey le despidiese, y se le dió por Confesor al Padre Fray Nicolás Torres Palmota,

de la misma Orden de Predicadores, amigo del Almirante.

No se havia olvidado Don Manuel Arias, Freyle de San Juan, de la Presidencia de Castilla, que en govierno ocupó algun tiempo, y uniendose con el Cardenal Portocarrero, y Don Francisco Ronquillo, que havia sido Corregidor de Madrid, con popular aplauso, determinan perder al Conde de Oropesa, y al Almirante, que los miraban como embarazo á su exaltacion. Ronquillo no descuidó de esparcir por el Vulgo lo que podia irritarle; fingia compasion de sus males, alguna vez lagrimaba; favorecia á su designio la casual esterilidad de aquel año, por la qual se aumentaron los precios de la Harina, y el Aceyte; clamaba el Pueblo, y todo se atribuía, á que permitió el Conde de Oropesa extraher Trigo á Portugal, y que havia la Condesa su muger mandado comprar, por negocio, todo el Aceyte de Andalucía, para que fuese árbitra del precio la avaricia de una mano. Estas quexas traian encadenadas otras de no menor entidad: »Que »estaba desterrada la justicia, haciendo venales los empleos: »Que tenian engañado al Rey, y que solo reynaba la tyra»nía, hasta introducir el hambre, la pobreza, y la miseria; y »que se havian desterrado los mas zelantes Ministros, y Pa»dres de la Patria, para no oponerse á la barbaridad con que »se trataban los subditos. Sin recato decia, y murmuraba todo esto el Pueblo: Aconteció, que maltratada en la Plaza Mayor de Madrid, por un Alguacil, una Verdulera, prorrumpió en baldones contra el Corregidor Don Francisco de Vargas, que se hallaba presente. Bolvió este las espaldas con prudencia, disimulando lo que oía: siguióle la Plebe, y lo mas infimo de ella, con oprobios, y maldiciones: traxo la curiosidad, ó el rumor mas gente, y en desconcertadas voces creció la multitud, y la insolencia, hasta formarse un tumulto, alentado del crecido numero, y del exemplo. Para fundar su razon, pedian *Pan*; y al parecer, defendidos con decir: *Viva el Rey*, pedian la muerte del Conde de Oropesa. El ciego impetu, con que procedian, los llevó á la Plaza del Real Palacio. Amedrentóse el Rey; encerróse en lo mas retirado de él la Reyna; tomaron las armas las Guardias, y ocuparon las puertas; no era la intencion del Pueblo violarlas: piden, que

se

se asome el Rey á un balcon; y aunque estaba ceñido de toda la Nobleza, que luego concurrió á Palacio, parecióle darles aquella satisfaccion. Dexóse vér; repetia el Pueblo: *Pan*; y respondió el Conde de Benavente, Sumiller de Corps, que buscasen al Conde de Oropesa, á cuyo cargo corria. Entendió el enfurecido Pueblo, que con esto, no solo se le permitia, pero se le ordenaba el delito. Pasan con impetu feroz á la casa del Conde, aplican fuego á las puertas, claman por su muerte, y hirieron su nombre con las mas graves injurias. Defendian la casa los Criados, y algunos familiares, que previendo este desorden, havian acudido á ella: defendiendo la entrada, mataron algunos del Pueblo, que se enardeció mas con el estrago. Huyó el Conde, con su muger, é hijos, por el texado mas vecino. Supolo el Rey, y para aplacar el furor de la Plebe, permitió, que pudiese entrar á buscarle. No hallando al dueño, se cebaron en las alhajas; reynó mas la ira, que la codicia, porque no fue saquéo, sino destrozo. Oyóse en el tumulto clamar contra la Reyna, y su Confesor, Padre Gabriél Chuisa, de la Orden reformada de Capuchinos, de Nacion Alemán; mas cruelmente contra el Almirante: huvieranlos querido victima de su furor; pero como nadie governaba la confusa multitud, ignoraban como executar los delirios de la rabia. Entróse por el tumulto á cavallo, con un Christo en las manos, para sosegarle, Don Francisco Ronquillo, al qual nuevamente, por instancia del amotinado Pueblo, havia nombrado el Rey Corregidor de Madrid. Ni con esto se aplacaron, ni con haver sacado el Señor Sacramentado los Religiosos, que asisten al Convento de las Monjas de Santo Domingo el Real, (puesto en la misma plaza de la casa de Oropesa) hasta que salió con arte del Palacio una voz, que acometerian á los sediciosos docientos Cavallos, que el Rey tenia junto á la Corte: Este miedo, y las sombras de la noche deshicieron el tumulto, y lentamente se retiró á sus casas el Pueblo. Al siguiente dia suplicó el Consejo Real de Castilla al Rey, permitiese acudir á él su Presidente el Conde de Oropesa, siendo lo contrario injurioso á la autoridad Real; no sin el peligro, que viendose contemplada, tomase mas cuerpo la insolencia del Pueblo. El Rey, mas medroso, que politico, desterró al Conde, y á el Almirante: fue Autor

tor de este Decreto el Cardenal Portocarrero, exagerando al Rey riesgos, que estaban lexos de lo posible, pero fue facil rendirle á qualquier resolucion, porque estaba consternado, y aun fuerzas naturales le faltaban á la réplica. No perdió un apice de la oportunidad, que le ofrecia la fortuna, el Cardenal: dispuso dár la Presidencia de Castilla otra vez, en govierno, á Don Manuel Arias; y se confirmó Corregidor á Ronquillo. Ya era otro enteramente el semblante de las cosas, otros los que ascendieron al favor, y al mando, ya vencida la Reyna, porque del tumulto quedó despavorida.

En este estado de cosas murió tempranamente en Bruselas Joseph Leopoldo, Bávaro, el que, como diximos, se havia nombrado Heredero á la Corona. Divulgóse el falso rumor, que le havian envenenado los Alemanes. Esto acrecentó el odio del Duque de Baviera contra los Austriacos. Cobró nuevas esperanzas el Francés, alentadas de que eran sus parciales los que actualmente mandaban. El Rey bolvió á las molestas dudas, y necesidad de elegir Succesor: Nada le costó mas afanes, porque sobre ser tan grave el negocio, era su animo naturalmente irresoluto: Creian los que no tenian perfecto conocimiento del Rey, que luchaba con sus pasiones, y no las tenia vehementes: Amaba poco á los Austriacos, ni aborrecia con gran odio á los Borbones; pero le fue siempre molesta su felicidad. Sin noticia del Rey formó en su casa una Junta el Cardenal Portocarrero; fueron los llamados el Marqués de Mancéra; Don Pedro Velasco, Marqués del Fresno; Don Federico de Toledo, Marqués de Villafranca; y Don Francisco de Benavides, Conde de San Estevan del Puerto, Magnates de España, y del Consejo de Estado. Traxeronse á disputa los derechos del Delphin, y de los Austriacos, y adhirieron todos á aquel, como hiciese la renuncia en su segundo hijo Phelipe de Borbón, Duque de Anjou: De este mismo dictamen fue Don Manuel Arias. Discurrian, que esto convenia á la Monarquía, que havia menester un Restaurador, y de familia alguna le podian elegir mejor, que de la de Luis XIV. Principe potentisimo, felíz, y sin igual en su siglo. Conjuranse á defender esta razon, apoyada de las legales, que explicó con elegancia Don Joseph Perez. Lo contrario defendian la Reyna, Don Rodrigo Manrique de Lara, Conde de

Fri-

Frigiliana, y Don Balthasar de Mendoza, entonces Inquisidor General, que estaban por los Austriacos, pero no tenian poder. El Almirante, desde su destierro, mantenia con cartas en este dictamen á la Reyna. Oropesa se mostraba indiferente: haciale fuerza la razon de los Borbones, pero la contrastaba su voluntad, propensa á los Austriacos. El Conde de San Estevan tomó á su cargo tentar el animo de la Reyna, para traerla á su opinion, aunque la mantenia, con quantas artes le era posible, el Embaxador Cesareo, Conde de Ausbergh. El Cardenal Portocarrero tuvo osadia de representar al Rey la indispensable necesidad de bolver á elegir Heredero: oyóle con desagrado, porque su Confesor Nicolás Torres le mantenia inclinado á los Austriacos, y le presentó unos papeles, que á favor de sus derechos escrivieron Don Sebastian de Cortes, y Don Pedro Guerrero, Consejeros de Castilla, hombres sabios, pero lisonjeros. El Duque de Harcurt, Embaxador de Francia, no perdonando diligencia, introduxo con la Reyna á la Duquesa, su muger, que blandamente la propuso las bodas del Delphin, muriendo el Rey. Creyeron algunos, que no lo escuchase la Reyna con desagrado; pero la respuesta fue grave, y digna de la Magestad. Esto mismo dispuso Harcurt, que inspirase á la Reyna Don Nicolás Pignatelli, Duque de Monteleon, su Cavallerizo Mayor, y muy favorecido. La Reyna siempre se mostró indiferente, aunque con ocultas persuasiones conservaba á el Rey averso á la Casa de Francia; y para fomentarlo mejor, y echar de la Corte á Harcurt, reveló el secreto de haverla propuesto, de su orden, las bodas del Delphin, faltando el Rey, que gravemente herido de tan intempestiva propuesta, y de ver meditaban mucho en su muerte los Franceses, mandó á su Embaxador en París, Marqués del Casteldosrius, que llevase con la mas viva expresion al Rey estas quexas contra su Ministro, al qual apartó de Madrid, y del Ministerio Luis XIV. por complacer al Rey, y le succedió, con caracter de Embiado, el Señor de Blecurt. Antes de partir de España el Embaxador, esparció en Idioma Castellano un papel sedicioso, que con demasiada energía explicaba el infelíz estado del Reyno, y los derechos á él de los Borbones. Traxo á la memoria las pasadas desgracias de los que le governaron; y no perdonó, ni al

sa-

sagrado de la Reyna. Poco indulgente la politica de muchos hacía al Rey de todo noticioso, cuyo quebrantado animo, y debilidad, daba señas de poca vida. Esto obligó á el Consejo de Estado á representar los inconvenientes de no elegir Succesor. El Rey, ó por tomar mas tiempo, ó por satisfacerse mas, consultó la duda con el Sumo Pontifice Inocencio XII. pasaron los Despachos por mano del Duque de Uzeda, Embaxador en Roma. Esto escrivia el Rey al Pontifice: »Que »yá casi sin esperanzas de succesion, era necesario elegir »Heredero á los Reynos de España: Que recaían por dere»cho en una Casa Estrangera, aunque la obscuridad de las »Leyes havia hecho dudosa la razon, siendo ella el unico »objeto de su cuidado; y que para encontrarla, havia hecho »particulares rogativas á Dios: Que solo deseaba el acierto, »esperandole de su sagrado Oraculo, despues que confiriese »el negocio con los Cardenales, y Theologos, que juzgase »mas sinceros, y de mas profunda doctrina, y reconociese »los papeles, y documentos, que embiaba, que eran los »Testamentos de sus Predecesores, desde Ferdinando el V. »y la Reyna Doña Isabél, hasta Phelipe IV. Las Leyes de »la España, hechas en Cortes Generales, y las que se esta»blecieron contra las Infantas Ana Maurícia, y Maria There»sa, casadas con los Borbones: Los Capitulos Matrimonia»les, Pactos, y Cesiones, y la série de los Austriacos, des»de Phelipe el Hermoso, para que examinados con la mas »exacta atencion estos Instrumentos, se formase recto juicio, »y dictamen: Que no estaba el Rey poseído de amor, ni de »odio, y que aguardaba el Decreto del Sumo Pontifice, pa»ra que diese norma al suyo. Recibidos por Inocencio estos Despachos, con el mayor secreto (pues aun ignoraba su contenido el Embaxador) formó una Junta de tres Cardenales, Francisco Albano, Bandino Panciatici, y Fabricio Spada: Propuso la question de Derecho, y la heroyca Carta del Rey, desnuda de afectos: vieronse los Papeles varias veces, y despues de quarenta dias, uniformes votaron por el Delphin, sin tener consideracion alguna á la Cesion de la Infanta Doña Maria Theresa, su Madre; porque esta no podia rescindir los Estatutos Patrios, ni derogar la fuerza de la Ley, autorizada con tantos exemplares. Otras muchas razones dieron, que

omi-

omitimos, y las estendió en una bien explicada, y docta respuesta el Pontifice, que la guardó el Rey en su Archivo secreto, sin haverla leído otro, que el Cardenal Portocarrero. Para asegurarse mas, mandó, que diese su parecer el Consejo Real de Castilla, donde, por pluralidad de votos, se juzgó á favor del Delphin; sin haverle hecho al Rey fuerza un Papel, que escrivió Don Juan de Santa Maria, Obispo de Lérida, á favor de los Austriacos. Con gran secreto pidió tambien su parecer á Don Fernando de Moncada, Duque de Montalto, á Don Juan Pachecho, Duque de Escalona, y á Don Joseph de Solís, Conde de Montellano, separadamente, sin saber uno de otro, porque tenia hecho de ellos gran concepto, y todos declararon á favor de la Casa de Francia. Esto mismo dixeron al Rey varios Jurisperitos, que en las Universidades mandó consultar. Por fin se llevó el negocio al Consejo de Estado, que, aunque era materia meramente legal, queria el Rey satisfacerse, de que no fuese contra la razon de estado el Decreto; porque el Padre Torres era de opinion, que la conveniencia pública era superior á la ley, y que por ella podia el Rey, como Supremo Legislador, derogar la que fuese perniciosa al Estado. Componiase entonces el Consejo del Cardenal Portocarrero, Marqueses de Mancéra, Fresno, y Villafranca; de los Condes de Frigiliana, y San Estevan; de Don Juan Claros Perez de Guzmán, Duque de Medina-Sidonia, Don Antonio de Velasco, Conde de Fuensalida, y Don Christoval Portocarrero, Conde de Montijo. Fue muy reñida la question, y dieron su voto por escrito el Cardenal, el Conde de San Estevan, el Marqués del Fresno, y el de Mancéra, casi de un tenor; la substancia era: »Que necesitaba »el Reyno de no vulgar reparo, destruido de tan perseveran»te rigor de la fortuna, y amenazando ruina: Que tenia pe»ligro la dilacion de elegir heredero; porque si en este esta»do faltase el Rey, cada Principe tomaria un giron del Sólio; »arderia la Monarquía en guerras civiles, con la natural aver»sion de Aragoneses, Cathalanes, y Valencianos á Castilla; y »que caeria la Magestuosa pompa de tan esclarecido Trono, »víctima de la tyrania, y de la ambicion: Que no bastaba ele»gir Succesor, si no fuese tal, que pudiese sostener la ruino»sa máquina de tan vasto Imperio, y que tuviese derecho á

»él, para que no provocase la sinrazon á la desgracia, y des»tituido de derecho el poder, se equivocase con tyrania: Que »entre tanta confusion de males, solo un remedio havia de»parado la Providencia, que era la Casa de Borbón, potenti»sima, felíz, y que tenia legitimo derecho á la succesion. De »otra manera se destruiria la Monarquía, y sujetados sus Rey»nos con la fuerza, seria Provincia de la Francia la España: »Que luego se debia elegir por heredero de ella al Duque de »Anjou, para que en tiempo alguno recayesen en una sola »mano ambos Cetros, y con el nuevo Rey renaciese la eclyp»sada gloria de los Españoles, no solo quitandose un enemigo »tan perjudicial, pero buscando un Protector tan poderoso. Siguieron este sentir el Marqués de Villafranca, el Duque de Medina Sidonia, y el Conde de Montijo. El de Fuensalida habló obscuro, y dixo: »Que era intempestivo nombrar Succe»sor, estando ocupado el Trono: Que se previniesen Exerci»tos, y Armadas, para defendcrse de la violencia, en caso de »qualquier Decreto del Rey, ó de verse precisados á él los »Reynos, para que sin temor, y con libertad lo pudiesen »executar. Este parecer estendió con palabras mas asperas, y expresivas el Conde de Frigiliana: »Confirmó, que se arma»sen los Reynos, para que tuviesen libertad de elegir Rey, »en caso que no lo hiciese el que todavia ocupaba el Sólio. Y »añadió: Que ni los derechos de los Austriacos, ni de los Bor»bones eran tan claros, que no estuviesen embarazados de »muchas dudas, y litigios: Que no se debia olvidar el Con»greso de Caspe, en que los Jueces diputados dieron Rey á »Aragon: Que era iniquidad, é insolencia obligar al Rey al »Decreto, acaso de industria difiriendole, para dexar á los »Reynos la libertad de elegir: Que lo que decretarian en Cas»tilla, no lo aprobarian los Reynos de Aragon, eternos ému»los de la Grandeza de aquella, con lo que seria infalible la »guerra civil. Despreciaron este dictamen los demás, y se confirmaron en el suyo. Commovido Frigiliana, levantandose, dixo: *Oy destruisteis la Monarquía.* De todo, segun su série, se dió cuenta al Rey: sepultó en el silencio su intencion, y no se resolvió por natural flaqueza, embarazado en lo mismo, que queria determinar. Tenia vencido el entendimiento, pero le faltaba valor para rendir las repugnancias de la voluntad:

pa-

padecia los impetus de las persuasiones incesantes de la Reyna, y de Don Antonio de Ubilla, Secretario del Despacho Universal, que le apartaba de la ultima resolucion, lisongeandole, que ningun mortal achaque le amenazaba la muerte. Con esto ganaban tiempo, y le sugirieron, que mandase á Don Luis de la Cerda, Duque de Medina-Cœli, Virrey de Napoles, que admitiese, y diese Quarteles en aquel Reyno á las Tropas, que embiaria el Emperador Leopoldo; pero Medina-Cœli jamás, con varios pretextos, dió cumplimiento á esta orden. Embióse á Mantua, desde Milán, al Questor Don Isidro Casada, para persuadir al Duque Carlos Gonzaga, admitiese presidio Alemán. Dispusieron tambien, que Sancho de Scolembergh, Embiado de Ingleses, y Olandeses en España, ofreciese al Rey las Armadas de Inglaterra, y Olanda, para que libremente, y segun su dictamen, diese Succesor á su Monarquía.

Nada de esto ignoraba el Rey de Francia, bien sí la respuesta del Pontifice, porque no la reveló el Cardenal Portocarrero, y en Roma guardaron con gran cuidado el secreto, por no tener quexoso al Emperador. No fiandolo todo á las Armas Luis XIV. usó de su acostumbrada sagacidad; y sin comunicar lo verdadero de su intencion, mas que al Delphin, al Mariscal de Villaroy, y al Marqués de Torci, Secretario del Despacho Universal, dispuso la division de la Monarquia de España, para quitar á la Europa el miedo, que deseaba poner á los Españoles, amenazando con el golpe mas cruél, lo sobervio, y altanero de aquellos animos. Excita la ambicion de muchos Principes, haciendose servir de la codicia de los mismos, que repugnaban á su oculto designio. Tomólos por instrumento, y con arte insigne (aunque no nueva) para conservar entero el cuerpo, le mandaba dividir. No confiando, que entrarian en el Tratado los Austriacos, convocó á los Ingleses, á la Republica de Olanda, y al Rey de Portugal; y llamados con otro pretexto sus Plenipotenciarios otra vez á Risvuich, tuvo aceptacion la propuesta. Como Arbitros del Mundo, le dividen á su gusto: faltabales para eso autoridad, y derecho, pero se le daban á la fuerza. Convinieronse, en que muerto el Rey Catholico, la mayor parte de la America, y de sus Puertos se diese á Guillelmo de Nasau, Rey de Inglaterra: lo demás de las Indias á los Olandeses, porque de la Flandes Espa-

ñola se les havia de señalar, á su arbitrio, una Barrera: dabanse Nápoles, y Sicilia al Rey Jacobo Estuardo: Galicia, y Estremadura al de Portugal, Castila, Andalucía, Valencia, Aragon, Asturias, Vizcaya, Cerdeña, Mallorca, Ibiza, las Canarias, Orán, y Ceuta, al Archiduque Carlos de Austria, segundo hijo del Emperador Leopoldo: Los Presidios de Toscana, Orbitelo, y Plumbin, á sus Dueños: El Ducado de Milán, y el Final, al Duque de Lorena: Sus Estados, con la Cathaluña, y lo que quedaba de Flandes, y Navarra, al Rey de Francia. Todo esto baxo la condicion, si nombraba el Rey de España heredero á la Corona á alguno de los Austriacos, ó no nombraba heredero. No hicieron mencion alguna del Duque de Anjou los Franceses, con arte: Los demás, no persuadidos á que podia llamarle á su Trono Carlos Segundo. En este Congreso hizo el Rey de Francia pompa de su moderacion, y amor á la quietud pública, porque la preferia á los derechos de su hijo el Delphin: con esto alucinó á los Principes, y á la Europa. Formase la Liga para el cumplimiento del Tratado, y permitióle al Rey de Francia, que se mantuviese armado, como el mas proximo á invadir la España á su tiempo: Creian con esto los Principes dexarle el peso de la guerra, y se engañaron. Luego embió Tropas á Navarra Baxa, mandadas por el Duque de Harcurt: otras al Rosellón, y Cerdeña: las mas á los confines de Italia, con el Mariscal de Catinat, y dió Quarteles de Invierno á las restantes en la Raya de Flandes, y la Alsacia. Muchos siglos há, que no havia tenido Principe alguno tantas Tropas, porque con las que quedaron en las Plazas, llegaban á trecientos mil hombres veteranos, gente egercitada, y triunfante. Previno en Tolón una gruesa Armada el Almirante Luis de Borbón, Conde de Tolosa, hijo natural del Rey: otra se prevenia en Brest, y las Galeras en Marsella. Este formidable poder era el terror del mundo. Para justificarse, mandó formar un Manifiesto, dando las razones de esta division de la Monarquía de España, olvidando sus derechos, para dár una eterna paz á la Europa. Mandó, que su Ministro en Madrid lo significase asi al Rey, diciendole: *Moriria con esto en paz, sin cuidado de elegir heredero, porque importaba al bien público deshacer lo vasto de esta Monarquía, á que tantos aspiraban, y que unida á qualquier Principe, resultaban mil inconvenientes,*

*no dandole á la Europa equilibrio.* Lo mismo mandó insinuar al Pontifice, y á las Republicas, y Principes de Italia, y al Gran Sultán, que ofreció armarse contra los Austriacos, é invadir la Ungría, porque no llegasen á ocupar el Trono de España. Esta resolucion fue grata al Sueco, Dano, y Moscovita, y á los Electores del Imperio, y mas al Duque de Baviera, por el odio natural, que tenia á los Austriacos.

Ninguna fatal noticia hirió mas vivamente el animo de Carlos II. ni le consternó mas: entonces mostró, que era capáz de afectos, y se le acrecentó la aversion, que á los Franceses tenia. De esto tomaron ocasion los que adherian á los Austriacos, para avivar en el Rey las llamas del odio; lo que á los Borbones, para exaltar el riesgo, y el temor, si no se nombraba Heredero al Duque de Anjou. Estas disputas transcendian alguna vez con immoderacion á las Antecamaras de Palacio, donde enfervorizados los animos, pasaba mas allá de lo justo la porfia, porque los mas de los Grandes, y Criados del Rey estaban por los Austriacos; y asi ordenó, no se tratase, ni por conversacion, de la succesion de los Reynos, ni se propusiese la duda en los Tribunales.

Esta íra del Rey inflamó las esperanzas del Cesar: mandó, que le cortejase mas su Embaxador, y se previno, quanto le fue posible, á buscar Amigos, y Aliados para el caso. Tenia treguas con Mustafá II. Emperador de Constantinopla, y dispensó con los Electores algunas gracias, con mas despotica politica, que jurisdicion: tentó quantas artes le fueron posibles para traerlos á sí; adhirieron secretamente muchos: nunca el Bávaro, ni su hermano Joseph Clemente, Elector, y Arzobispo de Colonia, ni Principe alguno de Italia, á los quales nada era mas grato, que esta division; porque los Principes chicos aborrecen la inmoderada grandeza de los que Dios hizo nacer mayores.

Esto acaeció hasta el año de mil seiscientos noventa y nueve del Nacimiento de Christo.

AÑO

# AÑO DE M.DCC.

POnian los mayores esfuerzos para perfeccionar su intento, y daban la mas estudiada eficacia á sus palabras los Magnates, que en España adherian á los Austriacos; pero tenian mayor autoridad en el Govierno los contrarios. El Rey no sabia determinarse: inspiraban aquellos, que se armase el Reyno, y se embió al Marqués de Leganés á Andalucía, para que hiciese levas, y abasteciese de viveres, y municiones las Plazas: Lo proprio se ordenó al Principe de Uvademont, Governador de Milán. Esto tenia con expectacion al Mundo: Era la España el asunto de todas las conversaciones en la Europa: Todos sabian, que estaba el Rey mas vecino á la muerte, que á la determinacion de nombrar heredero. Estas dudas, é incertidumbre de su intencion transcendieron hasta Roma, donde, por la muerte de Inocencio XII. estaban en Conclave los Cardenales, nunca mas divididos en encontrados pareceres, y desunidas las facciones; siendo ésta, que parece discordia, instrumento de la Soberana Providencia, que se vale de las mismas repugnancias de la libre voluntad del hombre, para executar su altisimo Decreto; uniendo distantes extremos á un fin, que no entiende nuestra ignorancia. Havianse por siglos unido los Cardenales Españoles, y Alemanes; pero yá afloxaba este nudo, y producia recelos la quebrada salud del Rey, y lo vario del dictamen en sus Vasallos.

En estas dudas, que tenian embarazada gran parte de la Europa, enfermó el Rey mortalmente: acometieronle vivisimos dolores, que excitaron una disenteria, dando evidentes señas de lo maligno del humor el desconcertado pulso: se apresuraba mas la muerte, que la resolucion de hacer Testamento; y este, que deseaban ambos partidos, era mas poderoso, y de mayor opinion con el Rey el que adheria á los Borbones. Con nunca intermitente vigilancia le ceñian, pretextando cuidado, y amor, el Cardenal Portocarrero, el Duque de Medina-Sidonia, el Marqués de Mancéra, y Don Manuel Arias, atentos á que no se hiciese violencia, y sacasen sugestivamente algunas palabras, que pareciesen Decreto, y no tenian la mayor confian-

fianza en el Secretario del Despacho Universal Don Antonio de Ubilla. Oían claramente, que el Confesor Nicolás Torres, y el Inquisidor General Mendoza, le traían siempre á la memoria su casa, y sus parientes, inducidos de la Reyna, que, no embarazada del dolor, proseguia en su idéa, y en su empeño. Todo lo miraba el Rey, y lo entendia: tenia de sus Vasallos entero conocimiento: no ignoraba sus dictamenes, y la lid de las encontradas pasiones, que alguna vez prorrumpian en mal refrenada disputa; porque con la decadencia del Rey, cobró mayores brios la osadía de los Vasallos, y declinó la autoridad de la Reyna, á quien ofreció el Conde de San Estevan del Puerto, que si desistia de su solicitud, y dexaba en entera libertad al Rey, sería bien atendida en sus intereses, y que los tomaba á su cargo. Porque no estuviese todo lo moral en manos del Confesor, mandó el Cardenal venir otros Religiosos, los mas doctos, y exemplares, para ayudar al Rey á enfervorizar sus afectos, y disponerse á morir con resignacion, y con todos los Sacramentos, que la Divina Clemencia ha instituido, para facilitar con la gracia la justificacion del Pecador. A vueltas de esta loable caridad, estaba el rezelo, que obligase el Confesor al Rey á alguna resolucion, conforme al dictamen, que muchas veces le havia dado. Vinieron luego los llamados, y con la mayor blandura desengañaron al Rey de poder vivir; porque la reverencia, ó la lisonja de los Medicos, no le quitaba la esperanza, por no avivar la aprehension (vulgar infelicidad de los Principes, á quienes acompaña hasta el Sepulcro la adulacion, y el engaño.) Esto sirvió de que el Rey escuchase mas atento, para que viendo le faltaba el tiempo, se aplicase á executar, quanto era indispensable á un Monarca, y á un Catholico. »Propusieronle los riesgos á que exponia sus Rey»nos, dexandolos sin Succesor, y que de nada haria con Dios »tanto merito, como de evitar, con su ultimo Testamento, y »libre declaracion de su voluntad, los daños, que amenazaba »una guerra civil inevitable, dexando confuso el Trono: Que »eran de Dios los Reynos, á quien se havian con resignacion »de restituir, haciendo justicia; porque ella esencialmente re»sidia en Dios, que esperaba yá á su Tribunal Supremo, al »que llamaban en el Mundo Rey, Padre, y Juez: terminos, »que significaban la mas estrecha obligacion, y no concedi-

»dos

»dos sin ella, la qual hasta el postrer aliento permanecia: Que »el Rey debia prescrivir, y disponer la forma, y méthodo del »govierno, en que havian de quedar sus Vasallos: El Juez, »despues de ponderadas las razones, y examinadas las leyes, »hacer justicia, dando á cada uno lo que le pertenece: el Pa»dre, mirar con amor, y interesarse en el util, y convenien»cia de los que le havia adoptado Dios por hijos, precavien»do sus daños, quanto á la humana comprehension le es per»mitido, que aunque se excluye de nuestra ignorancia lo ve»nidero, rige con lo presente, quanto puede lo futuro la pro»videncia del hombre: Que el inmortal espiritu, que nos aní»ma, criado de Dios á su imagen, y semejanza, solo con las »heroycas virtudes se ennoblece, y se ilustra, no con vanos »apellidos, y abolorios; porque al alma no le eran, ni parien»tes los Austriacos, ni enemigos los Borbones, siendo esas »terrenas impresiones, que con la muerte se desvanecen: Que »en sí era el negocio de la mayor entidad, pero que ya estaba »ventilado, y definido, y por eso quedaban por fiadores de »la justicia los que habian dado su dictamen, al que se debia »(adhiriendo al mayor numero) conformar el Rey, porque »era mas segura opinion la mas comun: Que la mas noble por»cion del hombre, era la que debia deliberar, sin que se es»cuchasen bastardas voces de naturales afectos, que engañan »con el alhago, cuyo fomento quedaba en el sepulcro resuelto »en cenizas; pero el Autor del Decreto, que era la razon, que »residia en el Alma, habia de dar estrechisima quenta de él.

Esto excitó la atencion del Rey, cuyo corazon pío, y religioso, luego se desprendió de lo caduco: mandó llamar al Secretario del Despacho Universal, y apartando los circunstantes, (menos al Cardenal Portocarrero, y Don Manuel Arias) hizo su Testamento, confiriendo antes á Don Antonio de Ubilla la autoridad de Notario, para que no faltase circunstancia alguna legal. Nombró por Heredero, y legitimo Succesor de sus Reynos á Phelipe de Borbón, Duque de Anjou, segundo hijo del Delphin de Francia, aprobando, y prefiriendo á todos el derecho de su Abuela, la Reyna Maria Theresa de Austria. Derogó qualquier ley en contrario, y mandó á sus Subditos admitir por Rey el que elegia. Explicó la mente de sus Mayores de excluir la Casa de Francia, porque no se uniesen en una ma-

mano ambos Cetros, y confirmó esta circunstancia, como condicion precisa. Nombró Governadores (mientras llegase su Heredero) á la Reyna, al Cardenal Portocarrero, al Presidente de Castilla Don Manuel Arias; al de Aragon, Duque de Montalto; al de Italia, Marqués de Villafranca; al de Flandes, Conde de Monterrey; á Don Balthasar de Mendoza, Inquisidor General; por el Cuerpo de los Grandes, y la Nobleza á Don Pedro Pimentél, Conde de Benavente; y por el Consejo de Estado (despues en un Codicilo) al Conde de Frigiliana. No se dió á la Reyna mas autoridad, que de un voto, y á la pluralidad de ellos se reservó el Decreto. Ordenó se alzase el destierro al Almirante, al Conde de Oropesa, al Duque de Montalto, Conde de Monterrey, y Conde de Baños: esto se obedeció luego; pero el Cardenal excluyó á Oropesa: no tenia entonces autoridad para eso, mas nadie se atrevió á replicarle. Señaló por alimentos á la Reyna cien mil doblones, y que pudiese vivir en la Ciudad de España, que quisiese, con el govierno de ella. Esto fue lo principal del Testamento, que leído en álta voz por Ubilla, le ratificó, y lo firmó el Rey. Cerróse con siete sellos, y por defuera firmaron otros tantos Testigos.

Este es el Decreto, y ultima disposicion, que tanto agitó el corazon de los Principes, cuyas dudas hicieron tan vigilante la ambicion. Este el que enderezandose á la pública quietud, movió guerras tan sangrientas, y embolvió en mil tragedias la Europa. Esto executó el Rey libremente, no sin repugnancias de la voluntad, vencida de la razon: no le era de la mayor satisfaccion, pero le pareció lo mas justo, rendido al dictamen de los que tenia por sabios, é ingenuos, y al amor á sus Vasallos, á quienes creyendo dár una perpetua paz, dexó una guerra cruél. (tanto yerra el hombre en sus juicios, tan poca luz tiene de lo venidero, que las medidas mas ajustadas á la prudencia, falséan) Despues de esto se le rasaron los ojos en lagrimas, y dixo: *Dios es quien dá los Reynos, porque son suyos.* No pudieron de ternura contener el llanto los circunstantes: congojóse mas el Rey: encargó mucho la vigilancia, y rectitud al Presidente de Castilla, y á todos la pureza de la Religion, y la paz. Porque no paráse el curso de los negocios, dió, con otro Decreto, al otro dia, suprema potestad de governar al Cardenal, mientras durase la enfermedad, y se le entrega-

ron los Reales Sellos. (nunca otro Vasallo consiguió tanto) Esto llevaron muy á mal los Magnates de la contraria faccion, y mucho mas la Reina, á la qual queria incluir en la autoridad de este interino Govierno Portocarrero; pero el Rey no quiso, porque yá, desprendido de lo terreno, prevalecia, contra el disimulo, la sinceridad (miserable condicion de el hombre, que guarda solo á los ultimos periodos de la vida la verdad, desembozando el animo, que por tan largo espácio vistió la máscara del disimulo, y del engaño!) *Ya nada somos*, repitió con amargura el Rey: estas eran luchas del amor proprio; pero yá desengañado, pidió los Sacramentos, que recibió con la mayor edificacion de los que admiraban en los extremos de la vida, constante un animo tan remiso, y débil. Agrávaronse los accidentes, y en primero de Noviembre, dos horas despues de medio dia, espiró. Vióse en aquella hora, con general reparo, brillar la estrella de Venus, opuesta al Sol: los menos entendidos en la Astronomía lo admiraron como portento; y aun no fenecida la lisonja al todavia tibio cadáver, sacaba favorables congeturas para la eterna felicidad del difunto Rey. Hallóse, acaso en aquel instante, perygéo el Lucero, y quanto es posible distante del Sol, que mirandole en recto, le hizo brillar mas: por eso parecia, y porque estaba declinando, y con menos actividad el Sol. De la muerte, y Testamento del Rey avisó luego, con Expreso, el Cardenal al Rey de Francia, y otro Correo le despachó su Ministro el Señor de Blecourt.

Antes de llevar el Real Cadaver, con la acostumbrada pompa, al Panteon del Escorial, en presencia de los Grandes de España, y de los Presidentes de los Consejos, mandó el Cardenal abrir, y leer el Testamento: Publicóse por Heredero al Duque de Anjou: Aplaudieronlo todos, y se conformaron á la voluntad del Rey: Algunos fingian: otros, embarazados del actual dolor, confundian dos causas en un efecto; porque los mas allegados, y familiares del Rey, deseaban Principe Austriaco, ó criados con esta aprehension, ó conservando á la Francia un odio, mas heredado, que justo. Embióse cópia del Testamento al Marqués de Casteldosrius, para que le presentase al nuevo Rey, á quien, y á su Abuelo Luis XIV. escrivieron los Governadores. Firmó la Reyna estas Cartas, cuyos exemplares esparcidos, con arte de los Franceses, por la Europa, parecieron

po-

poco conformes á la delicadéz del animo pundonoroso de los Españoles; porque era demasiado expresivo el ruego, explicando ser posible, que dexase de admitir la Casa de Borbón otro Trono mas vasto del que poseía; y para que esto no sucediese, se hicieron rogativas en Madrid, con alguna mas que desaprobacion de los Estrangeros; porque esto era haver creido, que la division de los Reynos, que hizo en Risvuich el Rey de Francia, fuese sincera, y con animo executivo. Poco despues se determinaron á embiar al Rey, en nombre de los Reynos, uno, que prestase allá la obediencia: dexóse la eleccion á la Reyna, y la hizo en Don Joseph Fernandez Velasco, Condestable de Castilla, hombre ingenuo, sincero, é incapáz de poner en el Rey siniestra impresion contra alguno. El Conde de San Estevan pretendia este encargo para el Marqués de Villena: ofreciólo la Reyna: despues, inducida del Conde de Frigiliana, mudó de dictamen, de que ofendido San Estevan, hizo dexacion de la Mayordomía Mayor de la Reyna: la qual, irritada de este, que la pareció desayre, pasó sus quexas al Rey, con mas viveza, que felicidad; porque protegido el Conde del Cardenal Portocarrero, tuvo la Reyna respuesta poco agradable, y de ninguna satisfaccion. Desde entonces empezó la civil discordia entre los Governadores, y declinó tanto la autoridad de la Reyna, que se veían claros preludios de las consequencias fatales de su desgracia.

El Rey de Francia, para justificarse con los Principes de la ultima confederacion, y dár satisfaccion á sus Vasallos, mandó, que el Parlamento, y su Consejo de Estado deliberasen, si debia admitir para su Nieto la Corona. Los que sabian las artes, que á este fin havia usado, y los Exercitos, que tenia prevenidos en los confines de España, conocieron, que era afectada la duda; y aunque eran de opinion, que le convenia mas á la Francia la division de aquellos Reynos, que el empeño de sostener en ellos á un Principe de la Real Estirpe, se adhirieron á la voluntad del Rey, y respondieron casi uniformes: »Que »debia admitirla, sin temer la nota de haver faltado al pacto »de la division, porque en esta solo se estuvo de acuerdo en »el caso, que huviese Carlos II. nombrado Heredero á un »Principe Austriaco, ó muriese sin nombrarle: Que el presente caso no estaba prevenido, ni hecho mencion de él, y que

»asi sería tyranía, quitar de su Familia un Reyno, que con »las mas obsequiosas expresiones le aclamaba. Reconocióse Rey de España, despues de esta consulta, el Duque de Anjou: prestóle obediencia el Embaxador Marqués de Casteldosrius, y le besaron la mano los Españoles, que alli se hallaban: dióse á las Cartas de los Governadores la mas urbana, y obligante respuesta; y otra Carta escrivió de su mano al Cardenal Portocarrero el Rey de Francia, con clausulas, que le manifestaban agradecido, y ofrecian el Real patrocinio en qualquier ocurrencia; y lo que era mas grato al Cardenal, que se governaria siempre su Nieto por su dictamen. Aclamóse con la mayor pompa en Madrid, y en toda España al nuevo Rey, á quien reconocieron luego el Duque de Saboya, y demás Principes de Italia, las Republicas de Venecia, Genova, los Cantones Esguizaros, Luca, y Ragusa, y (lo que no se esperaba) la Olanda: Tambien el nuevo Pontifice Clemente XI. (antes Cardenal Albano) Lo proprio executaron los Reyes de Suecia, Polonia, Dinamarca, Prusia, Portugal, y el Rey de Inglaterra Guillelmo de Nasau. De los Principes del Imperio, solo los Electores de Baviera, y Colonia, el Duque de Lorena, y el de Brunsvich.

Este no esperado accidente hirió en extremo el animo del Emperador Leopoldo, y de toda su Familia. Divulgóse en Viena, que havia sido violentado el Rey á este Testamento, con las artes del Cardenal Portocarrero: algunos decian, que era supuesto, y fingido: otros, que no estaba el Rey en sí quando le hizo. Todo era respirar por la herida, y cargar de injuriosos epithétos el nombre del Rey de Francia. No havian quedado menos irritados el Rey de Inglaterra, y los Olandeses; pero no podian desde luego mostrarlo, porque estaban desarmados, y havia Luis XIV. retirado sus Tropas de los confines de España, y dado Quarteles junto al Rhin, y la Olanda. »Escri»vióles una Carta artificiosa, dando las razones de esta ines»cusable determinacion, y que era el medio mas ajustado á la »quietud de la Europa, porque no se moveria jamás la Espa»ña á empuñar armas, sino en caso de defensa; y que de no »executarlo asi, sería la Francia su enemigo mayor, y la que »procuraria contenerla en sus limites, y en estrecha alianza »con sus antiguos Amigos: Que con esta condicion havia dado »á su Nieto á los Españoles, al qual procuraria defender con

»to-

»todas sus fuerzas, contra qualquiera, que intentase turbar »la quietud de su Trono: Que le huviera sido mas util á su »Reyno la division de los de España; pero que yá, una vez es»ta resuelta á llamar Rey para toda la Monarquía, no era fa»cil dividirla: Que las Leyes de España, y el Testamento del »ultimo Rey Austriaco, prohibian, con repetidas precaucio»nes, el poderse en algun tiempo unir las dos Coronas; y que »en esa inteligencia, en que estaban de acuerdo todos los de »su Real Familia, havia cedido el Delphin, y su Primogenito »el Duque de Borgoña, sus derechos á la Corona de España »al Duque de Anjou; y este los suyos por la de Francia: Que »el Testamento le havia hecho Carlos II. obligado de las Le»yes, y de la incontrastable razon de los Borbones, donde, si »huviera tenido arbitrio un Principe Austriaco, no huviera »excluído á su Casa de tan preciosa herencia: Que con dolor »permitia saliese un Ramo de su Real Estirpe á ilustrar otro »Sólio; pero que no havia podido faltar á la justicia, negando »á la España su legitimo Dueño: Y en fin, que tenia las armas »en las manos contra su Nieto, se intentase novedad; y por él, »si le disputasen su derecho. Una Carta del mismo tenor escrivió al Rey de Portugal. Respondieron muy tarde los Olandeses, y mucho mas el Rey de Inglaterra: la respuesta fue casi la misma, porque la hicieron de acuerdo; pero explicaba mas su ira, con amagos de amenaza, el Inglés, y se confesaba burlado. Vieronse algunos Papeles de incierto Autor, que se rozaban con satyra al Rey de Francia, tratandole de faláz, violador de la palabra, y juramento (estas despreciables armas les quedan á los infelices, y á los mordaces.) De estas apariencias nadie dudaba se havia de encender nueva guerra, y mas, quando retiró de Madrid, y París el Emperador sus Embaxadores, y pidió al Duque de Baviera, Governador de Flandes, que se la entregase, el que respondió, no podia faltar al prestado Omenage al Rey de España, por cuya orden la entregó al Marqués de Bedmar, y se retiró á sus Estados: Esto enconó mas al Cesar contra el Duque, y se avigoraron las pasadas discordias.

Estas fueron las primeras disposiciones de la guerra, que aunque mas lenta, no menos cruél estaba yá encendida en Madrid; porque el Cardenal Portocarrero, ó para acreditar mas su zelo con el Rey, ó para establecer firme su autoridad, en-

sangrentó contra muchos la pluma: fueron los primeros objetos de su furor la Reyna Viuda, el Almirante de Castilla, el Conde de Oropesa, y el Inquisidor General, Don Balthasar de Mendoza: sus nombres manchó con impiedad: descubrióles los defectos del animo, ó los fingia, para apartarlos de la voluntad del Rey, imponiendoles nota, aun mas que de desafectos, casi de sediciosos, y que eran las Cabezas del Partido Austriaco. Esto exaltó con tales terminos, que llegó el Rey á recelar de una guerra civil, y adhirió al dictamen del Cardenal, de confirmar el destierro de Oropesa, é imponerle á Mendoza, y que luego se retirase á su Obispado de Segovia. Tambien escrivió á la Reyna, eligiese la Ciudad, en que, segun disposicion de Carlos II. debia vivir. La Carta contenia reverentes expresiones, y persuadia el retiro, para que con la nueva Magestad no se anublase la suya, y viviese mas sosegada fuera de los embarazos de la Corte. Cogió á la Reyna de improviso esta novedad: turbóse mucho con ella, y dilataba resolverse, porque yá havia dexado el Palacio Real, y vivia en casa del Duque de Monte Leon, su Mayordomo Mayor; pero no pudiendo sufrir mas los desayres, que el Cardenal la hacia, se pasó á Toledo: (asi trata á los mortales la fortuna, sin que exceptúe de sus mudanzas el grado mas sublime) Al Almirante se le quitó el empléo de Cavallerizo Mayor, que tenia en tiempo del difunto Rey; y para el nuevo nombró el Cardenal en su lugar al Duque de Medina-Sidonia, y Mayordomo Mayor al Marqués de Villa-Franca. Reformó todos los Gentiles-Hombres de Cámara con exercicio: bolvió á nombrar algunos, y añadió otros, ó adheridos á su persona, ó no aún, por su juventud, perítos de los engaños, y astucias de los Palacios: Estos fueron, Don Felix de Cordova, Duque de Sesa; Don Francisco Girón, Duque de Osuna; Don Balthasar de Zuñiga, Marqués de Valero; Don Martin de Guzmán, Marqués de Quintana; Don Antonio Martin de Toledo, Duque de Huescar; Don Agustin de Velasco, Primogenito del Marqués del Fresno; y confirmó Sumillér á el Conde de Bevavente. De toda la Real Familia reduxo los Criados, y Oficiales á un numero, casi indecente: todo lo executaba para acreditarse zelante, y estrechar, quanto era posible, al Rey, á que tratase con pocos. Este duro systéma del Cardenal no se executó sin consentimiento, y parecer de Don Manuel

nuel Arias, cuyo genio, no menos aspero, estaba propenso á lo severo. No faltó quien creyese, que con arte dió al Cardenal ese dictamen, para hacerle odioso; que aunque eran en la apariencia amigos, la ambicion del mando, sobre qualquier afecto prevalece.

Esta agigantada autoridad del Cardenal, y su aspereza, llenó de descontentos la Corte: á estos los llamaba Austriacos, sin reparar, que el amor proprio no se puede acomodar al daño, y á la injuria. Estas noticias, que las alcanzaban exactamente en Viena, los alentaba á la guerra, porque yá el mismo rigor del govierno descubria, quales eran sus parciales, y fundaban su esperanza, mas en la disension civil, que en la violencia de las armas.

Asi lo expuso al Parlamento, que mandó juntar á este efecto el Rey de Inglaterra. »Despues de haver ponderado el »ultrage de su Real nombre, padecido en la falta de fee del »Rey de Francia, cuya ambicion (dixo) no se contenia en los »terminos de la Europa, mostró los perjuicios, que resultaban »al Comercio, y que serian los Franceses dueños del de Indias, »del Mar Mediterraneo, el Adriatico, y Jonio, y se aprove»charian, con nuevas Fabricas, de las Lanas de España: Que le »amenazaba inevitable riesgo á la Olanda la union de estas »Monarquías, no haviendo olvidado la España sus derechos: »Que menos estaba segura la Gran Bretaña, y su Religion, am»parado Jacobo Estuardo de dos poderosisimos Principes; y »que asi, antes que la dilacion los excluyese de la oportuni»dad del remedio, era preciso aplicarle. Este fuego de la oracion del Rey, no encendió los animos de todos, como pretendia, porque el Mariscal de Talart, Embaxador de Francia nuevamente en Londres, esforzaba las razones de su Amo con delicadéz, y cautela, por no enojar mas al Rey, al qual no pudo aplacar, y havia yá determinado armarse, porque verdaderamente entró en la aprehension, que unidas estas dos Coronas, y no embarazadas, ó distraídas en otra guerra, podian restituir al Trono al Rey Jacobo; y en todo trance, queria la seguridad de su Casa, y por eso cuidaba tanto de los Olandeses, temiendo, que yá, mas poderosa la España, suscitase sus antiguos derechos: por todo esto les persuadia, se previniesen á la guerra, y dispusiesen sacar de sus Estados, sin estrepito, al Conde de Brior, Ministro de Francia.

Eran

Eran superfluas las persuasiones del Rey Guillelmo, porque yá havian concebido bastante temor los Olandeses, para no descuidar, y les acordaba siempre su riesgo el Emperador, por medio de sus Ministros, no descuidando al mismo tiempo de encender el animo de los Principes de Alemania, y propuso la guerra en la Dieta de Ratisbona. »Expuso alli los riesgos, »que era justo precaver, por las vecinas agigantadas fuerzas »del Francés, que yá, no ocupado en la guerra contra España, »convertiria sus armas al Rhin: Que se debia formar una Li»ga, y que entrarian en ella los Ingleses, Olandeses, y el Rey »de Portugal, ofendidos del engaño, y los Principes de Italia, »temerosos de perder su libertad: Que todavia no se havia »olvidado la España del blando govierno de los Austriacos, y »que tenian muchos Parciales en ella, atentos á la oportuni»dad, y ocasion de declararse: Que nada embarazaban los »movimientos de Polonia, pues aunque contra el Rey Fede»rico havia tomado las armas Carlos, Rey de Suecia, le de»fendia el Moscovita: Que el Otomano observaria religiosa»mente su tregua, mal reparado de las pasadas desgracias: Y »que en fin, era causa comun el peligro de qualquiera en el »Cuerpo del Imperio. Estas razones, á quienes daba mayor fuerza la autoridad del Cesar, y los particulares fines, movieron el animo del Prusiano, Hannoveriano, y Neoburgico, á ofrecerle Tropas Auxiliares, pero no entrar en Liga, porque no pudieron los Austriacos conseguir, que esta se declarase Guerra de Circulos, no teniendo el Imperio interés con la España, no haviendo movido las armas el Rey de Francia, ni intimado la guerra: con todo, perseveraba el Emperador en solicitar los Principes, y mantener en España sus Parciales, valiendose del dictamen de Don Francisco Moles, (Napolitano) Duque de Paretí, que havia sido Embaxador de Carlos II. en Viena; y aunque reconoció al Rey Phelipe por Cartas, y se le mandó se restituyese á España, como yá tenia intencion de servir á los Austriacos, con el motivo de la oposicion, que le hacian sus Acreedores, se quedaba en aquella Corte; y para salir de ella, pidió tan exorbitante suma de dinero, que se conocia era estudiado pretexto para lo que despues executó.

Esto no dexó de ser perjudicial á la quietud de España, porque mantenia el Duque algunas correspondencias en ella,

no

no haviendo aún declarado su determinacion, y con esto tenia noticias de quanto pasaba, por cartas del Almirante, y otros, que lamentandose del presente Govierno del Cardenal Portocarrero, se explicaban descontentos, y todo avivaba la esperanza de los Austriacos, que pasaban estas noticias á las Cortes de Inglaterra, y Olanda, para alentarlos á la Liga.

Aunque el Reyno de Napoles havia dado la obediencia al Rey, le negó la acostumbrada Investidura el Pontifice, por contemplacion al Emperador: Instaban por ella el Duque de Uzeda, Embaxador de España, y el Cardenal Jasón, que lo era de Francia; pero confirmaba en su resistencia al Pontifice el Cardenal Vicente Grimani, (Veneciano) acerrimo Parcial de los Austriacos, hombre resuelto, y atrevido, que tenia la confianza del Emperador, y el patrocinio: esto le hacia mas osado, para que no hiciese representacion sin amenaza.

No era necesaria la Investidura para la posesion del Reyno; pero lo era para que aprobase el Pontifice los derechos del Rey con aquel acto juridico, (formalidades que alguna vez importan para el vulgo) pues aunque havian jurado al nuevo Principe todos los Reynos, que componen la Monarquia de España, no faltaba en los Pueblos quien disputase sobre la legitimidad de los derechos á la Corona; y como havian tenido seis Reyes Austriacos, de quienes, en el largo curso de mas de dos siglos, havian recibido innumerables honores, y mercedes, permanecia en muchos el amor á la Familia, y esto hacia disputar, aun á los ignorantes, lo que no entendian. Los mas cuerdos disimulaban: En fin, nació un problema, pernicioso á la quietud de los Reynos, porque los que no penetraban la fuerza del prestado juramento de fidelidad, y obediencia, y la indispensable obligacion en que los constituía su propria honra, llevaban mal el dominio de un Principe Francés, cuya Nacion era, por gloriosa, aborrecida. Ni se descuidaban los Austriacos de sembrar estas reflexiones en el vulgo, porque no havia Reyno, donde no tuviesen sus secretas inteligencias.

En este estado de cosas partió el Rey para España, acompañado, hasta Burdéos, de sus hermanos el Duque de Borgoña, y el de Berri, y de gran numero de Magnates de aquel

Reyno; pero nadie pasó la Raya de Francia, porque mandó prudentisimamente Luis XIV. que ningun Vasallo suyo entrase en España, menos el Duque de Harcurt, que bolvia á ella por Embaxador. Con esto explicaba entregar enteramente el Rey al dictamen de los Españoles, y que ni los zelos de su favor, ó el mando turbasen la pública quietud. Aqui espiró el año, y el siglo. De la narracion de estos hechos componemos el principio de este Tomo: los demás dividimos en cada un año de los siguientes, conforme al tiempo en que las cosas acaecieron, para la claridad del que quisiere escrivir la Historia, y valerse de estos Comentarios.

# AÑO DE M.DCCI.

CON poca intermision en las jornadas, aun en la mas rígida estacion del año, entró el Rey en sus Dominios. Cesó luego, en quanto á la formalidad, el govierno del Cardenal Portocarrero, pero no su autoridad, ni sus influxos; y aunque no fue declarado Primer Ministro, governaba absolutamente como tal, porque el Rey, instruido de su Abuelo, segun su dictamen, hasta que la edad, y la experiencia le diesen mayor luz. Hallabase en Barcelona por Virrey de Cataluña el Principe Jorge de Armestad: era Alemán, y algo pariente de la Reyna, y de la Emperatriz: por eso se desconfiaba de él; y aunque hizo los mayores esfuerzos para que se le confirmase el Govierno, no pudo conseguirlo, y se le nombró por Succesor á Don Luis Portocarrero, Conde de Palma, hermano del Cardenal, hombre aspero, tardo, y facil á la ira, no á proposito para succeder al Principe, cuya afabilidad, blandura, y liberalidad se concilió los animos de los Catalanes, mas de lo que era conveniente al Rey. Hallabase bien en Barcelona, porque tenia empleada la voluntad en una Dama, y le dolía con extremo apartarse de ella: por eso, despechado de la repulsa, viendo le mandaban salir de España, dexó tramada una conjura, y tuvo el encargo de adelantarla esta Muger, que herida sensiblemente de la ausencia del Principe, lo executó con la mas exacta diligencia, y

con

con la facilidad, que ofrecia el génio de aquellos naturales, inclinados á la rebelion, empezó el perverso designio entre pocos, los mas allegados al Principe: despues contaminó el error tanta muchedumbre, que quedaron pocos leales. Antes de partir escrivió á la Reyna, y á el Almirante: Aquella respondió por mano del Secretario del Despacho Universal *Ubilla*, con solas expresiones de urbanidad: Nadie vió la respuesta del Almirante; (dúdase si la huvo) pero sea fingida, ó verdadera, cierto es, que la mostró despues en Viena el Principe; y ya que hacia obstentacion de ella, no dexaria de ajustarse á su intencion. Quando, para embarcarse en la Nave, se puso en la Lancha, en el Muelle de Barcelona, dixo en alta voz: *Que bolveria con nuevo Rey á ella*: todo esto alentaba los alevosos animos, que mal hallados con la quietud, solicitaban su ruina.

Havia ya el Rey pasado los Pirineos, y concurrian á verle de muy distantes parages los Pueblos. La aclamacion, y el aplauso fue imponderable: llenóles la vista, y el corazon un Principe mozo, de agradable aspecto, y robusto, acostumbrados á ver un Rey, siempre enfermo, macilento, y melancolico: ayudaba al popular regocijo la reflexion de la gloriosisima Casa de Francia; y muchos, sin mas fin, que distraidos de su proprio alborozo, le acompañaron hasta Madrid, donde entró el dia diez y ocho de Febrero por la Puerta de Alcalá, con tanto concurso de Pueblo, y Nobleza, que fue trágica para muchos la celebridad, porque estrechados en la confusion, murieron algunos. Esto tuvieron, ó ponderaron como mal aguero los desafectos, que no faltaban entre los primeros hombres: asomóseles á algunos por el rostro el animo, y el temor, recelando, no seria este Principe tan culpablemente benigno, como el pasado, y que tenia riesgos de ser abatido el inveterado orgullo de los Nobles. No podian luego amarle, y le temian: el amor á los Reyes es justo, y es obligacion; pero no se engendra verdadero, sino con el trato, con los beneficios, y por las virtudes del Principe.

Aunque el Rey tenia bastantes para ser amado, parece, que procuraba lo contrario con su aspereza el Cardenal Portocarrero, y se debia reflexionar sobre el temor, con tal arte, que quedase respeto, y no degenerase en aversion; pero

despreciando esto el Cardenal, que no sabia ser Politico, exasperó los animos de muchos, hasta enagenarlos enteramente del Rey. Al amor sigue el miedo; pero si se radica este sin aquel, se hace odio. Apartó al Rey de todos, para que nadie se insinuase en su animo, y con cuidado estrechó el Palacio á pocos, y aun con ellos le mantenia siempre difidente, trayendo por pretexto, que se havian apoderado tanto de Carlos II. que llegó á ser mas Esclavo, que Rey. Enmedio de tan zelosos ardides, para mantener unica su autoridad, erró el modo, porque introduxo al Govierno á los Franceses, con tanto perjuicio suyo, que despues le echaron de él, como veremos: hizo, que el Rey formase un secreto Consejo de Gavinete, y que entrase en él el Duque de Harcurt, que se resistió, hasta tener orden de su Amo: ni lo permitió el Rey de Francia, hasta que interpuso segunda vez sus ruegos el Cardenal.

En esta Junta, en que presidia, y despachaba el Rey, no entraban mas que el Cardenal, el Presidente de Castilla Arias, y el Embaxador de Francia, á cuyo voto se tenia la mayor consideracion, porque se veían disposiciones para la guerra, y se conocia el Cardenal incapáz de manejar solo tan gran negocio. Desde entonces tomaron tanta mano sobre los de España los Ministros Franceses, que dieron mas zelos á los Principes, viendo estrechar la union á un grado, que todo se ponia al arbitrio de Luis XIV. de cuyas vastas idéas rezelaban su ruina los Vecinos Reynos. El mayor temor le concibieron los Olandeses, haviendose ordenado al Marqués de Bedmár, Governador de Flandes, obedeciese en todo al Rey de Francia; y salió una falsa voz, esparcida con arte de los Austriacos: Que esto era, porque se trataba en España de recobrar la Olanda, con Tropas Auxiliares Francesas, y al fin de esta guerra, dár á la Corona de Francia la Navarra Alta, y la Cataluña; pero esta orden solo tuvo origen en la adulacion del Cardenal, que aplicaba quantos medios le sugiria su ambicion, para conservarse en el mando, y le parecia, que solo el Rey de Francia le podia sostener: Por eso invigilaba tanto, con nunca visto rigor, contra los que imaginó eran Parciales Austriacos, y ponia en el numero de ellos á los que veía tristes, quexosos, apartados de la Corte, ó que de-

dexaban algun empleo: estos los notaba yá por traydores; y llegó á tanto la infelicidad de aquel tiempo, que nadie se atrevia á suspirar, ó nombrar á Carlos II.

Esta opresion, y tyranía del Cardenal, ayudada con la rigidéz de Don Manuel Arias, dió al Archiduque Carlos de Austria mas Parciales, que esperaba; y yá perdidos algunos por el injusto concepto, meditaban su seguridad con un delito, adhiriendo secretamente á los intereses de los enemigos; y disponiendo llegase su nombre á Viena. Este numero de los desafectos crecia cada dia, aunque los mas cuerdos, y los hombres mas cautelosos lo disimulaban; pero no havia quien no llevase mal, que tuviesen tanta mano en el Govierno los Franceses; y mas que ellos, estaban aborrecidos el Cardenal, y Arias, visibles instrumentos de las que se padecieron desgracias, porque aumentó su rigidéz al contrario Partido, confirmó á los indiferentes, y entibió, aún á los que havian sido mas Parciales del Rey. Algo havia, en que se debia invigilar, pero con menor severidad, y sin tanta inquisicion, porque algunos males de la Republica se curan mejor con el afectado descuido, y fingiendo ignorarlos: perseguidos algunos vicios del animo con demasiado rigor, se hacen pertinaces: nunca se deben claramente permitir, pero no todos se pueden remediar: causaria infalible muerte, el que pretendiese evacuar del cuerpo humano todos los malos humores.

Haviase determinado, en tiempo del Govierno del Conde de Oropesa, reformar parte de la muchedumbre de Oficiales de la Contaduría, y Secretarías, y aun de Ministros en los Tribunales, y Consejos; pero como muchos no tenian otra forma de vivir, y aquel era su oficio, se tuvo consideracion á su pobreza, y asi no se executó: poco compasivo el animo del Cardenal, lo puso por obra, y creyó, con ahorrar docientos mil pesos al Real Erario, remediar la Monarquia. Esto acrecentó de genero las quexas, y los lamentos, que mudó semblante, con la infelicidad de tantos, la Corte.

Era verdaderamente crecido, y superfluo el numero de Consejeros; pero nada havia mas facil de remediar, fiandolo al tiempo; pues con no proveer las Plazas, que vacasen, en diez años no havria Supernumerarios, y se reducirian al pre-

fi-

finido numero, sin afligir, y constituir en extrema pobreza tantas familias, quando se dexaban en pie los abusos mas perniciosos á la Real Hacienda, no solo en el modo de arrendar los Derechos Reales, sino en el rigor, y numero de Comisarios para la exaccion de los tributos, que doblaban el coste á los Lugares, y Comunidades, cargando gastos, y dietas sin tasa, y al arbitrio de los que tenian anticipado el dinero por las Rentas, porque en la estrechez de la Monarquia era preciso valerse de ellos, tomando el dinero á daño.

Esta intempestiva providencia, corta para remediar tanto abuso, y demasía, porque empobrecia tantas casas, le concitó un odio mortal; parte de él, inculpablemente, resultaba contra el Rey, y contra los Franceses, porque á ellos atribuía el Cardenal todas las resoluciones, por disculparse. El Rey diferia á su dictamen, ya por la precisa inexperiencia, ya porque no sabia de quien fiarse, porque el Cardenal, á pocos dexó entera la opinion.

Mostró el Rey, desde luego, un entendimiento claro, comprehensivo, y sério; un animo sosegado, capáz de secreto, y silencio, y nada contaminado de los naturales vicios de la juventud; antes religioso, modesto, y amante con admiracion de la castidad: eran sus delicias el juego del Mallo, la Requeta, ó el Volante; mas la Caza, y alguna vez los Libros, porque poseía una erudicion, no vulgar en los Principes, y le havian en Francia educado con la vigilancia mayor. Estas virtudes del Rey no las vició jamás el poder, ni la soberanía, antes las hizo mas robustas, y echaron raices con la experiencia, y los trabajos.

Estos desordenes del rudo génio del Cardenal, y claros perjuicios de su conducta, llegaron á oídos del Rey de Francia, por Cartas de su Embaxador; y aunque comprehendia quan poco ajustado á la razon era aquel methodo, se holgaba, que fuese Español el instrumento de abatir la vanidad de algunos principales Magnates, acostumbrados á ser los Idolos del Reyno, y despóticos en él, sin tener á la Justicia, y á la Magestad aquel respeto, que es toda la harmonía del Govierno; y asi, jamás desaprobó al Cardenal su rigidéz, ni otra operacion alguna; porque los Ministros Franceses, fiados en el invencible poder de su Rey, creían allanarlo todo:

no

no se amedrentaban con las amenazas de la guerra, y hallaban su interés en el desorden de la España; porque mal regulada, la tenian mas dependiente, estudiando su Politica dexarla desarmada, y sin militar experiencia, porque no le compitiese el poder; pues conocian, que bien regida esta Monarquia, no tiene igual.

Aun mayores perjuicios se podian esperar, si no se huvieran desunido Portocarrero, y Arias, porque este era mas acepto á los Franceses; y yá el Cardenal, por su incapacidad despreciado, concibió sospechas no mal fundadas, que pretendian disminuir su autoridad; á lo qual concurria con ambicion de adelantar la suya Don Francisco Ronquillo, que contra ambos se insinuó en la gracia del Duque de Harcurt, cuyo dictamen prevalecia en todo. La Reyna tocó el desengaño de las Bodas del Delphin, por advertencia del Padre Chiusa, que descubrió ser enredo de los Franceses, y del Duque de Monteleon, de los quales hablaba con alguna irreverencia. Este fue el motivo de desterrar el Rey á Chiusa de los Reynos de España; y viendo el Duque yá perdido el favor de la Reyna, y declinada su autoridad, hizo dexacion del empleo de su Cavallerizo Mayor; pero mas fue por contemplacion á los Franceses, de quienes estaba reciprocamente aborrecida, y aunque no los amaba mucho el Duque, los temia.

A este tiempo llegó un Olandés, como para sus dependencias, á Cadiz, porque no estaba prohibido aún el Comercio: Este le embiaron para avisar á los Negociantes de su Nacion, que residian en España, á que retirasen sus efectos, investigar el estado de el Reyno, sus fuerzas, Tropas, y preparativos de guerra; informarse de las Fortificaciones, y Plazas, y del systéma de aquellos Pueblos, su génio, y el numero por mayor de los Parciales Austriacos, y de su calidad; porque exaltaba la fama el general descontento mas allá de la verdad. Cumplió éste con su encargo; y para hacerlo mejor, pasó hasta la Corte, donde le dió en su casa hospedage el Ministro Olandés, Sancho de Scolemburgh. Alli tomó mas exactas noticias, y mas verdaderas, y examinó, que todo dependia de la aversion, no al Rey, sino al Govierno. Trató familiarmente con el Almirante, que con la mayor cautela, con palabras equivocas, propaló su animo, como hablando acaso de cosas

actua-

actuales con el Estrangero; y por conversacion, alabando la Andalucía, dixo, ser la llave de el Reyno, y por donde, si aquella se rindiese, se subverteria el Trono: no calló el descuido, y desaliño de las Plazas, y no ser de la moderna militar arquitectura, y presentó á el Olandés un Mapa de la España, exactamente delineado, explicandole la topographia del lugar, con todas las circunstancias, que pudieron hacerle capaz de lo que pretendia inquirir.

El Olandés regaló al Almirante con un Relox de repeticion, y le dixo: *Acordaos de mí, quando suene la campana.* Esto pasó, entendiendose ambos, y ambos reservandose: asi se tramó una tácita conjura, comprehendiendo el Forastero Explorador, que se debia atacar la Andalucía, y que no seria el Almirante el postrero á declararse por los Austriacos: asi lo refirió á su buelta al Govierno de Olanda, y se participó al Rey Guillelmo, con menos secreto del que era menester, porque lo penetraron los Franceses, y empezaron á desconfiar mas del Almirante, á cuya noticia llegó las que se tuvieron sobre esto en París.

Para dár alientos á los Principes de su faccion, ordenó el Emperador al Principe Eugenio de Saboya, hiciese por todos sus Estados Hereditarios Reclutas, y aquarteló sus Tropas lexos del Rhin, como descuidando de la Germania, porque los Principes de ella avivasen el temor, y el cuidado, publicando las embiaria á Italia. *Bolvió á embiar Ministros Extraordinarios á las Cortes de Inglaterra, y Olanda, ponderando el riesgo de la Europa con la union de dos poderosisimas Coronas, y que entraria en la Liga, con qualesquiera condiciones, como se quitase el Cetro de España de manos de quien le poseia; porque yá no era la question sobre la legitimidad de los derechos, sino sobre salvar la Europa de los peligros, que la amenazaban, en lo que debian todos interesarse. Que la misma vastidad, y riqueza de la Monarquia de España, daba esperanzas, mas que probables, de compensar los gastos de la guerra, y que no havria Principe en la Europa, que no adhiriera á ella, huyendo la servidumbre, que intentaban ponerla los Franceses; y que asi, havia determinado el Cesar empezar las hostilidades, porque era indecoroso hallarse oprimida su justicia en brazos de la inaccion, y del ocio; y si experimentaba adversa*

*la fortuna, tendria por blasón sacrificarse generosamente por el bien público, y ellos el sonrojo de no asistir al que tenia dictamenes tan heroycos, enderezados á la seguridad comun.*

Esto decian los Ministros del Cesar en las Cortes del Norte; y por las de Italia el Conde de Castel-Barco, empezando por Venecia, donde se hallaba el Ministro del Rey de Francia, persuadiendo con eficacia al Govierno: *No permitiesen baxar Tropas Alemanas á Italia, porque solo su seguridad era toda la idéa del Rey, y que hiciesen sus Principes una Liga, para prohibir viniesen Tropas Estrangeras á turbar su quietud. Que en tal caso tampoco baxarian las suyas, ni Francés alguno pasaria la raya, ni los terminos de los Montes, como un Exercito, formado á expensas de los Principes de Italia, defendiese de todos el País, y que contribuiria el Rey de España á estos gastos, por lo que le pudiera tocar, como Rey de Napoles, y Duque de Milán. Que eligiesen un Capitan General de comun acuerdo para este Exercito, que se llamaria de la Neutralidad de Italia, cuyo solo objeto sería defenderla. Que cotejasen estas razones con las del Emperador, y viesen quales eran mas ajustadas á pública utilidad, si apartar la guerra de Italia, y prohibirla á todos, ó permitir los estragos de ella en sus proprios Estados. Que aunque se quisiesen conservar indiferentes, padecerian los daños, solo con entrar en Italia dos opuestos numerosos Exercitos, cuya militar licencia no se contendria en los limites de la razon, y subscitaria las del Imperio Leopoldo, si por suerte quedaba en Italia Superior. Que el Rey de Francia tenia á los terminos de Italia prevenidos yá treinta mil hombres, para ampararla, si los quisiesen, ó para defender los Estados del Rey de España, si baxasen sus enemigos, en cuyo caso era preciso ocupar los Lugares, y Plazas mas convenientes á hacer con ventaja la guerra.* Esto decia á los Venecianos el Ministro de Francia, á los Romanos el Cardenal de Jasón, á los Genoveses, y demás Principes de Italia el Señor de Iberville.

Otras eran las razones del Cardenal Grimani, y Conde de Castel Barco; decian: *Tener yá los Borbones hecho entre sí la division de la Italia, por la qual podian despues aspirar á la universal Monarquía, y á vengarse de las repulsas, y agravios, muchas veces en la Italia padecidos, donde mostraba la*

*experiencia, que no florecian los lirios; pero que ahora con los Derechos, Armas, y Estados de los Españoles, tenian otro fundamento sus esperanzas, las quales solo las podia hacer vanas el Cesar, si los mismos Italianos le ayudasen á propulsar la violencia, que les amenazaba infalible, antes, que se hallasen con la cadena de irredimible servidumbre. Que aunque emprehenderia la guerra Leopoldo, debian considerar á quantas partes era preciso distraer sus armas, embarazada en sangrientas disputas la Alemania, sobre el Trono de Polonia, adonde las Armas Auxiliares de Moscovia, y Suecia hacian mas peligrosa la guerra, que lo fuera entre solo Federico, y Stanislao, nuevo Pretendiente de la Corona. Que el Rhin, y la Mosela estaban ocupados de Enemigos, haviendo cargado ácia esos parages sus fuerzas el Francés; y con todo, como olvidado el Cesar de sus Estados hereditarios, baxaba yá con treinta mil hombres á defender la Italia, porque no fuese víctima infeliz de la ambicion de los Borbones, sino es que ella voluntariamente queria ser esclava. Que eran bien distintas las idéas, y méthodo de los Franceses, y de los Austriacos, haviendo mostrado la experiencia, con quanta benignidad estos han tratado la Italia, y sus Principes, dexandolos pacificamente gozar de sus Feudos, y Privilegios concedidos por los Emperadores, baxo cuya proteccion viven tantos siglos las Republicas; á quienes faltára proprio poder para defenderse, si la autoridad del Cesar no fuese fiadora de su libertad; y que asi, para mantenerla, debian tomar con los Austriacos las armas, contra el que se declara yá comun Enemigo,*

Esto proferian los Ministros, y Parciales Austriacos, y esparcieron algunos Papeles injuriosos á la Francia, que nada movieron el animo de los Italianos, resueltos á quedarse neutrales, y dexar á cada uno la libertad de la guerra, porque no podian embarazar, sin grave dispendio, é incierto exito, que baxasen Franceses, y Alemanes; ni formar Exercito proprio, superior al de dos Principes tan poderosos, con que resolvieron aguardar el decreto de la fortuna, sin provocarla adversa con estudiadas diligencias; ni era facil unir tantos Principes, y Republicas de tan distintos intereses. Conociendo esto, resolvieron empezar los Austriacos solos la guerra, por si algun fausto acaecimiento ponia en credito sus armas, y los grangeaba la felicidad amigos. La Italia fue

el

el primer Theatro de ella. Baxa el Conde Guido Starembergh con treinta mil hombres á los confines del Tirol : con diez mil Franceses mas el Mariscal de Tesé á Fenestellas. No se movieron los Esguizaros, y renovaron su Liga con los Venecianos, que viendo cerca la llama, presidiaron á Verona.

Antes de empezar las hostilidades, bolvió á embiar el Emperador á las Cortes de Italia al Cardenal Lambergh, y el Rey de Francia al mismo Ministro; y aunque aplicaron cada uno por su parte, para traer á la Liga los Venecianos, y Genoveses, las mayores diligencias, todas fueron vanas. La oculta propension de los Italianos era al Cesar, pero pesaba igualmente en su balanza el temor á los Franceses. No aborrecian á los Españoles, cuyo blando imperio experimentaban por siglos; pero verlos unidos con los Franceses, les hacia participar del odio, casi comun. Temian igualmente al Cesar, como á Luis XIV. si alguno quedase superior en Italia, y asi, á nadie querian unir sus fuerzas, por no hacerle mas poderoso, y perder el patrocinio del otro, que los dexaria gemir baxo el tyrano yugo del Vencedor. Ni para la promptitud de la resolucion tenian estas Republicas Tropas Veteranas; ni ellas pueden con precipitacion hacer un Decreto, que depende de tantos, y tan varios dictamenes en un Govierno Aristocratico.

Los Genoveses miraban mas lexos de sus Estados la guerra, que los Venecianos: por eso afectaron ocio aquellos, estos cuidado : Juntaron algunas Tropas, y hicieron General á Alexandro Molino, fortificando á Lañano : yá veían ser pocas las fuerzas para resistir la violencia; pero buscaban el aplauso de advertidos, yá que no podian tener la felicidad de respetados. El Mariscal de Tesé, encaminandose á los confines del Tiról, fortificó, y presidió á Chiusa : no podia ser mejor la conducta, si huviera perseverado en ella; pero pareciendole se alexaba mucho de poder recibir socorros, y que empleaba en este Presidio mucha gente, le desamparó, contra el dictamen de los mas experimentados.

El Duque de Saboya no movia sus armas, solo trataba de reclutar, y tener sus Regimientos completos, porque estaba adelantado el Tratado del Matrimonio de su segunda hija, Maria Luisa Gabriela, con el Rey Catholico : esto lo

promovió en París Maria Adelayde, su primera hija, Duquesa de Borgoña, persuadiendo á el Rey de Francia, con promesa de traer á una confederacion á su Padre. Se embió formalmente á Turín por Embaxador Extraordinario al Marqués de Almonacid, para pedir esta Princesa por Esposa del Rey; y celebrados los Capitulos Matrimoniales, se proclamó Reyna de España, y se hizo el Tratado de la Alianza, que era la Dote principal. *Ofreció el Duque dár quince mil Veteranos, al sueldo del Rey Christianisimo, para que sirviesen en Italia solamente, cuyo Exercito mandaria el Duque, y que solo obraria defensivamente, sin insultar Estados de otro Principe; y que sin consentimiento de los tres, que concurrian á esa Liga, España, Francia, y Saboya, no se pudiera jamás hacer la Paz.* Esto alentó á que entrase tambien en confederacion con España, y Francia el Rey Don Pedro de Portugal: Formaronse en Lisboa los Capitulos con el Ministro Francés. *Ofreció Don Pedro, prohibir sus Puertos á qualquier Enemigo de la España, y que solo en defensa de su Estado havian de servir sus Tropas, unidas con las de España, que el Rey Catholico embiaria. Ofreció el Francés una Esquadra de Navios, para guardar las Costas; y se les amplió á los Portugueses el Comercio de las Indias, desde el Rio Janeyro, á Buenos Ayres, cediendo la España la Colonia del Sacramento, y sus adjacencias. Confirmóse en todos sus Articulos la Paz, hecha entre España, y Portugal en tiempo de la Reyna Doña Maria Ana de Austria, en la menor edad de Carlos II. y quedó acordado, que solo de comun consentimiento se trataria la Paz con qualquiera, que moviese guerra.*

Estas dos Ligas, que parece confirmaban el Trono de España, y aseguraban su quietud, fueron su ruína; porque, sobre haver sido poco duraderas, burlaron, con gran perjuicio, la confianza. Descuidóse del continente de España, y de sus Fronteras: todas las fuerzas echó á la Italia el Francés, donde tenia yá sesenta mil hombres, antes que pisasen los Alemanes los limites de ella, sin que se atendiese á fortificar, y presidiar las Plazas maritimas de Andalucía, Valencia, y Cataluña, que eran las llaves del Reyno; el qual, como si no se disputase de él, yacía sepultado en el ocio. Ruinosos los muros de sus fortalezas, aún tenia Barcelona abiertas las bre-

brechas, que hizo el Duque de Vandoma; y desde Rosas, hasta Cadiz, no havia Alcazar, ni Castillo, no solo presidiado pero ni montada su artillería. La misma negligencia se admiraba en los Puertos de Vizcaya, y Galicia: no tenian los Almacenes sus provisiones; faltaban Fundidores de Armas, y las que havia, eran de ningun uso. Vacíos los Arsenales, y Astilleros, se havia olvidado el arte de construir Naves, y no tenia el Rey mas, que las destinadas al Comercio de Indias, y algunos Galeones; seis Galeras, consumidas del tiempo, y de el ocio, se ancoraban en Cartagena.

Estas eran las fuerzas de la España; estos los preparativos de una guerra infalible, con evidencias de pertináz, y sangrienta. Ni los Reynos, que de el continente dividia el Mar, estaban con mas vigilancia tratados: No tenia todo el Reyno de Napoles seis cabales Compañias de Soldados, y esos ignorantes de la Guerra, y Arte Militar; ó de ella olvidados con la quietud de tantos siglos. A Sicilia guarnecian quinientos hombres, ducientos á Cerdeña, aún menos á Mallorca, pocos á Canarias, y ningunos á las Indias. Las Milicias Urbanas, creían poder suplir en la ocasion, sin tener mas disciplina militar, que estár sus nombres por fuerza asentados en un Libro, y obligar á los Labradores, y á las rusticas Guardas de el Ganado, á tener un arcabúz. Ocho mil hombres havia en Flandes, seis mil en Milán; y si se contasen todos los que estaban al sueldo de esta vasta Monarquia, no pasaban de veinte mil. Las fuerzas maritimas de los Reynos estrangeros eran trece Galeras, y seis daba en asiento en Genova Juan Andrés Doria Carreto, Duque de Tursis, y otra Estevan de Doria. Asi dexaron este Reyno los Austriacos, y asi le dexaban ahora los que governaban en España, si no huviera sido erudicion la desgracia.

Nada embarazado el Francés de este desaliño, tomó el empeño de sostener el desarmado Cuerpo de el Reyno, cuya misma vastidad, y grandeza hacia casi imposible la defensa; y para mostrar, que no le arredraban las amenazas de los enemigos, mandó que de repente, y á un mismo tiempo, entrasen Tropas Francesas en las Plazas de la Flandes Española, que presidiaban, por antigua convencion, los Olandeses, que echados sin hostilidad, ni daño, se quedó Guarni-

nicion Francesa en ellas; y porque esto se executase sin rumor, y seguridad, ordenó el Mariscal de Bufflers, que con un buen numero de Tropas se acercase á Lila. Executóse todo con quietud, y felicidad; pero no sin gran quexa de los Olandeses, que la hizo mayor, hayer ese mismo tiempo el Governador de Gueldres hecho represalla de unas Barcas, que por el Rio Mosa pasaban cargadas de municiones de guerra, por lo que conocian, que la estaba esperando, no desprevenido, el Rey de Francia; y aunque expusieron sus quexas, no era con tanta sumision, que no ponderasen la violada fee, y explicasen, se verian precisados á unirse con el Emperador. Havianse yá resuelto á esto por el Tratado, que estaba perficionando el Rey Guillelmo; pero para adormecer un tanto la íra de Luis XIV. (porque no estaban todavia prevenidos) propusieron condiciones de ajuste, y que no entrarian en alguna Confederacion, *si se les daba por Barrera á Venlo, y San Donato, y casi otras veinte Plazas, en las quales se incluían Ruremunda, Stevambert, Luxemburg, Namúr, Charle-Roy, y Mons, para que estuviese seguro el paso desde Mastrich: O si no queria el Rey de España darles estas Plazas, que diese su Flandes Española, y el Ducado de Milán al Archiduque Carlos.* Esto fue con desprecio oído de el Rey de Francia, y la respuesta fue injuriosa, y sobervia; dixo: *Que si querian ser neutrales, restituiria las Guarniciones Olandesas á las Plazas de que las havia echado; y les añadiria, para que las presidiasen las que, vecinas á sus Estados, ganaria de los enemigos, y doblaria en la Mosa, y Mosela las Tropas para su seguridad.* Nada de esto escucharon los Olandeses, y obstinados en la resolucion de la Guerra, apresuraban las prevenciones. El Francés acercó Tropas á Gueldres: esto avivó á la Olanda el cuidado, y clamó á la Inglaterra por socorros, representando con repetidos Ministros el peligro; pero el mayor Agente de ellos era el mismo Rey Guillelmo, que propuso, con energía al Parlamento el riesgo de los Olandeses, y que por la antigua Convencion se les debia embiar Tropas Auxiliares: consiguió esto, y se determinó pasasen diez mil hombres con la mayor brevedad, aunque no asintieron á que formalmente declarase la Guerra.

El Rey, para buscar otro Aliado, que añadiese eficacia

á

ſ sus instancias, propuso elegir Succesor á la Corona, despues de la muerte de Ana Stuarda, Princesa de Dinamarca, llamada al Sólio en falta de Guillelmo. Esto movió grandes disputas: los que adherian ocultamente al Rey Jacobo, dixeron, no havia necesidad de apresurarse á elegir otro Heredero, porque esto debia diferirse al Reynado de Ana, que no estaba todavia incapáz de tener hijos: los Parciales de el Rey consintieron con su dictamen, ponderando los riesgos á que se exponia la quietud del Reyno, si muriese Ana sin nombrar Heredero; y que siempre era util tener este Protector mas el Decreto, de que reynase la linea Protestante; y asi, por mayor numero de votos, despues de Ana, fue elegida Succesora al Trono de la Gran Bretaña Sophia Luneburgica, Viuda de el Elector de Hannovér Ernesto Augusto, nacida de Federico Palatino, y de Isabél, hermana de Carlos I. de Inglaterra, ampliada la eleccion á sus Succesores. Havia otros Principes, que le podian competir el derecho á la Corona, y aun le tenian mejor; pero se tuvo consideracion á la Religion Protestante, que Sophia profesaba, y adelantó sus razones el Cesar; porque le pareció interesar al Duque de Hannovér en esta guerra, y ligarle con este nuevo beneficio, sin que á Leopoldo le hiciese fuerza, no ser Catholico, ni poner en peor estado la infelicidad del Rey Jacobo; porque en los Principes (es menester proferirlo con dolor) prevalece muchas veces la razon de estado, al zelo de la Religion.

Aunque Guillelmo estaba tan inclinado á mover esta guerra por sus particulares intereses, por dár satisfaccion al Parlamento, que no queria entrar en ella, respondió al Mariscal de Talard, que le pedia positiva respuesta de las proposiciones, que para el ajuste havia hecho su Amo el Rey Christianisimo: *Que no romperian los Ingleses la paz, si se les daba á Ostende, Dunquerque, y Neoport, y se satisfacian los derechos, que el Emperador tenia á la España.* Aunque esto era abiertamente negarse á ser amigo de la Francia, contuvo Luis XIV. las armas, porque esperaba la resulta de los movimientos de Escocia, que daban por nula la eleccion de Sophia, por no haver intervenido á ella; y por los de Alemania, donde el Sueco, favoreciendo á Stanislao, traxo á sí al Rey de Dinamarca, para que no socorriese á Federico de Saxonia,

ex-

expulsó casi del Reyno, y procurando restablecerse. El Cesar indiferente, por no entrar en guerra tan dispendiosa, y que tanto le distraía de la que empezaba en Italia, solo persuadia la Paz, quando la Francia, por ocultos emisarios, alentaba al Sueco con socorros de dinero á la guerra, y no descuidaba, que los Rebeldes de Ungría pusiesen en nueva aprehension al Emperador, despues que huyó de la prision de Neustad el Principe Ragotzi, que con barbaridad indigna havia intentado dár veneno á toda la Casa de Austria. Juntó este algunas Tropas, y las aumentaba el concurso de Calvinistas Franceses, que tomaban partido en ellas: socorria con dinero la Francia, pero no podian ser grandes los progresos de Ragotzi; porque el Turco no quiso adherir á sus idéas, y las Guarniciones de las Plazas de Ungría bastaban á contener los Sediciosos.

No embarazado de estas dificultades el Emperador, ordenó, baxase á mandar el Exercito de Italia el Principe Eugenio de Saboya, uniendo las Tropas, que havia juntado Comerci: Guido Starembergh emprehendió con las suyas, el primero, vencer lo árduo de los Montes, y los pasos, que guardaban con mas gente, que vigilancia los Franceses, que yá tenian doce mil hombres mas de Tropas del Duque de Saboya, y ocupaban la llanura, que pertenece á Cremona.

Estaba en Ripalta el Mariscal de Tesé bien fortificado: el Principe de Vaudemont en los Collados, entre el lago de Garda, y el Adda, con un grueso Destacamento: el Mariscal de Catinat mas adelante, teniendo el Lago á las espaldas, y á Chiusa enfrente, y cerrados los pasos, desde el Tiról al Athesis, con doce mil Infantes.

Si queria evitar un peligroso, é infelíz combate Starembergh, pocas sendas le quedaban, y esas asperas, montuosas, y embarazadas de peñascos, por las quales nadie creía se atreveria á emprehender la marcha; pero burlando, ó la confianza, ó el descuido de los Franceses, conduxo, con el silencio de la noche, y gran cantidad de Gastadores, sus Tropas á Rovereto, Lugar yá de Italia, en el Estado Veneciano: esta fue en esta guerra su primer hazaña, y no la menos importante; porque luego el Principe Eugenio, echando un Puente en el Tartaro, á vista de Catinat, plantó su Exercito en los Cam-

Campos de Ferrara. Lo escabroso del Lugar, y la desigualdad de los Montes, impidieron antes la Batalla, y no pudo despues la Cavallería Francesa embarazar este hecho, porque ya havia ocupado las orillas del Rio el Principe, y era tan cenagoso, lleno de turbales, y pantanos el terreno, que dividia ambos Exercitos, que cómodamente, y sin apresurarse, pudo pasar el suyo el Alemán, no sin hacer alguna burla de los Franceses, como dixeron los Desertores.

Quisieron despues pasar el Adda; pero Catinat, que estaba con sus Tropas en Verona, asentando Artillería á la otra parte del Rio, lo impedia: esto embarazaba las idéas del Principe Eugenio, y recurrió á la maña. Dispuso, que se quexasen los Venecianos del largo tiempo, que estaban los Franceses en Verona, y adhirió á esta quexa el Pontifice, por sugestion de Grimani, diciendo, se havian arruinado Casas, y Heredades de muchos Eclesiasticos, y que podia Catinat elegir otro Campo para sus Tropas. Despreciando los Franceses el inferior número del enemigo Exercito, se apartaron de Verona.

El Vice-Legado de Ferrara, parcial de los Austriacos, dispuso, dexasen los Pescadores sus Barcos á la orilla del Rio, que poseían los Alemanes, como acaso, los quales, valiendose de ellos, pasaron en una noche su Gente. Quexóse el Rey de Francia al Pontifice, y diósele por disculpa la que el Vice-Legado havia dado, de haver sido una mera inadvertencia, y casualidad, que durmiesen los Pescadores aquella noche á la otra parte del Rio. Sin perder tiempo, vigilantisimo Eugenio, echó un Puente en Castel-Baldo al Athesis, y dexandole guarnecido, se encaminó al Pó, cuya contraria orilla la halló ocupada de los Franceses, que la guardaban con muchas Tropas, y Artillería. Estaba el Rio tan crecido, que no era facil de noche vadearle, ni havia bastantes Barcas para pasar un Exercito observado del Enemigo; y asi ambos marchaban por su Ribera, midiendo el paso los Franceses al de los Alemanes, cuya Vanguardia guiaba, con un Destacamento de Cavallería, el General Palfi, ázia Carpi, donde havia fortificado su Campo con Tropas Españolas Phelipe Spinola, Marqués de los Balbases; pero con menos vigilancia en las Centinelas, y Granguardia de lo que era

justo; porque la noche del dia 10. de Julio, antes del Alva, le acometió tan de improviso, y con tan feroz impetu el Principe Eugenio, que muertas las Centinelas, puso en confusion el Campo, donde los mas dormian á sueño suelto: como la resistencia fue poca, lo fue la Batalla: vencidos los Españoles, apenas acertaban á huir: entró las Lineas el vencedor, y pasó á cuchillo á quantos, embarazados de la obscuridad, y de la confusion, no se rendian promptamente prisioneros. Muchos hombres de distincion huyeron medio vestidos hasta Mantua, y otros hasta Milán. La accion, aunque no de gran consequencia, engrandeció á los Alemanes, porque era la primera, despues de haver pasado con tanta dificultad los Montes, y el Mincio: todo acrecentaba su fama, y ponia en credito las Armas Austriacas, que era lo que pretendia el Emperador, para traer á la Liga muchos Principes, y poner mas aprehension al Francés, para que cargando Tropas á Italia, no pudiese hacer la Guerra en el Rhin, porque los Tudescos no la querian en casa propria.

Estos malos sucesos se atribuían entre sí, con no pequeña disension, los Generales Catinat, Tesé, y Uvademont: cada uno queria echar de sí la culpa, que cargaba al otro, y transcendió tanto la discordia, que yá se introducia en los animos la pertinacia, y desaprobacion de todo lo que no era el proprio dictamen; porque estos tres Generales, independientes uno de otro, ni al Duque de Saboya obedecian, de lo que nació otra desunion con Catinat, que no queria estár subordinado al Duque. Dió éste sus quexas en París, diciendo, se le faltaba á las condiciones de la Alianza, porque no se le havia entregado el mando de las Tropas de Italia, y daba eso por pretexto de su inaccion, y estár como indiferente mirando la Guerra: todo era arte, porque no queria, que acertasen los Franceses, y como los veía mas poderosos, amaba su error, deseando el equilibrio, y que nadie quedase en Italia dueño absoluto de ella. Por eso alentaba la discordia, y no aconsejaba lo que se debia executar, aun sabiendo mas que todos: obraba como Principe, no como Amigo: esto censuraban los que no entienden la necesidad que tiene un Principe, de no fiar de nadie su seguridad, y que en ellos la razon de estado prevalece á todo.

Esta

Esta politica del Duque no se escondia de la penetracion de Catinat, y daba quenta de ella, con reflexiones muy justas, al Rey Christianisimo; pero estaba en aquella Corte siempre vigilante por su Padre la Duquesa de Borgoña, á la qual adheria Tesé, y por eso se mostraba mas obsequioso al Duque, que pretendia apartar á Catinat del Exercito, porque era quien mas le entendia; y aunque era un General de los de mayor experiencia, y valor, que tenia la Francia, el Rey, por satisfacer, y contemplar al Duque, con muy honroso pretexto, le sacó de Italia, y succedió en su lugar el Mariscal de Villa-Roy, hombre alentado, y zeloso, pero infelíz. Los Alemanes, para adelantarse, pasando el Mincio, ocuparon á Gofredo, y Castillon, plantando su campo á los confines del Estado de Milán, y le fortificaron tanto, que intentando los Franceses romper sus lineas, no lo pudieron conseguir, y desistieron del intento.

Pasó á Caneto el Principe Eugenio, Lugar veinte millas distante de Mantua, y Cremona, para distraer con dos cuidados la atencion de los Franceses, y fortalecidas las Riberas del Athesis, bloqueó á Mantua, quanto bastaba á no poderla entrar socorros, ni provisiones. Tenia la Ciudad Guarnicion Francesa, porque Don Isidro Casada (valiendose del Marqués Berreti Landi, favorecido del Duque) pudo conseguirlo. Estaba dentro el Mariscal de Tesé con doce mil hombres: No era facil con esta Guarnicion emprehender el Sitio de una Plaza, la mas fuerte de Italia por su situacion, y otras circunstancias, que la hacian inexpugnable: Retiraronse por eso los Alemanes (sin dexar el Bloquéo) á Briselli, y Mirandula, y dieron Quarteles de Invierno á las Tropas en los Estados de Parma, y Modena: el Principe Eugenio puso sus Reales en Luzára. Tambien se retiraron á Quarteles los Franceses: Vaudemont, con parte de las Tropas, á Milán: otras se dividieron por el Estado; y Villa-Roy, con ocho mil hombres, se quedó en Cremona. Asi se concluyó en Italia la Campaña.

Como la Oficina de la Guerra es la Corte, no faltaba en ella otra lid, si no sangrienta, á lo menos perniciosa: bolverémos á Madrid, donde el Cardenal Portocarrero, mas obruído de la dificultad de los negocios, y cansado de los

Franceses, inspiró al Rey, se llamasen otros Ministros al Consejo Secreto del Gavinete, y entraron en él (á mas del Presidente de Castilla, y el Embaxador de Francia) el Duque de Montalto, Presidente de Aragon, y el Marqués de Mancéra, del de Italia. El peso de la Guerra, y la disposicion, se dexó enteramente en manos de los Franceses, que pedian mas sumas de dinero, que podia subministrar el Real Erario: Pretendian, que se impusiesen nuevos tributos; pero repugnó el Cardenal, diciendo, tenia bastantes Rentas el Rey, si las administrasen bien; y para que se les diese una forma mas prompta de cobrarlas, y de inquirir en los abusos, pidió de la Francia un Intendente General de ellas, y se le nombró á Juan Horri, hombre práctico, inteligente en administracion de caudales, de buena razon; pero impetuoso, é impaciente.

Esto no se llevó bien en España: disimulabase el dolor, y con la nueva planta, que queria dár el Francés, se enagenaban mas cada dia los animos. Esto hizo discurrir á los Magnates, y Padres de la Patria, que seria conveniente juntar Cortes Generales en Castilla, con las quales se daria asiento, de comun consentimiento, á muchas cosas, y confirmarian el omenage al Rey los Pueblos. Autor de este dictamen fue el Marqués de Villena, hombre, por su sangre, de los mas ilustres, ingenuo, erudito, y sincéro; decia: *Importaba corregir muchos abusos, y establecer nuevas Leyes, conformes á la necesidad de los tiempos; y que promulgadas estas de acuerdo con los Pueblos, no solo tendrian inviolable execucion, pero se podía prometer al Rey mayores tributos, y con mejor methodo cobrados, porque nadie ignoraba las estrecheces del Real Erario, para una Guerra, que se preveía infalible, dentro, y fuera de España: Que era razon observase el Rey los Fueros, y que esto lo creerian los Subditos, quando con nuevo juramento los autorizase, sin añadir otros; porque en Castilla, aunque havia pocos, no se tenia ambicion de ellos, como en los Reynos de la Corona de Aragon; y que asi, podia el Rey, sin peligro, juntar las Ciudades á Congreso, que sin duda confirmaria los animos en la fidelidad, amor, y obediencia á su Principe.*

Esta proposicion, examinada en el Consejo del Gavinete, se embió, sin resolver, al Rey de Francia, que no quiso

dar

dár su dictamen, con el motivo de que no podia entender las cosas peculiares de la España, sino quien huviese nacido en ella, y que debia el Rey conformarse en esto con el Consejo de Estado, y el parecer de los Ministros del Real de Castilla.

Vista, y discurrida menudamente en ambos Consejos la materia, no tuvo aceptacion: Pocos siguieron el dictamen de Villena; los mas dixeron: *Que no convenia remover en tiempo tan turbulento los animos, y exponer los Pueblos á que entendiesen lo que pueden, quando se juntan, pareciendoles entonces estár como en un parentesis el poder del Principe, el qual se venera mejor menos tratado, y de lexos, sin dár ocasion á disputar sobre Privilegios, ó Fueros, ni pedir otros, que enflaquecen con la esempcion, no solo la Real autoridad, pero aun la justicia, porque se abre como una Feria para la ambicion, y codicia de mercedes, las mas veces desproporcionadas al merito, y perjudiciales, exaltando los mas insolentes, y que inspiran en los Pueblos inobediencia, y tenacidad de sus Leyes, aun perdiendo el respeto á la Magestad: Que el segundo juramento no ligaria mas que el primero, yá prestado quando se proclamó al Rey: Que si le hacia mas solemne, sobre la observancia de las Leyes, creerian poder poner despues en disputa qualquier Decreto, si le interpretaban, ó le entendian contrario á sus patrios Estatutos, y se daba fomento á las quexas, las quales serian, aun antes de acabar el Congreso, infalibles, porque no se podrian llenar las vastas medidas de la ambicion, y en vez de buscar obligados, seria crear descontentos: Que de su propria voluntad jamás contribuirian los Pueblos con mas dinero, antes pretenderian aliviarlos de tributos, que impuestos por tiempo, nunca llegó el de quitarlos.*

Este parecer fue mas del agrado del Rey, y de sus intimos Consejeros, y se hizo un Decreto, que no convenia por aora juntar Cortes. Algunos Magnates, y Ciudades quedaron disgustados de esto, porque yá se havian publicado posibles, y creían, que negarlas era opresion; y asi se dixo, se havian solo diferido, porque debia salir el Rey de la Corte hasta Cataluña, para encontrar á la Reyna, como lo executó en el mes de Septiembre. Muchos fueron de opinion, que no saliese el Rey tan lexos, ni de los terminos de Castilla;

lla; pero el Cardenal Portocarrero se lo persuadió vivamente, para quedarse mandando en la Corte, y el Embaxador de Francia, Conde de Marsin, para tener mas autoridad, teniendo al Rey solo en la jornada. Burló esta ambicion el Cardenal, y le dió al Rey por Consejeros al Duque de Medina-Sidonia, y al Conde de San Estevan del Puerto: de ambos, y de Marsin se componia el Consejo de Gavinete del Rey, y Portocarrero se quedó en la Corte, con tan amplio poder, como le havia dado Carlos II. en tiempo de su ultima enfermedad.

Esto hirió sumamente á los Tribunales, y á la Nobleza, porque bolvian á depender unicamente del duro, y desapiadado génio del Cardenal, que comunicando solo con Don Manuel Arias, y en su casa con un tal Urraca, Criado suyo, no era facil conseguirle una audiencia; y si de paso la daba, no se podia aguardar mas respuesta, que obscuros, é imperceptibles acentos: ni havia á quien acudir, porque todo el peso del Govierno cargaba sobre dos solos hombres austeros, y que huían la humana sociedad. Añadióse á esto, que el Cardenal, por adulacion, molestaba al Rey de Francia, consultando, aun cosas de la menor importancia, y esto dilataba tanto los expedientes, que llamaba á la impaciencia; pero la fidelidad de los Castellanos, y su amor al Rey lo toleraba todo.

Haviase ya desposado en Turin el dia 11. de Septiembre la Reyna con el Principe de Cariñan, su Tio, que tenia los Poderes del Rey, y luego partió para Niza, donde se havia de embarcar en las Galeras del Duque de Tursis: debia encontrar alli á la Camarera Mayor, Maria Ana de la Tremolla, viuda del Principe Ursini, que estaba en Roma, muger de esclarecido linage, prudente, y capáz de entender, y manejar qualquier negocio, muy secreta, y cauta. Costó no pocas disputas esta eleccion, que cometida primero al Rey de Francia, se escusó de ella. Era su parecer, que fuese Castellana la Camarera, como lo havia sido siempre; pero lo repugnó tenazmente el Cardenal Portocarrero, diciendo: *Seria bolver á poner el Palacio en el desorden, en que le tenia Carlos II. por el despotico dominio de las mugeres; y que si una Española de la primera Nobleza adquiria la grande autoridad, que lleva consigo este empleo, siendo los Reyes tan jovenes, les in-*

*introduciria en la gracia, y favor á sus parientes, y allegados. Querria entrar en todas las dependiencias, y mandar con sola su recomendacion en los Tribunales, porque procuraria participase su casa, y sus parientes de la favorable oportunidad, gozando de los primeros honores, y empleos, quizá con injusticia, y con riesgo: Que no havria secreto, porque la Camarera sabria las resoluciones, y seria arbitra de la reparticion de las gracias: Que una Estrangera, sin allegados, ni inclusiones de sangre, aun quando mas ambiciosa, no tendria que mirar mas que por sí; y no teniendo casa, ni faccion en la Corte, no tendria tanta osadía, quanta la sugeririan los suyos á una Española, puesta en lugar tan sublime, como era regir, y governar una Reyna niña, á la qual doctrinaria con las artes, y maximas que quisiese, propicias á la vanidad, y codicia de los Magnates, de los quales havia pocos de quien fiar, y por consequencia, de las Señoras de su esfera, como era preciso que fuese la Camarera; y que asi, para obviar tantos inconvenientes, seria lo mas acertado, que eligiese el Rey Christianisimo una Francesa, buscandola proporcionada á tan alto empleo.*

Este injusto dictamen del Cardenal, nacido de los zelos de la autoridad, heria á toda la Nacion, y al Cuerpo de la primera Nobleza, donde las mas de las mugeres están dotadas de singulares prendas de sólida, y christiana virtud, modestia, y prudencia: por eso lo tuvo muy secreto el Cardenal, y siempre atribuyó á los Franceses esta eleccion, á la qual no dexó de concurrir Don Manuel Arias, con el mismo temor, de que se introduxesen los Españoles en la gracia del Rey, y se hicieron este agravio á sí mismos; siendo cierto, que para este empleo, en que era preciso criar una tierna Princesa con la etiqueta, y seriedad Española, ninguna era mas á proposito, que la que lo fuese, y mas haviendo tantas dignisimas en que elegir.

La Princesa Ursini, que estaba con suma aceptacion, y autoridad en la Corte de Roma, ya Maestra en las Artes de ella, no queria probar nueva fortuna, y se escusó de esta honra, hasta que la estrechó á aceptarla una orden del Rey Christianismo, dada con terminos tan obligantes, que se resolvió á partir á encontrar á la Reyna, y desde Niza la sirvió de Camarera Mayor. Salieron al mismo tiempo de Madrid

drid las Damas de Palacio, para encontrarla, y fué elegido Governador de su Casa Real, con honores de Mayordomo Mayor, el Conde de Montellano, que venia de ser Virrey de Cerdeña, hombre yá de crecida edad, maduro, sabio, christiano, y politico; pero sin los enredos, y lisonjas, que confunden los Palacios. Este eligió, de su propria voluntad el Cardenal, porque le miraba ageno de ambicion, y que no le querria competir en la autoridad, que era todo su cuidado, y recelo.

Llevó el Conde toda la Familia de la Reyna hasta Figueras, Lugar de Cataluña, donde tambien llegaron los Reyes, cada uno por su camino: el Rey vino de Barcelona, y la Reyna pasó por tierra la Francia, dexando las Galeras, porque la molestaba mucho el Mar. Luego que encontró á la Familia Española, se despidió la que la Reyna traxo de Turin, y no la quedó, ni una Camarista conocida, solo la Camarera Mayor. Sintió esto mucho la Reyna; pero cedió al gusto del Rey, que lo ordenó asi, sugeriendolo los Españoles, que no olvidaban las confusiones, que suscitaron la Cantina, Camarista de la Reyna Maria Luisa de Borbón, y la Berliz, que lo fue de Maria Ana de Neoburgh. El Rey entregó todo el desocupado corazon á la Reyna, en quien no faltaban calidades para prendarle. Tenia solo catorce años, era de agradable aspecto, y de gracia singular, benigna, afable, y atractiva: esto le dió la Naturaleza: despues el arte la enseñó á conciliarse la benevolencia de los Subditos, y á confirmarse siempre en el amor del Rey, que nunca declinó de las primeras impresiones. Despues de tres dias pasaron á Barcelona los Reyes: las exteriores aclamaciones fueron grandes; mas sincéras en la Plebe mas humilde, que aún no estaba contaminada de infidelidad. Pidió el Principado de Cataluña Cortes, y las concedió el Rey, quando se havian negado á Castilla, cuyos Pueblos no son tan arrogantes, é insolentes. Para sosegarlos, fueron de este dictamen los Consejeros, que el Rey tenia consigo, y el Embaxador Marsin.

Con tantas gracias, y mercedes como se concedieron, se ensoberveció mas el aleve génio de los Catalanes: la misma benignidad del Rey dexó mal puesta su autoridad, porque blasonaban de ser temidos, y pidieron tantas cosas, aun

su-

superiores á su esperanza, para que la repulsa diese motivo á la quexa, y algun pretexto á la traycion, que meditaban. Deseaban mas ocasion á la ira, que al agradecimiento: por eso no reconocian los mismos beneficios, y mercedes, que suplicaban, yá prevenidos de ingratitud: todo lo perdió, y lo malogró el Rey; pues los mas favorecidos fueron los primeros desleales. No se estableció en estas Cortes Ley alguna provechosa al bien público, y al modo del Govierno: todo fue confirmar Privilegios, y añadir otros, que alentaban á la insolencia; porque los Catalanes creen, que todo vá bien governado, gozando ellos de muchos Fueros. Ofrecieron un regular donativo, no muy largo, y bolvieron á jurar fidelidad, y obediencia, con menos intencion de observarla, que lo havian hecho la primera vez. Escrivianlo todo con delinquentes reflexiones al Principe de Armestad á Viena, por medio de los Genoveses, y se mostraban las Cartas en las Antecamaras del Emperador, que embió copia de ellas al Conde de Uratislabia, su Ministro en Londres, para que las viese el Rey Guillelmo, y tomase mas alientos la Liga, que aún repugnaba el Parlamento, al qual ponderó nuevamente el Rey la injuria, que le acababa de hacer el Christianisimo, con haver reconocido por Rey á Jacobo III. hijo de Jacobo II. Rey de Inglaterra. Este havia muerto en San Germán á los 16. de Septiembre, con tanta edificacion, y fama de santidad, que mostró, cómo podia ser dichoso un infelíz, haciendo de las desventuras sacrificio, para convertirlas en Bienaventuranza eterna. Asi discurrimos piadosamente de un Principe, que enseñó con el exemplo, quanto se debe anteponer á todo la Religion.

El mismo tratamiento, y reverencia conservó en Francia su hijo. Los adheridos al Rey Guillelmo ponderaban esto como infraccion de la Paz de Risvuich, donde havia ofrecido Luis XIV. *Reconocer por legitima Succesora á la Corona de Inglaterra la Linea Protestante de sus Principes, y que no se debia tratar como Rey á quien no havia empuñado el Cetro, tolerandose en su Padre, porque lo havia sido; pero yá expulso, y establecida por Ley la Linea heredera, decian, que no le quedaba derecho, ni accion á su hijo, y que por eso se debia reputar como agravio la resolucion del Christianisimo.* Los que ocul-

tamente favorecian á los Estuardos, alegaban: *Ser insubstanciales estos reconocimientos, y que nada importaba á la Inglaterra ser Jacobo II. ó III. el reconocido: Que no debia el Rey de Francia ser Juez contra el mismo á quien havia dado refugio en sus Reynos, porque sería borrar con inutil circunspeccion lo benigno, y lo magnifico: Que los titulos de que usan los Principes no inducen posesion, ni derecho, porque en sus dictados ponen lo que no poseen, apropiandose la vanidad de una aprehension, y de un titulo vano.*

El Rey Guillelmo, que todo lo abrazaba por nuevo pretexto á su resolucion, declaró formalmente á Francia, y España la Guerra: ofrecieronle socorros el Duque Jorge de Hannovér, y la Princesa Ana de Dinamarca: esta con expresiones mas vehementes, porque dixo, que venderia para esta Guerra, hasta sus arillos, y sortijas. Tanto los empeñó el temor, de que el poder de la Francia intentase restituir al Trono á Jacobo. Ordenaronse en Inglaterra levas, y se armó una Esquadra de Navíos, que se entregaron á el Almirante Rooch. Luego se hizo la Liga con el Cesar: entraron en ella el Rey Guillelmo, los Olandeses, el Duque de Hannover, y el de Neoburg; y para dár las mas convenientes disposiciones á la Guerra, pasó Guillelmo á Olanda, donde yá havian llegado los 10ų. Ingleses Auxiliares, y dexadas sus instrucciones, bolvió á Londres. Partió Rooch con 46. Naves ácia las Costas de Francia, con mas pompa, que utilidad. Otra Esquadra se embió á las Indias con el Vice-Almirante Bembo, que tuvo la misma suerte: nada hicieron mas que dexarse vér, y gastar en vana ostentacion muchos tesoros, porque yá el Rey havia conseguido del Parlamento los subsidios.

Esto atemorizó los Reynos de España, y mucho mas los separados del continente, donde tenian los Austriacos sus ocultos Emisarios, y Parciales; pues el largo dominio de su familia havia dexado impresion en los mas de los Nobles, porque de ella reconocian las mercedes, y privilegios, que gozaban; y asi, solo el apellido de Austria, hacia otra mas cruél Guerra al Rey Phelipe. El primer Reyno, en quien prendió fuego la rebelion, fue Napoles: concibióse esta en Roma; fueron los Autores el Cardenal Grimani, y Don Cesar Avalos, Marqués de Pescára. Entró el Baron de Sasinet ocul-

oculto en el Reyno, y á pocos dias perficionó su Tratado con el Principe de Laricha, el Duque de Thelesia, Don Carlos de Sangro, Don Tiberio, y Don Malicia Carrafa, Don Joseph Capecia, y el Principe de Macia, que acababa de llegar de España. En esta conjura entraron otros de mas obscuro nombre; y con palabras equivocas no desalentó Don Andrés de Avalos, Principe de Monte-Sarcho, hombre de grande autoridad, y séquito en la Plebe. Ganados con dinero Nicolás Prisco, Maestro de Esgrima del Duque de Medina-Celi, Virrey del Reyno, y su Cochero, ofrecieron hacer lo que se les ordenase. Quedaron todos de acuerdo, que la noche del dia 27. de Septiembre darian muerte al Virrey en Fuente-Medina, bolviendo en coche del paseo, porque todos los dias pasaba por aquel parage: Que la misma noche entraria con 600. hombres armados el Principe de Caserta, y que ocuparian á Castel-Novo, donde yá tenian conjurada parte de la Guarnicion, y al Gefe de la Armería, los quales, para abrir las puertas, esperaban por señas unos silvos.

Esta era la disposicion, creyendo, que proclamado el Archiduque Carlos, ocupados los puestos mas principales de la Ciudad por la Cavallería de Caserta, y un Castillo, muerto el Duque de Medina, y permitido á la Plebe al saquéo de las casas, que quisiesen, un delito confirmaria otro, y se sostendria, por proprio interés la rebelion, á la qual alentaba Sasinet con los ofrecimientos del Principe Eugenio, de socorrerlos con Tropas en caso de sublevacion, y que pasarian otras por el Trieste con las Galeras de Ragusa. Antes determinaron los Conjurados, que se diese principio á la obra, y se matase al Virrey la noche del dia de San Genaro, en que sale en público, está toda la Ciudad iluminada, y hay mayor concurso de Plebe, porque querian interviniese mas gente, para tener mas sequaces; pero lo embarazó Don Malicia Carrafa, diciendo, sería hacer funesta la celebridad de aquel dia, tal vez con indignacion del Pueblo, que le tiene consagrado á un Santo Protector de la Ciudad, cuya venganza era justo temer; y asi, se aplazó para el que yá diximos; pero antes que éste llegase, un Letrado llamado Nicodemo, pariente de un o de los que entraban en la conjura, la penetró, y declaró, con todas sus circunstancias, al Duque

de Medina; y aunque esto era yá á mas de dos horas de noche, sin perder instante de tiempo, mandó prender á su Cochero, y á el Maestro de Armas Prisco, y ponerlos á question de tormento, donde, sin mucha dilacion, confesaron el proprio delito, y el ageno; porque declararon los cómplices, que sabian, pues havia otros de alta esfera, que solo se confiaron á Sasinet, y ofrecieron, que seguirian, mas no empezarian la rebelion. Mandó el Virrey prender los que de prompto pudo hallar, gente no de la mayor importancia: mudó al instante la Guarnicion de Caste-lNovo, la puso en arresto, introduciendo otra: ordenó estuviesen sobre las armas los Castillos, y Cuerpo de Guardia; y dobló el del Palacio Real. Llamó á los Ministros, y Oficiales de Guerra, y los Magnates, en quienes tenia mas confianza, ó exercian algun empléo: divulgada esta novedad, acudieron otros, y casi todos al Palacio, nadie parecia desleal: muchos de los que acudieron, secretamente lo eran, y uno de ellos el Principe de Monte-Sarcho, que hacia de la necesidad virtud. Consultó el Duque con los Ministros, y sus mas allegados, qué se debia de prompto executar? Determinaron lo primero, poner en salvo su persona, porque en qualquier tumulto, no se expusiese la Ciudad á tan gran crimen; y que permaneciendo aquella, como no faltaba la Imagen del Soberano, andaria menos licenciosa la insolencia, y se mantendria la Cabeza de la faccion del Rey, con que desmayarian infaliblemente los Sediciosos. Juzgaron, estaria mas seguro en Castel-Novo, y por el camino secreto, que hay desde el Palacio, pasó el Duque con la Nobleza: acudió tambien á ofrecer la suya; y la pública fidelidad el Electo del Pueblo: dixo, que ignoraba la verdadera causa de este rumor; pero que sin duda sería delito concebido entre particulares, no contaminada la universidad.

Viendose descubiertos los Sediciosos, se juntaron para su propria defensa; y creyendo la harian mayor empezando el tumulto, proclamaron en alta voz, por varias partes de la Ciudad, al Archiduque Carlos: llamabanle Sexto, guardando la relacion de la série de los Reyes Napolitanos: fueron á Castel-Novo, hicieron la seña concertada con sus silvos, porque ignoraban se havia mudado la Guarnicion. Las Centine-

tinelas de las garitas de los Baluartes respondieron con el fusil: este ruido induxo mas confusion, porque todos ignoraban, qué fundamento tenia esta conjura, y los verdaderos Autores parecian muchos; porque convirtiendo la desesperacion en delirio los Sediciosos, esparcian mas vivamente el aclamado nombre del Archiduque Carlos, por si el exemplo traía los animos de los que imaginaban mas tardos, por temor, mas que por fidelidad al Rey. Abrieron las Carceles, sacaron los presos: los que creían, no podian deteriorar de condicion, por la gravedad de sus delitos, abrazaron tambien este: otros se refugiaron á los Templos. El Barón Sasinet, en los Claustros de San Lorenzo erigió una Vandera con las Armas Austriacas, y sentado ante una mesa, con muchos doblones, esparcidos por ella, hacía gente, y daba de entrada lo que pedian: pocos dieron su verdadero nombre, porque no quedase escrito: tomaron algunos partido, para ganar de prompto aquel dinero: muchos de estos desertaron luego, y se fueron á sus casas; pero siempre quedó el Cuerpo de los Sediciosos bastante á turbar la quietud de toda la Ciudad lo que duró la noche; y recogiendo quanta gente podian, acometieron el Palacio de la Vicaría, rompieron Archivos, y destrozaron papeles, fixando uno en las puertas, que pretendia probar el derecho de los Austriacos al Reyno.

El Duque de Medina, y los que con él estaban, nada de esto sabian á punto fixo; solo el rumor les daba aprehension, y las que por todas partes oían desordenadas voces, que no mostraban hecho alguno particular, ni haver ocupado, ni asaltado alguno de los Castillos; y disputandose en lo que se debia executar, fue de parecer Don Antonio Judice, Principe de Chelemár, que nada se emprehendiese en las sombras de la noche, porque se ignoraba quienes eran los Conjurados, y desconfiaba aún de muchos, que tenia presentes: ponderó, que cumplian los hombres mejor con su obligacion de dia, estimulados de su honra, y que no havia peligro en la dilacion, porque faltaba poco para amanecer, y entretanto se diesen las ordenes necesarias, y se previniese todo, para que al rayar del dia se acometiese á los Sediciosos. Este prudentisimo dictamen aprobó el Duque, y ordenó, que con las Compañias que alli estaban, y la Nobleza,

se

se executase, y dió á todos por Gefe á Don Rustaino Cantelmo, Duque de Populi, General de la Artillería, hombre de conocido valor, y experiencia, maduro, y de sólida honra, y fidelidad: todo lo comprobó el exito. Salieron al amanecer á buscar á los Rebeldes, y con poca dificultad deshicieron la union de la desordenada muchedumbre: murieron pocos, porque la accion fue breve. La Nobleza dió manifiesto exemplo de su fidelidad, y traxo mucha parte de Pueblo, que tomó las armas por el Rey. Desvanecióse con la acertada conducta del Duque de Populi aquella borrasca, que daba mas aprehension de lexos, y con la obscuridad de la noche: plantó la Artillería contra la Torre de Santa Clara, y los Claustros de San Lorenzo, donde se havian refugiado los principales Rebeldes, que no se atrevieron á defender: algunos huyeron por secretas puertas al campo; otros se metieron en las cuevas, y escondrijos de las casas; y asi, á poca ruína, que empezaron á hacer, batidas las paredes, se apoderaron de todo los Soldados, y se bolvió á proclamar al Rey Phelipe. Mandaronse buscar, y seguir las principales Cabezas de tan depravado intento, y se alcanzaron en la fuga el Baron Sasinet, y el Principe de Laricha, que se embiaron poco despues á la Bastilla de Francia: tambien fue preso Don Carlos de Sangro, y á pocos dias degollado: fueron en busca de Don Joseph Capecia, el Duque de Sarno, y el Principe de la Valle, y le hallaron escondido en una Gruta de Monte Virgen, donde, despues de haverse resistido quanto pudo, se dió muerte á sí mismo: llevaron su cabeza á la Ciudad, y se colocó, pendiente en una escarpia de hierro, para público espectáculo. Los Carrafas, y otros huyeron mas felizmente: mandaronse ahorcar los que en el primer encuentro pudieron cogerse, y se perdonó á la multitud. Declararonse traydores al Marqués de Pescára, y al Principe de Caserta, y se confiscaron sus bienes: á este ultimo tambien le castigó con destierro el Pontifice, como á su Subdito, porque tiene Feudos en los Estados Pontificios; y reprehendió agriamente al Cardenal Grimani de tan detestable designio, improprio de lo sagrado de la Purpura.

Este éxito tuvo entonces tan mal concebida, y precipitada sublevacion, que aunque la deseaban muchos, la em-

pre-

prehendieron pocos Nobles, y no de la mayor autoridad, y conducta. Quedó ahogada en cenizas la llama; apagada no, porque el Principe de Monte-Sarcho, y otros, conservaron, hasta mejor oportunidad su depravada intencion, no por odio al Rey, y á los Españoles, sino cansados del tyrano, injusto, y despotico govierno del Duque de Medina, cuya intolerable sobervia, y vanidad, trataba á todos con aspereza, y desprecio.

Haviase traído de Roma el Duque, y tenia en su casa, con nombre de Camarera de su muger, á Angela Georgina, que le havia costado muchos empeños, y disputas conseguirla: era muger de baxa esfera, havia sido Cantarina de la Reyna Christiana de Suecia, y debia á la Naturaleza algunas buenas calidades, que las hizo instrumento de su deshonestidad. Esta, fiada en el favor del Duque, cuya voluntad poseía absoluta, tenia tanta parte en el Govierno, que era el unico, y mas proporcionado medio para las gracias, y provisiones, aun de justicia, la qual, esclavo de sus afectos, ultrajó al Duque muchas veces, y quanto dinero adquiria (tratando sin zelo, ni atencion al Real Erario) todo servia para enriquecer á esta muger, cuya sobervia se propasó, hasta querer igualarse á las Señoras de primera esfera, que las hay muchas, y de esclarecida sangre en el Reyno de Napoles. No desayudaba á hacer odioso al Duque otra hermana de la Georgina, que tambien tenia en casa, llamada Barbara, no menos sobervia, y arrogante, que ella. Estos, y otros desordenes le concitaron un odio comun, y se dió quenta al Rey del peligro que amenazaba aquel Reyno. Pretextando zelo, corrieron los primeros avisos por manos de el Cardenal Francisco Judice, y del Duque de Uzeda, Embaxador en Roma, que cada uno de ellos pretendia el Virreynato de Napoles; y para que fuesen mas eficaces sus representaciones, hicieron, que escriviese contra el Duque al Rey Christianisimo su Ministro el Cardenal de Jasón. No dexaron algunos Magnates Napolitanos de quexarse al Rey, y tanto cúmulo de quexas consiguieron, que fuese llamado á la Corte el Duque de Medina; y aunque se le dió la Presidencia de Indias, enagenó del Rey, desde entonces, el animo tan pertinazmente, que se precipitó á la desgracia, que despues verémos.

Los

Los Napolitanos fueron tan advertidos, y atentos á su utilidad, que aunque se valieron del Duque de Uceda para echar al de Medina, al mismo tiempo suplicaron al Rey, no se les diese por succesor, por su aspereza, y precipitacion, notandole otros defectos, que le quitaron este Govierno, y se dió al Duque de Escalona, Virrey de Sicilia, á donde pasó en interin el Cardenal Judice. En este hecho tambien perdió el Rey al Duque de Uzeda. Los que mas intimamente le trataban, conocian, adheria yá interiormente á los Austriacos; aunque havia escrito un Papel muy difuso contra ellos, con clausulas poco reverentes para Principes tan grandes, probando los derechos del Rey Phelipe; pero como los ambiciosos, y que tienen superficial la lealtad, solo sirven á sí mismos, y á sus particulares intereses, viendo burladas las esperanzas de ser Virrey de Napoles, concibió aversion al Rey, reservada con tanto cuidado, que aun los pocos que lo sospechaban, no lo creían, porque fiandose al tiempo, y á la casualidad de los sucesos, difirió su maligna intencion quanto le fue permitido, como tambien verémos en su lugar.

En los ultimos periodos de este año se vió un Cometa: era su figura una faja ancha, y resplandeciente, cuya parte extrema miraba al Ocaso: la cabeza tendida ácia la parte Oriental, se sumergía tanto en el contrario Orizonte, que ni el mas exquisito Telescopio pudo averiguar su magnitud. Dixeron algunos, que era imagen periodica, porque cada sesenta años parecia, de lo qual haviendonos querido certificar en las observaciones de la Astronomía, lo hallamos falso. Si alguna vez las Cometas predicen infortunios, y calamidades, ninguno mas que éste, á quien siguieron tan crueles, y sangrientas guerras, tantas desolaciones de Provincias, trayciones, motines, y delitos los mas enormes.

# AÑO DE M.DCCII.

AUN permanecian las Cortes de Cathaluña, donde la Provincia havia conseguido del Rey mas de lo que podia esperar. Aun mayores cosas pretendia, para buscar pretex-

textos á la quexa. Aguardaban á un tiempo las mercedes del Rey, y las promesas del Archiduque Carlos. Crearonse Marqueses, y Condes: Armaronse Cavalleros en mas numero de el que era justo: propasó al merito la liberalidad del Rey, por si podia hacer sólida la dudosa fee de aquellos Vasallos. A 14. de Enero juró el Rey sus Leyes, Fueros, y Privilegios: Tambien la Provincia juró de guardar fidelidad, y obediencia, no con intencion de cumplirlo. Los de animo natural infiél, con facilidad se absuelven del juramento, porque no le creen acto de religion, sino politica ceremonia, que pueden violar, quando se les antoje.

El Almirante de Castilla, que yá abrigaba perniciosos dictamenes á la pública quietud, los ocultaba con el disimulo mayor; escribia al Duque de Pareti á Viena con el mayor artificio, cubriendo de zelo las clausulas, con que informaba de lo que los Austriacos querian saber. Quexabase, ser casi todos los Nobles de Cathaluña enemigos del Rey, aun haviendo éste excedido en la clemencia, y la liberalidad, por su genio benigno, y por error de sus Consejeros, que como medrosos de los Catalanes, los havian querido ganar con beneficios, y los perdian: Que él huviera sido de contrario dictamen, y huviera bien fortificado la Provincia, y puesto en ella quatro mil Cavallos: Que havia mucho que temer aún de los Castellanos, ofendidos de haverseles negado las Cortes, concedidas á Barcelona; por eso era preciso gran cuidado con la Andalucía, desarmada, y sin gente, de cuyas Costas era Capitan General el Marqués de Leganés, poco afecto á los Franceses, los quales con arte, y no sin altos designios de quedar siempre superiores, dexaban la España, como la havian hallado, sin Tropas, ni fortificadas las Plazas; y con todo eso havian determinado, que pasase á Italia el Rey, y dexase el Reyno indefenso, y en el mayor riesgo, que podia padecer.

Tenia estrechéz el Almirante con el Duque, desde que éste fue en Milán Gran Chancillér, y aquel Governador, y se conservó siempre esta amistad. Estas cartas mostró primero en Viena el Duque Moles, y se embiaron copiadas á Inglaterra, y Olanda, para que les sirviesen de luz, y aliento á la Confederacion, que en fin se concordó en Londres, entre la

Casa de Austria, el Rey Guillelmo, y la Republica de Olanda. Adhirieron á ella el Duque de Hannovér, el Palatino, y Ulrico de Brasvich. Ofrecieron Tropas Auxiliares el Saxon, los Circulos de Franconia, y Suevia, y muchos Principes de Alemania; pero pagandoselas, ó vendiendo los Regimientos enteros, como es allá costumbre, ó tomando por ellos una determinada suma cada año.

El Duque de Baviera, con 20y. hombres, estaba acantonado en las cercanías del Danubio con las Tropas de su hermano Joseph Clemente, Elector de Colonia: mostraban ser neutrales, y defender solo su libertad; pero en secreto adherian á la Casa de Francia, con cuyo dinero se hicieron las primeras Levas; pero no se declaraba todavia el Bávaro, hasta poder emplear bien sus armas en daño del Emperador.

Los Electores de Maguncia, y Treveris, tambien afectaban neutralidad, y secretamente favorecian la Causa del Cesar; porque aseguraron, darle sus Tropas en caso de necesidad. Este era el dictamen de los mas de los Principes de Alemania, que siempre dependen del que ciñe la Imperial Corona.

Los pactos de la gran Liga fueron estos: *Que se haria la Guerra á la Monarquía de España, hasta echar de su Trono á Phelipe de Borbón, teniendo como en deposito los Reynos, ó Provincias, que ganarian los Principes de la misma Confederacion, quedando en poder del Emperador lo que se conquistaria en el Rhin, y la Italia: Lo que en Flandes, y Francia, en el de los Olandeses; y que todos los Puertos de Mar ocuparian los Ingleses, aun en Indias, prohibiendo á toda Nacion el Comercio de ellas, mientras no se hiciese la Paz, y permitiendole limitado, aun á la Olanda: Que en las Armadas Navales havia de gastar por dos tercios la Inglaterra, por uno la Olanda, y que en los Exercitos de tierra pagarian la tercera parte los Ingleses: Que todos los gastos de la Guerra, en qualquier exito, los pagaria al fin de ella la Casa de Austria; y que se nombraria de acuerdo Rey á la España, parte, ó toda conquistada.*

Aún no havian declarado por Rey á Carlos, Archiduque de Austria; pero todos sabian no podia ser otro, pues por eso se hacia la Guerra, no queriendo empeñarse en el reconocimiento, y cargarse de estos gastos mas, hasta vér

los

los primeros pasos de la fortuna, despues de empezadas las hostilidades. Asi, á costa agena, emprehendió la Casa de Austria la mayor Guerra, que se ha visto en muchos siglos, no tanto fiada en las Armas, quanto en la aficion de los Pueblos á su Familia. Gravemente opreso de una caída de cavallo el Rey Guillelmo, y agravandose una inveterada tysis, murió en Londres en 29. de Marzo: Principe esclarecido, valeroso, sagáz, disimulado, y secreto; pero tyrano, porque sin derecho alguno ocupó el Trono de Inglaterra, despues de la muerte de su muger. No se le conocia amor á Religion alguna, todas las sujetaba á la razon de estado: por eso no conocia para el fin medio malo, porque todos los aprobaba su falsa, y ciega politica. No le agitaban tanto el animo los vicios, como la ambicion de reynar, y de la mundana gloria. Era áspero, y lo executaba todo con blandura. (tanto havia enseñado á sus pasiones, que se rindiesen á su politica!) Estimaba tanto la fama posthuma, que, aún muriendo, dió instrucciones de cómo se havia de proseguir la Guerra, ó era querer dilatar el imperio mas allá de la vida.

A 4. de Mayo se proclamó en Londres Reyna la Princesa Ana Stuarda, hija de Jacobo II. muger del Principe Jorge de Dinamarca, el qual, ni desde el thalamo de la Reyna pudo subir al Trono, porque le trataban en Londres como persona privada: nunca Principe padeció mayor desdoro, porque no tenia menor accion por su muger, que la que dió el Rey á Guillelmo de Nasao, porque Maria, y Ana eran hermanas. Asi saben distinguirse entre los mortales los hombres de alto espiritu, y de profundo consejo. No se entibiaron por eso en Inglaterra las militares prevenciones, porque la Reyna la emprehendia con mayor tesón, afectandole aún, porque creían, que la debilidad de su sexo podia padecer alguna inconstancia. Confirmó en el imperio de las Armas al Duque de Malbruch, cuya muger, grata mucho antes á la Reyna, no dexaba descaecer el favor. Renovó los pactos de la Liga, y reconoció por Rey de España á Carlos, Archiduque de Austria, que llamaron Tercero de este nombre. Lo proprio hicieron los Olandeses, y demás Principes de la Liga, pero se renovaron las condiciones. *En la Monarquia se reservaron para sí los Ingleses á Menorca, con Puerto-*

*Mahón, Gibraltar, y Ceuta, y casi la tercera parte de las Indias; y la otra tercera parte, con una Barrera á su arbitrio en Flandes, se ofreció á los Olandeses: al Emperador el Estado de Milán, pero incorporado en los Estados Hereditarios, como Feudo Imperial: lo demás de la Monarquía Española, y lo que quedaba de la América se dexaba al Rey Carlos.*

Esta era una quimérica division. Los mismos que la establecian, entendieron, que no podia tener efecto, porque era caso imposible echar de toda la Monarquía al Rey Phelipe, sin deprimir, y sujetar antes á la Francia, que havia tomado el empeño de defenderle. Ni aun sola la España es conquistable, defendiendola sus moradores; y no ignoraban, que tenia en los Pueblos de los Reynos de Castilla asentado su partido el Rey; pero les pareció preciso á los Coligados despedazar, siquiera con la pluma, este Sólio, y mudarle Dueño, para manifestar lo firme del empeño, y de la intencion.

En la Italia era donde se enardecia la Guerra. Viendo el Principe Eugenio la imposibilidad de tomar á Mantua, aplicó el animo á Cremona, donde estaba el Mariscal de Villa-Roy. Un Sacerdote de la Ciudad, cuya baxa fortuna le hizo discurrir en arbitrios indecentes á su estado, descubrió á los Alemanes, que un viejo conducto de agua, yá ciego, y de ningun uso, se estendia desde el Campo hasta su casa, (que estaba junto á la muralla) y que por él era facil entrar, sin advertirlo, la gente que quisiesen. No se despreció la propuesta, y alentadole, mas con promesas, que con dinero, le ordenaron limpiase el conducto, y que en el remate de él, por donde debian entrar, hincase un palo, que serviria de seña, para abrir de noche la tierra. Executólo puntualmente, y se introduxeron por el conducto á la Ciudad, de noche, 600. hombres escogidos, que abriendo la puerta mas vecina, y matando las Centinelas, dieron paso á 6g. hombres, que conducian el Principe Eugenio, y el de Comerci; apoderandose de la muralla; pero como no havia guia para saber ocupar los Baluartes, y era obscura la noche, huvo un poco de dilacion perniciosa. Resolvieronse á atacar el primer bastion, que encontrasen, y la misma resistencia de las Centinelas avisó de la novedad á la Plaza: acudieron los mas vigilantes del primer Cuerpo de Guardia, y

se

se empezó un combate, que aunque breve, (porque luego fueron pasades á cuchillo) puso en armas toda la Guarnicion, que acudió á sus puestos. Llenóse de confusion la Ciudad, y medio vestido salió de su casa desarmado el Mariscal de Villa-Roy, creyendo ser disension entre los Ciudadanos, y las Tropas. Empezóse la mas dura, dificil, y sangrienta accion; porque por todas partes divididos los Enemigos, y por todo el Presidio, ni aquellos sabian por donde andaban, ni éstos á donde debian acudir: esto fue causa de grandes yerros, porque se herian entre sí los de una misma faccion. A la densa obscuridad de la noche añadia horror la nube de la polvora disparada; y sin orden militar alguno, ni formar linea, sabian los hombres mejor buscar la muerte, que pelear. El Duque de Villa-Roy dió en manos de los Enemigos: conocieronle á la voz, y le hicieron prisionero: amenazaronle con la muerte, si llamaba gente á socorrerle, y una Manga de Soldados, sacandole por la puerta, que ocupaban los Alemanes, le llevaron á su Campo. Don Diego de la Concha, Governador de la Plaza, hizo retirar muchos pasos á los Enemigos; pero cargado de la muchedumbre de ellos, murió gloriosamente: hallaron al otro dia su cadaver, que aún conservaba en la mano derecha la espada; y se le contaron tantas heridas, que parecia imposible haverlas podido recibir todas vivo.

El Theniente de Rey, que quedó con el mando de el Presidio, quando, aún dudosa la luz, le mostraba los Enemigos, mandó juntar toda su Gente en la Plaza, que hay entre el Castillo, y la Ciudad; y viendo no estaban perdidos los baluartes, que caen á ella, los guarneció con mas Gente, y formó en batalla la que le quedaba: asi, ya puesto en orden, acometió á los Enemigos desordenados, y fatigados del trabajo, y vigilia, gran parte heridos, y en parage, que no sabian retirarse, hasta que la luz iluminó á todos. No por eso cesó lo cruel, y lo sangriento, porque protexidos los Alemanes de las Casas, y Calles, que havian cortado, mantenian con tesón la batalla. Acudió la Nobleza toda, y los mas distinguidos en el Pueblo á dár socorro á las Armas del Rey, y se vió por todas partes el Principe Eugenio cercado de Enemigos; pero siempre tenia la comunicacion con la puer-

puerta, que ocupó al entrar, ácia donde se retiraba lentamente, porque huviera sido la fuga su total ruina. En esta retirada adquirió mas gloria, que en el atrevimiento de venir. Huviera podido salir antes, pero daba tiempo á que llegase Carlos de Lorena, á quien havia ordenado acudiese con otro Cuerpo de 6μ. hombres despues que amaneciese. Havia de pasar el de Lorena un Puente, donde havian los Franceses, al cabo de él, hecho de tierra, y fagina un Castillo, que le tenian guarnecido; y mientras el Principe de Lorena perdió el tiempo en ganarle, el Señor de Praslin rompió el Puente, y fortificó los vados. Esto imposibilitó el paso al Principe Carlos, y el socorro á los Alemanes, que estaban peleando todavia en Cremona, hasta que viendo el Principe Eugenio, que yá se ponia el Sol, sacó de la Plaza su Gente, seguida en vano del Enemigo. Tuvieron en esta accion los Alemanes mas atrevimiento, que fortuna: los Presidiarios no poca gloria, inferiores en numero, y cogidos de improviso.

Picado el Mariscal de Tesé de la intentada sorpresa de Cremona, acometió de repente á los Reales de los Enemigos, puestos en Puente Molino; y aunque no deshizo las Trincheras enteramente, no se retiró sin haver hecho en los Alemanes grande estrago. Luego convirtió las Armas contra el General Trausmandorf, que estaba acampado entre Mantua, y Castillón, y se resistió con brio, mas fue vencido: siguieron los Franceses hasta el Puente de Laguél á los fugitivos, que le havian, por equivocacion, (mal entendida la orden) cortado los Alemanes: asi, no pudiendo escapar, quedaban al arbitrio del vencedor, prisioneros, ó muertos. Los mas atrevidos, que quisieron pasar el Rio, hallaban otro genero de muerte en la precipitosa violencia de las aguas. El dia fue glorioso para Tesé: mostró valor, y conducta, y quedó levemente herido: tambien á su hijo le aconteció esta gloria, siendo uno de los que se distinguieron en la accion, en la que se señalaron heroycamente el Señor de Bretonier, y el de Jurhambrén.

Fenecidas las Cortes de Cataluña, les pareció á los Franceses debia el Rey Phelipe pasar á vér los Estados de Italia. No eran de este dictamen los mas de los Consejeros Españoles;

les; pero adhirieron al de los Franceses el Duque de Medina-Sidonia, el Conde de San Estevan del Puerto, y el Secretario del Despacho Universal Don Antonio de Ubilla, que havian de pasar con el Rey, y se determinó el viage. Dexóse por Governadora á la Reyna, con un Consejo privado de Gavinete, que se componia del Cardenal Portocarrero, y de los Presidentes de los Consejos, Don Manuel Arias, los Duques de Medina Cœli, y Montalto, y el Marqués de Villa-Franca. Servia en la ausencia del Conde de San Estevan la Mayordomía Mayor de la Reyna el Conde de Montellano, á quien se dió la Presidencia de Ordenes, y la plaza de Cavallerizo Mayor de la Reyna al Marqués de Almonacid: estos dos ultimos la servian tambien de Consejeros en el viage á Madrid. Ordenó el Rey, que al pasar la Reyna por Zaragoza, abriese el Sólio de las Cortes, permitidas al Reyno de Aragon, sin mas causa, que por haverse permitido á Cataluña; y aunque podian servir de doctrina los inconvenientes, que de estas resultaron, fue preciso confirmarse en el error, ó por no confesarle, ó por quitar este motivo de quexa á los Aragoneses.

Llegó á Zaragoza la Reyna, convocó los Brazos, ó los que llaman Estamentos del Reyno, y quiso llamar al Duque de Montalto, Presidente del Supremo de Aragon, para presidir en las Cortes. Opusose el Reyno, alegando el Fuero, de que no podia presidir en ellas, sino Persona Real, ó Principe de la Real Sangre. Mientras se disputaba esta duda, presidiendo la Reyna en el Sólio, confirmó en 26. de Abril las Leyes, y Privilegios del Reyno, y éste anticipadamente ofreció un donativo: huvo menester arte para conseguirle, en que trabajaron no poco Montellano, y Almonacid, y mas que todos el Marqués de Camarasa, actual Virrey de aquel Reyno. Ofrecieronse tantas dificultades, por lo innumerable de los Fueros, que no atreviendose, ni á romperlos, ni á observarlos la Reyna, prorrogó las Cortes: era la intencion, ó no fenecerlas, ó que lo hiciese el Rey á la buelta de Italia. Dexandolas en este estado, se encaminó á Madrid, donde fue recibida con singular aplauso, y alegria del Pueblo.

El Rey, embarcado en el Navio San Phelipe, que era el principal de la Esquadra, que governaba el Conde de Etré,

Etré, salió de Barcelona el primer dia de Mayo, y con próspero viento llegó brevemente á Napoles: despues, á 29. del mismo mes, hizo la Entrada pública, acompañado de tres Cardenales, Francisco de Medicis, Jayme Cantelmo, y Todos Santos Jasón, veinte Obispos, la Ciudad, y los Tribunales, en forma, con toda la Nobleza.

De este viage del Rey á Italia escribió un Libro su Secretario del Despacho Universal D. Antonio de Ubilla, Marqués de Ribas; con exactisima relacion de todo, y asi sería superfluo repetirlo. El Pontifice embió por Legado al Cardenal Carlos Barberini, pero no la Investidura del Reyno de Napoles, por contemplacion á los Austriacos. Pasó de Roma el Duque de Uzeda, y con el Duque de Escalona, Virrey del Reyno, fueron admitidos alguna vez al Consejo Secreto, que se componia del Duque de Medina-Sidonia, y el Conde de S. Estevan. Nada se hizo, ni singular, ni provechoso en aquel Reyno: minoróse el derecho de la Harina, para agradar al Pueblo; y lo que para éste fue de poco, ó ningun alivio, era perjudicial á los que tenian censos sobre esta gavela. Las mercedes que á algunos se hicieron, dexaron embidiosos á los demás: y aunque no se tenia por leal al Principe de Monte-Sarcho, para confiarle, y divertirle de su maligna intencion, fue creado Grande de España. Dexó esto sumamente irritado á Don Marino Caraciolo, Principe de Avelino, que no lo havia podido conseguir, y creía merecerlo mas, por haver servido con singularidad su Casa en la primera rebelion de aquel Reyno: con todo eso siguió al Rey á Milán, é hizo aquella Campaña, aspirando á lo que jamás pudo lograr, y asi concibió aversion á los intereses del Rey, no poco perniciosa, como verémos en su lugar.

A este tiempo se conjuraron contra la vida del Rey los Principes de Petaña, y Trebisacia, y cierto Budiani, Secretario del Residente de Venecia: se creyó fuese autor de esta trama el Cardenal Grimani; los mas bien informados no la creyeron perfecta conjura, sino ofrecerseles, que esto se podia executar facilmente, viendo al Rey con pocas Guardias, y éstas dispuestas con negligencia en el Palacio: hablaron muchas veces en ello: Budiani lo confió al Conde Pepuli, Boloñés: éste lo reveló al Rey, que sin turbarse, y nada commovido

de

de noticia tan relevante, encargó la averiguacion del negocio al Duque de Escalona, despues que el Rey huviese partido: doblaronse las Guardias, y disponiendose con mas vigilancia las Centinelas en las puertas del Palacio, no se hizo demonstracion alguna. A su tiempo empezó á instruir el proceso el Virrey: prendió, baxo de otro pretexto, los reos, y apretado en la Carcel Budiani, dixo: Que havia tenido esta conversacion por modo de decir con Trebisacia, no con animo de executarlo, ni concebida como conjura, sino propuesto como posible, al vér el descuido con que se guardaba el Rey; y que censurando esta negligencia, le havia dicho al Conde Pepuli, como en risa: Que no se havia llamado para disposicion de esto, ni aconsejó á persona alguna, ni tratado con nadie: de Petaña no constó, ni haver concurrido á esta conversacion. Trebisacia, que tambien se mandó prender, con animo mas firme lo negó todo; dixo: Que havia hablado muchas veces con Budiani, y Pepuli de varias cosas, y aun del Rey; pero como eran conversaciones vanas, y accidentales, no se acordaba de ellas: reconvinieronle con lo que havia dicho Budiani: persistió en negar, y nunca se pudo instruir el proceso con bastantes pruebas, que podamos llamarla conjura; pero lo que bastó á echar de los Dominios del Rey á Budiani, y á embiar á un Presidio de Africa á Trebisacia. Muchos creyeron, que esta idéa tenia profundas raíces, y no pocos cómplices; y prevenida su execucion para el dia que se havia de embarcar el Rey, nombraban á muchos, los que aseguran lo que sospechan; por eso se escondió entre tantas invenciones la verdad: Hemos tenido en las manos el resumen del proceso, y no consta mas de lo referido.

El Rey, despues de haver estado un mes en Napoles, se embarcó para el Final, de donde pasó á Milán, y luego al Campo: mandaba las Tropas, por estár prisionero el Mariscal de Villa-Roy, Luis de Borbón, Duque de Vandoma, que havia determinado quitar el Bloquéo á Mantua. Tenia el Principe Eugenio fortificada una Linea desde Ustiano á Burgo Fuerte, roto con varios fosos el Campo, y abiertos los canales del agua, para que no pudiese en todo aquel terreno pelear la Cavallería, y mas haviendo fortificado á Ustiano con antelacion. Por eso fue este el primer objeto de los

Franceses; y aunque havian levantado Trincheras en las Riberas del Rio los Alemanes, las batió el Duque con veinte piezas de cañon: despues las forzó con espada en mano, y echando dos Puentes, se resistió Ustiano muy poco.

Pasó el Principe Eugenio á Burgo-Fuerte, y dexando todo el Campo á los Franceses, tomando éstos á Caneto, Castel-Gofredo, y Goyto, se quitó el bloquéo de Mantua. Dexando á las espaldas el Rio Mincio, en el qual erigió tres Puentes, plantó el Principe Eugenio sus Reales entre el Pó, y Burgo-Fuerte, para que le pudiesen llegar Viveres, y Provisiones de Guerra. Juntaronse todas las Tropas Francesas, y Españolas, para que tuviese numeroso Exército el Rey; y pasando á él, le encontró el Duque de Saboya. Los cumplimientos fueron pocos, porque los Españoles, y parte de los Franceses contuvieron al Rey en una etiqueta poco grata al Duque, de lo que no quedaron mas unidos los animos.

En el Consejo de Guerra se dudó, si se havia de sitiar á Brixello, ó á Guastala: contra ésta se determinó el sitio, y luego se hizo en el Pó un nuevo Puente. El Pabellon Real se puso en la llanura de Casál. A 19. de Junio, pasando 500. Alemanes el Oglio, y el Athesis, intentaron arruinar el nuevo Puente: Defendiale el Theniente General Albergoti; y aunque fue improvisa la invasion, peleó con tanto valor el Regimiento de Don Guillén de Moncada, Marqués de Aytona, y otros Españoles, que fueron, con gran pérdida, rechazados los Enemigos. En esta accion se singularizó con su Compañia D. Geronymo de Solís y Gante, nieto del Conde de Montellano. Tenia el Principe Eugenio 30ɱ. hombres: no se le puede negar la gloria de resistir con ellos á 80ɱ. Españoles, y Franceses, aunque divididos en varias partes, y Plazas, como lo pedia la necesidad: nadie creía, que pudiese subsistir en Italia; pero fue tal su pericia militar, y constancia de animo, que hizo facil, lo que parecia imposible.

El Principe de Vaudemont era el que mas vecino á los Enemigos se havia acampado, observando al General Vizconti, que con quatro Regimientos de Cavallería Alemana, haviendo vadeado el Tasonio, estaba en Santa Victoria; pero con tal descuido, que mas que á guardar el puesto, atentos los Alemanes al juego, y á la gula, dieron oportunidad

al

al Duque de Vandoma, á que embiando con gran secreto 24. hombres, acometiese á los enemigos, que fueron facilmente deshechos, y vencidos, porque los cogieron, no solo desordenados, pero paciendo libres por aquel Prado los cavallos : juntaronse los que pudieron para resistir al ímpetu de Don Christoval de Moscoso, Conde de las Torres, Don Mercurio Pacheco, Conde de San Estevan de Gormáz, del Conde de Marsin, Marqués de Crechi, el Señor de Boncurt, y Rabél, que fueron los que primero cargaron sobre los Enemigos. Vizconti peleó valerosamente; pero yá herido, y mal ordenados los suyos, huyó con felicidad. Esta dicha aconteció á pocos, porque estaba tan crecido el Tasonio, que no se pudo en todas partes vadear, y en ninguna sin peligro. Dos mil hombres perdieron en esta ocasion los Alemanes : esto ocasionó la negligencia. Porque no se le disminuyese el Exercito, sacó el Principe Eugenio las Guarniciones, que en algunas Plazas tenia, y se acampó en Luzára, bien fortificado, y ceñido de una dificil Trinchera. El Teniente General Albergoti ocupó á Reggio, que halló sin Presidio, por arte del Duque de Modena, para que no padeciese la Ciudad los estragos de la resistencia. Tambien dexó á Modena, y se retiró á Boloña, á exemplo del Duque de la Mirandula, que havia entregado sus Estados á los Franceses. Asi jugaba con los Principes de Italia la fortuna.

El Principe de Vaudemont tomó á Vasconcello, que le facilitaba unirse con el Exercito del Rey, que mandaba el Duque de Vandoma : esto puso en gran cuidado al Principe Eugenio; y antes que se juntasen los dos Exercitos de los Franceses, determinó atacar al del Rey ; bien que era por la mitad inferior en la Cavallería, recelando tambien, que ocupasen los Franceses á Luzára, donde tenia sus Almacenes, y todo el repuesto de Viveres, y Municiones. Por esto era la intencion del Rey sitiarla, dando, si fuese menester, la Batalla, porque los Alemanes estaban acampados en su llanura, y á un tiro de Cañon de los muros. Unió la suerte los dictamenes de ambos Exercitos, para venir á las manos; porque el Rey determinó atacar las Trincheras del Principe, y éste al Exercito del Rey. Fiabanse los Franceses en el mayor numero de Tropas : los Alemanes, en que los havian de coger

de improviso; y asi, en el silencio de la noche, cada uno ignorando la resolucion de su Contrario, partió á buscarle. Distaban los Exercitos quatro leguas; y como de acuerdo, en el termino de la noche, dimidiaron la distancia, marchando con igual solicitud, y creían encontrar al Enemigo desprevenido; mas con una gran diferencia, que marchaban los Alemanes ordenados, y los Franceses sin orden, juzgando, estarian los Enemigos en sus Trincheras: iban en dos columnas de muy corta frente: precedia á la Vanguardia la mitad de la Cavallería, y la otra mitad cerraba el Exercito, porque el sitio no permitia, que cubriese los lados, no tanto por lo rudo del terreno, quanto por lo desaliñado del Bosque, poco frondoso, y cortado, para sacar leña. Los que batian por una, y otra parte el Campo se encontraron, estando aún dudosa la luz de la mañana: de ellos se empezó la lid: acudió la Cavallería: los Alemanes cargaron sobre la derecha de los Franceses, que desordenados, huvieran quedado vencidos, si no los socorriese toda la Cavallería de la Vanguardia. Con esto se retiraron unos, y otros al Cuerpo del Exercito, porque no bien explicada la luz, la sombra del bosque prohibia descubrir todo el Campo, y cada uno ignoraba, en qué forma, y por donde marchaba el Enemigo, y no havia orden de los Generales de empezar la Batalla: esto fue al amanecer del dia 15. de Agosto.

Con este accidente aceleró los pasos el Principe Eugenio: no hizo novedad el Duque de Vandoma, ni aun ordenó las Tropas: estaba desayunandose muy de espacio; y le huvieran cogido los enemigos descompuesto, si en alta voz el Marqués de Crechi no le avisase del riesgo: entonces mandó poner el Exercito en Batalla. Estaba yá alto el Sol; y haviendo suspendido un poco la marcha los Alemanes, por no entrar á la accion fatigados, era yá mas de medio dia quando empezó la accion, haviendo sido los primeros movimientos del Principe Eugenio con tal impetu, que se desordenaron las primeras filas de los Franceses, no pudiendo ser socorridas de la Cavallería, porque con arte el Principe (que no la tenia numerosa) dió la Batalla en el lugar mas escabroso, y por viarias partes cortado. Esto impedia, que jugasen las Bayonetas, y tuviesen gran frente las primeras filas, con

que

que toda la obra estaba cometida á la fusilería; ni podian hacer grande efecto los Cañones de Campaña, porque no havia lados en que estenderse, y por la izquierda de los Franceses corria el Pó, dexando un poco á las espaldas á Luzára.

El Rey inflamó con su presencia los animos, tan adelantado á las filas, y baxo del tiro, que no bastando ruegos, casi con violencia le detuvieron los suyos. Enardecidos ambos Exercitos, baxaron, para estrecharse mas, una pequeña declinacion, que hacia el Campo: adelantóse el centro de los Alemanes, guiados del Principe Eugenio, y de Comerci, contra el de los Franceses, con tanto impetu, que padecieron mucho estos; y como, ni unos, ni otros podian bolver atrás por lo alto del terreno, se estrecharon tanto, que solo servian las Bayonetas. Murieron gloriosamente, alentando los suyos, el Principe de Comerci de los Alemanes, y el Marqués de Crechi de los Franceses, á los quales socorrió con mayor numero de Infantería, y con su persona el Duque de Vandoma, tanto, que estaban opresos de la muchedumbre los Alemanes. Entonces huvo menester el Principe Eugenio todo su Arte Militar, y su valor; porque estrechando, quanto pudo, las primeras filas, mandó, que los ultimos, sin bolver la cara, ni dexar de pelear, bolviesen á subir aquella poca ladera, que havian baxado, y que se uniesen á los Esquadrones, que estaban á la derecha ociosos, hasta formar del cuerno derecho, y del centro un solo Cuerpo, y dexando solos dos Batallones, que impedian cómodamente la subida á los Franceses, tomando un poco, dió de improviso casi con todas las Tropas contra la izquierda de sus Contrarios, que estaba muy separada del centro, porque havia enmedio una grande cortadura.

Hasta que los socorrió el Duque de Vandoma padecieron mucho los Franceses, y no se derramó alli poca sangre; pero dividiendo estos en dos caras el centro, con poco gyro llegaron á socorrer á los suyos, que havian retrocedido muchos pasos: la Cavallería les fue de grande alivio, aunque no podia toda pelear; y tanto esforzó su valor el Duque de Vandoma, que no solo recobraron los Franceses el terreno, que havian perdido, pero pusieron en grande aprieto á los Alemanes, hiriendolos por el flanco; porque los Franceses, que

que peleaban en el centro, havian yá vencido aquella pequeña ladera, y explicando en la llanura mas las filas, peleaba mas gente. Los Alemanes estuvieron obligados á hacer dos frentes: con todo, perdieron casi todo el Campo por el centro, y la derecha: solo les quedaba en él intacta la izquierda, que no havia podido pelear con la derecha de los Enemigos, por lo desigual, y dificil del terreno, y del interpuesto Bosque. Heroycamente pelearon ambos Exercitos, cuya íra duró mas que el dia: ni las primeras sombras impidieron la Batalla; y para que no cesase ésta con ventaja de los Franceses, se esforzó á mantener el Campo el Principe Eugenio, y por mas de una hora de noche se quedó formado, aun despues que las tinieblas impidieron el combate. Todos permanecieron aquella noche en el Campo sobre las Armas: por eso quedó indecisa la victoria, celebrada á un mismo tiempo de ambas partes: como suya la participó el Rey Catholico con el Duque de Bejar á la Reyna: lo proprio hicieron con Oficiales de distincion á sus Cortes el Principe Eugenio, y el Duque de Vandoma: estos Correos se despacharon la noche misma. Al otro dia se hallaron ambos Exercitos en orden de Batalla; pero havian los Alemanes mudado la Artillería, puesta en lugar, que incomodaba mucho á los Franceses, y como nadie quedó enteramente dueño del Campo, huvo una pequeña tregua para enterrar los muertos. El Rey, viendo que no daban otra Batalla los Alemanes, bolvió las Armas contra Luzára, que la ganó luego, porque sin otra accion general, no la podian socorrer los Enemigos, aunque veían perder en esta Plaza sus Almacenes. Por esto se aplicaron la victoria los Españoles, y Franceses, porque la consequencia de ella fue tomar á Luzára, que havia sido la primera intencion del Rey, ni con la Batalla lo havia podido impedir el Principe Eugenio. Este decia haverla ganado, porque perseveró quatro dias en el Campo, batiendo con su Artillería al Exercito Enemigo, y que havia peleado con inferior numero de Tropas, oponiendo treinta, á cinquenta mil. Quedaronse los Alemanes en las Riberas del Pó, y el Rey, para ceñirlos con sus Tropas, mandó hacer una Linea desde Guastala á Modena; mas fue en vano, porque tambien se havia fortificado el Principe Eugenio con otra, desde la Miran-

randula al Ferrarés, para poder invernar sobre el Panaro; y no se retiraba, no solo por no estár adelantada la estacion, sino porque havia tenido en Mantua inteligencia, y pretendia sorprehenderla: esto se desvaneció, porque el que meditaba ser traydor á los Franceses, revelando al Rey el secreto, lo fue despues á los Alemanes.

Por atrevimiento insigne se debe referir el del Cavallero Davia, Boloñés, que servia al Emperador. Con quatrocientos Cavallos, vestidos él, y los Soldados con el vestido uniforme á uno de los Regimientos de Cavallería de Francia, pasó por las espaldas del Campo de Vandoma, y desde el Parmesano marchó hasta Pavía, tomó contribuciones de la Ciudad, las que con gran prisa pudo, y algunas mas sacó de los Cartujos, usando del rigor, por lo que inspiraba la fama de sus riquezas. Adelantóse hasta Milán, y al abrir las puertas, ocupó una; saqueó las casas mas vecinas, y rompiendo el deposito de un dinero, que procedia de una gavela, no dexó un maravedí; y porque le embarazaba el vellon, lo fue derramando por las calles á los Muchachos, haciendolos aclamar al Emperador. Hasta entonces le havian creido Francés; y quando advirtió que se comenzaba á juntar contra él parte del Pueblo, salió de la Ciudad, y tomando el camino del Bergamasco, aunque con algun gyro, se restituyó á su Campo. Esto sintieron mucho los Franceses, que con su indignacion, hicieron mas célebre la temeridad.

Menos segura estaba la España de lo que el Rey la creía, desarmado el Reyno, descontentos del Ministerio los Vasallos, y discorde el Palacio; porque el Conde de Montellano, con el favor de la Reyna, y de la Princesa Ursini, adelantaba su poder, opuesto á las ásperas maximas del Cardenal Portocarrero, queriendo suavizar los animos, para apagar tantas quexas, é introducir el amor al Rey. De este blando dictamen eran la Reyna, y la Princesa; pero el Cardenal. apoyando á los Franceses, mantenia su antigua autoridad, y havia hecho venir de Francia á Juan Orri, para Intendente General del Real Erario, al qual se permitió tanta autoridad, que declinó la del Consejo de Hacienda; porque sin contemplacion alguna pretendia Orri enmendar los inveterados abusos, y usurpaciones de las Rentas Reales. Esta era

una

una dilatada providencia,y el negocio mas delicado,porque los usurpadores de las Alcavalas eran los hombres de mayor autoridad en el Reyno.

Havia Ferdinando el Catholico mandado á sus Succesores deslindar este punto; pero la floxedad de los Austriacos nunca tuvo valor de descontentar á tantos, ni aplicarse al util de la Monarquía. Quiso hacerlo Phelipe II. que era hombre áspero, y sin compasion; pero sus theoricas embarazaban la practica de lo mas conveniente. Tambien descuidó de esto la contemplacion de los Ministros de Hacienda, ó el miedo; porque los Magnates, y los que llamamos Grandes havian llegado, en tiempo de los Austriacos, á una autoridad increible, y depresion de la demás Nobleza, que no havia podido llegar á aquel grado, ó por estár lexos del Principe, ó por no haver logrado los casuales accidentes, que alguna vez engrandecen las Casas.

Juan Orri, todo lo emprehendió, sin humanos respetos, y llegó á una despótica autoridad, que eclypsaba la de todos, y aun el Cardenal se empezaba yá á doler de su arrogancia, y competido de Montellano, regía los negocios de Estado. El Almirante, cuyas artes eran las mas proprias para el Palacio, se empezaba yá á introducir con la Reyna, y la Princesa, ayudado de Montellano, que era su Amigo: esto dió los zelos mas fuertes al Cardenal, porque yá sabía, que aquel era su irreconciliable Contrario; y para apartarle de la Corte, inspiró en el Rey, se debia embiar por succesor del Marqués de Casteldosrios á la Embaxada de Francia; porque á aquel, despues de haverle hecho Grande de España, se le havia dado el Virreynato del Perú. Esto lo compuso con reflexiones politicas, y que se debia apartar al Almirante de España, y embiarle á donde no pudiese hacer mal alguno. Asintió el Rey á este dictamen; y queriendo saber el gusto de su Abuelo, vino en ello el Rey Christianisimo, cuyo magnanimo corazon, y modo el mas obligante, creía atraher á sí un hombre, que no ignoraba havia sido del Partido Austriaco. Con esto se nombró por Embaxador al Almirante. Nada le hirió mas: creyóse ultrajado, comparandose con el antecesor, que aunque era de la Familia Samenat, muy ilustre en Cataluña, le perecia, que no igualaba á su

alta

alta esfera. Cierto es, que hombres tan grandes como el Almirante, há muchos años, que no havian ido á esta Embaxada como Ministros Ordinarios; pero yá aora eran diversas las circunstancias, siendo una misma Casa de Borbón la que regia ambos Cetros. No solo agitaba al Almirante su vanidad, sino su temor; porque receló, que baxo de algun pretexto mandase el Rey echar mano de él, y sepultarle en la Bastilla: pareciale indecoroso explicar tanto miedo, y para engañar al Rey, admitió el empleo, fiando al tiempo su remedio, y á las que no ignoraba proximas disposiciones de Guerra, las quales noticias havia adquirido por Diego de Mendoza, Embaxador de Portugál en España; y para dár mas dilaciones, pidió plazo á su partida, con pretexto de tomar dinero, y facultad Real para empeñar por muchos años sus Estados, sin que nadie pudiese penetrar quán lexos estaba de obedecer.

No havia pocos Magnates en España tan adversos como el Almrante al presente Govierno; pero no estaban tan observados, ni perseguidos del Cardenal Portocarrero, ni tenian contra sí mismos la fama de tan grande autoridad, que fue la que perdió al Almirante, no solo porque le temian los que governaban, sino porque aun para alentar á sus Coligados, le decantaban su parcial los Austriacos, que embiaron á Londres una nota de los Grandes de España, que adherian á su Partido, y por Cabeza de ellos estaba el Almirante. Esta memoria se esparcia con arte, la qual era falsa, porque ninguno, hasta entonces, havia dado señas de infidelidad, y todas eran presumpciones, y congeturas de Diego de Mendoza, porque oía tantas quexas contra el Govierno, y las escrivia á Portugál, donde tomaban estas noticias el Principe de Armestad, que hacia veces de Ministro Cesareo en Lisboa, y el Chancillér Montuvvin, que lo era alli de Inglaterra, los quales havian reducido el animo del Rey Don Pedro á la neutralidad, y trabajaban para incluirle en la Liga, no solamente porque necesitaban de aquel Puerto para sus designios, sino tambien porque les parecia, que aquella era la puerta mas facil para la España, que era la principal idéa de la Guerra.

Confirmóse en Inglaterra por General de las Tropas

Malebourgh, nuevamente creado Duque. A Peterbourgh se embió á las Indias con una buena Esquadra, y se nombró para pasar á España con una considerable Armada al Duque de Ormont: juntaronse Naves de Mercaderes, que pasaban el Archipiélago, y algunos Corsarios, y se hizo el número de 150. Velas, no porque fuese necesario tanto Armamento contra las Costas de España, desprevenidas, y sin Nave alguna, sino porque importaba á la pompa, y á poner terror á los Reynos. Aunque el mando de las Tropas de desembarco le tenia Ormont, pasó el Principe Jorge de Armestad á embarcarse en esta Armada; porque de consentimiento de los Aliados se le havia cometido la disposicion de la Guerra, yá porque le creian práctico en España, y yá porque havia fomentado en ella algunas inteligencias.

Esta poderosa Armada pareció en los Mares de Andalucía á tiempo que mandaba sus Costas, como Capitan General, Don Francisco del Castillo, Marqués de Villadarias, y todas sus Tropas eran 150. hombres veteranos, y 30. Cavallos: los que presidiaban á Cadiz no llegaban á 300. no havia Almacenes, ni Armas para dár á las Milicias Urbanas, ni mas disposicion de guerra. que pudiera haver en la Paz. Esto commovió mucho á la España, turbó la Corte, pero no el animo de la Reyna, la qual, aunque estaba el Rey ausente, ayudada del dictamen de la Princesa de los Ursinos, y del Conde de Montellano, convocó á los Ministros del Gavinete, y habló con tanta eficacia, y modo el mas obligante, que no huvo quien no expusiese sus haberes, y su vida en defensa del Reyno. No omitió esta aparente demonstracion de fidelidad el Almirante, á quien, por medio de la Princesa, rogó la Reyna fuese á defender la Andalucía con entera, y absoluta autoridad de Vicario General: negóse á esto, no porque no lo deseaba, para estár al pie de la obra, vér de qué parte pendia la fortuna, y adherir á la mas propicia; pero queria ser rogado, para que no se le imputase jamás por traycion qualquier siniestro acaecimiento, sino por desgracia. Daba por escusa, no querer ir á perder su honra sin Tropas, ni disposicion alguna de defensa. La Reyna la admitió poco satisfecha, y determinó, que el mismo Villadarias se encargase de la defensa: entonces rogó el Almirante

pa-

para que le embiáran, y se valió del Conde de Montellano; pero éste, no queriendose hacer cargo de eleccion tan arriesgada, porque yá desconfiaba de él, mantuvo á la Reyna en la resolucion tomada. El Cardenal Portocarrero, Don Manuel Arias, y otros, hicieron un voluntario donativo para los gastos precisos de aquella Guerra. La Ciudad de Sevilla, y la Nobleza toda de Andalucía, hicieron los mayores esfuerzos á la defensa: introduxeronse Viveres en Cadiz con la posible promptitud: armaronse las Milicias, la mayor parte con armas proprias, y se experimentó en los Pueblos la fidelidad mayor, y eficáz deseo de defender la Corona.

A 24. de Agosto dió fondo fuera de la Bahía de Cadiz la Armada de los Coligados: no tenian seguridad alguna las Naves, pero se estendieron por la Costa: algunas echaron una ancora, otras bordeaban lentamente. El primero que saltó en tierra fue el Principe de Armestad, diciendo con arrogancia: *Juré entrar por Cathaluña á Madrid, aora pasaré por Madrid á Cathaluña.* Esparció luego con los mismos Paysanos (engañandolos simplemente) varias Cartas al Marqués de Villadarias, y á Don Felix Vallaró, que mandaba la Cavallería, con quien havia tenido amistad en Cathaluña: el Duque de Ormont tambien escrivió á Don Scipion Brancacio, Governador de Cadiz. El tenor de estas Cartas era, solicitarlos á una infamia, entretexiendo con amenazas las promesas, y exaltando el poder incontrastable de la Liga. Esto hizo ningun efecto en la fidelidad de los Gefes, antes se dieron por ofendidos de imaginarlos capaces de una ruindad. Vallaró entregó su Carta á Villadarias: ésta, la suya, y la del Governador de Cadiz se embiaron á la Reyna. En Rota desembarcaron 500. Ingleses: luego la rindió su Governador vilmente, y tomó el partido de los Enemigos: dióle el Titulo de Marqués el Principe de Armestad, en nombre del Emperador: este ciego, y acelerado premio era querer atraer á los demás. Otro Regimiento desembarcó en el Puerto de Santa Maria, Ciudad no fortificada, y donde cometieron los mas enormes sacrilegios, juntando la rabia de enemigos á la de Hereges, porque no se libraron de su furor los Templos, y las Sagradas Imagenes. Era la principal idéa ganar á Cadiz: esto lo intentaron acercandose de Rota á Ma-

tagorda, una de las Fortificaciones exteriores mas importantes: creyeronlo facil, y acometieron en vano seiscientos hombres: con esto juzgaban, que expugnando este Castillo (que está en el continente fuera de la Isla) se quitaban un grande impedimento para entrar en el Puerto. Levantaron Trinchera, y le batieron; pero no podian proseguir los aproches, por el fuego del mismo Castillo, y del Fuerte del Puntál, que está en el ángulo de la Isla de Leon, tan insinuado en el Mar, que guarda el Puerto, y muchas millas del Mar afuera.

Mas oposicion hicieron las Galeras de España, y Francia, mandadas por el Conde de Hernan Nuñez, que estaba dentro del Puerto, y herian directamente las Trincheras, faciles de arruinar, porque estaban fundadas en arena. Baxaron hasta dos mil Ingleses á defenderlas, pero fue mas para repararlas, porque los Castillos que levantaron en la proa las Galeras, deshacian de dia todos los trabajos de la noche. No se atrevieron los Enemigos á penetrar la tierra, porque el Marqués de Villadarias, aunque tenia tan poca gente, levantando polvareda de dia, y haciendo varios, y distantes fuegos por la noche, fingia acampamento de un Exercito, y acercaba Partidas de Cavallería, mezclando la veterana con la del País, para contener en la orilla á los Enemigos, nunca informados de lo que pasaba en tierra, porque sobre no haver logrado Desertor alguno, se mantenian tan fieles los Naturales, que huían de los Ingleses; y si alguna vez podian hablar con algun Paysano, este, con arte, y amor al Rey, exageraba los preparativos de defensa, imposibilitando ser bien admitidos en parte alguna de la España. En una de estas acciones murió Don Felix Vallaró, casi desesperado, arrojandose al mayor peligro, porque le havia dicho Villadarias, que allá estaba su amigo Armestad.

Conocer tan constantes á los Españoles, puso en aprehension á los Ingleses, y el vér, que pocas Tropas, favorecidas de la sombra de la noche, atacaban con imponderable valor las Trincheras, que no pudiendolas reparar á la luz por el cañon de los defensores, determinaron dexar la empresa, y se retiraron con tanta precipitacion ácia Rota, que seguidos de las Milicias del Pais, padecieron no poco estrago.

go. Quiso la Retaguardia oponerse, y fue vencida: con esto, tumultuariamente bolviendo las espaldas, y echando las Armas, solo buscaban Lanchas, en que acogerse á los Navios. Llegó á la orilla una multitud de ellas, pero no bastantes á recibir los que con pánico temor se arrojaban al Mar desesperados: muchas se fueron á pique, cargadas de mas gente, que podian llevar, sin orden, ni obediencia: era la confusion el mayor peligro. Seiscientos Ingleses quedaron muertos, sin los que se anegaron. Recobróse Rota, y dexaron en tierra al Governador, que preso despues por el Marqués de Villadarias, le mandó ahorcar. Con esta noticia desampararon á Santa Maria, despues de saqueada con barbaridad. Viendo quan dificil era mantenerse en tierra, determinaron las Naves forzar la cadena del Puerto, formada de encadenadas vigas, y maderos, y echados á pique, immediatos á ella, por defuera, dos grandes Navios viejos, llenos de piedras, que de tal manera embarazaban la garganta del Puerto, que era imposible romperla, como lo experimentaron, aunque á velas llenas, con viento en popa, dos Navios se dexaron ir impetuosamente contra la cadena, porque sobre resistirse la fuerte contextura de esta, los cañonazos de las Fortificaciones exteriores, y de la Ciudad desarbolaban las Naves. Por dos veces intentaron esta violencia, y se maltrataron tanto los Navios, que no les costó poco trabajo repararlos para poder navegar.

Desesperado el Duque de Ormont de poder salir con la empresa, juntando antes Consejo de Guerra, y Marina, determinó desistir de ella, contra el dictamen del Principe de Armestad, con quien huvo una pesada disputa, no sin palabras, que provocaban al duelo. Arguiale el Comandante Inglés de su nimia credulidad, y de haver informado falsamente á los Principes de la Liga, sobre el gran numero de Parciales, que tenia en España el Archiduque; pues en todo este tiempo, no solo no pareció uno, pero conocian con evidencia, quan de veras se tomaba la defensa. El Principe de Armestad decia: *Que las obras grandes no se hacian en pocas horas, que se debia desembarcar toda la Gente, y marchando por tierra al Puente de Suazo, tomado este, apoderarse de la Isla de Leon, y en ella levantar Trinchera contra la Ciudad, que podia sitiar-*

*se*

*se perfectamente, y rendirla aún por hambre, porque no estaba abastecida: Que se debian desde tierra batir las Galeras, y echarlas á pique, y poner mejores baterías contra Matagorda, para ser dueños del Puerto: y en fin, ir tomando á Sevilla, y las Ciudades de Andalucía, con la seguridad, que otra tanta gente como havia en los Navios, no tenia de Soldados toda España: Que para declararse los Parciales, era menester obstentar mas fuerzas de las que hasta aora se havian manifestado, porque nadie queria buscar cierto su peligro.*

El Duque de Ormont hizo Junta particular de Pilotos, y Capitanes de Navíos, preguntando, si podia en aquellos Mares estár la Armada sin Puerto, y sin peligro el tiempo que era menester para ganar la Tierra, y las Fortalezas, que impedian poderla poner en seguro? Respondieron: *Que aquella era la Costa mas brava, y tempestuosa de España, donde el Occeano baxaba impetuoso al Mediterraneo, enderezandose al Estrecho: Que no se podian fiar solo en las ancoras las Naves, y mas si corriese furioso el Poniente; y asi, que era cierto el riesgo, si grande la dilacion: Que entrar en el Puerto forzando la cadena, era imposible, sin rendir antes á Matagorda, y el Puntal, y que aún despues de eso padeceria mucho la Armada por los Baluartes de la Ciudad,*

De este mismo dictamen fueron los mas de los Olandeses: algunos hablaban con sinceridad, otros por adulacion á Ormont, el qual, fundado en estos pareceres, levantó el ancora el ultimo dia de Agosto, y partió, dirigiendo la proa al Cabo de San Vicente. Dió sus quexas, y sus protestas el Principe de Armestad, y escrivió agriamente contra el Gefe Inglés á Londres, y Viena: casi le notaba de traydor, y de inteligencia con el Francés. Ni Ormont descuidó de sí, porque dió razon de su conducta, y la infelicidad del éxito era un genero de aprobacion, y cargo á Armestad de embustero, y crédulo: »Porque no se havian hallado los Parciales Aus»triacos, que decantaba, ni adherido Español alguno á su »partido, mas que el Governador de Rota, por necesidad, »y fragilidad de animo, despues de ser prisionero: Que se »havian declarado toda la Andalucía, y las Castillas por su »Soberano, y que en termino de pocos dias se havia junta»do muchedumbre de gente armada, que aunque imperita,

»la

»la práctica del País la hacia formidable, y que en defensa »de su propria tierra, cada uno sabia ser Soldado; por eso »no havia querido aventurar las Tropas, internandolas en »el País; ni era facil tomar á Cadiz con ocho mil hombres, »resuelto su Governador á defenderla hasta el extremo: »Que sin eso, no podian las Naves entrar en el Puerto; y »que en fin, la Expedicion se fundaba en las que suponia in»teligencias Armestad, tan al contrario experimentadas, »que el Almirante de Castilla havia sido el primero á ofre»cer sus haberes á la Reyna, para defender la Andalucía; y »que asi, no le havia padecido proseguir una Guerra, don»de los Alemanes hacian inutilmente gastar á sus Aliados. Estas razones de Ormont prevalecieron á las de Armestad entre los Ingleses, y Olandeses; pero no en Viena, donde entró alguna desconfianza, que no querian aquellos hacer la Guerra de veras.

Desengañado el Almirante de Castilla, de que se perdiese entonces la Andalucía, como esperaba, pertinaz en su error, y rendido al temor de la desgracia, resolvió buscar otro expediente contra ella, haciendose mas infelíz con el remedio, porque determinó, engañando al Rey, tomar refugio en Portugál. De nadie fió esta resolucion, mas que de Diego de Mendoza, Embaxador de aquella Corona; y para executarlo mejor, fingió la jornada para Francia: llevóse por camaradas á Don Pasqual Enriquez, hijo de su hermano el Marqués de Alcañizas, al Conde de la Corzana, á quien embió á llamar desde Asturias, y á dos Jesuítas, el P. Casneri, y el P. Alvaro Cienfuegos: juntó gran cantidad de dinero, y joyas: despidióse de la Reyna, y de la Corte, y partió como para Francia, dexando las Letras Credenciales, y las Instrucciones, y un Correo, que le alcanzase con ellas, porque havia menester de esta circunstancia su ficcion. El secreto fue toda la felicidad de su idéa, porque á nadie lo descubrió. A tres jornadas llegó el Correo, que con estos papeles esperaba: nadie supo lo que traía, y asi pudo fingir íra, y enojo, diciendo á los suyos, havia recibido una nueva orden: ni la propaló, hasta que llegando á parage, en que se dividen los caminos para Portugál, y Francia, dixo, que le havia la Reyna mandado pasar antes á Lisboa, para asegu-

gurar en la amistad á aquel Rey, y asi á grandes jornadas llegó á Zamora, y engañando con este pretexto al Governador, entró en los terminos del Reyno de Portugál. Entonces, juntando sus camaradas, quitó el velo á su bien observado disimulo, y dió las causas para haver buscado refugio. Dixo: *Que no faltaba al Rey, pero que se retiraba de sus Reynos, hasta que mejor informado de lo que lo estaba de sus enemigos, conociese su inocencia. Que la Embaxada de Francia se la havian dado, meditando su ruína, y su opresion, siendo autores de este engaño el Cardenal Portocarrero, Don Manuel Arias, y sus allegados. Que era licito al Vasallo mostrar, desde el asylo, la pureza de su intencion, y sus quexas; siendo éstas de la mayor entidad, por lo que havian ultrajado su persona, y dado credito á las invenciones, y falsedades de sus enemigos, notandole de constante parcialidad á los Austriacos, la qual ellos decantaban, para adelantar su partido con el exemplo, haviendo publicado el Principe de Armestad, que la expedicion contra Cadiz se havia fundado, mas que en las Armas, en la amistad, que con él tenia, y en su inteligencia: Que nada de esto ignoraba el Rey, avivada su desconfianza por las artes de sus émulos; y que asi, no se podia fiar de un Principe irritado, pareciendole cosa estraña, é impropria, que fuese sincera la confianza de hacerle su Ministro en Francia, entre tantos rezelos, que de él tenia la Corte, pues se le havia quitado el empleo de Cavallerizo Mayor, apartado de todo manejo, y tratado con desprecio: Que ésta, mas que declinacion de fortuna, eran claros preliminares de una desgracia, que no tendria remedio, si se trataba con descuido: Que la ley natural queria, desde la seguridad del refugio, bolviendo por sí, y por su honor, manifestar al mundo, y al Rey sus razones: Que se havia llevado aquellos amigos para consuelo de sus trabajos, y consejeros en sus dudas.*

De otra manera habló á sus Criados, y con menos razones les dió libertad, ó para proseguir con él el viage hasta Lisboa, ó para bolverse á España. Ni todo esto pudo proferir, sin asomarsele lagrimas á los ojos. Haviasele rendido el corazon al golpe de la desgracia, y se quexaba con una tristeza de semblante tan irregular, que tiñó de sus afectos á los que le escucharon: alentóle el P. Alvaro, y ofreció seguirle en qualquier fortuna: los demás callaron, y menos algunos Cria-

Criados, todos le siguieron hasta Lisboá, donde se le señaló una Casa de Campo del Duque de Cadaváll. El Rey Don Pedro le recibió con benignidad: el Almirante habló poco, y no muy desembarazado; dixo: *Que buscaba en la generosidad de aquel Principe su refugio, huyendo de la cruel calumnia de sus émulos, hasta que su Soberano estuviese bien informado, á quien no pensaba faltar, sino manifestarle su inocencia.*

El Embaxador de España, Marqués de Capicciolatro, le publicaba rebelde, y le trataba como tal, y persuadió secretamente á su Sobrino Don Pasqual Enriquez, que se bolviese á España, como lo executó, huyendo de su Tio, contra quien, llegando á Madrid, depuso quanto en forma judicial se le preguntó por el Juez deputado á formar el proceso contra el Almirante. La Reyna le recibió con agrado, y tuvo una carta muy agradecida de su Padre el Marqués de Alcañizas, que vivia en Rio-Seco. El Almirante sacó un Manifiesto, que propriamente era una sátyra contra el Govierno; pero siempre protextó observar la debida fidelidad al Rey, cuya benignidad imploraba. Restituyó el dinero, que se le dió de ayuda de costa para el viage á Francia, engañandose á sí mismo con el fabuloso cuidado de su honra: queria la restaurar, quando la perdia, y esclavo de sus afectos, y de su sobervia, se dexó llevar de una vanidad, que degeneró en abatimiento; porque luego trató con los Ministros de los Principes enemigos del Rey Catholico, y nombraba al Archiduque Carlos de Austria con estilo, que solo era rebeldia, porque dos Reyes de España no podia reconocer. Concluída la Causa, le declaró el Rey por rebelde, aunque no lo pregonó, y le mandó confiscar los bienes.

Este primer rebelde, como por su alta esfera en Castilla ocasionó en todos tanto reparo, sirvió á muchos de pésimo exemplo, y á no pocos ignorantes, que despues faltaron al Rey, de irracional disculpa, como si el mas alto grado de nobleza tuviese autoridad de hacer lícita una infamia, antes, á proporcion de sus quilates, debe cuidar mas de su obligacion. Esto puso en mayor desconfianza al Rey, porque las Casas de primera magnitud en Castilla, todas tenian inclusion con la del Almirante: ninguno tenia mas allegados, y dependientes, pero su autoridad, su riqueza, y artificiosa afabilidad,

no sin agudeza de ingenio, travieso, y de feliz explicacion.

Mientras la Armada Inglesa, y Olandesa, doblado el Cabo de San Vicente, navegaba con proa incierta, esperando la Flota, que venia de la America, (porque yá havia tenido noticia, que no podia distar mucho de los Mares de España, y era su regular Puerto Cadiz) havia yá aquella llegado á Galicia, y advertida, por sus Navichuelos de Aviso, embiados á reconocer los Mares, que estaba la Armada enemiga esperandolos, tomaron el Puerto de Vigo el dia 22. de Septiembre, aun repugnandolo el Virrey de Galicia, Principe de Brabanzon, por lo poco seguro de aquel parage. Una Nave aportó en San-Lucar, cinco en Santandér, tres de las quales pertenecian á los Franceses, que con 23. Naves de Guerra, baxo el mando del Señor de Ciaternó, escoltaban las Españolas, mandadas por Don Manuel de Velasco. Estendieronse por la Ria hasta Redondela, y le servian de antemurál las Naves Francesas, dadas fondo en forma de defender la boca del Puerto, en el qual se construyó una cadena de fuertes leños, y hecha como una estacada, fortificaron la garganta del Puerto quanto fue posible. Este le guardaban dos antiguas Torres, llamadas Rade, y Corbeyro, pero consumidas de los siglos, que á pocos cañonazos podian resistir. Presidiaronse de gente de la Flota, y se mandaron venir las Milicias Urbanas para coronar la Ribera, y llenar, sino de Soldados, de gente los Baluartes, y Muros de la Ciudad. Havia la fortuna hasta entonces explicadose propicia, y yá en España, y en el Puerto, quanto de Indias se traía, en pocos dias se podia todo poner en tierra; pero una intempestiva, y fatal question convirtió en desgracia la dicha.

Pretendió el Comercio de Cadiz, que nada se podia desembarcar en Galicia, que eran aquellos sus privilegios, y que se debian conservar seguras en el Puerto, cargadas las Naves, hasta que se fuesen los Enemigos. Sobre esto, no fue tan breve como pedia la necesidad la expedicion del negocio en el Consejo de Indias, ya por la natural lentitud, y maduréz Española, yá porque eran varios los pareceres: por fin, sin determinar absolutamente la duda, se embió á Don Juan de Larrea para que sacase luego de las Naves el oro, y la plata: ni esto se executó antes de cumplido

yá

yá un mes, que havian llegado al Puerto. No se dió prisa á sacar las mercaderías, quando estas excedian á la plata en valor. Ya havia la Armada enemiga alcanzado la noticia, que estaba en Vigo la Flota; y á 22. de Octubre, con viento favorable, llegó á aquella Costa: desembarcó quatro mil hombres, y plantando baterías contra las Torres del Puerto, las ocupó con poco trabajo, desamparadas de los que las presidiaban, siendo imposible defenderlas, ni ser su fabrica capáz de resistir la batería. Como era favorable el viento, dos Naves á un tiempo á velas llenas, armada de los acostumbrados picos la proa, rompieron con facilidad la cadena. Entraron al Puerto las que seguian, despreciando los cañonazos de los Baluartes de la Ciudad, que no sin fruto incesantemente disparaban. Disputaron la entrada con valor diez Naves de Guerra Francesas, (las demás se havian buelto á sus Puertos) y se travó una batalla cruel, con tanto tesón de una, y otra parte, que mezclados los leños, casi era inutil el cañon: peleabase con fuegos de inhumano artificio, ollas, camisas, y bolas de betun ardiente. Deseaban los Franceses venir al aborde, porque estaban mas bien guarnecidos de Gente de Guerra; pero los Ingleses toda la lid cometieron al fuego, y siendo en numero superiores, no podian diez Naves defenderse de tanta multitud de Leños enemigos, que suplian siempre los maltratados. Las de la Flota procuraron internarse mas en la Ria, por si podian tener socorro de tierra, y echar á ella los fardos de las mercaderías; pero los Ingleses havian ocupado la orilla, y á fusilazos embarazaban á los Españoles sus faenas, permaneciendo á pecho descubierto contra la Artillería de estas Naves, que se defendian valerosamente. Las que estaban mas protexidas de los Baluartes de la Ciudad, y mas vecinas á ella, desembarcaron tumultuariamente algunas mercadurias, con poco logro; porque mal guardadas en la confusion, el mismo Paysano llamado á defenderlas, las robaba. No se puede describir dia mas cruel, ni mas lastimoso, por el innumerable genero de muertes, que padecieron aquellos infelices, ceñidos de inevitables peligros en espacio tan estrecho. Los que siguieron las Naves de la Flota hasta lo mas baxo de la Ria (vencidos yá los Franceses, que hacian frente) pretendian apagar el incendio,

por la ambicion de la presa, porque Don Manuel de Velasco, á quien no desamparó el valor, sino la fortuna, mandó quemarlas: esto mismo hicieron los Franceses, echandose al Mar la gente, que salvarse pudo. Los Enemigos yá no cuidaban sino de apagar las llamas, aunque veían, que la mayor parte de las mercadurías se havian echado al Mar. Muchos perecieron, buscando en el centro del fuego las riquezas: estos, y los que murieron en la Batalla, fueron 800. Ingleses, y Olandeses; 500. quedaron heridos, y una Nave de tres puentes Inglesa incendiada; pero tomaron trece Naves de Españoles, y Franceses, entre ellas siete de Guerra, y seis de mercaduría, aunque muy maltratadas, y medio quemadas algunas: las demás las echaron á pique, ó las entregaron á la llama en el ardor del combate. Murieron en él dos mil Españoles, y Franceses, y pocos dexaron de estár heridos.

Valerosamente se portaron los Gefes de la Armada Inglesa, y Olandesa, Ormont, Halemundo, y Colembergh: fueron vistos por su mano pelear en el mas estrecho riesgo. No menos esforzados, aunque menos felices, fueron el Señor de Ciaternó, y Velasco. Se gloriaron aquellos, que el valor de lo apresado subia á la suma de quatro millones de pesos; mas de ocho es cierto que perdió el Comercio de Cadiz, donde quedaban ocultamente incluidos los mismos Enemigos, y asi, no era todo ageno lo que tomaron, y echaron á perder. El Rey perdió mas que todos, no solo en no quedarle Navío para Indias, y en lo que havia de percibir de las Aduanas, si se introducian todas las mercadurías, sino porque fue preciso despues valerse de Navios Franceses para el Comercio de la America, que fue la ruína de sus intereses, y de los de sus Vasallos. Al otro dia de la sangrienta Batalla hicieron baxar al Mar los Enemigos gran numero de Buzos con poco efecto, porque la Artillería de la Ciudad lo impedia; y bolviendo á embarcar su gente, llenando de flamulas, y gallardetes los arboles, cantaban con flautas, y pifanos la victoria. Asi dirigieron la proa á sus Puertos, dexando llena de tristeza, y horror aquella tierra: luego buzearon los Españoles, y se recobró lo que aún no havia corrompido el agua. De esta desgracia nacieron infinitos pleytos en toda la Europa, porque toda estaba interesada.

Al

Al Rey Catholico le alcanzó en Genova esta noticia, donde estaba magnificamente hospedado de aquella Republica en el Burgo de San Pedro de Arenas. Con esto apresuró su viage para España, embarcandose en las Galeras de Francia: era su intencion ir á Barcelona; pero furioso el Mar, y contrario el viento, le obligó á desembarcar en Antibo. Siendo la estacion tan poco á proposito para navegar, era perder mucho tiempo esperar á que se mudase favorable, y asi, emprehendió el viaje por tierra, y en breves dias llegó á Barcelona. Luego, con particular Decreto, cesó el Govierno de la Reyna, aunque á largas jornadas se encaminaba el Rey á Madrid, adonde no pudo llegar antes, que feneciese el año de 1702.

# AÑO DE M.DCCIII.

NO negaba el Rey claramente concluir las Cortes de Aragon, pero lo diferia, que era un modo no injurioso de negarlo. De esto se dolía el Reyno, y de que havia merecido menos que Cataluña: estas quexas, nunca satisfechas, se entregaron mas al disimulo, que al olvido.

El Rey entró en Madrid el dia 27. de Enero, recibido del Pueblo con el acostumbrado aplauso, y alegria. Lo interior de la Corte, y la parte de ella mas principal, ardia en odios, y artificios, que inspiraba la ambicion: vino con el Rey el Cardenal de Etré, Embaxador de Francia, con idéas de mayor autoridad, que podia tener, defendiendo la suya el Cardenal Portocarrero, y Don Manuel Arias: ni era poca la que tenia el Conde de Montellano con el favor de la Reyna, y de la Princesa Ursini, que yá comenzaba á explicar su poder, ingiriendose en los negocios mas graves, y usando las artes posibles, para conservar amante del Rey á la Reyna, á la qual enteramente poseía.

Montellano disentia en un todo de las maximas austeras de Portocarrero, y Arias; y aunque solo era Presidente de Ordenes (pues havia yá buelto el Mayordomo Mayor de la Reyna Conde de San Estevan) le quedaron á Montellano los

los honores, y la entrada en el Quarto de la Reyna: con esto se alimentaba el favor, y disponia la Princesa, que el Rey separadamente le consultase las mas graves materias.

El Cardenal de Etré, por necesidad, que se tenia de la Francia, mas que por génio del Rey, resolvia lo mas principal; y dispuso, que nada despachase en su casa Portocarrero, y que se llevase todo el Consejo del Gavinete. Esto le empezó á conmover, y mas quando vió, que no era su voto atendido: hablaba yá mal de los Franceses, y que no debian usurpar el mando á los Españoles, sin advertir, que era su adulacion quien los havia introducido al Govierno, y que declinaba su autoridad, por donde pensó ensalzarla. Etré, sin atender á estos respetos, obraba impetuosamente, y pretendió le visitase en su casa el Presidente de Castilla. El Rey se inclinaba á esto, porque le parecia, que siendo Cardenal forastero, y Embaxador, no perjudicaba á las preeminencias de aquel empleo. Don Manuel Arias mostró gran firmeza en sobstenerlas, exponiendo al Rey sus razones, y suplicandole, que si en esto se hallaba mal servido, le exonerase del cargo. El Rey nunca quiso interponer su Decreto, y Etré se quexó de esta, que le parecia demasiada circunspeccion del Presidente, al Rey de Francia, que juzgandola cosa de poco momento para tanto empeño, le ordenó, no tratase mas de eso, y dexase las etiquetas, y formalidades de los Tribunales como las hallaba.

Esto espinó los animos; y aunque la Princesa no era amiga de Portocarrero, ni de Arias, se conjuró con ellos contra Etré, con quien havia tenido una disputa, porque pretendia libre la entrada en el quarto de la Reyna. La Princesa, como Camarera Mayor, guardando las leyes de la etiqueta del Palacio Español, lo prohibia, lo que alteró mucho el animo del Cardenal, porque se havia lisonjeado venia, no solo á hacer la primera, pero la unica figura en la Corte: por eso, aunque era Francés, le èra tambien molesta la grande autoridad, que Juan Orri tenia sobre la Hacienda Real. Este, aunque, como diximos, era impetuoso, y pertináz en su dictamen, puso en buena forma el Real Erario, y le reintegró en muchas rentas, que le tenian usurpadas, executando sobre las Alcavalas lo que no se havian atrevido á

ha-

hacer muchos Reyes, aunque lo ordenase en su Testamento Ferdinando el Catholico; porque el descuido de los Ministros de Hacienda, ó el poder de los que las havian usurpado, dexó inveterar el abuso. Desde que se concedieron á los Reyes por toda Castilla la Vieja, en las Cortes de Burgos, y se ampliaron para ambas Castillas en las de Alcalá, al Rey Don Alonso el Onceno, vendieron muchas Alcavalas los Reyes, empeñaron otras por tiempo limitado, algunas dieron por remuneracion de servicios, y por equivalente de pretensiones contra la Corona: otros las poseían, sin mas derecho, que un abuso envejecido por siglos, con la buena fee, que solo esto les daba accion para mantenerlas. Juan Orri, aplicando antes al Real Erario todas las Alcavalas, mandó, que cada uno traxese los Instrumentos justificativos de su posesion: formó una Junta, en que se examinaban las razones del Rey, y de las Partes, y se administró exactamente justicia, restituyendolas á quantos tenian legitimo derecho, y quedandose el Rey con las que claramente le havian usurpado.

El Rey de Portugál, despues de haver firmado la Liga, que diximos, escrivió al Emperador, y á los Ingleses, que aquella solo se reducia á defensiva de sus Estados, y á no permitir paso para la España: que era una mera neutralidad, que no impedia la buena inteligencia, ni el Comercio. Con esta ocasion embió el Emperador por Embaxador Extraordinario á Portugál al Conde de Vosteink, y supo introducirse tanto en la gracia del Rey, que tuvo forma de proponerle, no solo que dexase la neutralidad, pero que entrase en la gran Liga ofensivamente; pues siendo la Guerra, que por la Estremadura se hiciese, la que mas vivamente heria el corazon de la España, reconocerian los Aliados este beneficio como de su mano, dexandole dueño de Estremadura, y de Galicia, que serian las primeras conquistas, y de Buenos-Ayres en Indias. Que nada gastaria en la Guerra, aunque levantase 20y. hombres, porque lo pagarian los Aliados, de que le resultaba el beneficio, de que entrase tanto dinero en el Reyno, y exercitase en el Arte Militar sus gentes. Estos ofrecimientos confirmaban los Ingleses, y Olandeses. No se acababa de determinar el Rey, aunque el Embaxador

Aus-

Austriaco le havia ganado el animo, y el dictamen de su Confesor. El Almirante de Castilla, que con el Conde de la Corzana havia abrazado claramente el Partido Austriaco, facilitaba la conquista de la España, como cosa infalible, y de ningun trabajo, no solo por lo desarmado de ella, sino por el gran Partido, que tenia la Casa de Austria en la primera Nobleza, y los Pueblos. Ni dexaba de esparcir las mismas reflexiones el Padre Alvaro Cienfuegos, hombre de sublíme ingenio, y de natural eficacia en las palabras. No faltaban en Portugál otros, que persuadian al Rey lo contrario, pero importó mucho, para determinarle, lo que de Madrid escrivió su Embaxador Diego de Mendoza, hombre adverso á los Españoles, poco amigo de la quietud, y embebido de especies vastas, y de idéas, superiores al poder de su Soberano.

El primer paso, que el Rey dió á impulsos de los que querian la Guerra, fue leer las Cartas de Mendoza en una Junta particular que hizo, á la qual admitió á los Embaxadores de Alemania, Inglaterra, y Olanda, como para ser oídos, y estos consiguieron, que interviniese tambien el Almirante. El tenor de las Cartas era este: *Que estaban las cosas de España en el estado mas infelíz, sin fuerzas para sostener la Guerra; sin Armas, ni Tropas; ultrajada la Nobleza, é igualmente descontenta, como los Pueblos, dividido en vandos el Palacio, y los que governaban; aborrecidos los Franceses, adverso yá á ello el Cardenal Portocarrero, desconfiado el Rey de los Magnates, quexosa la Andalucia, de haverse el Rey en Vigo apoderado de sus caudales, sin puntual examen, de si eran de sus enemigos, ó de sus Vasallos, despreciando la Consulta del Duque de Medina-Cœli, Presidente de Indias, que irritado de esto, havia dexado el empleo: Que estaba el Reyno de Aragon quexoso, por haverle negado las Cortes, que se concedieron á Cathaluña, donde se contaban pocos leales; y que si se daba tiempo á que la España se armase, padeceria Portugal, desprevenido, las primeras opresiones: Que toleraban mal los Principes un Neutral, y que yá rota la Alianza con España, se havia cargado de otro riesgo, porque era preciso haverla religiosamente observado, ó declararsele Enemigo. Que el dominio del Mar le tenian los Ingleses, y Olandeses, y que de ellos no podia defender el Francés al Brasil, y las Indias Orientales, ni aún á Lisboa, si la invadiesen;*

*por-*

*porque sobre no tener el Francés tantas fuerzas marítimas, sostenia solo la Guerra en Italia, en el Rhin, y en Flandes: Que estaban empeñados los Aliados en perficionar la obra, y que no tardaria en declararse por ellos el Duque de Saboya, quexoso, y atento á su utilidad. Que caeria infaliblemente el Trono de España, si se le internase la Guerra por Estremadura; y que no podia esperar Portugál, de confirmarse poderosas estas dos Coronas, sino un eterno temor. Que quando cayese el Trono de España, no podria dexarle de tocar algun deshecho fragmento de máquina tan vasta; pues no havia otro medio de dilatar los Imperios, que con la ruína de los confinantes; y que estando tan ceñido el de Portugál, no se debía perder la oportunidad de estenderse por la Galicia, y Estremadura, porque no la hallaria semejante.* Esto persuadia en sus bien compuestas Cartas Mendoza, cuyo dictamen tuvo muchos sequaces; porque havian los Aliados con dinero corrompido á muchos, y los Alemanes al descuido se dexaban entender, que casarian al Archiduque Carlos con la Infanta de Portugál.

De contrario parecer era el Duque de Cadavál, Principe de la Real Sangre, sério, y prudente. Dixo: *Que no tenia fuerzas el Reyno para emprehender una Guerra sin necesidad, que constaba solo de seis Provincias, destacadas, por accidente, de la España, con solas tres Plazas Fronteras, que si éstas se perdiesen, ó arruinasen, y se debastase con hostilidades la tierra, sería irreparable el daño. Que para la propria defensa se debia aventurar todo; pero no por intereses agenos, con soñadas utilidades, que dependian de la fortuna. Que fuese Borbón, ó Austriaco, uno sería siempre el Rey de España, las mismas sus máximas contra Portugál, á quien no daria parte de sus Reynos, y mas aquellos, que le servian de antemural. Que havia mas que temer de los Austriacos, si bolviesen á ocupar el Sólio, porque de su dominio se havia apartado el que, siendo Duque de Berganza, se coronó Rey; y aunque aquella fue ofensa hecha á la Magestad, que siempre es la misma, estaba de más el acordarse, que se hizo á la propria Familia. Que no se debia aventurar la posesion cierta, y la quietud por ideados aumentos, y promesas, que no quiere cumplir la sobervia del vencedor, ni puede la infelicidad del vencido. Que eran las Ligas de muchos Principes necesariamente poco duraderas, y fementidas, y que siempre quedaba peor el menos poderoso*

*roso. Siendo cierto, que la vastidad de los Reynos de España no se podia ganar toda en muchos años á fuerza de guerra, sosteniendo el empeño la Francia, cuyo poder, por su situacion, por sus naturales fuerzas, y admirable harmonía, con que la governaba el actual Rey, era igual al de los Aliados, sin contar el invencible, que adquiriria la España, bien regida, y exercitada en la Guerra, que la haria cruél contra Portugál el envejecido odio de los Castellanos, y mas sin razon provocados; porque no la havia alguna, para romper la Paz, hecha con la Reyna Maria Ana de Austria, en nombre de su hijo Carlos II. Que las maliciosas insinuaciones de casar al Archiduque Carlos con la Infanta de Portugál, eran artes de Corte, para dár otro color mas al engaño, porque esta Princesa tenia solos ocho años, y muchos mas el Archiduque, que aunque era un gran Principe por su Real Linage, no se le conocia mas Estados, que los que le podia dár la fortuna; y que no era razon entrar el Reyno de Portugál á aventurarse en la agena; y que si no le socorrian con muchas Tropas, no podria hacer la Guerra, y con ellas exponia su libertad á una necesaria servidumbre, y la pureza de la Religion Catholica, á que la contaminasen en los Pueblos tantos Hereges.*

Este dictamen no tuvo aceptacion en el Rey; y mas poseído del temor, que de la ambicion, adhirió á la Liga contra España, y se firmaron en Londres los Capitulos. Ofrecieron los Ingleses el dinero, que fuese menester para el Exercito, que havia de militar en Estremadura, dandole por Gefe á un General Portugués, al que se havian de agregar ocho mil Ingleses; y si fuese menester, hasta doce mil. Los Austriacos nada dieron, mas que esperanzas: prometieron dár parte de la Estremadura, y de Galicia, despues de haver conquistado toda la España. De las que precedieron disposiciones á esta Liga, y las que penetró en el animo del Rey Don Pedro, yá havia dado cuenta al Rey Catholico el Marqués Don Domingo Capicciolatro, su Embaxador en Portugál; pero les pareció á los Españoles, no darse por entendidos, hasta que se publicasen los Capitulos de la Alianza; bien, que yá havia sacado de Madrid el Rey de Portugál á su Embaxador, y el suyo de Lisboa el Rey de España, mientras se hacian reclutas, y baxaban Tropas Francesas.

A pocos dias se publicó formalmente la Guerra por una, y otra parte, y por ambas se fortificaron, quanto era posible y presidiaron las Fronteras. Embiaronse á la Estremadura, Tropas con el Principe de Esterclaes: baxaron de Francia doce mil hombres con el Duque de Vvervich, hijo natural del Rey Jacobo II. de Inglaterra, hombre de valor, prudente, y experimentado, á quien se dió el mando de este Exercito. Tambien se hacian Levas en Portugal, y se nombró por General de la Cavallería al Almirante de Castilla: agregósele el Conde de la Corzana con el mismo grado, que tenia en España: estos fueron en esta Guerra los primeros Españoles, que tomaron las armas contra su Rey, y los llamaban en su proprio Exercito los primeros Rebeldes.

A este tiempo, justamente atemorizado el Pontifice de los grandes terremotos, que sucedieron en sus Estados, y en el Reyno de Napoles, con desolacion de Pueblos enteros, y ruina de muchos, y magnificos edificios, parecióle aplacaria en parte la ira de Dios, si exortase á los Principes á la Paz, y asi embió varios Nuncios Extraordinarios á las Cortes mas principales, sin fruto alguno. Fue á España el Arzobispo de Damasco Antonio Felix Zondadari, que despues se quedó por Nuncio Ordinario. Fuele facil persuadir al Rey á la quietud; pero como la España, y la Francia solo se defendian de sus Enemigos, era arduo persuadir á aquellos, obstinados en su empeño, y prosiguió la guerra mas vigorosa. Para adelantar la de Italia, fortificó Guido Starembergh á Ostiglia, ante cuyos muros plantó los Reales, adelantandose con un Destacamento á cubrir á Mirandula el Principe de Lorena. Havian los Alemanes hecho diques á las aguas de el Pó, junto á Ostiglia, á quien invadió el Francés: dexóle empeñar en el Sitio el Principe Eugenio, hasta abrir trinchera, plantar bateria, y hacer brecha; y quando estaba para dár el asalto el Duque de Vandoma, soltaron tan oportunamente los Alemanes las aguas, é inundaron el Campo de los Enemigos con tal impetu, que se llevaron las Trincheras, las Tiendas, y todos los Instrumentos, y preparativos para el Sitio. Huyeron los Franceses precipitosamente, mas los seguia el agua: padeció mucho la Infanteria. Los que ensalzaron el ardid de el Principe Eugenio, censuraban el error de

los Franceses, en haver atacado á la Ciudad por la Ribera mas inferior, y pantanosa del Pó, cuyas aguas dominaban al Campo, quando, si antes huviese tomado á Mirandula, no podia mantenerse en Ostiglia el Principe, ni tenia mas retiro, que al Estado Veneciano, y empezaria de nuevo la Guerra. Este fue el parecer del Principe de Vaudemont, pero le despreció Vandoma. El Theniente General Albergoti asaltó el Destacamento del Principe de Lorena con tanta infelicidad, que fueron los Franceses vencidos: huviera sido mayor el estrago, si Don Mercurio Pacheco, Conde de San Estevan de Gormáz, (hombre de no vulgar valor) no huviera resistido con su Regimiento de Cavallería Española el impetu de los Vencedores. Alternaba la fortuna las dichas con las desgracias; porque á este mismo tiempo tomó el General Torralva, Español, á Briscello.

Aunque hacia la Guerra en Italia el Francés, tenia mas altas idéas, pero dependian de la suerte del Duque de Baviera. Havia secretamente determinado baxar contra el Tiról; y en caso de ganarle, tenia orden el Duque de Vandoma de juntar á los Bávaros gran parte de sus Tropas: empresa, que si la prosperaba la fortuna, estaban expuestos á gran riesgo los Estados Hereditarios de la Casa de Austria, y corrian los Franceses sin dificultad, desde el Rhin, hasta el talón de la Bota de Italia. (que esta es su figura, que remata en Napoles.) Luego que penetró tan vastas idéas el Duque de Saboya, y tan perniciosas á su seguridad, determinó secretamente apartarse de la Liga de España, y Francia, y adherir á los Austriacos, si se ponian en execucion, porque le pareció mas heroyco disputar su desgracia, que dexarla llegar. Los Franceses llevaban esto con gran secreto; pero las mismas operaciones del Bávaro lo daban á entender, porque no se podia con otro fin empeñar en la conquista de un País dificil, estéril, pobre, y afecto á su Soberano. Contra él tenia prevenidos dos Exercitos el Emperador: uno conducia el Conde de Sckilich, para infestar la Baviera, y constaba de veinte mil hombres: catorce mil introduxo al Palatinado el Conde Stirúm: los Prusianos sitiaron á Rhenoberga. Ni aun estando ceñido de enemigos se amedrentó el Duque de Baviera: en quatro dias ganó á Neoburgh: intentó llevar á su Partido al

Cir-

Circulo de Franconia, ó que se quedase neutral, pero yá los havia ganado el Cesar. Rindióse Rhenoberga por hambre, á tiempo, que el Mariscál de Villars havia pasado el Rhin, aún observado del Principe Luis de Badén, que retrocedió con su Exercito, despues de haver presidiado el Fuerte de Kell con quatro mil hombres. Quedó con un Destacamento el General Sibrach; pero fue vencido de los Franceses, y seguido hasta un vecino Bosque, en que se refugió: no dexó de quitarle mucha gente la espada del vencedor, y la desercion mas.

Apartados estos dos Cuerpos de Tropas enemigas, puso Villars en contribucion quanta parte de la Germaniá alcanzaban las suyas, y puso sitio á Kell, batido desde el dia 5. de Marzo con ochenta Cañones, y sesenta Morteros: era su Governador el Conde de Usbergh: hizo lo que debia, pero al fin cedió á la fuerza, y ganaron los Franceses la Plaza en pocos dias. El Principe de Hesecasél sitiaba á Trabrach: socorrela el Mariscál de Tallard, y levanta el sitio. Creyendo ocupados á los Alemanes, cubria con una linea la Baviera el Duque; pero la forzó Sckilich, y penetró en la Provincia, haciendo hostilidades tan barbaras, que excedian los estilos de la guerra, porque ésta era la que hacia con mayor animosidad el Emperador, cuyas Tropas sitiaron á Ridén, que rindieron con facilidad: con esto huvieron de incendiar gran parte de la Baviera hasta el Rio Inn, donde plantó su Campo Sckilich á los 30. de Marzo. El Duque de Baviera determinó seguirle, y emprendió la marcha en una noche sumamente fria, y cubierta de niebla, y marchando hasta el Alva, vió una partida de Cavallos ligeros de los Enemigos, que batian la Campaña: deshizolos luego, matando la mayor parte: los que escaparon, dieron á Sckilich noticia, que venia con sus Tropas el Duque; y no esperando á que llegáse, se retiró con las suyas á Pasavia, dexando, para asegurar la marcha, ocho mil Saxones, que disputasen al Duque la suya, dispuestos en las sendas mas angostas: llegando á ellos los Bávaros, se travó una sangrienta disputa: fueron los Saxones vencidos, quedaron prisioneros trecientos, y muertos quatro mil, mil Bávaros, y entre ellos el Conde Leopoldo del Arco. No pareciendole á Sckilich estaba seguro en Pasavia, la desampa-

paró. No estaban de buen semblante las cosas de los Coligados, porque oprimian la Germania con duros tributos Bávaros, y Franceses, y por el Alto Rhin entró con un Exercito Luis de Borbón, Duque de Borgoña, pretendiendo juntarse al del Mariscál de Tallard. Los Confederados tenian tres Exercitos, y el mayor le mandaba el Duque de Malbruch, Inglés, que marchaba ázía Mastrich: otro el General Overchercher, ázia el Palatinado Alto: otro el General Cohoorn, Olandés, que iba contra Bona.

Mandó el Rey Christianisimo á Villars, que por la Selva Negra juntase sus Tropas con el Bávaro, porque yá expugnados Kell, y Keutringenna, era dueño de las Riberas del Danubio. El Bávaro, despues de haver hecho no pocas hostilidades en el Palatinado inferior, determinó acometer á Stirúm. Guardaba el Rio Vvilso con un fuerte Destacamento el Barón de Aspach; y mientras el Duque de Baviera marchaba al Puente, mandó, que le acometiese el General Vechél, para que embarazados los Austriacos, pudiese el Duque ponerse sobre Amberga. Favoreció la suerte esta idéa; porque mientras peleaba Stirúm (que fue poco despues vencido, y se retiró á Franconia) convirtió sus armas el Bávaro contra Amberga, y la rindió. Marchaba por caminos dificiles, asperos, y no conocidos Villars, y aunque le embió el Duque de Baviera Guias, siempre era ardua la empresa, porque no havia podido romper las Lineas de Stolfen; y para asegurar su Retaguardia de las Tropas de Luis de Badén, dispuso, que plantase su Campo en Offemburgo el Mariscál de Tallard, para observarle. Entró primero en el Bosque con la Vanguardia, compuesta de diez mil Franceses, el Señor de Blandvil: con poca separacion llevaban la mayor parte de las Tropas, y el centro de ellas los Thenientes Generales Legal, y Lalié, con diez piezas de cañon: les precedia parte de la Cavallería, y parte marchaba entre el centro, y la Retaguardia, en que estaba Villars: treinta y quatro mil hombres componian este Exercito. Para embarazarle los pasos, el Principe de Fustembergh ocupó algunos collados, y eminencias; pero eran sus fuerzas pocas, y nada intentó: el General Noremberg puso tres mil Alemanes con alguna Artillería en una pequeña llanura, á la qual havian de venir pre-

precisamente por una senda estrecha los Franceses: disputóseles el paso, con muerte de algunos, pero quedaron vencedores; y puestos en huída los Enemigos, prosiguieron su marcha, y tomaron á Vilinghen: vencido el monte, descansó algunas horas al Exercito, y se embió antes al Señor de Usón con alguna Cavallería á encontrar á los Bávaros, porque el General Mafey estaba con quatro mil de ellos en Fredinguen, donde con recíproco aplauso se juntaron las Tropas. Fue celebrada la conducta, y disciplina Militar de Villars, y la obediencia de los Franceses, sin desercion alguna, por caminos ásperos, y bosques, siempre con las armas prevenidas.

Esto dió aprehension á los Confederados: juntaronse Sckilich, y Stirúm. Embiaron los Olandeses mas Tropas al Principe de Badén; porque, sobre haverse juntado el Duque de Borgoña con el Mariscál de Tallard, temian las vastas idéas del Duque de Baviera, con esta union de los Franceses mas poderoso. Era justo el recelo, porque se hallaba en el corazon de la Germania un Exercito de 60y. hombres, mandados por dos Gefes los mas esforzados, y perítos en el Arte Militar, como eran el Duque de Baviera, y el de Villars; pero esto mismo, que tanto consternaba á los Enemigos, fue la ruína del Duque de Baviera, yá por sus desproporcionadas idéas, y yá porque no duró la concordia, y buena inteligencia entre los dos Exercitos. Obedecia de mala gana Villars al Duque, y la Soberanía de éste llevaba mal la poca docilidad de los Franceses á sus ordenes. En fin, pasaron tan adelante los disgustos, que despues de tantos gastos hechos para aquella union, malógro de tiempo, y peligros padecidos, fue preciso separarse. Determinó el Bávaro con sus Tropas invadir al Tiról, y juntandose por el Trentino (como diximos) con el Duque de Vandoma, despojar á los Austriacos de sus Estados. Para guardar los suyos, dexó al Mariscál de Villars, y partió á la empresa: con poco trabajo, y oposicion entró en el Tiról, y executó las mismas barbaras hostilidades, que las Tropas Austriacas en la Baviera, y Palatinado; saqueó, quemó, y asoló muchos Lugares, de forma, que mas parecia venganza, que guerra. La Plaza de Kulflen se le opuso: rindióla, y se retiró la Guarnicion al Castillo: esto le hacia perder tiempo; pero un accidente le

fue

fue favorable: prendióse acaso fuego en la Ciudad, corría viento, y llevó las llamas al Castillo, que tambien ardió, porque se cebaron, no solo en los maderos de la Estacada, pero en otros, que havia de reserva: creció el incendio, hasta llegar á los Almacenes de Viveres, y Municiones: ocupada la Guarnicion en apagarle, se descuidó por breve tiempo en la defensa, porque no podia acudir á todo. Los Bávaros, logrando esta oportunidad, aplicaron las escalas al Muro, por donde lo permitia el fuego, distraído el Presidio en dos tan graves cuidados, que por dos partes le amenazaban, quiso defenderse de uno, y otro, pero no pudo; porque apenas venció el de la llama, quando yá estaban sobre el Muro los Enemigos, y aunque á costa de alguna sangre, ganaron el Castillo. Con esto obedeció todo el Tiról, y su Capitál Inspruch, de donde con algunas Tropas salió el Conde Solario, y se retiró á las Montañas, para juntar gente, que lo hizo sin dificultad, por ser toda la Provincia fidelisima á los Austriacos. El Conde de Heister, que governaba la Carinthia, tambien tomó las Armas con las Milicias, que pudo juntar; y de modo observaban al Exercito de los Bávaros, que no poseían mas tierra, que la que pisaban, pues solo mientras duraba la violencia, obedecian los Pueblos, de los quales no era facil sacar contribuciones, yá por la suma pobreza del País, yá porque dexaban antes quemar sus haberes, que contribuir al Exercito Enemigo, ni aun con viveres; porque los que no podian defender, los quemaban, para que no sirviesen á sus contrarios. Esto atajó los progresos del Duque, pues una sola Provincia le ocupaba un Exercito.

Luego que llegó á la noticia del Duque Vandoma, que se hallaba en el Tiról el de Baviera, juntó Consejo de Guerra, para el modo, con que havia de unirle parte de sus Tropas; y dexando el mando de las que quedaban en Lombardía al Principe de Vaudemont, sin participarlo al Duque de Saboya, (antes cautelandose de él) emprehendió la jornada con quince mil hombres escogidos. Llevaban la Vanguardia por ambas partes del Lago de Garda los Señores de Praslin, y Besons. Por el camino de Gargamo arriba conducia otras Tropas Medavi, y ázia el Adda iban las restantes con el Duque. En Monvaldo se les opuso el General Vaubón con tres mil

mil Alemanes, que puso en una pequeña llanura en la senda de un Monte asperisimo, y embarazado de peñas, donde un intrincado Bosque imposibilitaba el formarse. No pudiendo abrir Trincheras los Alemanes, por lo peñascoso del terreno, levantaron una pared de grandes piedras, y formando un vallado, contenian en él toda la gente, puestas algunas Piezas de Cañon contra la senda por donde havian de venir los Franceses, y aun ésta la embarazaron con troncos, y peñas. De esta dificultad advertido el Duque de Vandoma, y no siendo facil penetrar por el ordinario sendero del Bosque, porque venia á rematar la garganta de él en el Campo de los Enemigos, determinó subir un Monte asperísimo, que los dominaba, y desde alli marchar, evitando la pequeña llanura, hasta parage, en que pudiese baxar á ella formado; y apeandose el primero del cavallo el Duque, emprehendió subir la cuesta: el exemplo enfervorizó á los demás, y fue tanto el ardor, con que los Soldados executaron aquella obra, que llevaron en ombros hasta la cima del Monte las Piezas de Cañon de Campaña, y las Cureñas, no siendo posible, que mulos, ni bueyes de la mayor fuerza las pudiesen subir por un collado tan dificil, y precipitoso. En fin, vencida con gran trabajo esta dificultad, yá puestas las Tropas, y los bagages en la eminencia del Monte, dominaban el Campo Enemigo, al qual empezaron á batir con Artillería, y baxando ordenados, quanto permitia la Selva, no aguardaron los Alemanes á venir á batalla, y dexando la Artillería, y Tiendas, se salvaron por el opuesto Bosque. Esto facilitó á los Franceses poder llegar hasta el Trentino, y avisar de su marcha al Duque de Baviera, que alcanzó esta noticia el dia 28. de Julio: baxó luego con sus Tropas á Brixo; pero los Franceses no pudieron proseguir regulares las marchas, porque se entretuvieron en el Sitio de Trento, que con dos mil hombres defendia el Conde Solario. Estaban yá abriendo Trinchera, y faltaban pocas leguas al Bávaro para llegar á juntarse con los Franceses. En este estado de cosas, traydora la fortuna, quanto mas se les fingia propicia, los obligó á cada uno á retroceder por su camino: el Bávaro, porque tuvo aviso de haverse, con su ausencia, sublevado todo el Tiról; y el Francés, porque le tuvo, con un Expreso despachado

por el Principe de Vaudemont, de haverse declarado por los Austriacos el Duque de Saboya, y firmado los Capitulos de la nueva confederacion en Roma, en casa del Embaxador Cesareo, ajustados antes en Turín con el Conde de Ausbergh, Consejero Aulico de Leopoldo, que havia venido oculto á este efecto, segun avisaban los Embaxadores de España, y Francia, que en aquella Corte residian. Con esta tan importante novedad baxó corriendo la posta el Duque de Vandoma, con pocos Oficiales, hasta llegar á su Exercito de Lombardía, y dexó encargadas á dos Thenientes Generales las Tropas, para que bolviesen por sus regulares marchas. Este éxito tuvo tan trabajosa empresa, y tan irregular idéa, que dió ocasion al Duque de Saboya á mudar de systéma; mas no se havia aún declarado, porque esperaba cobrar primero el dinero, que le ofrecieron dár los Ingleses, y retirar quatro mil hombres, que tenia entre las Tropas Francesas. Para esto ordenó, que yá cerrada la noche, se apoderasen los suyos (matando las Centinelas) del Puente de San Benito, y chocasen con los que estaban á la otra parte del Rio, que hallarian (sobre ser inferiores en numero) desprevenidos; y que pasando á cuchillo á los que fuese menester para abrirse paso, en la marcha de la propria noche se pusiesen en sus Estados.

Esto no pudo tener efecto, porque el dia, que precedia á la misma noche, en que se havia de executar, sitiando á los Cuerpos de los Piamonteses el Duque de Vandoma, los desarmó, y detuvo prisioneros. Yá con esto, haviendose descubierto el de Saboya, arrestó en sus Casas á los Embaxadores de España, y Francia, que tenia en su Corte: por el Rey Catholico lo era Don Antonio de Arbiso, Marqués de Villa-Mayor, cuya prision duró hasta que se dió libertad en España á un Ministro del Duque, que tambien estuvo detenido: lo mismo se executó con Francia, donde esforzaba la Duquesa de Borgoña las razones de su Padre, que yá las havia publicado en un Manifiesto, diciendo: *No havian guardado los Franceses lo capitulado en su Alianza, no solo en haverle negado el mando de las Tropas de Italia, pero en haver acometido á los Estados Austriacos, por donde, juntandose con el Duque de Baviera, querian, cortando por medio la Europa, correr,*

*rer, desde el Danubio al Pó, estando el Emperador distraído en tantas Guerras, que era facil desposeerle de las Provincias, que, dando paso á la Italia, le texen una cadena: Que estas vastas idéas eran contra la seguridad publica; y que teniendo actualmente el Rey Christianisimo en pié 300ỻ. hombres, 80ỻ. el Rey Catholico, y 30ỻ. el Bávaro, eran capaces de aspirar á la depresion de muchos Principes, y de la Casa de Austria, que era la que daba justo equilibrio á las Potencias de Europa, hallandose la Germania embarazada en la Guerra de Polonia, y armado, y vencedor un Principe tan guerrero, como Carlos, Rey de Suecia, enemigo de la Germania, y del Cesar: Que si en esta ocasion le moviese Guerra, atacado por el Inn de los Bávaros; por el Tibisco de los Rebeldes Ungaros; por el Danubio del Mariscál de Villars; por el Rhin del Duque de Borgoña, y sosteniendola en Italia contra 60ỻ. Franceses, estaba en manifiesto peligro: no ignorando el estrecho, en que le ponian estos empeños Acmet, Emperador de Constantinopla, Principe de elevado espiritu, y por esto sostituido á su hermano Mustafá, hombre remiso, y amante del ocio: Que el proprio interés pedia adherirse á la parte mas débil, para sustentar la declinante fortuna, eligiendo mejor morir armado, que dexarse oprimir inadvertido: Que no havia violado la confederacion, sino que la havia acabado de romper violada: Que no hacia Guerra el Padre contra sus Hijos, sino un Principe contra otro: Que estaba obligado á aventurarlo todo por la quietud de sus Pueblos, encomendados de Dios, los quales anteponia á sí mismo, á su Casa, y posteridad, á la qual, si con siniestros sucesos perseguia la fortuna, y la extinguia, siempre eran de Dios los Pueblos, y cuidaria de ellos: Que dexaria las armas, siempre que ajustadas las cosas con peso, y balanza igual, no huviese probablemente de qué temer, ni ambicion de qué recelar.*

Estas razones del Duque de Saboya eran las mismas de todos los Principes de Italia; pero no tenian fuerzas para explicarlas con las armas. No dexaron con todo eso de tener sus censores, pareciendoles monstruoso empuñar armas contra los intereses de sus hijas, y tratar confederacion secreta con un enemigo de sus Aliados; pero los desapasionados conocian, que los Principes no están obligados á las estrechas leyes de las personas privadas, y que su unico interés es la razon de estado.

Los Articulos de la nueva Alianza, en que se adhería el Duque de Saboya á la que tenian hecha los Ingleses, y Olandeses, y el Rey de Portugál con el Emperador, fueron muchos, y estos los principales: *Que entraba en esta Liga por seis años, si antes, de comun acuerdo, no se establecia la Paz: Que se le daria luego cien mil doblones para los gastos de la Guerra, y que pagarian de sus Tropas Piamontesas doce mil hombres los Ingleses: Que conquistado el Ducado de Milán, se le daria la Plaza de Alexandria, la Lomelina, el Vigebenasco, y la Valsesia, y que se declararian immediatos á la Linea Austriaca sus derechos á la Corona de España.* Secretamente hicieron esperar al Duque, que darian por Esposa del Principe de Piamonte á la Archiduquesa Maria Josepha, hija de Joseph, Rey de Romanos. El Duque ofreció reconocer por Rey de España al Archiduque Carlos, y tener en pié 20y. hombres, de los quales pagaria los ocho.

Esto alteró mucho el Estado de las cosas de Italia: cobraron brios los Tirolenses, y se levantaron contra el Duque de Baviera, que aunque acudió á remediar el daño, no pudo. Asoló, y destruyó la Provincia, aplicó llama, hierro, y las mas horrendas barbaridades; pero no pudo rendirla, porque los amotinados, dexando las poblaciones, y retirados á los Bosques, baxaban á hacer sus correrías, y mantenian en el dominio del Emperador quanto no ocupaba con sus Tropas el Bávaro, á quien no era conveniente emplear un Exercito en poca tierra inconquistable, y dexar perder la suya, que la destruía el Principe de Badén, porque los Franceses no podian atender á tanto, ardiendo en Guerra el Rhin, y el Danubio. Luis de Badén intentó tomar á Ulma, y marchaba á ella; pero penetrado el designio por el Theniente General Legál, con los socorros de Gente, que le embió Villars, acometió á los Alemanes, y los deshizo. No podia el Puente del Danubio recibir quantos se entregaron á la huída, y se ahogaron muchos: siguió Legál á los vencidos hasta Munderkinguen: el ardor cegó algunos Franceses, y se entraron en la Ciudad, donde quedaron prisioneros. En esta Batalla murió un Principe de la Casa de Hannovér, y otros 1500. Alemanes: los Franceses perdieron al General Heroné, y 500. Soldados. Para adelantarse mas, sorprendió

el

el Mariscal de Villars á Ocstet. El Duque de Borgoña sitió á Brisac, encargando el Sitio al Conde de Marsin: por donde corre mas alto el Rhin, puso las Baterías con cien Piezas de Cañon, y quarenta Morteros, empezaron á batir á 23. de Agosto, y despues de 22. dias se rindió la Ciudad. El Emperador hizo cargo al Governador de ella, Conde del Arco, y á Marsil, Gefe de las Tropas, por haverse muy presto entregado: formó el Proceso el Principe de Badén, y fueron degradados.

El Duque de Borgoña bolvió á París, y quedó el mando de las Tropas al Mariscal de Tallard en el Rhin; al Mariscal de Villars en el Danubio; y en Flandes al Duque de Villaroy, á quien havian dado libertad los Enemigos. El General Cohorn tomó á Bona: tambien se hizo cargo á su Governador, Marqués Daligre; pero se escusó con felicidad, diciendo, que yá desesperado de socorro, no havia querido quedase prisionera la Guarnicion, la qual, en fuerza de las Capitulaciones, quedó libre. Intentó el mismo General Olandés sitiar á Bruselas, y tomó los puestos; pero lo impedia el Marqués de Bedmár, que estaba con sus Tropas en Deuren, y le havia juntado su Gente el Principe de Esterclaes; pero como no bastaba, pidió socorro al Mariscal de Buflers, que vino luego. Dudóse, si se havia de dár la Batalla, porque dividia ambos Exercitos una Laguna cenagosa, que impedia á la Cavalleria, y havia mucha entre Españoles, y Franceses. Parecióles, que los aguardaba el Olandés resuelto á Batalla, y sin reparar inconvenientes, la dieron. Los Españoles, que estaban á la derecha, deshicieron la izquierda del Enemigo, que se bolvió á rehacer, y duró la Accion hasta que los separó la noche; pero mostró el dia quanto havian los Olandeses retrocedido, y que perdieron el Campo, donde hallaron los Españoles muchas Vanderas, y Carros, sobre tener quinientos prisioneros: la pérdida de la Gente fue igual, y en todos murieron seis mil.

Al Marqués de Bedmar, por esta Accion, le dió el Rey Christianisimo el Cordon azul del Orden del Espiritu Santo. Despues, pasando el Rio junto Amberes, ocupó á Bruth á vista del Exercito Inglés: Cohorn tomó la Ciudad de Huy con facilidad, y con algun mas trabajo el Castillo, cuyo Gover-

vernador era el Señor de Milón. Envanecido de esta victoria, quiso tomar á Limburgh, sin sitiarle : embió quatro mil hombres á forzar una puerta con una Máquina Militar, parecida al antiguo Ariete : consiguiólo, y se abrió paso á la Ciudad ; pero los Paysanos, y el Presidio, guiados del Señor de Reynach, hicieron frente, hasta que, saliendo por otra puerta una partida de ellos, cogieron enmedio á los Enemigos, que no tuvieron poca fortuna en poder escapar los mas. Avisó el escar miento á Cohorn, y plantó el Sitio en sus formas, abrió trinchera, batió los Muros, y se rindió prisionera de guerra la Guarnicion : asi ocuparon los Olandeses á Limburgh.

No era solo la Tierra la que infestaban las Armas Coligadas : llenóse de Esquadras el Mar, y la mayor mandaba el Almirante Rooch, que constaba de quarenta Naves de Guerra, y diez de Transporte : ésta cruzaba el Occeano : otra de treinta Navíos baxó al Mediterraneo. Pasó un Vice-Almirante á sondear los Puertos del Adriatico, que tiene la Casa de Austria, y no los halló capaces para Armada, porque los senos de aquel Mar eran angostos, y humildes : esto daba incomodidad para invernar, porque faltandoles Puerto amigo, era preciso buscar un neutral, y no le hallaban á proposito, sino en Liorna, ó la Especia, en el Mar Ligustico, lo que llevaban mal el Gran Duque, y los Genoveses, pareciendoles era sujecion, y causa de ruidos, y empeños, tener por tantos meses en casa gente tan desordenada, y licenciosa, como la que sirve en el Mar, y mas los Ingleses, cuya arrogancia se iba haciendo intolerable. La Esquadra del Occeano se presentó en las Costas de Francia, por si los Calvinistas ocultos de la Rochela hacian algun movimiento : no dexaba de haver alguna trama, y conspiracion entre ellos ; pero lo descubrió el Govierno en tiempo, y se desvaneció el nublado. Este armamento quedó en aquella Campaña inutil, porque no tenia nada en que exercitar su poder. Una borrasca obligó á Rooch á retirarse al Tamésis. Logrando la oportunidad tres Navios Franceses, salieron de Dunquerque á encontrar en las Costas de Escocia á los que venian de la pesca del Mar Baltico, y les favoreció la suerte : encontraron docientas Barcas cargadas de Arenques, y Ballenas, escoltadas de

de quatro Naves de Guerra, mal armadas, que acometidas por los Oficiales, llegando al aborde, apresaron tres de ellas, y una echaron á pique; pero fue infructuosa la victoria, porque los que traían la pesca, quemando sus Barcas, se salvaron en tierra.

Restaurada de los daños padecidos, salió otra vez de Inglaterra la Armada, y se entregó al Almirante Schiovél con algunos Navíos mas. Partió el dia 12. de Julio, y pasó al Mediterraneo, para atemorizar á los Reynos de él: navegó á vista de Almería, y Cartagena, y su Governador Don Carlos de San Egidio coronó luego los Muros con las Milicias Urbanas: juntó sus subditos Don Luis de Belluga, Obispo de Cartagena, y Murcia, y se armó la Ribera, porque hacian los Enemigos ademán de intentar el desembarco, que despues executaron en Altéa sin suerte, pues no pudiendose internar, porque los Paysanos se armaron, les faltaba aún agua, y viveres, que venian escasamente de los Navíos, no siendo facil acercarse á la Playa las Lanchas con la continuacion, que era menester, yá por lo borrascoso del Golfo de Leon, que alli empieza, y yá porque las eminencias del terreno las ocuparon gente del País, y alcanzaba la bala del fusíl al desembarcadero. Viendo esta imposibilidad el Inglés, y que la Cavallería infestaba á los que havian desembarcado, los retiró, y dirigió á Italia la proa. No dexaron sus Reynos de fortalecer sus Marinas, como lo hizo en Sicilia el Cardenál Judice; en Cerdeña D. Ginés de Castro, Conde de Lemos; y en Napoles el Marqués de Villena: con tanto mayor cuidado, quanto era alli mas imminente el riesgo, porque no se havia del todo olvidado la primer conjura. Estaban todavia enconados, y teñidos de infamia los parientes mas estrechos de los que padecieron suplicio, y avivaban la llama desde Roma el Cardenal Grimani, y el Marqués de Pescára desde Viena.

Haviase vuelto de Madrid á Napoles el Duque de Monte-Leon despechado; y lo estaba tambien, porque no le havia hecho el Rey Grande, el Principe de Avellino: estos tenian continuas conventiculas con el Principe de Monte-Sarcho, á quien hicieron mas ingrato, y desleal las ultimas mercedes del Rey, concedidas por si podia ganarle. El Marqués de Villena, aunque gratisimo á la Plebe por su integri-

dad,

dad, y rectitud, no estaba bien visto de la Nobleza, por su natural sequedad, y distraccion: quexabanse que no daba Audiencias, y que se entretenia mas con los libros, que en los negocios. Con esto se apartaban mas cada dia los animos de los intereses del Rey, lo que no ignoraba el Emperador; pero aún con tan buenas disposiciones no podia emprehender la conquista, porque estaba cruelmente encendida la Guerra en Milán, y tenia el Reyno algunas Tropas Francesas. Esta fue la razon porque no se movieron los mal intencionados, ni aun á vista de la poderosa Armada del Almirante Schiovél, el qual, por no quedarle diligencia que hacer, viendo en tantas partes frustradas sus esperanzas, pasó á la Costa de la Provenza, y Lenguadoc, donde yá havian tomado las armas los Sediciosos Hugonotes, alentados con el dinero de Inglaterra. Concibióse esta conjura en las Sebennas entre los Calvinistas, que á pesar de la severidad del Rey Christianisimo, estaban ocultos, y otros havian venido á la desilada de Inglaterra, y Olanda. Creció el numero, y llegaron las hostilidades hasta Montpellér, donde no les faltaban secretos parciales. Ocuparon el Puente de Lunél, y le fue preciso al Duque de Rocloire, Governador de Lenguadoc, juntar Tropas, que no hacian gran progreso, porque los Sediciosos llegaban á seis mil, y despues que corrian la Campaña, saqueando, y quemando los Lugares, y executando las mas exquisitas crueldades con los Catholicos, se retiraban á los montes. Hacian una guerra desordenada, porque vivia cada uno á su arbitrio, sin obediencia. Mandó el Rey al Conde de Montrevel juntase mas Tropas, y acometiese á los Sediciosos: estos, aunque inexpertos, tenian la ventaja de ser gente endurecida al trabajo, y rustica: por eso, con entero conocimiento de aquellas Selvas, hacian mas dificil á los veteranos la guerra, que parecia mas ir á caza de fieras, que combatir con hombres. Los Rebeldes, advertidos de su daño, y que era monstruo un cuerpo sin cabeza, tomaron por fuerza al Conde Rolando, y le dieron el mando de sus Tropas, que yá mas bien ordenadas, hacian frente á las del Rey, las quales, ignorando este modo de hacer la guerra entre bosques, y peñascos, sin poder formarse, hicieron venir del Rosellón á los que llaman Caravineros de Campaña, hombres acostumbrados

dos á vivir siempre en ella, y que entienden aquel modo de pelear, guarecidos de un tronco, ó de un risco. Nada se les escondia á los Sublevados, porque tenian por todas partes ocultos Amigos, á los quales unía el interés de su Religion, y asi trataron de fortificar los Montes, cegando las veredas, y caminos, y separandolos con hondones por donde era mas angosta la senda: entretexian entre sus proprias ramas troncos, sobre los quales desgajaban las mas vecinas peñas, y así formaban como una Trinchera, que hacia insuperable la eminencia de los Montes. A pesar de estas diligencias, las Tropas del Rey los atacaron, pero en sitio tan resvaladizo, y en cuesta tan empinada, que no podian fixar el pie los Granaderos, por eso duró tanto el primer combate, porque convirtiendo la desesperacion en valor los Calvinistas, hacian valiente defensa: ni los desamparaban sus mugeres, é hijas: éstas les cargaban los arcabuces, y daban municiones, les ataban las heridas, y exortaban á aplicar todo el esfuerzo: tambien ellas desprendian grandes peñascos por los derrumbaderos, y se propasaba al sexo la intrepidez: murieron algunas: asi se inflamaron mas los animos, y se hizo mas crespa, y viva la accion.

Desengañadas las Tropas del Rey de poder vencer la cumbre, se olojaron en los Valles, tomando los pasos, como bloqueando al Enemigo. Este, aunque por ásperos collados, tenia comunicacion con las Sevennas, y de Oranges, y Merendól les venian socorros, pero pocos, y tardos, por lo remoto del parage, la falta de bagages, y lo arduo de los caminos. No podian subsistir, sin baxar al Valle, y asi fue preciso separarse en Partidas. Ocuparon á Merendól, Lugar del Condado de Aviñon, puesto en una eminencia, que domina los Campos de la Provenza; mas yá por todas partes havia Tropas del Rey, que embarazaban las correrías. Con esto entraron en conocimiento los Ingleses, que era poca diversion la de aquella Guerra, y que no havia que fiar en ella, porque haviendo publicado el Rey un Indulto general, con condicion, que saliese de sus Reynos el que no queria ser Catholico Romano, desertaron muchos, y pidieron sus Pasaportes para Olanda. El Vice-Almirante Halemound, Olandés, instó se retirase á sus Puertos la Armada; y aun-

que lo resistia Schiovél, estuvo precisado á hacerlo. A los doce de Septiembre se reconoció solemnemente en Viena por Rey de España al Archiduque Carlos de Austria por la Corte, y los Ministros Estrangeros, menos el de Suecia, y el Nuncio del Pontifice. Expusieron con esto los Coligados un Idolo á los Españoles, no olvidados de los Austriacos, y les ofrecian un Protector, abriendo, como feria, á la ambicion: explicaban mas el teson de su empeño, y daban que temer á los indiferentes, para que se determinasen. Cedieron los derechos á la España el Emperador, y su Primogenito Joseph, Rey de Romanos: diósele al nuevo Rey por Ayo al Principe Antonio de Leichtestein, hombre severo, y fuerte, de tardo ingenio, y de no muy viva comprehension: por Consejero se le dió al Conde de Pareti, y luego partió la nueva Corte para Limbourgh, de donde pasó á Olanda, y fue recibido con demonstraciones proporcionadas á la Magestad: era interés de ellos exaltarla, para que todos se persuadiesen á que havia de ser Rey de España: diósele una Esquadra para pasar á Inglaterra: hizose á la vela, pero una horrenda borrasca la reduxo al Puerto. Partió otra vez el dia 6. de Diciembre con la misma desgracia, porque otra tempestad mas furiosa, y permanente separó las Naves, y buscó cada una refugio donde lo permitian los vientos: las de mas fuerza bolvieron con el Rey Carlos á Olanda: algunas no pararon hasta Noruega; otras á Francia, é Inglaterra, haviendose sumergido solo una. Como no partió este Principe de Olanda hasta el año venidero, lo referiremos en su lugar.

Expugnado yá Hagembach, sitiaron los Franceses á Landao: fingiendo acometer á las Lineas de Stolfen el Mariscal de Tallard, torció de repente ázia la Plaza, á la qual havia mandado embistiese el Conde de Marsin, pasando por el Puente de Kell el Rhin. Para divertir á los Franceses, fortificaron unas Lineas á Spubarch los Palatinos; pero las forzó luego el Señor de Courthobón, Francés, haciendo prisioneros algunos Alemanes. A los 17. de Octubre se perficionaron las Trincheras, y se batió primero la media Luna, que era fortificacion exterior de la Puerta, que llaman de Francia: dióse el asalto, y despues de bien reñida disputa, se alojaron los Franceses en ella. Supieron por Cartas intercep-

ta-

tadas, que havia llegado á Spira el Principe de Hesecasél con un Exercito, para socorrer la Plaza, al Governador de la qual, Conde de Phrisia, escrivia, alentandole á la defensa. Luego, dexando encargado el Sitio al Theniente General Laubán, partió el Mariscal de Tallard con veinte y ocho Batallones, y cinquenta y quatro Esquadrones, á encontrar al Enemigo; y porque era este superior, despachó orden al Señor de Pracontál, que estaba destacado, que acudiese con la mayor brevedad con toda su Cavallería: executólo tan puntualmente, marchando á rienda suelta, que llegó á tiempo, que yá estaba Tallard formando su Exercito para la Batalla, quando vió venir al Enemigo, que dió tiempo á que le aguardasen en buen parage, y yá juntos los Franceses, por no haver salido los Alemanes de Spira hasta celebrar el dia del nombre del Emperador, que era el de San Leopoldo, con gran ímpetu, y valor de una, y otra parte se empezó la Batalla. Pracontál acometió á la Cavallería Olandesa, y despues de bien sangriento contraste la puso en huída; pero con felicidad tan desgraciada, que penetrado de dos balas de fusil, cayó muerto. Los Alemanes pelearon mas á pie firme, y se admiró la destreza, y valor, con que combatió en el centro el Regimiento de Hesecasél, que hacia frente. Los Franceses, alentados con los principios del vencimiento, cargaron, sin dexar Cuerpo de reserva, con todas sus fuerzas, contra la Infantería Enemiga, en la qual gloriosamente, alentando á los suyos, murieron dos Principes de la Casa de Nasau, y de Hesecasél. Havia estendido su Linea el Alemán, haciendola en los extremos corba, para herir por el flanco la Cavallería Francesa, porque por su derecha no la tenia, haviendo sido deshechos los Olandeses. La Accion se enardecia cada instante mas, y quedaba indecisa; pero haviendo buelto de perseguir á los que huyeron gran parte de la Cavallería Francesa, esta cargó sobre la siniestra de los Enemigos; y aunque mudó figura á la orden de sus Tropas el Alemán, como no estaba cubierto de Cavallería, pudo la de los Franceses penetrar sus Lineas, y turbarlas. Asi ganaron estos facilmente la Batalla: retiróse vencido el Principe de Hesecasél: dexó en el Campo tres mil prisioneros, y quatro mil muertos. Tantos costó á los Franceses la victoria,

y se contaron entre ellos los Generales Lavardin, y Calvén.

Esta es la funcion de Spira, que produxo la precisa rendicion de Landao, con las mismas Capitulaciones, que havian dado, vencedores, baxo esta Plaza, los Alemanes. Luego ocuparon los Franceses á Hamburgo, y Spira: el Duque de Baviera á Ratisbona; y para mayor seguridad, quitó las armas á los Ciudadanos, y Plebe. Juntaronsele mas Tropas al Mariscal de Villars, y plantó el Campo en Donavert, donde era mas facil echar al Danubio un Puente, porque era la intencion de los Bávaros, y Franceses acometer al Conde de Stirúm, aunque estaba bien atrincherado. Puestos de acuerdo el Duque de Baviera, y el Mariscal de Villars, dieron orden al Theniente General Usón, que acometiese por la frente, mientras ellos con algun gyro llegaban por los lados, para que á un mismo tiempo se pudiese forzar todo el atrincheramiento de los Alemanes. Mas presuroso Usón de lo que era menester, acometió solo; porque no haviendo aún llegado el Duque, y el Mariscal, el Conde Stirúm repulsó á Usón, salió de su Trinchera, y le hizo retirar hasta el vecino Bosque. Ni aun vencidos, dexaron enteramente la Batalla los Franceses, ni bolvieron jamás la espalda. Para acabarlos de deshacer, sacó Stirum toda su Gente de las Lineas, y quando en los ultimos Batallones, peleando gloriosamente, se estaba, con el favor de la Selva, defendiendo Usón, asaltaron por las espaldas el Bávaro, y por un lado Villars á los Alemanes: cobró con esto brios Usón, estrechó su Linea, y avigoró por la frente la Batalla: buelven á ella los primeros Franceses, que se havian separado en el Bosque: formó Stirúm un triangulo; pero mal protegido de su Cavallería, (porque yá la havia puesto en fuga Villars) era casi imposible defenderse, aunque havia formado una bien apretada Linea de bayonetas, contra el ímpetu de la Cavallería Francesa, que padecia tanto, que obligó á Villars á echarle muchos Batallones de Infantería con las mismas armas. Hizo glorioso la desgracia á Stirúm, porque ceñido por todas partes de superior numero, governó aquella Accion con tanta intrepidéz, y presencia de animo, que formando de sus Tropas un angulo contra las de Usón, y una corta Linea contra Baviera, solo para defenderse, acometió á Usón con tal ímpe-

petu, que pasando por medio de sus Tropas, se metió en el Bosque, donde, aunque le siguieron los vencedores, no fue tanto el estrago, como huviera sido fuera de él; pero le hizo mas grande la desercion de los Alemanes con las sombras de la Selva, y de la noche: perdieron en esta Accion diez mil hombres, todo el bagage, y preparativos militares: las reliquias del Exercito se retiraron á Northlinguen: murieron tres mil Franceses, y mil Bávaros, y huvo gran numero de Oficiales heridos.

Viendo esta diminucion de Tropas el Principe de Badén se retiró á Ausburgh, hasta que fortificó con gran cuidado unas Lineas en Augusta. Atacólas Villars dos veces, y fue rechazado: la tercera lo hizo con mayor esfuerzo, pero con la misma infelicidad, porque le repulsó Luis de Badén, con gran pérdida de Franceses: (tanto les costó el desengaño) asi desistieron del intento: mostró su valor, y su conducta el Principe, y Villars padeció la censura, de que fiado en las pasadas victorias, emprehendiese un imposible. Los Alemanes, para vengarse del Duque de Baviera, ocupan á Rothemberga, Cabeza del Alto Palatinado. Exceden á la ponderacion los incendios, y estragos, que en esta Provincia se executaron. Quiso el Duque atacar otra vez con Villars los Estados Hereditarios de los Austriacos: rehusolo éste, si no se le daba orden especial de la Corte: creció la discordia, hasta obligar al Rey de Francia á retirar á Villars, y embiar en su lugar al Conde de Marsin, no bien visto de los Soldados, porque les daba menos libertad, y porque havia en el Exercito dexado Villars muchos Parciales, y grande opinion de su valor. El Duque de Baviera, con los Franceses, no sin algun trabajo, ganó á Kemptón, y obligó al Conde de Heister, que levantáse el Sitio de Kusteim: con esto bolvia el Tiról á estár sujeto á las hostilidades, que las padeció increibles: asi corria el Danubio el Bávaro; y aunque la rabia, y tesón con que hacia la guerra, parece no permitia á los Alemanes dár Quarteles de Invierno á las Tropas, el Señor de Goor, General de los Olandeses, no quiso estár mas en Campaña, y obligó al Principe de Badén á retirarse. Con esta oportunidad tomó el Bávaro á Ausburgh; pero perdió al mismo tiempo á Amberga. Procuró avivar la rebelion de

Un-

Ungria, porque se havia adherido á Ragotzi el Conde Caroli; y aunque los Saxones havian ofrecido al Emperador socorros contra los Sublevados, iban tan mal las cosas del Rey Federico en Polonia, que yá estaba fuera de ella proclamado Rey Stanislao, por las artes, y fuerza del Sueco, que traxo á sí al Marqués de Brandemburg, reconociendole por Rey de Prusia, para que no socorriese á Federico, y aun le ofreció socorros contra los Olandeses, si havia de disputar con las armas la herencia del Rey Guillelmo, que litigaba el Prusiano con el Principe de Nasau, á quien secretamente favorecian los Olandeses, Jueces de la Causa, por estár estos Estados en sus Dominios. Havia el Prusiano ocupado por fuerza parte de aquellos Feudos; y prosiguiera la guerra, si no se huviera imterpuesto el Emperador, por no distraer las Armas de los Olandeses en otro empeño, que el suyo: por esto procuró apartar al Prusiano del Sueco, para que socorriendo aquel al Saxon, se encendiese en Polonia la guerra, y no se estableciese en el Trono Stanislao, grande amigo, y creatura del Rey de Suecia, que tenia aversion natural á la Alemania, y le queria el Emperador entretener en la guerra de Polonia con los Saxones, y Moscovitas.

Menores progresos se esperaban á favor de los Españoles, y Franceses en Italia, haviendo mudado partido el Duque de Saboya, á quien queria unir sus Tropas Guido Starembergh, aunque era obra tan ardua. Haciendo correrías por el Monferrato el Duque de Vandoma, tenia intencion de ocupar á Asta. Pocas Tropas le quedaban al de Saboya, pues no pasaban de ocho mil hombres, y havia de presidiar á Vercelli. Intentó hacer una confederacion con los Esguizaros, pero en vano. Tuvo orden el General Visconti de unirse al Duque: executólo con tanto atrevimiento, como felicidad, ocupando las gargantas de los Montes, porque tenia su Campo no lexos de Asta: cierto es, que se descuidaron Españoles, y Franceses; y aunque despues le atacaron la Retaguardia el Conde de Aguilar, el de las Torres, y el de Sartirana, esto era como una escaramuza, porque yá el Bosque favorecia la marcha, y llegó con muy poca pérdida de gente al Campo del Duque el Alemán: sin dificultad ocuparon á Asta los Franceses. Estas fueron las primeras hostilidades contra los Estados del Piamonte.

Tesé

Tesé puso en contribucion la Saboya: el Conde de Sales, Saboyano, se retiró á Tarantasia con pocas Tropas: con esto se rindió todo el Condado de Morienna. Con arte el Duque de Saboya dexó expuesto á Chamberi, para poner cuidado á los Esguizaros, si acaso el temor los podia traer á su confederacion; pero nada les movió, ni el Proyecto, que se les hizo, de agregar á la Republica la Saboya, reservandose el Duque solo las rentas. Aquellas gentes, acostumbradas á guardar los Montes, que les sirven de Barrera, y Plazas, no quisieron embarazarse en la llanura, ni tomar partido, porque les importaba estár bien con todos, y gozar de su libertad. Los Franceses, contra el dictamen de Vaudemont, tomaron Quarteles de Invierno. Todo lo que baña la Sechia se encargó al Mariscal de Besons: Asta, al Gran Prior Phelipe de Vandoma: Milán al Principe de Vaudemont: la Saboya al Conde de Tesé; y el Duque de Vandoma se retiró á Monferrato. La mayor parte de las Tropas se aquartelaron en Mantua, y confines de San Benito, otras en el Modenés; y pareciendo despues no eran precisas en Asta las Tropas de Besons, se juntaron á Tesé. Asi se dividió con tantas distancias el Exército de los Franceses: á nadie le quedó poder para una accion repentina, que acaecer podia. El Duque de Saboya se mantuvo en Campaña, y sacó las Guarniciones de las Plazas: acampóse en Alva, para estár mas prompto á encontrar á Staremberg, que havia determinado desde la Sechia entrar por el Monferrato al Piamonte, como no haciendo caso de los Franceses. Era el mes de Diciembre; y en una noche, la mas cruel, y tempestuosa, con exacto silencio, pasó el Rio con doce mil hombres junto á Concordia: apresurando la marcha, vadeó el Crostolo, y otros Riachuelos, que aunque de obscuro nombre, los havian las continuas lluvias engrosado.

Estaban aquartelados en lo estrecho de los Montes los Franceses, sin Centinelas, ni Guardias, entregados al juego, al ocio, y á la gula. No havia Piquetes, ni en la Cavallería disposicion para una prompta ocurrencia; y quando advirtieron, que havian vencido la Montaña los Enemigos, tomaron las armas, alcanzaron la Retaguardia, y acometieron con muy poco fruto, porque sobre ser áspero, é incapáz de bata-

lla

lla el Sitio, havia Guido Starembergh interpuerto entre la Infantería algunos Cavallos, que embarazaban la prontitud de las armas, y él mismo governaba el ultimo Esquadrón: asi llegó á Stradella, donde luego fortificado, no le podian desalojar mas los Franceses. Esta marcha fue para los Alemanes de tanta gloria, como para sus Enemigos de vergüenza. Es tan apretada de montes, y angosta la senda, que hay de Alexandría á Pavía, que la podian defender pocas Tropas, bien dispuestas, y vigilantes; y porque no perficionó su obra Starembergh en este año, lo diremos en su lugar, siguiendo el méthodo, que hemos prefinido para la claridad de los hechos, y bolverémos á referir quanta censura tuvo en esto el Duque de Vandoma, pues si embarazára, como podia, la union de Piamonteses, y Alemanes, huviera, sin duda, echado de sus Dominios al Duque de Saboya, á quien tantos Montes, Lagos, y Rios separaban de Starembergh.

Fatál este Siglo para la Cathaluña, lo predecía con portentos el Cielo. En un dia sereno de el mes de Septiembre se vió de repente sobre Barcelona un Globo de fuego, cuyo centro tenia color de sangre, ceñido de una nube poco clara, y ésta de otro gyro tenebroso, y denso, que causaba horror. Asi permaneció, por espacio de una hora, el fatál metheoro adverso á el Sol. Lentamente, despues, se estendió la negra nube por toda la Region, como obruyendola: el centro, en que ardia la llama, procuró consumir la mas proxima materia con demonstrable voracidad. Luego se oyeron ruidos, y estruendos formidables, que no eran como de truenos, sino como tiros de cañon, y fusilería, alternados, á modo de los que se oyen en una Batalla; porque si algun rato cesaba el ruido, despues crecia: yá se oían como tambores, yá como armas disparadas, combatiendo entre sí las nubes: ni por una hora se aquietó el Cielo, y aunque no se vió fuego como rayo, se veían centellas, y oían unos chasquidos, como si se echasen hojas de laurél sobre las brasas, hasta que consumida la materia, y desvanecido el fuego, se estendió la nube, menos densa, por toda la Cathaluña. Permaneció por mas de dos horas esta sombra, que desapareció, elevandose el vapor á la suprema Region del Ayre, con lo qual quedó la nublado el dia, y quitó el horror de esta sombra la de la noche.

Este

Este presagio dió la naturaleza; y aunque todos son vulgares Phenomenos, amenaza Dios con ellos, pues no mudando ley á las cosas naturales, les dió tal orden, y con disposiciones de tales tiempos, que sirva al presente lo que yá estubo arreglado desde el principio. Asi habla Dios en la Naturaleza, para que le oygamos los mortales. Esto dió asumpto á varias interpretaciones, segun lo vario de los afectos. El Vulgo mas facilmente, por su ignorancia supersticioso, lo tuvo á fatal aguero. Dixose en Madrid, que no solo significaba la guerra de Cathaluña, pero aún la del Palacio Real, donde en discordia civil no habia dos de un mismo dictamen, queriendo cada uno adelantar su autoridad, con abatir la agena; y lo que era mas maravilloso, vér al Abad de Etré conjurado con la Princesa Ursini, contra su Tio el Cardenal de Etré, para succederle en el empleo; pero el mismo caracter le mantenia, y aplicó sus artes para apartar del Govierno al Cardenal Portocarrero, y á Don Manuel Arias, al qual yá le havia hecho quitar la Presidencia de Castilla: esto lo consiguió con facilidad, porque vino en ello la Princesa Ursini, para darla á él Conde de Montellano, y su Presidencia de Ordenes al Duque de Veraguas, que se habia, con humildes, y casi indecentes obsequios, introducido en su gracia: esta solicitaban casi todos, siendo la ambicion del Hombre como el Cocodrilo, que mientras vive, crece.

# AÑO DE M.DCCIV.

NO lo cruél de la estacion rigurosa del Invierno retardaba los pasos del Conde de Starembergh para el Piamonte: fingiendo por las altas Riberas del Mincio, que iba al Tiról, pasó el Crostolo, y otros Rios de menor nombre, y en fin, á Stradella; y advertido del ageno error, embarazaba las sendas, que dexaba atrás, yá cortandolas, yá cargando en ellas troncos, y peñascos: siguieron la Retaguardia los Franceses, y en el mismo Monte se travó una sangrienta disputa, en la que Guido Starembergh, peleando con el consejo, y con la mano, defendia la rustica Trinchera de los

troncos, poniendose sobre ellos con intrepidéz heroica; y aunque los Franceses aplicaban, donde podian, fuego, lo grueso, y verde de la materia, frescamente cortada, no favorecia su intento: asi tuvieron tiempo de cumplir sus marchas los Enemigos, á los quales embarazó el camino mas breve el Torrente Orbia, que con advenedizas aguas se habia hinchado, y por esto les fue preciso pasarle cerca de Alexandria, donde, dilatado en la llanura, abre vado: pasó todo el Exercito, y fortificó la Ribera Starembergh, quanto permitia la prisa: dexó en ella, para guardarla, y disputar el paso á los Franceses, al Conde Solario con mil Infantes, y quinientos Cavallos, y lo egecutó con tal brio, que aunque murió en la Accion, entretuvo tanto á los Enemigos en ella, que tuvieron los suyos tiempo de vencer el Monte, por donde llegaron libres á Stradella, cuyas aguas pasó por el camino mas breve á Piamonte, fortificando antes á Ostiglia. Esta es la gloriosa marcha de los Alemanes, de immortal honra para Guido Starembergh, como indecorosa á los Franceses, y Españoles. A quien verdaderamente se deba atribuir esta culpa, está obscuro: cierto es, que dió convenientes ordenes el Duque de Vandoma; pero ni estas fueron exactamente executadas, ni podrian serlo, porque con tanta distraccion de Tropas estaba al cuidado de pocos tan gran negocio: no hay duda, que la confianza perdió á los Franceses, cuya arrogancia tiene por costumbre despreciarlo todo.

No tuvo el Duque de Saboya mas felíz dia, porque se hallaba sin Tropas, y habiendo fortificado á Verrua, Vercelli, y Villanueva, no le quedaban mas que diez mil hombres, aun habiendose añadido los que, con pésimo exemplo, estando sobre su palabra prisioneros, huyeron: algunos cogió en el Puerto de Genova el Duque de Tursis, y los puso en sus Galeras; pero habiendose quexado la Republica, los mandó el Rey Christianísimo restituir. Aún estaban los Franceses divididos: en Saboya estaba Tesé, y en Asta el Gran Prior de Vandoma. El Duque de Saboya entró á hacer hostilidades en los Valles del Dephinado: no hizo tanto mal como queria, porque los propios Paysanos, en numero superior al Destacamento de Piamenteses, defendian sus confines. Carlos de Lorena intentó, con poca felicidad, echar los

Fran-

Franceses de los terminos de Asta : huvo algunas escaramuzas: todo se reduxo á guerra de Cavallería, sin empeñar las Tropas. Quedó el General Uvaubón, Alemán, para inquietar á los Franceces: acometióle el Marqués de Estrada, y le ahuyentó tanto, que dexando los Alemanes á Concordia, pasaron á Mirandula, no sin pérdida de los que cerraban la Retaguardia. No quiso dár Quarteles de Invierno á sus Tropas el Duque de Saboya, porque havia concebido algunas esperanzas, que le abririan camino á la Francia los movimientos de los Calvinistas; pero yá estos estaban sin fuerzas: havian muerto á muchos, en un Congreso de su Religion, el Coronél Grandual, felízmente sorprendidos, y el Mariscal de Villars, embiado á este efecto de París, havia persuadido á no pocos el retiro á sus casas, con un Perdon general, que el Rey mandó publicar, que tuvo el efecto, que se deseaba; pero siempre los mas obstinados se retiraron á las Selvas, obligando á ser su Gefe al Conde Rolando; y como era el mando servidumbre, le exercia con poca aplicacion: ni se les continuaban los socorros, que havian ofrecido los Ingleses, y Olandeses, ocupados en mas altas idéas, y en prevenir una formidable Armada contra España, cuyos Reynos llenaban de sugestiones, y emisarios los Austriacos, y no les faltaba en la Corte parciales, y en el mismo Real Palacio: tanto havia contaminado el error de que puede el Vasallo juzgar de los derechos del Principe, despues de haverle prestado juramento. El Conde de Montellano tenia en Govierno la presidencia de Castilla, y la mayor autoridad en el Palacio: havianle creado Duque, y Grande de segunda clase; y aunque era mas ingenuo, y sevéro, que lo que han menester á veces los Palacios, como tenia el Rey tanto amor á la Justicia, le eran gratos sus dictamenes: hizole del Consejo de su Gavinete, donde quedó tambien el Conde de Monte-Rey, que havia entrado quando Presidente de Flandes, aunque se suprimió este Consejo por dictamen de los Franceses, para que tuviese en los Países Baxos absoluto imperio el Rey de Francia. Esto lo llevaban mal los Españoles, lo censuraban los Descontentos con perjudiciales reflexiones, y cada dia eran mas en numero, á medida de quanto crecia la autoridad de los Franceses; porque el Cardenal de Etré, mas era Ministro

de España, que Embaxador de Francia: los mas prudentes disimulaban; y aconteció entonces la infelíz Era, de que quantos no obtenian del Rey lo que pretendian, enagenaban el animo del Govierno, y adherian á los Austriacos.

Menos dueño de sí, que otros muchos, Don Fernando Meneses de Silva, Conde de Cifuentes, habia excedido en este error, y esparcía por la Andalucía (en Granada principalmente) proposiciones sediciosas, pintando injustamente horrorosa la imagen del Rey: atribuíale defectos, que le faltaban, para engendrar odio en los Vasallos: exageraba la tyranía de los Franceses, y su ambicion, la clemencia de los Austriacos, lo incontrastable del poder de los Enemigos, y lloraba con fingida compasion la despresion de la España. Era el Conde por su naturaleza elegante, y felíz en exprimir los conceptos; y como lo ilustre de su sangre llámaba á la atencion, y al obsequio, traxo á su dictamen no pocos, engañados de la hermosura de las voces, sin advertir, que eran, no solo sophisticas, pero envenenadas del afecto: no formó conjura, pero dispuso los animos para la ocasion. Lo propio hizo en los Pueblos de la Mancha: lo que premeditaba se ignora, porque no tenia autoridad para una sublevavion, que diese cuidado, y pocos Nobles le oían con aprobacion: era conocido su génio turbulento, inquieto, y amigo de novedades, mas que por ambicion, por vanidad de dilatar el nombre, porque llevaba muy mal no ser del numero de los Grandes, siendo su Familia mas ilustre, que algunos que lo eran. Estos desordenes de su voluntad, y de su proceder llegaron á oídos del Presidente de Castilla, y se embió á Don Luis Curiél, que era del Consejo Real, á formar el proceso, y averiguar estos delitos con el mayor secreto, porque el Conde, aunque habia buelto á Madrid, no estaba descuidado. Don Luis, cuya integridad, prudencia, y entendimiento se llevó la confianza del Presidente, satisfizo con perfeccion á ella; y cumpliendo exactamente con su encargo, probó las culpas del Conde, que bien examinadas, mandó Montellano prenderle. Diose esta comision á Don Miguél Pastór, hombre valeroso, y resuelto, con orden, que despues le entregase á una quadrilla de Alguaciles, que con Don Andrés Pinto de Lara, Alcalde de Corte, esperarian á

lo

lo lexos. Asi lo executó Pastór, aunque con alguna resistencia del Conde, y le entregó á Don Andrés Pinto para que le llevase á la Carcel de Corte. Este, ó por aficion al Conde, ó por malicia, reusó llevarle, con pretexto de que no sucediese algun ruido en el Pueblo, y consultó al Presidente lo que habia de executar: depositóle en una pieza baxa del portal mas inmediato, guardado de Alguaciles, que apartados por el Conde, con motivo, que fingió preciso, porque yá les parecia que estaba seguro, mayormente no haviendo otra puerta, tuvo tiempo el Conde para arrancar un hierro de una rexa, que daba á otra calle, y escapandose por ella, los dexó burlados á todos. No lo advirtieron sus Guardas, hasta que llegó la orden del Duque de Montellano para que le llevasen á la Carcel, á donde irian treinta Cavallos á recibirle, y llevarle á la de Segovia. Aun queda la duda de si hubo en Don Andrés Pinto malicia, ó inadvertencia: sin examinar bien su infidelidad, ó su descuido, usó el Rey de una benignidad, que le fue despues perjudicial, porque solo le quitó el empléo. El Conde anduvo errante por la España, no sin Protectores de la primera esfera. En el Reyno de Aragón, y Valencia halló mas facil refugio, porque encontró menor amor al Rey: despues se pasó al Partido Enemigo, y reconoció por Rey al Archiduque Carlos.

No dexó de dar aprehension á la Corte vér, que contaminaba el desafecto á la principal Nobleza, y se excitó mas el rigor, con menos felicidad, que se esperaba, porque no estaban los Ministros de acuerdo, y la discordia de los animos embarazaba muchas veces la justicia. Tambien creció la desunion en el Palacio, tanto, que por arte de la Princesa Ursini fue llamado á París el Cardenal de Etré: su sobrino el Abad, unido con la Princesa, ayudó á echarle, para quedarse con el empléo de Embaxador: (no guarda la ambicion fueros á su propria sangre) luego se hizo adverso á la Princesa, porque no ignoraba, que el Cardenal su Tio en París instaba con el Rey de Francia, que la sacasen de España: esto era dificil, gozando del favor de la Reyna; pero lo supo el Cardenal disponer de tal forma, que el Rey Christianísimo se resolvió á mandar á la Princesa, que saliese, usando del dominio, que tenia en su Vasalla. Replicò en vano la Reyna, é hi-

hizo tantas demostraciones de sentimiento, que excedian la proporcion de su altísimo grado. Las razones, que movieron á Ludovico XIV. para esta gran resolucion, no son todas publicas: al Rey Catholico no le dió otras, sino que convenia asi á la quietud de ambas Monarquías: cierto es, que el Cardenal de Etré dió á su Amo relevantes motivos; y no era el menor, haverle asegurado ser adversa á los Franceses la Princesa, por ambicion del mando, y que para tenerle absoluto, procuraba la desunion de los dos Reynos, ó por lo menos, que no tuviesen parte en el Govierno los Franceses. Esto ayudó á persuadir con varias cartas el Abad de Etré, que interceptadas por disposicion de la Princesa, le pusieron en desgracia del Rey Catholico, y pidió que le quitasen. Asi lo executó el Christianísimo, y en poco tiempo, impelidos unos de otros, salieron de España el Cardenal, el Abad, y la Princesa.

A 4. de Enero bolvió la tercera vez Carlos de Austria á embarcarse, y con favorable viento llegó á Inglaterra, y fué allí reconocido, y tratado como Rey, sirviendo los Aliados á su propria vanidad. Despues de ocho dias partió con una grande Armada, que mandaba el General Rooch: levantóse otra borrasca, y se dividieron las Naves por el rumbo, que permitia lo furioso de los vientos: perdieronse algunas, bolvió á Inglaterra, y despues de reparado de un fuerte maréo, que havia padecido, bolvió, y emprehendió otra vez su viage. A 6. de Marzo llegó á Lisboa, no sin algun infortunio, porque al tomar el Puerto, se sumergieron dos Naves, sin que se salvase un hombre: halló de luto la Corte por la muerte de la Infanta Theresa, hija del Rey, con lo qual se quitaron las esperanzas del ideado casamiento. Desembarcaron ocho mil Ingleses, buenas Tropas, y lucidas. El nuevo Rey fué reconocido como tal, y fué luego á besarle la mano el Almirante de Castilla: dixose, que se puso pálido, turbado, y sin acertar á hablar: presentóle unos prisioneros Vizcaínos, para que recibiese aquel obsequio de los que le ofrecia como Vasallos: el miedo obligó á aquellos á besarle la mano; pero un niño de diez años, que habia entre ellos, lo rehusó diciendo, que aquel no era el Rey, y que no besaba la mano, aunque le matasen, mas que al que estaba en Madrid,

drid, que era su legitimo Soberano. Esto dispuso la Providencia para arguir al Almirante, buscando un chico instrumento para confundir á los hombres, que se tenian por grandes. A pocos dias se hizo Consejo de Estado, y Guerra, y concurrieron los dos Reyes, los Gefes de las Armas, el Principe de Armestad, y Leictesthein, el Almirante, y Diego de Mendoza, Secretario del Despacho Universal: reconocieron inferiores sus fuerzas á las del Rey Phelipe, y asi se determinó estár sobre la defensiva, y guarnecer las Fronteras.

El Exercito de Españoles, y Franceses, mandado por el Duque de Bervic, constaba de diez y ocho mil Infantes, y ocho mil Cavallos, todos veteranos. Salió el Rey á Campaña, seguido de gran numero de Nobles de primera gerarquia. Salvatierra fue la primer empresa: tomó los puestos el Conde de Aguilar: vino el Rey á reconocer la Plaza baxo del tiro del Cañon; pero los ruegos de los suyos le apartaron: tenia de Presidio seiscientos hombres, y era su Gobernador Diego de Fonseca, que llamado á la rendicion antes de abrir Trinchera, viendo no la podia defender, se entregó, con toda la Guarnicion, prisionero de guerra: lo propio hizo Segura. Idaña se defendió con mas brio, y forzó una de sus puertas, rompiendola con hachuelas Don Joseph de Salazar, y en pequeña distancia se formó una sangrienta disputa, que la vencieron con valor los Españoles, entre los quales se distinguió gloriosamente Don Antonio Lopez Gallardo. Rendida la Ciudad, no se retiraron al Castillo seis Compañias de Irlandeses, que en ella havia, y quedaron prisioneros. Tambien se entregó á los Españoles Rosmarin.

Mientras el Principe de Esterclaes debastaba la Provincia de Alentejo, pasó el Marqués de Villadarias el Rio Anna, y de esta forma se puso en contribucion gran parte de Portugal. Determinó el Rey sitiar á Castel-Blanco, y embió á reconocer los puestos al Señor de Thoy, y al de Jofreville, que sin mas diligencia, que dexarse vér, ahuyentaron la Cavallería Portuguesa, que estaba en los confines de la Ciudad. Abrieronse las Trincheras, despreciando una horrible lluvia de aquellos dias. El Rei las visitó muchas veces, y algunas, despreciando la pompa, y magnificencia, comió en pie, y le sirvió un Timbál de mesa mas pomposa, que la mas explendida,

dida, y adornada: pudo ser vanidad el desprecio de sí mismo, pero siempre es exemplo, que no deben olvidar los Principes, y que deben tomar como reprehension los Cabos Militares, que tanto tiempo, y superfluidades gastan, componiendo sus mesas en la Campaña. Mandaba Thoy el Sitio: abrió brecha junto á una puerta, y entró por ella: hicieronle camino los Granaderos, y hasta la Plaza de la Ciudad no huvo resistencia. Allí hallaron formadas tres Compañias con un Coronél Olandés: defendieron con valor el Sitio; pero cediendo al mayor numero, se retiraron al Castillo: pasó á él la guerra mas sangrienta que hasta entonces, y al fin se rindieron á discrecion. Pasaron las Tropas Españolas á buscar á los Generales Fagél, y Adlón á un vecino bosque, donde se havian juntado con los Portugeses los Auxiliares: á la entrada de la Selva habian levantado un atrincheramiento de troncos, y peñas los Portugeses, donde pusieron seis mil hombres. Separaronse Fagél, y Aldón, dividiendo las restantes Tropas, para defender el bosque por todas partes. El Coronél Puisegúr, Francés, acometió al primero, y le ahuyentó, sin jugar armas: el Señor de Thoy marchó contra el segundo: duró poco la accion, pero fue sangrienta, y yá vencidos los Ingleses, rindieron las armas, y huyó Aldón. Havia entrado por otro lado de la Selva el Duque de Bervich con el resto del Exercito; y no pudiendo resistir los Enemigos, dexaron la Provincia al arbitrio del Vencedor: saqueóla con tyranía, y usó las mayores hostilidades Don Bonifacio Manrique. El Cuerpo de los Franceses se aloxó á la opuesta Ribera de el Tajo, y construido un Puente de Barcas, plantó el Rey sus Reales en Nisa: asi quedaba tributaria toda la Provincia de Alentejo, menos Puerto-Alegre, Ciudad bien fortificada, y guarnecida. Formóse el Sitio, y se puso una batería en un Montichuelo, que dominaba la Ciudad, para batir el principal baluarte de ella: á pocos dias cayó la media luna de la derecha: desampararonla los Presidiarios; pero hicieron mas adentro un atrincheramiento, y una estacada, que la forzó, y deshizo con valor el Principe de Esterclaes. Clama el Pueblo, é implora la clemencia del Rey, por medio del Obispo del Lugar: consiguela, y se mandó no hacer hostilidad contra los Paysanos, que yá rendidos, prestaron la obediencia,

y

y se hicieron mil y quinientos Soldados prisioneros. El Marqués de Villadarias sorprendió á San Alexo.

Estos arrebatados progresos pusieron en aprehension á la Corte de Lisboa, y mandaron, que se juntasen las Tropas del General Fagél con las del Marqués de las Minas, Governador de Almeyda, y que cubriesen á Monte-Santo: asi lo executaron, y se dexaron vér otra vez en la Campaña, formados en batalla, queriendola dár al Señor de Jofreville, cuyo Cuerpo era el mas vecino: éste tuvo á menos valer rehusarla, aunque inferior en fuerzas, y con imprudente consejo formó su Gente, poniendo en la primera Linea quatro Esquadrones de Cavallería Francesa: en el centro la Infantería Española, mandada por Don Francisco Ronquillo, dexando parte de ella para la Retaguardia con algunos Cavallos por los lados. El primer acometimiento fue del General Fagél contra la frente de la Cavallería Francesa, que á los primeros encuentros derrotó: al vér esto, sin pelear, se entregó á la fuga la Infantería Española: no paró hasta Salvatierra, con tal desorden, que caían unos sobre otros. Buelve á recobrarse Jofreville, y á ordenar los pocos que le quedaban: atacóle el Marqués de las Minas, y le deshizo: mayor huviera sido la victoria de los Portugueses, si huvieran seguido á los que huían. Para reparar lo indecoroso de este hecho, embió el Rey al Duque de Bervich con buenas Tropas: otras llevaba el Conde de Aguilár, con orden de buscar al Enemigo, que yá se havia retirado á la Selva de Penamacór, sin querer tentar otra vez la fortuna, bastandoles guardar la Provincia, porque despues, sino con muchas Tropas, no marchaban por ella los Españoles.

Desamparados los terminos de Castilla, los ocuparon los Portugueses, que presidiaban á Castel-David, y Marván: asi tenian el Exercito del Rey sin comunicacion con su País, de que nació carecer de las necesarias asistencias, y provisiones, de genero, que faltaba el pan. Embióse por esto al Ingeniero Elizagar para reconocer la Plaza de Castel-David; pero le pusieron en fuga los Enemigos, hasta que el Marqués de Aytona con mas Tropas le aseguró, y mandó abrir la Trinchera: plantóse una batería de nueve Cañones, mal situados, sobre ser pocos: no hacian efecto alguno, hasta que

mostró la experiencia el error. En una pequeña altura se pusieron doce Cañones, mas de Campaña, que de batir, y aunque se dirigian bien, eran de chico calibre para hacer brecha: con mas felicidad disparaba la Plaza, y arruinaba las Trincheras. Dexaron los Españoles de disparar, hasta que por orden del Marqués de Villadarias se dispusiesen mejor las baterías, que yá con mas arte plantadas, hacian la debida impresion en los Muros. Clamaban los sitiados, pero resistian los Ingleses, que estaban de presidio, hasta que el miedo de los Paysanos paró en tumulto, y en disension: el Presidio convirtió contra ellos las armas: refirieronlo los Desertores á Villadarias; y aunque no estaba perfecta la brecha, mandó dár el asalto, por no perder aquella oportunidad. Correspondió al atrevimiento la fortuna; porque ayudados de la gente de adentro los Sitiadores, aun repugnandolo los Soldados, montaron la brecha, y ganaron la Ciudad. Retiraronse al Castillo los Ingleses: apretaron sin dilacion los Españoles, y se rindieron: dióseles libertad para bolver á su Patria, con la condicion de no tomar armas en un año. El Marqués de Lede tomó á Marbán, y asi quedó abastecido de Viveres el Exercito. Era yá ardiente la estacion, y mal sanos aquellos Campos, por sus Estanques, y pequeños Rios; y asi, se retiró el Rey á Madrid el primer dia de Junio, y las Tropas á Quarteles de Verano, porque en estos parages no se puede proseguir la Campaña hasta el Otoño. Asi, inutilmente, sin haver tomado Plaza alguna importante, se gastó tanto dinero, y perdió no poca gente, y lo que es mas, la oportunidad de alguna gran empresa, estando casi sin Tropas los Portugueses.

Mas cruél era la Guerra en Alemania. Havia tomado á Pasavia el Duque de Baviera: (se dixo, que con alguna inteligencia) era su Governador el Señor de Groenfelt, y el Cardenal de Lambergh, Arzobispo; y estos discordes, atribuíanse recíprocamente la pérdida de la Plaza, que abria el camino á las Austrias, porque solo estaba enmedio Lintz, Fortaleza de poco momento. La Austria Inferior estaba inquietada de los Rebeldes, y algo la Stiria: havian los frios elado al Danubio, y se podia pasar por muchas partes de él á pié enjuto: de esto nació un justo temor en Viena; y si no les huviese faltado á los Rebeldes forma de tener provisiones,

nes, huvieran saqueado la Provincia; porque el Principe Ragotzi havia ocupado á Scuthea, Isla del Danubio, y por ambas orillas corria libremente, debastando los confines. El Conde de Marsin desde Ulma amenazaba la Franconia. (fuerte diversion, para que por todas partes ceñida el Austria, temiese su ruina) Se dudó en Viena, si havia de salir de ella el Emperador; y se resolvió exponerse al riesgo, por no consternar los Confederados, siendo el dexar la Corte la mas ruidosa operacion, solo dispensada á la ultima necesidad.

Con el pretexto de ajustar las contribuciones, bolvió el Cardenal Lambergh á hablar con el Duque de Baviera, á quien propuso, en nombre del Emperador, los mas ventajosos partidos; pero todo fue en vano. La misma infelicidad tuvo el Principe Eugenio con Ragotzi, pertináz en su rebelion, y mas insolente despues que tomó á Edimburgo, y Vesprin, de que padecian no poco peligro Tocay, Casovia, y Comorra, camino llano para Viena, donde se fortificaron los Arrabales, y se presidiaron con mil y quinientos Soldados escogidos. Tambien ocupó el Bávaro á Arzól, por un tumulto de los Soldados: hizose cargo al Governador, y se le cortó la cabeza. Todo su cuidado ponian los Alemanes en guardar las Lineas de Stolfen, y la Selva Negra, porque no penetrasen en la Suevia los Franceses, contra los quales el General Tungen havia levantado como un Muro de troncos, y entretegiendo ramas, cegó las sendas con peñascos, y piedras, y sobre ellas echó gran cantidad de madera cortada, y escabrosamente dispuesta. La material disposicion no era mala, pero faltaba gente, y por esto, ó por creer seguras estas Lineas, no parece aplicó todo el necesario cuidado para guardarlas.

Aprovechado de esta floja disposicion el Bávaro, fingió por el Danubio acometer á Norlinga, ó Nuremberga, para que acudiendo allá los Enemigos, pudiesen los Franceses entrar en la Selva, como lo executaron; pero aún no descubrió el Mariscal de Tallard el designio de juntar sus Tropas con el Bávaro. Los Alemanes se vieron obligados á hacer unas Lineas, desde Maguncia á Francfort, y el Duque de Malburgh pasó con todas las Tropas á Conflans. Tallard, para que no se le penetrase la idéa, embió Tropas al Alto

Palatinado á Donavert, y Vvitemberga, y quando le pareció oportuno, emprehendió su marcha, y porque no se le opusiese la Guarnicion de Friburgh, compuesto como para batalla, pareció delante de sus Muros el Señor de Courtobón: asi pasaron los Franceses seguros el Valle de San Pedre, solo quando importaba menos bien guardado; porque el General Tungen estubiaba cubrir con sus Tropas á Philipsburg, y á la Suevia, y para que no se opusiese á Tallard, acercó el Bávaro las suyas á Donaschinchen.

Los Alemanes se contuvieron en Necharo: por el Danubio se les juntó el Inglés con poderoso Exercito, y sobervio trén: havia, sobre infinitos bagages, dos mil carros, y gran suma de dinero, pocas veces en Alemania vista. Este gran aparato dió cuidado al Mariscál de Tallard, y retrocedió desde la Selva Negra á cubrir á Strasburgh con vano, y errado dictamen; porque yá cuidaba de esta Plaza el Mariscál de Villaroy, y havia introducido gente, y viveres. Asi estuvieron ociosas tantas Tropas Francesas, hasta que asegurando á Suevia, pasó á Vvitemberg el Duque de Malburgh.

Los Olandeses marcharon ázia la Mosa, y previnieron los Alemanes en el Rhin gran numero de Barcos chatos. Tantos Generales concurrieron en el Exercito Coligado, que se originó perniciosa disension: estaban el Principe Eugenio, el de Nasau, el de Hesecasél, y el Duque de Malburgh: las Tropas auxiliares no obedecian mas que á sus Gefes: estos á nadie; con que se perdia el orden militar.

En Viena se dió el expediente de hacer Generalisimo de estas Tropas á Joseph de Austria, Rey de Romanos: comprometieronse en esto, y venian las primeras ordenes de Viena dirigidas al Principe Eugenio: asi creció su autoridad, porque se le dió la de explicar sin despacho la voluntad del Rey: con esto lo mandaba todo; pero nunca á Malburgh, que se declaró no estár subordinado mas que á su Reyna; pero era tanto el empeño de hacer la Guerra, que siempre estuvo de acuerdo con el Principe Eugenio, á quien, si no obedecia, respetaba por su sangre, y por su militar pericia.

Parecióle al Bávaro conveniente, pasando el Danubio, acamparse en Nortlinghen: ocupó los collados de Donavert, fortificó sus alturas, y con mas cuidado la de Scolembergh.

Con-

Contra ésta determinó Malburgh mover las Tropas : asintió Eugenio, y á las primeras sombras de la noche se empezó á marchar. La Vanguardia se componia de doce Esquadrones Ingleses, que formados, hicieron la primera fila con la Infantería Alemana, cuya Cavallería ocupó los lados. La frente era mas estendida que la de los defensores, que se contuvieron en sus Lineas; y en la parte mas expuesta estaban el Conde del Arco, Bávaro, y el General Lico, Francés, con buenas Tropas, y bien asentada la Artillería, cargada á cartucho. Despreciando ésta, al amanecer empezó á subir la cuesta el Inglés, y acometió á las Trincheras : perdió mucha gente en la subida; y yá puesto en lugar igual, aplicó los Gastadores, que protegidos de los Granaderos, para arrancar la empalizada se travó una sangrienta Batalla : fueron al primer asalto rechazados los Ingleses : dieron el segundo con mayor ímpetu: estaban para ser segunda vez repulsados; pero el Principe Luis de Badén acudió con la Infantería Alemana, y Olandesa, y los puso en el centro de la Linea que acometia, y la estendió, empleando todo el Exercito por toda la longitud de las Trincheras enemigas, de genero que las ceñia : con esto peleaban todos, y fue preciso, que los defensores se distraxesen por todo el espacio fortificado, y eran menores en numero de los que asaltaban : con todo suplia el valor, y sustentaban la peléa, hasta que rota una parte de la Linea, por donde estaba el Principe de Badén, entró, aunque herido, en el cerco de los Enemigos : era estrecha la entrada, y perecieron muchos Principes, el de Baraith, Goorth, y Venchein : Quedaron heridos el de Uvitembergh, el de Frisia, y el General Stirúm.

Los Bávaros se formaron en batalla ácia donde quedaba rota la Linea; pero estando ésta cada momento mas arruinada, pudo entrar cómodamente formado el Exercito enemigo por dos partes. Yá no podian resistir los Bávaros: fueron vencidos ; pero con orden retiraron las reliquias del Exercito á Donavert, dexando en el Campo muertos ocho mil hombres, y mil prisioneros. Los vencedores perdieron doce mil, catorce Thenientes Generales, y treinta y quatro Mariscales de Campo, Brigadieres, y Coroneles. Brilló con admiracion el valor de Malburgh : no quedó menos glorioso

el

el Principe de Badén, aunque pelearon sesenta mil, contra veinte. Mas Tropas tenia el Duque de Baviera, que no pudieron pelear. Culparonle, que aguardase encerrado, y no fuera de sus trincheras: daba muchas disculpas, y la mayor era tener menos gente: cierto es, que si Tallard no se apartara inutilmente del Duque, no huvieran los Coligados logrado esta ocasion.

En odio del Elector de Colonia, demolieron á Rimberga los Olandeses: acudió aquel al Cesar, la respuesta no fue de Emperador, sino de Principe Austriaco, que tenia aversion á toda la Casa de Baviera. Todos atentos al Rhin los Franceses, descuidaron de la Flandes. Doce mil Olandeses, fingiendo irse á unir con Malburgh, asaltaron las Lineas de Medorp, y Naseingen: debastaban la Flandes Española, hasta que los echó de ella el Marqués de Bedmar. Perseveró la rabia, y determinaron bombardear á Namúr: pidió Bedmár socorros al Mariscál de Villars, que le embió siete mil hombres con el Marqués Daligre. Estaban los Olandeses yá á la vista de Namúr, y puestos los Morteros, hacian no poco efecto las Bombas, con ninguna utilidad de la Olanda: duró por tres dias la hostilidad: llegó el Marqués de Bedmár, y se apartaron, pasando por la Mosa las Tropas; pero padeció la Retaguardia, porque los Españoles siguieron con el mayor tesón á los Enemigos.

Resuelta yá la Expedicion contra Barcelona en Portugál, partió la Armada sin el Rey Carlos: Mandaba las Armas el Principe Jorge de Armestad. A los 14. de Mayo dió vista á Gibraltar: Combidaba con el fastoso poder á la entrega, y permaneció en su fidelidad la Provincia. Pasó el Estrecho, y puso en cuidado al Conde de Tolosa, Gran Almirante de Francia, que con quarenta Naves estaba en Cadiz observando á los Enemigos, que tenian cinco mil hombres de desembarco. Mandó al Señor de Coetlongon, que de Marsella, y Tolón sacase las Galeras, y Navíos, que pudiese, y pasase á Barcelona, no rehusando la Batalla, si fuese menester. El Conde partió luego de Cadiz, y añadió, al tiempo de pasar, seis Navíos de Guerra, que estaban en Alicante: costeó la España, y no encontró á los Enemigos: dirigió á Mallorca la proa, y sus Navichuelos de Aviso le dieron noti-

cia

cia de que venia la Armada de Rooch bordeando, entre el Africa, y Mallorca, aguardando, al parecer, viento favorable para dexarse caer contra los Franceses. Juntó el Conde de Tolosa Consejo de Guerra, y se determinó en él, retirarse á Tolón, por la inferioridad de las fuerzas.

Libremente los Ingleses dieron vista á Barcelona: esperaba Armestad rendirla con solo su presencia, pero no estaba maduro el negocio, ni bien estrechada la conjura; porque havia el Principe ofrecido, que vendria con veinte mil hombres; y el mismo Carlos Austriaco á desembarcar en aquella Ribera. Eran yá los ultimos dias de Mayo, quando se presentó la Armada; y al Virrey de Cathaluña Don Francisco de Velasco le faltaba un todo para la defensa; y lo que es mas, la fidelidad del País. Avivava la llama de la sedicion el Veguér de la Ciudad con gran cautela, y se tenian las Juntas en casa de un Carnicero: Salieron Emisarios á commover los Pueblos, entonces con poco efecto, aunque corrieron hasta la Plana de Vich, y los confines de Aragon, y Valencia.

Algunos ofrecieron adherir á la Rebelion; pero no empezarla, por no correr riesgo; porque las fuerzas con que Armestad venia, eran menores, que sus promesas, y asi, nadie osó ser autor de tan arriesgada obra. Por la Ribera de Poniente desembarcaron quatro mil Ingleses, con algunos Morteros, pero no Cañones: asi se hacia lenta, y de ninguna esperanza la Guerra, porque toda la fundaban en la deslealtad del País; y éste aguardaba mayores hostilidades, que no pudiese la Plaza resistir. Ayudabase con cartas secretas, y esparcidos papelones Armestad; pero no hacian fuerza, y permaneció traydoramente fiel la Provincia: por lo menos lo parecia; porque todos ofrecieron al Virrey, no escusar peligro, ni gasto á la defensa. El Veguér pidió, se le diese á guardar una puerta, con la siniestra intencion de aprovecharse del éxito, y seguir el mas afortunado. No ignoraba Don Francisco de Velasco esta traycion, pero fingia ignorarla; porque mandaba la necesidad, no explicar difidencia, quando no se podia castigar la osadía. Algunos mas insolentes buscaban ocasion al tumulto: todo era dilacion; y conoció el Almirante Rooch, que aquella Guerra era preciso hacerla con

con las armas, no con papeles, y falibles inteligencias. Desistió de la empresa, é hizo vela, no sin redarguir la ligereza, ó credulidad del Principe de Armestad, á quien agitaban tres furias, el amor, la sobervia, y el odio.

Don Francisco de Velasco, ensobervecido con la victoria, despreció el interno mal, de que la Provincia adolecia, y no haciendo caso de los desleales, dexó tomar cuerpo á la traicion, que pudo (despues de irse la Armada) reprimirla, con el castigo de los autores, los quales cobraron mas brio en la floxedad de Velasco, con la noticia de una conjura, que havia en Cadiz, que ellos la creyeron mayor, pero estaba concebida entre gente muy baxa, y no poderosa; y aunque fue allá el Vice-Almirante Jorge Binghs, para alentarla, porque havian los Conjurados ofrecido abrir, y entregar una puerta, despues que ocupasen el Baluarte de San Sebastian: A la hora de executarlo faltó valor, y gente, porque eran pocos los que á esta ruindad consentian. Los Ingleses, desengañados de que no servian inteligencias, ni promesas, convirtieron contra Gibraltar las Armas, no ignorando quan desprevenida estaba la Plaza, donde solo havia ochenta hombres de presidio, con su Governador Don Diego de Salinas, y guardaban las Riberas treinta Cavallos. Pusose en cordon la Armada, y empezó el bombardéo con quatro Balandras. Consternaronse los Paysanos con la novedad del estrago. Desembarcaron al mismo tiempo quatro mil hombres, que marcharon en derechura á la Ciudad, la qual podia hacer poca defensa sin Artilleros, ni Municiones: la necesidad obligó al Governador á capitular, saliendo libre la Guarnicion, y qualquiera, que no quisiese estár baxo el yugo de otro Dueño. Fixando en la Muralla el Estandarte Imperial, proclamó al Rey Carlos el Principe de Armestad: Resistieronlo los Ingleses, plantaron el suyo, y aclamaron á la Reyna Ana, en cuyo nombre se confirmò la posesion, y se quedó Presidio Inglés. Esta fue la primer piedra, que cayó de la Española Monarquía; chica, pero no de poca consequencia. Quisieron los Ingleses, para dominar el Estrecho, tomar á Ceuta, donde estaba por Governador el Marqués de Gironella, Catalán, hombre de probada fidelidad, y valor: Presentaronse á la Plaza, la que querian rendir con per-

persuasiones, despreciadas con grande honra: era su Obispo Don Vidál Marin, sugeto exemplar, y amantisimo del Rey Catholico, que ofreció quanto poseia para la defensa, y exortaba á ella. Estaba la Plaza con su largo Sitio de treinta años, que la tenia puesto el Rey de Marruecos; y asi, podian estas dos Guerras justamente dar aprehension á otro, que al fuerte corazon del Governador, que atendia á todo: se defendia de los Moros, y se prevenia contra los Ingleses, que desesperanzados de vencer, se hicieron á la vela ácia el Mediterraneo; y como en él tenian algunas Naves, tomaron el rumbo de la Africa, para unirse todos contra el Conde de Tolosa, que no ignoraban havia salido de Tolón con una poderosa Armada, la qual á los 25. de Agosto havia llegado á Malaga, y tenia orden de sacar del Mediterraneo á los Enemigos, dando, ó recibiendo la Batalla, si fuese menester. No la rehusaban los Ingleses, antes buscaban la ocasion.

Por una, y otra parte se despacharon Naves, para descubrir los Mares, y partió el Conde de Tolosa de Malaga con poco viento, que casi era calma. La misma padecian los Contrarios, y á todos los llevaba la corriente, que en el Estrecho es opuesta; porque la que baxa del Occeano al Mediterraneo, vá ácia el Africa; y la que del Mediterraneo al Occeano, ácia la Costa de España: por esto es tan peligroso aquel parage, por las opuestas corrientes: la que guiaba al Africa, conducia á los Ingleses; á los Franceses, la que á España: no sin algun riesgo, porque tenian menos que navegar. Asi estuvieron dos dias, hasta que un poco de viento de una, y otra tierra puso á vista las Armadas. Observaron una nubecita, que precedia al Sol, señal de Levante, y esto alentó á los Ingleses, porque tendrian el barlovento: por esto forcejearon á buscar el origen del viento, para dexarse caer con ímpetu á la Batalla: favorecialos la corriente, y aguardaron con poca vela á que refrescase, mientras los Franceses aún estaban en calma, porque no llegaba hasta ellos el poco Levante, que corria. Refrescó al ponerse el Sol, y tuvo algun trabajo el Conde de Tolosa, para mantenerse en aquellas aguas toda la noche: buscó el Mar abierto, dando las espaldas á la España, porque no pareciese, que huía; pero bordeando se halló sobre las aguas de Malaga, á

tiempo que corria recio el Levante; y haviendo ya amanecido, le avisaron, que la Armada Enemiga venia tendidas las velas, y formada en batalla.

Mandaba el Almirante Rooch ciento y diez y ocho Naves de varia magnitud, y ocho Balandras, que puso á los lados de la primera Linea: enmedio estaba la Real de los Ingleses, teniendo á la derecha al Almirante Alemundo, Olandés. La segunda Linea solamente constaba de quarenta Navíos, y los demás estaban en la primera. Sin dilacion puso en batalla á los suyos el Conde de Tolosa; eran 108. de pocos constaba su segunda Linea, porque havia en ella quarenta Galeras de España, y Francia, que tenian orden de sacar de la Batalla los Navíos, que estuviesen maltratados, y traer con el remolco otros á la Linea. Porque el viento no le diese directamente por proa, torció á la derecha el Francés sus Naves. Retardaba el combate la mareta, contraria al viento; y mientras se forcejeaba á vencerla, se prevenian mejor para él. Estaban á tiro, y antes se oían resonar las Trompetas, y Timbales, que se jugó el Cañon. Al fin, casi á un mismo tiempo, dieron los Almirantes la señal de acometer, sacando la espada, y se empezaron ferozmente á cañonear. Primero padecieron mucho los Franceses, porque el viento contrario los agitaba mas, y no heria con tanta certidumbre su Cañon, quando los Ingleses disparaban mas firmes, menos commovidos del viento en popa, y veían mejor, porque el humo cargaba sobre la Armada Francesa, la qual estrechando la Linea, deseaba llegar al abordo, porque sabía, que tenia mas Gente de Guerra. El Inglés, que de esto huía, alargó su Linea, y solo peleaba con el Cañon; y porque los cuernos de ella se iban, por la fuerza del viento, á la segunda de los Franceses, mandó estrecharlos, y unirlos, quanto pudo, al semicirculo, que era mucho mayor, que el del Conde de Tolosa. Impaciente éste, se dexó caer con ímpetu sobre la Comandante Olandesa; pero le faltó el viento, y solo la abrasó á cañonazos. Havia padecido mucho el ala derecha de los Franceses, y con haver las Galeras sacado las Naves maltratadas, y conducido otras á la Linea, se fortaleció. Los Ingleses hicieron lo proprio de su segunda Linea, y dieron mas vigor á su izquierda; de genero, que alargandolas un

po-

poco, casi todas peleaban; porque las que mas havian padecido, no podian retroceder. El viento, que daba en cara á los Franceses, impedia incluir en su corva Linea á los Enemigos, y asi trabajaban en vano. En la segunda cayeron algunas bombas de las Balandras Inglesas, con poco efecto, y no podian acertar á caer en ellas todas las que se dispararon, por la mobilidad de las aguas. No echó menos la muerte este estrago, porque sobraban peligros para ser horroroso, y fatál el dia. Tiñóse el Mar; y manchadas las Naves de la vertida sangre, hizo la fortuna escarnio de los mortales. Veianse afeados los rostros, ó ciegos, ó desmembrados, y hechos pedazos los míseros Combatientes: todo era horror; y hasta el ayre, cubierto de una espesa nube de humo, casi prohibia la Batalla. Trabajaron mucho los Pilotos en mantener la Linea, y mucho mas los Ingleses, porque el mismo favor del viento los echaba sobre la de los Enemigos; y como era esto lo que el Conde de Tolosa deseaba para llegar á las armas blancas, se mantenia á la capa, y los Ingleses resumieron el velamen, porque se enfureció el Mar, reforzandose borrascoso el viento, de genero, que ambas Armadas iban perdiendo el orden. El Inglés retiró el centro de la Linea, y juntó las alas, que aún no havian peleado bien, y amaynaron las velas, porque temian dár en tierra.

El Francés, no pudiendo resistir la fuerza del viento, temiendo lo mismo, torció el clavo, y navegó á orza. Esto, y la noche puso fin á la Batalla, aunque quanto duró la remisa luz, no cesó la Artillería. Asi quedó indecisa la victoria. Los Franceses perdieron mil y quinientos hombres; y aunque no les echaron á pique Nave alguna, quedaron todas tan maltratadas, que si no huvieran tenido prompto el Puerto de Malaga, perecerian muchas. Dos perdieron los Ingleses, los Olandeses una, y de ambas Naciones murieron ochocientos hombres, aunque huvo muchos heridos, y Naves destrozadas, y yá inutiles no pocas. Como iba entrando la noche, cesaba el Levante, y se levantaron vientos de Mediodia, que á tres horas de noche cobraron fuerza. Bordeando los Ingleses con grande arte, se hallaron al amanecer en las mismas aguas, en que aconteció la Accion: esto no lo pudieron executar los Franceses, porque estaban mas cerca de

la tierra, y les fue preciso tomar el bordo mas alto. Rooch compuso por la mañana sus Náves otra vez en Batalla, y no hallando á los Franceses, vitoreó el Triumpho. No estaban aquellos lexos, porque los que hacian la descubierta en lo alto de los arboles, los vieron como ocho millas distantes, forcejeando, para buscar al Enemigo. Todo lo impidió el viento, que obligó á los Ingleses á echarse á la Costa de Africa; y de alli mas violento, juntando Consejo de Guerra, se vieron precisados á pasar el Estrecho, y dexar el Mediterraneo, abrigandose de Gibraltar, y Lisboa. Por esto se atribuyeron á sí la victoria los Franceses; pues solo era su intento el echarlos al Occeano. Muchas questiones se levantaron sobre esta indecisa victoria; y ni aun haviendo leído lo que se escrivió sobre esto, nos atrevemos á definirlo. En Hamburgo se decidió la question á favor de los Franceses, porque no havian éstos tomado Puerto, quando dexaron el Mediterraneo sus Enemigos, los quales dicen, que no dexaron el Campo de Batalla, y que faltó de él antes el Conde de Tolosa. Ni aun el dictamen de los de Hamburgo ha quitado al Mundo la duda. Ambos Almirantes manifestaron imponderable valor, como tambien los demás Gefes, y Comandantes de las Galeras. Mandaba las de Francia el Marqués de Roy, y las de España el Conde de Fuencalada, á quien se agregaron las del Duque de Tursis, mandadas por él mismo. Esta es la célebre Batalla Naval de Malaga, que duró trece horas continuas del dia 24. de Agosto. Muchos no aprobaron haverla el Rey Christianisimo permitido, porque no sacaba fruto alguno de ganarla, pudiendo luego reparar el daño sus Enemigos, ricos de Naves, y era la ruina de la Marina de Francia, si la perdia, pues solo con haverla maltratado, no salió mas Armada de Tolón, y las Naves que quedaron, estaban en su rada arrimadas, y raras despues han servido, dexando libre el dominio del Mar á sus Contrarios; y era tan infalible este exito, que lo mismo huviera sido, aun abiertamente venciendo.

Rendido en Italia por los Franceses, Brixello, convirtieron sus Armas contra Robero; y al baxar por el Pó las Barcas con Tropas, le desampararon los Alemanes, y se fueron á Ostiglia. Importabales á los Franceses el tomar aún á esta,

esta, para estrechar á Mirandula: Intentaron por el Mincio invadir á Sarrabál; y con sola esta noticia, desamparó sus Estados el Duque de la Mirandula. En vano intentaron los Alemanes expugnar á Castro-Fuerte, y en vano el Duque de Saboya recobrar á Chamberi. El de Vandoma marchó contra Berceli, y pasó con tres Puentes el Pó: Quisieron impedirle la marcha los Alemanes, y se vieron obligados á retirar, con alguna pérdida de gente en la Retaguardia, donde fue preso el Señor de Uvaubon. Quedaba descubierta Villanueva: desamparóla el Duque de Saboya, y pasó hasta Crescentino, fortificado por naturaleza, y arte, á cuyas espaldas corre el Rio Doria, no despreciable alguna vez: Por donde se vá á Berrua la hace medio gyro una Laguna pantanosa, y sin vado alguno, sino solamente el Puente. A un mismo tiempo emprendieron muchos Sitios los Franceses, el de Bercelli, Sarrabál, y Susa, despues de haver tomado el Duque de la Fullada á Brunet. Quisieron socorrer á Susa tres mil Saboyanos, que rechazados, aceleró la rendicion de la Plaza, de que hizo el Duque de Saboya un fuerte cargo al Governador: Importaba esta severidad para avisar al Señor de Hay, Governador de Bercelli, lo que havia de executar. Estaba esta Plaza embestida desde 31. de Mayo con diez y seis mil hombres, y cien Cañones. Quince dias se tardaron á plantar las baterías, y ayudó mucho á promoverlas el ocultarlas el Bosque de San Francisco. Otras se pusieron contra la que llaman Puerta de Turin, á cargo de los Españoles, mandados por el Conde de las Torres. Estaba bien fortificada, y abastecida la Plaza; y aunque se resistió quanto fue posible, no pudiendo ser socorrida, se rindió, quedando prisionera la Guarnicion. Dudaron los Franceses si havian de demolerla, y al fin lo executaron solo en los Baluartes, dexando las Murallas.

Viendo desesperada la defensa de Sarrabál los Alemanes, quemaron sus fortificaciones, y pasando el Tártaro, y por Castrobaldo el Athesis, marcharon al Trentino. El Duque de Saboya hizo fuertes atrincheramientos en Crescentino: tenia prevenida la retirada á Verona; y como le venian por el Pó las provisiones, fortificó la contraria Ribera del Doria. Los Franceses determinaron sitiar á Imbrea, porque no viniesen socorros por los Esguizaros: esto obligó á retirarse á los Va-

Valles de los Alpes los Saboyanos. Debastaba la tierra el Duque de la Fullada con mas libertad, despues que deshizo un Cuerpo de quatro mil Piamonteses en el Monte de San Bernardo. Con esto le fue facil tomar á Augusta, y cerrar las puertas de la Francia. Rindióse Imbrea, y alentó esta victoria á los Franceses para emprehender el Sitio de Berrua, y pusieron en tanto cuidado al Duque de Saboya, que llamó con vivas instancias á los Alemanes, que estaban en Trento. No havia mas trivial camino para que estos pasasen, que los Montes de Verona; pero estaban tan cubiertos de nieve, que eran intratables, y asi se vieron precisados á pasar por unos Valles pantanosos, y sin vereda. El Duque de Vandoma vino á reconocer las Fortificaciones de Berrua. El de Saboya havia hecho una comunicacion á Crescentino, de un Puente, que levantó en el Pó, y fortaleció con diez mil hombres para socorrerla. Esta Plaza está situada entre ásperos Montichuelos, cubiertos de un rudo Bosque: estos los havia fortificado todos con atrincheramientos comunicables, porque importaba vencer lo arduo de tantos Collados para plantar formalmente el Sitio. El primero, y el mas fuerte era el de Gerbiniano, no tan fortificado con arte militar, quanto con la presencia de el mismo Duque; y aunque estaba adelantado el mes de Octubre, y era llovioso el Otoño, atacaron los Franceses las Trincheras; donde, peleando con su propia mano, hizo el Duque de Saboya maravillas, y rechazó al primer asalto á los Enemigos. Mandó dár el segundo el de Vandoma, añadiendo Tropas, y se adelantó tanto, que arrancaba con sus manos las estacas; pero fue tambien rechazado, y no tuvo la tercera vez mejor suerte: con tanto valor, á vista de su Principe, peleaban los Piamonteses.

Retiróse el Duque de Vandoma, y recurrió á la industria: Havia una eminencia por un lado de estas Trincheras, que las dominaba: esta ocuparon los Franceses, sin que lo advirtiesen los Enemigos, y subiendo con la mayor celeridad la Artillería, la plantaron contra las Trincheras, que yá en descubierto, las desampararon los Piamonteses, y se retiraron á Crescentino. Entonces convirtió contra Berrua toda su fuerza el Francés, y batía con felicidad el Fuerte, llamado por su figura, Cola de Golondrina, que hacia gran fuego:

go: abrióse brecha en él, y aunque no perfecta para el asalto, le mandó dár el Duque de Vandoma. Pocas veces se ha visto accion mas viva, ni mas sangrienta en una brecha, porque con el mayor valor los Sitiados defendian la ruda, y angosta entrada, dependiendo de ella el perderse la principal Fortificacion de la Plaza. Empeñados los Franceses, á fuerza de gente, perdiendo Regimientos enteros, despues de bien reñida disputa, vencieron, y pudieron estrechar el Sitio, levantando nuevas Trincheras; pero no podia ser perfecto el Cordon, porque estaba abierta la puerta de el socorro á las espaldas de la Plaza, y las guardaba el Duque de Saboya por el Puente que havia hecho á Crescentino, el qual era menester cortar, para poder ser perfecto el circulo. Las continuas lluvias retardaban los trabajos, llenandose los Fosos de agua: caian las Trincheras; pero tenáz el Duque de Vandoma, las mandaba reparar: disputaban la inclemencia de el tiempo, y su constancia. Plantó baterías contra el Puente, para separar al Duque de Saboya: la impresion que hacia la Artillería, reparaban de noche los Piamonteses, y asi trabajaban ambos Exercitos de forma increible. Prevalecia la fuerza de la batería, porque no podian reedificar tanto en una noche, muchas veces tempestuosa, y siempre obscura. Sin perder el Puente de vista, con repetidos angulos, yá estaban los aproches mas vecinos al Muro: dieron el asalto al camino cubierto, y despues de una larga resistencia, le ocuparon los Franceses: con esto acercaron las baterías, y la misma noche entró el Duque de Saboya en la Plaza con tres mil Infantes, y dos mil Cavallos, con intencion de hacer una surtida: Era la noche obscura, y tenebrosa, cubierta de niebla, y la mas fria que es imaginable, porque estaba finalizando el mes de Diciembre: Yertos se hallaron muchos en las Trincheras, porque embarazaba el hielo el movimiento, y por eso en ella havia mas quietud, que vigilancia. El Duque de Vandoma, y los Oficiales Generales estaban en la cama: este pésimo exemplo persuadió á muchos al descanso. A tres horas de noche salió el Duque de Saboya con el mayor ímpetu contra las Trincheras, que, ó mal guardadas, ó bien acometidas, las deshizo; pasó á cuchillo á los que las defendian, y clavó la Artillería, mandando deshacer las Cureñas. Todo esto logró antes que

despertasen los que dormian en sus Pavellones: al fin, tomó las armas el Exercito. Medio vestido, y desnuda la Cabeza salió el Duque de Vandoma, con espada en mano: llevaba las Guardias, buscando el origen, ó lugar de esta accion, y se encontró en ella: empieza de nuevo mas sangrienta, quanto mas, por parte de los Franceses, desordenada, porque peleaban á ciegas, y el Duque con sus Piamonteses conservaba el orden, y alentaba con el heroyco exemplo al valor; y viendo que yá cargaban todas las Tropas Enemigas, estrechando el orden de las suyas, procuraba retirar los Infantes, oponiendo la Cavallería, despues de haver hecho una de las salidas mas gloriosas, que puede á Principe alguno acontecer: peleó con la direccion, y con la mano: no escusó trabajo, ni peligro, antes, pródigo de sí mismo, buscó los mas evidentes; y hecho en los Enemigos no pequeño estrago, se retiró, con solo la pérdida de trescientos hombres, haviendo muerto tres mil Franceses.

No se le puede negar al Duque de Vandoma el valor con que se metió en lo mas ardiente de la pelea, inflamando á los suyos, ignorando el parage en que estaba, y quantos peligros le ceñian. La luz de la mañana mostró la padecida ruína, con gran trabajo reparada. Despreciando estos accidentes de la fortuna los Franceses, prosiguieron el Sitio; y aunque se les disputaba cada palmo de tierra con valor, ocuparon el Foso. En este estado cesaron las baterías un poco, por falta de piezas, clavadas muchas, desfogonadas otras, y algunas desmontadas, de genero, que fue preciso mandarlas traer de Casál. Los Alemanes intentaron socorrer al Duque de Saboya: oponianse los Franceses, guardando el Adda, el Oglio, el Mincio, y el Athesis. El General Lenagen, Alemán, estaba en el Bresciano aguardando oportunidad, y recibiendo las provisiones por el Lago de Garda, disputadas con continuas escaramuzas. Los Franceses ocuparon á Desensano, para que introduciendo en el Lago Barcas, no viniesen viveres á los Enemigos. Callaron los Venecianos; y aunque internamente adherian á los Austriacos, mejor querian á Desensano en poder de los Franceses, no tan licenciosos como los Alemanes, porque necesitaban menos. Estas empresas dexamos imperfectas, por guardar la série de los he-

hechos, pues en este estado de las cosas de Italia feneció el año. No faltaba en alguna expedicion la acostumbrada censura. Creyeron los Prácticos de la Guerra, que si los Franceses aplicaban todas las fuerzas contra el Puente, quitandole las esperanzas de socorro, antes de sitiar á Berrua, la huvieran con mas facilidad rendido.

La victoria del Duque de Malburgh en las lineas de Scolembergh, puso en gran cuidado al Duque de Baviera; y no desesperando ser socorrido de los Franceses, hizo nuevas lineas en Ausburgh. El Conde de Marsin estaba acampado en el Rio Lechen, y en los terminos de la Alsacia el Marqués Coigny, ambos Franceses: El Señor de Courtobón aseguraba el camino al Mariscal de Tallard por la Selva Negra, donde le encontró el General Froimbosart, para guiarle por los Campos de la Suevia. El Mariscal de Villa-Roy ocupaba el Valle de S. Pedro: Asi distraídos en varias partes los Franceses, en ninguna tenian grandes fuerzas, hasta que de orden del Rey Christianisimo se juntaron con el Duque de Baviera en 27. de Julio Tallard, y Marsin. Tambien se unieron las Tropas de los Coligados, mandadas por el Principe Eugenio, y el Duque de Malburgh. La estéril tierra no podia alimentar tanta gente, y asi era preciso venir á batalla, deseada de ambas partes, é inflamados los animos de tan gran numero. Los Franceses, y Bávaros eran inferiores en él á sus Enemigos; pero lo ignoraban, porque en las Revistas, el engaño de los Comisarios, Coroneles, y Subalternos, daba á los Generales á entender mayores fuerzas de las que tenian. Fiado en ellas el Duque de Baviera, pasó el Danubio con errado dictamen: acampóse en Ocstet, entre una Laguna, y unos Montecitos, cubiertos de Selva muy espesa. A 13. de Agosto supo que venian los Enemigos, y ordenó sus Tropas: ocupó el centro de la primer linea, y formó otra segunda, igualmente estendida, en que puso algunos Oficiales Generales á las espaldas, para que nadie retrocediese: no distaba mucho el centro de las alas; y como en los espacios havia puesto separada alguna Cavalleria para socorrer á ambas partes, casi era contínua la linea que tocaba la Selva, y la Laguna: en aquella quiso poner seis mil hombres de reserva emboscados, para qualquier accidente que sucediese á la

siniestra, governada por el Conde de Marsin, porque veía venir á los Enemigos en forma de Batalla, muy reforzada la derecha, que regía el Principe Eugenio: esto hicieron, porque recelaron, que en el Bosque se ocultasen Tropas; mas no lo quisieron executar los Franceses, por no privarse de tantos Regimientos, y para que peleasen todos.

La izquierda de los Coligados estaba á cargo del Duque de Malburgh, que marchaba inmediato á la Laguna: tenian el centro del Exercito los Olandeses, y las Tropas Auxiliares de Alemania, con innumerables Principes, que havian venido á hallarse en aquella Accion. La derecha del Duque de Baviera la governaba el Mariscal de Tallard: era yá cerca de medio dia quando empezaron á cañonearse, porque para no fatigar los Soldados, venian muy despacio los Coligados; y como estaban mas bien situadas las Piezas del Exercito del Duque de Baviera, y havia elegido el Campo, todo lo que duró jugar solo el Cañon, padeció mucho la Infantería Alemana, porque por quatro horas no se estrechó la Batalla. El Principe Eugenio acometió el primero á Marsin: el encuentro fue feróz; mas bien sostenido de los Franceses, porque la primera Linea de los Alemanes bolvió las espaldas. Con gran brio el Principe Eugenio sostuvo la segunda, y fortificada con los que solo hasta ella retrocedieron, bolvió á pelear, mientras algunos Cabos recogian los que havian huído. En este desorden perdieron los Alemanes algunas Vanderas, y Estandartes. Renovóse mas dura la Guerra; y los Franceses, que hasta la segunda Linea se havian adelantado, se contuvieron, porque para reparar el desayre, combatian con nunca visto ardor los Alemanes; pero como los Franceses havian visto la sombra de la victoria, tanto se esforzaron para que no se les huyese; que otra vez ahuyentaron á sus Enemigos, y los hicieron retroceder hasta donde tenian una Batería de Cañones, que la ocupó Marsin. Eugenio, viendo que se le deshacia la derecha, retrocedió formado, dando media buelta, y las espaldas á su centro, hasta que se unió al extremo de él, porque de alli esperaba socorro, y no en vano, pues se destacaron quince mil hombres, que atacaron por un lado á Marsin, que tambien, dando buelta á la derecha, hizo frente, y aunque con numero

ro desigual, sustentó fuertemente la violencia enemiga; y viendo, que padecia mucho, le socorrió su segunda Linea del mismo cuerno: con esto sustentaba bien la Accion; pero como eran mas en numero los Alemanes, pretendia recoger sus Tropas, y unirlas á su centro: Viendo esto el de los Coligados, se adelantó impetuoso contra el Duque de Baviera, para cortar á Marsin, y dexarle atrás. Logrando Eugenio la oportunidad, le cargó con el ultimo esfuerzo, y le deshizo, aunque no tan del todo al principio, que no procurase juntar el residuo de sus Tropas con las de Baviera. Esto se lo prohibió con segundo asalto Eugenio, adelantando la Cavallería, de genero, que toda el ala siniestra de los Franceses fue derrotada, y puesta en huída, y no pudo el Bávaro socorrerla, porque peleaba, no solo con todo el centro de los Enemigos, sino tambien con la ala derecha victoriosa, y regida por tan gran General como el Principe Eugenio, que prohibiendo seguir á los que huían, quiso proseguir la victoria, y se arrojó con tanto ímpetu contra el Duque, que aunque éste hizo de su Exercito dos frentes, y combatia por su mano con admirable esfuerzo, le iban los Alemanes derrotando, porque le faltaba la Cavallería de ambas alas, haviendo sido vencida, y deshecha la derecha, que regía el Mariscál de Tallard, contra quien peleó con arte, y valor Malbruch; pues por aquella Laguna, que pareció á los Franceses invadeable, pasó un Destacamento de Ingleses, y atacó por un lado á Tallard: éste no los vió, hasta que los tuvo encima, por su cortedad de vista, y asi, por dos partes ferozmente acometido, aunque dió grandes pruebas de su valor, quanto permitia, declarada contraria la suerte, fue preso, queriendo bolver á ordenar las primeras filas. Con esto acabó de dár la ultima derrota á sus Contrarios el Inglés, y cargó tambien contra el Bávaro, que aún sustentaba la árdua, y dificil Batalla, y flaqueó mas, despues que todo el Exercitó enemigo convirtió contra él las Armas: havia llamado para su socorro á la segunda Linea; y mientras pretendia formar un triangulo, pusieron en tierra las Armas diez y nueve Batallones Franceses, con solo el vil exemplo de un Coronél, que lo hizo, y pidiendo quartél, se entregaron prisioneros. Ni aun con esto le faltó el animo al Bávaro, por-

que ordenó con tanta regla la retirada, que si los Franceses, que abatieron las Armas, persistieran en pelear, se huviera reintegrado la Batalla, porque yá havia buelto á ella Marsin con todas las Tropas, que pudo recoger; mas yá triunfantes los Alemanes, é Ingleses, se esforzaron con tal brio á perficionar la victoria, que bolvió la espalda todo el Exército enemigo, al qual por espacio de un dia siguieron los Vencedores: prohibió la noche mayor estrago, y el Duque de Baviera, y el de Marsin se retiraron á Ulma con las reliquias del Exercito: de los que huían, dos mil perecieron en el Danubio; doce mil Franceses, y Bávaros quedaron muertos, y fue igual el numero de los prisioneros. Infelíz dia para el Bávaro! Indecoroso para los Franceses! Fatál, y pernicioso para los Españoles! El triumpho, y la gloria se reservó á los Vencedores, donde los Cabos Militares dieron evidente prueba de su conducta, y valor: perdieron ocho mil hombres. Esta es la célebre Batalla de Ocsted, origen de tantas pérdidas. Voluntariamente, y no forzado la dió el Bávaro, llevado de su destino, porque teniendo interpuesto el Danubio, podia vencer á los Enemigos sin batalla, pues no podian subsistir en Pais tan estéril.

Esta es la primer desgracia que vió Luis XIV. despues de medio siglo de continuadas glorias: importó ser vencido, para que creyesen los Franceses, que lo podia ser. El Rey llevó este golpe con maravillosa igualdad de animo: mandó reclutar su Exército, y degradar de los Militares honores, y nobleza á los Oficiales, que ignominiosamente havian depuesto las Armas en el ardor de la Accion: estos fueron dos Mariscales de Campo, catorce Brigadieres, veinte y tres Coroneles, quarenta Thenientes, y otros infinitos Subalternos, y Capitanes, con Decreto tan riguroso, que los inhabilitó en adelante. Tambien formó proceso contra los Comisarios, é Inspectores, porque pagaba el Rey setenta mil hombres, y no constaba de sesenta mil el Exercito, ni havian hecho las reclutas segun las ordenes dadas, y la instruccion.

Por la Selva Negra baxaron á Strasburgh el Duque de Baviera, y Marsin, dexando á Augspurg llena de Viveres, y Municiones. Las Tropas del Cesar tomaron á Meminga, Lavinga, y Braunavia, y poco despues á Ulma; y antes que se re-

reparasen del daño los Franceses, determinaron sitiar á Laudau, donde estaba por Governador el Señor de Laubán. Dióse el cargo del Sitio al Principe de Badén, con las Tropas Auxiliares de los Principes del Rhin. El Inglés invigilaba contra los Franceses, que estaban en Offemburgh, para que no entrasen socorros en la Plaza; pero burló la diligencia de las Centinelas, y de los que guardaban los puestos el Señor de Monfort, que con una bien armada Partida de Cavallos forzó la Trinchera, y socorrió con Viveres, y Municiones la Plaza, aunque al bolver, seguido de un Regimiento de Cavallería, peleando en la Retaguardia, dexó la vida. Añadieronsele las Tropas del General Tungen á las de Badén, y vino á ennoblecer otra vez el Sitio Joseph, Rey de Romanos. Desde 18. de Septiembre jugaban tres baterías, y havia hecho muchas surtidas el Governador; pero fue mas felíz la de la ultima noche del mismo mes, en la qual clavó diez y ocho Piezas, y mató gran numero de los Sitiadores. Entraron á las Trincheras los Olandeses, y Prusianos: dióse un asalto á la media Luna del Bastión de Melac, y fue sangrienta la disputa, pero al fin se alojó en ella el Conde de Eck: despues de dos horas le echaron los Sitiados, y queriendose resistir, quedó prisionero. Al otro dia bolvieron á recuperar lo perdido los Alemanes; pero en el mismo dia, con una salida de la Plaza, los desalojaron. Impaciente el Principe Eugenio de la inconstancia de la fortuna, vino con tres mil hombres á dár el asalto, y antes de pisar el fatál sitio, perdió ochocientos, y los restantes que quedaban, le ocuparon. Los Franceses estaban fortificados á la otra parte del Foso, al qual defendian con tanto valor, y estrago de los Enemigos, que ya no podian obligar los Cabos con ofrecimientos, amenazas, y castigos, á que diesen los Alemanes el asalto. Con jactancia encargó esto á cinco mil de los suyos Malbrugh, y fue feróz la contienda, hasta que distraida el agua del Foso, le llenaron de sarmientos, y faginas: vencieron los Ingleses á mucha costa, y plantaron una batería contra la puerta con gran felicidad. Yá á proposito la brecha, dieron el asalto, y por tres veces fueron rechazados, pero á la quarta ganaron el angulo, y se alojaron. Alli, valerosamente peleando, murió el Principe Prospero Fustembergh.

Des-

Desalentaron mucho los Defensores, quando estando sobre el Muro el Governador, le quitó la vista el ardor de una bala de cañon, que le pasó muy cercana, quemandole las niñas de los ojos; pero ni aun estando ciego apresuró la rendicion, hasta que se executase quanto cabia en la defensa. Despues admitió las Capitulaciones, que dieron los Franceses vencedores, quando tomaron la Plaza al Conde de Phrysia.

A 26. de Noviembre entró el Rey de Romanos en la Ciudad, tan variamente agitada de la suerte. Los Alemanes, é Ingleses se retiraron á Quarteles. Debastaba la Baviera el General Herbevil, y aunque se queria vengar en Ratisbona, el Señor de Bexél, Bávaro, lo impedian los Alemanes, y havia yá ganado á Traerbach el Principe de Hesecaséll. Estaba todavia en Mónaco, Capital de Baviera, Theresa Cunegunda Sobieski, muger del Duque; y no pudiendo defenderla, ni queriendo el Emperador, que sacase sus hijos, se los entregó con el Estado, y se pasó á Venecia : precedieron algunos pactos, pero ninguno se cumplió, porque se saquearon muchas casas de Mónaco, y se pusieron en una Torre los hijos del Duque, no tratados como era justo á la celsitud de su sangre. El Duque, y su hermano el Elector de Colonia se pasaron á Flandes, y se dió á aquel el Govierno de estas Provincias, con Despachos del Rey Catholico.

Poco apretaba con su Sitio á Gibraltar el Marqués de Villadarias, porque venian frecuentes socorros por Mar. Un imperito Ingeniero plantó junto al Molino las baterías á 21. de Octubre, sin efecto alguno, y se recibia gran daño del Cañon de la Plaza. Para abrazar con los aproches el Bastion del Mar, se estendieron casi hasta el agua, aunque impedia los trabajos un Navío de los Sitiados, que disparaba Morteros cargados á piedra. Contra él se armaron algunas Lanchas: le asaltó una noche obscura el Señor de Gabaret, y le apresó, porque haviendose prendido fuego en unos barriles de polvora, que estaban en la Plaza de Armas, la confusion embarazó la defensa. Ni aun con todo esto estaban firmes las Trincheras sobre la arena, porque á poco impulso las derrivaba el Cañon de la Plaza, y asi se trabajó en vano, con pérdida de tiempo, y de dinero. No ha havido Sitio, donde mayores errores se hayan cometido : estos mostraron, donde

se

se havian de poner las baterías : por fin se dirigieron contra el Baluarte, que mira al Oriente, y contra la puerta : entonces verdaderamente empezó el Sitio, pero tarde ; porque antes de hacer buena brecha, y dár el asalto, llegó á 9. de Noviembre el Almirante Lake, Inglés, con 22. Naves, Tropas, Viveres, y Municiones. Luego quemó tres de las suyas el Gefe de Esquadra Point, Francés; y una, con viento en popa, trepando por los Enemigos, se salvó.

Como en cordon plantó sus Naves contra las Trincheras Lake, pero el Cañon de la tierra le apartaba. Batian los Sitiadores el Castillo, situado en una eminencia ; y aunque la brecha no era capáz de asalto, mandó Villadarias darle: Marchar á él era uno de los primeros peligros; porque havian hecho tantas cortaduras los Defensores, que era menester ir por gyros, y descubiertos. Al primer acometimiento, cansados de la subida, y en terreno no igual, fueron rechazados los Españoles : al segundo desistieron de la empresa, baxando con modo de fuga por el precipicio. Con las mismas dificultades, é infelicidad se asaltó el Bastion de San Pablo. Intentaron los Ingleses con Lanchas desembarcar, y lo prohibió con valor Don Luis de Solís, socorrido del Marqués de Paterna. Tambien intentaron prohibir los socorros, que venian de Andalucía en pequeñas Barcas ; pero fue en vano, porque las defendió con brio Don Joseph de Armendariz, y huvo una pequeña batalla en la orilla del Mar. Llegaron á este tiempo de Inglaterra otras diez y ocho Naves: dabales el Africa los viveres ; pero yá empezando á ser rigida la estacion, y no siendo aquel Puerto capáz de tantas, las de primera magnitud se bolvieron á sus Puertos, quedaron pocas, y ninguna de linea. Las continuas lluvias embarazaban el Sitio : caían las Trincheras, y como las mas eran de arena, humedecida ésta, cedia por sí, y la separaban los vientos. Los Españoles determinaron acantonar el Exercito, y cesar de la hostilidad, fortificando el terreno delante de la Plaza : fue poco descanso para el Soldado; porque lo riguroso del tiempo hacia incómodo el quartél; y asi perecieron infinitos, y se deshizo aquel Exercito sin guerra, y la que huvo fue inutil.

Despues de templada la ardiente estacion del año, y reti-

tirado (como diximos) el Rey Catholico á la Corte, salieron á Campaña los Reyes Don Pedro de Portugál, y Carlos de Austria; pero no con Exercito proporcionado á sus personas. Estaba en él el Almirante de Castilla, que havia levantado á su costa un Regimiento de Cavalleria de Estrangeros, y algunos del País, gente nueva, é inexperta: dióles la libréa como la de los Reyes de Castilla; pero todo era lisonja, y engañarse á sí mismo: sabía, que con aquel Exercito no se podia hacer progreso alguno, y se acomodaba al tiempo, mal satisfecho del corto favor, con que le distinguia el Rey Carlos, y de no tener en su Consejo la autoridad, que esperaba. El Duque de Bervich guardaba á Estremadura con quince mil hombres de buenas Tropas; y antes de hacer operacion alguna los Enemigos, se bolvió el Rey Don Pedro á Lisboa, por el poco respetoso modo de disputar que tenia el General Inglés Sconebergh, que fue llamado á Londres, y le sobstituyó Gallovay, un Religionario Francés, que servia á Inglaterra. Embió la Reyna nuevas Tropas á Portugál, y con esto bolvió á Campaña el Rey, que por Almeyda marchaba á Castilla: opusosele en el Rio Agueda el Duque de Bervich, y se fortificó en él; huvo algunas acciones entre la Cavallería, siempre á favor de los Españoles. Los Ingleses, y Alemanes querian dár la batalla; los Portugueses no venian en esto, y lo repugnaba absolutamente el Rey: en esta contrariedad de opiniones, pasó el tiempo mas oportuno; porque Bervich estaba precisado á recibirla, y pelear con quince mil hombres contra quarenta mil. Esta desunion fue perjudicial á los intereses de los Coligados, que pudieron entrar libremente en Castilla, y turbarla mucho; pero el Rey Don Pedro dió luego Quarteles de Invierno á sus Tropas. Esto lo llevó muy mal el Rey Carlos, y lo disimulaba, porque los Portugueses estaban verdaderamente cansados de tener en su País Tropas Estrangeras, que pretendian mandar mas, que el dueño de él, y no dexaban de rezelar algun peligro.

Yá retirados los Enemigos, pasó á Madrid el Duque de Bervich, y no fue tan bien recibido como creía. Mandaba absolutamente el Duque de Montellano, que havia echado yá á su Diocesis al Arzobispo de Sevilla Don Manuel Arias,

Arias, pidiendo el Rey secretamente al Pontifice, que no le diese mas Breve para residir fuera de ella. Viendo fenecida su autoridad, se fue voluntariamente á Toledo el Cardenal Portocarrero. Tenia Montellano orden de la Reyna para hacer quanto fuese posible, á fin de que bolviese de Paris la Princesa Ursini; pero le faltaban al Duque medios para dexar contenta á la Reyna, pues ni tenia en Francia amigos, ni Luis XIV. estaba dispuesto á esto, haviendose resistido á muchas Cartas, en que la Reyna lo pedia. Tampoco queria Montellano interiormente, que la Princesa bolviese, porque estaba mal vista de los Españoles, y governaba despoticamente, fiada en la gracia de los Reyes. Esto lo conocia la Reyna, y lo disimulaba. Los émulos del Duque le trataban de ingrato, pues debia su exaltacion al favor de la Reyna, que le havia solicitado la Princesa; pero como era hombre de dictamen constante, y severo, y creia no convenir á la España la buelta de la Princesa, todo lo sacrificaba á esta política, en que juzgaba servir mejor al Rey, que en esto estaba indiferente; y solo por dár gusto á la Reyna, permitia se hiciesen las diligencias mas eficaces. Estas tomó á su cargo el Duque de Veraguas, para ganar la gracia de la Reyna, y tener por firme, y segura proteccion á la Princesa, si lograba su intento.

Todavia cuidaba del Real Erario Juan Orri, y queriendo formar las Guardias del Rey de otra manera, suprimió la de la Cuchilla, que era entonces la principal, y la llamaban de Borgoña, fundada por Carlos Quinto. Era sola una Compañia, de la qual era Capitan Don Francisco de Castelví, Marqués de Láconi, Cavallero de Cerdeña; y aunque este era empleo de la Nobleza de Borgoña, dispensó Carlos II. en el Marqués el no ser de aquella Nacion, porque se le havia introducido con particularidad en su gracia. Como le quitaban tan grande honra, le hicieron Grande de tercera Clase. Como esto era de mucho lustre para la Nobleza de Cerdeña, se dió por ofendido de no ser promovido á igual grado Don Artál de Alagón, Marqués de Villazór, hombre de ilustre, y esclarecida Familia, y el mas antiguo Titulo entonces en aquel Reyno; era tambien de las mas nobles, y respetadas la de Castelví, y havia pasado entre ellos la com-

petencia á perjudicial discordia, que suscitó antiguos vandos, alguna vez sangrientos; y aunque la principal Nobleza no entró en ellos, hacia poderoso el partido de los Marqueses de Láconi el gran número de parientes, y estár dividida en otras Casas la misma Familia.

Con haverse ido el Marqués de Láconi á Madrid, cesó enteramente la discordia, pero siempre quedó entre las dos Casas interna emulacion; y haviendose adelantado la de Castelví á la Grandeza, quedó la otra herida de una mortal embidia, avivada de Don Joseph Meneses de Sylva, hermano del Conde de Cifuentes, que havia casado con Doña Manuela de Alagón, hija unica del Marqués de Villazór, y heredera de sus Estados, despues que el Rey Phelipe con un Decreto quitó la duda de si en ellos succedian hembras, por que pretendia el Fiscal ser feudo riguroso, no ampliado; y aunque no se decidió por Sentencia, permitió el Rey, que pudiese pasar los Estados á su hija el Marqués, y que en caso de su muerte, sin quitarle la posesion, litigase el Fiscal. Esto consiguió Don Joseph de Sylva (llamado por su muger Conde de Monte-Santo) por interposicion del Christianisimo, informado de los que favorecian á Don Joseph, que la Casa de Villazór podia, con su autoridad sola, defender el Reyno de Cerdeña de los Enemigos; y asi, por tener grata esta Familia, se le hizo merced tan relevante.

Hemos narrado esto difusamente, para mostrar el origen de la pérdida de Cerdeña; porque ni con los beneficios obligada la Casa de Villazór, viendose, al parecer, pospuesta á la de Láconi, enagenó de los intereses del Rey el animo, y tomando Don Joseph de Sylva el exemplar de su hermano, (aunque no tan abiertamente) y herido de la desgracia, que á sí mismo se ocasionó el Conde de Cifuentes, escondia (pero con grande arte) en su corazon el veneno, que explicado á su tiempo, perdió aquel Reyno; no porque solo fuese capáz para ello, pero halló disposicion en los ánimos de muchos, en quienes aún vivia escondido el amor á la Casa de Austria.

Juan Orri formó al Rey nuevas Guardias de su Persona, y las mas principales, de quatro Compañias de á Cavallo, de á doscientos hombres cada una, Nobles, y Veteranos:

nos: dos de Españoles, una de Vvalones, y otra de Italianos: A las primeras se las dió por Capitanes á Don Felix de Cordova, Duque de Sesa, y á Don Ginés de Castro, Conde de Lemos: De Vvalonas se nombró por Capitan al Principe de Sterclaes: Y de Italianos al Duque de Populi. Tambien se formaron dos Regimientos de Guardias de Infantería, uno de Españoles, y otro de Vvalones, de tres mil hombres cada uno: del de Españoles se nombró por Coronél al Marqués de Aytona, y del de Vvalones á Carlos Florencio Acroi, Duque de Abré. Quedó asimismo la Guardia de los Alabarderos de palacio, con su Capitan el Marqués de Quintana.

Tambien esto, que parece ageno de los Comentarios, lo hemos dicho para la inteligencia de muchas circunstancias, que en ellos veremos; y con esto feneció el año.

# AÑO DE M.DCCV.

TEnian igual progreso el siglo, la guerra, y las desgracias: estas eran consequencia de aquella, que se hizo yá necesaria; en los Vencidos, para redimir su opresion; en los Vencedores, para perficionar el asumpto, y á todos lisonjeaba la esperanza, que fomenta lo vario de la suerte: porque se gloriaban los Franceses en Italia vencedores, aunque en Germania vencidos. La Francia, cansada de la Guerra, deseaba una Paz infame, y perniciosa: nunca admitió este baxo dictamen el Rey Christianisimo, ni el Delphin: todas eran sugestiones del Duque de Borgoña, no queriendo (como decia) aventurar lo proprio, para salvar lo ageno. Tenia muchos sequaces esta opinion, ó por lisonja, ó por amor á la Patria. La Señora de Maintenon, que no tenia poca parte en el Govierno, y havia sido en su juventud Dama del Rey, no se atrevia á proponerle cosa tan opuesta á su gloria, y al gusto del Delphin; pero le havia ganado de genero la voluntad la Duquesa de Borgoña, que alguna vez propuso al Rey, si no desistir del empeño, buscar forma para no proseguirle con ayre. La sobervia de los Coligados era tal, con los prósperos sucesos de Ocsted, y Landau, que no

daban oídos á razonable ajuste. Nada de esto ignoraba el Rey Catholico, por lo qual se vió precisado á contemplar mas á la Francia, y á mostrar entera dependencia de la voluntad de su Abuelo. Esta era justa, y necesaria politica del Rey, que mal entendida de los Españoles, se disgustaban cada dia mas, y crecia el odio contra los Franceses. Algunos, menos contenidos, hablaban con desacato: de esto crecia en el Rey la desconfianza, porque crecia el numero de los que con razon se debian tratar con difidencia. El Duque de Agramont, Embaxador de Francia en Madrid, llevaba muy mal el moderado ánimo del Rey; y como era de genio ardiente, y violento, queria se usase de un rigor, que no era oportuno; y por esto, ó por la ingenuidad del dictamen, no reparaba en notar de desafectos, aun á los principales Ministros, y se desunió mucho de Montellano, de cuya sinceridad nunca dudo el Rey. Adhirió á Agramont el Marqués de Ribas, Secretario del Despacho Universal, porque desconfiando el Rey de muchos, creciese su autoridad; y asi, sembraba algunas discordias, perjudiciales al Govierno, y al bien publico, que conocidas por el Rey, le exoneró del empleo, y se le dió una Plaza supernumeraria en el Consejo de Indias.

Eligióse por Secretario, con dictamen de Montellano, á Don Pedro Fernandez del Campo, Marqués de Mejorada, hombre de gran comprehension, ingenuo, entero, y con el largo uso de los Negocios en la Secretaría del Real Patronato, muy práctico, y de prompto expediente, aunque el natural no el mas dulce. Despues, viendo, que tanta mole de negocios era insoportable cargo para uno, se eligió para los de Guerra, y Hacienda, por Secretario del Despacho, á Don Joseph Grimaldo, hombre de gran benignidad, y rectitud, y de un singular amor al Rey. No tuvo en estas elecciones parte Agramont, lo que llevó muy mal, porque queria ensalzar sobre todos su autoridad, y por eso repugnaba tenazmente la buelta de la Princesa Ursini, contra el gusto de la Reyna, que havia encargado á el Duque de Alva, (Embaxador en París) que aplicase, para esto, los mas vivos oficios. No deseaba mucho esto el Duque, por no descontentar á los Españoles; pero era preciso obedecer, entonces con po-

poco efecto, porque sostenia en su dictamen al Rey Christianisimo el Duque de Agramont, que ya reconciliado con Montellano, estuvieron ambos de acuerdo en instar á la Reyna, que nombrase Camarera, que no lo havia querido hacer hasta entonces, no desengañada de que bolviese la Princesa. Al fin, vencido primero el Rey, se obligó á la Reyna á admitir por Camarera á la Duquesa viuda de Bejar, muger (sobre ser de la mas alta esfera) llena de virtudes, y que hacia una vida retirada, y exemplar, por lo qual no queria admitir el empleo: mandóselo el Rey, y persuadida de sus parientes, se rindió, con poco gusto, porque amaba mas la trinquilidad de su casa, á la qual bolvió muy presto, haviendo usado de tantas artes en Paris la Princesa, ayudada de las instancias de la Reyna, que pudo lograr el favor de la Señora de Maintenon, la qual obligó al Rey Luis á que la permitiese bolver á España, lo que executó luego, y fue recibida de los Reyes con demonstraciones nunca vistas de Soberano á Subdito. Reintegróse en su oficio, y se aumentó su autoridad, y su poder hasta donde no podia ser mayor. Entonces empezó á disponer á su modo otra vez el Palacio, y echar de él á los que no la havian sido favorables. El primero fue Agramont; que no la costó mucho trabajo, porque no era del genio del Rey, y le succedió en la Embaxada de Francia el Señor de Amellot, Marqués de Gournay, varon prudente, y sagáz: era uno de los Parlamentarios en Paris, y nada ignorante; pero como entraba de golpe al manejo de un Reyno, que no conocia, pareció al principio poco á proposito á lo que le destinaba la Princesa, que era poner en él toda la autoridad, que tenian los Ministros Españoles, pues havia dado en Paris esta palabra, para sincerarse de que queria apartar del Govierno á los Franceses.

El Duque de Montellano, que vió declinado su poder, y yá adversa la Princesa, hizo dexacion de la Presidencia de Castilla, y no la admitió el Rey. Instó el Duque, y la Princesa dispuso viniese el Rey en exonerarle; pero quedó del Consejo Secreto del Gavinete. Dióse el Govierno de la Presidencia á Don Francisco Ronquillo, Conde de Gramedo, por dictamen de los Franceses, que querian uno, que les tuviese respeto, y que conociese su no esperada elevacion.

Era

Era Ronquillo un hombre de singular fidelidad, y amor al Rey, tanto, que se propasaba su zelo, y por eso adquirió fama de demasiado rígido, y el temerle perdió á muchos; pero era hombre justo, y de gran verdad. Ni á los Franceses les salió la cuenta de que los obedeciese, porque no era capáz de contemplaciones, ni de grandes obsequios, poco lisonjero, y cerrado, y por eso padecia notas de rusticidad su genio austero.

Viendo tan encendida la Guerra, se aplicó todo á ella Amelot. Aún permanecia el Sitio de Gibraltar, cada dia mas árduo; porque haviendo los Ingleses renovado la amistad con Muley Ismaél, Rey de Marruecos, de alli traían los Víveres, y le ofrecieron socorro para que avigorase el Sitio de Ceuta. Havian estendido sus Trincheras los Españoles hasta la altura del Castillo de Gibraltar, que es toda la seguridad de la Plaza: dieron un asalto, y ocuparon el fóso; pero luego fueron rechazados: llegó al Sitio el Mariscal de Tesé con nuevas Tropas, y el Gefe de Esquadra Pointi con diez y ocho Naves de Guerra, á las quales se añadieron las Españolas, destinadas al Comercio de Indias. Defendia la Plaza el Principe de Armestad, que para distraer á los Españoles, dispuso con los Reyes de Tunez, y Argél el Sitio de Orán, luego executado, porque no quisieron los Africanos perder tan grande oportunidad. Una gran borrasca echó las Naves Francesas á las Costas Africanas: esta misma traxo con celeridad á los Ingleses, que del Tamesis partieron al socorro de Gibraltar, los quales venian en quarenta y ocho Naves, y acaso encontraron con las del Señor de Pointi, que bolvian de Africa, que fue obligado á pelear con tan inferior numero, y asi fue vencido, y muchas de sus Naves sumergidas, tres apresadas, y otras tuvieron la fortuna de escapar, y entraron en Tolón, Málaga, y Cadiz; pero tan maltratadas, que no pudieron bolver á servir mas. Los Ingleses, explicando con pifanos, y salvas la victoria, entraron en el Puerto de Gibraltar, y socorrieron la Ciudad con cinco mil hombres. Con esto levantaron el Sitio los Españoles, dexando un Castillejo en la Montaña opuesta, presidiado de dos Compañias. Este Exercito, que estaba destinado á las Fronteras de Portugál, se perdió inutilmente en este Sitio, y asi deter-

terminaron los Portugueses venir á recobrar lo perdido. Mandaba el Exercito de Estremadura el Marqués de Bay, Flamenco, con quince mil hombres. Baxó el General Fagél á Yelves, donde plantó su Campo: otros seis mil hombres mandaba el Marqués de las Minas, que los puso entre Almeyda, y Penamacór: con poco trabajo recobraron á Salvatierra, aunque bien pudo hacer mas su Governador. No les sucedió asi en Valencia, porque la defendió Don Alonso Madariaga, Marqués de Villa-Fuerte, casi fuera de los límites de lo regular: sufrió cinco asaltos en la brecha, y se defendió despues con cortaduras, hasta que la necesidad le obligó, yá herido, á rendir la Guarnicion prisionera de guerra. Embiabanla ésta á Lisboa con la Escolta de ciento y treinta Cavallos; y dexando los Españoles, aunque desnudos, y desarmados, descuidar á los Soldados, los ataron, y oprimieron repentinamente, les quitaron los Cavallos, y huyeron.

Pasaron los Portugueses á Alburquerque, y en siete dias la rindieron, y despues se acamparon contra Badajóz, ocupando la Ribera del Ana; pero estaban los Españoles á la otra parte del Rio disputandoles el paso. Acia el Tajo estaba el Marqués de Bay observando al de las Minas. Juntaron Consejo de Guerra los Portugueses, é Ingleses sobre la Expedicion, que se havia de executar: los Ingleses fueron de dictamen de atacar á Ayamonte, para debastar la Andalucía; pero como era preciso pasar por los Algarves, y estaba el camino áspero, escabroso, y poco cultivado, no se conformaron los Portugueses. Pasó la question á que la decidiese el Rey Don Pedro, y no fue tan prompta, como era preciso la respuesta, porque los Portugueses no deseaban aventurada la Guerra, sino segura. De esto nació alguna discordia entre el Rey Carlos, y el Portugués; pero al fin se determinó no ir á Ayamonte, y tuvieron por instruccion los Portugueses de conservar las Tropas, sin exponerlas á grave accion, porque ellas eran toda la seguridad del Reyno, y no temia el Rey tanto á los Enemigos, como á sus Coligados. No dexó Fagél de penetrarlo, y creció la mala satisfaccion reciprocamente. Estaba Don Pedro con accidentes tales, que hacian desconfiar de su salud, aunque no se le conocia determi-

minada enfermedad, sino un tédio de sí mismo, una profundisima melancolía, inquietud, y silencio: cansado, ó con algun desorden el discurso, no estaba la cabeza hábil para el Govierno, de que nació querer los Magnates entregarle á otro; pero esta era árdua, y dificil empresa, por la variedad de opiniones: algunos se inclinaban á que por la poca edad del Principe del Brasíl, fuese Governadora, con un Consejo de Ministros, la Reyna Cathalina, viuda de Carlos de Inglaterra, hermana del Rey Don Pedro. A otros, y al Duque de Cadaváll, parecia improprio excluir al Principe; y estas disputas, que no llegaron á estár determinadas, fueron de grande impedimento á la Guerra, y se les dió tiempo á los Españoles para juntar mas Tropas, presidiar, y abastecer á Badajóz, Alcaptara, y Ciudad Rodrigo; pero haviendó entrado la estacion ardiente del Sol, que prohibe en aquel clima proseguir la Campaña, se dió Quarteles de Verano á las Tropas de una, y otra parte.

No era asi remisa la Guerra en Italia. No pudiendo el General Lenagen, Tudesco, pasar los Collados de Brescia, por haverlos hecho intratables: las nieves, tomó el camino del Bosque. No padecian poco los dominios de Venecia, porque guardaban los Valles los Franceses; y como estos ocupaban á Palazolo, tenian el Rio Oglio baxo de sus armas. Los Alemanes podian libremente ir por el Vicentino, ó el camino de Trento; pero querian socorrer al Duque de Saboya, por si se podia librár á Berrua. Llegó de Viena Guido Starembergh, y se acercó mas á Verona: con esto fortificó mejor el Oglio el Gran Prior de Vahdoma: llamó á las Tropas del Campo de la Mirandula, aumentó el Presidio de Robero, y Ostiglia, y quitando, quanto le fue posible, todos los Barcos del Pó, puso sus Tropas en Castillon Stridériense: todo era imposibilitar socorros á Berrua. Entró en nuevos cuidados el Duque de Saboya, porque el de la Fullada, haviendo pasado el Varo, sitiaba á Villa-Franca, que con poca dificultad la rindió: quedaban los Castillos bien presidiados, y antes de atacarlos, cerró los pasos de los Montes de Genova, donde corre mas suave el Tanáro. El Duque de Saboya, temiendo atacasen á Nisa, quiso socorrerla, pero llegó tarde, porque los Franceses havian ocupado las Riberas

del

del Torbia, y se les havia rendido Montalvan, y poco despues los Castillos de Villa-Franca: luego pasaron al bloquéo de Nisa, presidiada de mil Soldados: no pareció oportuno poner el Sitio antes que se rindiese Berrua, que tenia yá las brechas abiertas. Diferia el Duque de Vandoma dár el asalto, hasta que cayese Crescentino, contra el qual movió sus Tropas. Desconfiando de poderle defender el Duque de Saboya, se pasó á Chiva. Esto dió lugar á estrechár todo el Piamonte, porque estendieron los Francese sus Tropas desde el Doria al Pó. Padecia Berrua otra guerra en la falta de viveres, y no tenia poca ocupacion el Presidio en resistir los clamores del Pueblo, que instaba la rendicion, porque empezaba el hambre, y no se admitia en el Campo de los Franceses á los que huyendo de ella salian.

En este estado de cosas, haviendo antes prevenido minas en los Baluartes, mandó el Duque, que haciendo la acostumbrada seña, se entregasen á los Franceses, y que entrando, se diese fuego á las minas. Fingióse Desertor un Theniente Lorenés, y expuso al Duque de Vandoma con tal energía el miserable extremo, á que estaba la Ciudad reducida, que le persuadió á no despreciar sus clamores, porque luego harian la llamada. La misma fuerza, y eficacia de las palabras (ó traydor á sí mismo en su rostro el traydor) puso en sospechas al Duque, mandóle dár tormento, y confesando la verdad, se libraron los Franceses del riesgo, que les amenazaba el engaño: prosiguieron la Linea desde el Doria á los vecinos Collados: intimaron la rendicion, y yá no pudiendo resistir mas, se entregó la Ciudad, con 1500. prisioneros. No le quedaba al Duque de Saboya mas que Turín. Los Franceses plantaron sus Reales en Mantua. El Principe Eugenio, que nuevamente havia llegado de Viena, los puso en Verona: era su designio pasar con quince mil hombres el Mincio; y para divertir á los Franceses, atacó á los que estaban en Calcinato el General Vibra. Los Señores de Mursey, y Sampater fueron á encontrar al Principe Eugenio al paso del Rio: havia plantado éste en la opusta orilla algunos Cañones de Campaña, y á pecho descubierto resistieron los Franceses su estrago por cinco horas, no sin daño de los Alemanes, á quienes heria la bala de fusil, porque era an-

gosta la distancia. Desistió Eugenio de la empresa, y el General Vibra no logró ventaja alguna en la suya. Determinó Eugenio, juntandosele las Tropas del General Lenagen, que pasase la Cavallería por la Montaña, y la Infantería en Barcos por el Lago de Garda; y aunque le guardaban los Franceses, y echaron á pique tres de ellos, pasaron los Alemanes, y plantaron su Exercito á la vista del Duque de Vandoma. No les pareció á ambos Generales dár la batalla, á los Franceses, porque havian determinado el Sitio de Turín, y á los Alemanes, porque solo querian juntarse con el Duque de Saboya, que hacia para esto vivas instancias, temiendo el Sitio, pues yá el de Vandoma havia elegido los puestos. El Duque de la Fullada, despues que tomó la Ciudad de Nisa, como le faltaba lo mas dificil, que era el Castillo, hizo tregua con él, para pasar con todas las Tropas contra Turín, porque el Rey Christianisimo le havia destinado por Gefe de esta empresa. Era éste un desdoro para el Duque de Vandoma, pero lo consiguió con el favor del Señor de Xamillár, su suegro, que era Ministro de la Guerra. Dióse por ofendido Vandoma, y rogó al Rey le admitiese la dexacion del mando de las Tropas; y mientras no se le respondia, no aplicó el necesario cuidado á las disposiciones de la Guerra, como era preciso, y pudo el Principe Eugenio fortificarse, tirando una linea desde Gavarrón á Salón: havia algunas escaramuzas de Cavallería con varia suerte: quatro mil Palatinos baxaron á aumentar las Tropas del Principe. El Duque de Saboya fortificó á Chiva, puso sus Tropas en los Collados de Turín, para estár prompto al socorro: echó un puente al Pó, pero le arruinaron luego los Franceses: quisieron en vano al mismo tiempo sorprehender á Chiva, porque estaba bien prevenida: fueron á ocupar ambas orillas del Pó, y lo resistió el Duque de Saboya, que baxó con diez mil hombres, y hacia no pequeño estrago en los Franceses, embarazados en vadear el Rio: con todo, fueron tan constantes, que le pasaron: guiaba la Vanguardia el Principe Delbuf, que murió gloriosamente peleando. Con esto se retiró á Moncaliér el Duque, y le fortificó, derrivando una sumptuosa Casa de Campo, que tenia para su diversion.

Aún persistian con poca felicidad los Franceses contra Chi-

Chiva: havia el Principe Eugenio ofrecido socorrerla: parecia dificil, pero mas lo fiaba de su ardid, que de sus fuerzas. A 21. de Junio movió su Exercito una noche, no del todo obscura, porque aunque embarazada de nubes daba la Luna alguna luz. Eran sus Tropas veinte mil Infantes, y doce mil Cavallos: conducia sesenta Piezas de Cañon; y para ocultar su designio, se entretuvo mas allá de Mella: luego subió al Lago de Isa, y ocupó el Puente inopinadamente, torciendo por la derecha: baxó á Urago, y sabiendo que se guardaba con negligencia Calcéo, con apresuradas marchas llegó al Oglio por las angostas, y escabrosas sendas, mal guardadas del descuido del Gran Prior de Vandoma. Esta negligencia entró á la parte de la fortuna de Eugenio, que no debia esperarla, porque pocos Cañones puestos en lo estrecho del sendero, le huvieran embarazado, y mas en un lugar incapáz de formarse las Tropas. Acriminó esto á su hermano el Duque de Vandoma, que, no perdonando á su propia sangre, lo avisó al Rey. La ingenuidad, y justicia del Duque salvó al hermano. Los Alemanes ocuparon á Pozól, y Calcéo, y luego á Palaceto, á quien desamparó Don Fernando de Torralva; pero sorprehendido en la marcha, quedó prisionero. Asi estaba expuesto todo el Cremónés: con mayor cuidado guardó el Athesis el Gran Prior, escarmentado de la pasada negligencia. Estos accidentes apartaron de Chiva al Duque de Vandoma, en perjuicio del bloquéo, que estaba formando á Turin el de la Fúllada, y havia yá ocupado los Collados vecinos á la Ciudad, y á Castaneto, divirtiendo las aguas con gran trabajo del Exercito, el qual aumentó con las Tropas, que llamó de Susa á cargo del Conde de Estain. Renovóse la hostilidad contra Chiva, y pasando el Oreo los Franceses, despues de tres horas de batalla, que les costó el vencer una pequeña eminencia, porque el Duque de Saboya disputaba el menor palmo de tierra, y estaba con la Cavallería en Setimio, lo que embarazaba mucho el forrage, y era preciso hacerle con continuas escaramuzas, y encuentros de Cavallería, hasta que el Theniente General Albergoti le ocupó, venciendo antes un Destacamento de Piamonteses.

Vandoma mandó echar un Puente al Oreo, y tanto se es-

estrechó Chiva, que se rindió: con esto tenian los Franceses tributaria la Provincia casi hasta las Puertas de Turin. Mirabalo el Duque de Saboya desde un Montichuelo, donde hay un Convento de San Francisco: faltaba mucho para formar el Sitio, y se prevenia lo necesario. El Duque de Vandoma, para recoger sus Tropas, pasó á Pavía, y á Lodi: era preciso oponerse al Principe Eugenio, que estaba en Romanengo fortificado, y havia elegido un Campo lleno de Fosos, y cortaduras. Para dar quietud al Cremonés, pasó mas adelante Vandoma: echó dos Puentes al Oglio, y con continuos asaltos de Cavallería tenia siempre en armas á los Enemigos, nada seguros por la izquierda, despues que el Gran Prior ocupó á Marcaria, Caneto, y Ustiano, donde huviera podido encerrar quatro mil Alemanes, si huviera apresurado la marcha. Faltabanle Tropas al Duque de la Fullada para el Sitio de Turin, y no lexos del Oglio los Alemanes, podia recelarse el socorro, aunque los Franceses guardaban las orillas, porque los havia engañado Eugenio muchas veces. Al Duque de Vandoma, para estár mas prompto á todo, le pareció poner sus Tropas en Casán, y ocupar los Collados. Con esto resolvió el Principe Eugenio atacar al Gran Prior de Vandoma: supolo el Duque por los Desertores, y con toda la Cavallería fue á socorrer á su hermano: dexó en Casán al Theniente General Seneterre, y mandó á Don Francisco Colmenero, y al Señor de Luxemburgh, que le siguiesen con gran parte de la Infantería, por si se podian hallar en la Batalla. Todo sucedió á medida del deseo, porque se unieron las Tropas antes de ella; y estando yá á la vista Eugenio, se vió precisado á darla. Era el dia 17. de Agosto, y en lo mas ardiente del Sol se ordenaron los Exercitos. Eugenio, que regia la derecha, cargó la izquierda de los Franceses, mandada por Don Francisco Colmenero, que aun herido, sustentó con valor la pelea: Llamó mas gente el Principe, y á Colmenero le socorrió Albergoti; pero ni con esto pudo resistir el nuevo ímpetu de los Alemanes, y fue la siniestra de los Franceses deshecha: siguieron los Vencedores hasta el Puente, y ocuparon unas rusticas casas, de donde á su salvo herian el centro de los Franceses. Recogió con gran celeridad los huidos Albergoti, y bolvió á empezar nueva Batalla, no

favorable á los suyos, mientras conservaban las casas los Alemanes: para echarlos de ellas, embió un gran Destacamento Vandoma, y lo consiguió. Yá todos en Campo abierto, cobraron brio los Franceses, y bolvieron al Campo, en que se combatia, retrocediendo Eugenio hasta el lugar, donde havia empezado á acometer: asi por la derecha de los Alemanes alternaba la fortuna: la de los Franceses la governaban los Señores de Praslin, y Fant-Sremond, impacientes de no poder pelear, por lo escabroso del sitio. Duraba aún la sangrienta disputa con la izqnierda de los Franceses, y sin desistir de ella el Principe Eugenio, movió el centro de sus Tropas contra Vandoma: flaquearon las primeras filas, y retrocedieron un poco los Franceses: acercó la segunda Linea el Duque, y se exasperó la accion con tanta tenacidad, que yá se peleaba solo con bayonetas. El Duque recibió una herida: ésta le encendió mas, y tanto esforzó sus alientos, que retrocedió Eugenio á su lugar. Estrechabanle los Franceses con gran denuedo, y resolucion; y para alentar á los suyos, llamó á muchos por su proprio nombre, y uniendo mas las Lineas, pasó con ellos hasta las primeras filas: tambien recibió una herida, porque trató el valor con desprecio; y tanto se adelantó, peleando por su propria mano, que llegó hasta la mitad del Campo, valerosamente sostenido de los Franceses, sin que de él retrocediese un paso. La noche pacificó la ira: nadie tocó á retirada; pero ambos Generales la mandaron con voz baxa. De los Alemanes murieron el Principe Joseph de Lorena, el de Vvitembergh, y el General Lenagen. De los Franceses ningun Oficial General; pero fue igual la pérdida: quedaron en el Campo doce mil hombres, y mas prisioneros quedaron de los Franceses. Por nadie quedó el Campo, ni la Victoria: los Franceses se gloriaban de no haver dexado pasar el Oglio á los Enemigos: estos, de haver embarazado el Sitio de Turín: por eso le determinaron con mas vigor los Franceses, y acercaron á él todo el Exercito. Salieronse de su Corte la Madre, Muger, é Hijos del Duque de Saboya. Temió mucho la Italia este Sitio, porque si rendian á Turín los Franceses, la imaginaban esclava. Sus Principes, estudiando cada uno su seguridad, favorecian por eso quanto era posible á los Alemanes.

No

No se le ocultaba esto á Luis XIV. y temiendo una Liga de Italia contra él, ó vencido de los ruegos de su Nieta la Duquesa de Borgoña, hija del Duque, embió por la posta al Señor de Dreuscen, mandando, se suspendiese el Sitio de Turín. De esto se dolió altamente el Duque de Vandoma: representó se perdia la mayor oportunidad: propuso infalible el rendimiento de la Plaza, y que con ella nunca saldrian de Italia los Franceses, facilitandoseles qualquier empresa; pero la Señora de Maitenon, y Xamillár, contemplando á la Duquesa de Borgoña, hicieron persistir al Rey en el Decreto, del que resultó, como verémos, perder el Rey Catholico los Estados de Italia. Vandoma propuso, no servir mas en ella, y que se perdiese en agenas manos; porque yá veía, que difiriendo el Sitio á otra Campaña, se daba tiempo á los Enemigos de aumentar su Exercito, y conocia quantas inteligencias tenia en París el Duque de Saboya, y que no se hacia la Guerra con el dictamen del entendimiento, sino de la voluntad. Embiaronse á Quarteles de Invierno las Tropas, y algunas á Nisa, y Susa, porque havia hecho el Duque de Saboya esparcir un falso sumor, que se prevenia una Armada en Londres á favor de los Calvinistas de Francia. El Governador de Asta la desamparó, porque dió, engañado, esta orden el Secretario del Duque de la Fullada: luego la ocupó el de Saboya: el Principe Eugenio se fue á Crema, y el Duque de Vandoma á Pizzigitón. No se podia proseguir operacion militar alguna por las continuas lluvias, rara vez vistas con tanto exceso, que pareció se sumergia la Italia. Salieron de madre el Pó, Adda, y Athesis, y mucho mas el Ticino: perecieron muchas familias, llevadas de la violencia del agua las casas: se vió en este Rio, arrebatado en su propria cuna, un Niño, con un Perro, que con él dormia, y navegó asi por dos dias, hasta que un hombre del campo le sacó. Lo irregular de las lluvias no retardó al Duque de Bervich el Sitio del Castillo de Nisa: impediale el paso el Varo entumecido, y mandó reparar los Puentes, que se havian llevado las aguas: traxeronse por Mar de Lenguadoc, y Provenza los Viveres, y Municiones, y se levantó Trinchera. El Señor de Carail defendia el Castillo con dos mil Presidiarios, hombre valeroso, y experimentado. Havia

mi-

minado toda la Fortaleza, y hecho quanto cabia en el arte para dilatar la defensa; y como feneció el año, antes de cumplirse esta Expedicion, lo dirémos en su lugar.

No ardia en menores llamas la Alemania, y Flandes. Los Bávaros, mal hallados con el nuevo dominio, llamaron al proprio Dueño: transpiróse el secreto, y padecieron mas dura servidumbre: demuelense las fortificaciones, y ni á la principal de Mónaco se perdonó. Los Franceses hacian sus Almacenes en Theonville, y Metz: haviase reclutado con diligencia, y vino á mandar el Exercito el Mariscál de Villars, que havia sido creado nuevamente Duque, y Par de Francia. El Señor de Halmen, Ministro Olandés, corrió las Cortes de Germania, para inflamarlas á la guerra: no era menester esto, porque el Rey de Romanos lo hacia con mayor eficacia. Los Coligados hicieron su Junta de Guerra en Treveris, y la fortificaron, para que fuese mas libre la navegacion á la Mosela: edificaron un Castillo en el Monte, y se hicieron diques, para soltar las aguas quando fuese preciso. El General Doph, Olandés, llegó con sus Tropas á la Mosela: aqui se juntaron las de los Principes de Alemania. Viendose inferior en fuerzas Villars, dispuso, que el Mariscál de Villa-Roy inflamase la Guerra en la Olanda, para distraer á los Aliados; y estudiando su seguridad, echó del Puente de la Brilla á los Palatinos, sorprehendiendolos. El Señor de Rosél, Francés, debastaba la Tierra del Ducado de Dupont, y obligó á sus moradores á retirarse á Landau, y Maguncia: tambien ocupó á Hembergh, y Saarbourgh. Las Tropas de Suevia, y Franconia se acercaron á Philisburgh, que eran 23ų. hombres, á los quales se juntó el Principe de Badén con 30ų. Aún no se havia determinado en Viena Expedicion alguna: embarazabalo la quebrada salud del Emperador Leopoldo, que yá daba señas del ultimo peligro; y por eso á 23. de Abril, prevenido con los sacramentos de la Iglesia, al siguiente dia hizo su Testamento, en que, despues de Joseph su Primogenito, (si muriese sin descendencia varoníl) nombró por Heredero de todos los Países Hereditarios á su segundo hijo Carlos. Dió las razones por qué inclnía en ellos los Reynos de Ungría, y Bohemia, explicando, que ésta fue ganada por Armas, vencido en la Batalla de Praga Ferdinando;

do; y aquella conquistada con grandes expensas, sacandola del poder de los Turcos, y que no havia dado Decreto alguno, en que se les restituyese la antigua libertad, ó derecho de eleccion. Dióle su hydropesía lugar á todas estas justas disposiciones, y á los 5. de Mayo murió, de edad de 65. años.

Este fue uno de los mas esclarecidos, y afortunados Principes de su siglo. Era su aspecto magestuoso, la cara larga, y morena, poco pobladas las sienes, y el labio inferior un poco grueso, y levantado: la estatura mediana, y bien formada: era blando, prudente, recto, y religioso, aunque alguna vez dexó de parecerlo, porque las politicas de los Reyes tienen tan oculto fin, que hacen dudar de la verdad. Fue siempre casto, verídico, sobrio, y taciturno: montaba bien á cavallo, y entendia la Musica, á la qual, y á la caza estaba inclinado. No era liberál, ni magnifico, ni propenso á la Guerra. Tenia tanta experiencia de los negocios, que podia governar bien, si quisiera; pero el temor de errar, le embarazaba, y asi obedecia siempre á ageno dictamen. Ninguno fue mas abierto transgresor de las Leyes del Imperio: creó Reyes, Electores, y Principes á su arbitrio, y se hizo respetar mas, que muchos de sus predecesores. Conquistó la mayor parte de Ungría, y coronó dos hijos. De estos, el Primogenito Joseph, Rey de Romanos, fue elegido por Emperador; pero antes yá havia tomado las riendas del Imperio, porque su immoderado deseo al Trono, no le dexó esperar las acostumbradas ceremonias. Reconocióle toda la Europa, menos los Reyes de España, y Francia, los Electores de Baviera, y Colonia, que aunque hicieron sus protestas, no fueron atendidas, ni ellos admitidos al Congreso de Ratisbona, como pretendian: trataronse como rebeldes al Imperio, y creyeron los demás Electores ser en bastante numero para hacer válida la eleccion. Con el nuevo Emperador, declinó la autoridad de todos sus Aulicos, y Dependientes, y mucho mas la de su madre: su muger Amelia nunca la tuvo: con la misma se quedaron el Principe Eugenio, el de Badén, y Guido Starembergh. Tenialos por necesarios, y no le pesaba poco: creció el cuidado de la Guerra; y yá no hablaban tan alto los Eclesiasticos, y los Principes de Italia. Mandó luego ha-

hacer reclutas, y pidió nuevos donativos: presidió á Ratisbona, contra los Fueros de ella: daba la violencia el derecho.

Para no estar ociosas las Armas, se acercó con 17y. Ingleses á la Mosela el Duque de Malburgh. En Mastrich mandaba el Exercito de los Olandeses el General Overkerker. Determinóse en el Consejo de Guerra sitiar á Theonville, y Kell: encargóse la empresa á Luis de Badén, y á los Ingleses, y por eso pasó por Cusanbrik las aguas Sarrenses Malburg con mas de 100y. hombres, y puso su campo á vista de los Franceses, teniendo por la derecha la Mosela, y por la siniestra á Carnoldo. Estaba atrincherado en Sirchén el Mariscal de Villars: ocupaba la Cavallería la llanura, y la Infanteria las eminencias del terreno: solo por la frente podia atacar el Inglés, si queria la batalla; pero ninguno la buscó: por eso estuvo ocioso Overkerker en la Mosa, porque ésta entonces dependia de la Mosela. Logró de esta oportunidad Villa-Roy, y mandó al Conde de Gazén, pusiese Sitio á Huy, y se acampó en Viñamonte, esperando el exito: juntamente se abrieron las Trincheras contra la Ciudad, y el Castillo: mandabanlas los Señores Bouzols, y Artanian, varones esforzados, y á un tiempo batian á los Baluartes de Picuart, y San Joseph. Rindióse la Ciudad, y poco despues el Castillo, aunque bien defendido, y quedó prisionera la Guarnicion. Con esto se abrió á los Franceses todo el País de Lieja, y entrando en aprension los Olandeses, trageron de la Mosela mas Tropas. El Duque de Malburgh quiso juntar á las suyas las del General Tungén, y del Principe de Badén, para dar la batalla á Villars; pero no fue obedecido, porque Badén la creyó intempestiva. Tungén no podia moverse, porque le observaba el Conde de Marsin. Mucho se enfureció de esto el Inglés, y en el silencio de la noche retiró sus Tropas. Informó de esto el dia á Villars, y picó la Retarguardia de los Enemigos, no sin alguna felicidad, y la Cavalleria tomó algun bagage. Para quitar á Villars toda apreension Villa-Roi fingió el Sitio de Lieja, y puso sus Reales á vista de la Plaza. Precisó esto Malburgh á baxar á la Mosa, adonde tambien concurrió Villars. Los Ingleses se acamparon en Mastrich, y los Alemanes, y Prusianos en las lineas de Lautemburgh. Los Vvestphalienses, y Palatinos en Treveris, y los

Franceses en Theonville. Asi estaban los Exercitos, quando el Duque de Baviera tomó á Lieja; pero no haviendo podido rendir el Castillo, desvaneció el Sitio.

Mas fuertes estaban en la Mosela los Franceses: de repente se movieron Villars, y Marsin: éste ocupó á Vverseo, y Seltz: aquel rompio las lineas de Treveris, y ocupó la Ciudad: juntóse á Marsin, para asaltar las lineas de Landau, pero fué en vano, porque se juntaron al General Tungén los Prusianos, Suevos, y Franconios, con que hizo un Exercito igual al de los Franceses. No pudo estorbar esto que rompiesen las lineas de Vvisemburgh, desechos quatro Regimientos de Cavalleria: pasaron á Lautemburgh, y se presentaron á los Enemigos. Cinco dias estuvo Villars formado en batalla, y no la quisieron los Alemanes, atentos á guardar á Landau. Hacía el Francés dilatadas correrías hasta el Rhin: tomaron á Homberga con 800. prisioneros; pero luego pararon sus progresos, porque se destacó del Exercito de Villars gran parte de Tropas Para Italia, y asi le fué preciso estár sobre la defensiva, y reparar las lineas de Haguenau. Entendió la fausta constitucion de las cosas Luis de Badén, entró en nuevas idéas, y se acercó á Maguncia. Otra vez bolvió la Mosa á arder. Sitiaron los Olandeses á Huy, y á vista del Duque de Baviera la rindieron: fortificóse éste no lexos de Namúr, y dió ocasion al Inglés para quererle asaltar. La noche del dia 10. de Julio movió sus Tropas contra el Bávaro; y aunque ya havia amanecido, tuvo el favor de que hacia una niebla muy espesa, y de esta forma pudo llegar hasta las lineas sin ser visto. Dió el asalto por una sola parte: acudió el Bávaro á la defensa, y sin rumor de Tambores hizo el Inglés un Destacamento contra la parte que le pareció mas descuidada: rompióla, y por lo mas llano entraron los Olandeses, á los quales siguió todo el Exercito. Dióse otra batalla; pero estaban desordenados los Franceses. Los mas esforzados concurrieron á sustentarla, y entre ellos Don Pedro de Zuñiga, hermano del Duque de Bejar, y el Señor de Grandin, con sus Regimientos, pelearon valerosamente; y haviendo entrado los Ingleses á perficionar con la bayoneta la victoria, no mostraron poco valor los que retrocedieron con orden; y era tal, que bolvieron á reintegrar la pelea; pero car-

cargados de la muchedumbre, fueron vencidos. Quedó no poca gente en el Campo, y muchos prisioneros Franceses. Dixose, haver sido causa de la victoria de Malburgh, el haver el Bávaro estendido la linea hasta la eminencia de Bajeo, cuya extremidad estaba guardada de solos cinquenta hombres; y que hubiera podido aguardar la batalla en campo abierto, yá que era igual en fuerzas á los Enemigos. La fama, entonces poco propicia á los Franceses, divulgó, que estaban vistiendose, quando los atacó el Inglés, y que la mayor parte de ellos estaban en la cama, otros al espejo acomodando los bucles de la cabellera, y no pocos en chancletas.

De tan continuadas victorias tomaron gran brio los Aliados, nada les parecia dificil, y yá nada seguro á los Franceses. El Bávaro adelantó sus Tropas al Rio Dile, para cubrir al Bravante, y Antuerpia. El Inglés, que deseaba ocupar á Lobaina, determinó pasar el Rio: defendióle el Bávaro, y se retiró Malburgh con algun desorden, porque havian pasado yá muchos sobre un Puente que hizo de escabados troncos: y como era angosta la senda, fue la retirada precipitosa, y cayeron al agua muchos. Las Tropas del Señor de la Mota se juntaron con el Bávaro. El General Spaar mandaba un gran Destacamento de Ingleses, y Olandeses, que se hizo contra Sas de Gante: ocupó el Canal, y se infestaba todo el Pais de Bruges: acudió el Duque de Baviera, y se apartó Spaar con poco fruto. Juntas de una parte, y otra todas las fuerzas, se pusieron á la vista los Exercitos en Overesil á 28. de Agosto: estaba el Bávaro formado en una eminencia ventajosa: pasaron los Ingleses el Dile por donde corria menos furioso, para dar la Batalla: rehusaronla los Olandeses, y dieron á sus Tropas Quarteles de Invierno, baxo el mando de Overkerker, despues de haverse perdido de una, y otra parte algunos Castillejos de poca consideracion. Esta fue en este año la Campaña de Flandes.

El Mariscal de Villars, aún con pocas Tropas, invigilaba contra el Principe de Badén: con militar estratagema estendió por las Riberas del Rhin su gente, y la fingió mas numerosa: sacó los Presidios de la Alsacia, y determinó el no dar, ni rehusar la Batalla; y para explicarlo al Enemigo, obstentó formadas sus Tropas muchas veces. Luis de Ba-

dén tenia la misma idéa, y ocopaba las Cumbres, y los Collados, porque el Valle estaba cortado de intratables lagunas, y pantános. Deliberó sitiar á Hagenáo, y lo encargó al General Tungen. Villars conduxo su Egercito al Campo de Strasburgh, y se fortificó. El Aleman erigió un Puente entre Drusheim, y Ofendorf, para gozar de la feráz Isla de Dalandia, mas allá del Rhin. El Principe de Phrisia expugnó á Druskeim. Tungen bloqueabá solo á Hagenao, para rendirla sin sangre, sabiendo que estaba la Plaza mal proveída; pero viendo que se resistia, empezó á batirla: ofreció indecorosos pactos á su Gobernador el Señor de Perio, que no quiso admitir, y sacando con el favor de la noche los Cañones con sus Cureñas de los Baluartes, dexando para guardar la brecha al Coronél Harlin con pocos, salió con todo el Presidio por la puerta de Saverne, con grande orden, y silencio. Era sumamente obscura la noche, y dispuso por Vanguardia toda la Artillería: seguianse las Tropas, y detrás todo el bagage, para que sirviese de impedimento al Enemigo, si lo advirtiese: encontró con la gran Guardia de los Sitiadores, compuesta de cinquenta hombres: quisieron hacer oposicion, pero fueron rechazados. Al amanecer vió Tungen lo que le ocultó la sombra: mandó seguir los que se retiraban, pero yá era tarde; porque habian pasado el Soria, y no era facil vadear precipitosamente sus aguas. Rindióse Hagenao: Mayores idéas concibió el Principe de Badén; pero se hizo de sus Tropas un gran Destacamento para Italia, porque clamaba por el Duque de Saboya el Principe Eugenio. Los Estados de Baviera volvieron otra vez á armarse, y salieron á Campaña quince mil hombres. Ocupando de repente á Biburgh, Strambinph, y Braunavia, rindieron por escalada á Burgauso, y huvieran hecho mayores progresos, si se les huvieran unido los Bohemos, solicitados á la rebelion, que rehusaron. El Cesar, sin dilacion, embió Tropas baxo el Palatino, y el Principe de Vvitembergh: El General Vventzio recobró á Burgauso: resistianse los Sublevados, y fueron precisas algunas Capitulaciones para aquietarse.

Pasó el Duque de Malburgh á Londres, y recibió no pequeños aplausos de Vencedor: confirmabase cada dia en la gracia de la Reyna, y se le dieron 10y. libras esterlinas de

pension. Esto le cargó de embidia: no faltaba á sus Enemigos materia en que censurarle; y porque no podian en la conducta, y el valor, le notaban de avaro, y poco legal en la administracion de los grandes caudales que de Inglaterra se le remitieron, y de las contribuciones de las Provincias enemigas, y que decian haverse aplicado para sí; pero con la celebridad de los triunphos, y de la adquirida gloria, estaban los Ingleses ciegos. Gastabanse sumas inmensas de dinero: contribuían cantidades nunca vistas los Pueblos: baxaban las Acciones de los Bancos, y se disminuía el Comercio: todo servia para inflamarse mas en el empeño, y en nuevos gastos: nombraronse siete Almirantes para las esquadras, que se prevenian; y como faltaban Marineros, se traxeron con grandes expensas de Dinamarca. Dióse una Esquadra al Almirante Skiovél, para que corriese las Costas de Francia: uñadieronsele despues las Naves destinadas al Almirante Rooch, porque éste havia hecho dexacion de su empléo: entonces se mandó al Almirante Binghs, que con su Esquadra invigilase sobre los Puertos de Francia: otra se embió á la America, y se mandó á Skiovél pasase con la suya á Lisboa, donde entró faustosamente con ciento y treinta Velas, incluídas las de Transporte, porque llevaba doce mil hombres de desembarco, mandados por el Conde de Peterbourgh. Dieron vista á Portugal, donde luego se juntó Consejo de Guerra, en que asistieron, á mas de los Gefes de ella, y los Ministros del Rey de Portugal, el Principe Jorge de Armestad, el Almirante de Castilla, y el Conde de la Corzana: estuvieron tambien presentes los Reyes de Portugal, y Carlos de Austria, el Principe del Brasil, y la Reyna viuda Catalina, con el Principe Antonio Leichtestein. Suscitóse la duda de qual havia de ser la Expedicion, y los pareceres fueron varios. Gallobay dixo: »Se debia atacar á Lengua»doc, donde armados los Calvinistas, esperaban este socor»ro prometido de la Reyna: Que havia muchas inteligen»cias en Monpellér, Nimes, las Cebennas, y todo el Prin»cipado de Oranges: Que pasaban los Rebeldes de diez »mil, mandadas por Rabanél, y Catinacio, varones de va»lor, autoridad, y zelo por su Religion: Que estaba yá con»certado, luego que esta Armada pareciese, sorprender á

»Mom-

»Monpellér, Nimes, Agde, Pont de Lunél, y Pesenás, y »hacer correrías desde el Puente de Sancti-Spiritus á Nar»bona, infestar toda la Lenguadoc, el Bearnés, las Provin»cias de Fox, y Bigorra, hasta la Aquitania, porque aun en »Burdéos, y Bayona no les faltaba Religionarios; y tenien»do amiga toda la tierra del Principado de Oranges, á Me»rendól, y los Pueblos de la Montaña, era preciso que ca»yese Aviñón: Que se daba la mano esta conjura con la de »la Rochela, y Normandía; y que tenian los Judíos orden »de Olanda de subministrar el dinero: Que de todo estaba »entendido el Duque de Saboya, para atacar al mismo »tiempo el Delphinado: Que este era el unico medio de »suyugar la parte de la Francia, que baña el Mediterraneo, »donde havia pocas Plazas, y desprevenidas: Que todas las »Tropas estaban en el Rhin, en Flandes, y en Italia; y que »se vería precisado el Rey Christianísimo, teniendo en el »centro del Reino la Guerra, no solo á sacar á su Nieto de »España, pero á otras indecorosas condiciones, que repug»naba, y á dexar en sus Reinos libertad de conciencia, que »era lo propio, que eterna semilla de inquietud: Que no »se podia mantener la España sola, y que enflaquecida, ó »abatida la Francia, se lograba el intento. De este parecer »fueron todos los Ingleses, y Olandeses, y la Reina Cathali»na, con algunos Ministros de Portugal.

El Principe de Armestad dixo: »Se debia ir contra Bar»celona, donde esperaban al nuevo Rei con ansia: Que es»taba formada la conjura de la mayor parte de los Nobles, »y Ciudadanos, sostenidos de las Casas de Centellas, y Pi»nos, esclarecidas, y autorizadas en aquel Principado: Que »yá actualmente estaba la Plana de Vich sublevada, y que »solo ésta ofrecia ocho mil hombres: Que eran los Catha»lanes gente feróz, y pertináz en la rebelion, que la tenian »como por costumbre: Que el Virrey de Cathaluña era Don »Francisco de Velasco, hombre de poca autoridad, y abor»recido, que habia podido deprimir pocos Sublevados, por »falta de Tropas, y de conducta: Que no era Bacelona »Plaza fuerte, y que el deseo de mudar Dominio se habia »estendido á los Reynos de Aragon, y Valencia, cuya re»belion tenia ofrecido el Conde de Cifuentes, si con un pro-

por-

»pórcionado Exercito viniese el Rey Carlos: Que hasta los »Religiosos, y todos los Eclesiasticos estaban por la Casa »de Austria, menos los Jesuítas, y que en toda la Nobleza »havia una señal de conocerse entre sí los Austriacos, que »eran cintas de color amarillo; y que sabía havian llegado »á tal extremo los Confesores, que muchos no absolvian á »los que no detestaban en su corazon la dominacion de los »Borbones: Que rendida Cathaluña, era facil el camino á »todas partes, pues no havia en ella mas Plazas, que Tor»tosa ácia Valencia, y Girona ácia la Francia; porque Rosas »era maritima, y puesta á un lado: Tarragona no era Plaza »regular, ni estaba presidiada: Que el Reyno de Aragon es»taba abierto todo; porque Lérida era un antiguo Castillo »mal formado, y de ninguna resistencia, por lo qual estaba »tambien expuesto el Reyno de Valencia, cuya unica For»taleza era el Castillo de Alicante, en la orilla del Mar: »Que havia junto á Phelipe de Borbón muchos traydores, »que no lo parecian, de la primera orden de la Nobleza, »cuyos nombres havia dado al Emperador; y que él salia »por fiador, sobre su cabeza, del felíz exito de la empresa, »sin que se hiciese reparo sobre la infelicidad de la primera »Expedicion del General Rooch, porque no havia gente de »desembarco, ni estaba el Rey, como se les havia ofrecido: »Que la Expedicion contra la Francia, era una guerra pro»lija, dudosa, y de inciertas consequencias, aun vencien»do: Que el objeto era España, y que se debia ir directa»mente contra ella. De este parecer fué el Rey Carlos, y todos los Alemanes, porque sabian, que ésta era la mente del Cesar.

A ambos se opuso el Almirante de Castilla, queriendo probar: »Que el golpe mortal para la España, era, atacar »la Andalucía, porque nunca obedeceria Castilla á Rey, »que entrase por Aragon, porque ésta era la Cabeza de la »Monarquía; y rendidas las Castillas, obedecerian forzosa»mente los demás Reynos, y aun la Cathaluña, y con mas »facilidad, yá que estaba inclinada á los Austriacos: Que »sería pertináz en el amor á el Rey Phelipe Castilla, si pre»sumian los Reynos de Aragon darle la Ley; y que entrar »por la Cathaluña, no era mas que introducir la guerra ci»vil,

»vil, con la ruina del Imperio, que se iba á conquistar: Que »las promesas del Conde de Cifuentes no tenian fundamen»to, y poco se podia prometer de lo que havia sembrado »entre gente infima: Que era hombre de sangre ilustre, mas »no de los de mayor autoridad, ni Grande, y que su vani»dad le hacia esperar imposibles: Que no se debia fiar el »Rey á los Cathalanes, gente voluble, y traydora, y tan »amante de sí misma, que si les importase, mudarian lue»go partido; porque solo contemplaban el rostro de la for»tuna, y no podrian executar quanto quisiesen, porque te»nian contigua la Francia, que embiaria socorros frequen»tes, y oportunos, para cerrar la Cathaluña entre dos fue»gos: Que no era facil con doce mil hombres tomar tantas »Plazas, ni eran de servicio alguno los del País, que solo »saben pelear como Ladrones, enteramente ignorantes de »la disciplina: militar: Que para rendir este Cuerpo de la »Monarquía, se debia dar el golpe á la Cabeza, que era Cas»tilla, y que la mejor puerta para ella era Andalucía, por»que estaba en Cadiz, y Sevilla el Emporio de la America, »la qual obedeceria al Dueño de ellas, y que se le quitaba »de golpe á la España, sin gasto alguno, ni guerra, las In»dias, y el manantial de quanto oro, y plata se gastaba oy »en el Mundo: que plantaría en Sevilla su Corte el Rey, »lugar acomodado para el Comercio de Ingleses, y Olan»deses; y que perdida la Andalucía, no tendria el Rey Phe»lipe, ni dinero, ni Cavallos para formar sus Exercitos: Que »tambien podian entrar los Portugueses á ella por los Al»garves; y si este camino les parecia escabroso, avigorar la »guerra por Estremadura, que era una fuerte diversion, y »tambien atacaba el corazon del Reyno; que al fin, que »si el Rey llegaba á Madrid por el Betis, el Duero, y el Ta»jo, afirmaría su Trono; Pero si venía por el Segre, y el »Ebro, no podria permanecer en él.

Este voto fue de la aprobacion del Rey de Portugal, y de los mas de sus Consejeros; y se huviera inclinado á él el Rey Carlos, si no sostuviera la opinion del Principe de Armestad el de Leichtestein. En este congreso nada se determinó. Despues de haver desembarcado el General Skiovél, huvo otra Junta, y se resolvió ir á Barcelona, no dexando

la

la Guerra de Estremadura. Para dar en ella algunas disposiciones, se embió á Estremóz al Almirante de Castilla, que apesarádo, y con tédio de sí mismo, porque no le salian favorables sus idéas, tuvo un grande accidente apopletico, con pérdida de los sentidos: bolvió á ellos á fuerza de cauterios, recibió los Sacramentos, é hizo Testamento: dexó por heredero al Rey Carlos, despues de cumplidos no pocos legados, y obras pías; y por Curadores Testamentarios al Padre Casneri, y Cienfuegos. Al otro dia le repitió el accidente á la misma hora en que le habia acometido, y espiró. El Rey de Portugal hizo magnificamente depositar su cadaver á proprias expensas fuera del Pantéon de los Reyes, en la Iglesia de Bethlén, hasta que se fabricase el Sepulcro que habia ordenado en su Testamento. Se dixo, que lo habia sentido poco el Rey Carlos, á quien le era pesado un hombre de tanta magnitud, que con nada se podia contentar.

Descubierta la conjura de los Calvinistas de Francia, y entregados al suplicio los Autores, con otros trescientos Sequaces, no tenia yá mas lugar la opinion de Gallobay, ni aun la del Almirante, porque havia el Rey Catholico presidiado, y abastecido bien á Cadiz, y las costas de Andalucía, y se habia descubierto en Granada la conjura, que tramaba un indigno, y relaxado Religioso de la Orden de los Minimos de San Francisco de Paula, llamado Francisco Sanchez, hombre iniquo, cuya sutileza de ingenio le servia solo para cometer los mas horrendos delitos. Yá sin contradicion el parecer del Principe de Armestad, aprobado por el Cesar, y sus Confederados, se hizo á la vela la grande Armada de Ingleses, y Olandeses, con el Rey Carlos, que dexó por su Ministro en Lisboa, con caracter de Embiado, al Padre Alvaro Cienfuegos: á 11. de Julio dió vista á Cadiz; y para fingir alguna idéa, empezaron las Naves á sondear las aguas de la Isla de Leon: embarazólo la Artillería de la Plaza, y por la noche se bolvieron á partir, enderezando la Proa á Gibraltar: el tiempo les hizo dár fondo en Cabo Spartél: permanecieron alli cinco dias, y algunos despues se entretuvieron en Gibraltar: pasaron el Estrecho, y á 9. de Agosto se dexaron vér en las aguas de Alicante: pusieronse á la capa, mientras bolvia la respuesta de unas Cartas, que

embió con una Lancha el Principe de Armestad al Governador del Castillo, y al Magistrado. La respuesta fue honrada, y conforme al yá prestado juramento. Pasaron á Dénia, y desembarcó, disfrazado en humilde trage (no improprio de su nacimiento) un tal Baset, Valenciano, que havia muchos años servia en Alemania, viviendo aún Carlos II. Este, perito en la lengua, y en el País, concitó á la rebelion á unos hombres de alguna autoridad en los Pueblos, valientes por su persona, y arrojados: tenian poco que perder, y asi, nada aventuraron en la sublevacion: estos eran Gil Cabezas, Vicente Ramos, y Pedro Dávila: no les faltaba Emisarios en el Pueblo, que ofrecian entera abolicion de tributos: tumultuóse la Plebe, y se rindió la Ciudad, no tenia el Castillo provisiones, y con solo amenazas, y promesas hizo lo propio: aclamóse al Rey Carlos, y mandaba por él Baset, con un Despacho de Virrey, y Governador de las Armas en todo el Reyno de Barcelona: no se descuidó de turbar los confines, y creció el numero de los Sediciosos, mas de lo que se debia temer, porque concurrieron de todo el Reyno Facinerosos, y Foragidos, y los que por falta de bienes querian tentar nueva fortuna. Baset quitó las gabelas, y todo genero de tributos: de esto se regocijó mucho la Provincia: contribuía con todo lo necesario á la Guerra, pagaba mucho mas, pero no lo advertia, porque lo hacia voluntariamente, aborreciendo el nombre de tributo, ó porque se vistió de un nuevo afecto, y empeño á la voluntad. (asi nos engañan nuestras pasiones, quando no bien examinadas, las permitimos que empiecen) Con estas noticias se le embiaron á Baset dos mil Ingleses, que se hubieran internado en el Reyno, si no lo embarazáse Don Luis de Zuñiga, á quien se juntó, con un Destacamento de Guardias de Caballería, Don Joseph de Salazar. En Oliva se juntaron veinte Compañias de Infantería, y ocho de Cavallería. Embióse al Duque de Gandía, autorizado Magnate en aquel Reyno, para mantener en fidelidad los Pueblos. Era Virrey el Marqués de Villa-Garcia, hombre ilustre, bueno, maduro, y politico: havia sido Embiado en Genova, y Embaxador en Venecia, y asi, no era su profesion la Guerra: esforzaba quanto podia su eloquencia, para mantener leales aquellos Nobles, que gran-

par-

parte de ellos vacilaba, y por eso era menester armas, y no palabras.

A 22. de Agosto dió fondo en las Costas de Barcelona, á vista de la Ciudad, la Armada Inglesa: empezó á cañonear la Ribera, y se retiró la poca Cavallería que la guardaba. Hicieron su desembarco las Tropas; y aunque se prevenia para la defensa Don Francisco de Velasco, no tenia lo necesario para esto. La Ciudad fingió mas miedo del que padecia, y todo era traycion. Los principales Conjurados fueron el Conde de Centellas, Don Joseph, y Don Miguél Pinos, los Clarianas, Don Antonio de Bujados, Conde de Zaballa, Don Francisco Amat, Don Pedro Samenat, Don Juan Antonio de la Paz, Bernardo Joseph Sabastida, y otros muchos. Mostraronse fieles al Rey los Marimones, Cortadas, Ons, Copons, Tarberners, el Marqués de Rupit, el Conde Bornonville, Don Geronymo Rocaberti, Don Francisco de Agulló, el Marqués de Argensola, la Casa de Gironella, Don Pedro Desbasch, Ilart, Cartellas, y otros; pero eran mas en numero los contrarios.

Acaso estaban en Barcelona el Duque de Populi, con su Compañia de Guardias Italianas, que havia traído de Napoles, el Marqués de Risbourgh, y el de Aytona, hombres de incontrastable fidelidad, y valor: estos asistian á Velasco; pero faltaban Tropas, y las que havia, en parte adhirieron á la conjura. La gente que desembarcó, obedecia al Conde de Petersbourgh; pero la disposicion de la Guerra estaba á cargo del Principe de Armestad, que á cada instante despachaba Cartas, y Manifiestos á la Ciudad, y su Comarca. Esperaban se sublevase la Provincia, y asi iba lento el Sitio, y no formál, dilatandose las hostilidades veinte y cinco dias. Callaban con doble engaño los Nobles, que adherian al Rey Carlos; pero adelantaban, quanto les era posible, su partido. Dispusieron que seis mil Rebeldes, y Foragidos llegasen hasta las Puertas de Barcelona, y aclamasen al Rey Carlos. Esta era una turba de los hombres mas perversos, y malvados de todo el Principado, que buscaban en la rebelion el perdon de sus delitos: enarbolaron Estandarte Austriaco, y ciñeron la Ciudad, lo que bastaba á que no la entrasen Viveres del circunvecino Village, y á que probasen

los Moradores alguna penuria, exagerada de los Traydores, para commover al Pueblo. Pidió Velasco dinero al Magistrado de la Ciudad, y descaradamente se le negó: estaba yá todo corrompido, y algunos Ciudadanos, y Nobles salieron á sublevar la Provincia con felicidad, pues yá todo el País abierto estaba por el nuevo Rey. Algunas Ciudades muradas esperaron de mala gana á que se presentasen Tropas enemigas, que no las tenian por tales, porque luego las abrian las puertas.

A 29. de Agosto desembarcó el Rey Carlos, avisando de esta novedad al Reyno con duplicada salva de Artillería: Tratóse luego como Rey Catholico, y con estas ceremonias recibió, y dió pública Audiencia á los Embaxadores de las Coronas, que consigo traía: el Duque Moles, por el Cesar: el Conde de Methobin, por la Reyna Britanica; y el Conde de Azumar, por el Rey de Portugal. Plantóse el Real Pavellón, y se abrió como una feria á la ambicion, y á la codicia, porque luego se dieron premios, y honores. Los Paysanos corrian, desde el Hospitaleto al Puerto. El Conde de Cifuentes se internó más, y sublevando los confines del Principado de Cataluña, y esparciendo Papeles en lengua Española, y Cathalana, no solo sediciosos, pero insolentes. Con la mayor brevedad se erigieron de tierra, y fagina dos Castillejos, contra las salidas de la Plaza, y de Monjuy. Batianse yá los muros, y se empezó el bombardéo por Mar, y Tierra: poco fuego hacia la Ciudad, por falta de Artilleros; porque los del País, ó huyeron, ó se escondian, ó disparaban sin bala. Aun desleal queria la Ciudad conservar la imagen de fiél. Fue el Pueblo á pedir armas al Virrey, aunque yá sabian, que no las havia: ofrecen defenderse, y todo era nueva traycion. Los Nobles mas desafectos fueron á ofrecerle su persona, y sus haberes, no solo porque se corrian los mas advertidos de quedar borrón de la historia, como porque no viendo todavia Sitio formál, aún dudaban de la felicidad de la empresa. Nada ignoraba el Virrey; pero no lo podia remediar: faltabanle fuerzas para defenderse de los Estrangeros, y reprimir la insolencia de los Naturales: todo el mando se reducia á ruego; y aunque con los pocos, de quienes podia fiar, no descuidaba de su obligacion, todo era

en

en vano. Por horas sabian los Enemigos lo que pasaba en la Plaza, no solo porque se hacia gala de la desercion, sino porque tenian dentro tantos parciales, que por hacerse merito, iban á porfia á dár las noticias.

Quinientos Cavallos, y mil Infantes Ingleses fueron contra Figueras, donde havia setenta Soldados, y ni una embaxada fué menester para rendirla. Con sola ella lo hizo Girona, donde havia tres Compañias, que havian tomado yá partido antes de entregar las Llaves. El Governador de Rosas despreció amenazas, y promesas, descubrió en su primer origen una conjura, que se iba formando, y mantuvo la Ciudad Por el Rey Phelipe. Yá todo el Principado en armas, se enfureció contra sí mismo: hallaron la mayor oportunidad los facinerosos, y malvados, y llenaron la tierra de sacrilegios, violencias, adulterios, robos, homicidios, y si acaso encontraban algun parcial de los Borbones, le trataban con piedad, si le daban luego la muerte. Pasó la licencia á un furor, que lo atropellaba todo. Los mismos Catholicos violaban los Templos: buscaban á los que tenian fama de ricos, y á fuerza de tormentos querian exprimir, aun mas de lo que los infelices poseían. Atado à un leño el padre, miraba violar á su hija, y el marido el forzado adulterio de su muger. Dudárase de la verdad, si la escrivieramos como es en sí. No puede la ingeniosa malicia inventar atrocidades, y crimenes, que no cometiesen los Cathalanes contra sí mismos. Los Ingleses profanaron los Templos, y las Sacras Aras, haciendolas theatro de la torpeza. Servian las Imagenes para el escarnio, jugando con lo insensible la impiedad. Dios vivo en el Sacramento de la Eucharistía se dexó pisar de sacrilegas plantas, y aun mas ignominiosamente le trataron muchos Hereges, que tiene la pluma horror para escrivirlo. Haciase de los Templos pública casa de lascivia, lecho de los Altares, y alguna vez cavalleriza: al fin, mas rabiosa, que regular aquella guerra, enfurecida la tierra contra sí misma, tuvo todos los ensanches la malicia. Muchos Sacerdotes, y Religiosos, cuyas Ordenes, y nombres callamos, por veneracion al Santo Instituto, dexando los Sagrados Habitos de él, se vistieron de Vandoleros, ciñeron armas, y no dexaron atrocidad, sacrilegio, y torpeza, que no cometiesen: muchos ayudaban

á

á los Hereges á sus execrandas violencias: era el pretexto la causa Pública, y el amor al Rey Carlos, y hacian servir el nombre de un Principe piísimo, y religioso á sus iniquidades. Hizose una injuriosa Expedicion contra Lérida, y se presentaron á la Ciudad trescientos Infantes del País, que era sus armas antiguas, y denegridas espadas, y mal prevenidas escopetas, palos, y lanzas: con poca diferencia armados venian otros ciento y cinquenta á cavallo en mulos, y borricos con albarda. Este fue el formidable Exercito que sitió á Lérida, y con la amenaza de que les destruirían sus Huertas, y Jardines. Prevenido yá de algunos Emisarios el Pueblo, tumultuoso, pidió al Magistrado que abriese las puertas: opusose con fidelidad constante el Obispo Don Francisco de Solís, Religioso de la Merced, hombre bueno, sabio, y que entendia lo que era de su obligacion: convocó el Clero, y se ofreció á la defensa; mas yá sordo, ó corrompido de promesas el Pueblo, aclamó al Rey Carlos, abrió las puertas, y convirtió las armas contra los que le parecieron desleales: uno de ellos, que fue Don Antonio Cabderilo, viendose perseguido de la muchedumbre, se escondió en una cueva: huyó el Obispo á pié, con solo su Breviario, y dos Criados, y se retiró á Fraga. El Gobernador de la Ciudad, con veinte y quatro hombres que tenia de presidio, se acogió al Castillo, y luego desertaron todos. Quedóse con seis enfermos; y estos, sin noticia del Gobernador, abrieron las puertas. Asi se perdió Lérida, casi de la misma manera Tortosa, y todo lo restante de Cathaluña, pareciendo aquel espiritu de sedicion un fuego, que prendia en los áridos campos de las mieses: tan dispuestos estaban á la rebelion aquellos animos. Yá tenia Barcelona la brecha abierta, y habian hecho las bombas algun estrago en los edificios. El Virrey dió permiso para que saliesen las Mugeres, Viejos, Niños, y Enfermos: de las Señoras salieron muchas, y de los demás solo los que se fueron al Rey Carlos. El Principe de Armestad determinó atacar primero á Monjuy: á 14. de Septiembre por un Desertor supo el nombre del Santo que havia aquella noche dado el Governador del Castillo, y fiado en las sombras, conduxo un buen numero de Tropas á sus Muros, disfrazado en Granadero: dió en-

engañosamente el nombre del Santo, y aclamó al Rey Phelipe para que se le abriese el Rastrillo: havia yá llegado al Foso, y sin orden alguna, aclamaron imprudentemente sus Soldados al Rey Carlos. Conocieron los Españoles el engaño, y se pusieron en defensa: una bala de Artillería hirió al Principe en un muslo, apartaronle en ombros de los suyos, para retirarle á su Tienda, y estando, al parecer, fuera de tiro, le pusieron en tierra para que un Cirujano le tomase la sangre, que la vertia en gran abundancia, y atase la herida. Estando en esto, un casco de bomba, que rebentó no muy lexos, hirió otra vez al Principe en un ombro, y le mató. El ruido informó á Don Francisco de Velasco del hecho: hizo una salida, y rechazó á los Enemigos. Peterbourgh, antes de saber la muerte de Armestad, viendo la infelicidad de la primera empresa, y queriendo perder al Principe, por embidia de la direccion que se le habia encargado, repugnando trabajar para construir agena gloria, mandó embarcar todas las Provisiones, Armas, y Pertrechos, y que se bolviese al Navío el Rey Carlos, para atribuir la desgracia al Principe, no haviendo sido jamás de su aprobacion la empresa de Barcelona. Mientras estaban alistando lo que se habia de llevar á la orilla del Mar, y recogiendo los equipages, supo la muerte del Principe, y mudó de dictamen, porque como veía que todo el peso del negocio se reservaba á su conducta, y se le atribuiría la gloria, no teniendo yá quien se la compitiese, se aplicó con mas vigor, y tenacidad á la expugnacion de la Plaza: mandó, que nada se embarcase, y se prosiguieron los ataques. Al otro dia batió los Muros con mas fuerza, y el Castillo de Monjuy: una bonba dió en el Almacén de la Polvora de Barcelona, cayó la muralla, y mató algunos Soldados; luego, sin perder tiempo, dió el asalto el Inglés, y se alojó, aunque en estrecho lindar: llenóse de lamentos, y confusion la Ciudad, exaltados de la traycion.

Adelantan los aproches los Sitiadores, y tambien batían la Muralla los Cañones de las Naves. Clama el Pueblo, pidiendo la rendicion, y al mismo tiempo huyen los mas de los Soldados, y se fueron, ó al Exercito Inglés, y á los Rebeldes. Pocos leales acompañaban á Velasco, que juntando Consejo de Guerra, hizo llamada. A 9. de Octubre se capi-

tuló

tuló con 49. Articulos. Estuvieron de acuerdo el Virrey, y los Militares, á quienes les quedaron todos los honores en la salida, por la brecha, Bala en boca, y Tambor batiente, seis Piezas de Artillería, veinte Mulos cargados, y setenta Carros, quince de ellos cubiertos, sus Armas, y Cavalos á la Cavallería, y que con sus bienes pudiesen salir los Nobles, y Ciudadanos que quisiesen seguir el partido del Rey Phelipe. La Ciudad no quiso entrar en estos pactos, y dixo, se entregaba á la clemencia del Rey Carlos: estaba mas segura con lo que yá habian tratado los traydores, que con lo que la podian procurar los leales. Determinóse para el dia 14. el salir el Virrey, y los demás. Divulgóse maliciosamente, que se llevaria los que tenia presos en las Carceles. Con sola esta noticia se tumultuó el Pueblo: tocó al arma con una Campana, que le convoca: abrió las Carceles, sacó los presos, y yá embriagados en la ira, buscan los parciales del Rey Phelipe, saquéan sus casas, y las aplican fuego: algunos padecieron la muerte, otros mil escarnios en las públicas Plazas: Buscan al Virrey para matarle, el qual estaba encerrado en el Castillo, y creció el tumulto, porque entró á saquear la Ciudad el Exercito de los Rebeldes con 700. Desertores. Pediase á voces la muerte de Velasco, y asaltan el Castillo una turba de Albañiles, rompen las primeras puertas, y le aplican fuego. Tanto ruído llamó al General Inglés, que entró para apaciguar el tumulto. Esto salvó á Velasco, sacandole por una puerta falsa al Mar, y á una de las Naves Inglesas. Opusose Peterbourgh al desorden de los Sublevados, y se llevó á su Tienda á los hombres de mas distincion, que seguian el partido del Rey Catholico. Estos fueron el Duque de Populi con su familia, el Marqués de Aytona, el de Risbourgh, el Conde de la Rosa, Don Manuel de Toledo, y toda la Compañia de Guardias, que vino de Napoles, de los quales no desertó uno; todos eran Nobles, y los mas de las Casas mas Ilustres de aquel Reyno: Dió pasaporte el Inglés á quantos quisieron ir á Madrid, que fueron las Casas de Ginorella, de Rupit, de Argensola, de la Floresta, de Oms, de Llar, de Darnio, Cortada, Marimón, Grimaos, Taberners, Don Juan de Josa, y Don Agustin Copons, que obstentaron la mas gloriosa, y constante fidelidad. Otros muchos

chos siguieron el exemplo, que fuera prolixo referirlos; y aunque no se hace aquei mencion de ellos, no se les quita cosa de su gloria. Tambien salieron muchos Eclesiasticos, Inquisidores, y Ministros, algunos Jesuítas, y Religiosos de San Benito. Desde su Real Pavellón confirmó los Privilegios del Principado, y de la Ciudad el Rey Carlos; y dió por nulos los Decretos, y Mercedes del Rey Phelipe: Creó Grandes al Conde de Cifuentes, al de Centellas, Zaballa, y Pinos: hizo algunos Marqueses, y Condes, y nombró por Governador de Cathaluña á Don Pedro Samenat. Muchos, ambiciosos del premio, fingieron servicios, que no havian hecho: la codicia no les dexaba vér, que se imponian la nota de traydores. Algunos perseveraban fieles, y no pudieron mostrarlo, ó por amor á sus bienes, ó por remision de animo. Tratóse con desprecio el Retrato del Rey Phelipe: quemó la Ciudad los Privilegios, que le havia concedido; pero no dexó de guardar copias, por lo que podia suceder despues. (que los desleales todo lo juzgan voluble, como su fee.) Rebosaba alegria la Ciudad quando entró el nuevo Rey: parecieron Efigies, y Estatuas injuriosas á los Franceses; y la humilde Plebe, y Mugercillas cantaban insolentes canciones en oprobio del Rey, que havian tenido. La Ciudad violaba sus Privilegios, en lo que contribuía; y además de dár todo lo necesario para la Guerra, fundó Rentas para la Casa Real, y se encargó de insoportables no conocidas expensas: permitióse á los Luteranos, y Calvinistas Cathedra pública, porque tambien obedecia el Rey Carlos á la necesidad.

La Ciudad de Tarragona tambien, á exemplo de su Capital, queria sacudir el yugo: presidiabala con su Regimiento Don Pedro Vico, Cavallero Sardo: hizose un Destacamento de Ingleses; y apenas fueron vistos de la Plaza, quando se tumultuó el Pueblo, abrió las puertas, y se rindió prisionera la Guarnicion. Partió el Almirante Skiovél para sus Puertos, dexando 10y. Ingleses en Barcelona de Tropas arregladas; y de las del País entraron hasta 9y. hombres, que aunque escogidos, mas servian para la confusion, que para la defensa: fortificaronse los confines, y se embió á Lérida, con un Regimiento de Cavallería Alemana, al Principe Enri-

que de Armestad, hermano del difunto Jorge. Peterbourgh pasó á Girona, y despues de fortificada, y hecho un nuevo Baluarte, ( al qual puso por nombre *la Reyna Ana* ) se dexó competente Guarnicion. Bolvió á tentar en vano la fee del Governador de Rosas: faltabale lo necesario para el Sitio, y asi se bolvió á Barcelona. Las Partidas de los Rebeldes corrian los confines del Reyno de Aragon, y aun se internaban con el Conde de Cifuentes: dió la obediencia Caspe, y Alcañizas, y vaciló el Reyno. Para confirmarle fiel, hizo los mayores esfuerzos el Arzobispo de Zaragoza Don Antonio Ibañez, y la mayor parte del orden de los Nobles: levantóse gente á cargo de Don Martin de Espinosa, Governador de Xaca, y hicieron á su costa por el Rey muchas levas el Conde de Peralada, y el de Atarés, los Marqueses de Campo Real, Villa-Segura, y de Liert, con Don Juan Perez de Muros, hombres nobilisimos, y facultosos. Con errado dictamen se llamó del Reyno de Valencia, para defender á Aragon á Don Joseph de Salazar, con las Guardias de á Cavallo; porque era el que se oponia á Baset: formóse en Aragon un Cuerpo de doce mil hombres, mandados por el Principe de Sterclaes: Salazar se adelantó á Fraga, y mucho mas el Conde de San Estevan de Gormáz, porque pasó hasta Lérida quando yá estaba fortificada de manera, que era menester Sitio formal, y entonces no havia prevenciones para ello. Por Hijar queria penetrar en Cathaluña Sterclaes, para dár la Batalla á los Ingleses, si ellos quisiesen; pero no tenian tal intencion: Recobró sin dificultad á Alcañizas, desarmó al Pueblo, y casi se cogió alli al Conde de Cifuentes, que salió en una Litéra. En Calandra se havian fortificado algunos Rebeldes: tomaronla los Españoles, y ahorcaron 50. de ellos: desde entonces, por un decenio, empezó á manar sangre de Cathalanes la Provincia. Toda la Tierra, que está entre los Rios Cinca, y Segura obedecia al Rey Carlos, á quien tambien se rindió Ribagorza, y los Valles de los Pyrinéos; pero no se pudo adelantar á Xaca, porque los Bearneses presidiaron su Castillo. Escarmentados quedaron los Rebeldes de atacar á Maella, y murieron muchos. El Conde de San Estevan de Gormáz, y el de Guaro aseguraron á Belgida, y Atienza, con la tierra circunvecina.

Des-

Despues de la ausencia de Don Joseph de Salazar creció la rebelion de Valencia. Perdióse Oliva, por arte del Coronél Don Joseph Nebot, que con todo su Regimiento, en el ardor de una accion, se pasó á las Tropas Austriacas, llevandole engañado. Algunos Capitanes, amantes de su honra, detestaron tan vil hecho, y quedaron prisioneros: los mas tomaron partido, y pocos supieron su depravada intencion. Tambien dió la obediencia Gandía, y yá vacilaba la Metropoli del Reyno, donde la mayor parte de la Nobleza estaba por el Rey Carlos: Era el Autor de la sedicion el Conde de Cardona, hombre en aquella Ciudad nobilisimo, y de grande autoridad. El Arzobispo de Valencia defendia la parte del Rey, y con esfuerzo persuadia á la fidelidad: Sus Subditos le escuchaban poco, y los mas estaban contaminados, esperando cada uno, con el nuevo Govierno, nueva fortuna, ó adelantar la que poseía: algunos Nobles sacaron la cara por el Rey Phelipe, los Condes de Palma, de Belgida, el de Escallen, el de Albayda, el de Parsent, el del Real, de Cerbellón, y Carlet, los Marqueses de Suma-Carcel, Villanueva, y Almenára, con otras muchas Familias de Nobles: los Ferreres, Balterras, Milanos, y otros, que por no ser prolixo omitimos. El Pueblo meditaba la rendicion: commovióse quando llegó Baset, llamado del Conde de Cardona. Salióse de la Ciudad el Virrey Marqués de Villa-Garcia. Furioso el Pueblo, abrió las puertas, y aclamó al Rey Carlos. Entaó Baset con quinientos Infantes, y trescientos de á Cavallo, y Don Joseph Nebot con mucho numero de Rebeldes: Poco Exercito rindió á Valencia; pero no se podia resistir. Baset explicó su caracter de Virrey: sobstituyóle luego en el Conde de Cardona, y despues le confirmó el Rey Carlos. Dióse libertad para que saliese qualquiera que quisiese: Hizolo el Arzobispo, con el Inquisidor Don Diego Muñóz, y muchos Nobles, Escriban, Castelvi, Armengól, Don Luis Mercader, los Marqueses de Busian, y Castellar, á mas de los yá nombrados. De los Ministros el Regente Garcia de Soto, y otros once. Tambien quedaron aqui parte de los Leales, que no tuvieron valor de probar la adversidad de la fortuna. Todo le era facil á Baset: creó en Marquesa á su Madre el Rey Carlos: era una vieja desconocida, que aún

vivia en la miserable suerte con que nació. Dióla el Titulo, y Villa de Cullera, con sus Pesqueras (tambien tiene monstruos la fortuna) Mejor titulo la daban algunos Predicadores desatinados, que señalando con el dedo desde los Púlpitos, la aplicaban blasfemos las palabras de Marcela á la Virgen: *Beatus Venter*, *&c.* tratandola como á Restauradora de su Patria en su hijo Baset. A tanto havia llegado la ceguedad, y locura de aquella Plebe! Con haverse rendido Xativa, cayó todo el Reyno de Valencia, menos Alicante, y Peniscola, y aun se estendió la sublevacion á los Pueblos de la Mancha. Embióse al Conde de las Torres con alguna Cavallería, á que entráse por Requena en Valencia. Vinieron Tropas de Aragon por Monroy, que ocuparon los Españoles, y quedó prisionero su Governador Blás Ferrer, Cabo de Rebeldes: no le ahorcaron, porque tenia despacho del Rey Carlos, y era empezar una Guerra sin Quartél. El Lugar de Monroy, despues de saqueado, se quemó enteramente, porque no huvo morador, que no se confirmáse en su perfidia. El Conde de las Torres puso su Campo en Moncada: era su intencion rendir el Lugar de San Matheo; pero penetrada por los Sublevados, le quisieron presidiar con ochocientos hombres del País, y doscientos Ingleses, llamados para este efecto. Yá puestos en marcha, les hizo una emboscada Don Antonio de Amezaga en lo eminente de la Selva, y en los pasos mas estrechos puso el Regimiento de Navarra. Despues de haver entrado todos en el Bosque, ocuparon los Españoles la senda, y se acometió á los Enemigos desprevenidos: travóse la Accion en un lugar angosto, y por todas partes ceñidos los Sublevados, fueron deshechos, los mas pasados á cuchillo, y pocos pudieron escapar. Como las Tropas del Rey Phelipe no eran muchas, si se atendia á Aragon, crecia la sublevacion de Valencia; y si á ésta, la de Aragon, porque todos los tres Reynos deseaban sacudir el yugo de los Borbones. Antonio Grau, Cabo de Rebeldes, entrando por Ribagorza, ocupó á Benavarre: era hombre valiente, y atrevido: huviera tomado á Belgida, si no la socorriesen los Condes de San Estevan de Gormáz, y de Guaro: con todo, rindió á Monzón, atacó á Fraga, retiróse la Guarnicion al Castillo: pidió éste Capitulaciones, y las ne-

negó Grau, perseverando en el Sitio, hasta que un Soldado Español, gloriosamente atrevido, hizo con pocos una salida, y de proposito fue á agarrar por la corbata á uno de los principales Rebeldes, con tanta felicidad, que se le llevó al Castillo. Esto hizo condescender á los Sitiadores á capitular, dexando ir libre la Guarnicion. Huvieran hecho los Sublevados mayores progresos, á no haver embiado Tropas Francesas al Conde Monrevel, Governador de Aquitania. Con esto se contuvieron los Cathalanes en el Cinca, y Segre, y bolvió al dominio del Rey Catholico Fraga.

No descansaba la Provincia de Estremadura, porque se havian hecho grandes Reclutas en Portugál. A los principios de Octubre determinaron los Portugueses sitiar á Badajóz, y pasando el Anna, tomaron los Puertos, y fortificaron una Linea, desde el camino, que vá á Talavera, hasta San Gabriél, y San Roque. Eran los Gefes de las Tropas el Marqués de las Minas, y Gallobay; el Governador de la Plaza, el Conde de la Puebla. Cinco leguas distante estaba el Mariscál de Tesé con pocas Tropas, aunque en buen parage. Havia sacado de Badajóz los Regimientos de San Vicente, y Cordova, con que enflaqueció el Presidio, y él no pudo formar Exercito. Era Badajóz una fortificacion antigua, mal formada, y de poca fuerza sus Baluartes: por eso conoció Tesé, que era menester mas gente, y se la bolvió quando los Señores de Geofrevil, y Barois se le unieron con las Tropas sacadas de Cadiz: entonces se acercó á Talaveruela, y plantó de forma su Campo, que aunque los Sitiadores havian hecho brecha á proposito para el asalto, no le dieron de miedo de Tesé, el qual, con el favor de una noche obscura, y lluviosa, pasó el Anna, y se acercó á Ebora, pequeño Rio que se le junta, y lame las Murallas de Badajóz. La luz mostró á los Portugueses á Tesé puesto en Batalla. Tambien estaban ordenados los Sitiadores, pero les impedia llegar al Rio la Artillería de la Plaza; y porque no le pudiese pasar Tesé, pusieron en la opuesta orilla una batería, la qual no impidió, que por un vado poco distante le pasasen los Franceses, y se formasen baxo de un tiro de Cañon, para dár alli la Batalla, si los Portugueses la quisiesen. Una bala de Artillería quitó un brazo á Gallovay: no por eso afloxó el cui-

cuidado, y la aplicacion: toda la havia menester, porque no podia mantener el Sitio, ni irse, ni dár la Batalla: en todo havia gran riesgo; pero mandó la necesidad elegir uno. Pusieronse los Portugueses en orden de Batalla, y como para ella sacaron los Cañones de las Trincheras, recogieron sus bagages, y asi se mantuvieron dos dias: la noche del segundo, con gran silencio empezaron su marcha para retirarse: lo hicieron con orden, y pusieron toda la Cavallería en la Retaguardia. Asi marcharon, hasta ocupar un sitio ventajoso, y se mantuvieron formados, deseando la Batalla, si los Españoles la diesen. Por la mañana los mandó seguir Tesé; pero yá era tarde: algunos preparativos de Guerra se dexaron en el Campo. Asi se levantó el Sitio de Badajóz. Dixeron los Perítos, que podian los Portugueses dár el asalto antes que llegáse Tesé, á quien debian disputar el paso del Rio, no rehusando la Batalla, porque eran superiores en fuerzas. Tesé, y el Conde de la Puebla quedaron gloriosos.

Tambien tenia la Corte su Guerra, pues haviendo mandado el Rey Catholico dár al Principe de Sterclaes (como Capitan de la Guardia) un asiento en la Capilla Real, adelantado al Banco de los Grandes, é immediato á su Persona, esta novedad los hirió sensiblemente, por lo que hicieron una súplica al Rey, en que manifestaban su agravio, y algunos declararon, no entrarian en la Capilla. El Rey dexó sobre esto libertad; pero el Duque de Montellano insinuó, que encontrarian mas con el agrado del Rey, los que asistiesen. Los mas resistieron á esto, inflamando los animos el Duque de Medina-Cœli. Dexaron sus empleos de Capitanes de las Guardias el Duque de Sesa, y el Conde de Lemos, para manifestar la ofensa, que á los Grandes se hacia. Algunos cedieron luego al gusto del Rey, otros con el tiempo, y otros nunca. Esta disension, aunque pequeña, la exaltaban los Enemigos, y verdaderamente quedó enconado el Cuerpo de los Grandes, quexandose tambien, que se havia conducido prisionero á Francia, sin manifiesto crimen, al Marqués de Leganés, solo porque en una familiar conversacion havia dicho: *Que era cosa fuerte sacar la espada contra la Casa de Austria, á quien tantos beneficios debia la suya.* El Rey tenia otros motivos; pero nunca los declaró, y obraba con severidad, é intrepidéz.

Movió-

Movióse tambien otra question, que irritó mucho á los Españoles. Propuso Amelot en el Consejo del Gavinete, que sacando el actual Presidio, se guarneciese de Franceses San Sebastian, Santandér, y San Lucar, toda la Costa de Guipuzcoa, y Vizcaya. Eran Consejeros de Gavinete á esta sazon los Duques de Montalto, Medina-Sydonia, y Montellano, el Marqués de Mancéra, los Condes de Monte Rey, y de Frigiliana. Callaron al principio todos, sorprehendidos de la novedad. Montellano habló el primero, oponiendose á Amelot, y expuso al Rey los inconvenientes de *quanto era esto indecoroso á la Magestad, y de ofensa para los Vasallos, notados de inutiles, ó traydores, pues desconfiaba el Rey.* Menos Frigiliana, que habló obscuro, los demás adherieron á Montellano, y el Rey á Amelot. Asi lo mandaba la infelíz constitucion de los tiempos. Los Franceses desconfiaban de todos los Españoles, y el Rey no; pero haviendose puesto todo en manos de la Francia, no tenia arbitrio á muchas cosas que quisiera: ni, haviendo quedado Amelot superior en la disputa, templó su ira. Huvo una altercacion poco decorosa para ser oída del Rey; el ardor de la disputa, llevada con ímpetu del Ministro Francés, hizo que los Españoles hablasen mas claro, (aunque con modestia) pero á Amelot le ofendian las verdades: fiaba toda la conservacion de la Monarquía á la Francia, y hablaba con desprecio de la Nacion Española. Esto sufrió mas el Marqués de Mancéra; pero nada le quedó que decir. El Rey, para dár satisfaccion á la Francia, le mandó no asistiese mas al Consejo del Gavinete. Voluntariamente hicieron dexacion de él el Conde de Monte-Rey, y el Duque de Montalto: á este ultimo se le quitó la Presidencia de Aragon, y se dió al Conde de Frigiliana, y fueron nombrados para el Gavinete el Duque de Veraguas, y Don Francisco Ronquillo. Queria tambien Amelot echár al Duque de Montellano; pero lo resistió el Rey, y perdonó á la ingenuidad del dictamen, y á su bondad. Gozaba siempre del favor de la Reyna, aunque menos declarado, porque lo contradecia la Princesa Ursini, irreconciliable enemiga del Duque, la qual, para mantenerse con la Francia, avigoraba la persecucion á los Españoles; y porque havia muchos malos, trataba con igual aspereza á los buenos, y solo

se

se lo parecian sus amigos, que eran raros, y los mas lisonjeros. La mayor infelicidad que entonces padeció la España, fue, que aun teniendo un Rey santo, justísimo, y amigo de la verdad, ésta no se podia proferir, porque ofendia á los Franceses. Vendian caro el auxilio que daban; y quanto mas interés mostraron por la España, queriendola dominar, confirmaban á los Ingleses, y Olandeses en el duro systéma de la Guerra, que no huviera sido tan pertináz, ó no la huviera havido, si se huviese conservado la España independente.

# AÑO DE M.DCCVI.

CONtra los Principes pareció formada la constelacion de este año. Nunca en el Theatro del Orbe hizo tan varios papeles la fortuna: se mostraba favorable á quien tenia prevenido adversidades; rígida á quien aguardaba favores. Todo es erudicion de la Providencia, para que aprendan los hombres á usar bien de la esperanza, y del temor, para que, ni aquella exalte, ni éste humille mas de lo justo al animo. Daba mucho que pensar á la España la rebelion de Cathaluña, y Valencia. No estaba el Aula del Rey Phelipe tan tranquíla, y entre sí conforme, como era menester para una aplicacion tan séria, y que tenia su mayor peligro en la dilacion. Asaltaban al Rey cuidados, no solo grandes, pero aun del mas dificil expediente. Ni podia enteramente fiarse de sus Vasallos, ni debia abiertamente desconfiar. Los traydores traían mascara de leales, y por eso no se conocian; mas perjudiciales eran en lo oculto, que en lo manifiesto. El amor, y la obediencia de los Vasallos era el fundamento del Trono. Estaba la dificultad en conocer los buenos, pues muchos de los que no querian ser traydores, eran desafectos, y esto les hacia servir sin aplicacion, ni zelo. No se ha visto Reyno en mas fatál constitucion; ésta era su guerra. Por eso le fue preciso al Rey ponerse todo en manos de la Francia, y subordinarse. Con este motivo no tenian autoridad los Ministros Españoles, y estaban los mas afectos desabridos, quexosos,

y

y sin hacerse cargo del Govierno. Este le tenia todo Amelot, y se havia tomado mas mano de la que le queria dár la Princesa Ursini, y los zelos de la autoridad la inquietaban no poco; pero disimulaba, porque temia á la Corte de Francia. En ella tenia tambien otra Guerra el Rey Phelipe, porque no toda estaba á su favor. Mantenian heroycamente el empeño el Rey Christianisimo, y el Delphin; y aunque parece que esto bastaba, tenia su faccion el Duque de Borgoña.

Embió el Rey Catholico á las Tropas de Aragon al Mariscal de Tesé. Nombróse por Virrey de Valencia al Duque de Arcos, en aquella poca parte que quedaba de aquel Reyno: las Tropas que en él havia las mandaba el Conde de las Torres, que estaba acampado en Moncada, de donde salian las Partidas contra los Lugares rebeldes, talando las Campañas, y quemando las Poblaciones: todo era destruir la España; pero era tal la enfermedad, que havia menester hierro, y llama. El Conde administraba este encargo con rigor: dixeron algunos, que con crueldad; como quiera, no sin justicia. En Carbonera juntó sus Tropas: dió señas de someterse al Rey Villa-Real: despues, adhiriendo á la sugestion de los Rebeldes, que tenia dentro, perseveraba en su infidelidad: ofreceles el perdon el Conde, si se rindiesen, y lo desprecian: acerca las Tropas á la Muralla, que rabiosas, sin orden alguna, abrieron con hachuelas una puerta: travóse sangrienta disputa, y se tiñó de sangre el fatal, y estrecho sitio: entran los Españoles usando con impiedad de la victoria: no dieron quartél, y no perdonaba la enfurecida bayoneta edad, ni sexo. Al mismo tiempo quemaron otra puerta las Guardias del Rey: defendiala un buen numero de Rebeldes, y yá la accion podia ser dudosa, si el Conde de las Torres no asaltase á la Ciudad con todas sus fuerzas: vino forzado en ello, porque les pareció á las Tropas indecoroso, que se resistiese un Lugar mal fortificado, y que le costase sujetarle tantas vidas. Esto encendió los ánimos, y con la embriaguéz de la ira le entregaron á las llamas, y pasaron sus moradores á cuchillo. Los Ingleses se retiraron al Castillo, y despues quedaron prisioneros; pero yá havian muerto 150. con el General Virtenfeld: tambien murió Rosmo, Cabeza de los Rebeldes: Solo quedaron los Templos ilesos, y

costó gran trabajo á los Oficiales reservar lo Sagrado de la desenfrenada ira de las Tropas. Escarmentados de la agena tragedia, se entregaron Morviedro, y Nules. Voluntariamente se quemó Quarto, una chica Aldéa, que despreció el perdon ofrecído por Don Antonio del Valle. Havianse yá salido gran parte de los Moradores, Viejos, Mugeres, y Niños; pero los Rebeldes que quedaron, se compusieron con las proprias manos la hoguera. Tanto pudo la desesperacion! El Conde de las Torres se acercó á Valencia: tentó en vano su rendicion con amenazas, y promesas. Baset embió dos mil Ingleses contra Alicante, y muchas Milicias del Pais; pero fue tan prontamente socorrida la Ciudad por los Obispos de Murcia, y Orihuela, de los Marqueses del Bosque, y de Raphal, que huyeron los Ingleses, no sin pérdida; porque viendolos estrechados, hizo una salida el Governador del Castillo, y les mató mucha gente.

No estaba Barcelona tan felíz como se havia figurado: padecia robos, violencias, y adulterios: todo crimen era lícito á la desenfrenada licencia de los Soldados, y no podia el Rey Carlos remediarlo, aun siendo un Principe rectisimo; porque las Tropas obedecian á Peterbourg, y éste á nadie. Los Negocios Politicos estaban á cargo del Duque Moles, y los Caseros al del Principe Antonio de Leictestein. Todos estaban desunidos, y la Ciudad poco gustosa de que nada se atendia á sus Privilegios, y de que se hacian tantas insolencias, y escandalos; porque el que se alojaba en una casa, no solo se llevaba los bienes, sino tambien las hijas de ella, y mudaba posada. Prohibian muchas veces al Marido entrar en su casa, otras al Padre, y Parientes, para hacer de ella un publico lugar de lascivia: Robaban por las callas las Doncellas, y las tenian encerradas, hasta que se hartase el desenfrenado apetito, y dandolas despues libertad, traían otras. Nadie osaba proferir la menor quexa, porque luego le tachaban de desafecto, y se tenia por Enemigo del Rey Carlos el que repugnaba su ofensa, ó su deshonra, el que censuraba tanto desorden, y el que zeloso de la verdadera Religion, impedia los progresos de la que pretendian introducir los Hereges. Por eso no fueron aceptos á aquel Govierno los Jesuitas, cuyo zelo ardiente por la Religion Catho-

tholica Romana, hacia los mayores esfuerzos, para conservarla ilesa, porque havia Cathedra pública de la errada doctrina de Luthero, y Calvino; y la Plebe, simplemente informada, Niños, y Mugeres, distinguiendo mal el error, bebian engañados el veneno. Aun estando expuesto el Señor Sacramentado, entraban los Hereges con desprecio en los Templos, y encasquetado el sombrero. Este miserable estado de cosas hacia infelices á los que se creian afortunados: ciegos en su empeño, nada veian los Cathalanes. Tomaron las armas quantos eran hábiles para ellas. Las Ciudades, y hasta las pequeñas Aldeas, con firmeza de ánimo, cada uno havia hecho proprio empeño de sostener á los Austriacos, menos Cerbera, que siempre conservó amor al Rey Phelipe, aunque oprimida, y por eso tratada con inhumanidad. Renovóse la conjura de Rosas, que aunque era su Governador fiel, corria peligro, porque la traicion se difundió entre los mas: descubrióse, y acudió con prontitud el Duque de Noailles, Capitan General de Francia en aquellos confines, se desvaneció todo.

Del Rosellon, y Cerdania baxaron Tropas al Exército que en Aragon mandaba Tesé. Con mucha sangre de una y otra parte tomaron los Españoles á Miravét, y ahorcaron á su Governador, porque alargó la defensa hasta ser barbaridad, y fuera de las Leyes de la Milicia. Corria la Cavallería Española por la derecha del Ebro, hasta Tortosa. El Duque de Noailles entró por los Pyrineos con otras Tropas, ocupó toda la Tierra de Ampurias, é hizo tributaria la Provincia hasta el Rio Tér: Esto distraxo mucho las Tropas Austriacas. El Principado hizo Coroneles de dos nuevos Regimientos, que formó á sus expensas, á Don Miguél Pinos, y á Don Jayme Cerdells: reclutaron gente inexperta, y que aborrecia la disciplina. Havian las Tropas Austriacas de guardar muchas Plazas, y las Fronteras, y estaba el Exercito Veterano muy consumido: mas los vicios, que la Guerra, acababa con los Ingleses, y por eso se determinó en el Consejo del Rey Catholico sitiar á Barcelona: con este designio havian ya llegado á Aragon diez mil Franceses, y havia puesto el Rey Christianisimo en Colibre grandiosos preparativos para un Sitio, que los pasaria en su Armada el Conde de

Tolosa, el qual con treinta Naves de Guerra, y seis Balandras tenia orden de pasar á Barcelona, cargando en la Francia tambien gran cantidad de Viveres, porque no podia el Rey Phelipe traerlos con seguridad, estando los caminos llenos de Rebeldes, ni los havia en Aragon con abundancia. Mandó el Rey pasar las Tropas de Valencia, dexando al Conde de las Torres solo dos mil hombres.

A los 23. de Febrero salió el Rey Phelipe para el Campo de Tesé, seguido de gran numero de Magnates: Los de Aragon le encontraron con el Conde de San Estevan de Gormáz, Virrey de aquel Reyno. El Mariscal de Tesé le encontró en Caspe. Estaban las Tropas estendidas por las orillas del Ebro, al qual se le echó dos Puentes, y despues pasó el Rey con todo el Exército á Fraga. Publicó un Indulto general, sin excepcion de personas; pero en vano. Movióse la duda, de si se havia antes de sitiar á Lérida, Monzón, y Tortosa, para dexar guardadas las espaldas, si no se podia tomar Barcelona: este fue el parecer de Tesé. Los demás Oficiales Generales, que tenian voto en el Consejo de Guerra, fueron de contrario dictamen, principalmente los Españoles, á los quales les parecia imposible, que se dexase de rendir Barcelona, porque sabian la poca Guarnicion que tenia la Plaza, y no imaginaron, que podia ser tan presto socorrida. Por esto decian, que toda la felicidad de la empresa consistia en la brevedad, y que asi no se debia perder tiempo, porque si cayese Barcelona, todo lo demás era llano: prevaleció este parecer. El Rey se adelantó á Igualada: constaba el Exército de diez y ocho mil hombres veteranos. El Marqués de Gironela, de Argensola, Don Agustin Copons, y Don Juan Fosa andaban por la Provincia exortando á que se rindiesen á la clemencia del Rey, y no perdiesen tan favorable ocasion para el Indulto. Nada, con toda su diligencia, adelantaron: crecia mas cada dia el odio á la Persona del Rey, y á los Castellanos, y sacrificaban sus vidas gustosos: quemaron los Paysanos todo el forrage, y quanto comestible podia servir al Exercito: retiraron á las Montañas sus ganados, y hasta las aguas envenenaron, quanto les fue posible: los Niños, y las Mugeres se abrigaron de las Selvas, y quantos podian manejar armas, se juntaron con el

Con-

Conde de Cifuentes, que iba vestido en trage montaráz. Como iba marchando el Exercito del Rey, cerraba los pasos Armestad con la Guarnicion de Lérida. Oponianse á los primeros Esquadrones de la Vanguardia los Rebeldes; pero atacados por el Cavallero de Asfelt, desampararon el camino, y pudo el Rey adelantarse á Lobregat. Dióse al Conde de Tolosa la señal, en que se estaba de acuerdo, quando explicaria en cordon sus Naves, y asi lo hizo, adelantando las Balandras: juntaronse las Tropas del Duque de Noailles, y del Theniente General Legal á las del Rey, y todas las governaba Tesé. Se determinó abrir la Trinchera, desde Orta á la orilla del Mar: Esto fue á los primeros dias de Abril, que no se pudo madrugar mas. El Real Pavellón se plantó en Sarria: ocupóse Santa Matrona, y los Capuchinos, y todos los Casines, que están entre Monjuy, y la Ciudad. Mostró el éxito el error de atacar antes á Monjuy; y los que tanta prisa tenian de asaltar á Barcelona, perdieron el tiempo en una inutil Conquista. Al Castillo de Monjuy le presidiaban quinientos Ingleses, y doscientos Cathalanes: asaltaronle sin Trinchera los Españoles, y fueron rechazados. Tomóse á 4. de Abril un Castillejo junto al Rio, para poder traer de las Naves los Viveres al Exercito. Baxó el Conde de Tolosa á saludar al Rey, y se le ordenó empezáse el bombardéo á tiempo, que yá por Santa Matrona se batia la Muralla. Mandaba la Trinchera el Marqués de Aytona con el Theniente General Firmacón, Francés. La Ciudad se puso en defensa valerosamente, pero casi se tumultuó el Pueblo; porque corrió voz, que á instancias de Preterbourgh, y el Principe de Leictestein se queria salir de la Plaza el Rey Carlos, el qual mostró una imponderable constancia. Decian á voces los Cathalanes, que havia de morir con ellos, yá que era causa de su ruina, porque havian determinado defender la Ciudad hasta el extremo, sin admitir pacto alguno, y no havia en toda ella quien sintiese lo contrario, aun hasta las Mugeres. Los Religiosos, y Sacerdotes tomaron las armas, y atadas con una cinta sus barbas los Capuchinos, no eran los menos eficaces. Hicieron juntamente de la Plaza, y de Monjuy una vigorosa salida: fue la accion viva, y ardiente; pero se defendieron con igual valor las Trincheras, distinguiendose mu-

mucho los Señores de Legál, Fromboissart, y Bourdet. Despues de dos dias se dilataron los aproches, é hizo otra salida la Plaza á medio dia, aplicó fuego á las Trincheras, que no favoreció poco el viento; pero los Sitiadores le apagaron con presteza. A los 23. de Abril se perficionó la Linea de circunvalacion, y la visitó muchas veces el Rey á distancia de tiro de fusil. El Ingeniero Lapara plantó mal una batería en la que llaman Lengua de Serpiente: reprehendióle el Rey, y queriendo enmendar el error, se acercó tanto al fuego de la Plaza, que le quitó un cañonazo la vida. Mejor puestas yá las baterías, cayó el opuesto Castillo, y el ángulo del Baluarte de San Phelipe, y gran parte del de San Ignacio. Asaltaron los Sitiadores con felicidad el camino encubierto, y se alojaron en él, porque los Ingleses no le defendieron quanto podian. Yá á proposito la brecha, dió el asalto á Monjuy el Marqués de Aytona, por la tarde, con gran valor, y pasó á cuchillo á los primeros defensores de la otra parte del Foso. Estabalo mirando el Rey Phelipe, y no dexaba de dár alientos su presencia. Perdidas las Fortificaciones exteriores, defendia el ultimo recinto valerosamente el General Dunnegal, Inglés, Governador del Castillo, y se encontró cara á cara con el Marqués de Aytona: enardecióse la pelea, y una bala de fusil mató á Dunnegal. Esto acabó de desalentar á los Sitiados, y se rindió el Castillo con trescientos prisioneros. Este era el mas fuerte, y el Nuevo: quedaba otro, que llamaban el Viejo, que se resistió despues quatro dias. Pidieron treguas los Ingleses para buscar el cadaver de Dunnegal, que concedidas, le hallaron, é hicieron honrosas exequias á su modo. Con 26. Barquillos intentó socorrer á Barcelona el Conde de Cifuentes, á quien puso en huída Don Joseph de los Rios. Perdido Monjuy, entró en mayor aprehension Barcelona.

A 25. de Abril, en una noche obscura, determinó el Rey Carlos, con parecer de Leichtestein, y Peterbourg, salirse de Barcelona. Consentianlo las Tropas estrangeras, por no obligarlas á la defensa, que yá la juzgaron desesperada, porque tenia la Muralla tres brechas abiertas, y todas capaces del asalto. Penetrado esto por la Plebe, tumultuaron, y sitiaron el Palacio, y aun la Persona del Rey: Las Guardias to-

tomaron las armas, para que executáse su partida, alentandola Peterbourgh. Magnanimamente desistió el Rey Carlos, y dixo: *Estaba dispuesto á morir, ó ser prisionero*, y dió su Real palabra de no salir de la Plaza. Con esto se avigoró mas la defensa, aunque se perdiesen las vidas en ella. Hicieron una salida, y fingieron otras con el favor de la noche. Salió una voz en el Campo, que havian atacado los Cathalanes el Pavellón del Rey Phelipe: acudieron todos á él, y aun cargado de viruelas el Duque de Noailles. El Rey constante, aún no sabida la verdad, y solo avisado del rumor, esperaba el éxito: toca el Exercito al arma, y solo estaba la Guerra en la aprehension: que duró hasta que las Guardias, que estaban de Trinchera, avisaron no haver novedad. Al otro dia se advirtió, que diez mil Cathalanes ceñian el Campo del Rey, y parte de ellos se pusieron á San Cucufato, baxo el Conde de Cifuentes: en San Geronymo Bromense otros, mandados por Morrás, los demás á San Geronymo Murtraense, con Don Miguél Pinos; y el Principe de Armestad se adelantó hasta la Gran Guardia de los Españoles. Nada faltaba para el asalto general, sino la resolucion de Tesé, que mandaba las Armas. Estaba el Rey impaciente de la dilacion, y se quexaban de ella los Españoles. Juntóse Consejo de Guerra, y fue el sentir de Tesé: »El retirar al Rey á Perpiñan, »porque si no se rendia la Plaza, no llegando las Tropas ni »aun al numero de quince mil hombres, y estando los pa»sos cerrados por todo, sin Plaza alguna, ni palmo de tier»ra seguro, corria la Persona Real gran peligro; porque no »se sabia, si la gente, que quedaria, dados los necesarios »asaltos, era bastante para contener la furia de una Provin»cia rebelde, viendose sitiados los Sitiadores; y que aun »dado el caso de que la Ciudad se ganase, no queria encer»rar en ella al Rey, porque sin duda la bloquearia la Pro»vincia, cerrando por todas partes los pasos, para que no »entrasen viveres; y no se podian estos esperar por Mar, »porque el Conde de Tolosa era preciso que se retiráse á »sus Puertos, luego que pareciese la Armada Inglesa, de »cuyo arribo á las Costas de España avisaban los Governa»dores de los Lugares Maritimos, y que era facil huviese »yá pasado el Estrecho, y que asi se debia apartar al Rey »del

»del riesgo, y dár despues el asalto. Al Rey no le era grato este dictamen, no solo porque le parecia indecoroso, sino tambien por los estímulos de su proprio valor. Los Gefes, y Ministros Españoles decian: »Que se havia de vencer quan»do se presentaba la oportunidad, y fiar lo venidero á la »suerte; Que la Ciudad no tenia Presidio para defenderse; »y rendida esta, quedaria sin duda muerto, ó prisionero el »Rey Carlos, y de qualquiera de estos dos accidentes nace»ria la Paz, y la entera consternacion de los Aliados: Que »los Rebeldes de afuera no podian sitiar la Plaza, por ser »gente imperíta, y sin preparativos para tan grande empre»sa, y no podia traer gente de desembarco para ella la Ar»mada enemiga: Y que estos reparos actuales debian consi»derarse antes, ó despreciarse ahora.

Mientras embarazaban al Rey tan contrarios pareceres, estaba el Almirante Lake haciendo los mayores esfuerzos para llegar con su Armada á Barcelona, donde yá cayó enteramente la esperanza: Havian muerto infinitos de los Veteranos, faltaban Viveres, y Municiones; y lo que era mas pernicioso, que estaba la Ciudad entre sí dividida, y de muchos aborrecido el nombre del Rey Carlos, como el principal origen de tantos males. Por dictamen del Duque de Medina-Sydonia, y del Conde de Frigiliana, adhiriendo todos los Gefes de Guerra Españoles, impaciente el Rey Phelipe, mandó, que se diesen aquella noche las disposiciones para dár al amanecer el asalto general; y mientras se estaban yá dividiendo á sus puestos las Tropas, un Navio de Aviso le dió al Conde de Tolosa noticia (y éste al Rey, y al Mariscal de Tesé) de que yá la Armada enemiga havia pasado los Mares de Valencia. La Francesa puso luego los Viveres de las Tropas en tierra, y se hizo á la vela ácia Tolón aquella misma noche, que era la del dia 6. de Mayo: luego mudaron las cosas de semblante, y se difundió esta noticia por todo el Campo, por lo que se determinó suspender el asalto, hasta saber qué Tropas venian en la Armada Inglesa, porque solo con esta noticia havian cobrado brio los Sitiados.

Despues de dos dias dió fondo en Barcelona el Almirante Lake, y se divulgó, que traia diez mil hombres de desembarco, y dos mil Cavallos. Esto era falso; pero aunque siempre

pre ilicita, nunca fue mas provechosa la mentira, porque entró una entera consternacion en el Exercito del Rey. Ni un Soldado Veterano traía el Inglés. Vestida como las Tropas desembarcaba la Marinería, y bolviendo á la Mar por la noche los que havian baxado, repetian los desembarcos, fingiendo el numero, y la calidad de la gente. No ignoraba esto el Rey por los Desertores; pero yá no estaban las Tropas hábiles para combatir con denuedo, creyendo ser mayores en numero los Defensores, y que los atacarian en el ardor del asalto los Cathalanes, que con Cifuentes, y los referidos Cabos estaban bloqueando al Exercito. Por estas razones se determinó levantar el Sitio. La noche del dia 11. de Mayo, antes de la media noche, se puso el Exercito en marcha, en cuyo centro iba el Rey, tan superior á aquella desgracia, que fue admiracion de quantos le veían. Guiaba el Cavallero de Asfelt la Vanguardia, y la Retaguardia Tesé, no con mucha orden, porque eran angostas las sendas, y embarazadas de Rebeldes. Al amanecer salieron los de la Plaza con algazára, y júbilo igual á la angustia que padecieron, y hallaron en el Campo, sobre grandes preparativos para un Sitio de Viveres, y Armas, ochenta Cañones de batir, y sesenta Morteros, grandes montones de balas, y de barriles de polvora, que todo lo havia descargado el Conde de Tolosa, creyendo, que no por la venida de la Armada se dexaría de proseguir hasta su remate el Sitio. Los Cathalanes seguian con poca ventaja la Retaguardia. Mayor daño se padecia de los que estaban como apostados en los collados de las sendas por donde havia de pasar el Rey, y las Tropas. En aquel dia aconteció un Eclypse de Sol, pocas veces visto tan tenebroso, pues por tres horas se vieron las Estrellas. Era tanta la obscuridad, que no podian marchar las Tropas, ni sabian en qué parage recogerse. Se hizo mas prolíxo este accidente; porque interpuesta perygea la Luna al Sol, (que estaba Apogeo) tardó tres horas en desembarazarse de lo que le impedia iluminar la Tierra, enteramente en aquel Emisferio obscura, porque sucedió en el Novilunio de la conjuncion de el Sol, y la Luna en el Signo, que llamamos Dragón. Algunas veces se paró el cavallo del Rey como asombrado, porque ni aun los irracionales dexaban de estarlo; pero el valor

del Rey, y su constancia de animo prevaleció á todo. Los que lisonjeaban al Rey Carlos, sacaban de esto los mas tristes vaticinios contra el Rey Phelipe. Ni los Españoles creían lo contrario, porque empezaban á experimentar el efecto. Al fin, con gran trabajo, y no sin peligro, pasó el Rey los Pyrinéos, y llegó á Perpiñán, de donde acompañado de pocos, á grandes jornadas pasó á España. Los mas seguian con lentitud, y las Tropas con sus regulares marchas; las de Francia se quedaron en su País muy disminuídas, porque fue grande la desercion. El Mariscál de Tesé persuadia al Rey, que con la ocasion de estár en Francia, fuese á París á vér á su Abuelo: era su intencion llevarle adonde las persuasiones del Rey Christianisimo le hiciesen consentir en el nuevo Proyecto de Paz, que havian los Aliados propuesto.

Este era, dár al Rey Phelipe los Reynos, que la España poseía en Italia, y las Islas de Sicilia, y Cerdeña; y á Carlos la España con la América, dexando indeterminado, si darian al Duque de Baviera la Flandes, y al Emperador sus Estados. No era esta division grata al Rey Christianisimo, ni al Delphín; mas por lisonjear Tesé al Duque de Borgoña, queria conducir al Rey á parage, en que corriese peligro de convencido; pero éste, siempre constante, respondia: *Que no havia de vér mas á París, resuelto á morir en España.* Esta fue la infelíz expedicion contra Barcelona, en que los Franceses en las acciones militares mostraron gran valor. El Mariscál de Tesé no fue tan eficáz, como pedia la ocasion; porque contemplando al Duque de Borgoña, (que quería á toda costa hacer la Paz) le pareció, que dexando aquella espina de la rebelion de Cathaluña, no pudiendo haver dos Reyes en España, (porque ambos se juzgaban con legitima accion para el todo) vendria el Rey Phelipe en las condiciones que se le proponian, cansado de la prolixidad de la Guerra, ó de la desgracia. No ignoraba este traydor systéma el Rey Catholico; pero lo disimulaba su modestia, por no encender la disension, que havia entre su Abuelo, y su Hermano.

El Rey Carlos usó con gran moderacion de animo de esta victoria, y con su acostumbrada piedad dió publicamente gracias á Dios de ella. Cierto es, que pareció milagrosa, por-

porque no pudo llegar á mayor estremo la angustia, y la afliccion en que aquel Principe se vió constituido, siendo sus defensores sus enemigos. No faltó quien meditáse, por salvar la Ciudad, entregarle al Rey Phelipe; y como esto era impracticable, invigilaban tanto en que no se escapase, que baxo pretexto de guardarle, le sitiaban el Palacio con tanta vigilancia, quanta ponian en las brechas. Cierto es, que huviera vencido el Rey Phelipe, si diera el asalto, porque no havia defensores, ni la Armada los traía; pero despues del arribo de ésta, como tenian los Cathalanes libre el Mar, y las Naves por refugio, havian determinado, en caso de ser vencidos, entregar á las llamas la Ciudad, y meterse en los Navíos. No era enteramente posible conseguir esta idéa; pero hizo la desesperacion el decreto, de que no cayese alguno vivo en manos del Vencedor. A este estremo dexó Dios llegar al Rey Carlos, para que fuese manifiesta la Provindencia de salvarle.

Nada embarazado de las lluvias, y de la cruél Estacion del año, el Duque de Bervich rindió el Castillo de Nisa, y le demolió de orden del Rey Christianisimo, contra el parecer del Mariscál de Catinat, diciendo, se debia dexar por antemurál de la Francia. Estaban en mala constitucion las cosas del Duque de Saboya; porque despues de haver padecido los Alemanes una derrota en Monteclaro, y haver ocupado el Duque de Vandoma á Calcinato, estaban casi fuera de Italia. Para que no bolviesen á internarse en ella, guardaba los pasos de los Montes el Señor de Medavi, Albergoti el Adda, y otras Tropas Francesas el Mincio, por donde declina el Lago de Garda; y porque no pudiesen los Alemanes ir á Verona, puso su Campo junto á Mantua el Duque de Vandoma, fortificados los pasos de Robigo, y Villa-Buena, y asi tenian casi cerrada la Italia los Españoles, y Franceses. El Principe Eugenio, haviendo intentado por el Ferrarés pasar el Adda, no pudo, porque lo repugnó Albergoti, ni tampoco penetrar el Bresciano, porque tenia contrario el País, escarmentado de los pasados desordenes; y asi le fue preciso por el Lago de Garda pasar al Trentino á recoger sus Tropas. Mientras adelantaba las Trincheras contra Turín el Duque de la Fullada, guardaba los pasos el de Vandoma;

pero fue al mismo tiempo llamado á París, y le sobstituyó en el mando de las Armas Luis de Borbón, Duque de Orleans, Principe valeroso, joven, y de perspicáz ingenio. La Duquesa de Borgoña dispuso esto con arte, porque el de Vandoma estaba empeñado en echar de sus Estados al Duque de Saboya, y esperaba, que siendo el Duque de Orleans hermano de su Madre, trataria con mas piedad al Piamonte. La Fullada se alojó entre el Isara, y el Doria, á los Capuchinos, dilatada su siniestra al Bosque, que le havia cortado el Duque de Saboya, porque la Artilleria de la Plaza viese los Sitiadores. A Turín la defendia el Conde Ulrico Daún, Alemán, hombre esforzado, y de experiencia. Los Franceses desde el Bosque á San Lucinato tiraron una Linea, para defenderse de las salidas de la Plaza, sobre la qual invigilaba mucho su Soberano. La Muger, y toda su Familia pasaron á Genova, donde fue recibida con galantería, y obsequio: no quiso alojamiento en el recinto de la Ciudad, y le tomó en una Casa de Campo en San Bartholomé de los Armenios. Los Genoveses, no por amor al Duque de Saboya, sino mirando á su seguridad, deseaban asistirle, pero no podian; y aunque halló algun dinero prestado, fue de Particulares, y sobre joyas.

A los 20. de Mayo pasaron el Doria los Franceses, ocuparon el camino de Moncaliér, y batian á un tiempo el Castillo, y la Ciudad con ochenta Cañones, y sesenta Morteros. El Conde Daún lo defendia valerosamente: hizo vigorosas salidas, arruinando los trabajos; pero constantes los Sitiadores, proseguian el empeño. Ganaron tres medias Lunas del Castillo, y entre ellas, y el ultimo recinto, havian hecho una gran cortadura los Sitiados, sembrada de unos palos, tan bien escondidos como agudos, y la brecha la repararon con unos maderos fortisimamente entretexidos. En Salutzo huvo una Accion de Cavalleria, entre el Duque de Saboya, y los Franceses: vencieron estos. Buscó aquel refugio en los Montes de Lucerna, y acampóse en el Valle de Angroña con poca gente. Mandó el Duque de la Fullada ocupar el Castillo de Ceba: quisole socorrer el Conde Parelo, pero quedó prisionero del Conde de Sartirana, que se le opuso con un Destacamento de Españoles. Baxaron de Alemania nuevas Tropas al Exercito del Principe Eugenio, que de-

determinó socorrer á Turin, sin que esto pudieran creerlo los Franceses. A 16. de Junio pasó el Athesis por Petrolaso, y de alli fue á Polesin de Robigo, donde se fortificó. No imaginaron los Franceses, que havia por alli camino al Piamonte, porque la interpuesta tierra es sumamente pantanosa, y las aguas que baxan del Rio Tartaro, no solo forman invadeables Lagunas, sino que está alli el Canál Blanco, y asi descuidaron de aquel parage. Por veinte y quatro millas en contorno los Alemanes, sin oposicion, parte nadando, y parte sobre unas vigas, que echaban en las angostas separaciones, pasaron las aguas, y ocuparon las orillas del Mincio. El Duque de Orleans se acercó á Corregio; pero los Alemanes hicieron en una noche de Verano una marcha tan larga, que igual no la cuentan las Historias, y es casi increible, porque yá no se les podia impedir, que fuesen contra Reggio, que rindieron en cinco dias de Sitio, sin que pudiesen los Franceses socorrerla: con eso tenian libre el camino por el Crostolo. Para asegurar á Milán el Duque de Orleans, haviendo fortificado á Guastala, y Plasencia, se retiró al Cremonés. Descansó tres dias Eugenio, y se encaminó al Piamonte: lo propio hizo el Duque de Orleans. Pudo este adelantarse por mas breve camino, y cerrar el paso á los Alemanes, porque el dia 25. de Agosto havia llegado á Valenza, y pasado las Tropas Vaudemont por un Puente que echó al Pó: quedaban atrás los Alemanes, y estaba el General Medavi, Francés, situado entre el Mincio, y el Oglio, aunque despues, con errado dictamen, descuidando del Mincio, se pudo juntar con el Principe Eugenio el de Hesecasél. Estaba muy adelantado el Sitio de Turin, con brechas abiertas, y ocupado el Foso de una Fortificacion de la Ciudad. En una Mina se encontraron á los Enemigos, y huvo en ella cruel disputa. Dióse el asalto al camino encubierto de la Ciudadela en una noche muy obscura, que obligó á los Sitiados á encender téas: alojaronse despues de larga, y sangrienta Accion los Franceses, y levantaron su texadillo de maderos, y vigas contra el fuego, granadas, y peñascos, que se echaban del Muro. Preveniase baxar al Foso, y entretanto, pasando el Pó, se pusieron ocho Batallones Franceses en los Capuchinos, y otros ocho en el camino, que vá á Lucerna, para que

no

no bolviese el Duque. Despues de hechas tantas cosas, todo estaba por hacer, y nada se hizo. No puede haver para los Franceses suceso mas indecoroso: sería increible, á no ser Historia de nuestros tiempos, en que no tenemos que dudar.

Estaba el Duque de Orleans adelantado al Principe Eugenio, que por Asta havia pasado el Tártaro, yá por solas treinta millas distante de Turin. El Duque de Saboya, con un gran rodeo, se juntó á Eugenio, con 6ų. Infantes, y 2ų. Cavallos. Juntóse tambien con el Duque de la Fullada el de Orleans: formó Consejo de Guerra, y era la duda, si havian de esperar dentro, ó fuera de las Trincheras al Enemigo, dexando en ellas, contra la Plaza, lo que bastase á defenderlas, pues en este caso podia sacar á la Batalla el de Orleans 50ų. Franceses: esta fue su opinion, y darla en Campaña abierta. Lo contrario sintió el Conde de Marsin, no pareciendole posible, que treinta mil Alemanes rompiesen unas Lineas, que guardaban sesenta mil hombres. De este dictamen fue el Duque de la Fullada, para que no deshiciesen las Trincheras los Sitiados, y fuese preciso empezar de nuevo el Sitio. La mayor parte de los votos le siguieron, y se conformó á él el Duque de Orleans. Venia muy despacio Eugenio, para no cansar la Infantería. Luego que pareció, estendieron los Franceses 20ų. hombres por la Linea: 10ų. pusieron entre el Isara, y el Doria: otros tantos entre el Doria, y el Pó con Albergoti, los quales quedaron inutiles, porque fingió el Duque de Saboya atacar el Puente, y el del Doria yá estaba de antemano cortado. A 7. de Septiembre, en dos columnas marchó en persona á la Linea, llevando la Vanguardia. Regía Eugenio el centro: dióse el asalto con poca frente por dos partes, y fueron dos veces rechazados los Alemanes. Apeóse el Duque de Saboya de su cavallo, pasó á la primer fila, diciendo á los suyos: *Este es el dia de vencer, ó morir: en vuestras manos está la libertad de Italia*; y dió con tal ímpetu, y valor el tercer asalto, que admiró á los mas esforzados. Salióle al encuentro el Duque de Orleans, y se enardeció la mano de ambos con tanta viveza, que no podia ser mas sangrienta la Accion. Eugenio pasó tambien luego á las primeras filas, y con él los Oficiales de mayor nombre, y con esto se exaltó la ira, y el valor por ambas partes. Eugenio

nio peleaba estrechando la Linea contra los Franceses, estendidos por toda ella; y el Duque de Saboya tuvo tanto ardimiento, que llegó con su mano á arrancar las estacadas, y lo consiguió, aunque con gran pérdida de gente: traían materiales prevenidos para llenar el Foso, y se executó con increíble celeridad. Peleando con glorioso denuedo, fueron á un tiempo heridos los Duques de Saboya, y Orleans; para socorrer á éste acudió, poniendosele delante, el Conde de Marsin: á favor de aquel llegó Eugenio, y cada instante era mas tremenda la Batalla: ni heridos la dexaron los referidos Principes, y la vertida sangre ayudó al ardor. Rompe la fortificada Linea Eugenio: defendia el paso intrepidamente Marsin, que cayó mortalmente herido: fue preso, y luego espiró. Sustentaba el empeño el Duque de Orleans: ponese en su lugar; buelvenle á herir, y por fuerza le retiraron los suyos. Entró la Fullada, y mantuvo por gran rato dudósa la Accion, que duró cinco horas, con igual pérdida indecisa, hasta que yá mas ancha la entrada, pudo la Cavallería Alemana ceñir á la Infantería Enemiga, en quien hizo un gran destrozo. Huyen vencidos los Franceses, y separanse las Tropas sin orden. Glorioso defensor de Turín Ulrico Daún, sale con su gente, siguiendo á los que huían: prohibelo Eugenio, para no distraer la suya, y ocupa las Trincheras, gozando de un precioso botín, porque abundaba el Campo de los Franceses de todo. Entra en su plaza gozoso el Duque de Saboya, y sacandose una sortija de gran precio, la dió á Daún. Los Franceses se retiraron á Caniñan, y sus Bagages á Pinaról. De estos murieron 12ɱ. y quedaron 6ɱ. prisioneros. Mientras se peleaba, se pasó el Coronél Pablo Diach con 2ɱ. Franceses vilmente á los Alemanes: de estos quedaron 8ɱ. muertos, y mil heridos. Mas decisiva que pedia la Accion fue la victoria: quedó á los Franceses un entero Exercito, que con los que estaban en varios Destacamentos, quedaron con los Españoles mas de 70ɱ. hombres, y todas las Plazas de Milán, y la de Mantua. No tenia mas consequencia esta victoria, que no perderse por entonces Turín; pero los Franceses, ó maliciosamente inspirados de muchos, que seguian el systéma del Duque de Borgoña, ó consternados vilmente, tomaron el camino de la Francia, y persuadiendose á esto los

unos

unos á los otros, sin parar, echadas las Armas, se endereza-ron al Delphinado. No tenian, ni Gefe que los guiase, ni Viveres: no se ha visto Exercito mas descarriado: seguian los Oficiales por necesidad, y por genio de dexar la Italia mu-chos: ni los detuvo haver á esta misma sazon deshecho Me-davi á Hesecasél en una Accion, que huvo entre dos grue-sos Destacamentos. No quisieron claramente conservar la Italia, creyendo les era esta Guerra de insoportables expen-sas, y que tenia el Rey Christianisimo no poco que hacer en atender á su Reyno, y mas haviendo Malebourgh en Braban-te logrado una completa victoria. Los pocos Españoles se re-tiraron á las Plazas, y los Franceses, con el Duque de Or-leans, á Francia. Aprobólo todo Luis XIV. que yá estaba per-suadido á que la Guerra de Italia le destruía; y asi, en una so-la Accion, muy remota de tantas consequencias, la ganaron los Alemanes, (como verémos) porque no quedó Exercito para defenderla, ni el Rey Catholico podia embiar Tropas, deshechas yá las que sirvieron al Sitio de Barcelona, y sin te-ner bastantes para la defensa del continente.

Sin perder tiempo pasaron los Alemanes á Milán, rin-dióse luego la Ciudad, y quedó el Castillo, adonde se reti-raron los que no querian estár baxo de la dominacion Tudes-ca. Estaba bien presidiado con quatro mil hombres, y no le faltaban Armas, ni Viveres. Disponiase al Sitio Eugenio; pe-ro conociendo su dificultad, hizo con él treguas, y que se rendiria, si en seis meses no estaba socorrido: prohibiósele la comunicacion con la Ciudad; pero se le permitió el que entrasen Viveres, y dinero. Rindióse con poco trabajo Lo-di, y pasaron los Alemanes á Tortona: nada se resistió la Ciudad, pero mucho el Castillo, aunque el Duque de Sabo-ya fue contra él; porque fue rechazado en un asalto, en el qual murió el Governador Don Francisco Ramirez. Era con-traria la estacion del tiempo á adelantar las hostilidades, y asi se pudo defender mas de tres meses. Al fin se rindió, é hizo lo proprio Asta, y Novára: esta por tumulto del Pue-blo, inflamado de su Obispo Visconti, logrando la ocasion de estár ausente, por orden del Principe de Uvademont, su Governador Don Francisco Pio de Moura, Principe de San Gregorio; y aunque hacia sus veces el Marqués Corio, no

fue

fue traydor, pero no defendió la Plaza. Tambien cayó Pavía, y quedó preso su Governador el Conde de Sartirana, porque Luis Belcredi levantó el Pueblo, y á todos los Frayles, y Sacerdotes, que hicieron la entrega de la Ciudad. Fuese á Mantua Uvademont, que estaba en Pizzigitón, la qual dexó encargada á su Governador Rubín, que llamando luego á los Enemigos, y haciendola sitiar, la entregó: buscaba con aquella ficcion el honor, que despreciaba.

De la misma suerte defendió Don Francisco Colmenero á Alexandría: era pública voz, que tenia antiguo trato secreto con el Duque de Saboya, y que solicitó muchas veces al Prelado de aquel Lugar, para que adhiriese á los Austriacos. Estos papeles de Colmenero al Obispo, se leían publicamente en las Antecamaras de París, adonde los embió aquel Prelado. Era tan fuerte la Plaza, que sin declarada traycion, no la podia Colmenero rendir; y asi no faltó quien dixo, que fiandose de uno de los Guardas del Almacen de la Polvora, le mandó poner fuego: con él voló un Convento de Monjas, que havia vecino, de las quales quedaron catorce muertas, y estropeadas muchas: luego llamó á Capitulacion, como si aquello le sirviese á la posteridad de escusa. No hemos entrado á la exacta averiguacion de todo lo que de Colmenero se decia, por no ser necesario para estos Comentarios poner en claro su corazon. Los hechos posteriores arguyen contra él, porque aunque quedó prisionero quando entregó la Plaza, luego tomó partido, y recibió no pocos premios, y entre otros el Govierno del Castillo de Milán, que despues de tres meses se entregó, de orden del Rey Catholico, á los Alemanes, y se evacuó enteramente el Estado; y lo que es mas, por orden de Luis XIV. Mantua, sin necesidad, y Plaza agena. En ella estaba Uvademont con diez mil Franceses: llególe de improviso esta noticia al Duque de Mantua, que estaba retirado en Venecia, y ni las rentas de su Estado le quedaron, castigando el Emperador el haver admitido Presidio Francés, pero poco despues murió. Parecerá increible á la posteridad, que un Estado, que costó tanto dinero, y sangre á la España, con la posesion del qual adquiria tantas ventajas la Casa de Austria, se haya dado como de regalo, y con él toda la Italia, al arbitrio del Vencedor.

Esta fue una impensada tumultuaria resolucion de los Franceses, sin que á ella concurriesen los Españoles, antes rogaron les diesen solo sus Tropas, que ellos defenderian el Estado; pero el Duque de Orleans, aborreciendo la tierra en que havia sido vencido, la quiso entregar al Enemigo, para imposibilitar á los Franceses, que pudiesen bolver á ella. Al Duque de Saboya se le dió en el Estado de Milán la Alexandria, y la Lomelina, y los Valles de la Valsesia: menos era de lo que le ofrecieron, porque pretendió el Vigevenasco. Desde el lindar de su ultima desgracia salió, no solo con mas gloria, pero aun mas poderoso: (estas no conocidas bueltas tiene la fortuna) luego resucitaron contra la Italia los antiguos derechos del Imperio, y se echaron contribuciones á arbitrio del Emperador: entonces conoció su error. No disputamos las razones del Cesar; pero estas las avigóran el poder, y las Armas, que yá se estendian vencedoras.

Parecióle al Duque de Malburgh conveniente pasar la Guerra á la Mosela; pero los Olandeses, que deseaban tener el Bravante, lo rehusaron, y se acamparon en la Mosa. El Mariscal de Villa-Roy, que mandaba en vez de el de Boufflers, no se descuidaba de Lobayna, y de Namúr, y estaba con sus Tropas en Firlemond, pasado el Rio Dile. Juntaronse las Tropas de los Aliados: tenia deseo de otra Batalla el General Inglés; y para ceñir á los Franceses, y que estuviesen obligados á darla, tomó los pasos, y sitios mas aventajados. Saliendo de Gosencourt Villa-Roy, le acometió Malburgh de repente. Travóse una sangrienta Batalla en Ramilli. Por una hora peleó con gran valor la Infantería Francesa, rechazando á los Enemigos; y para resistirlos mejor, juntando á la primera linea el centro, peleaban unidos, teniendo á la derecha la Cavallería, contra la qual se dexó caer Malburgh con tanto ímpetu, que la deshizo, y sin seguir á los Franceses, que huían, dió con espada en mano contra el centro, del qual formó Villa-Roy dos frentes, peleando con esfuerzo, y arte: estendió una linea corva, para encerrar la Cavallería enemiga: flaqueó entonces la frente de su Infantería, retrocedieron muchos, y se empezaban á desordenar, hasta que exortados, reintegran la Batalla, yá tan estrechada, que estaban ociosos los fusiles: se disputó mucho la victoria; pero ha-

haviendo perdido toda su Cavallería los Franceses, quedaron vencidos enteramente, y á su arbitrio el Vencedor degolló los mas tardos en huir, y murieron cinco mil: quedaron prisioneros mil menos, y perdieron cinquenta Piezas de Cañon, y todo el trén de Guerra, y Bagages. Mayor pérdida se experimentó en la desercion; y es cierto, que en todo les faltó á los Franceses quarenta mil hombres. De esta Victoria de Malburgh se siguió la pérdida de Lobayna, Bruselas, Mechlivia, Gante, Her, Brujas, Dendermunda, y Ambéres, con todo el Brabante, y poco despues ganaron á Ostende. Estas desgracias se le referian al Rey Christianisimo muy poco á poco, porque en edad tan adelantada no le hiciese mella la desventura: no se las pintaban como eran en sí, y todo por boca de la Señora de Maintenon, Muger del mayor artificio, y maña, que conoció el siglo. En Londres se fabricaron unas Medallas con la efigie de la Reyna Ana, y del Rey Luis vencido, con esta incripcion: *Una Muger mortal, triumpha de un immortal Varon.*

Mejor le fue en el Rhin al Mariscál de Villars, haviendo hecho levantar el Sitio de Castel-Luis, precediendo una Accion, en que quedó victorioso. Tomó despues á Seltz, y Belheim: por manos del Señor de Bipont á Druskeim; y por las del Conde de Broglio á Hagenau. Esta fue la seguridad de la Alsacia, porque desde el Rhin á Philisbourgh descansaba el País. Corrian los Franceses libremente hasta Maguncia; y no dexaba de estár en peligro Landau, porque el Conde de Broglio havia ocupado á Hocsted; pero la desgracia de Ramilli llamó á los Franceses á Flandes, y quedó Villars sin fuerzas. Añadieronsele al Principe de Badén, embiandole gente de la Mosa: con esto quiso llamar á una Batalla á Villars, que se havia retirado á Spira, y atrincherado en Lautembourgh. No pudiendo Luis de Badén conseguir su intento, determinó pasar el Rio por Castel-Luis; pero havian los Franceses consumido los forrages de aquella tierra, hasta Landau. Enfermó gravemente Luis de Badén, y le succedió en el mandó de las Armas el General Tungén, que pasó con catorce mil hombres el Rhin; y mientras que Villars se prevenia en Viusemburgh á la Batalla, porque havia fingido el Alemán quererla dár, éste se desvió, y fue á

introducir socorro á Landau, que carecia de Viveres, y Municiones, y aun le faltaba el justo Presidio, porque rezelaban, que se la llevasen los Franceses desprevenida. Con esto bolvió á pasar el Rio el General Tungén, y puso en Quarteles de Invierno las Tropas: lo proprio hicieron luego los Franceses.

Con el infelíz suceso que tuvieron en Barcelona las Armas del Rey Catholico, cobraron mas brio los Españoles del Partido del Rey Carlos; y mientras aquel bolvió á Castilla por Navarra, éste se adelantó á Aragon, que le obedeció sin violencia alguna: era su mayor Exército su apellido, y su felicidad. Pocos Nobles de Aragon dexaron sus casas. Rindióse Zaragoza, y los pocos Presidiarios con el Governador se retiraron al Castillo, y como no era Fortaleza regular, se rindieron: los mas de los Soldados tomaron partido, pero el Governador no. Yá, en la Peninsula de España, poseía tres Reynos Carlos, Cathaluña, Aragon, y Valencia. Una sola chica Plaza le quedó en cada uno de ellos al Rey Phelipe: en Cathaluña Rosas, en Valencia Peniscola, y en Aragon Xaca, porque la socorrieron los Franceses. A Peniscola la defendió con tenacidad, y valor su Governador Don Sancho de Chavarría, ceñido de Enemigos, y aun lo eran los que no lo parecian, porque en aquel corto Pueblo no faltaban Parciales Austriacos, solicitados de Peterbourgh, y del Conde de Cifuentes, despues que los Ingleses tomaron el Castillo de Alicante. Estos tres Reynos, estrechamente unidos, y pertinaces, ponian en peligro á Castilla, que por la Estremadura tambien le tenia evidente, porque se havia formado un Exército en Portugál de treinta mil hombres, mandados por el Marqués de las Minas; y aunque las reclutas se havian hecho de gente inexperta, y Estudiantes, havia doce mil Veteranos Ingleses, y Olandeses, mandados por Gallobay. Tenia esta Gente dos Gefes, de que resultó algun perjuicio: pusieron su Campo entre Alcantara, y Badajóz. No estaba lexos el del Duque de Bervich, pero muy inferior en numero, haviendo encerrado en Alcantara cinco mil hombres escogidos para su defensa. Esto lo hizo contra el dictamen de los Españoles, y principalmente del Conde de Aguilár, que lo repugnó fuertemente, porque era infalible perder

der aquellos Regimientos en una Plaza mal fortificada, y sin defensa. Luego la atacaron los Enemigos, mas por hacer prisionera aquella Gente, que por tomar la Ciudad, la qual con poca hostilidad rindieron, quedando prisionera la Guarnicion, que se embió luego á Lisboa. Estas Tropas hicieron mucha falta, porque no quedandole á Bervich bastante Infantería para oponerse á los Portugueses, dividida la poca que tenia en las Plazas, se retiró con solo la Cavalleria ácia Tierra de Madrid. Quedó el Marqués de Bay con poca Gente ácia Badajóz, hizo quanto pudo, é hizo mucho; pero no podia defender los Terminos de Castilla, por donde entró faustosamente, y sin oposicion alguna el Exército Enemigo, talando, destruyendo, é imponiendo contribuciones. Mantenianse las Provincias leales, y mas viendose ultrajadas de los Portugueses, que tienen con los Castellanos eterna emulacion; y asi, no tenian los Enemigos mas tierra que la que pisaban, y quanto mas se adelantaban ácia Castilla, estaban ceñidos de la misma tierra, que los aborrecia. Despues que tomaron á Ciudad-Rodrigo, se adelantaron á Salamanca, Ciudad en España célebre, por ser el Emporio de las Ciencias, é insigne en la fidelidad á su Rey: como no está fortificada, cedió á la fuerza: entraron los Enemigos, y se entretuvieron poco, porque conocieron en los semblantes la aversion. Apenas la desampararon, quando bolvieron á aclamar al Rey, y formaron Compañias á su costa, para defenderse, y cerrar los pasos de Portugál, que se hizo con tan exacta diligencia, que no pudo aquel Rey tener noticia positiva de su Exército, porque no pasaban Cartas, interceptando los Correos, aunque tomasen camino extraviado. Esto se debió á la fidelidad del País, que excede á toda ponderacion; y tambien tomaron una partida de dinero, que embiaba el Rey de Portugál á su Exército. De estas correrías cuidaba el Marqués de Bay, y de Badajóz el de Risburgh, con buen Presidio, despreciando las amenazas, y promesas de los Enemigos, cuyo Exército seguia á Bervich, que con continuas escaramuzas en la Retaguardia, le retardaba las marchas, hasta que el Marqués de las Minas á 22. de Junio ocupó con 8y. hombres al Espinár. Entonces le fue preciso á Bervich retroceder, y desamparando á Castilla la Vieja, se encaminó á Gua-

Guadarráma, por donde llegó á Madrid, para retirar al Rey ácia Navarra, tierra mas remota del peligro, y confin de la Francia. Esto turbó mucho á la Corte.

Aún no havia el Rey descansado de la infelicidad padecida en Barcelona, y de la penosa jornada, quando le amenaza mayor riesgo. Cierranse los Tribunales, haviendo determinado el Rey dexar la Corte, porque yá baxaba por el Monte el Exercito Enemigo, que luego ocupó las llanuras, y se acampó junto á la Virgen de Genestal. Juntóse Consejo de Guerra, y de Estado: fueron de dictamen muchos, de que pasase el Rey á Andalucía. El Embaxador Amelot, que queria retirarle ácia la Francia, persuadia, que fuese á Pamplona. El Rey eligió ir al Campo de Bervich, que estaba en Sopetrán con 5ɱ. Infantes, y 3ɱ. Cavallos. Hizose un Decreto de que pasase la Reyna á Burgos con todos los Tribunales, y les dió libertad á quantos no tenian empleo, para que se quedasen donde les fuese conveniente. Este accidente descubrió los corazones de los Magnates. Los verdaderamente afectos al Rey, ni un instante de duda tuvieron de seguirle, ó al Campo, ó á donde fuese la Reyna. Los que pretendian parecer leales, y eran desafectos, estaban en mayores dificultades embarazados: pocos se quedaron en Madrid, algunos no muy lexos, otros tomaron el camino ácia el Campo del Rey lentamente: los mas aguardaban vér descubierta la cara á la fortuna: todos deseaban conservar su honra, y sin menoscabo de ella, muchos deseaban mudar Principe, mas cansados yá de los Franceses, y de la Princesa Ursini, que del Rey. El temor contuvo á muchos, y esto los preservó de declararse por los Austriacos. Los Ministros del Gavinete todos fueron con el Rey, Medina-Sydonia, Montellano, Frigiliana, y Ronquillo, que era Presidente de Castilla. No faltaron los Gefes de las Guardias de la Persona Real, que eran el Duque de Populi, y el de Osuna, el Conde de Aguilár, el Principe de Sterclaes, y el Marqués de Aytona, que lo era de las Guardias de Infantería: el Conde de Benavente, Sumillér; y los Gentiles-hombres de Cámara, el Marqués de Quintana, el de Jamayca, el Conde de San Estevan de Gormáz, el de Baños, y Don Alonso Manrique: fue tambien el Mayordomo Mayor, Condestable de Castilla, y

los

los Mayordomos de Semana. Sin tener empleo alguno, estuvo siempre con el Rey el Marqués de Láconi. Nadie de su Real Familia dexó á la Reyna. Era Mayordomo Mayor el Conde de San Estevan del Puerto, y Cavallerizo el Marqués de Almonacid: pasaron á Burgos todos los Presidentes de los Consejos, y algunos principales Magnates de crecida edad, que no podian seguir al Rey, como el Marqués de Mancera, el del Fresno, el Duque de Jovenazo, y el de Montalto: tambien estaba el de Veraguas, y los mas de los Consejeros de Castilla, Indias, Italia, Aragon, Ordenes, y Cruzada, que fuera prolixo nombrarlos.

Apenas salió el Rey de Madrid para Sopetrán, quando los Grandes internamente desafectos al Rey, escrivieron al Marqués de las Minas, que se apoderase de la Corte, porque prestando esta la obediencia, seguiria su exemplo el Reyno entero; y que haviendo tenido noticia, que partia de Zaragoza para Madrid con 12y. hombres el Rey Carlos, no podria Phelipe subsistir en España, estando unidas estas Tropas. Estas Cartas, que no eran pocas, el Marqués de las Minas las entregó despues al Rey Carlos para su disculpa; y no se guardó mucho secreto en reservar los nombres, antes se sacó una nota de ellos, y se embió á todas las Cortes de los Aliados. Hemos tenido en nuestras manos una copia, y pudieramos dexar aqui escritos sus nombres; pero nos ha parecido no descubrir lo que ha ocultado la fortuna, y asi, solo daremos noticia de los hechos públicos á la luz del Mundo, de lo que no puede resultar quexa, porque es preciso juntar en estos Comentarios materiales veridicos para la Historia; y si de lastima, y atencion á Varones principales callamos ocultas infamias, perdonesenos el no disimular las públicas, yá que no las tuvieron por tales los que las executaron.

El Marqués de las Minas, alentado con estas persuasiones, aunque por regla de Guerra debia seguir al Rey hasta echarle á lo menos de Castiilla, (este era el dictamen de Gallobay) embió al Marqués de Villaverde con 2y. Cavallos á Madrid, donde entró el dia 25. de Junio, y se le prestó la obediencia de muy mala gana, cediendo á la fuerza, porque aquel Pueblo era amantisimo del Rey. Era Corregidor el

Mar-

Marqués de Fuen-Pelayo, y lo executó todo con prudencia, y con fidelidad, tanto mas gloriosa, quanto se dexaba conocer en un acto, que era reconocer otro Amo; pero era preciso conservar la Corte, y esta era la orden, y la mente del Rey Catholico. Despues de dos dias entró el Marqués de las Minas con Gallobay en Madrid, nada aclamado, antes conoció en los semblantes de todos una profunda tristeza, y repugnancia: Puso sus Reales en el Pardo, estendiendo las Tropas por Manzanares; la derecha desde la Huerta de el Cerero, á la Quinta de los Padres Geronymos, y la siniestra al Pardo. Asi lo dispuso el Conde de la Corzana, que venia con los Portugueses, y havia orden del Rey Carlos, de que se governase por su dictamen, en cosas de Guerra, el Marqués de las Minas. Erigieronse luego los Tribunales: nombró Consejeros, y mandó asistir á los que se havian quedado en Madrid; pero fuera de la Corte no se obedecian las ordenes, ni hacia caso de ellas el mas pobre Lugarejo, sino forzado de Tropas. Pocos Grandes halló en quienes mandar: muchos se fueron á sus Estados. El Duque de Medina-Cœli tomó el camino de Burgos, pero á muy chicas jornadas. El Conde de la Corzana decia, que esperaba al Rey Carlos, y que por eso no se apresuraba. Ignoramos su intencion; cierto es, que tomó asiento pocas leguas lexos de Burgos, y que fue á vér dos veces á la Reyna. Otros Magnates se dividieron por Castilla la Nueva, en la parte que los Enemigos la havian dexado; y los mismos que havian escrito al Marqués de las Minas, no se atrevieron á verle en la Corte: de esto se quexaba con gran razon, y el despecho le hacia revelar el secreto. Creyeron los Portugueses, adulados de muchos Españoles, que la Corte era todo el Reyno; y esperando tener noticia del Rey Carlos, sin hacer operacion alguna, como pudieran en la paz trataron la guerra: ni se abrian el camino para encontrarle, ni seguian al Rey Phelipe, que con muy pocas Tropas (y estas desertando cada dia) estaba en Sopetrán. Un Destacamento del Exercito de los Enemigos le huviera podido echar de Castilla; pero lo reservaban, como cosa de ninguna dificultad, para quando se juntasen las Tropas del Rey Carlos, mandadas por Peterbourgh, el qual aún estaba en Zaragoza, sin tener noticia alguna de lo que en Madrid pasaba; porque la Cava-

lle-

llería del Rey Phelipe, haviendo ocupado, y fortificado el Puente de Viveros, estendidas las partidas con toda vigilancia al confin, que era camino para Aragon, no dexaban pasar persona alguna, ni Correo.

En este ocio del Exército de los Portugueses en la Corte, fue facil introducirse los vicios, y se entregaron á la embriaguéz, á la gula, y á la lascivia las Tropas: esto consumió mucho el Exército, y juntamente no dexaban los del Pueblo de matar algunos Soldados, que de noche entraban en Madrid, sin mas ocasion, que la que les daba la oportunidad, y lo que inspiraba el odio. Asi se perdió la de seguir al Rey, el qual esperaba los ofrecidos socorros de la Francia. Sus parciales divulgaron en la Corte la voz de que havia muerto en Aragon el Rey Carlos; y esto lo decian con tales circunstancias, que nombraban el Lugar, la Iglesia en que se havia sepultado, y los accidentes de su enfermedad; y huvo un Clerigo, que le dixo al Rey, que le havia visto sepultar. Todo esto era arte para que el Marqués de las Minas no saliese de Madrid, y diese tiempo al Rey para formar su Exército. No fue en vano el artificio, porque el Marqués, lleno de dudas, no sabia salir de Madrid, no del todo ageno de sus delicias; porque de proposito las Mugeres Públicas tomaron el empeño de entretener, y acabar, si pudiesen, con este Exército; y asi iban en quadrillas por la noche hasta las Tiendas, é introducian un desorden, que llamó al ultimo peligro á infinitos; porque en los Hospitales havia mas de 6y. enfermos, la mayor parte de los quales murieron. De este iniquo, y pésimo ardid usaba la lealtad, y amor al Rey aun en las públicas Rameras, y se aderezaban con olores, y afeytes las mas enfermas, para contaminar á los que aborrecian, vistiendo trage de amor al odio: no se leerá tan impía lealtad en Historia alguna. Al Contrario los Parciales del Rey Carlos divulgaron, que se havia ido el Rey á Francia, y havia dexado á Burgos la Reyna: fingieron una Carta del Duque de Hijar, Virrey de Galicia, escrita al de Jovenazo, en que le decia, se estaba perdiendo aquel Reyno, por haverle ocupado diez y seis mil Portugueses, y que havian entrado otras Tropas enemigas con Juan Hurtado de Mendoza en la Andalucía.

En este tiempo se perdió Cartagena; y porque el prin-

cipal motór fue Don Luis Manuel Fernandez de Cordova, Conde de Santa Cruz, es preciso referir como se pasó á los Enemigos. Hallabase sitiado, y con gran estrechez Orán de los Moros, y se mandó á Don Luis Manuel, Quatralvo de las Galeras de España, que con dos de ellas saliese de Cartagena, y llevase socorro á aquella Plaza, y la ordinaria conducta de 57y. pesos. Estaba yá corrompido de varias promesas por los Emisarios de los Austriacos; y asi, en vez de llevar dichas Galeras á Orán, fingiendo en Lugar Nuevo de esperar el tiempo, llamó á la Armada Inglesa, que estaba en Altéa, y sublevandose la Chusma, y todos los Oficiales, que yá estaban de acuerdo, se aclamó al Rey Carlos. Quiso resistir tan infame conjura el Capitan de la Capitana Don Francisco Grimau, y fue preso. Lo proprio se hizo con Don Manuel de Fermosella, Capitan de la otra Galera, y con el Veedor Don Manuel de Grimau, hijo de Don Francisco; y es cosa singular, que solos estos tres Oficiales se mantuviesen en la debida fidelidad, entre tantos participes de la traicion, y que un secreto comunicado á una muchedumbre de gente ruin, y facinerosa se guardase tan exactamente, porque las Chusmas no lo ignoraban, y se les havia ofrecido libertad; á Don Luis Manuel el Generalato de las Galeras, y á todos los Oficiales darles ascenso á su grado. Las dos Galeras se conduxeron á Barcelona, y nada de lo ofrecido se cumplió, ni se hizo de Don Luis Manuel gran caso, por lo feo de la accion, y en tiempo, que, con grave perjuicio de los Christianos, corria tanto peligro Orán, Plaza ganada por el Arzobispo Cisneros casi de milagro, y que asegura de invasion de Africanos la España; faltóle este socorro, que se le embiaba con las Galeras, y se rindió, padeciendo la Christiandad el daño de tener aquel gran Puerto los Moros, y poder armar Naves de mayor magnitud, que las que usaban, por falta de Puertos. Un hermano de Don Luis Manuel, Arcediano de Cordova, detestando tan indigna, y abominable accion, se fue á buscar el Libro en que la Parroquia asienta los Baptizados, y arrancó la hoja en que estaba notado serlo su hermano, diciendo con honrado furor: *No quede en los hombres memoria de tan vil hombre.* Este, pues, persuadió á los Ingleses á ir á Cartagena, donde yá tenia dispuesta la conjura; y aunque decian, no les ser-

servia Plaza tan remota, les facilitó tanto el que no costaría trabajo, que se resolvieron á esta empresa, lograda con felicidad, porque los pocos Franceses que havia, capitularon luego.

Entre tantas artificiosas mentiras, esta verdad se divulgó en Madrid, y aun en el Campo del Rey, con lo qual creyeron muchos, que estaba la España perdida, y la Andalucía, y asi prosiguió la desercion, y mas haviendose publicado, que el Rey, por dár gusto á su Abuelo, se iba á Francia, y que tenia orden de promover esta resolucion Amelot, el qual verdaderamente lo persuadia al Rey; pero siempre le oyó con desprecio, y aseguró no saldria de la España. Viendo los Franceses, que no le podian convencer á dexarla, le persuadian á lo menos que se fuese á Navarra. Los Ministros Españoles que le asistian, repugnaban el que el Rey dexase las Castillas, porque sin duda se perderian, y sería la consequencia perder á Andalucía, y con ella á las Indias: que se consternarian los Pueblos, y los mas afectos, porque daba muestras de eso la continua desercion, y que debia el Rey hacer á los Soldados un público razonamiento, en que los aseguráse, no saldria de España. Asi lo executó, y juntando las Tropas, se quexó, se imagináse de su Real magnanimidad tal resolucion, y que sobre su Real palabra les aseguraba morir con el ultimo Esquadron de Cavallería, que le quedáse.

No dixo esto el Rey sin rasarsele los ojos en lagrimas, tan eficaces, que transcendió la ternura á los circunstantes, y le acompañaron con ellas, asegurandole, que pondrian todos sus vidas en defensa de su Persona, y Reyno, y que no havria mas desercion. Asi lo cumplieron, cobrando aquellos pocos Españoles tanto brio, que osaban resistir á muchos. Esta, que pareció corta diligencia, le afirmó la Corona en la cabeza, y mas haviendo llegado de Francia 15ɣ. hombres escogidos, con los quales pudo el Duque de Bervich poner su Campo entre Xadraque, y Sopetrán. A 23. de Julio se creyó en Madrid, (por voz falsamente esparcida) que entráse en la Corte aquella tarde el Rey Carlos. Sus Parciales se previnieron á recibirle: otros salieron á encontrarle, y quantos llegaron al Puente de Viveros, quedaron prisioneros de la Cavallería del Rey Phelipe, que aún estaba alli, forti-

ficados los pasos: conduxeronlos á varias Carceles; y fue uno de los que se prendieron el Conde de Lemos, que iba en una Carroza con su Muger Doña Cathalina de Sylva, hermana del Duque del Infantado, á la qual permitieron, que acompañase á su Marido al Castillo de Pamplona. Tambien fue preso el Patriaca Benavides, y llevado á Francia con Fray Benito Salas, Obispo de Barcelona. Poco despues se cogió tambien á Don Balthasar de Mendoza, Obispo de Segovia, que venia disfrazado á la Corte, para obsequiar al Rey Carlos. Eran estos verdaderamente desafectos; pero mas incautos, que desleales, porque iban á prestar la obediencia á quien yá en Madrid havian tácitamente jurado, quando la prestó con pública aclamacion la Villa: no se les halló haver cometido otro delito.

Yá le havia llegado al Rey Carlos la noticia de estár en Madrid el Exército Portugués, y con ella partió para la Corte, mandando sus Tropas Peterbourgh. Impaciente el Marqués de las Minas de ocio tan pernicioso, dexando dos solos Esquadrones de Cavallería en la Corte á cargo del Conde de las Amayuelas, declarado Parcial Austriaco, salió de ella con su Exército ácia Alcalá, y de alli pasó á Guadalaxara, tomando despues las marchas por la izquierda, para encontrar con el Rey Carlos. Enfrente, ocupadas las alturas de Ita, puso sus Tropas Bervich, fortificado bien el terreno, y estendida la derecha al Monte de Xadraque, y la izquierda á Alcalá, con la intencion de dexar atrás cortado á Madrid. El Portugués dexó los Bagages en Guadalaxara, y se encaminó á Sopetrán el dia 28. de Julio, con el designio de asegurar el camino al Rey Carlos, para que no diese con las Tropas del Rey Catholico, que yá eran superiores á las que venian de Aragon. El Rey, dexando á Ita, determinó defender el Rio de Guadalaxara, sin dexar las alturas de Xadráque, de las quales con facilidad cansaba con escaramuzas á los Enemigos, que yá havian retrocedido hasta Yunqueras, entrando en la Villa de Xadraque, y entregandola á las llamas. Llególe al Marqués una Carta del Rey Carlos, escrita en Daroca, en que le daba noticia, que venia por Molina Peterbourgh con la Vanguardia, y havia yá llegado á Pastrana: alli esperó quatro horas el Rey Carlos á que viniese á prestar-

tarle la obediencia el Duque del Infantado ; pero éste no parecia , ni lo havia jamás resuelto. El Conde de la Corzana lo havia escrito , imaginandolo por cierto , porque havia tomado el partido Austriaco el Conde de Galvéz , hermano del Duque , y creía vendria toda la familia. El Conde de Galvez se vengó en sí mismo del enojo que concibió , por no haver obtenido del Rey Catholico el empleo que deseaba , y hallandose sin él , le parecia podria , sin nota , seguir el contrario partido. Este engaño padecieron muchos Nobles , que fuera largo el nombrarlos , y solo hacemos mencion de los mas principales. El Duque del Infantado , aun sabiendo la resolucion de su hermano , y desaprobandola , huyó siempre de encontrar con el Rey Carlos , y se internó mas en los Lugares , donde no podia pasar este Principe : fuese á Mondejar , y tambien de alli se apartó. De este Lugar sacaron las Tropas Austriacas á dos hijos del Marqués de Mondejar , dexandole por viejo , y lleno de achaques : ni huviera este ido sino arrastrando , porque era bombre de la mayor , y mas sólida bondad , y sério , y uno de los Cavalleros mas entendidos de España. Sus Hijos luego tomaron gustosos el partido contrario , y se fueron con el Exercito : poco despues murió el Padre. El Rey Carlos sintió mucho haver en vano esperado al Duque del Infantado , el qual no se libró de hacerle unos cargos , bastantes á mandarle poner el Rey Catholico despues en la Torre de Segovia ; el mayor fue haver escrito al Presidente Ronquillo en su defensa una Carta libre , y poco respetosa , que se leyó en el Consejo del Gavinete del Rey , con lo qual encendió el animo de aquel Ministro , á cuyo cargo corrian todas las Causas de difidencia , y se le hizo proceso al Duque en sus formas , imputandole , que en Madrid havia hablado en el Convento de Copacabana con el Marqués de las Minas , y el Conde de la Corzana , sugeriendo medios como promover la Guerra , y que despues havia tenido conferencias secretas con Preterbourgh. Nada de esto se pudo probar , antes lo contrario , y con los mismos cargos se manifestaba mas la inocencia del Duque.

Estendidas las Tropas del Rey Catholico entre Guadalaxara , y Alcalá , yá puesta á las espaldas Madrid , sin poder ser socorrida de los Portugueses , embió el Rey al Marqués

de

de Mejorada con quinientos Cavallos, á cargó de Don Antonio del Valle, para recobrarla. Excede á toda ponderacion el júbilo de aquel Pueblo al vér las Tropas del Rey: pudieramos escrivir muchas circunstancias á no parecer increíbles. Eran tantos los excesos de alegria, que parecia haver enloquecido la Plebe. Con doscientos hombres del Partido Austriaco se encerró en el Real Palacio el Conde de las Amayuelas: no podia defenderle, aunque se resistió algunas horas: al fin se entregaron todos á discrecion, y se embió preso á Francia al Conde, hombre ilustre, y alentado, y de apreciables calidades: engañóse, con muchos, en creer, no podia dexar de ser Rey de España Carlos de Austria; y alimentando quexas de poco atendido en el presente Govierno, buscaba mayor fortuna. No aún restituidos la Reyna, y los Tribunales á Madrid, empezó á inquirir Don Francisco Ronquillo severamente contra los Parciales Austriacos. Desterró á quantos Nobles de distincion havian hablado con el Marqués de las Minas: quitó los empleos á los Ministros, que se havian quedado con algun pretexto en la Corte, y asistieron al Tribunal, que el Marqués havia formado: de este castigo se libró Don Pedro Colón de Larreategui, Consejero de la Cámara de Castilla, ó por patrocinio del Duque de Veragnas, (que era algo pariente suyo) ó era verdadera la voz, de que se havia quedado en la Corte de orden del Rey, para informar de quanto pasaba. Tambien se desterraron los que acompañaron el Estandarte Austriaco el dia de la Aclamacion de la Corte, porque la adversidad de la fortuna, bien disfrazada, propuso á los míseros Españoles un problema, que no podian entender: los menos fuertes temieron peligrar con el Rey: los aváros, perder sus haberes: los ambiciosos, llegar tarde á los premios: los quexosos, desahogar su ira: los abatidos, buscar mas alta fortuna: de estos se compuso el Partido del Rey Carlos: muchos, con mayor realce desleales, aún acompañando á los Reyes, escrivieron á los Ministros del Austriaco Principe. Tambien á estos perdona la pluma, porque pudieramos nombrar algunos, mal guardado su nombre en los que hacian gala de tener muchos Parciales, y por eso los publicaban.

El Theniente General Legal, Fransés, recobró á Alcalá

á

á tiempo, que yá havia llegado á Guadalaxara el Rey Carlos; y como el Marqués de las Minas havia pasado mas adelante por otro camino, retrocedió el Exercito Austriaco, por si podia juntarse con el Portugués. De Guadalaxara mandó sacar el Rey Carlos al Conde de Oropesa, y á su Yerno el Conde de Haro con sus Familias: poca violencia huvieron menester, porque lo deseaban, aunque conociendo la gravedad del hecho el Conde de Oropesa, lloró al resolverse, porque lo hizo á impulsos de la Muger, hermana del Duque de Uceda, que conservaba eterno odio contra los Franceses, y decia, que con esto se libraba de su tyranía. El Conde de Haro, hijo del Condestable de Castilla, no tuvo valor de quitar su Muger á los Padres, ni de dexarla: era muy mozo, y se dexó llevar de aquellas caricias, ó persuasiones, que faltandoles contraste, vencieron. Verdaderamente el Cardenal Portocarrero perdió al Conde de Oropesa, acusandole de mortal adversion contra la Nacion Francesa; y permitió la justisima providencia de Dios, que no solo adoleciese el Cardenal de este achaque, y que estuviese el Rey desconfiado de él; pero pasó á tantos excesos su mal domada ira, y quexa, desde que le apartaron del Govierno, que decia publicamente, que eran los Franceses tyranos, y ingrato el Rey. Con esto enagenó su animo de genero, que adhirió al Partido Austriaco, y esto lo manifestó en una obscura, y dudosa respuesta que dió á la Ciudad, y Chancillería de Granada, consultandole sobre el modo de defender aquel Reyno; y en una Carta artificiosa, y llena de ofrecimientos, que escrivió al Duque de Medina-Cœli, al qual, como juzgaba desafecto, se le ofrecia prompto á seguir su dictamen, y qualquier cosa que en esta ocasion determinase. Y para que no huviese duda en su mudanza, quando de orden del Marqués de las Minas fue á ocupar á Toledo el Conde de la Atalaya, General de la Cavallería Portuguesa, el dia que la Ciudad prestó el juramento, y omenage al Rey Carlos, nada le quedó que hacer al Cardenal, para manifestar su alegria: iluminó su Casa, entonó en la Iglesia Cathedral el Hymno, con que ordinariamente damos á Dios gracias: dispuso esta funcion con la mayor celebridad, y dió un explendido Banquete á los Oficiales de Guerra, brindando á la sa-

salud del Rey de España Carlos III. ( asi le llamaban sus Parciales, y se veía impreso en la Moneda, que se fabricaba en Cathaluña ) bendixo su Estandarte con las públicas ceremonias de la Iglesia, y esto lo executaba con tal modo, que fue admiracion de los proprios Enemigos; porque éste era el mismo, que tantos oprobrios havía dicho de los Alemanes: tan poco respetoso havia sido en sus palabras con los Austriacos, y el que tantas diligencias havia hecho para poner el Cetro en manos de los Borbones. Este era aquel, que por menores causas havia perdido á tantos, que acriminaba un suspiro, ó un gesto, y hacia delito del silencio, y de las palabras. Reconcilióse entonces con la desgraciada Reyna Viuda de Carlos II. que tambien estaba en Toledo, como diximos, que incauta, creyendo las persuasiones del Cardenal, ó arrastrada de su afecto al hijo de su hermana la Emperatriz Viuda, parece, que adhirió al Partido Austriaco, con demonstraciones, que evitaria el menos advertido. Dexó los Habitos Viduales el dia de la Aclamacion, y se vistió de Gala, mandando á toda su Familia, que asi lo hiciese: adornó de fiesta el Palacio: escrivió á su Sobrino el Rey Carlos, y le regaló con algunas joyas de alto precio. Haviala ofrecido el Conde de la Atalaya, que quedaria por Governadora del Reyno, mientras le disputase en Campaña Carlos. Nada se le escondió al Rey Phelipe; y quando se retiraron sus Enemigos de Castilla, embió al Duque de Osuna con doscientas Guardias de á Cavallo, para que entregandola antes un Despacho del Rey, acompañáse á esta Princesa hasta Bayona. Las voces, ó terminos de la Real Carta eran los mas atentos, y reverentes; porque la suplicaba el Rey, que dexando las turbulencias de la Guerra, que tanto agitaba á la España, pasáse á gozar de mayor quietud en la Francia, en donde estaria igualmente asistida como en Toledo. Este Imperio, embozado en ruego, y en obsequio, la afligió infinito, y subordinada á la disposicion del Duque de Osuna, pasó con su Familia á Bayona. Quiso dexar la Mayordomía Mayor de su Real Casa el Conde de Alva de Liste, para mostrar al Rey su fidelidad, y quan ageno havia estado de adherir á los dictámenes de la Reyna, antes avisó por menor quanto pasaba. El Rey, satisfecho del proceder del Conde, mandó, que la

pro-

prosiguiese á servir, y no se hiciese cargo alguno á los de su Familia, que hicieron alguna demonstracion de regocijo para complacerla. Estuvo poco satisfecha la Reyna del modo con que la conduxo el Duque de Osuna, porque la obligó á unas jornadas incómodas: asi jugaba este año con los Soberanos la fortuna. Al Cardenal Portocarrero le perdonó el Rey sus excesos, por su edad, y los servicios, que havia recibido: de miedo hizo ultimamente otro, dando una cantidad de dinero, para reparar el daño, que havian ocasionado en Toledo los Enemigos, que no fue poco.

El Marqués de las Minas, despues de haver desamparado la tierra de Guadalaxara, quiso por Aranjuez penetrar en lo interno de Castilla, por si podia bolver á Estremadura; pero como era preciso pasar la Mancha, y el Marqués de Santa Cruz havia armado aquellos Pueblos, no le fue facil executar su designio, seguido de las Tropas del Rey Catholico, y asi marchó por Loranca, protegido de la Ribera del Tajo, poblada de Arboles, y Huertas: aqui el Rey Phelipe quiso dár la Batalla, que tanto deseaban los Españoles: juntóse Consejo de Guerra, y no fue de ese dictamen Bervich, ni los mas de los Franceses. El Marqués de las Minas pasó á Chiloeches, y Morata; y aunque el Pavellon Real del Rey Catholico estaba en Torrejon, le seguian los Franceses, y picaban la Retaguardia: pasó el Rey su Campo á Cienpozuelos, para defender las Riberas de Xarama, y obligar á los Enemigos á baxar á las llanuras del Tajo, en que podia mejor la Cavallería Española mostrar su brio, porque la de los Portugueses, sobre ser de mala calidad, estaba cansada con incesantes escaramuzas, porque Don Juan de Cereceda no los dexaba reposar un momento. Sin saber fixamente adonde se encaminaba, movia el paso incierto el Portugués, explicando su rabia en el fuego, que aplicaba á los Lugares, y en el saquéo, hasta de los Templos. El Rey Carlos, á quien havian dado esperanzas de socorro los Valencianos, se entretenia en los terminos de Castilla; y como vió el Marqués de las Minas, que era imposible bolver á Estremadura, determinó juntarse con el Exército de Peterbourgh, y correr la misma fortuna, ó retirarse á Valencia; y aunque sabia, que no era este el gusto del Rey de Portugal, no tenia otro re-

remedio para conservar las Tropas, que le quedaban, bien disminuidas, y enfermas. Luego que se juntaron estos Exércitos, se disputó sobre lo que se havia de executar. El Marqués de las Minas queria aplicar todo el esfuerzo para bolver á Madrid, y penetrar con el Rey Carlos hasta Estremadura para tomar otro Exército, que tenia el Portugués prevenido, de hasta 15ɥ. hombres de Reclutas, (hechas con el dinero de Ingleses, y Olandeses) y bolver á empezar mas dura Guerra. Gallobay disentia de este dictamen, cansado de Portugal, y exponiendo la imposibilidad de bolver á penetrar las Castillas con un Exército de Franceses, y Españoles, yá bien ordenado, y al parecer victorioso, pues sacaba de Castilla á los Enemigos, sin haverlos dexado fixar el pie, con pérdida de tanta gente. De este parecer fue Peterbourgh, que deseaba retirar á Valencia al Rey Carlos, y havian llegado tres mil Valencianos á Cuenca, para asegurar los pasos. Este voto fue el que se siguió, contra el dictamen del Conde de la Corzana, y el de Galvez, y asi se encaminaron por la Mancha, y llegando al Lugar en que estaba el Duque de Naxera, con ninguna repugnancia suya le mandaron seguir al Rey Carlos, aunque dexó á su Muger, y á su Hija. Asi parece que satisfizo á la quexa, que en el principio de este Tomo apuntamos.

A grandes jornadas marchaba ácia Valencia el Rey Carlos, y quando entró en ella, fue recibido con el mayor aplauso, y regocijo. Todo lo que le aborrecian las Castillas, le amaban los Reynos de la Corona de Aragon. Luego se adhirió á su Partido el Conde de Elda, y su hermano el Marqués de Noguera. Llegó la Vanguardia del Exército que governaba Peterbourgh: salióle á recibir, como á su Restaurador, el inmenso gentío de aquella Ciudad. El alborozo fieretico de la Plebe tuvo disculpa en el desatinado del Estado Eclesiastico, y Religioso: de este salieron todos, (excepto los Jesuítas) y los Franciscos Observantes, y Capuchinos, de Comunidad, y casi esquadronados, llevando la derecha los Observantes, llegando á la presencia del General Inglés, cada uno de los Guardianes le saludó con la ceremonia Militar, de jugar el Espontón, que llevaban sobre los ombros los dos: sonriyóse Peterbourgh, y bolviendose á los circunstan-

tantes, les dixo: *No estamos mal aqui, donde nos sale yá á recibir la Iglesia Militante.* Havia dexado Peterbourgh á Gallobay la Retaguardia, seguida incesantemente de un gran Destacamento de Franceses, mandados por el Señor de Legál, que se portó en esta Campaña con la mayor vigilancia, é importó no poco para ella el haverlos cogido á los Enemigos los Viveres, y hacerlos retirar á San Torquato: él recobró unos Hornillos de cobre de Carlos V. que perdió Don Juan de Austria, quando fue en Yelves vencido de los Portugueses, disponiendo la fortuna, que viniesen á dexarlos en España. A 15. de Septiembre havia pasado yá el Xucar todo el Exército Portugués, y dexado enteramente á Castilla. Entonces puso su Campo en San Clemente el Mariscal de Bervich. El Rey Phelipe, desde Villatoba, por Ocaña, pasó á Aranjuez, y de alli á la Corte, donde fue recibido con imponderables demonstraciones de júbilo. Importó este examen de la fidelidad de Castilla para desengañar á los Enemigos, de que no se podia conquistar, segun lo escrivió Peterbourgh á Londres, con la expresion de que no la dominaria el Rey Carlos, aunque tomase este empeño la Europa toda: pidió licencia para retirarse á su casa, y se la concedió la Reyna por influxo de Malebourgh. No podrán borrar los siglos, ni la Real Estirpe de los Borbones, que reynan en España, olvidar la fidelidad de los Castellanos, que desarmados, y sin Exército, que los sostuviese, repugnaron de genero otra dominacion, que confirmaron al Rey en el Trono; pues si se huvieran declarado por los Austriacos, como lo hicieron los Reynos de Aragon, se subverteria sin duda el Imperio.

El Portugués se acampó en Buñol, y el Francés en Albacete. Como poseían los Alemanes á Cartagena, quisieron sitiar á Murcia: no fue perfecto el cordon; pero era mas que bloquéo, y se huviera rendido, á no estár con la mayor promptitud socorrida por su Obispo Don Luis de Belluga, que no embarazado de sus Sacras Infulas, y sus años, montó á cavallo, y juntando gente, no se desdeñó, por el zelo de la Religion, y seguridad de sus Feligreses, de manejar las armas. Tambien el Obispo de Calahorra defendió gloriosamente los confines de Navarra de las correrías de los Aragoneses.

Quisieron otra vez los Portugueses, que estaban en los confines, ocupar á Salamanca; pero se defendió resueltamente, y con empeño la Ciudad: no era yá la estacion á proposito para la Guerra; pero no se dió en toda España Quarteles de Invierno á las Tropas: las de Bervich quedaron acantonadas. El Rey Carlos, á instancia de los Cathalanes, bolvió á Barcelona: la Reyna de España á Madrid, con todos los Tribunales: asi renovó el Pueblo su alegria, y regocijo. El Rey Catholico privó de sus empleos á los Gentiles-hombres de Cámara, que no le havian seguido. Estos fueron el Duque de Bejar, los Condes de Fuensalida, y Peñaranda: tambien se quitó la Chancillería de Indias al Marqués del Carpio. No se bolvieron á admitir las Damas de la Reyna, porque no la siguieron, aunque se escusaban con haverlas la Reyna dexado, y que despues no estaba el paso libre para Burgos. Esta razon no ablandó el animo de la Reyna, manteniendola en este Decreto la Princesa Ursini, que no era propicia á las Damas, quizá porque no la hacian tantos rendimientos, quantos anhelaba, y asi contuvo el Palacio, en que solo Camaristas sirviesen á la Reyna, que estaban mas subordinadas á la Camarera, porque no eran de la alta esfera de las Damas, sin las quales no hay duda le faltabá al Palacio aquel antiguo explendor, y pompa, porque brilla mas qualquier Principe, quando se hace servir de los de mas alta gerarquia.

Don Joseph de Armendariz, aplicando con valor, y silencio de noche las escalas á Alcantara, la sorprendió, rompiendo con celeridad la puerta. En Valencia recobró el Obispo de Murcia á Orihuela, y partió con el Coronél Mahoni á recobrar á Cartagena, que despues de cinco dias de batida con el Cañon, se rindió á discrecion.

No tenia aún noticia de su Exército el Rey Don Pedro de Portugal, y esto aumentó tanto sus accidentes, y melancolía, que á los ocho de Diciembre murió. Principe mas feliz, que prometian los principios de su fortuna, fundada en la ruina de su hermano el Rey Don Alonso, de cuyas manos arrancó el Cetro, y la Muger; y aunque los primeros años governó con severidad, despues fue amantisimo de sus Vasallos, hizo justicia, y la promovia mucho. Era hombre fuerte,

te, y de buena comprehension, tenáz, y exacto en lo que ordenaba: nadie, con él, tuvo tanto valimiento, que soltase las riendas del Govierno, porque lo veía todo. Succedió en el Reyno su hijo Primogenito Don Juan, Principe del Brasil, á quien luego los Aliados propusieron para Esposa á la Archiduquesa Maria Ana de Austria, hermana del Emperador, para estrechar con este vinculo la amistad; pero los Portugueses siempre hacian de mala gana la Guerra, porque veían claramente quan poco provechosa les era, y que no salian las idéas de los que la persuadieron; porque el Marqués de las Minas escrivió la incontrastable fidelidad de los Castellanos, y dió noticia de como era casi imposible, que ni un individuo de su Exército bolviese á la Patria, yá porque estaba arruinado, yá porque los pasos los tenian los Castellanos cogidos, y los guardaban con la mayor vigilancia. Estas Cartas llegaron por Mar, y consternaron no poco aquella Corte, que sin operacion alguna perdia unas Tropas, recogidas con gran trabajo; porque no es Portugal, por lo corto del País, lugar de grandes Reclutas, ni la gente es inclinada en este siglo á la Guerra. Gallobay, que no estaba muy de acuerdo con el Marqués de las Minas, escrivió al Ministro Britanico, que residia en Lisboa, casi un Diario de lo sucedido en España, dandole cuenta por menor, para que la diese á aquel Rey, y embiase otras Cartas adjuntas á la Reyna, en que cargaba al General Portugués el mal éxito de aquella Campaña, por haverse entretenido tanto en Madrid, y dado quarenta dias de tiempo al Rey Catholico, para que le viniesen los socorros de Francia, quando antes podia echarle de las Castillas, é ir á sitiar á Pamplona, enteramente desprevenida, con lo qual, no pudiendose mantener la Rioja, y la Provincia de Alaba, se veía la Reyna obligada á pasar á Francia, y el Rey á retirarse á los Pyrinéos, adonde le seguirian pocos. A esta negligencia del Portugués añadia Gallobay, que pudo deshacer las Tropas del Duque de Bervich, dandole la Batalla antes de ponerse entre Guadalaxara, y Alcalá, y aun despues, porque tenia superior numero de Gente, y la del Rey no pasaba de veinte mil hombres, con no poca penuria de Viveres, y dinero. Todo esto lo confirmaron en Londres las Cartas de Peterbourgh, el qual añadía

la

la gran discordia de aquel Exército, y los varios pareceres en los Consejos de Guerra, queriendo el Rey Carlos, que entrasen en ellos los Españoles, que seguian su Partido, aunque inexpertos en la Milicia. El Conde de Oropesa, el de Cifuentes, el de Galvez, el de la Corzana, los hijos del Marqués de Mondejar, y el Duque de Naxera entraron en una Junta de Guerra, de lo qual irritado Peterbourgh, retiró las Tropas á Valencia. No faltó quien de esto se acriminase en Inglaterra, por Cartas del Rey Carlos, que estaba inclinado, despues de la union de los Exércitos, á dár la Batalla á Bervich; y aunque de esta opinion fue el Marqués de las Minas, y lo aconsejaban los Españoles, no fue posible vencer al General Inglés, que desesperó de rendir las Castillas, y no tenia Almacenes prevenidos, ni copia de Viveres; y pasó á tanto la ira contra Peterbourgh, que se le imputaba casi secreta inteligencia con el Francés: lo qual exactamente inquirido, hemos hallado ser falso.

Ni le faltó á Bervich su Crisis, por no haver dado en las Riberas del Tajo la Batalla al Marqués de las Minas, como queria el Rey Phelipe, y sus Ministros; porque marchaban con tal desorden, y sin provisiones los Portugueses, que se podia probablemente esperar la victoria, y pasaron los Rios hasta el Xucar en Partidas, y no formados. Esto acrecentó á los Españoles el odio contra los Franceses, acusando la negligencia de Bervich, y mostrando al Rey, que en quantas ocasiones llegaron á las manos con los Enemigos en esta Campaña, havian quedado vencedores, porque el Coronél *Don* Juan de la Paz, con solos quinientos Cavallos, havia atacado tres veces á la Cavallería enemiga, y la havia puesto en huida, haciendo 300. prisioneros: Que solo Don Juan de Cereceda havia hecho detener, y mudar marcha al Exército con sus correrías, cogiendo en Tarancon todo el Bagage de Peterbourg: Que lo proprio havia hecho Don Francisco Cavallero, venciendo con pocos á muchos; y que asi, yá experimentado el valor de las Tropas, se debia aventurar la Batalla, que seria sin duda decisiva. Daba no pocas razones en su defensa Bervich, que se vieron en una Carta, escrita al Rey Christianisimo, diciendo, no havia querido aventurar aquel pequeño Exército, unico Presidio de la España toda.

An-

Antes de concluir el año, recobró el Theniente General Gabriel Hesio á Cuenca, haciendo dos mil prisioneros. Tambien se tomó á Elche con otros mil, los mas Ingleses. Asi feneció, sin descargar sus iras el nublado, que amenazaba á la España, combatida este año de tantas desgracias, no solo en su Continente, sino tambien en Italia, Flandes, y en las vecinas Islas; y como está la mas immediata á Cathaluña la de Mallorca, pocos Navíos Ingleses, que se pusieron á vista de la Ciudad de Palma en cordon, hicieron tumultuar al Pueblo. Havia fomentado mucho tiempo antes esta conjura en Palma, Capital del Reyno, Don Juan Antonio Bojadors, Conde de Saballá, Cathalán; pero hombre de grande autoridad en Mallorca, por el ilustre, y antiguo Mayorazgo de la Casa-Paz, que posee en aquella Isla. Valióse para esto de Don Francisco Sola, Juez mas antiguo en aquella Real Audiencia, y del Doctor Pablo Balbona, Administrador de su hacienda. Tomaron este partido Don Nicolás Truyols, Marqués de la Torre, y casi toda su Familia, la de Escallár, Bordils, Net, Berard, Dameto, y Zaforteza. A estos siguieron hombres de menor representacion; y á uno de ellos, llamado Salvador Truyols, se le eligió por Caudillo del tumulto popular, que se prevenia. Casi toda la Nobleza nueva era del Partido Austriaco, y no pasaban de veinte y cinco los Cavalleros, que seguian el Partido del Rey Phelipe. Contaminó la conjura á los Eclesiasticos, relaxados, por la mayor parte, desde que murió el Arzobispo Don Pedro de Alagon, hombre de la mas severa, y rígida disciplina Eclesiastica, lleno de virtudes, y defensor acerrimo de su jurisdiccion; y aunque le succedió en la Prelacía Fray Francisco Antonio de la Portilla, Religioso Observante, hombre exemplar, y de la mayor fidelidad al Rey, no tenia tanta autoridad, como su Antecesor, y asi los Eclesiasticos libremente se mancharon de la traycion, que transcendió á los Regulares, principalmente á los Capuchinos.

No ignoraba el Virrey, Conde de Cerbellón esta trama, y ayudado de Don Marcos Antonio Cotonér, Cabeza del Magistrado de la Ciudad, hombre ilustre, zeloso, y leal, procuraba con buen modo, porque no tenia Tropas, apagar esta oculta sedicion; pero los ocultos Emisarios de Cathaluña,

y del Reyno de Valencia la mantenian viva, porque sabian, que havia de venir la Armada Enemiga, mandada por el General Lach, contra aquel Reyno. Al fin, pareció en ella el dia 24. de Septiembre, acordonada fuera del tiro del Cañon de Palma: todas eran quarenta Naves de varia magnitud. Venia en ella el Conde de Saballá, nombrado por Virrey, y Plenipotenciario del Rey Carlos. Embió una Faluca con Cartas al Virrey, y al Magistrado. La respuesta fue hieroyca. Embióse con ella á Don Geronymo Pablo de Puidorfila, y Don Miguél Cotonér, ambos del Partido del Rey Phelipe. Indignóse el General Inglés, y mucho mas el Conde de Saballá, con quien por la noche fue á hablar secretamente Don Thomás Saforteza, uno de los Conjurados. El dia 26. en que parecia estaba todo con quietud, salió á reconocer la Ciudad con algunos Cavalleros el Virrey: oíanse confusas voces, que aclamaban á ambos Principes. Juntaronse ochocientos hombres, toda Gente de Mar, aclamaron al Rey Carlos, y ocuparon la puerta de afuera, que entra al Muelle. El Virrey se retiró á un Fortin, y despues al Palacio. D. Marcos Antonio Cotonér quiso con D. Matheo Gual, y dos hijos de Don Antonio Sureda, atacar los Sublevados: Era su intento matar á Salvador Truyols, Caudillo de los Rebeldes; pero no pudo lograr esta fortuna, aunque Don Dionysio Rugerio le disparó dos caravinazos. Quiso tambien de un Baluarte hacer fuego contra los Sediciosos; pero por traycion de los Artilleros halló deshechas las Cureñas. A este tiempo llegó Don Gabriél de Verga con treinta Cavallos: era hombre alentado, de la primer distincion en la Nobleza, y amante de su honra; entróse al tumulto con arrojo, disparó contra uno de los Sublevados su pistola, y éste le respondió con un fusilazo, que le quitó la vida. Con este delito creció el tumulto, agregóse mas gente, y aun entraba de fuera de la Ciudad, que yá estaba casi toda perdida, porque se havian formado tres Cuerpos, uno de Marineros, otro de Ciudadanos, y el tercero de Eclesiasticos.

Viendose yá el Virrey ceñido de Enemigos, (aunque lo contradixo Don Marcos Cotonér á los principios) embió á la Armada al Conde de Montenegro, al Marqués de Belpuch, Don Juan Sureda, y Don Salvador Sureda, para pedir ca-

capitulacion. Acordóseles facilmente, entregandose la Plaza, y todo el Reyno, con la Fortaleza de San Carlos. El dia 27. se publicaron las Capitulaciones, que eran breves, con casi universal júbilo de aquel Pueblo: consistian éstas en la observancia de los Privilegios, y á cada uno la libertad de poder salir de aquel Reyno. Tomó posesion de él por el Rey Carlos el Conde de Saballá: Luego salió Don Marcos Antonio Cotonér con los setenta Franceses, que estaban en la Fortaleza de San Carlos, y Don Geronymo Pablo Puidorfila, los quales fueron conducidos á Rosas. Despues salió el Virrey el dia 6. de Octubre, con su Familia, Don Miguél Bordils, Governador de San Carlos, Don Miguél Cotonér, Don Antonio Puidorfila, Don Dionisio Rugerio, Regente de la Audiencía, y Don Joseph Leysa, Ministro de ella, que desembarcaron en Almería. El Obispo, por afecto al Rey Phelipe, fue llamado á Barcelona, donde murió. Tambien desterraron nueve principales Cavalleros, porque la rabia de los Rebeldes pasaba á persecucion. Con facilidad tomó el Conde de Saballá á Menorca; pero no pudo por entonces rendir el Castillo de San Phelipe, que defiende á Puerto-Mahón. Asi se rindieron las Islas, y con solo una Carta del nuevo Virrey, la de Ibiza, adjacente á las que llaman Baleares, y la Formentera. En esta forma se iban perdiendo los Reynos de la Corona de Aragon, sin que le costase al Rey Carlos mas trabajo, que quererlos, porque sobre estár los mas indefensos, era contagio el error, y la infidelidad.

Mas gloriosa pagina ocupan en la Historia las Islas de Canarias, donde á 5. de Noviembre apareció con trece Naves de Guerra el Almirante Genings, dirigiendo la proa al Cabo de Santa Cruz, sin Estandarte, para que no se previniesen á la defensa sus Paysanos, que solo con la duda de que fuesen Enemigos, tomaron todos las armas, y coronaron la Ribera. Yá vecinas al Puerto las Naves, pusieron Vandera de Francia, y poco despues de Suecia; y quando era yá preciso cañonear á los Baluartes, porque hacian mucho fuego, explicaron Vandera Inglesa. Era esto en la Isla de Tenerife, que en ausencia de Don Agustin de Robles governaba Don Joseph de Ayala, á quien escrivió una carta muy cortesana el Almirante Inglés; pero estaban los ultimos periodos llenos

de amenazas, si no se rendia la Isla al Rey Carlos. La respuesta fue breve, y honrada, diciendo, que se defenderian, guardando al Rey Phelipe fidelidad, mientras durase la vida. Lo demás lo explicó el Cañon de la Plaza, que apartó á los Enemigos del tiro, y desengañados, se hicieron á la vela el dia 7. del mismo mes ácia sus Puertos.

# AÑO DE M.DCCVII.

CON el Ducado de Milán, se entregó tambien á los Austriacos el Marquesado del Finál, no porque hicieron gran fuerza en esto los Alemanes, sino porque no se podia yá defender. Mudóse enteramente el theatro de Italia, y quando creyeron sus Principes haver roto una cadena, se ponian otra. Yá reflexionaba sobre sí mismo el Duque de Saboya, menos atendido de los Alemanes, y poco satisfecho, por no haverle cumplido quanto le ofrecieron. Tenia yá acabada casi su Guerra; pues aunque los Franceses poseían la Saboya, y el Condado de Nisa, no podia recobrarlos por Armas, porque despues de la demolicion de algunas Fortificaciones, todo quedaba abierto, y á arbitrio de los Franceses: estaban acantonadas sus Tropas en la Raya; pero era en vano, porque los Franceses no querian de la Saboya mas, que consumirla á contribuciones, y desfrutarla. Se havia retirado á París, despues de haver perdido el Ducado de Milán, el Duque de Orleans, y para restaurarle su opinion, fue elegido al mando de las Tropas de España: baxaban otras de la Francia para confirmar aquella parte del Reyno, que yá claramente se veía no querer á otro Principe; pero tuvo orden el Duque de Bervich de no dexar el Exército, hasta que llegase el de Orleans. Sobre el apartar á aquel, se discurrió variamente en la Corte, y se atribuía á no ser bien visto de la Princesa Ursini; cuya áspera conducta contra los Españoles desaprobaba el Duque, porque havia entrado en el conocimiento, de que sin ellos no se podia el Reyno mantener, y habló con ingenuidad al Rey en esto, no sin la aceptacion de todos los afectos al Rey; y aun se creyó estimulado

do

do de Don Francisco Ronquillo, que quan severo era contra los que le parecian desleales, patrocinaba á los finos, y zelosos del bien del Reyno, y de la Persona del Rey. A ella verdaderamente se dirigieron los obsequios, y las finezas; pero no se puede negar, que sostuvo mucho el animo de los Castellanos la natural vanidad de no ser conquistados de Aragoneses, y Cathalanes, y ultrajados de los Portugueses, á los quales despreciaban, y aborrecian. Estas razones daba la Princesa Ursini á Amelot, y á algunos Italianos, para que nada se les agradeciese á los Castellanos, con lo qual creció la discordia, con no poco perjuicio, y asi padecia el Palacio alguna confusion. No estaba muy unida la del Rey Carlos en Barcelona, despues que se fue Peterbourgh, porque el mando de las Armas quedó al Marqués de las Minas, y á Gallobay, entre sí enemigos, y hombres de menor autoridad, que necesitaban aquellas Tropas, compuestas de tantas, y tan varias Naciones, que reconocian distintos Gefes.

A los Cathalanes no les dexaban tomar tanta mano, el Principe Antonio de Leichtestein, y el Duque de Pareti; pero el mas introducido en la gracia del Rey Carlos era el Conde de Stella, Napolitano, que no desayudaba á que la pasase el Rey divertido. No son á la Historia necesarios el referir los rumores, que esparcia la fama, quizás falsos, aunque en Barcelona pasaban por verdaderos, no sin descredito de alguna Familia. Estas voces alentaban los Castellanos, que seguian á este Principe, de embidia de que no se hacia de ellos tanto caso, como imaginaba su vanidad, y no fue alguno admitido al Consejo Secreto mas que el Conde de Oropesa, por instancias del Rey de Portugal su pariente, que aún le daba de su Real Erario asistencias. Esto tenia en alguna veneracion al Conde, al qual no desayudaban las artes de su Muger; pero á los demás Españoles los tenia abatidos el Principe de Leichtestein, y havia el Emperador escrito á su Hermano, que no se fiase de los Castellanos, y mas quando supo, que el Conde de Oropesa se escusó de asistir á muchas Juntas, diciendo estaba muy viejo, y cansado, y que votaba de mala gana contra Castilla. A los Cathalanes los sostenia Don Ramon Vilana Perlas, uno de los Secretarios de aquel Universal Despacho, porque Leichtestein á todos procuraba

apartar del animo del Rey, y que solo á los Alemanes adhiriese, y pedia para el gasto del Palacio á la Ciudad sumas inmensas, no sin quexa de los Cathalanes, con tan civil expresion, que decian se gastaba demasiado en Musicos, porque el Rey Carlos tenia algunos para su diversion, llevandole su genio á la Musica, en la qual estaba bastantemente instruído. Todo lo que era deprimir á los Cathalanes, lo hacia Leichtestein con animosidad, y decia publicamente, no se debia fiar de gente enemiga de quien la domína, é inclinada á la rebelion, estando esta ultima concebida, no en el amor á los Austriacos, sino en el temor á los Franceses.

Quando llegó á Londres Peterbourgh, proponia tan dificil la Conquista de la España, que huviera la Reyna suspendido los socorros, para continuar en ella la Guerra, á no ser de contrario dictamen Malburgh, que gozaba unicamente del favor, y havia crecido su credito, y autoridad con tantas victorias al ápice de la mayor felicidad. Este hacia vér á la Reyna quanto la importaba estár armada, y tener Aliados, no solo por la sublevacion sucedida aquel año en Escocia, sino porque no ignoraban los Parciales de la Reyna, quanto trabajaban en Francia los Escoceses, y los Jacobitas, para que tomase el Rey Christianisimo la empresa de restituir al Trono al Rey Jacobo, y asi le era preciso á la Reyna estrechar la amistad con el Cesar, que era el alma de la Guerra, y la alentaba con el mayor esfuerzo: que como no tenia descendencia varonil, buscaba para su Hermano un Reyno, porque con eso quedaban los Estados Hereditarios para su hija la Archiduquesa Maria Josepha. Para asegurar mas en la Alianza al Rey de Portugal, dispuso, que la Reyna de Inglaterra, le ofreciese por Esposa á su hermana la Archiduquesa Maria Ana, y el Rey Carlos en dote la Estremadura, y juntamente dos Puertos en Galicia, despues de conquistada la España. Como el Rey Don Juan no tenia mas que diez y ocho años, le asistian al Govierno el Duque de Cadavál, los Marqueses de Alegrete, y Mariana, y el Conde de Diana, que no todos aprobaban este casamiento, porque le ganaba la Archiduquesa al Rey seis años: el dote les parecia quimerico, y la nueva Alianza de sumo empeño; porque estaban cansados de la Guerra los Portugueses, y quexosos

de

de que les havian quitado todas las Tropas veteranas, y no reemplazadas las que havian entrado con el Marques de las Minas, y Gallobay en Castilla, por lo qual quedaban indefensos los confines; y aunque havian juntado otro Exército, era de gente inexperta. El Almirante Skiovél templó estas quexas, ofreciendo traer luego otras Tropas.

Havianse perdido, como diximos, en el precedente año las Islas de Mallorca, y Menorca; pero quedaba el Castillo de San Phelipe, que defiende á Puerto-Mahon, donde haviendo entrado con seis Naves de Guerra el Conde de Villars, Francés, y desembarcando, armaba la Marinería, y la Guarnicion de los Navíos, recobró la Isla de Menorca; porque sobre haver pocos Presidiarios Ingleses, los hombres mas principales de ella, que eran los Martoreles, y Esquellas, eran Parciales del Rey Catholico, cuyo nombre se bolvió á aclamar en aquella Isla inutilmente, porque haviendola desamparado los Franceses, siendo toda llana, y abierta, y como un Arrabál de Mallorca, perseverando esta en el Dominio del Rey Carlos, le fue facil al Conde de Escallar, con pocos Navíos Ingleses, bolverla á recobrar. Corria estos Mares la Armada de los Aliados, y se dexó ver en Sicilia, por si tomaba cuerpo una conjura, que no ignoraban estaba tramada de algunos Ciudadanos, y otros hombres principales en la Plebe. No se le ocultó al Marqués de los Balvases, Virrey de aquel Reyno; y haciendo algunos prisioneros, se desvaneció por entonces la malignidad de la intencion. No era tampoco buena la de algunos Españoles domiciliados en aquel Reyno, de un Tercio antiguo, que llevaba á mal, que viniesen á presidiarle los Franceses, y que á ellos los sacasen de Palermo á otros Lugares de menor importancia. No estaba el Reyno de Cerdeña libre de este contagio, aunque muy oculto, porque los desafectos, que eran los Parciales de la Casa del Marqués de Villazór, andaban con la mayor cautela, y se avigoró mas su intencion, quando vieron, que havia otros de su dictamen; porque governando aquel Reyno el Marqués de Valero, se vieron prender á Don Joseph Zatrillas, Marqués de Villa-Clara, que estaba en sus Estados, y á Don Salvador Lochi, Juez de la Real Audiencia, y en un Gangil Francés embarcarlos, sin dilacion alguna,

á la Francia. Despues se prendió á un Medico, que era del Magistrado de la Ciudad, aguardando solo á que dexase la Chia. Estos eran verdaderamente inocentes, y parecieron culpados. El caso pasó de esta manera.

Hallabase en Zaragoza un Frayle Mercenario, llamado Trincas, quando se tuvo allá la noticia de que havia aclamado Madrid al Rey Carlos; y creyendo que yá estaba toda la España perdida, valiendose de unos Poderes, que traía de los referidos Sugetos, dió por ellos Memorial al Rey Carlos, los quales los embió al Marqués de las Minas, para que en el Consejo de Aragon, que havia formado, se viesen, y los recibió, aunque tarde, Don Juan Geronymo Ricarte, Secretario en aquel Consejo, por lo tocante á los Negocios de Cerdeña, privado éste de su empleo, porque despachó con el Marqués de las Minas; y reconociendo sus Papeles Don Pasqual de la Sala, á quien se confirió, se hallaron estos Memoriales, en que el Marqués de Villa-Clara pedia el Govierno de los Cabos de Callér, y Gallura, que poseía Don Vicente Bacallár y Sanna; Don Salvador Lochi una Plaza de Regente Provincial en el Consejo de Aragon, y los del Magistrado pedian confirmacion para otro año. Esta accion de dár los Memoriales, que era acto de reconocimiento en personas que vivian en Cerdeña, era sin duda delito; pero solo le cometió el Frayle, movido de la amistad que tenia con ellos, y creyendo la entera ruína del Rey Phelipe. Esto hirió mucha parte de aquella Nobleza, incluída en la Familia de los Zatrillas, una de las mas ilustres de aquel Reyno, y enagenó el animo de Don Salvador Zatrillas, hermano del Marqués, y del Conde de Villa-Salto, su hijo, yerno de Don Antonio Genovés, Marqués de la Guardia, con lo qual se acrecentaba el Partido de los Descontentos, que solo aguardaban la ocasion para manifestarlo. Tambien dió el referido Trincas al Rey Carlos una memoria de los Nobles afectos á su Partido, y de los Parciales del Rey Phelipe, que se cogió en los mismos Escritos de Ricarte, y la embió el Rey al Marqués de Valero, para que informase de ellos. Esta Memoria hemos tenido en nuestras manos, y no debemos propalar lo que á su arbitrio escrivió el Frayle, porque poniendo muchos de sus Amigos en el Partido del Rey Carlos,

creía

creía hacerles beneficio, mas no dixo en todo mentira. El blando, y piadoso animo del Marqués de Valero, ó no quiso hacer mal á muchos por solas sospechas, ó se le escondió la verdad; y pudiendo entonces sacar del Reyno á los que le perdieron, le dexó en quietud, ó despreció su poco poder, (como decia) no teniendo aún Guarnicion aquellas Plazas para oponerse á las insolencias del Pueblo. Nada de esto ignoraban los Parciales Austriacos en Cerdeña, y yá los agitaba un nuevo temor, que hacia discurrir medios á su seguridad. Tenian sus Protectores en la Corte, que mal informados, estendian su favor fuera de lo justo; pero perdieron este asylo, porque el Rey Catholico suprimió el Consejo de Aragon, y agregó la Cerdeña al de Italia, en que era Presidente el Marqués de Mancéra, casi solo de nombre, porque faltando el Ducado de Milán, era menor su autoridad.

Estaba proximo á la rebelion el Reyno de Napoles, que despreciaba igualmente al Consejo Supremo, y al Virrey Marqués de Villena, trabajando incesantemente el Cardenal Grimani en la Conjura, que tuvo éxito mas felíz que la primera, porque la apoyaron las Armas. La Guerra de España alentaba á los Conjurados, que, ó no creían que el Rey Phelipe havia buelto á la Corte, ó lo callaban, aunque estaba cansado de publicarlo el Virrey, y de exaltar las fuerzas del Exército de Bervich. Este estaba acampado muy dentro de Valencia, haciendo irreparables correrías, yá igual á los Enemigos; porque estaba el Exército del Marqués de las Minas, y Gallobay sumamente disminuído, y discorde. Entre los confines de Aragon, y Navarra, donde era Virrey el Principe de Sterclaes, havia una continua Guerra de pequeñas Partidas, y desde Egea infestaban á Bardena los Aragoneses: por eso determinó el Virrey, que el Marqués de Salutzo sitiase á aquella, donde havia de presidio seiscientos hombres. Pusolo en execucion, plantó Baterías, y Morteros, y aunque no muy perfecta la brecha, dió á un tiempo quatro asaltos por distintas partes, conduciendo las Partidas los Coroneles Vizconde del Puerto, Don Francisco Mencos, Don Agustin Sola, y el Señor de Clarfuntán, Francés. Resistieronse los Sitiados valerosamente por espacio de dos horas, pero fueron al fin vencidos. Se distinguieron en esta

Accion

Accion los quatro nombrados Coroneles, Don Felix Marimón, y el Marqués de Santa Clara. El Marqués de Salutzo, que era hombre de animo feróz, é implacable, mandó pasar á cuchillo á los Moradores, exceptuando Niños, y Mugeres, y á algunos pocos, que se retraxeron á los Templos, no del todo libres de la desenfrenada furia de los Soldados, á quienes se permitió el saquéo, y despues se mandó quemar enteramente la Ciudad. Asi solo de la infelz Egéa quedaron tristes vestigios en la memoria. Con esto descansó Navarra. El Mariscál de Campo, Conde de Ayanz, partió de Sanguesa, contra un Lugar, que llaman, *un Catillo*: desampararonle sus Moradores, y le entregó á las llamas, y lo proprio hizo de Luesia. Los Moradores de los circunvecinos Pueblos se retiraron á la Montaña, y desde alli baxaron contra Verdúm, que socorrido por Don Felix Marimón, puso en fuga á los Aragoneses. Ni aun con esto escarmentaron, porque un gran numero de ellos se interpuso entre Xaca, y su Castillo, á quien socorrió el Marqués de Salutzo; pero el poder llegar á tiempo se debió al valor, y atrevimiento del Vizconde del Puerto; porque haviendo hallado las Tropas alto el Rio Javerre, y defendida la contraria Ribera de los Rebeldes, fue el primero que entró en él, llegandole el agua á mas de la cintura: siguieron el heroyco exemplo los Coroneles Mencós, y Durbán, y se retiraron los Rebeldes á un vecino Bosque: alli los atacó el Marqués de Santa Clara, y los obligó á huír, haviendo antes muerto á muchos, y hecho prisioneros no pocos. Logró Salutzo felízmente su Expedicion, y dexó bien abastecida á Xaca.

Todo el cuidado del Exército del Rey Phelipe era Valencia, en cuyo Reyno estaban acampados los Enemigos, fatigados con correrías continuas de la Cavallería de el Rey, principalmente de las Partidas, que conducia Don Juan de Cereceda, que con ochenta Cavallos, ayudado del valor, y del ardid, venció muchas veces á quinientos. Con Reclutas continuas de la Francia, y de la España se aumentaba el Exército de Bervich, que estaba aguardando al Duque de Orleans, el qual á 10. de Abril llegó á Madrid, y fue recibido de los Reyes con el mayor agasajo, aunque al Duque le quedaba el sinsabor de que algunos de los Grandes de

Es-

España, que descienden de la sangre Real de Castilla, y Aragon, rehusaron el verle, por no darle el tratamiento de Alteza: esto lo disimuló el Rey con gran prudencia; pero no dexó de desagradarle, la que creía mas sobervia, que razon, y mas queriendo tener contento al Duque de Orleans, porque tenia las Armas de España en su mano. Estaban yá no lexos de Valencia los Exércitos á la vista, observando cada uno los movimientos de su Enemigo. En Yecla, y Caudete estaba el Marqués de las Minas, y en Montealegre, y Chinchilla Bervich, no queriendo éste dár la Batalla, hasta que el Duque de Orleans llegase; pero con todo eso le fue preciso moverse de Chinchilla, y juntar en Montealegre sus Tropas.

A los 19. de Abril, mientras los Portugueses pasaban de Yecla á Villena, tomaron su Castillo, y despues le desampararon, y se acamparon en Caudete. Los Franceses, y Españoles en el Campo de Almansa, dexandola atrás por la derecha, casi formados en Batalla, porque veían, que los pasos de los Enemigos se enderezaban á ella: al fin, el dia 25. del mismo mes marchó, formado contra los Españoles, el Marqués de las Minas. Rehusaba, quanto podia, Bervich venir á las manos, ó por esperar al Duque de Orleans, ó por no aventurar en una Accion la Corona, porque en toda España no havia mas Exército, y solo en Estremadura estaban algunos Regimientos; pero yá no daba lugar á mas reflexiones el Marqués de las Minas, que baxaba por un modesto Collado á la llanura, y tenia puesta su Artilleria en parage, que con poco abance estaban baxo del tiro los Franceses, que luego plantaron la suya. Empezaronse á cañonear los Exércitos, con poco daño de una, y otra parte, porque aún estaban las Lineas estrechadas, y marchaban unidos los Portugueses, é Ingleses, que regía Gallovay en la siniestra, donde cargó la mayor fuerza, porque la derecha de los Españoles la mandaba el Duque de Populi, con las Guardias del Rey de á Cavallo. La Infantería de esta ala estaba á cargo de un Theniente General Francés, y de Don Antonio del Valle. En el centro estaba el Duque de Bervich, asistido de Don Miguél Pons; y en la izquierda el Señor de Lavare, Francés, y Don Carlos de San Egidio, contra el Conde de

la Atalaya, porque el centro del Exército Austriaco le tenian el Marqués de las Minas, y el Conde de Donna, Olandés. Estaban los Españoles firmes sin empezar el combate, al qual dieron principio impacientes los Ingleses por el centro, cubiertos de su Cavallería, que cargó contra Bervich: luego movió su ala el Duque de Populi contra Gallobay, con tanto ímpetu, que desbarató la primer Linea de los Enemigos; pero sosteniendo ferozmente la segunda, no solo hizo parar al Duque de Populi, sino que precipitadamente le obligó á retroceder hasta la segunda Linea, que regía el Cavallero de Asfelt, el qual la havia, con arte, ordenado con tantos espacios, y vacios, para que si la primer Linea bolvia atrás, no le desordenase la suya; y viendo que venia huyendo, dixo á los suyos, que era arte, para acometerlos desordenados despues, y que no se moviesen, hasta que hiciese con un lienzo la señal. A esta prudente disposicion favoreció la fortuna, porque siguiendo á la primer Linea del Duque de Populi desordenadamente los Enemigos, y confusas las dos suyas, encontraron con la de Asfelt, que los esperaba á pié firme, y havia puesto al Regimiento de Humena en parage, que recibió á los Enemigos con tan horrible fuego, que no solo les embargó el ardimiento, pero se confundieron de manera, que cargando sobre ellos toda la segunda, y la primera, que havia buelto á reparar, á espaldas de la de Asfelt, el Duque de Populi venció á Gallobay, y deshizo enteramente la izquierda de su Exército, con muerte de muchos, seguidos en la fuga, y despedazados en la Batalla; porque las Guardias, para borrar la primera accion, se arrojaron nuevamente, espada en mano, con el mayor ímpetu, aunque yá no hallaron resistencia, porque fueron en vano las persuasiones de los Cabos Ingleses para detener los suyos. Viendo Gallobay, que era imposible bolver á formar la izquierda, juntó los Infantes que pudo á espaldas del centro, y los introduxo en las filas con alguna Cavallería, que havia quedado de Oficiales, y de gente mas amante de su honor, que los que havian precipitadamente huído. Esto avigoró las Tropas del centro, que peleaban valerosamente contra Bervich; y protegidos de su derecha, le havian hecho retroceder casi hasta Almansa, cediendo los Franceses, y Españoles

al

al brio de sus contrarios: no dexaron el combate, ni bolvieron la espalda; pero rompió el Marqués de las Minas las primera, y segunda Linea, y pasó adelante, con mas que probables esperanzas de victoria; porque era inutil la que los Españoles havian tenido por la derecha, quando estaba su centro dividido en dos Cuerpos, donde los Oficiales mandaron formar dos caras, para coger enmedio á los Eenemigos. Este fue el acertado orden, que dió Bervich, corriendo valerosamente el Campo, que no solo reparó el daño, pero le dió la victoria; porque acometiendo por las espaldas del centro de los Enemigos con dos Regimientos de Cavallería Don Joseph de Amezaga, los sorprendió de genero, que fue menester valor para pelear con orden: entonces estrecharon las dos partes del centro divididas, y cogieron enmedio á los que se havian internado tanto, que no podian escapar. Los Ingleses, y Alemanes sostuvieron la Accion con imponderable brio. Alentaba á sus Portugueses el Marqués de las Minas; pero era en vano, porque havian descaecido los animos, y ceñidos en circulo de sus Enemigos, rindieron las vidas: escaparon pocos, y entre ellos herido Gallobay, y algunos Oficiales. El Marqués de las Minas se pasó á la derecha, y la fortificó con quanta mas gente pudo. Estaba yá la victoria por los Españoles en el centro, y la derecha; pero no estaba el Exército enteramente vencido, porque el Conde de Donna, que no se havia adelantado tanto, retiró á las alturas de Caudete trece Regimientos, y aún no havia peleado la derecha; pero fue con tanto denuedo acometida de la izquierda de los Españoles, que se travó un riguroso combate, y murió tanta gente de ambas primeras Lineas, que fue preciso ser socorridas de las segundas. Dos veces se separaron las Tropas, bolviendo cada qual á su lugar; pero avergonzadas las del Rey Phelipe de no entrar á la parte de la gloria, acometieron de genero, que despues de bien sangrienta disputa, huyó herido el Marqués de las Minas, y fue el residuo del Exército, y toda el ala derecha vencida. Halláronse difuntos, todavia formados, algunos Regimientos Portugueses, y muy pocos de los de esta Nacion pudieron contar la desgracia. Tuvieron los Franceses, y Españoles una

completa victoria, y decisiva, porque si la huvieran perdido, era probable la subversion del Trono.

Esta es la célebre Batalla de Almansa, á la qual dió eterna memoria el Rey con una Columna, que mandó erigir, y entallar en Marmol su inscripcion. No será menos eterna la gloria, que adquirió el Duque de Bervich: parte de la qual tocó á los que se distinguieron, y fueron el Duque de Populi, el de Sarno, el Señor de Davaré, Don Carlos de San Egidio, Don Miguél Pons, Don Antonio del Valle, Don Juan Caraciolo, Don Lelio Carrafa, el Marqués de Santelmo, y Pisaneli, quedando muchos de estos heridos. Sostuvo valerosamente el lugar de Don Diego Davila, Don Geronymo de Solís, y Gante, despues de muerto aquel. Tambien murieron en el ardor del combate el Señor de Polastrón, y Silerí, Franceses: no quedaron los Valones inferiores, y entre ellos el Señor de Bucoy, el Duque de Abré, y Potelbergh: este ultimo, con un Batallon de Infantería, resistió en la derecha á la furia de dos de los Ingleses, y los deshizo, que contribuyó infinito al triunfo de esta ala. Mucho mas que todos los Franceses hizo Asfelt, que al otro dia traxo prisioneros, con el Conde de Donna, trece Batallones, que sitió en las alturas de Caudete, cinco de Ingleses, otros tantos de Olandeses, y tres de Portugal. Quedó en el Campo rico botín á los Vencedores, donde se hallaron, sobre infinitas Armas, y Provisiones de Guerra, veinte piezas de cañon, trescientos carros cargados de Municiones, y ciento y doce Vanderas. Se rindieron prisioneros cinco Thenientes Generales, siete Brigadieres, veinte y cinco Coroneles, treinta Thenientes, Capitanes, y Subalternos ochocientos, Soldados prisioneros doce mil, sin los que murieron en el Campo, que fueron seis mil. Estos diez y ocho mil hombres perdió el Rey Carlos; y fue tanta la desercion, que en la Revista, que el Marqués de las Minas, y Gallobay mandaron pasar en Tortosa, (adonde se retiraron) no llegaban á cinco mil, y estos los mas de Cavallería, porque los Infantes no pasaban de ochocientos. Dos mil y quinientos Españoles murieron, los mas de las Guardias del Rey, que hicieron maravillas, y mas de mil quedaron heridos. Esta tan cumplida vic-

toria abrió al Vencedor toda la tierra no fortificada, menos Alcoy, y Xativa, fiados en la eminente situacion, y en estár ceñidos de una, aunque simpie, Muralla, y tener Presidio de Veteranos. En Xativa estaba el Marqués de las Minas, que para entretener el curso de la victoria, inflamó aquellos animos, y se retiró á Tortosa. Luego se despachó esta felíz noticia al Rey Catholico con Don Pedro Ronquillo. Al otro dia llegó á Madrid el Conde de Pinto con cien Estandartes, los quales embió luego el Rey á su Capilla de nuestra Señora de Atocha: alli se veían las Armas de muchos Principes, la Inglaterra, la Olanda, Brandemburgh, el Palatino, Portugal, Luneburgh, y muchos Principes del Imperio: tantas Naciones concurrieron contra la España, y lo que era mas lastimoso, la España misma, sirviendole al Rey Catholico del trophéo las Vanderas de Cathaluña, Aragon, y Valencia. Faltóle al Exercito vencedor Viveres, y por eso no se pudo seguir antes que respirase, y bolviese en sí, el Enemigo. Prevenia yá su rendicion Tortosa; pero se confirmó en el Dominio del Rey Carlos, porque Gallobay metió en ella las reliquias del Exército. No le quedaba yá que mandar al Marqués de las Minas mas, que la poca Cavallería, que havia quedado, que pasó despues á Barcelona, porque este suceso consternó sumamente aquella Ciudad, no sin asomos de sedicion, y casi tumulto, que se apagó luego con arte, y ficciones, esforzandose los Nobles á sosegar la Plebe.

Llegó al Exército el Duque de Orleans, disgustado de una victoria, en que no intervino, y empleó un Exército vencedor de treinta mil hombres en rendir á Alcoy, y Xativa, para quitar á Bervich, si no la gloria, la ruidosa fama de la utilidad del triunfo. Con todo eso no permitió se fuese del Exército, por el conocimiento que tenia de la España, y porque qualquiera Accion, se le atribuiria yá al Duque de Orleans la fama. Dividióse el Exército en dos Cuerpos: Bervich, solo con presentarse, rindió á Requena, y quedó prisionero su Governador Don Joseph Iñigo de Abarca. Asfelt marchó contra Xativa: casi todo el Reyno de Valencia estaba sin Tropas Austriacas, menos una poca de Cavallería, que hacia en Carlet algunas correrías; y porque no se perdiese la Infantería toda en Tortosa, dexando alli el solo

Pre-

Presidio, la pasaron á Denia, Alicante, y Barcelona. A 7. de Mayo se dexó vér en Valencia el Exército del Rey Catholico: huyó á Tortosa el Conde de la Corzana, y no quedó hombre de armas en su defensa. Imploró la clemencia del Rey la Ciudad, y el Pueblo, aunque mas eran sus lagrimas de rabia, que de dolor. A 8. del mismo mes entregaron las llaves al Duque de Orleans, de quien consiguieron quanto pedian, y no se saqueó la Ciudad; sí solo se embió á Don Antonio del Valle, con un Destacamento, para admitir el nuevo Omenage. El Pueblo, ó ambicioso, ó para dár señas de su arrepentimiento, quiso acometer á las casas de los autores de la rebelion; pero yá havia escapado á Barcelona el Conde de Cardona con otros Nobles, tan acerrimamente Parciales del Rey Carlos, que, antes de salir, aplicaron fuego á las casas de los afectos al Rey Phelipe, porque querian destruir, y aniquilar la Patria, que yá no havian de bolver á vér.

Echando los Españoles un Puente al Xucar, fue contra Alcira el Duque de Bervich; y el de Orleans se retiró á la Corte, donde fue recibido con el mayor aplauso: se entretuvo poco, y pasó luego á mandar las Armas en la Raya de Aragon, cuyo Reyno amenazaba desde Fraga. En el de Valencia, todo se reduxo á la obediencia del Rey, menos Alcira, Xativa, y Alcoy. Comunicabanse por el Puente del Xucar las Tropas de Bervich con las del Cavallero de Asfelt, que sitiaba á Xativa, que estaba presidiada de Ingleses: hacia la empresa dificil el estár sus Moradores pertinaces, aun despues de alojados los Franceses en la brecha del Muro, y haver tomado los Baluartes de los lados. Daba la rabia valor á los de adentro, y obstinados, se dexaron dár el asalto, sin escuchar proposiciones de perdon, porque clamaban absolutamente, que solo querian morir. Enfurecido el Soldado, y vencida la brecha, no dió quartél, ni á Niños, ni á Mugeres, aunque á éstas las exceptuó la piedad de Asfelt. No se puede descrivir mas lastimoso Theatro: buscaban la muerte los Vencidos, y rogaban los matasen: ellos, y los Vencedores aplicaban fuego á las casas: aquellos por desesperacion cruél; y estos por ira: exortabanse recíprocamente á morir, creyendose mas felices acabando, que sirviendo al

Rey,

Rey, que aborrecian. No se pudo discernir, quien con mayor tesón aplicaba fuego, si los proprios Moradores, ó los Soldados: no se perdonó ni aun á los Templos: pocos Sacerdotes escaparon, Mugeres pocas, y Hombre ninguno. Nada quedó de Xativa, ni aun el nombre, porque en su reparacion, el Rey mandó llamarla *San Phelipe*: ochocientos Ingleses quedaron prisioneros. Poco menor estrago padecieron Alcoy, y Alcira: tiene horror la pluma en escribir de tanta sangre derramada: rindiólas la fuerza, y no se les dió quartél á los Vencidos, porque Asfelt lisonjeaba con la sangre su genio duro, y cruél. Desarmó á Valencia, y á todo el Reyno: prohibieronsele con tanto rigor las Armas, que un solo cuchillo llevó centenares de hombres al suplicio. No puede haver hombre mas exacto en hacerse obedecer. Aun con haver sido tan grande el delito, yá el rigor de Asfelt padecia excesos, porque havia puesto su delicia en derramar humana sangre. Asi era feo escarnio de la suerte el Reyno fertil, y hermoso de Valencia, que no guardaban los Vencedores para el Rey, sí solo le destinaron para mísero despojo de su codicia, porque igualmente Franceses, y Españoles cometieron tantas tyranías, robos, extorsiones, é injusticias, que pudieramos formar un libro entero de las vexaciones, que Valencia padeció, sin tener noticia alguna de ellas el Rey, porque á los Vencidos no se les permitia ni el alivio de la quexa. De compasion callamos los nombres de los que injustamente defraudaron sus riquezas á aquel Reyno, y no nos atrevemos á decir la suma de dinero, que se sacó de él, por no aventurar nuestro crédito. Nada sirvió para el Rey: mancharon sus manos los que las havian gloriosamente ilustrado con la Espada.

El Duque de Orleans, llamando ácia sí todas las Tropas, corria libremente el Ebro: havia vencido algunos Rebeldes, que en cortas Partidas le infestaban, y los rechazó, hasta que se presentó con el Exército ante Zaragoza: rindióse la Ciudad, y casi toda la tierra abierta: aquello se executó con mas quietud, y menor estrago; pero no se podia evitar la licencia del Soldado Vencedor, siempre insolente. Los Rebeldes se retiraron á los Montes, y se limpió de ellos tambien el confin de Navarra. Estos hechos llegaban á Italia,

con-

confundidos de la ficcion de los Parciales Austriacos, y muy cercenadas las victorias; porque empezada yá á gustar la dulzura de sus dominios, para adelantar en ella sus derechos el Cesar, determinó atacar el Reyno de Napoles: pidió paso al Pontifice para veinte mil hombres; y como era el numero tan superior á los que se podian oponer, no era menester pedirle, y asi lo creyeron los Gefes del Exército; porque quando el Cardenal Grimani lo estaba exponiendo al Papa, yá las Tropas estaban en el Ferrarés, mandadas por el Conde Daún, que eran solo nueve mil hombres; pero no tenian resistencia, y havia el Emperador mandado, que sin aguardar licencia, prosiguiesen la marcha. Turbóse al parecer la Corte Romana, y mucho mas el Pontifice, porque veía, que introducidos en Napoles los Alemanes, era preciso contemplarlos, ó experimentar sus extorsiones: Juntó una Congregacion; y aunque algunos fueron de parecer de resistirse; la mayor parte del Sacro Colegio, adhería á los Austriacos, ó por necesidad, ó por amor. Estaba encargado en aquella Corte de los Negocios de Francia el Cardenal de la Tremoglia; pero ni él, ni el Duque de Uceda, Embaxador de España, tenian autoridad alguna, y muy pocos Parciales desde que se perdió Milán, porque yá sabian era la Puerta de Italia. No veían con gusto, sino con temor á los Alemanes; pero estos no cuidaban de ser amados, sino de ser obedecidos, y asi se encaminaban yá á los Estados de Roma, desde donde avisaron su proximo peligro á Napoles. Era á este tiempo Virrey el Marqués de Villena, que no ignoraba el designio de los Enemigos; pero se prometia de los Napolitanos mas de lo que debiera. Juntó los que llaman Sergios, que son Colegios de Nobles, y á la Ciudad: llamó al Electo del Pueblo Lucas Puoti: todos prometieron fidelidad, y constancia, aunque solo en las palabras: ofrecieron cien mil ducados, si perdonaba el Real Fisco la tercera parte de sus Rentas. No consintió el Virrey; pero era imposible de otra manera hallar dinero, porque yá nadie fiaba de las asignaciones de la Real Caxa en las Rentas Ordinarias, con el regular lógro de seis, ú ocho por ciento; porque veían, que se iba á perder el Reyno, al qual turbaba yá en los confines de Roma una quadrilla de hombres facinerosos, que tenian

por

por Gefe á Julio Cesar de Santis, al qual, por sus delitos, havia el Marqués de Villena desterrado, y se havia introducido hasta Valdepiedra: bien, que defendia los terminos del Reyno Don Francisco de Resta, baxo la mano del Duque de Atri, Vicario General de Apruzo, que pasó con un Regimiento de Cavallería, y trescientos Infantes á Celán, y Avezano, porque el numero de los Vandoleros crecia cada dia, agregandose quantos temian las satisfacciones de la Justicia. El Virrey, que meditó muy tarde la defensa, la queria ahora apresurar con resoluciones, que tomaba precipitadamente; pero no todas eran adequadas al caso, ni iguales al peligro, porque le faltaban Tropas, que son la mas segura defensa en un Reyno indiferente, y casi lo mas contaminado de las sugestiones de los Parciales Austriacos, que eran muchos, y de la primer Nobleza: no descuidandose el Cardenal Grimani de abrir con ofrecimientos los Thesoros de las manos del Emperador, y del Rey Carlos. Creó Villena Oficiales Generales, Mariscales, y Brigadieres, con el poder que para esto tenia del Rey: embió á la Pulla al Marqués de la Roca, y dió el mando de todas las Armas al Duque de Bisacia: estos, con el Conde de San Estevan de Gormáz, fueron á fortificar á Gaeta, y se mandó al Duque de Atri, que recogiese las Tropas de su cargo, y guardase atentamente los confines. El Marqués de la Roca pasó á Sora, y despues se encaminó al mismo parage el Principe de Castillón, General de la Cavallería, y el misma Bisacia. Hizose Consejo de Guerra, y para qualquiera operacion faltaban Tropas. Huvo varios pareceres, y el mas aprobado fue cortar el Puente de Cypri, y con peñas, y arboles embarazar los caminos, despues de forragear, y consumir los Viveres de los confines, para dificultar el paso á los Enemigos; pero nada se executó, conociendo los Gefes la disgustada obediencia de las pocas Tropas, que yá havian interiormente tomado el contrario partido, engañados con promesas, y solo esperaban la ocasion de declararse. Embióse al Duque de Sora, y otros Varones á sus Estados, para prevenir las Milicias Urbanas, y se bolvió Bisacia á Napoles, dexando la custodia de los confines al Marqués de la Roca, á quien ofreció el Virrey grandes socorros, que olvidó despues, ó no pudo embiarlos, aten-

atento solo á fortificar á Gaeta, la qual destinaba para refugio, con mayores demonstraciones, que convenia en un accidente, que el temor del Virrey acrecentaba el de los demás; pero no podia defender todo el Reyno, y asi lo hacia de una Plaza, que por su situacion, y fortaleza era mas hábil para defenderse, y conocia yá la intencion de los Napolitanos, de quienes era preciso guardarse mas que de los proprios Enemigos.

A los 26. de Junio entró en el Reyno de Napoles el Exército Austriaco, mandado por Ulrico Daun, que constaba de nueve mil hombres, como diximos, porque solo eran cinco Regimientos de Cavallería, y cinco de Infantería, no completos. Desamparó el Marqués de la Roca los confines, con parecer de los Coroneles Caraciolo, Roso, y Carofolo: retiróse á lo interior de la Provincia, y ninguna se queria defender, por no exponerse á los estragos de la Guerra. Los Enemigos ocuparon á Sora, y San Germán: retiróse con la Cavallería el Principe de Castillón, porque solo tenia ochocientos Cavallos, y yá la tierra enemiga.

Esta noticia consternó, al parecer, á Napoles, y todo era afectacion. Persuadieron al Virrey los mismos ocultos Austriacos, que solo atendiese á defender la Capital, y sus Castillos, aunque el Torreon del Carmen, que governaba Don Pedro Niela, estaba indefenso, porque sus pertrechos se havian pasado á Gaeta. Parecieron á esta sazon quatro Naves Olandesas, que hacian navegacion incierta: no dispararon los Baluartes, aunque estaban casi á tiro, porque no quiso el Virrey dár este fomento mas al rumor, que yá empezaba en la Plebe, disfrazado en miedo. Mandó Villena, que el Conde de la Roca presidiase á Capua: alli se encaminó Castillón, pero no havia Viveres para veinte dias. Venia con el Exército, destinado para Virrey, Jorge Adám, Conde de Martinitz, y se le juró obediencia en San Germán, aclamando al Rey Carlos, de quien traía los Despachos. Adelantóse con su Regimiento el Coronel Vvaubón, para asegurar la marcha á las Tropas, que aún no havian gastado un grano de polvora. Llegó á Fiano el primer dia de Junio, y por los Desertores supo el infelíz estado de la Plaza de Capua, y la propension de sus Moradores á mudar de domi-

minio. Havia sacado de ella, con orden de Villena, Don Rodrigo Correa la Guarnicion Española: con que no havia modo de como defenderla, aunque clamaba su Governador, Marqués de Feria, y havia el Conde de la Roca consultado desampararle; y mientras ésta se disponia á ir á Napoles, pareciendole á Vvaubón la ocasion oportuna, con solo un Destacamento de Cavallería se presentó á la Plaza, y ocupó el Puente. Corrió á defender la puerta el Marqués de la Roca, y los demás Oficiales, con dos Compañias de Infantería, que á fusilazos apartaban á los Alemanes, concurriendo con su Artillería el Castillo; pero haviendo pasado aquellos el Rio Vulturno por donde es mas baxo, se alojaron á la sombra de una arboleda, que los defendia del Cañon, la qual mandó entonces cortar el Governador, pero no havia gente que lo executase. Ocupó Vvaubón el Rio, y parecia guerra de burlas, porque ni él tenia fuerza para rendir la Ciudad, ni el Governador para defenderla, y mas quando yá el Pueblo empezaba á clamar por la rendicion, y havia traido á su dictamen muchos Soldados; pero los sosegó el buen modo del Marqués de la Roca, ofreciendo, que en su caso capitularia muy ultimamente á la Ciudad. Viendo Vvaubon la imposibilidad de la empresa, se restituyó á Tiano para tomar Artillería, y avisó, que se le embiase Infantería, porque sabia, que venia á socorrerla el Principe de Castillón, el qual llegó con seiscientos Cavallos tan á tiempo, que yá se estaba perdiendo la Ciudad, por haver tomado el Pueblo las armas contra la poca Guarnicion, que guardaba las puertas, y havian sucedido yá algunas muertes. Sosegóse el tumulto, con haver entrado un Destacamento de Cavallería, á cargo del Mariscal de Campo Don Francisco Belvalet; pero no desistia con todo eso la Ciudad de clamar por la rendicion; y precediendo antes Consejo de Guerra, viendo no podia defenderse, la desampararon las Tropas Españolas, con el Marqués de la Roca, haviendo antes introducido socorros en el Castillo, donde se encerraron voluntariamente muchos Oficiales, y los nombrados Coroneles, que acompañaban á la Roca. Luego la Ciudad aceleró los obsequios, y llamó á las Tropas de Daún. Mandó éste, que bolviese Vvaubón, y á pocos dias llegaron tambien Daún, y Martinitz, y plantaron

contra el Castillo una batería de Piezas de Cañon de Campaña, que nada amedrentaron al Marqués de Feria, y con los suyos hacia no poco daño á los que ocupaban el Puente; pero faltandole lo necesario para la defensa, hizo muy honradas Capitulaciones, y salió con todos los honores Militares la Guarnicion, aunque ofreció no tomar en seis meses las armas. Luego se rindió Caserta, y casi todo el Pais abierto hasta Napoles.

Mayor guerra tenia con el Pueblo el Marqués de Villena: quiso privar de su empleo á Lucas Puoti, repugnólo la Plebe, y no se executó el Decreto, porque yá veía el Virrey, que todos deseaban la dominacion Austriaca, y no querian defenderse. Por eso negaron los socorros de dinero, que se les havia pedido, y se oían vanos, é inciertos rumores, que obligaron á que la Condesa de Egmont, y la de San Estevan de Gormáz, Nuera del Virrey, pasasen con otras Señoras en las Galeras del Duque de Tursis á Gaeta. Salió con muchos Nobles á cavallo por la Ciudad el Marqués de Villena, para sosegar estos ruidos, que ni era sedicion, ni dexaba de serlo, atizando el fuego los ocultos traydores, y no carecian de ellos las Tropas. Abasteció los Castillos, y encomendó el de San Telmo á Don Rodrigo Correa, quitando de él á Don Diego de Buydes: Castel-Novo á Don Manuel de Borda, privando á Don Antonio Cruz; pero le dexó en el mismo Castillo, con errada opinion, de que serviria á Borda de freno, quando estaba Cruz herido de una injuria: á Castel del Ovo le governaba Don Antonio Carreras: estos tuvieron orden del Virrey, dada por el Duque de Bisacia en 3. de Julio, para que en caso de ser sitiados, disparasen contra la Ciudad, porque con eso ella tendria cuidado de los Castillos. Pareció un Edicto en nombre del Emperador, impreso en Roma de orden de Grimani, en que probaba los derechos Austriacos á aquel Reyno, y no tener algunos el Rey Phelipe: estaba concebido con clausulas insolentes, y poco atentas á la Nacion Francesa: vióse fixado en la Cathedral, y en el Real Palacio, y despues en varias esquinas.

Hallándose en este estado, escrivieron al Conde de Martinitz, ofreciendose al servicio del Rey Carlos los Principes

de

de Monte-Sarcho, Avelino, y Cariati, y el Duque de Monte-Leon: otros muchos Nobles hicieron lo proprio; pero los autores de la Rebelion, y Conjura fueron aquellos, sin la qual no se huvieran atrevido nueve mil hombres á querer conquistar un Reyno. La Ciudad nombró por su Syndico al Duque de Monte-Leon, sin noticia de Villena. Las palabras de los que esto executaban no conformaban con la intencion: decian, que era solo poner al cuidado de los Nobles la Ciudad, y que ésta se estaria indiferente á que la defendiesen las Armas del Rey. El Duque no quiso admitir el empleo sin el consentimiento de Villena, que no le quiso dár, ni las causas, que para negarle tenia, de lo que se ofendieron; pero no podia explicar el Marqués quanto justificaba su resolucion, porque todo era trama del mismo Duque, que se disponia para ser rebelde, y queria parecer leal. Los Alemanes, despues de tomada Capua, se encaminaron á Napoles. Corria la Provincia el Duque de Telesia, que venia con las Tropas Alemanas, y estaba desde la primer conjura en Viena. Este dispuso, que Aversa llamase la Cavallería del Enemigo, para sorprehender la del Rey, y anticipadamente este Pueblo juró fidelidad, y obediencia al Rey Carlos. Viendo yá el Marqués de Villena, que era imposible la defensa, suspendió de su Oficio á todos los Ministros Reales, y los mandó salir de la Ciudad, para que no estuviesen obligados á despachar en sus Tribunales: ordenó, que las Galeras del Duque de Tursis sacasen del Arsenal quantos Pertrechos pudiesen, y se previno para irse á Gaeta.

Estaba yá insolente la Plebe, y para contenerla, se encargó la Plaza del Mercado al Principe de Monte-Sarcho, porque yá havian tomado las armas mas de veinte mil hombres, y querian quemar el Palacio del Virrey por una falsa voz, esparcida con artificio, de que tenia preso al Electo del Pueblo, y á los quatro Diputados de los Sergios, que ofrecian al Virrey, para defenderse, quarenta y quatro mil ducados, porque hasta el extremo querian parecer constantes. Bolvióse á mandar al Duque de Monte-Leon, que governase la Vicaría, porque no se podia sufrir yá la insolencia del Pueblo, sin tener temor al castigo; mas todo fue en vano, porque haviendo llegado yá los Alemanes á Aversa, esta-

estaba perdido Napoles. El Marqués de Villena embió al Principe de Castillón con la poca Cavalleria que le quedaba, (porque iban cada hora desertando) para que se juntase con el Duque de Atri. La Ciudad pidió permiso al Virrey, para prestar la obediencia al Rey Carlos, yá que no havia tomado las providencias para defenderla, y expuso la urgentisima necesidad, desesperando yá del remedio. Con el Secretario Branconio escrivió al Conde Daún, escusandose de la retardada rendicion, porque tenian los Españoles los Castillos. Esta Carta se firmó en 6. de Julio, por mano de los Segios, y de la Ciudad. En el mismo dia firmó otra Carta el Marqués de Villena, que entregó su Secretario Don Juan de Torres, dirigida á la Ciudad, en que decia: »Veía yá »ser imposible el salir á resistir al Enemigo, por falta de »Tropas, y no haver querido el Reyno hacer las Reclutas, »que desde el mes de Abril se tenia mandado: Que no ha»via otro remedio, para conservar el Reyno, sino defender »los Castillos, y á Gaeta, desde donde esperaba bolver con »Tropas, que restituyesen al justo dominio del Rey aque»lla Ciudad, cuyo Pueblo estaba mas de lo justo consterna»do, porque se podia defender muy bien de nueve mil »hombres, no cabales, sin Viveres, ni Artillería: Que es»peraba daria la Ciudad lo necesario á los Castillos para »mantenerse, por no aventurar su ruína, porque havia »mandado asolasen la Ciudad, si ésta no les subministraba »Viveres.

El mismo dia se embarcó el Virrey en las Galeras del Duque de Tursis, y se pasó á Gaeta, quando yá en Aversa havian jurado los Diputados de Napoles fidelidad al nuevo Rey; y en su nombre confirmó los Privilegios de la Nobleza, y Ciudad el Conde de Martinitz, al qual fue á recibir la mayor parte de los Nobles, gloriandose los Gefes del Exército Austriaco, de que sin Armas, con solo el terror del nombre, havian rendido un Reyno tan vasto, y tan poderoso. Con el Marqués de Villena se fueron á Gaeta, á mas de los Oficiales Españoles, y Tropas, que embarcó el Duque de Bisacia, el Principe de Chelamár, y Don Horacio Copula, General de la Artillería. Estos solamente fueron los que de la Nobleza Napolitana, que se hallaban en la Ciudad de

Na-

Napoles, siguieron el partido del Rey, abandonando sus casas, con heroyco exemplo de fidelidad. Los Ministros Aragoneses se quedaron todos en Napoles, menos Don Joseph Zelaya: de los Castellanos ninguno; y se pasaron á Gaeta Don Alonso Perez de Araciél, Presidente del Consejo de Santa Clara, Don Gregorio Mercado, Regente del Collateral, Don Pedro Mesones, Don Ambrosio Bernál, Don Miguél Losada, Don Luis de Alarcon, Don Joseph Bustamante, Don Gonzalo Machado, Don Bartholomé Sierra, el Marqués de San Egidio, Don Geronymo Pardo, y despues Don Francisco Milán: de los Ministros Napolitanos solo uno, que fue Don Francisco Cernicala.

La mañana del dia 7. de Julio salió de Aversa para Napoles el Conde de Martinitz, á quien precedia con seiscientos Cavallos el Coronél Paté, y á paso mas lento seguia el Exército, cuya Vanguardia llevaba con dos mil Cavallos el General Carrafa: iba en el centro el Conde Daún con Vvaubon, y cerraba con la Retaguardia el General Vezél: marcharon por los lados ocho Piezas de Cañon; y aunque el Exército era poco mas de ocho mil hombres, porque havian dexado quinientos en Capua, y havian muerto en su Sitio algunos, eran mas de veinte mil los Alemanes, que entraron en Napoles, contando Niños, y Mugeres, porque es costumbre de aquellas Tropas marchar con ellas. El Pueblo salió algunas millas á recibirlos, con imponderable júbilo, y aclamacion: Despoblóse la Comarca á vér esta entrada, mostrando en su inmoderado gozo el desafecto, que tenian al Rey Catholico. Antes de entrar en la Ciudad, ocupó el centro, y la mano derecha Martinitz, como Virrey, no sin alguna emulacion del Conde Daún, que paró en enemistad. Renovó el Pueblo su alegria, y las Mugeres texian coronas de flores á los Soldados, y les ofrecian al tiempo de pasar frutas, y dulces, con grandes vasos de vino, no despreciados. Apeóse Martinitz en la Cathedral, para venerar las Reliquias de San Genaro, aunque mas era para lisonjear al Pueblo, que por devocion, porque la tiene particular á este Santo aquella Ciudad, y todo el Reyno. Teniasele al Virrey prevenido su hospedage en casa del Principe de San Severo, adonde pasó desde la Iglesia. Los que fueron en la primer conjura re-

rebeldes, y estaban fuera del Reyno, bolvieron á él, y excitaban á la Plebe á incesantes aclamaciones. Estos eran el Duque de Telesia, el Marqués de Rofrano, y el Principe de Chusan: seguia innumerable Pueblo; y llegando á la Plaza de los Jesuítas, donde havia una hermosa Estatua de el Rey á cavallo, que estaba puesta desde el año de mil setecientos y dos, la acometió la Plebe por influxó de Telesia, y aun siendo de bronce, la hicieron con mazos, y martillos pedazos: con sacrilega insolencía herían con las espadas la cara, y no pudiendo deshacer la Imagen, la mancharon con tinta: estaba yá la cabeza dividida de lo restante del cuerpo, y uno del Pueblo, ó atento, ó ambicioso del metal, la robó á la ira, que la exercitó el Pueblo por largo rato, hasta que lo prohibió el Magistrado, fingiendo dolor del suceso, y mandó recoger los pedazos. Luego se aplicó la Plebe á saquear las casas de los Mercaderes Franceses, no con gran lógro, porque havian reservado lo mas precioso. Asi espiró el dia 7. de Julio, observando los Historicos, que en este mismo dia, en el año de 1495. havian sido los Franceses, que ocupaban el Reyno poseído de Carlos VIII. expulsos de Napoles por Ferdinando II. de Aragon; y que en el proprio dia havia sido la rebelion de Thomás Angelo, el año de 1657. reparandose tambien, que para templar lo infausto de la constelacion del dia, muchos siglos antes se havia consagrado la Iglesia, en que están las Reliquias de San Genaro.

El Conde Daún luego bloqueó los Castillos; pero no levantó Trinchera, y mandó á la Ciudad, que no se les permitiesen Viveres. El de San Telmo apartaba á los Sitiadores, porque Don Rodrigo Correa cumplía con su obligacion, y preguntó al Governador de Castel-Novo, si era tiempo de executar la orden del Marqués de Villena, para disparar contra la Ciudad. Don Manuel de Borda embió á comunicar con el Cardenal, y el Magistrado al Varon Darmen, y á Don Christoval de Ibarra, para que se quitase el bloqueo; porque si no, era preciso seguir la orden. Esto enfureció mucho al Virrey, y á Daún. Despues se ajustó, que al otro bolviesen, y cesaron las hostilidades; pero aplicaron los Alemanes mas fuerte batería, solicitando á Borda con promesas mas eficaces, que las amenazas, que el dia 9. hizo Daún á la

Guar-

Guarnicion de los Castillos, embiando al Varon Heidle: Correa las despreció: Carreras dixo, que haria lo que Borda; y éste yá no escuchaba con desagrado los partidos, que le ofrecian, aunque pidió tiempo, para hacer una Consulta al Marqués de Villena, que yá sabia no se lo havian de permitir. Juntó Consejo de Guerra, y todos fueron de parecer de capitular. Asi se executó, dentro del termino, que havia Daún concedido. Salió la Guarnicion con todos los honores Militares: de los pactos no cumplieron ninguno los Alemanes, ni Borda queria que los cumpliesen, porque poco despues tomó el Partido Austriaco, y las Armas contra su Soberano. Embió con Don Francisco Manca las Capitulaciones al Marqués de Villena, que se enfureció en vano, porque Borda yá despreciaba sus iras. De los Oficiales solamente quedaron prisioneros, por constantes en el Partido del Rey Phelipe, Don Domingo Loy, Sardo, Don Francisco Rosillo, y Don Juan de Xara, Castellanos. Carreras entregó, despues de dos dias, á Castél del Ovo: quedó prisionero de Guerra, y aunque sobre su palabra, no salió de Napoles. Bolvió á amenazar á Correa el General Alemán, pero persistia en la defensa de San Telmo, y aunque era muy viejo, le asistia su Yerno Don Pedro Niela, hombre de valor, y de honra. Por eso convirtió contra el Castillo de Baya las armas Daún. Embió contra él al General Vetzél. Era su Governador Don Joseph Pariente: defendióse éste quatro dias; y como intimó el Alemán la rendicion, con pena de no dar quartél si se diferia, juntó Consejo de Guerra, y se determinó rendir el Castillo, quedando prisionera la Guarnicion, y el Governador, que mantuvo siempre la debida fidelidad al Rey Catholico. San Telmo se defendia con tesón; pero yá, haviendo los Alemanes ocupado á Santa Lucía, y el Bosque de San Martin, no podia ser socorrido el Castillo. Llamó el Governador á Consejo, donde, sino es él, y Don Pedro Niela, todos fueron de dictamen de rendirle; porque yá estaba la Guarnicion impaciente, y deseaba tomar partido: Mas rezeloso de ella Don Rodrigo Correa, que de los Enemigos, se rindió, quedando prisionera la Guarnicion: todos tomaron partido, menos Don Pedro Niela, y cinco Capitanes, Pratz, Landaecio, Ayala, Aldaneo, y Lezcano. El Governador mostró heroyco

exemplo de fidelidad, padeció mucho; pero al fin murió en una Batalla en servicio del Rey Phelipe, como verémos.

Con esto estaba enteramente la Ciudad de Napoles á la obediencia del Rey Carlos, á quien se despachó con la noticia al Marqués de Rofrano: á darla al Emperador fue el Coronél Daún. Por engaño del Principe de Avelino, Vicario General por el Rey Phelipe en algunas Provincias de aquel Reyno, fue sitiado de los proprios Paysanos en Caba el Principe de Castillón: alli se rindió prisionero á persuasiones del Obispo, que le dió á conocer su peligro: los mas de los que le seguian tomaron partido: algunos Oficiales se mantuvieron en el del Rey Catholico con el heroyco exemplo de su Gefe. El Duque de Atri se fue á Pescára, que la governaba Don Estevan Billet, hombre fuerte, y de conocida fidelidad. En estos mismos dias se cubrió Napoles de ceniza, y de tan espesas sombras, que se atemorizaron los Alemanes, y duró tanto, que el dia ultimo de Julio, en que se hizo la solemne Aclamacion, fue uno de los mas horrendos. Vomitó rios de betún el Vesuvio, y se oyeron formidables estruendos por mas de cien millas en contorno: caían del Cielo piedras elevadas de la violencia del fuego, y despues llovió agua de color de sangre. Desde el año 31. del pasado siglo no se havia visto mas sañudo, ni mas horrible el Monte. Sacaronse las Reliquias de San Genaro, y venerandolas, se desmayó Martinitz, aturdido de aquella, que para él era la mas formidable novedad: pidió, que le sacasen de Napoles; confortóle el Arzobispo, diciendo eran solos efectos *del* Monte, que respiraba. Esto tomaron muchos por *infausto* agüero, y como ademán de castigo, tanto que no dexó de entristecer á los proprios Autores de toda la traycion; pero mucho mas á Don Manuel de Borda, Don Antonio Cruz, y Don Christoval Ibarra, que tomaron partido en aquel dia.

Pasó el General Uvalis á sitiar á Pescára, que con Gaeta era solo lo que de aquel Reyno faltaba á rendirse enteramente; porque todos los demás Governadores del Reyno entregaron con una carta sus Plazas. Acudió Julio Cesar de Santis, y otros Napolitanos, con ciento, y sesenta Paysanos, á cerrar los pasos contra Pescára: creían ganarla sin levantar

Trin-

Trinchera; pero el Cañon de la Plaza los desengañó, con pérdida de los mas atrevidos. Hicieron despues un Puente de Barcas, y pasado el Rio, empezaron á trabajar en la Linea. Estaba el dia 27. de Agosto adelantada, y desde un pequeño Collado se batía con ocho piezas. Juntó Consejo el Duque de Atri, é hizo la Plaza llamada: formó las Capitulaciones, y mientras se consultaron con Daún, huvo tregua. Este no quiso permitir los honores Militares á la Guarnicion, ni el Dugue de Atri rendirse sin ellos, y asi se renovaron las hostilidades. Erigieron los Alemanes dos Fuertes de tierra, y fagina, que quitaban casi á la Plaza la comunicacion con el Mar, porque los Sitiadores guardaban lo extremo del Rio, aunque los Sitiados havian erigido una pequeña Fortaleza en la Isla de Canicio, que defendia la orilla del agua, y los socorros, que pudieran llegar, si huviera havido quien los huviera embiado. Hizo una salida Don Estevan Billet, en que mostró valor, y experiencia. Irritado de esto Uvalis, acometió á la Isla por la noche con ochenta Barcos, para ganar la Torre, y aunque con trabajo, lo logró. Entonces desmayaron los Sitiados, pidieron, que se les escuchase, y se capituló, como el Duque de Atri quiso, saliendo la Guarnicion armada, y con bala en boca. El Governador Don Estevan Billet se embarcó en Putzól; pero ningun Oficial de su Regimiento tomó partido, avergonzandose muchos de los que le havian tomado de vér la honra de Don Estevan. Al Duque de Atri se le permitió ir á Ascoli á buscar á su muger, é hijos, y con toda su familia se pasó á Roma, donde murió despues, siempre firme en el juramento prestado al Rey de España.

Yá no quedaba mas que Gaeta, donde estaba el Marqués de Villena con mil y quinientos hombres; y para dár mayor explanada á los Baluartes, arruinó algunas casas, y la Iglesia, y Convento de Capuchinos. Daún con su Exército se acercó á Tesa: mandaba en escabados troncos pasar el Rio, para quitar el forrage á los Españoles. Despues pasó á Scabolio, y tomó á Mola, que aún la ocupaban aquellos. El Cardenal Grimani embió de socorro á Daún un Regimiento nuevamente formado, cuyo Coronél era Don Nicolás Caraciolo, gente toda Napolitana, é inexperta, pero

algo servia. Yá se meditaba sitiar en sus formas á Gaeta, y asi echaron los Alemanes un Puente al Garrillano, donde tenian antes una Nave del Corsario Joseph Fumo, porque lo copioso del Rio sufre, que le entren del Mar los Barcos, aunque no largo trecho. Esto no era bastante á prohibir el Mar á los Sitiados; pues desde Liorna en quatro Galeras hizo el Marqués de Villena traer cantidad de Trigo, y todo genero de Viveres de Sicilia. El dia 30. de Agosto se empezó á levantar Trinchera; pero como era terreno arenoso, la Artillería de la Plaza la destruía facilmente, y asi, desde lexos se traía tierra, y con grande trabajo se formó la linea, y se plantó Artillería. Concedió el Conde Daún á 3. de Septiembre una pequeña tregua, para que saliesen de Gaeta con las Galeras de Sicilia la Condesa de Egmont, muger del Duque de Bisacia, y la de San Estevan de Gormáz, con otras Señoras Españolas. Desampararon tambien el Puerto las Galeras del Duque de Tursis, á cuyo cargo se entregaron las de Napoles, de las quales era Governador Don Carlos Grillo, Genovés, que lo repugnó mucho, y dió por escrito su dictamen, que por lo que se podia ofrecer, debian quedarse en aquel Puerto: venció el del Duque, y todas se retiraron al de Genova. Ambos siguieron heroycamente el partido del Rey Phelipe, aunque el Duque tenia todos sus Estados en Napoles, y Don Carlos sus alimentos en los de su hermano el Duque de Mondragón. Despues se hizo General de las Galeras de Napoles al Duque de Tursis, y Governador de las de Sicilia á Don Carlos Grillo. Se batia Gaeta con treinta y seis piezas de cañon, y á 22. de Septiembre yá estaba la brecha á proposito para el asalto, aunque ruda, y no llana: fue á reconocerla Daún, y arrancó de ella con gran valor un palo, porque en todo lo abierto havian formado los Sitiados una estacada, y se pusieron los que llaman Cavallos de Phrisia por donde era mas peligrosa la brecha, y tenia yá tres la Muralla. La linea no se havia estendido ácia la Ciudad, ni hecho los aproches, ni se havian quitado los fuegos de los lados: y asi parecia imposible, que el Sitiador quisiese dar el asalto con tanto riesgo, segun las Militares reglas.

Estos discursos no eran irracionales, pero no por eso se debia descuidar tanto la Guarnicion; porque el General Alemán,

mán, informado por los Desertores de la negligencia de los Españoles, determinó dar intempestivamente el asalto, que no lo huviera executado, á saber, que estaban con vigilancia. Era Governador de la Plaza Don Joseph Caro, hombre de edad muy crecida, y no aproposito para tan incesante trabajo, y custodia; y valiendose los Enemigos de todas las oportunidades, que ofrecia la fortuna, el ultimo dia de Septiembre dieron un general asalto á poco mas de medio dia, quando estaban en la mesa todos los Oficiales Generales de la Plaza, y el Marqués de Villena. Acometieron tambien á un tiempo á las Puertas de Tierra, y de Mar: la brecha solo la guardaban catorce hombres, y asi fue facil al primer ímpetu montarla: acudió mas gente; pero como en la Plaza no se esperaba esta novedad, huvo una confusion, y desorden tan raro, que de nadie defendidas, ocuparon los Enemigos las Puertas, y lo alto de la brecha. Mandóse á los Valones acudir á la Puerta del Mar, quando estaban destinados á la brecha: Todos los Gefes negaron haver dado esta orden; pero en fin se dió; y llena de turbacion la Ciudad, se defendia mal de los que yá se adelantaban á tomar los Baluartes. Opusieron el Principe de Chelamár, y el de Bisacia la gente, que se podia juntar; pero yá los Enemigos, adelantados á una Plaza, en que se formaron, hacian prisioneros á quantos se les resistian, porque estaba yá todo el Exercito dentro. Prendióse á Chelamár, y Bisacia; y queriendo el Governador Don Joseph Caro defender la entrada de la Puerta de Tierra, ofendido en la vista por la violencia de la polvora, que tomó fuego en un barril, le prendieron, con otros quinientos. Salió á cavallo, para socorrer esta Puerta, el Marqués de Villena con los Soldados que le quedaban, y se travó sangrienta disputa; pero le fue preciso retirarse al Castillo: aunque disparó por dos horas, al cabo de ellas pidió Capitulacion, y no se le concedió: quedó prisionero de Guerra, con los Militares, que dentro estaban, y se le hizo tan crudo, y barbaro tratamiento, que no solo excedia las reglas de la Milicia, pero se mostraba en el Conde Daún una rabia, indigna de su valor, y de su grado. La misma se executó con el Principe de Chelamár, y de Castillón, y Bisacia, los quales fueron conducidos todos á Napoles, donde la vil Plebe hizo mo-

mofa del Marqués de Villena, dandole epitectos, que pudieran mover qualquier animo menos constante.

Con Gaeta (donde executaron los Alemanes los mas exquisitos rigores) se acabó de perder todo el Reyno, haviendo descuidado de él los Ministros Españoles, y Amelot principalmente, que era el voto mas esencial en el Consejo de el Gavinete del Rey Catholico. Echan muchos la culpa al Marqués de Villena, porque sacó siete mil Franceses, que havia ántes en los Presidios del Reyno. El desembarazarse de esta gente no dexó de ser demasiada confianza, pero fue por dár satisfaccion á los Napolitanos, que creían se apoderaban del Reyno los Franceses, por haversele cedido el Rey á su Abuelo. Esta voz la esparcieron los desafectos, y tomó tanto cuerpo, que yá era preciso hacer caso de ella, mas no por eso quitar al Reyno su defensa; porque despues, quando el Marqués de Villena embió á Don Tiberio Carrafa para impetrar socorros de la Francia, no los pudó conseguir, ni era yá mas á tiempo: ni tampoco quiso socorrerle el Virrey de Sicilia Marqués de Bedmar, aunque havia sido solicitado para ello, porque temió desguarnecer aquella Isla, y que se perdiesen ambos Reynos, si no se podia defender el de Napoles. Algunos culparon tambien á Villena, por haver entregado á Castel-Novo, y Castel del Ovo á personas conocidamente desafectas, que los rindieron vilmente, y tan presto. El infelíz éxito, aunque muestra los errores, acarréa culpas, porque no favoreció á las disposiciones la fortuna.

En la Corte del Rey Catholico no hizo la impresion *que* debiera la pérdida del Reyno de Napoles, porque aún era reciente el júbilo de la importantisima Victoria de Almansa, y de que los Portugueses de las Tropas, que mandaba el Conde de San Juan, havian sido valerosamente rechazados por el Conde de Montenegro, y les salió costosa la nueva empresa contra Salamanca, cuyas Milicias Urbanas, ayudadas de los Regimientos de Santiago, Chaves, y Pabón, no solo se defendieron, pero siguieron á los Enemigos, y hicieron no poco estrago en ellos. No pudo tampoco el Conde de San Juan perseverar en el Sitio de Alcañizas, porque el Coronél Palominos, reforzado con el Regimiento de Santiago, le hizo levantar, y se retiraron los Portugueses á Ciu-

Ciudad-Rodrigo, cuyo Presidio molestaba algo la vecina tierra de Castilla; pero el Conde de Montenegro los hizo retirar á la Ciudad, y se puso dos veces en forma de batalla, por si querian los Enemigos darla; y como las cosas del continente de España iban mejor de lo que se esperaba, pareció de menor importancia el perder en Italia un Reyno.

Regocijó mucho á la Corte, y á la España toda, de el Partido de el Rey Phelipe, el haver la Reyna Maria Luisa dado á luz un Principe á 25. de Agosto, dos horas antes de el medio dia, al qual se le puso en el Bautismo el nombre de *Luis Fernando*, yá por renovar la memoria de dos tan grandes Reyes, como tambien porque nació en el dia de San Luis Rey de Francia. Diósele el Titulo de *Principe de Asturias*, que es el que pertenece á los Primogenitos de los Reyes Catholicos. Quando estaba la Reyna con los ultimos dolores de parto, fueron llamados el Cardenal Portocarrero, el Nuncio Apostolico Zondadari, los Ministros Estrangeros, y los Presidentes de los Consejos, segun costumbre, para que fuesen, en la posible, y mas decente forma, testigos del verdadero parto de la Reyna, pues publicaban los Enemigos, que era fingido el preñado, para asegurar con la succesion el amor, y fidelidad de los Pueblos. Vino á tiempo, sin duda, este Principe nacido en Castilla; porque yá los Españoles veían confirmada la Corona en Principe Español, y se empeñaron mas en sostener el Imperio en el Rey Phelipe, porque las razones del nuevo Principe de Asturias eran incostrastables, y en qualquiera caso tendria la España un eterno enemigo, si perdia el Rey Phelipe la Corona.

Estas reflexiones dieron grande aprehension á los de la Liga, y aun á la Casa de Austria. Hicieronse grandes fiestas en todos los Dominios del Rey Catholico, y se dió libertad á los Presos, y Desterrados: entre los primeros al Duque del Infantado, y al Conde de Lemos; y entre los segundos, al Conde de Palma, Puñon-Rostro, y Monte-Rey. A Palma, y Puñon-Rostro se les acriminó haver tratado con los Enemigos, quando estaban en Madrid; y al Conde de Monte-Rey, que pidió Salvas-Guardias para sí, y para la Villa de Alcobendas al Marqués de las Minas. A otros muchos Titulos se alzó el destierro, como no entrasen en la Corte, lo

qual

qual tampoco se permitió por entonces al Infantado. El nacimiento de este Principe se celebró mucho en París; y aunque declarado enemigo, se participó al Duque de Saboya: y como nueve meses antes havia nacido en Francia el Duque de Bretaña, de la otra Hija Maria Adelasia, Duquesa de Borgoña, se veía el de Saboya á un tiempo Abuelo de los dos legitimos Herederos de los mayores Tronos del mundo.

Ni el vér con esto confirmada la succesion de España en la Casa de el Rey Phelipe, entibió al Duque de Saboya el ardor de la guerra, porque estaba empeñado en la empresa de Tolón, y en quitarle al Christianisimo, no solo una Plaza tan fuerte, y un Arsenal tan precioso, y abastecido, sino que tambien era la llave de sus Reynos, pues desde alli á París no hay una Plaza; y perdido Tolón, no se podia defender toda la Costa Marítima, que baña el Mediterraneo, hasta el Rosellón, y pudiera en este caso el Emperador, como yá poseía el Estado de Milán, socorrer á su Hermano por tierra, sin necesitar de Flotas Inglesas; y asi, por no depender de ellas, ni de los Olandeses, la Casa de Austria deseaba mucho la felicidad de esta empresa, sobre la qual havian los Ingleses fundado grandes idéas, ayudadas de los ofrecimientos, que hicieron los Calvinistas de Francia, de baxar por el Rodano á avigorar el Sitio, y ocupar aquella tierra, que podia subministrar Viveres á la Plaza, que carecia de ellos, aunque tenia sobradas Municiones de Guerra. La empresa era dificil, no solo por lo fuerte de sus Bastiones, sino porque antes de entrar en el Puerto, es preciso pasar por dos Radas angostas, torcidas, y defendidas de varios Fortines, y Castillos, que es casi imposible penetrarlas. Estaban dentro todas las Naves del Rey, y las del Comercio, que eran numerosas; y si fueran presa de el Enemigo, ninguna victoria les sería mas util, no solo por el saquéo de Marsella, sino aun por la extincion de el Comercio, y harian los Ingleses solos todo el de Levante. Estos mismos discursos hacian los Franceses, y asi, no descuidaron de su defensa.

Vino la Armada Inglesa, y Olandesa á este efecto al Mediterraneo: tuvieron orden sus Gefes de obedecer á el Principe Eugenio, y al Duque de Saboya, y con sesenta mil hombres se encaminaban á la Francia por la Provenza. Los

Mon-

Montes del Estrél, que allanó el Christianisimo, para poder baxar Artillería contra el Duque de Saboya, ahora le servian á este contra la misma Francia; porque dexando atrás á Antibo, tomó el camino por la derecha, y bolvió despues á baxar á la orilla del Mar, para tener siempre á la vista la Armada, que traía las provisiones de Guerra, y Boca, y el Cañon de batir, y navegaba por aquellas Costas con quanta arte era posible, para subministrar al Exercito lo necesario; pero como desde el Mar Ligustico á Tolón, no hay Puerto capáz de esta Armada, corrió algunos peligros de separarse. Muchos dias estuvo el Duque de Saboya sin saber de ella; porque debiendo las Naves huir del Cabo de San Torpé, y de las Islas de Hieres, havian entrado mas ácia lo alto del Mar, y el Golfo de Frixus los habia rechazado dos veces. Por eso marchaba lentamente el Duque, por no hallarse ante Tolón sin provisiones, pues aora las daba la Provincia, por donde executaba sus marchas. Esta dilacion, que á muchos les pareció artificiosa, y era precisa, salvó á Tolón, porque tuvo tiempo de prevenirse para la defensa, é introducir Viveres, y numeroso Presidio, y acampar las Tropas en parage, que no pudo hacer jamás el Duque la perfecta linea de circunvalacion, quitando la comunicacion con Marsella, que fue por donde le vinieron los socorros, y se embarazó poner las Baterías contra lo menos fuerte de la Ciudad. Nunca creyeron los Franceses que sería contra Tolón el designio, hasta que vieron Tropas en la Provenza, porque les parecia imposible que se internasen por quarenta leguas en la Francia, dexando atrás asperisimos Montes, y sendas muy estrechas; pero se fió el Duque de Saboya, en que no podian juntar en este parage los Franceses Tropas iguales á su Exercito: asi marchó por Canna, despreciando los cañonazos del Castillo de Santa Margarita: guiaba él la Vanguardia, y quedó en la Retaguardia el Principe Eugenio, que marchaba separado por lo alto de la Provenza, para ponerla toda en contribucion. El Rey Christianísimo, nada turbado con esta noticia, mandó guardar el Rodano, poniendo á trechos Cavallería, desde el Puente de Sancti-Spiritu, hasta Arlés, porque no pasasen los Ugonotes, ni se pudiesen juntar: por eso se quitaron las Barcas del Rio de Aviñón, y se

prohibió el paso del Puente de Lunél, si no se mostraba Pasaporte del Duque de Rocloire, ó del Conde de Griñan, Governadores de Lenguadoc, y Provenza. Se guardaron los pasos del Monte que está entre Tolón, y Marsella, para que no pasasen mas adelante los Enemigos, á los quales con buenas, aunque no muchas Tropas, (porque solo constaban de ocho mil hombres) fue á encontrar el Theniente General Medavi, por la parte que venia el Principe Eugenio, porque en Tolón se havia yá fortificado, no lexos de la Plaza, el Mariscal de Tesé con quince mil hombres. De todo el Reyno acudió la Nobleza, á la defensa de Lugar tan importante, y determinaron baxar los Duques de Borgoña, y de Berri. Ofrecieron sus caudales los hombres mas ricos del Delphinado, Provenza, y Lenguadoc, y las Provincias embiaban Viveres tan en abundancia, que les sobraron á las Tropas, y á la Plaza. (tanta aprehension les dió este Sitio) Hicieronse luego dos Fortificaciones exteriores de tierra, y fagina con la Chusma de las Galeras, y se sacaron de los Navíos las Piezas mayores, para asentarlas en los Muros, y en la parte que dominan las dos Radas del Puerto; y las demás Naves, menos quatro, se echaron á pique, dando á los leños barreno, porque siempre se podian extraer del Mar, y estas servian para embarazar el Puerto.

Tres mil Piezas de cañon defendian la Ciudad, y el Puerto, y habia Municiones para tres años de Sitio; y de estas sobraban tantas, que se retiraron á lo interior del Reyno: se echaron varias cadenas á lo mas angosto de la entrada, y se pusieron en ella dos Naves, con cien Piezas de cañon cada una, y diez y nueve Galeras, que levantaron sus Castilletes en la Proa, y otras dos Naves enderezaban sus tiros á la tierra. Seis mil hombres veteranos era el Presidio, y dos mil Gastadores: los Artilleros eran mas de tres mil y seiscientos. Sacó el Governador de la Plaza, que era el Señor de San Pater, á los Viejos, Mugeres, y Niños, y aun á las Milicias Urbanas, que havian entrado mientras llegaban las Tropas arregladas. Todo esto se executó en quince dias, y solo el gran poder de la Francia podia hacer estos preparativos en tan breve tiempo, y entre tanta confusion.

A 24. de Julio embistió á la Plaza el Duque de Saboya, ocu-

ocupó las alturas mas vecinas, y se fortificó, temiendo que baxasen mas Tropas de todo el Reyno: solo se quedó con mil Cavallos, porque habian quemado los Franceses los Forrages, y no se podia mantener la Cavallería. Baxaban de la Armada los Viveres al Exercito con gran trabajo, porque impedia las mas veces la mareta que se acercasen las Lanchas, y estaban arriesgadas las Naves, bordeando algunas, y otras dadas fondo en lugar poco seguro. Estaba abierta la puerta por donde se sale á marsella, porque no pudo el Exercito enemigo, sin venir á una batalla con Tesé, y Medavi, ocupar aquel terreno. Prevenianse contra la Ciudad Morteros, no siendo facil abrir Trinchera, repugnandolo mas de mil Piezas de cañon, que disparaban á un tiempo contra los que intentaban levantar tierra. A 29. del referido mes determinó el Duque ocupar el Castillo de Santa Cathalina, en que habia mil y quinientos Franceses: la Fortaleza era chica, é irregular, aunque habian hecho, para mayor defensa, los Franceses una linea hasta el Montezuelo de Santa Elena, ácia el Occidente. Al amanecer acometió á esta linea; y aunque al primer asalto fue valerosa la defensa, ocuparon el Collado de Santa Elena los Alemanes. Fueron socorridos de dos Regimientos los Franceses, que huían por la cuesta, y se renovó la pelea con mas vigor por una, y otra parte. Movióse el Exercito para socorrer á los suyos, y despues de quatro horas se rindió el Castillo. Por una linea de comunicacion que habian hecho desde la altura de Santa Ana á su Campo los Franceses, se retiraron los Vencidos, y quedó el Duque dueño del Monte de Santa Elena, y del Cartillo de Santa Catalina. En esta accion estuvo mortalmente henrido el Principe de Hesecaséll. Luego se plantaron en la eminencia Baterías contra la Ciudad, y yá cubiertos, se adelantaban los enemigos, por si podian, con el favor de la noche, levantar Trinchera: el suelo, cubierto de peñas, no permitia abrir la tierra. El ultimo dia de Julio, al anochecer, acometió el Duque á lá Puerta, que llaman de las Viñas, que tiene una simple cortina, y sin retirada; pero previniendo este caso, hábia puesto el Governador de la Plaza quarenta Piezas sobre la Puerta, que llaman de Morillón, que miraba á la otra, y de genero batia á los enemigos, que con gran

numero de achuelas intentaban romper la Puerta, que no pudiendo resistir la furia de la bala menuda, se arrodillaron, porque el terreno los cubria un poco, pero no tanto, que no quedase expuesta la cabeza; y asi les fue preciso, despues de haber perdido ochocientos hombres, retirarse pecho por tierra, y desistir de la empresa. Havia el Duque acercado el Exercito dos millas mas á la Plaza, estendido por la derecha á la Valleta, y por la siniestra al Monte de Santa Catalina. El Principe Eugenio estaba seis millas mas adentro, guardando los pasos por donde podia sitiar la Retaguardia del Exercito de Medavi, que con el suyo estaba en San Maximino, para que no contribuyese Viveres la Provincia. Para guardar á Aix, y Marsella, puso su Campo en Gemenoso el Mariscal de Tesé, detrás de Aubaño. Batian los Sitiadores las Naves del Puerto, que les embarazaban mucho, con trece Cañones, á la Ciudad con veinte, y al Fuerte de San Luis con quince; y como el Castillo de Santa Ana batia al de Santa Cathalina, le desampararon; pero era tanto el fuego que hacia la Plaza, que á cada momento se desmontaban los opuestos Cañones, y no acertaban tiro los Artilleros, poseídos del miedo, porque murió gran numero de ellos. Ni era facil levantar Trinchera, porque la Artillería de la Ciudad parecia fusileria en la presteza, y forma con que disparaba, y habian muerto en Tolón muy pocos Artilleros, porque la Batería levantada contra la Ciudad hacia poco efecto, por estar lexos, y aunque desmontó algunas Piezas, no hizo impresion alguna en el Muro. La que disparaba á las Naves, hasta entonces fue vana, é enutil. La que á la Fortaleza de San Luis, hacia mas efecto, pero no podia abrir brecha; y como guarda el Puerto, no podian, sin expugnarla, entrar Naves enemigas, y aun despues era menester ganar muchos Castillos que la adornan. Por esta razon estaba alli indecorosamente ociosa tan formidable Armada, que ni aun el Castillo de Santa Margarita pudo tomar, pues aunque lo intentaron, no cedió, ni á la fuerza, ni á las amenazas del Duque de Saboya el Governador. Una á una havian de entrar las Naves en el Puerto, y antes que penetrasen la segunda Rada, era preciso sufrir mas de quinientos cañonazos, porque todo el collado estaba lleno de Artillería,

ría, y estas alturas no se podian tomar, sin rendir antes la Ciudad. Esto obligó á la resolucion de arruinar el Fuerte de San Luis, lo qual iban consiguiendo, porque havia yá caído la opuesta cortina. Era su Gobernador el Señor de Dilón: levantó en la brecha un Trincherón, que se podia bien defender, é hizo una linea de comunicacion á la Plaza, para retirar el Presidio, en caso que toda la Fortaleza cayese. En todo esto se pasó la mitad del mes de Agosto, y á los quince dias determinó el Mariscal de Tesé echar á los Enemigos del Monte de Santa Cathalina, rompiendo sus Trincheras, que estaban guardadas por seis mil hombres. Yá bien alto el Sol, destacó en tres Partidas ocho mil hombres: guiaba él la primera: la segunda, y tercera el Conde de Villars, y el Señor de Dilón: acometieron por tres distintas partes á un tiempo con armas blancas: padecieron mucho los Franceses á la primer descarga de los Enemigos; pero hecha esta, se arrojaron á las Trincheras con tal ímpetu, que se travó con las bayonetas, y alfanges una de las mas sangrientas disputas de la presente Guerra. Resistian mal los Alemanes tres distintos acometimientos, y se empezaron á desordenar. Vinieron á alentarlos los Principes de Vitembergh, y Saxonia-Gotha, que murieron alli gloriosamente. Socorria á los suyos facilmente el Exercito Francés; pero no lo podia hacer el Duque de Saboya, porque havian de pasar bajo del Cañon de la Plaza las Tropas, y esta disparaba incesantemente. Despues de muchas horas vencieron los Franceses, y se hicieron dueños del Monte, y de la Artillería enemiga, no atreviendose el Duque de Saboya á salir de sus atrincheramientos, porque era preciso dár una batalla bajo del Cañon. Sin perder tiempo, fortificaron los Franceses el recobrado Castillo, y yá no padecia mas la Ciudad, porque de parte alguna la podia el Duque batir. De genero estaban sobervios con tan heroyca defensa los Franceses, que por mayor desprecio de los Enemigos, dormian sobre la Muralla los Soldados, y no se cerraba, ni aun por la noche, la Puerta de Marsella.

Toda la ira convirtieron los Sitiadores contra la Fortaleza de San Luis, y las Naves llamadas San Phelipe, y el Tonante, que casi quemadas, las echaron á pique: yá arruinan-

nado, acometieron al Fuerte de San Luis; y aunque fueron al principio rechazados, despues la ganaran. Retiraronse á la Plaza los Franceses, y nada poseyeron los Alemanes, porque estaba destruido; pero faltando estos Cañones, pudo la Armada Inglesa acercarse mas á la orilla, y bombear con mas facilidad á la Plaza, que padeció la ruina de trescientas casas. Intentó dos veces, con viento en popa, entrar en las Radas, pero fue en vano, porque los Baluartes, á la primer descarga desarbolaban las Naves. A esto se añadia, no haver podido el Duque abrir Trinchera, y haberse aumentado el Exercito de Tesé hasta el numero de quarenta mil hombres: las Tropas de Medavi, hasta el numero de quince mil, con Paysanos bien armados, que traxo el Varon de Myon, hombre rico, y afectísimo á su Principe, y faltar los mas dias Viveres en el Exercito de los Alemanes, porque no siempre estaba el Mar tan quieto, que permitiese desembarcarlos. Faltabanle yá al Duque de Saboya doce mil hombres, porque no solo en guerra abierta, pero traydoramente los mataban los Paysanos, si salian de la linea. Supo el Duque, que el Gobernador de Antibo habia roto los nuevos Puentes del Varo, y que Medavi cogia los pasos, para encerrar el Exercito, porque no pudiese escapar de Francia, sin venir á una Batalla, que la deseaba Tesé. Todas estas complicadas razones, que cada una de ellas era de gran consideracion, determinaron al Duque, y al Principe Eugenio á levantar Sitio el dia 21. de Agosto, despues de haber juntado Consejo de Guerra: fingiedo porfiar en abrir Trinchera, se tomó con gran silencio, al favor de las sombras, la marcha. Regia la Vanguardia el Principe Eugenio, que partió antes, porque el Duque el dia 22. hizo ademán de querer dar la Batalla, y por la noche movió lo restante del Exercito por el mismo camino que habia venido. Creyeron muchos, que quieren acreditarse de ingeniosos, pensando siempre lo peor, que no quiso el Duque tomar á Tolón, por no deprimir demasiado á la Francia, y exaltar á los Austriacos, perdiendose el equilibrio. Esto lo probaban con haver los Franceses dexado salir libre el Exercito de los Aliados, pudiendo cerrar tan estrechamente los pasos de las Montañas, y principalmente la que llaman del Estrél, que le costase

una

una batalla cada marcha; pero lo cierto es, que no pudo el Duque tomar la Plaza, ni imaginó jamás que la Armada Inglesa pudiera entrar en el Puerto, aun á costa de perder algunas Naves; ni se creyó tan vigorosa defensa en una Plaza muy poco fuerte por tierra, y mal abastecida. No pudo Tesé embarazar la retirada, la qual no la supo hasta la mañana del dia 23. y quando quiso seguir la Retaguardia, halló ocupados los pasos, porque marchaban los Alemanes con tal orden, que solo hacian alto donde se podian fortificar, y defender, siendo esto facil en aquel terreno, por lo muy montuoso; y en el ultimo Regimiento de todo el Exercito marchaba el Duque, que reguló la retirada con la mayor prudencia, siendole mas gloriosa de lo que se esperaba, aunque salió tan desayrado de la empresa. Creyeron los mas expertos fuese mal premeditada, y haberse el Duque lisonjeado mucho de que no le quedaba poder á la Francia, sorprendida, para resistir á su Exercito: fió tambien algo de los Ugonotes; pero estos nada podian, y solo dos Regimientos bien apostados, los tuvieron á raya. Los que querian anublar la gloria de esta defensa al Mariscal de Tesé, ponderaban que podia embarazar al Duque el no salirse de Francia; y muchos añadian, que esto lo hizo por complacer á la Duquesa de Borgoña, de quien era Caballerizo Mayor. Esta fue la malograda Expedicion de Tolón, que si se hubiera perdido, huviera enteramente consternado la Francia.

Era contra la España toda esta guerra menos feróz que la que en la misma España se hacia. Habia tomado el Duque de Osuna á Moura en Portugal, é impuesto á ochocientos prisioneros la ley de que no tomasen en seis meses las Armas. Se habia vanamente empleado mucho tiempo en el bloqueo de Olivenza, que habia yá puesto el Marqués de Bay, y aun ganado el Puente: puso en contribucion la Provincia; pero por falta de Almacenes no se pudo hacer el Sitio, y se convirtieron las Armas contra Ciudad-Rodrigo, porque era mas facil en los Terminos de Castilla tener los Viveres necesarios, que se mandaron conducir de la tierra circunvecina, y los Cañones de Badajóz, Zamora, y Salamanca. Formaronse Regimientos de Milicias Urbanas, á los quales se pasó muestra el dia 15. de Septiembre en Peral: embistióse

la

la Plaza el dia 20. y Don Joseph de Armendariz se acampó contra Almeyda, para evitar fuese por allá socorrida, como en efecto tomó una conducta de Viveres. A los 22. se ocuparon los Conventos de Santo Domingo, San Francisco, y Santa Clara; y á 24. el de la Santísima Trinidad, distante ochenta pasos del camino encubierto, y se plantó una Batería de doce Cañones. No havian podido los Sitiados retirar á Almeyda la Cavellería, y les servia de embarazo. Intentó socorrer la Plaza el Presidio de San Felix; pero se opusieron los Sitiadores, á los quales socorrió con cantidad de Viveres Castilla, y el dia 30. llegó el Conde de Aguilár al Campo. A 4. de Octubre se dió el asalto general, y se disputó muy sangrientamente la entrada: vencieron al fin los Españoles, y recobraron á Ciudad-Rodrigo. Sirvieron en esta Expedicion aventureros muchos de la primera Nobleza de Salamanca, y entre ellos estaba Don Joseph Enriquez, Conde de Ablitas. Luego pasó el Marqués de Bay á socorrer á Moura, que las Tropas Inglesas, y Portugueas intentaban sitiar en vano. Cesó asi la Guerra en Estremadura, y se convirtió en correrías, porque de una, y otra parte entraban, con daño de los Pueblos, á robar ganados, y debastar la tierra.

Acciones de mayor relieve se hacian en los Reynos de Aragon, y Valencia, yá sujetos al Rey Phelipe, menos Denia, y Alicante: Quitaronseles los Fueros, y Privilegios concedidos por los Reyes de Aragón: desarmaronse los Pueblos, y governaba los de Valencia con tanta severidad el Cavallero de Asfelt, que parecia le faltaban arboles para ahorcar á quantos miseros transgredian sus Edictos: *todos* se trataban como Rebeldes; y como se publicaron en *los* dos Reynos las Pragmaticas de Castilla, y que una fuese la Ley en toda la Monarquia, llevaban esto mas duramente, que morir, los Naturales de aquel País, acostumbrados á sus Fueros, que por grandes, los criaron insolentes. Ventilóse en el Consejo del Gabinete del Rey Catholico la question, de si convenia quitar con Decreto estos Privilegios, y Fueros, ó viniendo la ocasion, no observarlos, por no exasperar con esta Real deliberacion los animos de los Cathalanes, que se sacrificarian mil veces por sus Fueros. De esta ultima opinion fueron el Duque de Medina-Sydonia, y el de Montellano, y

el

el Conde de Frigiliana ; pero prevaleció la contraria , seguida de Amelot , Don Francisco Ronquillo , el Duque de Veragüas , y el de San Juan , y se formó , y publicó el Decreto con terminos , que quitaban toda esperanza al perdon. Esto tuvieron muchos Politicos por intempestivo , y perjudicial al Rey Phelipe , porque añadia el temor otra razon á la pertinacia.

Marchó contra Denia el Cavallero de Asfelt , sitióla quanto permitia el no ser dueño del Mar , por donde le venian al Castillo , y á la Ciudad los socorros de Barcelona: abrió con quatro cañones una chica brecha , dió tres asaltos, y fue rechazado siempre , con pérdida considerable : con mayor ignominia huyó , dexando en el Campo todos los preparativos , y el cañon , porque le iban á sitiar en su linea las Tropas enemigas.

Determinado por el Duque de Orleans el Sitio de Lérida , bolvió de Francia el Duque de Bervich para asistirle ; y porque con mayor cuidado se aplicase á su servicio , le creó el Rey Catholico Duque de Lyria , y Grande de España , en premio de la Victoria de Almansa. Para este Sitio se hicieron los Almacenes en Fraga. Era Governador de Lérida el Principe Enrique de Armestad , y la havia añadido algunas Fortificaciones : tenia dos mil Presidiarios , con bastantes Municiones de Guerra , y Boca ; y aunque el Pueblo no era mucho , tomó las armas con la misma obstinacion , que los demás Cathalanes. El ultimo dia de Agosto marchó en tres columnas el Exército del Rey Phelipe , guardadas de la Cavallería : ocupó el Puente de Balaguér , pasó ácia Belcayre , é Yuars , y llegando al Collado de Ferrós , acampó , poco distante de las Tropas del Rey Carlos : no faltó mucho para dar una batalla , si advertidos de los que batian la Campaña los Alemanes , no huvieran retrocedido. Por la derecha marchó el Duque de Orleans , para encontrarlos en Cerbera , pero tomaron el camino de Ciudadilla , y no fue posible seguirlos , por lo escabroso del País , y lo angosto de las sendas. Desengañados de no poder venir á batalla , ocuparon el Campo de Lérida los Franceses , y Españoles. Para distraerlos , baxó Gallobay hasta Tarragas ; pero como era tan inferior en numero , no le dió aprehension al Duque de Orleans.

y formó su linea de circunvalacion, cuyo extremo por la derecha miraba al Convento de San Francisco, y por la izquierda al Rio Segre, donde se echó un puente ácia Balaguér, y otro de no vulgar artificio junto á Lérida: era de madera, y estaba de tal forma compuesto, que en pocos momentos se podia deshacer. A 29. de Septiembre se empezó á abrir Trinchera, baxo el mando del Señor de Legál. A 3. de Octubre se perficionaron las paralelas, mandando el Señor de Davaré: distaban yá solo quarenta pasos del Muro. La noche del dia 6. hizo la Guarnicion de la Plaza una vigorosa salida contra la izquierda ácia el Rio: corrió voz de que havian ganado los Sitiados el puente, y que le estaban quemando: acudió allá la mayor fuerza de las Tropas, que casi descuidaban de la verdadera parte, donde acometieron los Cathalanes; pero todo se defendió igualmente, y quedaron las Trincheras. Prosiguióse á batir el Muro, que era una simple cortina sin Foso, y la noche del dia 12. se dió el asalto. Defendieronse con fortisimo denuedo los Sitiados, mas cedieron á lo superior del numero, y fueron vencidos: alojaronse en la brecha los Españoles: despues de una hora fueron acometidos del Presidio; pero mantuvieron el puesto, se acabaron de fortificar, y pusieron Batería contra lo interior de la Plaza, la qual desampararon aquella misma noche los Moradores, dexando solo Niños, Viejos, y Mugeres. El Presidio se retiró al Castillo, desde donde el Principe de Armestad imploró compasion para la Ciudad, y para aquella mísera gente, á toda la qual (menos á las Monjas) se obligó á entrar en el Castillo, porque consumiesen mas presto los Viveres. A las Iglesias, y Monasterios se les dió Salvas-Guardias, y se pusieron Baterías contra el Castillo: al principio se prohibió el saquéo; pero haviendo hecho la Guarnicion algunas salidas, como traydoramente, por los angulos de las calles, de que tenian práctica, y muerto muchos Españoles, y Franceses, se mandó saquear la Ciudad. Divulgóse, que venia Gallovay, y esto daba mas aliento á los Sitiados. El Duque de Orleans embió toda la Cavallería á guardar el Rio, y prosiguió á batir el Castillo: aplicóse el Minador al Baluarte de San Andrés, y el dia 25. se le dió fuego á la Mina, cayó el Bastión, y volaron los que le guardaban: alojaronse en sus

ruínas los Franceses. Estaba yá mas estrechado el Castillo, y havia caído la principal Torre; pero con todo se defendia gloriosamente el Principe, y hacia frecuentes salidas, levantando siempre dentro de la empalizada fortines de tierra, y fagina, y haciendo cortaduras.

El dia 29. se puso otra Batería junto á la Puerta de Santa Elena: toda la esperanza de los Sitiados estaba en lo lluvioso de la estacion, que deshacia frecuentemente las Trincheras; pero havia el Duque determinado á toda costa concluir la obra, y se daba quanta prisa era posible, porque se havia yá movido Gallobay, por vér si podia pasar con Barcas el Segre, haviendose puesto entre el Cinca, y Noguera gran cantidad de Cathalanes, que llamaban Miqueletes. Avisaba de su peligro con continuos coetes voladores el Castillo; pero no bastaba esto para entenderlo Gallobay, porque las Tropas, que havia adelantado para asegurar la marcha, havian sido ahuyentadas por Cereceda, que las acometió de improviso, y estaba en una de las Partidas Inglesas el mismo Gallobay, que havia venido á reconocer el Campo del Duque, por si podia con repentino asalto romperle; pero viendo que era esto imposible, aplicó su cuidado á guardar á Tortosa. El dia 7. de Noviembre se resolvió hacer otra Mina por la derecha del Castillo, porque las Baterías hacian poco efecto contra el ultimo recinto de él, y tan alto, que las piezas no estaban en su justa proporcion, y se caían de las cureñas, aunque estaban afianzadas con unas cuñas, y elevadas todo lo posible. No se podian plantar para batir perfectamente en la brecha, por lo desigual, y escabroso del terreno, y asi, toda la obra estaba fiada al Minador, que felízmente se iba adelantando. El dia 10. se prendió fuego en el Castillo á unos barriles de polvora, por negligencia, y cayó una cortina del Muro del principal Baluarte, y con ella muchas piezas de cañon. Arrimó gente el Duque, por si daba oportunidad al asalto este accidente; pero aún era preciso allanar mas la ruína. Entonces fue herido de un fusilazo en una mano el Conde de Pinto, hermano del Duque de Osuna. El dia 11. estando yá perfecta la Mina, se mostró la mecha encendida á los Sitiados, y se determinó al anochecer prenderla fuego, y que se siguiese

luego el asalto. Haviase yá puesto el Sol, y á instancia de los suyos mandó hacer llamada el Principe Enrique, y pidió capitulacion, la qual le negó el Duque de Orleans, si no entregaba juntamente con éste el Castillo de la Guarda, que estaba situado en una eminencia, distante de Lérida una milla, y havia menester nuevo Sitio. Tardó algunas horas á resolverse el Principe; pero al fin vino en ello, porque, entre otras cosas, le faltaba el agua, que la sacaban los Soldados de un pozo muy profundo. Dexóse salir libre la Guarnicion á Barcelona, con todos los honores Militares, y se ganó enteramente á Lérida, lo qual puso en no poca consternacion á Cathaluña.

En el Rhin, y la Mosa no huvo accion remarcable. Alternaba la dicha en algunos pequeños encuentros en Flandes, entre el Exército del Duque de Malburgh, y el del Duque de Vandoma, que se mantuvo gloriosamente sobre la defensiva, despues que se destacó de sus Tropas alguna parte para socorrer á Tolón. Todo el arte fue el modo de acampar: solicitabale á una Batalla el Inglés: retiróse aquel á Cambray, y éste, dexando á Nivella, se fue á Soignes.

Mas util guerra hizo en Alemania el Mariscal de Villars, aprovechandose de los grandes Destacamentos, que mandó hacer el Emperador para la Italia, y la Francia. Rompió las lineas de Stolfen, y se internó tanto, que puso en contribucion la Suecia, la Franconia, el Ducado de Virtembergh, el Principado de Badén Durlach, el de Armestad, el Palatinado inferior, Francfort, y hasta Maguncia. De estas contribuciones sacó grandes sumas de dinero, que costearon la Campaña; y huviera pasado adelante, si no se le opusiesen el Vicario General del Imperio, Duque de Hannovér, los Prusianos, y Luneburgenses.

# AÑO DE M.DCCVIII.

DEspues de destrozada, y dividida en varias gentes la Monarquía de España, aún la faltaba en el Mediterraneo, y la Italia que perder: éstas eran las dos Islas de Sicilia,

cilia, y Cerdeña. Governaba la primera el Marqués de los Balbases, aunque las Armas corrian por cuenta de Don Francisco Pio de Moura, Principe de San Gregorio, su Yerno. No dexó de haver en ella alguna conjura, que fue apagada á tiempo con el suplicio de quatro Capitanes Españoles: era la trama entre gente baxa, y de ninguna autoridad, y la descubrieron facilmente los Ministros de Roma, porque eran las inteligencias con los que alli tenian los Austriacos: vinose al castigo sin recelo, y se aquietó el Reyno; bien, que por la sedicion pasada del Pueblo de Palermo contra los Franceses, pasó á Mecina su residencia el Marqués de los Balbases. No dexaba de padecer su oculto incendio Cerdeña, donde era á este tiempo Virrey Don Pedro de Portugal y Colón, Marqués de Jamayca, hombre sumamente avisado, ingenioso, astuto, é inteligente, inclinado al negocio, y á athesorar riquezas. No havia muchos meses, que havia succecido al Marqués de Valero, y comprehendió luego, no solos los genios de los Sardos, sino tambien sus particulares inclinaciones. Esto decimos contra los que creen haya sido engañado del Marqués de Villazór, y del Conde de Monte-Santo, de los quales entendió el desafecto, pero no pódia mas, ni juzgó podia sacar la cara contra ellos sin Tropas, que no las havia en el Reyno, y por eso las pidió reiteradamente de la Francia, y de España; pero Amelot despreció, no el riesgo, sino el Reyno, porque decia, importaba muy poco á la Monarquía, y que servia mas de gasto, que de util, si se havia de presidiar. Esto lo contradecian en el Consejo del Gavinete del Rey Catholico los Ministros Españoles; pero como no havia mas Tropas que embiar, si no las daba la Francia, era árbitro de esta resolucion Amelot, y ofreció á Jamayca admitiria el Rey sus disculpas, quando por falta de Tropas, perdiese aquel Reyno, porque previendo el peligro á que estaba expuesto, protestaba, no poderle sin ellas defender. Parecióle, que con sus mañas, y artes le conservaria á lo menos el tiempo de su govierno; y asi procuró atraer á sí al Conde de Monte-Santo, y confiarle; pero á éste, en el arte de fingir, y disimular, no le excedia Jamayca, y se mantenia en ambos Partidos con tal artificio, que correspondió la suerte al deseo. Havia muchas veces en-

entregado al Marqués de Valero, y aun á Jamayca cartas, que su hermano el Conde de Cifuentes le escrivia, solicitandole á la conjura; pero no las mostraba todas, y reservó las mas importantes: sacrificó algunos Emisarios, protegió á otros, y asi era tenido en París, y Madrid por leal, en Barcelona por Austriaco: sabía quales eran de su partido, y no se fiaba de ellos hasta la ocasion, porque á muchos adheridos á su casa los tenia por seguros: guardabase mucho de los que conocia afectos al Rey Phelipe; y aunque en ellos havia hombres de mucha autoridad, la minoraba con Jamayca, á quien queria persuadir, que la de su casa era la mayor, y la que solo podia defender el Reyno, que yá veía se havia de perder; porque lo mas de la Nobleza era indiferente, y no havia Tropas, que contuviesen el temor de los Pueblos al primer amago de guerra, no acostumbrados por espacio de quatrocientos años á ella.

Havia hecho un proyecto para ganar la Cerdeña el Conde de Cifuentes, exponiendo las utilidades, que de esto resultarian, por su situacion, su fertilidad, y Puertos: fue aprobado en Viena, y Barcelona, y no desaprobado en Londres, como no se diesen Tropas de desembarco, ni tuviese larga demóra la Armada. Mientras ésta venia al Mediterraneo, mandó el Rey Carlos á Cifuentes, cultivase en aquel Reyno las inteligencias; porque se gloriaba de tener muchas, y que no le faltaria su hermano el Conde de Monte-Santo. Adonde echó la primera centella fue á la Gallura: embió algunos Frayles Sardos por Emisarios, que se hallaban en Barcelona, y les entregó varias cartas. Despues pasaron con cincuenta hombres á Corcega Don Gaspar Mogica, y otro Borras Calaritano. Estos echaron las primeras raíces de la rebelion en Tempio, Villa Capital de la Gallura, la mas fuerte Provincia de todo el Reyno, y de gente armigera, parte del Marquesado de Orani, que posee el Dugue de Hijar. Algunos Cavalleros, y hombres principales de aquel Lugar se hicieron Autores de la Rebelion, y se quedó de acuerdo en aclamar en aquella Provincia al Rey Carlos el dia 20. de Enero, despues de sorprendida la Torre de Longonsardo, y ocupado Castillo Aragonés, que ofrecia entregarle un hombre llamado Lucas Manconi, al qual la falta de medios le hacia discurrir en estos desvarios.

Por

Por uno de los mismos conjurados, que fue Don Estevan Serafino, supo el Marqués de Jamayca todo el negocio, y embió, para apagar este pequeño fuego, al Conde de Monte Santo, que no lo ignoraba; porque Lucas Manconi le embió con su Hijo unas cartas del Conde de Cifuentes, que no las mostró á Jamayca, como otras de menor importancia. Fue el Conde á la Gallura con despacho de Alternos del Virrey, y no dexó de causar admiracion el que se fiase este grave negocio á un hombre claramente desafecto al Rey Catholico; pero Jamayca entendió ganarle, haciendo confianza de él, y lo erró; porque hecho dueño de la materia el Conde, detuvo en el Reyno á los Rebeldes, los hizo presentar judicialmente ante el Virrey, con palabra de no ser molestados, y se les dió por arresto la Ciudad de Callér. Los que no quisieron fiarse del Conde, huyeron á Barcelona, y se vengó en ellos, asolandoles las casas, y confiscando sus bienes, mas en pena de no someterse, que del delito. Con esto dió apariencias de castigarle, y se sosegó la Gallura, sobresanada la llaga; porque conservados los Rebeldes, defirieron para mejor ocasion el ponerse en Campaña, y quando lo juzgaron aproposito, bolvieron, huyendo de Callér, aunque estaban sobre su palabra. Entonces, de orden del Rey se embió por Vicario General del Virrey á la Gallura al Governador de los Cabos de Callér Don Vicente Bacallár, que trayendo á su devocion la Provincia, obligó á los Rebeldes á retirarse á Corcega, y los que quedaron no podian ser de consequencia alguna, ni daban cuidado. Toda esta Rebelion no bastaba á perder el Reyno; porque para eso era preciso rendir á Callér: y aunque á estos Rebeldes no les faltaban Protectores en muchas Ciudades, la Capital daba la ley, y ésta dista de la Gallura cincuenta leguas; ni podian atreverse á ella los Gallureses, por ser los mas gente pobre, y de ninguna autoridad en aquel Reyno.

Formando Don Vicente Bacallár el proceso contra los Reos, descubrió los fondos de la Rebelion de Tempio, y halló sus raíces en Callér; y por eso escrivió al Virrey: »Que importaba mucho sacar luego del Reyno, y embiar »á Francia al Marqués de Villazór, al Conde de Monte-»Santo, á Don Antonio Genovés, Marqués de la Guardia,

»á

»á Don Miguél de Cerbellón, Marqués de Conquistas, y »á Don Gaspar Carnicér, Maestre Racional del Real Patri»monio, porque no hallase la Armada enemiga los Parcia»les, en que fiaba, que aunque quedaban otros, eran de me»nor autoridad, y se amedrantarian: Que Don Vicente, al »mismo tiempo, cogidos de repente, y á la misma hora, sa»caria en los Barcos mas promptos algunos Cavalleros de »Saser, Alguer, Castillo Aragonés, y Tempio, y que asi »purgado el Reyno de los Parciales Austriacos estaba segu»ro, si no traía la Armada mucha gente de desembarco. Al Marqués de Jamayca le faltó brio para executar esto, ó le pareció se perderia el Reyno mas presto, y asi se descuidó del todo; y viendo, que no se le embiaban de España Tropas, determinó entregar á Callér á la primer vista que diesen los Enemigos, y capitular su libertad. Estas reflexiones le hicieron adherir mas al Conde de Monte-Santo, y escrivió al Rey tan á su favor, que le hizo Grande de España á su suegro el Marqués de Villazór, que era lo que tanto deseaba. Ni esta honra le hizo agradecido, ni por ella recordó el Conde, porque la misma le ofreció el Rey Carlos, si con su autoridad promovia sus intereses, entregandose aquel Reyno.

En este estado pareció en sus Costas á nueve de Agosto la Armada enemiga, mandada por el Almirante Lake; traía quarenta Naves de Guerra, y dos Valandras, pero sin mas gente de desembarco, que un Regimiento, que llamaban de Clariana, nuevamente formado en Barcelona. Venia destinado por Virrey el Conde de Cifuentes, y tenia Lake orden de tentar la rendicion de Callér solo desde el Mar, *sin* permitir mas desembarco, que del referido Regimiento; y que si no salian verdaderos los ofrecimientos del Conde de Cifuentes, bombease la Ciudad por todas partes, y se restituyese á Barcelona, embiando con un Navío presos al Final á Cifuentes, á Don Francisco Pez, y á Don Juan Valentin, autores de la meditada Rebelion en la Gallura, que venian con él. Estos ofrecieron, que baxarian sus Parciales con dos mil hombres de Armas, á facilitar el desembarco de las Tropas en Callér, y asi lo avisó al Governador de los Cabos de Callér el Virrey, quando le dió noticia de haver pa-

re-

recido la Armada. Este luego dispuso su gente de forma, que no solo los Rebeldes de la Montaña no podian salir de la Provincia, pero ni aun de un Monte, que llaman Limbara, adonde se havian refugiado; y aseguró á Jamayca: »Que »no serian de consecuencia alguna para Callér, añadiendo: »Que aunque esta Ciudad se perdiese, se pasase el Virrey »con los Nobles, que le querian seguir, á Saber, que sin »duda se mantendria el Reyno; porque havia embiado al Cas»tillo Aragonés un hombre de su satisfaccion, llamado D. Jo»seph Deo; y sobre Alguér vigilaba Don Miguél Ruíz, hom»bre leal, y enemigo del Governador Don Alonso Bernardo »de Cespedes, á quien disponia prender, porque no ignoraba »su intencion.

A 12. de Agosto se vió la Armada en la Bahía de Callér, entre los Promontorios de Carbonára, y Pula, que forcejeaba para acercarse al Puerto, aun con viento contrario: llenóse de confusion la Ciudad, y nadie meditó la defensa. Era Comisario General de la Artillería el Conde Mariani, Milanés: iba éste á cumplir con su obligacion, y buscando en los Baluartes los Artilleros, no halló á ninguno; porque como estos dependian del Maestro de la Casa de la Moneda, que era Don Gaspár Carnicér, y los mas tenian oficio en ella, estaban yá prevenidos de como se havian de contener en la ocasion; á otros los tenia corrompidos el Marqués de la Guardia, y el de Monte-Santo, por medio de algunos allegados á su casa, y asi se vieron despoblados los Baluartes, aun quando yá las Naves enemigas estaban baxo del tiro de cañon. Esto consternó mas al Virrey, y descubrió claramente la Conjura. Acudieron á su Palacio los Nobles de mas autoridad, y entre ellos el Marqués de Villazór, el Conde de Monte-Santo, el Marqués de la Guardia, Don Domingo Branchifort, Conde de San Antonio, Siciliano, y otros muchos, que mas le iban á persuadir la rendicion de la Plaza, viendo imposible la defensa, que asirtirle á ella, á la qual se ofrecieron promptos, y con sincero animo D. Felix Masones, Conde de Montalvo, y su primogenito Don Joseph, Don Dalmao Sanjust, Conde de San Lorenzo, y sus hijos, Don Francisco Manca, Conde de San Jorge, y Don Felix Nin, Conde del Castillo. Este, mas vigoroso, que otro alguno, estrechaba

al Virrey, á que mandase lo que se havia de executar; pero no siendo Jamayca hombre de Guerra, se embarazó en las ordenes, y yá no le obedecian los pocos Soldados de quatro Compañias de Infantería, que havia en Callér. Dos Capitanes, que fueron Don Andrés Alberto, Español, y Don Antonio Pereyra, Portugués; adhirieron secretamente á los conjurados, y alentaban el tumulto, para que se abriesen las puertas, ayudados del Sargento Mayor de la Plaza Don Antonio Diaz, Portugués. Dióse orden, para que viniese la Cavallería del País, y la revocó el Conde de Monte-Santo, que era General de ella, y á éste obedecieron, porque yá veían, que prevalecia su autoridad, y su deseo.

El Almirante Inglés embió una Lancha con cartas para el Virrey, y Magistrado de la Ciudad: su contexto era breve, é injurioso á la Francia: pedia con amenazas la rendicion de Callér, cuyos Privilegios, concedidos hasta el tiempo del Rey Carlos II. confirmaria Carlos III. El Magistrado embió su carta á Jamayca, diciendo, se conformaria con su dictamen, ofreciendose á la defensa; pero yá aquel consultaba el modo de la rendicion con el Conde de Monte-Santo, el Arzobispo de Callér Don Bernardo Cariñena, y el Conde de San Antonio. No havia sido declarado Austriaco el Arzobispo; pero no se havia descuidado en dar á entender á los Austriacos su genial afecto al Rey Carlos: era su animo verdaderamente indiferente, y solo aspiraba á que le dexasen gozar de su Mitra quieto, y asi vivia con todos. El Virrey, solo pretendia, que le dexasen ir con su equipage libre á España; y lo demás, que miraba á la utilidad de la Ciudad, dixo, que pertenecia al Magistrado; y añadió, que se debia dár libertad á qualquiera, que se quisiese salir del Reyno. Asi lo significó en voz al Conde de Monte-Santo, al qual le dió autoridad para que tratase con los Enemigos, y sacase estas condiciones. No se descuidó éste; y para vender caro el servicio al Rey Carlos, no expuso al Almirante Inglés tan llano el ajuste, porque Jamayca havia tomado un dia de plazo, para responder, y Monte-Santo callaba los Poderes, que tenia de éste para capitular; y porque pareciese mas dificil, aconsejó, que, sin aguardar respuesta del Virrey, se bombease aquella noche la Plaza. Otros dixeron,

ron, que este dictamen de él havia salido de una Junta, que se tuvo en casa del Arzobispo, donde asistió Francisco Esgrechio, Cabeza del Magistrado, Don Gaspár Carnicér, y el Conde de San Antonio: expediente tomado, para no quedar tan desayrada la Ciudad, rindiendose sin hostilidad alguna. Dieron estos el modo de desembarco en la falda de San Elías, y ofrecieron, que los del Arrabál, que llaman de la Marina, abririan la Puerta de Villanueva, para que la ocupasen luego las nuevas Tropas, con lo qual se imposibilitaba á Callér la defensa de la Ciudad. Esta solo pedia confirmacion de sus Privilegios, y libertad por seis meses á los que se quisiesen salir del Reyno, sujetandose á la confiscacion de sus bienes, si pasaban á los Dominios del Rey Phelipe. Esto se embió á decir al Almirante Lake con Don Geronymo Sanjust, que fue luego á bordo de la Nave Comandante, y el elegido, por su íntima adhesion á la Casa de Villazór; con el qual, sin riesgo de ser descubierto, embió á decir el Conde de Monte-Santo á su hermano el de Cifuentes lo que entonces se le ofrecia, porque era tal su arte que hasta en los extremos queria parecer leal. Creía el Pueblo, que estaba yá ajustada la rendicion, y dormia seguro, quando despertó despavorido á quatro horas de noche, al ruido, y estrago de algunas Granadas Reales, que mandó disparar Lake. Turbóse confusa la Ciudad, que no estaba acostumbrada á semejantes riesgos, y por la Puerta, que llaman de Buen Camino salió en tropél, abandonando sus casas la Nobleza. Todos dexaron al Virrey, menos Don Joseph Masones, y el Conde del Castillo, aun haviendose retirado aquel fuera del recinto, al que llaman Baluarte del Viento. Desembarcó el Regimiento de Clariana en el lugar prefinido: abrióse la Puerta de Villanueva, y otros Sediciosos abrieron la del Muelle, y entregaron el Fortin que le guarda.

Sucedió esto antes que amaneciese el dia 13. de Agosto. No havia aún capitulado el Virrey en forma, y yá tenia perdida la Ciudad, y el Castillo, porque los Soldados que guardaban las puertas del ultimo recinto, las abrieron, y dió su palabra Lake de que se cumpliria lo ofrecido, aunque no se havian hecho Capitulaciones. Despues arrestaron á Jamayca en su proprio Palacio, porque corrió voz de que

salia por el camino de Aritzó á encontrarse con el Governador de Callér, como se lo persuadia eficazmente el Conde del Castillo, entregandole las cartas del dicho Governador. Parecióle á Jamayca, que no se podria mantener en parte alguna sin Tropas, y se entregó á Lake, que con un Navío de Guerra le embió á Alicante. Lo proprio hizo de los que salieron, que fueron pocos, y solo se reducian al Conde del Castillo, Don Joseph Masones, y dos Capitanes de Infantería. De los Ministros Togados solamente salió Don Juan Antonio de Navas, Español: los demás (aunque muchos de mala gana) exercieron sus empleos baxo la orden del Conde de Cifuentes, que juró luego el de Virrey, y se explicaron con los premios los mas desleales al Rey Phelipe, porque luego se hizo Grande al Marqués de Villazór: al Marqués de la Guardia se eligió por Governador de los Cabos de Callér, y Gallura: se confirmó por Procurador Real al de las Conquistas: á Don Gaspár Carnicér se le dió la Plaza de Consejero de Aragon; y se crearon Titulos á Don Francisco Pez, y á Don Juan Valentin. Despachó Cifuentes Cartas circulares á todo el Reyno, y se le rindió sin resistencia. Entregó la Plaza de Alguér su Governador Don Alonso Bernardo; y porque se resistian Don Miguél, y Don Antonio Ruiz, fueron presos, y se embiaron cargados de cadenas á Callér. Se sublevó Castillo Aragonés, y fue obligado á salir de la Plaza el que havia puesto en ella el Governador Don Vicente Bacallár, que haviendo tenido esta noticia, y que estaba yá todo el Reyno á la obediencia del Rey Carlos, excepto la tierra que pisaba, se salió de la Gallura, y embarcandose secretamente en Puerto-Torres, se pasó á Bonifacio, y luego á Madrid, donde fue creado Marqués de San Phelipe, en premio de su fidelidad. Por la misma razon fue tambien honrado con el empleo de Gentil-hombre de Camara el Conde del Castillo; y á D. Joseph Masones se le confirió el Titulo de Marqués de Isla Rosa. Tan facilmente, y sin hostilidad alguna se perdió el Reyno de Cerdeña con dos Cartas del Almirante Lake, que solamente con cerrar las puertas de Callér estaba defendido; pero como no havia Tropas, pudo el Pueblo asentir á las sugestiones de los que para particulares fines, á estimulos de su ambicion, deseaban mudar dominio.

Pa-

Pasó despues la Armada, dexando en Callér el Regimiento de Clariana, á las Costas de Sicilia, por si vencia con la misma facilidad. Tocó aprisa el desengaño, del que resultó no poca gloria al Marqués de los Balbases, y al Principe de San Gregorio. Tomó Lake el rumbo de España, y de paso intentó ganar á Menorca, y el Castillo de San Phelipe, que guarda á Puerto-Mahón, uno de los mas espaciosos, y seguros del Mediterraneo: era su Governador Don Diego Davila, que succedió á Don Geronymo de Nueros, de quien injustamente desconfiaron Don Francisco Ronquillo, y el Marqués de Gourmay Amelot, y fue llamado á la Corte. Havia de Presidio quinientos Franceses, y doscientos Españoles: no traía gente de desembarco la Armada, pero se armaron dos mil Marineros, y baxaron por tierra á la Isla: ocuparon á Ciudadela, y pasaron al Castillo: fingieron de abrir Trinchera, y mandando desembarcar quanta gente era posible, hasta los Timoneros, creyó el temor de los que dentro estaban, que los sitiaba un Exército, y sin mas hostilidad que su aprehension, instaron al Governador los Franceses, que hiciese llamada: asintió torpemente Davila, entregó el Castillo, y pasó la Guarnicion á Cartagena: el Coronél Francés fue degradado, y reformado el Regimiento. Davila fue preso, y acusado de haverse sin razon rendido: conoció su error, y desesperado, arrojandose por un balcón de la Torre, en que estaba, se hizo pedazos, vengando en sí mismo su culpa. Los Ingleses, ni por reiteradas instancias del Rey Carlos dexaron esta pequeña Isla, y su Puerto, necesario para su Comercio del Mediterraneo, y de Levante. El Emperador pasó la quexa á Londres; pero no fue escuchado, porque se fundaba la respuesta en los mismos pactos de la Liga, que los Puertos quedarian en sequestro á los Ingleses, que yá empeñados en no soltar á Mahón, no contestaron mas sobre la demanda, y asi se vieron en dos pequeñas Islas dos Dueños, importandola no poco á la Reyna Ana dar algunas señas de utilidad á su Reyno, cansado de insoportables gastos, que por superiores á las rentas, se impuso nuevo tributo sobre las mercaderías de Indias, y los Campos de Labranza. Con esto pudo el Parlamento conceder para la Guerra de Gathaluña, y Portugal el subsidio de

un

un millon, y ciento y cincuenta mil libras esterlinas : poco menos se daban á los Principes de Alemania, y quinientas mil al Duque de Saboya, sin las expensas continuas de dentro del Reyno, para Armamentos de Mar, y Tierra, que igualaban á las sobredichas sumas, tomadas á daño de las Compañias, y Bancos de los Tratantes. Este esfuerzo era preciso, por no desistir del empeño, y restaurar el Exército de Cathaluña, que estaba desde la Batalla de Almansa destruído. De ella se hizo cargo en Londres á Gallobay ; y aunque se escusaba con la orden del Marqués de las Minas, que era el General, y á quien havia dado el Rey Carlos el mando del Exército, no pudo por entonces ajustar bien con la Reyna sus dependiencias, aunque no cayó de la gracia. Fue nombrado para sobstituirle Diego de Stanop, á quien se le dió tambien el caracter de Embiado de la Reyna, al Rey Carlos. Levantaronse para Cathaluña quatro Regimientos en Escocia, y se tomaron del Palatino siete mil hombres: otros cinco mil de los Principes de Germania, y algunos Italianos. Los del contrario Partido á la Corte llevaban mal estos gastos, quando estaba la Inglaterra amenazada de invasion, porque el Rey Jacobo III. ( llamado el Cavallero de San Jorge, ó como los Ingleses decian, el Pretendiente ) havia pasado á Dunquerque, donde, baxo el mando del Gefe de Esquadra el Señor de Fourbín, se prevenian veinte y seis Naves de Linea, y otras diez Fragatas, con muchos fusiles, pertrechos, y municiones, y siete mil hombres Veteranos, cuyo Comandante era el Señor de Gazé. Era la idéa hacer en Escocia un desembarco, adonde llamaban con instancia al Rey Jacobo ; y para esto havian venido á París dos de los primeros Magnates de aquel Reyno.

Antes que en Inglaterra, penetraron esta Expedicion en Olanda, y para socorrer á sus Aliados previnieron Naves, y pusieron Tropas en Milbourgh, porque se divulgó la voz de que queria el Francés atacar la Zelandia, y temian ser engañados con la verdad. La Reyna, toda aplicada á su seguridad, mandó, que no saliesen Tropas del Reyno : embió muchos Regimientos á Escocia, y puso en ella tantos Ingleses, que le pareció estár segura. Ordeno á el Almirante Jorge Binghs, que invigilase con una Esquadra de veinte y cinco Na-

Naves sobre las Costas de Dunquerque; y dispuso tantos Navichuelos de Aviso en el Canál, que no pasaba dia sin noticia. Todas las Naves se previnieron en los Puertos, y se trabajaba de noche con téas encendidas: se aplicó al fin el cuidado á proporcion del peligro, que se creía grande, porque Jacobo tenia parciales aun en Inglaterra, y los Escoceses estaban de acuerdo con la Irlanda. Quando el Rey estaba para embarcarse en Dunquerque, enfermó de viruelas: no era la calentura muy ardiente, y queria partir con ellas; pero se lo prohibió el Rey de Francia. Instó otra vez, dando por razon, que se prevenian cada dia mas los Ingleses, y que yá se havia visto en las Costas de Francia al Almirante Binghs: al fin, partió el dia 17. de Marzo, sin embarazarlo la Armada enemiga, que se havia retirado con arte al Puerto de Brilla, y luego se puso á la vela para seguir á Fourbin, que le precedia el solo termino de quince horas. Tomó el rumbo de la Escocia, no ignorando era contra ella la Expedicion, porque yá se decia, que Milord Abelli havia ofrecido á Jacobo diez mil hombres de Armas. Mudósele el viento á la Armada Francesa junto á Escocia, que no dexó acercar las Naves, quando yá Binghs le havia tenido en el Canal favorable, y havia dexado por un lado los Franceses, á los quales no quiso atacar, hasta que tomase bien el Barlovento. El tiempo era favorable á Fourbin para ir á Irlanda, como lo instaba Jacobo; pero lo contradecia la orden del Rey Christianisimo, porque en las Instrucciones solo se le mandaba ir á Escocia, y no pudiendo lograr este desembarco, bolver á Francia la Persona del Rey, porque con sola ella hacia guerra á los Ingleses, teniendolos en continuo movimiento, con innumerables gastos. Tenia Fourbin viento en popa para bolver á Dunquerque, y asi dió al ayre todas las velas: lo proprio hizo Binghs siguiendole, y alcanzó algunas Naves de la Retaguardia á tiro de cañon; pero la noche separó una, y otra Armada, y la de Francia tomó sus Puertos, restituyendo al Rey á su antiguo hospedage, tan dolorido, que le vieron llorosos los ojos muchas veces. Esta malograda Expedicion avigoró el animo de la Reyna Ana para la Guerra; y aunque dentro de su Reyno no la fataban cuidados, los mas desafectos se mostraron mas leales, viendo no ha-

havia podido el Rey desembarcar, y con el castigo de pocos, se sometieron los Escoceses, que se havian retirado á las montañas.

Desde 19. de Abril del año pasado havia conducido de Vvolfembutél á Bamberga el Conde de Poar á la Princesa Isabela Christina de Brunsvich, destinada para Esposa del Rey Carlos, donde, en manos del Arzobispo de Maguncia, abjurada la Secta Protestante, abrazó la Religion Catholica Romana: pasó á Viena, y fue hospedada en casa del Emperador, hasta que bien educada en el Sagrado Rito, pudiese ir á Barcelona, á donde havian dudado embiarla, por los felices progresos de las Armas del Rey Phelipe, y no exponerla á las contingencias de la Guerra.

El Rey Carlos, impaciente, y enamorado, con razon, de su Esposa, por ser una de las mas célebres hermosuras de su tiempo, aunque solo havia visto su Retrato, embió por ella con las mayores instancias. Haviase determinado, que partiese el dia 9. de Marzo; pero como tambien havia de pasar á Lisboa la Archiduquesa Maria Ana de Austria, hermana del Emperador, y Muger yá del Rey Don Juan de Portugal, querian embiarlas juntas; pero se reparó luego, que los Principes Italianos no tendrian dificultad en tratar á la Archiduquesa como Reyna; pero sí á la Muger de Carlos, porque éste no estaba todavia reconocido por Rey en Italia, sino solamente por el Duque de Saboya, y para embarcarse era preciso pasar por los Estados de Venecia, y Genova; y asi, para evitar este desayre á la Princesa Isabél, se mudó de idéa.

El dia 23. de Abril se desposó por Poderes del Rey Carlos con el Emperador: fue el Ministro el Cardenal de Saxozeith, que le dió á la nueva Reyna el Sacramento de la Confirmacion; y el dia 26. del mismo mes partió para el Tiról, servida de Lothario Carlos, Obispo de Osnabruch: el dia 15. de Mayo llegó á Trento, pasó á Brescia incognita, porque no haviendo los Venecianos querido tratarla como Reyna, rehusó todo obsequio. Por Milán pasó á San Pedro de Arenas, Arrabál de Genova, y tampoco fue tratada como deseaba, ni admitió las Galeras de la Republica, que la ofrecieron. El dia 13. de Julio partió en la Armada Ingle-

glesa, que mandaba el Almirante Lake, y á 2. de Agosto llegó á Barcelona, á donde fue recibida con las mayores demonstraciones de júbilo por el Rey su esposo, nuevamente enamorado de su belleza, y de las altas calidades de modestia, prudencia, y virtudes morales, que la servian de adorno, haviendo tan de veras abrazado la piedad de la Religion Catholica, que parecia, que havia sido educada desde su infancia en ella.

No pudiendo yá sufrir mas el largo Sitio la Plaza de Orán, y faltandole Viveres, y Municiones, se rindió á los Africanos; pero la lexanía hizo despreciar esta pérdida, aunque era mayor de lo que los Franceses ponderaban en la Corte del Rey Phelipe, donde vivia de asiento la discordia, y ayudaba á que echase estas raices el Duque de Orleans, declarado enemigo de la Princesa Ursini, á la qual queria de nuevo echar del Palacio; pero como no la podia apartar de la Reyna, eran inutiles sus esfuerzos, aunque se havia conjurado con los del contrario partido á la Princesa, que no eran pocos. Su madre la Palatina lo solicitaba en París por medio de la Señora de Maintenon, y del Delphin, que cansado de oír tantas quexas de los Españoles, asentia al dictamen del Duque. El Rey de Francia no se resolvió á embiarla á llamar, por no disgustar á la Reyna, dando credito á las cartas de Amelot, favorables á la Princesa, con quien se havia estrechamente coligado, para resistir al poder del Duque de Orleans, que con tener las Armas en las manos, era casi demasiado, y pretendia reglarlo todo á su arbitrio, aunque el Rey no le dexaba tratar mas que en cosas de Guerra. Esta la queria hacer á su modo el Duque, y lo repugnaba Amelot, de quien, y de la Princesa dependian las asistencias para el Exército, sin las quales todas las idéas eran inutiles. Esta discordia huviera acabado con la España, si no la huviese preservado una oculta providencia, porque parece que tiraban todos á su ruina. Havia traído á sí el Duque muchos Magnates Españoles, como eran el Duque de Montalto, y el de Montellano, él Marqués de Mancera, y otros adversos á la Princesa. No querian estos mas que el bien del Rey; pero el Duque le posponia á sus particulares fines, como los mas de los mortales, que se sirven á sí mis-

mos, gloriandose de que sirven al Rey. Esta es una infelicidad de los mas de los Principes, con no pequeña injuria de los Vasallos.

El Reyno de Valencia le governaba el Cavallero de Asfelt. Haviase buelto á Francia el Duque de Bervich, que havia sido llamado para el Exército del Delphinado, y quedó árbitro de la Guerra el de Orleans, que havia procurado apartasen á Bervich, porque le daba alguna sujecion su dictamen, y su presencia. No lexos de Fraga, en Torrente, se juntó el Exército, y parte de él se destacó con el Conde de Estain ácia Castillón de Farfaña, para juntarse con el Duque de Noailles, que tenia intencion de poner su Campo en Urgél. El Señor de Mombasar ocupó las Montañas, y los Regimientos de Asturias, y Pamplona á Benabarre, por ser dueños del Puente, y del Valle de Venasque. Para mandar su Exército havia el Rey Carlos llamado al Conde Guido Starembergh, porque era solo entonces Stanop el Gefe de las Tropas de Cathaluña, haviendo muerto el Conde de Noyelles, no sin alguna sospecha de veneno, teniendola el Rey Carlos de que estaba el Conde corrompido del oro de los Franceses.

Los Alemanes cortaron la llanura de Tarragona con una bien fortificada linea; y aunque estaba tan adelantado el tiempo, y yá en Campaña las Tropas del Rey Phelipe, desde 10. de Mayo, no parecia el Exército Austriaco, aun haviendose divulgado la voz de que el Duque de Orleans pensaba sitiar á Tortosa, y echando un Puente en Flix, pasar el Ebro; pero se lo impidió lo poco firme del terreno, por lo mas pantanoso, y se hizo un Puente de Barcas en Mora: pusieronse doce Batallones de la otra parte del Rio, y se mandó venir á Asfelt de Valencia con sus Tropas, y el Destacamento del Conde de Arenes. A 27. de Mayo llegó á Barcelona Starembergh, y se acampó en Montblanc: el Duque de Orleans se adelantó á Ginestar, y el de Noalles al Ter: no pudo ocupar el Puente, porque le defendia el Principe Enrique de Armestad. No traxo la Armada de Lake gente de desembarco, porque la havia menester la Reyna Ana para guardar su Casa; y asi solo tenia el Rey Carlos diez mil hombres, estando por la frente acometido de los Españoles, y por un lado de los Franceses, ácia Girona.

De

De Ginestár se destácó á Don Francisco Caetano con ochocientos Cavallos, y dos mil Infantes, para ocupar á Falset, que le presidiaban novecientos Alemanes con quinientos Cavallos. Salieron estos del Castillo para oponerse: travóse una pequeña Batalla, y luego huyó sin jugar Armas la Cavallería Austriaca: la Infantería peleó valerosamente una hora; pero al fin fue de los Españoles vencida: la mayor parte quedó prisionera, y ocuparon los Vencedores á Falset. En esta accion se distinguieron Don Manuel Sello, el Conde de Glimes, Cereceda, los Marqueses de Lambert, y Sandricurt. Se embió á reconocer á Tortosa á Don Joseph Vallejo, que lo executó puntualmente, y bolvió con gran cantidad de ganado, que quitó á los Enemigos. La mayor dificultad que tenia Tortosa, era llegar á ella, por lo angosto de los pasos, donde no tenia refugio el vencido. Haviase de subir Artillería por collados asperisimos, Municiones, y Viveres, para tiempo indeterminado, porque estaba bien fortificada la Plaza, y prevenida á sufrir el Sitio desde la Batalla de Almansa. Diez mil Cathalanes guardaban los pasos, gente á proposito para esto, acostumbrada á las Selvas, y á andar descalzos, ó con alpargatas por los riscos. Estas dificultades no amedrentaron al Duque de Orleans, aunque el Exército desaprobaba la empresa. En 10. de Junio marchó la mayor parte de las Tropas ácia Bitem con el Señor de Davere, otra con el Señor de Giofreville, mas allá de Tortosa, pasando el Ebro, para que quedase bloqueada. Un Destacamento, como formando con Giofreville una paralela (dexando el Rio á la derecha) se acercó á la Plaza, y echó un Puente. Opusieronse los Cathalanes á estas marchas; pero fue en vano, porque ni sabian disputar los pasos, ni se formaban: daban en pequeñas divididas partidas una descarga, y huían: cien Granaderos hacian bolver la espalda á un millar de ellos. El Duque de Orleans siguió con lo restante de la gente, y á 12. de Junio yá tenia el Exército estendida la derecha al camino, que vá á Tarragona: la izquierda se dilató hasta el Puente; y por donde la Ciudad está con no defendida del Bosque, se alojaron sin dificultad los Españoles, cuya Cavallería corria hasta el Mar, por quitar á la Plaza los socorros, que querian introducir diez Naves Ingleses.

Staremberg estaba con su Exército en la llanura de Tarragona: havia en él gran numero de Cathalanes, que los llamaban Caravineros de Campaña, y solo servian para consumir Viveres. Los Franceses ocuparon el Convento de los Capuchinos de Tortosa, y tomaron los Alemanes, que los Enemigos tenian de reserva. Asfelt embió la Artillería por el Ebro en Barcas; y para comunicarse con sus Tropas, mandó erigir el Duque de Orleans otro Puente, que á 20. de Junio yá estaba concluido. La noche de este dia se abrió la Trinchera: tiróse una paralela, que abrazaba el Convento de los Carmelitas; y para que no lo impidiese la Plaza, se fingió un asalto. Aunque el Cañon enemigo jugaba con felicidad, perficionaron los Franceses sus obras: plantóse la Artillería en dos ordenes, y en una los Morteros: despues se quisieron aumentar, y costó mucha sangre: entonces murió el Coronél Moncanao, Francés, hombre del mayor brio. Una bomba quemó el Convento de los Carmelitas, donde estaba la mayor fuerza de la Plaza. Tres horas duró el fuego, y consumió el edificio. La misma noche hicieron los Sitiados una salida en dos partidas por ambos extremos de la Trinchera: fue la accion viva, y sangrienta: llegaron á las Baterías, y las defendió valerosamente el Regimiento de Barois, el de Guardias, el de Rosellón Viejo, y Milán: quedaron presos algunos del Regimiento de la Reyna Ana, y muertos muchos: la pérdida de los Sitiadores fue igual. En uno de estos dias, acabando de decir una blasfemia un Soldado Español, que jugaba con otros, una bomba le quitó la cabeza, con escarmiento de los demás.

Mandando la Trinchera el Duque de Abré, con el Mariscal de Campo Duque de Sarno, y el Brigadier Lambert, hicieron de la Plaza otra salida la noche del dia 30. duró poco el combate, pero fue cruel: nada de los trabajos deshicieron los Sitiados, y se retiraron con pérdida. Esta noche movió su Campo Starembergh, de Való á Reus, para dár alguna aprehension á los Sitiadores; pero estos no la tuvieron, y prosiguió el Sitio, aunque con gran trabajo, y dilacion, por lo duro del terreno, lleno de peñas, mucho mas frequentes, quanto mas cerca de la Plaza. Era preciso traer de lexos la tierra, y asi costaban mucha sangre los aproches,

y

y mucho mas los ramos, que se formaban contra el camino encubierto. La noche del dia primero de Julio fue tanto el estrago, que yá no querian los Soldados trabajar, y lo hicieron heroycamente los Oficiales, tomando la Zapa. Cayeron muchos; pero se perficionó en aquella noche la Obra, que la visitó muchas veces intrepidamente el Duque de Orleans, repugnandolo los ruegos de los suyos. Todo el trabajo era infructuoso, porque faltaban Cañones de batir, que por agua se traían desde Miravet, y por eso se destacó con seiscientos hombres al Señor de Giofreville, para asegurar los caminos, que infestaban los Cathalanes; y para echarlos del Hospitalet, se embió á Cereceda, que socorrió á tiempo á Don Francisco Areciaga, el qual con solos treinta hombres mantuvo un puesto, atacado de quatrocientos y sesenta Cathalanes, y nunca vencido. Yá se batia en brecha contra el Baluarte de la derecha, los fuegos de los lados, y la cortina; pero mas terror ponia en los habitadores el estrago de las bombas. La noche del dia 6. de Julio avisaron con coetes de su riesgo á los suyos: esto puso en mayor esperanza á los Sitiadores. Como estaban las Trincheras guarnecidas de palos, y faginas, se prendió facilmente fuego á una parte, volando del fogon de un Cañon la llama, de suerte adelantada en lo árido de la materia, que estando lexos del agua, corrió riesgo de llevarse el fuego las Trincheras, si el Regimiento de Normandía, despreciando el proprio peligro, no le huviera atajado, con pérdida de mucha gente.

El dia 9. de Julio se dió el asalto al camino encubierto: fue atróz la disputa, por los fuegos artificiales de pez, y betún, que se desplomaba ardiente de los Muros, de donde echaban tambien cantidad de piedras, y granadas: nada les embarazaba á los Españoles, y se llegó á las Bayonetas. Governó esta Accion Don Antonio de Villarroél con grande arte, y valentía, que lució mas en lo obstinado de la defensa, quedando bien ensangrentada la arena. Viendo que por una hora no se adelantaban las suyos, asistió el mismo Duque de Orleans con heroyca intrepidéz, y añadió gente: venció al fin, y se alojó en el deseado parage; pero no muy seguramente, porque no lo permitia el fuego de los Sitiados, que luego asaltaron á los Sitiadores, y se renovó mas feróz

la

la disputa; pero sin dexar de pelear, se alojaron mejor, y se retiraron los Defensores. Tuvieron en la Plaza Consejo de Guerra, y el dia 10. hicieron llamada: se formaron las Capitulaciones, y al fin de ellas no quiso venir en lo acordado el Duque, si no se le entregaba juntamente el Castillo de Arés, y la Torre de San Juan, que está junto al Mar: vino en lo primero el Governador de la Plaza; pero sobre la Torre no tenia jurisdiccion: dieronsele honrosas Capitulaciones, y se entregó Tortosa, con la qual se tenia mas en freno á los Rebeldes del Reyno de Valencia, que se havian unido á los Cathalanes. Mordió la fama al Governador, por poco defendida, pues podia aún mantenerla una semana, que bastaba para que el Duque levantase el Sitio, porque no tenia Viveres, ni Municiones para dos dias mas, por maliciosa traycion á su persona, que le hacian la Princesa Ursini, y Amelot, para que perdiese el credito, y le sacase el Rey Christianisimo de España. (tan monstruosas como esto son las Cortes, donde el primer idolo es el proprio interés) No concurrió la prudencia á hacer felíz esta empresa, porque en ella el Duque atropelló mil dificultades, no sin riesgo: toda la gloria se debió á la fortuna, y al valor. Los que juzgaban por el éxito, engrandecian al Duque: sus émulos le notaron de temerario, é inconsiderado: al fin, la gloria de vencedor no se la debemos quitar.

Importabale al Duque de Saboya mantener viva la Guerra, y asi, determinó atacar al Delphinado por Granoble. Opusosele el Marqués de Villars, quando el Duque estaba acampado en el Valle de Moriana, y havia hecho un Destacamento, adelantando seis mil hombres con el General Scolembergh, á quien ordenó, que por el Collado de Rove baxase al Valle de Oulges. Todo se executó felizmente, asegurando los caminos los Barbetas, que tenia muy á su devocion el Duque. Los Franecses, fortificando á Exilles, y Fenestellas, ocuparon á Sezana, y el Monte de Ginebra: mandaba estas Tropas el Señor de Muret. No se le escondió á Villars, que queria el Duque sorprender á Briancon, pues con eso cerraba los pasos para el Piamonte, y los abria al Delphinado; y asi, mandó al Señor de Artañan, que ocupase el Collado de Briancon, y fortificando lo angosto de las

las sendas, imposibilitase al Duque su designio: con esto tambien aseguraba á Muret. El Duque se acercó á Sezana, acometióle Villars, vencióle, y fue obligado á retirarse: no fue grande la pérdida, pero le desvaratá sus idéas. Entonces convirtió el Duque las Armas contra Exilles, y Fenestellas: la primera Plaza la ganó con poco trabajo, pero con mayor la segunda, porque tenia mil Presidiarios: defendieronse quanto fue posible, pero al fin quedaron prisioneros. Lo demás de la Campaña (que no fue dilatada, por lo frio del parage) se pasó en acciones de poca entidad, porque lo escabroso del terreno no permitia venir muchas veces á las manos. Esta Guerra confirmaba en su servidumbre á la Italia, donde yá explicaban los Alemanes lo áspero de su génio. Gemian sus Principes, y sus Republicas; pero en vano, porque estaban por todas partes ceñidos de Tropas, y á ellos les faltaban, no teniendo valor, ni aun para la quexa (tanto los asombraba el poder de los Austriacos.)

El Pontifice pensó alguna vez sacudir el yugo, que á sus Estados amenazaba; pero no halló aprobacion en los Cardenales, porque los mas eran de la faccion del Imperio, y los neutrales no amaban la inquietud de la Guerra. Don Horacio Albani, hermano del Pontifice, dividió sus hijos en ambas facciones, de Francia, y Alemania, para afianzar la seguridad de su Casa, que la estaba construyendo sin mucho ruido, y atesorando riquezas. El Cardenal Grimani, y el Embaxador Cesareo, Marqués de Prié, llenaban la Corte Romana de amenazas. Los Hereges inflamaban esta Guerra contra el Pontifice, mas por odio particular, que por interés, porque ni los Ingleses, Olandeses, y Protestantes de Germania le tenian en que el Emperador ajase, y destruyese la Italia. Pidió paso á sus Tropas, de Napoles para el Milanés: acordósele con nunca observadas condiciones, porque havia el Virrey de Napoles Conde Daún (que succedió á Martinitz) ordenado oprimir de intento á los Vasallos del Papa, y á imitacion de lo que hizo el Principe Eugenio en Milán, havia confiscado los bienes, y la renta de los Beneficios Eclesiasticos de los que estaban ausentes, prohibiendo para Roma toda extraccion de dinero, ni aun por Bulas; y para buscar pretextos, se quexaba de que havia presidiado el

Pon-

Pontifice á San Cyprian, Frontera de Napoles, con quatrocientos hombres, y erigido dos Fortines. Embió Daún quinientos Cavallos, que pasaron despues á Ferrara. Con este apoyo suscitó sus antiguos derechos el Duque de Modena, y todas eran trazas para amedrentar á los Romanos.

Vióse en muchos Lugares de Italia, y en Roma un Manifiesto, que con arte hicieron los Alemanes: »Daba »las razones por qué se debia despojar al Pontifice de la »prerrogativa de que fuesen Feudos de la Iglesia las dos »Sicilias: Que no debia el Rey de Napoles pagar el sólito »reconocimiento, ó tributo; y que se le debian quitar los »Estados de Aviñon, y Benevento, como usurpados de »Clemente Sexto, y Pio Segundo: Que no tenia valor al»guno la transaccion entre Carlos Quinto, y Clemente »Septimo, sobre la eleccion de los Obispos, que pertene»cia enteramente al Rey: Que se havia de extinguir la alter»nativa entre ellos, y la Curia Romana, á quien no toca»ba dar Beneficio alguno en los Dominios Reales, sí solo á »los Prelados, sin que pudiese aquella imponer pensiones, »ni tomar el Papa dinero por Bulas: Que se havia de supri»mir el Tribunal de la Nunciatura en Napoles, y el que »tiene á su cargo las Obras Pías, y las Mandas para la Fa»brica de la Iglesia de San Pedro, reservando á los Obispos »el administrarlas. Todo esto no se havia decretado en Barcelona, ni en Napoles; pero lo amenazaban los Tudescos, y dispusieron, que en la Dieta de Ratisbona se declarase, no tener la Iglesia accion alguna á los Estados de Aviñon, y Benevento, y que se adjudicase Mantua al Emperador, *sin* oir la Parte, porque aún vivia el Duque, que *murió* poco despues en Padua.

Como los Alemanes daban muestras de quererse aquartelar en el Ferrarés, mandó el Pontifice juntar sus Tropas, y llamó á sus subditos, que servian en los Exércitos de otros Principes. Obedecieron pocos, porque qualquiera desea servir á un Principe grande. Levantaronse en Aviñon dos Regimientos, que pasaron con las Galeras Pontificias: fortificóse á Ferrara, y todo era un aparato inutil de Guerra, de que hacian burla los Alemanes, porque nunca podia el Pontifice juntar Tropas que los resistiesen. Pasó el Principe Euge-

Eugenio de Saboya á Viena, y fue llamado á Milán el Conde Daún, á quien succedió en el Virreynato de Napoles el Cardenal Vicente Grimani, hombre áspero, turbulento, y poco atento al Sumo Pontifice, como debia, por muchos titulos serlo: partió sin despedirse, y esto le dió al Papa aprehension, porque parecia declarar la Guerra. La hacia el Emperador á la Iglesia; pero no la confesaba. Todo lo aplicaban los Alemanes á la necesidad de asegurarse en Italia, y al desorden de los Soldados, mal reprimidos, de industria, ó adversos á la Santa Sede, porque havia en los Regimientos de los Principes de Alemania gran cantidad de Hereges, y muchos Cuerpos de Tropas lo eran enteramente, las de Saxonia, y Hesecaséll, Hannovér, y de los Circulos de Suevia, y Franconia.

El Papa nombró por General de sus Tropas al Conde Marsilli: fortificó las Fronteras de Napoles, y juntó hasta quince mil hombres. Los Alemanes propusieron ajuste, como se decidiese en Ratisbona la duda de si eran Parma, y Ferrára Feudos Imperiales: el Emperador escrivió á todos los Cardenales del Sacro Colegio, menos á los de la contraria faccion, justificando, que debia declarar la Guerra al Pontifice, si no desistia de tener por Feudos á Ferrára, y Parma; y empezó sus razones, ocupando á Comachio, para apretar mas á Ferrára. Esto era yá despojar de sus Estados á la Iglesia, con el pretexto de un pretendido alto dominio, que sobre Comachio tiene el Cesar, alegando, que nada, sin la junta de los Principes del Imperio, y su consentimiento, pudo dár á la Iglesia Carlo Magno de los Estados Imperiales, porque los derechos á lo alienado no se perdian, ni con la benigna tolerancia de tantos siglos. Todo era infundirle mas terror al Pontifice, á quien mantenian algo las persuasivas del Cardenal de la Tremoglie por la Francia, y el Duque de Uzeda por la España: ofrecieronle 15. hombres, si hacia con ambos Reyes liga ofensiva, y defensiva: yá sabia, que no se los havian de dár; pero le sostenian con esperanzas, para hacer alguna distraccion á las Armas Austriacas. No entendió luego esta politica el Pontifice, y creyó poder tener un Exército de treinta mil hombres, si se le daban los que le prometian, y esperaba traer á la Liga

algunos Principes de Italia. Para confiarle mejor, embió el Rey Christianisimo á Roma por Embaxador Extraordinario al Mariscal de Tesé: por España pasó sin caracter el Marqués de Monte-Leon, que era Embiado del Rey Phelipe en Genova, para que ayudase al Duque de Uceda, cuya quebrada salud no era capáz de grande aplicacion, ni la tuvo asidua á los negocios de España despues que se perdió el Reyno de Napoles, y él la esperanza de poder lograr aquel Virreynato, al que aspiró siempre. De sugetos que le trataban intimamente, sabemos, que desde entoces enagenó su animo del Rey Catholico, y adhirió secretamente á los Austriacos, pero con tal cautela, que lo penetraban pocos, porque le veían Ministro del Rey, y con no vulgar aplauso en la Corte, donde enteramente se ignoraba la perversa intencion del Duque. A las Juntas, que por las dos Coronas se hacian en Roma, asistian el referido Duque, el Mariscal de Tesé, el Cardenal de la Tremoglie, el Decáno de la Sacra Rota Don Joseph Molinés, y el Marqués de Monte-Leon; pero el Papa havia menester Tropas, y no discursos, ni consejos: moderaban su animo su Hermano, y Sobrinos, á quienes no convenia la Guerra, porque se gastaba el dinero; y aunque se sacó del Thesoro de Sant Angel, mucho de lo suyo gastaba el Papa, y aplicaba á la causa pública algunos arbitrios, que producian dinero. Determinó sitiar á Comachio; pero vió la imposibilidad, haviendose fortificado aun mas de lo preciso los Alemanes, que sorprendieron á Ostellato, para internarse mejor en los Estados Pontificios, donde executaban los Hereges tan horrendas, y sacrilegas insolencias, que osaron matar á un Sacerdote, estando celebrando el Sacrificio de la Misa, y en las heridas le metieron, por desprecio, las Hostias Consagradas, que estaban en el Copón, por vér (decian) si Dios, que en ellas estaba, le bolvia la vida. El emperador despreciaba estas quexas, y respondia, que esto no era Guerra, y que la havia prohibido contra el Pontifice: que era insolente militar licencia de los Soldados, que mandaria castigar; pero que podia restituir á Comachio, por no dexar indecisas las razones del Duque de Modena, á cuya Familia lo havia dado Federico III.

Diciendo esto, se adelantaban las Armas, porque tambien

bien tomó á Bondeno, y detuvo prisionera la Guarnicion; y con todo eso aseguraban sus Ministros en Roma, que no era Guerra; bien, que luego tomó tambien á Stellata, y se acampó junto á Ferrara el Conde Daún. Retiraronse las Tropas Pontificias. Con esto estaba Ferrara bloqueada, y debastada cruelmente toda la Tierra de Boloña. Tomó Quarteles en los Estados Pontificios el Alemán, corriendo la Cavallería hasta Immola, y Faenza. Consternóse Roma, cerraronse de ella tres puertas, y se introduxo Presidio. Los Franceses, y Españoles no le daban al Papa mas que palabras, quando los Alemanes, yá mas vecinos, obligaron á Marsilli á retirarse á Pesaro.

Defendian con treinta mil hombres el Rio Mosa el Principe Eugenio: con setenta mil marchaba el Duque de Malburgh contra el de Borgoña, y Vandoma. Este se le dió á aquel por Consejero; pero el systéma del Duque de Borgoña era conservar el Exército, y nunca exponerle á una Batalla, porque no tenia otro la Francia. De aqui nacieron algunas disensiones, siendo de contrario dictamen Luis de Vandoma, cuyo genio ardiente, y desembarazado tocaba en lo temerario, alentado de que constaba el Exército de los Franceses de ochenta mil Veteranos. El Inglés se adelantó á Lobayna, y tenia como por antemurál el Rio Ischia. Ambos Exércitos querian ocupar su fertil llanura; pero madrugó mas el Inglés, se alojó en ella, y se fortificó, echando tambien dos Puentes al Dile. Con quatro mil hombres sorprendió á Gante el Duque de Borgoña. Retiróse el Presidio al Castillo, que llaman Sas de Gante; pero al fin se rindió despues por falta de Viveres. Igualmente felíz el Mariscál de la Mota, tomó á Brujas.

Avisado de esto Malburgh, se movió á vigilar sobre Meminga. Entraron los Aliados en aprehension del poder del Exército Francés, y se llamó al Principe Eugenio, que vino con toda la Cavallería; pero la situacion del Exército de los Aliados no podia embarazar sus progresos al Duque de Borgoña, si pasaba la Esquelda, y aun corria peligro Malburgh de ser vencido, obligado en aquel parage á una Batalla: por esto partió de improviso el dia 9. de Julio, y pasando por Ath el Dender, acercandose á Odenarda, y

sorprendiendo las Centinelas abanzadas del Francés, y la Granguardia, echó dos Puentes á la Esquelda, y luego empezaron á pasar sus Tropas.

Havia el Duque de Borgoña, ignorante de esto, embiado por Gravén al General de Virón con treinta Esquadrones, para que pasase el Rio, mientras con lo restante del Exército seguia el Duque; pero llegó á tiempo, que havia casi pasado la Vanguardia de los Enemigos. Informado el Francés de esto, mandó atacarlos; pero no podia Virón hacer mas, que cansarlos con escaramuzas: los Ingleses, y Alemanes las sostenian mientras pasaba la Infantería. El Duque de Borgoña marchó á rienda suelta á socorrer á Virón: la Infantería no pudo apresurar tanto sus pasos; pero acudieron los Oficiales con el Duque de Vandoma, y el de Berri; el terreno estaba cortado de canales, y tan angosto, que no se podia dar batalla, explayando en la debida forma las Tropas; y asi era tan estrecha la peléa, que ni en la boca del fusíl servia la bayoneta, y la tomaban los Soldados con la mano. Los Franceses padecian mayor estrago, porque como entonces toda su fuerza estaba en la Cavallería, y ésta no podia combatir, tenian gran ventaja los Ingleses, además de que estaban los Franceses sobre una margen de arena muy alta, y ruda, que les impedia los necesarios movimientos. Por momentos entraban á la Accion nuevas Tropas Alemanas; y aunque llegó yá la Vanguardia de los Franceses, defendian sus enemigos la orilla del Rio con mas felicidad, por estár mas bien situados, y porque no podia estenderse en linea el Francés, por lo estrecho del parage. Llegó la noche, y cesó la batalla. En el mismo lugar en que peleaba se quedó Malburgh. El Francés se retiró al confin de la Selva á distancia de tiro de fusíl; pero vencido, porque no pudo echar á los enemigos de las orillas del Rio, y porque perdió doble gente. Los Alemanes perdieron dos mil hombres. Antes que amaneciese el dia 12. le llegó todo su Exército al Duque de Borgoña; y luego, al favor de la sombra, pasando en Gante los Rios, se acampó detrás del Gran Canal, estendida la derecha á Brujas, y la izquierda á Gante; y porque no faltase la comunicacion entre Brujas, y Neoport, sorprendió á Plasentál, pequeño Castillo, situado al extremo del Canal de

Bru-

Brujas, donde empieza el de Neoport. Asi se comunicaban tambien Gante, y Dunquerque. Temió ser sorprendido del Señor de la Mota el Governador de Ostende, y llenó de agua la Ciudad. Mucho celebraron haver pasado el Rio los Aliados, permaneciendo un ingrato rumor contra la fama del Duque de Borgoña, que lo havia permitido. De este hecho dió cuenta por extenso al Rey Christianisimo el Duque de Vandoma, y del descuido tan pernicioso á sus intereses, porque muchos dias antes havia sido Vandoma de dictamen de pasar la Esquelda, y atacar á los Enemigos. Algunos creyeron en el Duque de Borgoña siniestra intencion, y afectado descuido, no queriendo vencer, por obligar á la Paz á su Abuelo; pero esto es dificil de averiguar.

El Duque de Bervich sacó veinte y cinco mil hombres del Rhin, y los juntó al Exército del de Borgoña. El dia 14. pasó Malburgh el Rio Lisa, y ocupó las alturas de Varentón, y Comines, y con esto puso en contribucion el País de Artois, y casi hasta Arrás: su Campo tenia á Meminga la siniestra, y la derecha á Rousellar. A los que á él pasaban desde Odenarda, incomodaba mucho la Guarnicion de Tournay, á la qual añadió gente el Duque de Bervich. Lo proprio hizo con Ipre, y se pasó á Lilla. Ucuparon las lineas de Comines los Alemanes, é Ingleses, que estaban yá desamparadas del Francés. Por una, y otra parte se encendian las hostilidades contra la Flandes, fatigada de agravios, y contribuciones. Juntóse con Malburgh el Principe Eugenio, y pasaron á Bruselas ciento y diez Piezas de Artillería por el Canal de Brujas: aún estaba oculto el designio; pero corria voz, de que se intentaria el Sitio de Lilla, donde se encerró el Mariscal de Bouflers. Con sus marchas tambien amenazaba á Mons Malburgh, y por eso puso Bervich su Campo entre esta Plaza, y Nivelli. A 5. de Agosto se juntó al grande Exército el Conde de Tilli: traxose de Bruselas gran cantidad de Viveres, y yá no havia duda de que se enderezaba todo contra Lilla. Para guardar las Plazas que dexaban los Ingleses atrás, se mandó al Principe Hereditario de Hesecasél, que con un Cuerpo de Tropas se acampase en Bruselas.

A 14. de Agosto se presentó á vista de Lilla el Principe Eu-

Eugenio, que era quien mandaba el Sitio, y no pudo, sin gran sangre, ocupar los puestos, porque el Mariscal de Boufflers le disputaba qualquier palmo de tierra, y perdió antes de tomarlos 1ɥ300. hombres, 12ɥ. tenia la Plaza de Guarnicion, y 1ɥ500. Cavallos. Nada le faltaba para una larga, y vigorosa defensa sino Viveres. Malvurgh observaba el Exército del Duque de Borgoña, que estaba en Maldeguen, á quien se juntó Bervich con 40ɥ. hombres, sacados de las Plazas mas vecinas al Mar. El dia 14. atacaron los Sitiadores el Castillo de Cantelech, situado en la alta Ribera del Rio Dola, sin el qual no podian formar la linea; pero fueron rechazados. Intentaron cortar un Dique, que havia formado Boufflers, para inundar el Campo enemigo á su tiempo, si se estendia á la parte inferior de la Ciudad: la noche del dia 16. embió la gente necesaria para esta obra; pero haviendo sido avisado de las Centinelas Boufflers, hizo una emboscada de 5ɥ. hombres, que, acometiendo de improviso á los que vinieron, mataron de ellos 2ɥ. y los demás se retiraron. Estas primeras desgracias endurecieron mas el animo de Eugenio, y prosiguió el Sitio. A los 20. de Agosto yá tenia formada la linea de circunvalacion, abierta Trinchera, y plantadas las Baterías. A 5. de Septiembre el Duque de Borgoña embió el Bagage á Tournay, Valencennas, y Condé: desembarazado el Exército, marchó á Marchea, que es una altura, que tiene sujeta la parte inferior del Rio, cuyo Puente ocupaban los Ingleses, y haviendo sido acometidos, le perdieron. Esto hacia el Francés, por si podia traer á una batalla al Duque de Malburgh, que no pensaba en esto, y havia fortificado bien su Campo, adelantando un gran Trincherón en Templemaro, y Entier, y tenia ocupadas ambas orillas del Rio: este Trincherón, y puestos fortificados ganaron los Franceses, y plantaron Baterías contra el Campo enemigo, pero no se podian acercar á él, porque Malburgh, para asegurar á los Sitiadores, se havia fortificado con fosos, y empalizadas, estendida la derecha ácia Seclin, detrás de un Lago tan cenagoso, que era imposible pasarle: otro eligió por antemurál de la izquierda en Fretin, junto á Marquéa, y estaban de genero dispuestos los Reales, que era temeridad atacarlos, y asi se cansaba en vano el Francés, provocandole á una batalla.

Aten-

Atento solo á su Sitio el Principe Eugenio, la noche del dia 7. de Septiembre atacó el Foso de la Puerta de la Magdalena, y fue tres veces rechazado, con gran pérdida, pero á la quarta ocupó dos ángulos sobresalientes; y antes que se pudiesen los Vencedores alojar, prendió fuego Bouflers á tres Minas, que alli havia hecho, y volaron los Alemanes, y Olandeses al ayre: salió luego de la Plaza un Regimiento de Granaderos, y echó de aquel lugar á los que quedaron. Esta funcion fue tan sangrienta, y costosa, que yá se quexaban los Olandeses de haver emprendido Sitio tan dificil, y prolixo. El Principe Eugenio se obtinaba mas en su empeño, y no le hacian fuerza estas representaciones, ni la pérdida de la gente. Pidió mas Regimientos al Duque de Malburgh para formar los aproches, porque por los Desertores havia sabido, que los Sitiados havian levantado una Trinchera, que abrazaba los Baluartes de la Magdalena, y San Andrés: tenia alguna dificultad traer Viveres al Exército de los Aliados, y mas despues que el Duque de Borgoña se acampó en las alturas de Odenarda, y con varias Partidas embarazaba los caminos, embiando á este efecto un gran Destacamento, que se pusiese entre Ath, y Odenarda: con el Marqués de Seneterra pasó otro á Nall; pero el mayor le governaba el Conde de la Mota en Brujas, y Ostende, porque rotos los canales, se prohibia á los Olandeses embiar Armas, y Viveres á Bruselas, y no podian bolver las Barcas, que yá havian pasado.

Ambicioso de gloria, ó estimulado de la dificultad Eugenio, la noche del dia 19. dió el asalto al camino encubierto con ocho mil hombres, que fueron no pocas veces rechazados del valor de los Defensores, y se retiraron; dexando muertos dos mil. La noche del dia 21. bolvió al mismo asalto con quince mil Soldados escogidos, que embió Malburgh, y no tuvo entonces mejor suerte, porque havian cobrado tanto horror los Sitiadores, que yá no obedecian á los Oficiales. (tan vivo, y tan tremendo era el fuego de la Plaza, y con tanta vigilancia, y esfuerzo la defendia su Governador.) Mandó el Principe dar beberage á las Tropas en mayor porcion, que la acosumbrada, para que el ardor del vino hiciese despreciar el peligro. Con esto mandó se diese un general asalto á las Fortificaciones exteriores, y principalmente

á

á una tixera bien construída, que estaba junto á la Puerta de la Magdalena: no acometieron al camino encubierto, que estaba á una, y otra parte contra las Fortificaciones exteriores: la tixera no le tenia; y como sobre ella estaba un Bastion, que la dominaba, y otros á los lados, era árdua, y dificil la empresa, aunque las brechas estaban á proposito para ser asaltadas, porque se batia con cien cañones. Tres veces echó fuera del Muro la Guarnicion á sus enemigos, nuevamente rebeldes al precepto, y amedrentados de tanto estrago.

Viendo esto el Principe Eugenio, se encaminó el primero con una Compañia de Granaderos al mayor peligro, para dar el quarto asalto, que fue tan impetuoso, que no cabe la ponderacion en la pluma, pues al exemplo del Principe, todos los Oficiales ocuparon la primer fila: disputóse acerrimamente, y ocuparon los Sitiadores el ángulo externo, que sobresalia de enmedio de la tixera; fue el Principe levemente herido de un fusilazo en la frente, sobre la ceja izquierda, y murieron alli mas de dos mil hombres, la mayor parte Oficiales atrevidos, y esforzados. Ni aun con haver ganado este poco sitio estaban libres del peligro, porque la cortina del Muro, que estaba un poco detrás de la tixera, y los dos Bastiones de los lados, disparaban incesantemente.

El dia 22. con no menor sangre, se alojaron los Sitiadores en el labio exterior del Foso, y procuraban llenarle de faginas. El Principe se retiró á sus Tiendas para curarse, porque el ayre le encrudecia la herida, y acudia humor, y asi les faltó á los Sitiadores un gran Gefe. Padecia hambre el Exército, y yá casi no podia venir mas que de Inglaterra socorro, porque el Conde de la Mota cerraba los pasos, aunque no con gran vigilancia, y asi se encargó al de Albemarle el que introduxese ochocientos Carros de Viveres en el Campo del Duque de Malburgh: lo que executó con tanta destreza, y felicidad, que pasando por caminos extraviados, y venciendo siempre las Partidas abanzadas de los Franceses con continuadas escaramuzas, llegó á su Campo, que yá no tenia Pan de Municion, y era preciso levantar el Sitio, y aun recibir la Batalla, ó darla al Duque de Borgoña, que la deseaba. Aqui se culpó mucho el descuido del Conde de la Mota. Con igual valor introduxo á la Plaza socorro, rompien-

piendo un Quartél de la linea por la noche, el Cavallero de Lusembourgh, que con el Idioma Alemán engañó á las Guardias abanzadas: no pudo entrar toda la polvora, porque á uno de los sacos de piel en que venia se prendió fuego, y se descubrió ser Enemigos. Tomaron los Sitiadores lar armas: la parte, que yá havia pasado las Trincheras entró en Lilla, y la que quedó fuera se retiró á Duay. Hizo el Cavallero de Lusembourgh, con la gente nuevamente introducida, una salida contra las Trincheras, de las quales no pudo arruínar alguna, porque los Sitiadores invigilaban en ellas, y havian ocupado algunos caminos encubiertos de las exteriores Fortificaciones: despues, con gran dispendio de sangre, las ganaron todas, y adelantaron sus Baterías al Cuerpo de la Plaza, hallandose presente yá el Principe Eugenio, por estár mejorado de su herida.

El dia 15. de Octubre batieron con sesenta piezas de Cañon, y despues construyeron otra Batería de quarenta. Yá tenia el Sitio sesenta dias, y les faltaba á los Sitiados los Viveres. Estaba abierta en su justa longitud la brecha, y llenado el Foso. Todo havia costado gran sangre, sin haver el Mariscal de Bouflers omitido circunstancia para la defensa, executando quanto pide el arte, y el valor Militar. A instancias del Pueblo, pidió el dia 22. Capitulacion, y ofreció entregar la Ciudad, reservandose el Castillo. Consintió en esto el Principe Eugenio, y nada negó de quanto se le havia pedido, diciendo: *No era razon negar cosa á Defensor tan esclarecido.* Los Articulos fueron setenta y quatro, y el primero de ellos fue, que se conservaria en la Ciudad la Religion Catholica.

Retiró Bouflers al Castillo seis mil hombres de Infantería que le quedaron, y las necesarias Municiones. Empezaba nueva Guerra, porque el Castillo es uno de los mejores de Flandes, ceñido de dos Muros, y de dos Fosos, y guardado de los mas bien entendidos Baluartes. La Cavallería pasó á Duay con todos los honores Militares. El dia 29. se empezó á abrir la Trinchera, no con tanta celeridad, porque estaban cansados los Sitiadores, y faltaba polvora, y balas: mayor penuria havia de pan, y asi se embió al Principe de Hesecasél, para que de qualquier forma embiase Trigo del

Pais de Artois, porque el que estaba en Ostende, traido de Inglaterra, no le dexaban pasar los Franceses, yá mas avisados del escarmiento, y se havia estendido el Exército del Duque de Borgoña como bloqueando la Esquelda, para que no pudiese subsistir el de los Enemigos. Puesto en este extremo Malburgh, era preciso, ó pasar el Rio, ó perecer. Toda la esencia de este hecho consistia en guardarle bien, con lo qual eran casi vanos todos los pasados triunfos de los Aliados.

Vino desde Paris el Señor de Chiamillár, Ministro de la Guerra, al Exército del Duque de Borgoña, y el Duque de Baviera pasó á Mons. Juntóse Consejo de Guerra, y asistieron á él los Duques de Borgoña, Berri, Vandoma, Bervich, el Señor de Chiamillár, y el Conde de Bergeich, Ministro del Rey Catholico en Flandes. Dividieronse los dictamenes: al del Duque de Borgoña se opuso Vandoma, con libertad mas que de Vasallo, llevado de su zelo, y su experiencia, porque las disposiciones no eran las mas proprias para guardar el Rio, en que consistia toda la gloria de la Campaña, y toda la utilidad. Los mas de la Junta lo entendian como Vandoma; pero la necesidad, ó la lisonja imponia silencio, viendo claro el systema del Duque de Borgoña, de querer con desgracias obligar á su Abuelo á la Paz. No lo ignoraban los Enemigos; y aunque estrechados en un ángulo de tierra, en que, sin batalla, havian de perecer, con solo prohibirseles la opuesta orilla del Rio, no dexaron el Sitio del Castillo de Lilla. El Duque de Baviera no creyó tan contraria politica á sus proprios intereses en un Nieto del Rey Christianisimo, heredero de la Corona. Sabia el infelíz estado del Exército enemigo, y que yá no les dexaba sacar de la Artesia lo que querian el Señor de Cheladet, Francés. Los Señores de Languerón, y Fourbin prohibian los Canales por donde, desde Ostende, pasaban algunos Viveres: tambien estaba roto el que hay desde Neoport á Plasentál, y desde este á Brujas. Ocupaban los Franceses los Puentes de Slippen, y Leffingen; y aunque el Duque de Malburg havia embiado al Conde de Cadogán con siete mil hombres á ocupar el gran Canál, que hay desde Ipre á Neoport, el qual, haviendo echado á los Franceses del Puente, corria hasta Loo, sacan-

tando con violencia quantos Viveres era posible; pero luego el Duque de Vandoma, rompiendo el Canál, inundó las Campañas de Neoport, y hacia el agua irreparable guerra. Por todas estas razones entró el Duque de Baviera en Bravante con diez mil hombres, ó para llamar allá los Enemigos, ó para tomar á Bruselas; y como aquellos no querian, ni podian salir de su Campo, empeñados en Lilla, y solo por la Esquelda debian romper, para socorrer el hambre, se presentó el Duque á vista de Bruselas el dia 23. de Noviembre. Tenia la Plaza dos mil y quinientos Olandeses, y no fiaba el Bávaro su felicidad tanto á las Armas, quanto el amor de aquel Pueblo al Rey Catholico. El dia 26. batió la cortina del Muro, que está entre las Puertas de Lobayna, y Namúr: por la noche ocupó el camino encubierto, y la parte del Foso, que no tiene agua, como tambien una media luna, que sobresalia. En este estado cargó sobre el Exército enemigo la dura necesidad de pasar la Esquelda, por no perecer de hambre: propusolo asi en una Carta, que escrivió desde Lilla á Malburgh el Principe Eugenio, »aún haciendo»se cargo de todas las dificultades, y que serian indubita»blemente vencidos; pero que era mas glorioso morir con »las armas en las manos, que de hambre en las Trincheras: »Que dexaria muchos Batallones, para guardar las que se »havian erigido contra el Castillo, y que él seguiria los pa»sos de Malburgh, para estár presente á los riesgos. No tenia el General Inglés otro partido que tomar; y asi, estendiendo su Exército en varias partidas á la orilla del Rio, y echando de noche un Puente á Berhem, y Laure, (puestos mal guardados de los Franceses) intentó con gran temor pasarle, y por eso fueron pocos los que llevaban la Vanguardia, recelando alguna emboscada; pero viendo que nadie se oponia, y que el Exército Francés fingia ignorarlo, ó lo ignoraba, pasó todo el suyo Malburg á vista de ochenta mil Enemigos.

Esta advertida negligencia del Duque de Borgoña no la creerán los que estos Comentarios leyeren; y por respeto á tanto Principe, no ponemos aqui la Carta, que el Duque de Vandoma, transportado de ira, y rabia de vér descaecer, no solo la gloria, pero los intereses de la Francia, escrivió

al Rey Christianisimo, culpando al Duque, y con un Desertor embió copias de esta Carta al de Malburgh, y al Principe Eugenio, quitando de sí el borrón, porque se reía de las expresiones de sus émulos. El de Borgoña se quexó de la insolencia de Vandoma en tan libres escritos, y palabras. Conoció el Rey Christianisimo la intencion de su Nieto; pero lo disimuló, siempre sostenido el Duque de la Señora de Maintenon, ganada por las artes de la Duquesa su Muger. Vandoma fue llamado á la Corte, y solo el Delphin estaba de su parte, que como amaba tanto á su hijo el Rey Phelipe, y conocia quan en su perjuicio era lo que obraba el Duque de Borgoña, aun siendo éste su Primogenito, abominaba su dictamen. Se vieron muchas satyras en Paris, injuriosas al Duque, y se dió garrote á un Clerigo, que esparció una en el Loure. Sacando el Inglés las Tropas, que tenia en el Pais de Artois, y Furnembach, aumentó su Exército: tomó de Meminga muchas Piezas de Cañon, y dexando á Roselauro, puso el Campo á la otra parte de la Esquelda: luego dexó el Sitio de Bruselas el Bávaro, y se restituyó á Mons. El Principe Eugenio echó á los Franceses, que estaban en los Collados de Odenarda. El Duque de Borgoña pasó á Doay, y mandó, que marchase allá el Exército, adonde se retiraron todos los Franceses, y el Conde de la Mota, muy poco gloriosos. Con esto estaban todos los caminos, y canales abiertos, para traer Viveres al Campo de los Aliados.

Viendo esto el Mariscal de Bouflers, y que yá havia perdido el camino encubierto, y el Foso, y tenia la brecha abierta, capituló la rendicion de la Ciudadela de Lilla, y salió con todos los honores Militares. Costó este Sitio mas de treinta mil hombres á los Aliados, y quatro millones de libras á los Olandeses, que tomaron posesion de la Ciudad, quedandole solo el nombre al Rey Carlos.

Esta infausta Guerra de Flandes, ponia siempre en mas infelíz estado á la España, porque le escaseaba la Francia los socorros, atenta solamente á su seguridad. Con todo eso se mantenian los Franceses, que con el Duque de Orleans estaban, y se proseguia con calor la Guerra contra la Cathaluña, y Valencia. Governaba este Reyno Asfelt, (como yá di-

xi-

ximos) y no le havia perdonado á la fortuna el desayre recibido en Denia; y para restaurar lo que alli perdió de su opinion, determinó sitiarla. Pidió Tropas para este efecto al Duque de Orleans, que las embió en 4. de Octubre con Don Francisco Gaetano: á las que quedaban, se les permitió Quarteles de Invierno.

A los primeros dias del mes de Noviembre dió vista á la Plaza con quince mil hombres Asfelt: no gastó mucho tiempo en abrir Trinchera, ni plantar Baterías, porque no disparaban los Baluartes, hasta que se empezó á batir en brecha. El dia 12. por la tarde se dió un asalto general á las Fortificaciones exteriores, y en dos horas las ganaron los Franceses, aunque se resistió quanto pudo la Guarnicion, que constaba de mil y quinientos Alemanes, é Ingleses: rindióse la Ciudad, y se retiraron al Castillo; pero haviendo Don Pedro Ronquillo ocupado el Convento de San Francisco, pocos dias antes fortificado de los Enemigos, se les prohibió á los Sitiados el Mar. Reconociendo los ataques, fue Asfelt levemente herido; pero prosiguió con su empresa, aunque los frios de aquel Invierno eran horribles. Perfectos yá los aproches, á los 17. pidió el Castillo Capitulacion, y no se le concedió á la Guarnicion mas, que el ser prisionera de guerra, y al Pueblo ninguna condicion. Esta noticia llevó al Rey Phelipe Don Geronymo Solís y Gante, de quien dió tan honrados informes Asfelt, que fue elegido Brigadiér. Alentado con esta victoria, intentó el Sitio de Alicante, y sin perder tiempo, embió al Mariscal de Campo Don Pedro Ronquillo, para que tomase los puestos, lo que asi executó el primer dia del mes de Diciembre. Siguió todo el Exército el dia 3. y en el 7. se empezó á abrir Trinchera. La Plaza hacia gran fuego, y havia levantado, y fortalecido un Trincheron, que incomodaba mucho á los Sitiadores. Asaltaron estos el Arrabál murado, y le ganaron. Desde alli se batia el Trincheron, que cubria al otro Arrabál; pero le desampararon los Ingleses: en él se alojó luego Ronquillo con todos los Granaderos, y se aplicó el Minador al Muro sin riesgo, porque estaba lexos el Baluarte, que era una simple cortina. Los Nobles, y hombres principales de la Ciudad se salieron, y embarcaron para Mallorca: la Plebe instó

la

la rendicion al Governador Don Juan Ricarte, y se capituló, entregando la Ciudad: los Presidiarios se retiraron al Castillo, y huvo tregua de quatro dias: se dexaron salir á los Soldados de Cavallería sin cavallos, y no se le permitió al Pueblo Capitulacion alguna: era toda la dificultad prohibirles á los Sitiados el Mar, porque venian veinte Naves Inglesas á socorrerlos. Por eso se construyeron en la orilla de él dos lineas, y se pusieron dos Baterías contra el Castillo, y contra el Mar, haciendo mas fuerte la de contravalacion, porque se temia algun desembarco. Está el Castillo puesto en una gran eminencia; y aunque con ramos obliquos subia la linea á plantar el Cañon á tiro, ni esta podia pasar por donde era necesario, por los peñascos del Monte, ni se podia dár asalto á un Muro elevado, al qual, por largo espacio, era preciso subir descubiertos, y fixar el pie en un derrumbadero: por eso determinó Asfelt minar el Castillo. Esta obra parecia imposible, porque se havia de penetrar un Monte, cuyas entrañas eran de peña viva, y de marmol basto; pero tan duro, que apenas se dexaba labrar: se havia de elevar la Mina á estado, que rebentando el Monte, cayese el Muro: havia de ser tan larga, y ancha, que hiciese efecto; y para esto era menester cantidad de polvora, que no tenian prompta los Sitiadores.

Ni aún, si cayesen algunos lienzos de Muralla en lugar tan escabroso, era cierto el poder dár el asalto, porque la misma ruina lo impediria, y asi no eran muchos de este dictamen, sólo sí de bloquear el Castillo, y rendirle por hambre; pero firme en su opinion Asfelt, bien fortalecido antes el lugar en que havia de empezar la Mina, y bueltas todas las Baterías contra el Mar, dió principio á la obra, quando yá fenecia el año, y asi escriviremos su éxito en el que se sigue.

Conociendo Guido Starembergh quan mala guerra podia hacer, haviendo perdido todo el Reyno de Valencia, y Aragon, y adelantados los Españoles á Tortosa, intentó sorprehenderla: sacó de su Exército á todos los Granaderos el primer dia del mes de Diciembre, y con cinco mil hombres, y una gran partida de Cathalanes pasó á Tortosa: antes de amanecer el dia 4. ocupó una cercana Ermita, y puso Artille-

llería por donde declina el Ebro: ocupó algunas Fortificaciones, que no tenian aún perficionado el recinto en la Puerta de San Juan, y el rumor avisó á la Guarnicion del peligro en que se hallaba: acudieron luego á la puerta, que pretendian con hachuelas abrir los Alemanes, y con efecto la hicieron pedazos; pero no pudieron pisar el lindar, porque por dos horas le defendieron con brio los de el Regimiento de Blaysoisa, Francés: Otros asaltaron por la Puerta, que llaman de Temple, la qual defendió gloriosamente el Regimiento de Murcia, con no pequeño estrago de los Enemigos. Con mayor felicidad los que acometieron por la Puerta, que llaman de el Remolino, ocuparon el Arrabál, y una gran cortadura, que le sepára de la Ciudad: Acudió alli luego, con lo mas del Presidio, su Governador Don Adrian Betancour, y se arrojó sobre los Enemigos con tal ímpetu, que á los primeros encuentros quedó muerto, y huvieran flaqueado los Defensores, si la luz de el dia no les diese mas aliento; porque era tan intrincada, y ciega aquella accion, que se recibian las mas de las heridas de los proprios amigos y no podia (por ser aún de noche) jugar la Artillería de la Plaza. Los Alemanes ocuparon las casas de el Arrabal, y se previnieron para batir la opuesta cortina, aunque un Baluarte hacia tanto fuego, que no los dexaba trabajar; pero ocuparon el Convento de San Juan, y se fortificaron para proseguir los ataques. No les dexó tomar pie el Theniente de Rey., Señor de Longcamp, y los atacó con tanta resolucion, con los Granaderos, el Marqués de Ordoño, que despues de una sangrienta disputa, quedaron prisioneros los que ocupaban el Arrabal. Se distinguieron en esta accion Longcamp, Ordoño, Don Francisco Quirós, Don Diego Amarillo, Don Pedro Sanchez, Don Joseph Felvio, que hicieron retirar á los Enemigos al Convento de San Juan, donde yá se peleaba lexos de la Ciudad. Contra la Torre de las Campanas de la Iglesia apuntó la Artillería Don Andrés Patiño; y las piedras que caían, maltrataban tanto á los que se querian mantener en las Trincheras, que, para no quedar obruídos de la mole, que se desplomaba, fue preciso desampararlas; pero se peleó hasta la noche, y al favor de las sombras retiró su gente Starembergh, y con la que le quedó, se

restituyó á Barcelona, disgustado de la infelíz expedicion, que con su acostumbrada sutileza de ingenio creyó lograr.

Nada de remarcable huvo este año en Estremadura: Mandaba en ella en Gefe el Marqués de Bay, que el dia 7. de Mayo se acampó de la otra parte del Campo de Ebora. Los Portugueses se acamparon en Olivenza. Los Españoles eran doce mil Infantes, y seis mil Cavallos: con mil y quinientos de ellos se embió á Don Antonio de Leyva á hacer varias correrías, que no las olvidaban los Enemigos. Toda la Guerra de la primer Campaña se reduxo á afligir los Pueblos, á robar Ganados, y á cansar en vano las Tropas, que á 9. de Julio se retiraron á Quarteles. La segunda Campaña empezó por Octubre. El Portugués se acampó en el Almendral, y los Españoles se adelantaron á Villagoyna; y despues de saqueada, Don Joseph de Armendariz tomó á Barbacena, en que havia cien Soldados: no se dexó Presidio, y se asoló á Villaquina, y la Atalaya, y nada mas hicieron las Tropas del Rey Phelipe: Las del Rey Don Juan pasaron hasta Xeréz, de donde las echó Don Luis de Solís.

Bolvió á entrar con mil Cavallos en los Estados de Portugal Don Pedro Serrano, debastó los Campos de Moura, y pasó saqueando hasta Serpa: Don Diego Gonzalez traxo gran cantidad de Ganado. Acudieron en gran numero los Portugueses, y echaron á los Españoles, que hicieron barbaridades en la Tierra enemiga, no perdonando, ni aún á lo Sagrado. Incendios, violencias, estrupos, y robos eran todas las hazañas de una, y otra parte; y al fin, se vieron obligados los Gefes á convenir, en que los Labradores, y Pastores gozasen de una general Salvaguardia en ambos Reynos, y que no huviese hostilidad, sino solamente entre las Tropas; pero como los Cabos Militares deseaban aprovecharse, duró poco este ajuste, y se empleaba tan baxamente el valor.

A los fines del año murió en Londres el Principe Jorge de Dinamarca, Marido de la Reyna Ana de Inglaterra; pero no Rey, como diximos; porque hizo siempre una vida privada, con mas amor á los banquetes, que á la Campaña. Importabale á Malburgh, y á todo su partido, que no tuviese parte en el Govierno, porque le iba bien con la Reyna, á la

qual

qual imposibilitaban segundas Bodas, yá porque su edad era incapáz de succesion, y yá por no admitir en Londres Principe de mas alto espiritu, que se valiese de los derechos de la Reyna para mandar; ni ésta queria entrar en nuevo systéma de vida, satisfecha de las adoraciones del Sólio, en el qual no mandaba, sí solo servia á Malburgh, y á los de su faccion: tambien hacia la Reyna alguna reflexion sobre su hermano el Rey Jacobo, siendo cierto, que le deseaba por Succesor de la Corona, aunque en la apariencia adheria á la Casa de Hannovér. Era el Principe Jorge Grande Almirante de Inglaterra; y aunque solo tenia del empleo el nombre, y el sueldo, no faltaban ambiciosos á la pretension: confirióse al Conde de Pembroch con la misma autoridad, y con menores emolumentos: rehusó admitirlo, si no se daban á la Marina las asignaciones acostumbradas, y se quitaba la subordinacion al Consejo de Estado, reservandola solo al Parlamento. Llevó esto la Reyna muy mal, pero vino en ello, porque nunca tuvo el Parlamento mayor autoridad, que en su Reynado. El Conde quitó á muchos los empleos por inhabiles, y eligió otros, aunque con disgusto de los Presbyterianos, porque era de contraria faccion. Amenazaban estos alguna inquietud, y por eso pretendió el Govierno unir los rigidos, y los moderados, aunque esto era dificil. La Camara Baxa favorecia á los primeros, la Alta á los segundos, y quedó en pie la discordia. Ni quieren los Nobles extinguirla, porque de conservarse contrarios partidos, crece su autoridad, y tiene oposicion la del Rey; pues si no huviese mas que uno, y éste con beneficios le pudiese vencer el Reynante, se haria despotico, y perderia la Inglaterra enteramente la libertad. A eso aspiraba Malburgh, no creyendo, que le podia faltar el favor de la Reyna, con el qual adelantaba la guerra, quanto le importaba á su ambicion.

Todo esto era contra el Rey Phelipe; y por eso nos hemos dilatado algo en esta narracion, que podia parecer fuera de nuestro asumpto.

# AÑO DE M.DCCIX.

NO tenian los mortales memoria de tal exceso de frio, como el de este año: elaronse muchos Rios tan vecinos al Mar, que formaba margen el yelo: secaronse, por lo intenso de él, los arboles. Toda la Francia, y la Costa del Mar Ligustico padeció este daño. No corria liquida el agua, ni la que se traia en las manos para beber: endurecianse las Carnes, y los Pescados en muchas partes, que era preciso cortarlos con hachuela. Morian las Centinelas en las Garitas, y no hallaba casi reparo la humana industria contra tan irregular inclemencia. Como havia espirado con la misma destemplanza el pasado año, no hicieron progreso los sembrados, y se introduxo el hambre en los Paises mas frios, principalmente en la Francia, donde se formaron, de orden del Rey, varias Compañias, para traer Trigo de Levante, que por lo suave del Clima padeció menos. No pocos infortunios agitaban el magnanimo corazon de Luis XIV. nunca rendido, pero cansado de las instancias de sus Vasallos, de que no se podia mantener mas la Guerra. Alentaba estas voces el Duque de Borgoña, con gran numero de nuevos Parciales, porque efectivamente creian los mas de los Franceses, que caminaban á su ruina. El Señor de Chiamillár, Ministro de la Guerra, seguia la opinion del Duque: tanta falta de dinero dieron á entender al Rey, que se vió obligado á embiar á la Casa de la Moneda las hermosisimas Estatuas de plata, que adornaban sus Palacios; y se publicó un Decreto, que reservada la necesaria, todo Vasallo reduxese en dinero la suya. Obedecieron los primeros los Principes de la Real Sangre, el Conde de Tolosa, y los mas allegados al Rey.

No faltaba en la Francia dinero, y nunca havia havido mas, porque tantos años tenia como libre el Comercio de las Indias, que no lograban otras Naciones; pero no estaba el Real Erario en buena fé, ni credito alguno, porque los Villetes de Moneda, que se daban en aquella Thesoreria, no se pagaban á sus destinados plazos, y havian quebrado muchos Bancos, que por negocio acumularon una inmensa

su-

suma de ellos. Estas infelicidades, ponderadas con vivisimos colores por la Señora de Maintenon, inclinaron el animo del Rey Christianisimo á querer oír unos Tratados de Paz, que por medio del Conde de Bergeich, querian proponer los Olandeses. Ofrecieron con arte razonables proposiciones de palabra, para que se diese casi por vencida la Francia, queriendo entrar en Ajustes, que propuestos por los Vencedores, no podian dexar de ser indecorosos á los Vencidos. Con gran maña hizo entender esto á Bergeich el Pensionario Heinsio, porque, siendo Ministro del Rey Catholico, creyesen todos, que venia la Paz, como rogada de ambas Coronas, á las quales abatian mas, quitandolas el credito, y con esto desmayaban los Subditos en la defensa, principalmente los Castellanos, que eran los que la Liga temia, y los que imaginaba invencibles.

No desesperaban los Coligados de traer á indecorosos partidos al Rey de Francia, porque sabian quanto deseaban sus Reynos la Paz, y quanto secretamente la promovia el Duque de Borgoña con la Señora de Maintenon, y Chiamillár, cuyas artes politicas tenian inquieta, y dividida el Aula. No le importaba sacrificar á su Hermano, como descansase la Francia, y aun pretendia, que se le declarase enemiga, para obligar al Rey Catholico á dexar la España, y contentarse con los Estados de Italia, y las Islas. Para qualquier resolucion, que debiese tomar el Christianisimo, importaba tener al Rey de España sujeto, y apartar de él los mas celosos, é ingenuos Ministros, y asi tuvo Amelot nuevas instrucciones de dexar solo en el Gavinete del Rey los que no repugnasen á su dictamen. De lo proprio quedó encargada la Princesa Ursini, é inspiraba en la Reyna dictamenes enteramente contrarios á los del Rey, porque este havia determinado no dexar la España, y defenderla hasta el ultimo aliento, ni escuchar proposiciones de Paz, que le mudasen á otro Trono, aunque se le declarase enemigo el Abuelo; y asi, nadie se atrevia á proponerle al Rey Phelipe expedientes adversos á su genio; pero los Franceses lo governaban de forma, que se viese obligado á dexar por fuerza, lo que voluntariamente no queria. Los Españoles de mayor inteligencia nada ignoraban: veían la politica traycion del Ministerio

Francés, sabian la repugnancia del Rey; pero éste no creía, que los Franceses usasen de mas Armas contra él, que las de la persuasion, y no de un systéma cruel de desear fuese vencido, y desentronizado. Este era todo el engaño, y el gran labyrinto, que ocultaba la Corte, entendido de pocos, porque Amelot, que lo governaba en España todo, afectaba el mayor zelo, y teñia á los mas zelosos de la nota de desafectos al Rey, y de poco respetosos en el hablar, porque desaprobaban el méthodo del govierno. Para quedarse mas libre, suprimió el Consejo del Gavinete, en que estaban los Duques de Medina-Sydonia, Veraguas, San Juan, Montellano, el Marqués de Bedmár, el Conde de Frigiliana, y Don Francisco Ronquillo; pero solo fue para sacar de él al Duque de Montellano, y al de San Juan, Ministro de la Guerra, porque luego bolvió el Rey á formar el mismo Consejo de los mismos que estaban antes, exceptuando á los dos: al Duque de San Juan, porque queria ser Amelot el árbitro de la Guerra; y al de Montellano, porque se oponia á todo lo que juzgaba no convenia al Rey, bien informado del designio de la Corte de Francia.

De esta novedad se alteró la Corte, transcendiendo al Reyno el temor de que convirtiese contra él las Armas la Francia, por lo que se renovaron los antiguos odios entre las dos Naciones, con tanto ardor, que deseaban las Tropas Españolas el haver de combatir con los Franceses. Publicamente se censuraba en la Corte su conducta, y era el asumpto de todas las conversaciones. Como á la casa del Duque de Montellano (hombre versado en todas letras, y de *llanisimo* trato) acudian muchos á una conversacion, *mas literaria*, que politica, no dexaba la frequencia de tantos de discurrir sobre las presentes ocurrencias: pocos con disimulo, los mas con libertad, y todo se venia á reducir á culpar á Amelot, y á la Princesa Ursini, á la qual heria con impiedad un Agente del Duque de Uceda, llamado Don Antonio de Sylva, que fue por este motivo desterrado de la Corte, y asi lo expresaba el Decreto. No hablaban con mas moderacion el Duque de Montellano, el Conde de Frigiliana, y el Duque de Montalto. Amelot los reprehendió de orden del Rey: Frigiliana respondió con sumision, y ofreció la enmien-

mienda; pero los otros dos con orgullo, aunque con el mayor respeto al Rey, dixeron: *Que era zelo, y amor el censurar lo pernicioso al bien de la Monarquia; bien que podia ser propria utilidad, porque estaban embarcados en la propria Nave del Rey, la qual se iba á pique, y la procuraban hundir los que la havian de defender.* Esta ingenuidad no desagradó al Rey, pero sí á Amelot, y á la Princesa, que á estímulos de su odio, queria que se desterrase de la Corte á Montellano; pero lo impidió la Reyna, que le conservó siempre su especial proteccion. Los Magnates Españoles, que imaginaban que cargaria sobre la Nacion Española todo el peso de defender al Rey, abiertamente pedian, que se apartasen del Govierno los Franceses. El Duque de Medina-Cœli se atrevió á decirlo al Rey, ofreciendole la Paz con los Ingleses, y Olandeses, si convirtiese las Armas contra la Francia, exponiendole, que ésta lo haria para hacer la suya. El Rey oyó esto con desagrado, y horror, y dixo: *No creia le desamparase su Abuelo; y que en todo caso, nunca tomaria las Armas contra la Francia, y contra quien, despues de Dios, le havia colocado en aquel Trono.* Haviale escrito su Padre el Delphin, que eran vanas las voces de la Paz, y que nunca creyese, que le havian de faltar los socorros de la Francia. Lo proprio le escrivió su Abuelo, aunque con mas obscuridad. Esto le quitaba al Rey parte del temor; pero siempre con el recelo de las instancias del Duque de Borgoña.

Proseguia el Sitio del Castillo de Alicante con la misma constancia en los Sitiados, y Sitiadores: le havia dexado á cargo de Don Pedro Ronquillo el Cavallero de Asfelt, que se retiró á Valencia, para proveer desde alli lo necesario. Se proseguia la Mina, y sin haver todavia estendido los ramos, tenia ochenta palmos la primera entrada de ella, y era menester una cantidad inmensa de polvora: toda la esperanza fundaban los Sitiados en el socorro de las Naves Inglesas. El dia 15. de Enero cañonearon cinco de ellas la parte de las Trincheras, que declinaba al Mar; pero estas respondian con sus Baterías, y casi echaron á pique un Navio, con lo qual desistieron de la empresa.

No pudo estár perfecta la Mina hasta el dia 14. de Febrero: llegó al Campo Asfelt, y el dia 28. se cargó, y avisó

á

á la Plaza de su peligro: baxaron dos Oficiales á reconocerla, y como se havia en dos dias cargado, creyeron no lo estaba sino en la boca, y que era ardid para que se rindiesen: ni discurrieron podia tener fuerza la polvora, dividida en tantos ramos, para echar el Castillo, porque el Monte llevaria todo el estrago; y asi respondió su Governador, que podian, quando quisiesen, aplicar el fuego, y antes de amanecer el dia 29. se executó. Voló gran parte del Monte, tembló la vecina tierra, y el Castillo, y de él cayó el Baluarte opuesto á la Ciudad, la casa del Governador, y el segundo recinto, que mira á Poniente, pereció la parte de la Guarnicion, que en estos parages se hallaba, y entre ellos el Governador Ricardo Siburch, Inglés, cinco Capitanes, tres Thenientes, y el Ingeniero Mayor: ni con eso se rindió el Presidio, que havia quedado, aunque le faltaba Viveres, y al violento rebentar de la Mina se le abrieron las cisternas. Las ruinas no dexaban asaltar la brecha; y aunque yá confusa mole todo el Castillo, se le plantaron nuevas Baterías de Cañones, y Morteros. Con glorioso tesón los Presidiarios despreciaban las iras de Asfelt, y dilataron tanto la defensa, que el dia 15. de Abril vino á socorrerlos la Armada Inglesa, y Olandesa con gente de desembarco, mandada por Diego Stanop; pero no se atrevió á hacerle, porque los Españoles se formaron en la orilla del Mar: batianse reciprocamente las Trincheras, y los Navios, pero sin fruto alguno. No quiso la Armada dexar en riesgo á los Presidiarios, y asi Stanop capituló la rendicion del Castillo, saliendo la Guarnicion libre, y con todos los honores Militares, gloriosa, *aunque* le perdia. Costabale años al Rey Catholico la recuperacion de lo que perdió en un dia. Esta ventaja tenia el Rey Carlos, que le costó poca, ó ninguna guerra lo que poseía, y el pertináz empeño de los que se lo entregaron, lo defendia con obstinacion hasta el extremo.

En la Iglesia de San Geronymo, el dia 7. de Abril, se juró fidelidad, y reconoció por legitimo Succesor de la Monarquía de España á *Luis de Borbon*, Principe de Asturias, juntandose como en Cortes los Reynos de Castilla, y de la Corona de Aragon, precediendo aquella: tambien estaba alli el Cuerpo de la Nobleza. Huvo alguna dificultad en el Ceremo-

mo-

monial, porque jamás se havian juntado en un Congreso los Reynos de Castilla, y Aragon, y aunque esta ultima Corona fue antes establecida, y erigido en Reyno sus Estados, quando los poseía Don Garcia Ximenez, y á este tiempo Castilla, ni era Condado; pero la magnitud, y opulencia de ésta, con la agregacion de tantos Reynos, y su immutable fidelidad, la hacen mas digna; y asi se antepuso á Aragon, y los Diputados de Zaragoza se sentaron despues de los de Burgos, porque los de Toledo tenian asiento en otra parte, no estando la antigua question decidida: siguió Valencia, y las demás Ciudades sortearon sus asientos.

El Fiscal Regio pidió luego se diese al *Principe de Asturias* la absoluta posesion de sus Estados, con entera soberanía, é independencia, como los havia dado el Rey Don Juan el Primero al Principe Don Enrique, quando el año de 1388. se casó éste con Cathalina, hija del Rey de Inglaterra, que fue el primer Principe de Asturias, el qual, siendo despues Rey, mandó á su hijo Don Juan el Segundo hiciese lo proprio con su Primogenito Enrique Quarto. Pidió tambien se reintegrase en lo usurpado el Principe *Don Luis*, con el exemplo, de que siendo Principe de Asturias Enrique Quarto, havia despojado de sus usurpados bienes á Pedro, y Suero de Quiñones, jurando en Avila, no desistir de lo determinado. Esta súplica del Fiscal se remitió al Consejo Real de Castilla, que con ingenua libertad consultó al Rey: *No convenia darle al Primogenito mas, que el nudo nombre de* PRINCIPE DE ASTURIAS, *porque de tener otro Soberano incluido en los Reynos, podrian nacer muchos, y no pocas veces vistos inconvenientes, aun con el proprio exemplo de Enrique Quarto, contra su Padre Don Juan el Segundo: Que en quanto á inquirir sobre lo usurpado, era muy justo, y que todo se debia agregar á la Corona, dandole al* PRINCIPE *los alimentos proporcionados á su edad, y á su celsitud.* Conformóse el Rey con este parecer, siguiendo el exemplo de Ferdinando el Catholico, y de los quatro Reyes Austriacos, desde Carlos Quinto á Phelipe Quarto. No faltaban Cortesanos, y Magnates, que querian dos Soberanos en un proprio Palacio; pero se vió claro, que era fundar eterna discordia.

Mal satisfechos reciprocamente uno de otro el Rey Catho-

tholico, y el Duque de Orleans, fue éste llamado á Paris: sus parciales negaban esta circunstancia, y que expontaneamente havia dexado el mando de las Tropas. Las Españolas las mandaba el Conde de Aguilár, y las Francesas el Mariscal de Besons. Nunca se vió Exército mas discorde: la desunion empezaba desde los Gefes al ultimo Soldado, con tales demonstraciones, que cobraron no poco aliento los Enemigos. Lo que se encargaba á los Franceses, lo echaban á perder los Españoles; lo que á éstos, lo desbarataban aquellos, no por emulacion de gloria, sino por odio: y estaban pertinaces las Tropas Españolas en querer que se fuesen los Franceses, y que solas defenderian el Reyno.

A 12. de Abril el Conde de Estain sorprendió á Venasque, pero quedaba el Castillo, y le faltaban al Francés Viveres, y Municiones: con pocos Cañones de Campaña le batia inutilmente: abrió una Mina, y aunque la huviese perficionado, faltaba polvora: los Cathalanes ceñian á los Sitiadores, y éstos al Castillo, que estaba no poco arriesgado, y en un sitio aspero, y estéril. Havia yá salido con veinte y tres mil hombres á Campaña Guido Staremberg, y asi Besons mandó retirar á Estain, que lo hizo con bizarría, y no sin riesgo, porque los Cathalanes le tenian cerrado los pasos, y solo con las armas en las manos se pudo executar la marcha. Era de gente escogida la Infantería del Rey Carlos; pero no á proposito la Cavallería, porque los Cavallos forasteros se hacen luego en España bulzos, y fue preciso tomarlos de Cerdeña: embió el Conde de Cifuentes ochocientos, que no servian mas que para Dragones; porque el Cavallo Sardo tarda á sujetarse á la disciplina Militar, y no resiste immobil al fuego. Juntaronse las Tropas del Conde de Aguilar, y de Besons, y se llamó á las de Asfelt, que estaban en Valencia, y aun á los Franceses del Exército de Estremadura, donde quedaron, baxo el mando del Marqués de Bay, diez y seis mil Españoles, poca gente, pero Veterana. Esta se acampó en Ebora á 19. de Abril; y los Portugueses en Yelves: eran veinte mil, y de ellos los ocho mil Ingleses: La Cavallería la mandaba el Conde de San Juan; y el Marqués de la Frontera todo el Exército, cuyá fuerza estaba solo en los Infantes; porque las Tropas embiadas ultimamente de Inglaterra, eran las mas escogidas.

Para

Para buscar á los Españoles (como decian) determinó el Marqués pasar el Rio Caya, y se acampó en una llanura. Los Españoles, que deseaban la Batalla, se acercaron á la Atalaya del Rey, no lexos del Rio, adelantandose la Cavallería, porque venian á mas lento paso los Infantes, hasta ver qual era la intencion de los Portugueses, que andaban estendidos por la Ribera, haviendo echado nueve Puentes, para que con repentino asalto pudiesen acometer. Nada ignoraba el Marqués de Bay; y para traer á una Batalla á los Enemigos, mandó forragear los sembrados de Campo-Mayor: huyeron los Portugueses, que los guardaban, y se dió tiempo, para que se adelantase á la Atalaya el Marqués de Aytona. Poco despues siguió con todas las Tropas el de Bay: pasó sus Puentes el Portugués, y se formó en la misma orilla del Rio el dia 7. de Mayo, poco antes de medio dia. Hicieron lo proprio los Españoles. Governaba la derecha el Marqués de Aytona, y el de Queylús; el Conde de Fienes, y Don Balthasar de Moscoso la izquierda. Para herir de lado á la derecha de sus Enemigos, estendió mucho la izquierda el Portugués, mandada por el Conde de San Juan, á quien sostenia Gallobay en segunda linea con tres Regimientos Ingleses. El Marqués de la Frontera ocupaba el centro, aguardando la Batalla, porque no veía linea alguna de Infantes Españoles, los quales estaban lexos de la Cavallería, y de las Piezas de Cañon, que precedian: no havia centro, y toda la fuerza del Exército estaba en dos alas muy separadas. No podian los Portugueses pelear, si empezaban ellos, mas que con la Cavallería Española, mas diestra, y experimentada, á la qual havian cobrado horror, porque en todas las escaramuzas quedaban vencidos.

Impaciente el Marqués de Bay, de que pretendiesen los Enemigos con su izquierda quererle encerrar, aunque tenia su Infantería lexos, mandó, que atacase la Cavallería; y lo hizo con tanto brio el Marqués de Aytona, que á los primeros encuentros huyó la Cavallería Portuguesa, que procuró reparar en la segunda linea el Conde de San Juan; pero el ímpetu de la primera la desordenó. Con todo, hizo otra vez frente, ayudado de Gallobay: se combatió poco, y quedó prisionero el Conde de San Juan: Siguió á los ven-

vencidos el Marqués de Aytona, hasta Campo Mayor: murieron mil y setecientos, y traxo mil y trescientos prisioneros, con poca pérdida de los Españoles. En una casa de Campo pretendió hacerse fuerte Gallobay con tres Regimientos Ingleses: él huyó, y estos quedaron prisioneros, porque poniendo pie en tierra los Dragones, y aun los Oficiales de la Cavallería, perficionaron la obra de su ala derecha. Con menos trabajo vencieron en el ala izquierda el Conde de Fiennes, y Moscoso, porque luego que acometieron, huyó la primera Linea de los Enemigos, y antes que esta yá havia huído la segunda. Procuró el Marqués de la Frontera ordenarlos, y recogerlos; pero fue en vano: solo á la velocidad del huir fiaron su seguridad. El centro de los Portugueses, yá despojado de Cavallería, antes que pudiese llegar la Infantería Española, que estaba aún lexos, retrocedió velozmente, y dexando el Campo con todos sus Pertrechos Militares, y Cañones, pasó la Caya, tan desordenado, que ni se acordó de romper los Puentes.

Esta es la Batalla del Campo de la Gudiña, y la infructuosa Victoria de los Españoles, porque el Marqués de Bay no tuvo espera en acometer, y lo hizo estando tan lexos la Infantería, que ni vió la Accion, ni llegó en muchas horas. Pudo la Cavallería Vencedora asaltar al centro, y travar una dura disputa, mientras llegaban los Infantes. Pudo, yá dueño del Campo, romper los Puentes, y entretener á los Portugueses, para que no pasasen el Rio; pero ni los esfuerzos, que hicieron el Marqués de Aytona, y el Conde de Fiennes, fueron bastantes para detener á los Españoles, que seguian con tanta rabia á los Vencidos, que despreciaron el precepto, ó se fingieron sordos á él. Esta felicidad tuvo, aun perdiendo la Batalla, el Rey de Portugal, que si se huviera dado con mas prudencia, huviera perdido enteramente su Exército, y no le quedaban á sus Plazas bastantes Guarniciones. El dia 2. de Julio, haviendo dado á luz la Reyna Luisa Gabriela de España, otro Infante, á quien en el Bautismo se le puso el nombre de Phelipe, dió aprehension al tiempo del parto, porque era en ocho meses, y no se podia averiguar, si havia tocado de la nona Luna. Todo el peligro se convirtió contra el recien nacido; que solo vivió seis dias.

Al

Al abrirle para embalsamarle, le hallaron desordenadas las entrañas, y fuera del Pericardio el corazon. Diósele la acostumbrada sepultura en el Panteon de los Infantes.

Despues de la rendicion de Lilla, y la retirada del Duque de Baviera de Bruselas, dexando en la Plaza nuevamente rendida al Principe de Nasao, pasó el Principe Eugenio á Gramont, y Malburgh á Odenarda. Ni los horrendos frios de este año hicieron, que se diese Quarteles de Invierno á los Soldados. Consintieron los Olandeses en sitiar á Gante; y aun no ignorando esto, despues de pasar muestra á su Exército, que constaba de noventa mil hombres, se retiró á París el Duque de Borgoña. El Rey de Francia mandó fortificar, y presidiar á Ipre, Neoport, Furnes, Dunquerque, Santomér, Arras, Betunas, y Cambray, Valencienas, Fornay, y Condé. Mucho les faltaba que vencer á los Enemigos, antes que penetrasen el corazon de la Francia, porque decia el Principe Eugenio, *que fiaba visitar su Patria.* Esta era París, de donde, no bien satisfecho del Rey Christianisimo, pasó á servir al Emperador.

Era el Governador de Gante el Baron de Capri, por el Rey Phelipe, y se encargó el Sitio á Malburgh, que la atacó por cinco partes, por el alta, y baxa Ribera de la Esquelda, por el Lis, y por los Canales. Antes de espirar el pasado año, yá estaban abiertas las Trincheras, y tirada una paralela contra el camino encubierto, entre la Lis, y la Esquelda. La principal Batería estaba á cargo del Duque de Virtembergh, y la linea entre una, y otra Ribera de la Esquelda, al del Mariscal de Campo Evansé, guardada de Ingleses. Contra esta hizo una vigorosa surtida el Varon de Capri, pasó á cuchillo dos Regimientos Ingleses, é hizo prisioneros á Evansé, y al Coronél Groveo. En el mismo dia quiso hacer otra; pero fue con mucha pérdida rechazado. Los Sitiadores rindieron el Castillo, que llaman Roxo, que está sobre el Canal de Sas de Gante; y esto quitó al Varon de Capri la esperanza de resistirse, y pidió Capitulacion el dia 4. de Enero: obtuvola con todos los honores Militares, y entraron los Olandeses en la Plaza: tambien ocuparon á Brujas, y Plasendal, dexadas del Presidio Francés: con esto se dió Quarteles de Invierno en la Mosa á los Alemanes. El

Principe Eugenio, y Malburgh, llenos de glorias, y triunfos, pasaron al Haya, mas para estorvar la Paz, que para promoverla, porque no solo les importaba proseguir la Guerra, sino que les inspiraba su sobervia nuevas victorias, mas remotas de lo que los lisonjeaba su esperanza. Ninguno de los Aliados queria la Paz, con la ambicion de nuevos progresos. El Rey Christianisimo tampoco la queria, ni asintió jamas interiormente á ella; pero para engañar á los Enemigos, y librarse de las continuas persuasiones de muchos de sus Aulicos, fingia quererla. Este secreto á nadie le reveló sino á su hijo el Delphin, y al Rey Catholico, previniendoles, verian todas las apariencias de Paz, y de desamparar la España; pero que proseguiria la guerra. Despues que tambien, engañado el Conde de Bergeich, aseguró á los Olandeses, que queria el Rey Christianisimo la Paz, permitieron estos, que el Presidente Rouler, Francés, fuese al Haya á tratarla. Pidió Preliminares, y se los dieron los Olandeses, tan sobervios, é impracticables, que pareciendole á Rouler aun indecoroso el leerlos, y ponerlos en noticia de su Amo, pidió otro Ministro, y se le embió al Marqués de Torsi, Secretario del Despacho Universal del Rey. Vió este Preliminares tan altaneros, y fuera de la razon, que conoció no querian los Olandeses la Paz, y asi lo escrivió á su Corte. Querian estos una Paz particular, ventajosa á sus intereseses, y hecha traydoramente; y no atreviendose á explicar, por miedo de los Ingleses, dieron unas proposiciones, que yá sabian no havia de admitirlas la Francia. El Rey, con la siniestra intencion que hemos dicho, dió libertad á sus Ministros de firmar los Preliminares, reservandose á ratificarlos en termino de un mes. Esto no lo creían, y lo veían los Aliados; pero estaban tan ciegos de su fortuna, que al fin se persuadieron á que la trataba sinceramente el Rey Christianisimo, cansado de tantas pérdidas, y yá agotados los thesoros de la Francia. Antonio Heinsio, Gran Pensionario, estaba enteramente subordinado al Emperador, y á la Reyna Ana, y asi todo se formó á gusto de las Cortes de Viena, y Londres. Para que se conozca la sobervia inmoderada de animo de los Aliados, pondremos un resumen de los Articulos Preliminares, que fueron quarenta.

I.

I. Que no se dexaria precaucion, medio, ni disposicion alguna para hacer eterna, é inmutable esta Paz.

II. Que havia de ser sobre los presentes Preliminares, y no sobre otros, sin añadir, ni quitar.

III. Havia de reconocer el Rey de Francia á Carlos de Austria por Rey Catholico, y dueño de todos los Reynos de la Monarquía Española, en virtud del Testamento del Rey Phelipe IV. exceptuando lo que estaba ofrecido á los Portugueses, Olandeses, y Duque de Saboya, observando perpetuamente la Francia, en quanto á la succesion, todas las Clausulas del dicho Testamento.

IV. Havia de entregar por sus manos el Rey Christianisimo la Sicilia al Rey Carlos; y que dentro de sesenta dias, que havian de empezar á contarse desde primero de Julio, havia de salir de España Phelipe de Borbon, Duque de Anjou, con su Muger, é Hijos, y los que le quisiesen seguir; y pasado este plazo, que havia de tomar las Armas el Rey de Francia, junto con los Aliados, para obligarle á dexar la España.

V. Havia de llamar sus Tropas la Francia de qualquier parte de los Dominios de España, en que estuviesen, dando palabra Real de no socorrer á su Nieto con Armas, ni dinero.

VI. Havian de ceder los Borbones, para siempre, los derechos á la Monarquía de España, reconociendo por legitimos Herederos á los Austriacos, y su Casa, proclamado aora Carlos III. como verdadero Succesor de Carlos II.

VII. Se havian de abstener del Comercio de las Indias los Franceses.

VIII. Se havia de entregar al Emperador á Strasburgh, y Khell.

IX. Que por el Articulo de la Paz de Risvvich se havia de entregar tambien al Cesar á Brisac.

X. Que havia de poseer la Alsacia el Christianisimo, no violados los Privilegios del Imperio, restituyendo las Plazas al estado en que estaban antes de la irrupcion de los Franceses, menos Landau, que se havia de entregar al Emperador.

XI. En virtud de la Paz de Vvestphalia se havian de demoler las Fortificaciones del Rhin, desde Balesia á Philipsburgh, Huninguen, nuevo Brisac, y Castél-Luis.

XII. Se havia de dár al Principe de Hesecaséł ó Riñsfelt.

XIII. Se havia de reservar á la Paz General la execucion del Tratado de Vvestphalia, en virtud del Articulo quarto de la Paz de Risvvich.

XIV. Havia de reconocer el Rey de Francia por Reyna de Inglaterra á Ana Stuarda.

XV. Havia de reconocer por Succesores á la Gran Bretaña á los que havia declarado el Parlamento, y la primera de ellos á Sophia Hannoveriana.

XVI. Se havia de restituir á los Ingleses en las Indias á Terranova, y á los Franceses quanto allí se les havia quitado.

XVII. Se havia de demoler á Dunquerque, y cegar su Puerto en espacio de quatro meses; y en el de dos, concluirse la mitad de la obra.

XVIII. Se havia de sacar de la Francia al Principe de Gales Jacobo, y no se le havian de dár auxilios contra la Inglaterra.

XIX. Sobre el Comercio se havian de establecer las Leyes en la Paz.

XX. No havia de oponerse el Christianisimo á los aumentos de la Corona de Portugal, como se convino con ella.

XXI. Havia de reconocer la Francia por Rey de Prusia al Marqués de Brandemburgh, á quien se debian entregar el Principado de Neuphastel, y el Condado de Valenguein.

XXII. Se darian á los Olandeses Turnes, Frabach, Heno, Meminga, Ipre, Vvarnethon, Comines, Vvorvich, y Poperénghen, con sus Confines: reservando á los Franceses á Caséł, Lilla, Tornay, Condé, Maubergh, menos Duay: señalando á los Olandeses de la Flandes Española la Barrera, como se lee en los Pactos de la grande Alianza, y en el Articulo duodecimo de la Paz de Munstér, y mas se les concederia la Gueldria Superior.

XXIII. Se restituiria á la Monarquia de España quanto en Flandes han usurpado los Franceses.

XXIV. No se sacaria de las Plazas la Artillería quando se entreguen.

XXV. En el Comercio las Aduanas se debian computar como se estableció en la Paz de Risvvich.

XXVI.

XXVI. Havia de reconocer la Francia nuevo Elector de Imperio al Duque de Hannover.

XXVII. Se le havian de restituir sus Estados al Duque de Saboya.

XXVIII. Se daria al Duque de Saboya á Exelles, Fenestellas, Chaumont, el Valle de Pragellen, y lo que está de esta parte mas allá del Monte de Ginebra por Barrera.

XXIX. Se difinirian en el Congreso las razones del Duque de Baviera, y Elector de Colonia, quedando al Palatino el alto Palatinado, y el Condado de Chiamensi, confirmando á Donavert los Privilegios Imperiales, y pudiendo el Cesar presidiar á Huit, Bona, y Lieja.

XXX. El cuidado de observar estos Preliminares seria en todos reciproco.

XXXI. No se romperian las treguas por proposicion alguna de los Aliados, y solo se havia de discurrir.

XXXII. El Cesar, y sus quatro Circulos confederados, como tambien los Prusianos, Portugueses, y Saboyanos, podrán proponer lo que quisieren en el Congreso.

XXXIII. En dos meses se ha de establecer la Paz general.

XXXIV. Havria tregua general, dandose execucion á estos Articulos.

XXXV. El Rey de Francia, luego que confirmase estos Articulos, entregaria á Namúr, Charleroy, y Mons, á 15. de Junio; á Lusembourgh, Condé, Tornáy, y Maubergh, antes de mediado de Julio; á Neoport, Furnes, Quesnó, é Ipres, antes de dos meses: demoleria á Dunquerque, y empezaria á cegar el Puerto.

XXXVI. Ofrecerá el Christianisimo observar religiosamente lo ofrecido.

XXXVII. Cedida al Rey Carlos toda la España, se entenderá la tregua hasta la Paz general.

XXXVIII. No se contará gasto alguno en evacuar las Plazas.

XXXIX. Se confirmarán los Preliminares antes del dia 15. de Junio, y el Emperador antes del dia 30.

XXXX. Será el Congreso en el Haya, y empezará á 15. de Junio.

Estos sobervios, y arrogantes Preliminares, firmados en

28. de Mayo: Por parte del Cesar, del Principe Eugenio, y Phelipe Luis, Conde de Sincendorf: Por la Reyna Ana, del Duque de Malburgh, y Fousenden: Y por los Olandeses, de Vverderén, el Varon de Renden, Heinsio, el Señor de Lier, Gorlinga, Stersum, Vichers Buis, y Ovardendisen, presentó al Rey de Francia por su mano el Marqués de Torsi; y aunque concibió la mayor ira el Rey, como le importaba disimular, y tomar tiempo, dixo: *Que no los firmaria como estaban; y que explicasen el Capitulo quarto, sobre tomar armas contra su Nieto el Rey Catholico, lo que jamás haria; sí que le desampararia, y sacaria de España las Tropas: que quitasen el dicho Articulo, y que se disputaria sobre los demás.*

Esta respuesta se leyó en Olanda; y replicaron, que si la Francia descansaba de la Guerra, dexandola á los Aliados, bolveria á ella con mas tesón, y que socorreria secretamente al Nieto, reformando Tropas, que fuesen á servirle. Enteramente discordes los animos, se rompió este Tratado; y como la sobervia de los Olandeses se havia hecho en la Europa odiosa, publicaron éstos las razones que tenian para haver formado aquellos Preliminares, y el Rey Christianisimo de no admitirlos. En secreto trataban todavia algunos Olandeses con el Conde de Bergeich, y ofrecieron la Sicilia, y la Cerdeña al Rey Phelipe, para que no bolviese á una vida privada. Esto fue mal oído de Luis XIV. y aun los Franceses, que adherian al Duque de Borgoña, llevaban mal tan injustos Preliminares, que irritaron mas al Rey, y al Delphin, y juraron proseguir la Guerra hasta el extremo.

No ignoraba esto el Rey Catholico; y viendo, que su Abuelo convenia en desampararle, desconfió enteramente de la Francia, y de Amelot, temiendo, que con sus dictamenes perdiese la España; y asi adhirió el Rey mas á los consejos de los Españoles, y determinó sacar todos los Franceses de sus Dominios, asintiendo á esto la Reyna, y la Camarera, que para empezar á reconciliarse con los Españoles, hacia grandes agasajos al Duque de Medina-Cœli, y le quiso hacer del Consejo del Gavinete del Rey, lo que rehusó, si no salia de España Amelot. La Camarera, que temia caer con los Franceses, tomó abiertamente el partido de los Españoles, atenta á su seguridad. Los Pueblos, ayudados de

las

las sugestiones de los Parciales Austriacos, flaqueaban yá en la constancia de defender al Rey, viendo que no le querian dexar parte de la Corona, y que le desampararia la Francia, juzgando por imposible, que sola la España se pudiese defender de tan poderosos Enemigos. Por esto, y por acallar las insolencias de muchos, le fue preciso al Rey Phelipe nombrar por sus Plenipotenciarios al Duque de Alva, y al Conde de Bergeich, áun sabiendo, que no serian en el Congreso del Haya admitidos, pues tampoco el Rey Carlos los tenia. Con esta demonstracion respiraron los Españoles, menos informados, viendo, que se trataba al Rey como tal entre los Aliados. Mas alientos les dió el saber habian yá buelto á París el Marqués de Torsi, y el Presidente Rouler.

El Tratado de la desvanecida Paz inflamó los animos, y se determinó entre los Aliados el Sitio de Tornay, del qual se encargó Malburgh. El Delphin de Francia, porque no fuese á Flandes su hijo el Duque de Borgoña á acabarla de perder, se la reservó á sí, y se publicó, que con el Mariscal de Harcour iria el Duque al Rhin, por mantener su decoro: con esto el Delphin cedió el mando del Exercito de Flandes al Mariscal de Villars, hombre de honra, y ardimiento, y contrario á las maximas del Duque de Borgoña, que yá entendia la constancia de su Abuelo, y del Padre, y no podia poner en execucion sus idéas. No pensó el Rey embiarle á la Alsacia, sino dexar correr la voz, porque permanecian en Paris ingratos rumores contra ella, fomentados del Duque de Vandoma. El Exercito de Villars se componia de cien mil hombres: tuvo orden de no venir sino forzado, ó en favorable oportunidad á batalla, porque havia determinado el Christianisimo ir poco á poco perdiendo la Flandes, y consumir á gastos los Enemigos, aguardando el beneficio del tiempo, si abria favorable resquicio á una decente Paz.

Baxo la mano de los Generales Fagél, Solembourgh, y Lothum, abrió las Trincheras Malburg á 8. de Julio contra Tornay: era Governador de la Plaza el Marqués de Survill, y por la Puerta de Lilla hizo una valiente salida, costosa á los Sitiadores. El dia 12. se empezó á batir. Como el Mariscal de Villars havia sorprendido á Vvarnetón, guarnecieron los Aliados mejor á Comines, y Puente-Roxo. Pidió

Villas permiso al Rey para socorrer á Tornay, mas no se le concedió. A los 21. hizo otra surtida el Governador, penetró la linea, deshizo las Trincheras, y quedaron muertos muchos. El General Vviters, Inglés, que las defendia quedó mortalmente herido. No hacian gran efecto las Baterías, por no estár bien puestas, haviendo faltado el Ingeniero Mayor Roqué, á quien una bala de Cañon de la Plaza quitó ambos muslos. Hicieron los Sitiadores una Mina contra las Obras exteriores, pero tan mal dispuesta, que retrocedió el fuego al dispararla, y levantó parte de las Trincheras, volando treinta Cañones, y muchos sacos de Municiones: con todo eso dieron el asalto al camino encubierto, y le ocuparon; fueron rechazados; pero con nuevo acometimiento vencieron, y entraron despues por la Puerta, que llaman de Maruya: estaba esta libre de los mayores Baluartes; pero uno que heria por un lado, los echó de aquel parage: levantaron los Sitiados un Trincheron á la Puerta que llaman de Valencianas, y aun no osaban los Enemigos asaltar el Foso, porque estaba todo minado, y no lo ignoraban. Dieron el tercer asalto por la Puerta de las Siete Fuentes, y al segundo acometimiento ocuparon el Foso, alojados con gran trabajo en un ángulo, porque el Governador disputaba con denuedo, y arte qualquier palmo de tierra. No sabia, que le estaba prohibido á Villars socorrerle, y asi daba tiempo á que lo pudiese hacer. Con todo eso el Exercito Frances hacia inciertas marchas, para cansar mas á los Contrarios. Destacó al Marqués de Nangis, y tomó la Abadía de Hasnón, donde se havian fortificado trecientos Ingleses, que pasó á cuchillo; pero murió el Sobrino del General Albergoti, que hizo costosa la empresa, por ser joven de altas esperanzas. Acercóse despues á Condé, y entrando en aprehension el Principe Eugenio, se movió con sus Tropas para socorrer á Malburgh. El dia 26. asaltaron los Ingleses al camino encubierto, y vencieron: yá alojados, acometieron á las Fortificaciones exteriores inmediatas á la Muralla, y las ganaron. Yá libres de todos los Baluartes, descansaron todo el dia, y al anochecer atacaron la obra coronada. Aqui se disputó sangrientamente el fatál Lindar; y aunque yá le havian ocupado, se echaron con tal furia sobre los Enemigos

los Franceses, que yá estaban casi desalojados, si con presteza, y brio no los socorriese el Duque de Argille, Inglés, con una Manga de Soldados, que estaban de reserva: luego, reintegrados los Sitiadores, baxaron al Foso, quando yá tenia tres brechas la Muralla, que era el ultimo recinto de la Plaza: los Ciudadanos rogaban al Governador la rendicion, que se pactó á 24. con todos los honores Militares, y los mismos Articulos en que se convino en Lilla. Quedaba que ganar el Castillo, á donde se retiró parte del Presidio, y sin dilacion se plantaron contra él las Baterías. Era su Governador el Señor de Megrin, y tenia tres mil y quinientos Presidiarios. Este Sitio empezó á los Primeros dias del mes de Agosto. Hizo una salida el Governador Survill, y deshizo las labores; pero fueron muy presto reparadas. Despues de varias, y sangrientas disputas, ocuparon los Ingleses el primer labio del Foso, é intimaron á la Plaza la rendicion con modo el mas arrogante, y de no dár quartél, si no aceptaban los Articulos, que proponian. Pidieron los Sitiados tiempo para consultarlos al Rey, que los despreció, ordenando, que se defendiesen hasta el ultimo extremo, aunque pereciese toda la Guarnicion. Obedecieronle puntualmente, y se hizo una heroyca defensa, con muchas, y bien ordenadas salidas; pero la constancia, y valor de los Sitiadores lo vencia todo. Hicieron los Sitiados una Mina debaxo del alojamiento de sus Enemigos, que la ignoraron, hasta que la llama los avisó del peligro: volaron gran multitud de cuerpos de miseros Ingleses por el ayre, y se llenó de horror todo aquel sitio, de genero, que pidió Malburgh una tregua para enterrar los cadaveres, y se le concedió por quatro horas. Tenian felicidad en hacer las Minas los del Castillo, porque volaron muchas, con ruina de los Sitiadores, de genero, que las Trincheras, que mandaba el General Lothum, retrocedieron quarenta pasos; pero ni aun todo esto bastaba, si no huviese determinado Malburgh el contraminar: de que resultó el haver tenido los Minadores varios encuentros en las entrañas de la tierra, como si la quisiese la ira de los hombres penetrar. No querian los Granaderos Alemanes entrar á protexer la Mina, si el oro de Inglaterra no lo allanase: en fin, en toda la Guerra no havian encon-

trado los Aliados Sitio mas arduo ; y aunque miraba distante la victoria Malburgh, determinó no desistir de la empresa. Embió mas gente el Principe Eugenio, y vino á ver el Sitio, ó á consultar qué se debia hacer, haviendo el Mariscal de Villars fortificado las Lineas de la Scarpa, y se determinó, que el Principe Eugenio pusiese su Exercito en Orquies, levantando Trinchera, para que no pudiesen los Franceses dár la batalla hasta que se ganase la Ciudadela. Faltabales á los Sitiados Viveres, por engaño de Chamillár, aun quando creía el Rey que les sobrarian, y por eso se vió el Governador obligado á pedir Capitulacion el dia 30. de Agosto. No queria dár el Inglés libertad al Presidio, y se volvió á las hostilidades ; pero yá se daba por onzas el pan al Soldado, que deseaba ser vencido, para huir el hambre. Dió el Sitiador el asalto al camino encubierto : fué dos veces rechazado ; pero venció á la tercera. El dia 3. de Septiembre pidió Capitulacion Surville, y salió con la Guarnicion prisionero de Guerra, aun mas presto de lo que el Rey quisiera, porque solo iba ganando tiempo.

Con nuevo designio los Aliados pasaron la Esquelda: el modo de las marchas significaba querer sitiar á Mons, ó á Charleroy. El Mariscal de Villars se acampó en Montplaquet ; y porque estaban en mejor parage, y yá á la vista los Alemanes escogió por antemurál un Bosque, donde formó la infantería, y levantó un Trincherón de maderos junto á un natural Foso, que partia el Bosque ; puso á los lados la Cavallería, y el dia 10. de Octubre dispuso los Cañones con mayor felicidad, que los de sus Enemigos, que hacian poco efecto contra el Bosque. Desde este dia estaban los Exercitos sobre las armas. Regía el Principe Eugenio el centro: la derecha el Duque de Malburgh, y el Principe de Nasao la izquierda. Toda la Cavalleria estaba á cargo del Principe de Hesecasél, pero en la Retaguardia, porque Eugenio havia determinado empezar la batalla con los Infantes. Los Franceses separaron mucho las dos alas : la derecha la mandaba el Mariscal de Bouflers, en la Selva, que llaman de Sansart ; y la siniestra Villars en Blauguies ; pero acudia tambien al centro : puso en la izquierda la mayor fuerza, porque vió, que con Malburgh estaban los Ingleses, Prusianos,

y

y Irlandeses, con la Infantería mas escogida. No por eso dexaban Villars, y Eugenio de correr todo el Campo, y havia este formado un Cuerpo de reserva de los Presidios, que mandó sacar de las Plazas. Veinte mil hombres mas tenian los Aliados, porque los Franceses solo eran noventa mil. Todo el dia 10. jugó el Cañon, aunque no con mucho estrago, y se prohibieron por una, y otra parte las escaramuzas, para que no se diese intempestivamente la batalla. A ella quisó concurrir el Rey Jacobo de Inglaterra; y aunque algo aquexado de unas leves calenturas, se presentó á Villars de Aventurero, con el titulo de Cavallero de San Jorge, para obstentar su valor á vista de los Ingleses. Estaban tan cerca las Centinelas, y las Guardias abanzadas, que se hablaban, no sin jocosidad, y arrogancia.

Estando yá para ponerse el Sol el dia 11. con los Cañones hizo la señal de la batalla el Principe Eugenio. Luego se dexó caer sobre el ala derecha de los Franceses el Principe de Nasao con sola la Infantería, y gran numero de Granaderos: recibióle con esfuerzo Bouflers, y le rechazó del Bosque muchas veces, porque tenia la ventaja de la Cavalleria, y los Aliados havian de romper la Trinchera de los troncos con los Infantes, obrà de gran valor, y del mas glorioso atrevimiento. Se combatió con bizarria por ambas partes. No se peleaba con menos en la que mandaba Malburgh, y defendia Villars, á quien acometieron por los lados, á la derecha el General Solembourgh, y por la izquierda Lothum, por donde no havia Cavalleria, porque toda la de su ala la tenia Villars á su mano derecha, que era la que cerraba el Bosque. Solemburgh formó estrechas las filas, las qnales solo usaban de la bayoneta, con arte pocas veces visto, porque no podia hacer impresion la Cavallería, que mandó Villars pasase á socorrerle. Aqui, á los primeros asaltos, perdieron los Alemanes gran gente, y de la mas esforzada. Se defendia el Francés con denuedo, partidas en dos frentes sus Tropas; y aunque peleaban ambos centros, era preciso, para romper la Trinchera, vencer el ala derecha de Bouflers, porque esta tambien, acercandose al centro, le defendia, al qual governaban el Rey de Inglaterra, y el Señor de Artañan; ni aun por la parte á él mas vecina dexaba Villars

llars de cuidarle, porque yá havian los Enemigos, que impugnaban su mano derecha, retrocedido, y aun estaba deshecha la primer linea de Scolembourgh, la qual procuraba reparar con la segunda el Principe Eugenio, y sustentaba la batalla vigorosamente, no pudiendo adelantarse, porque toda la mayor fuerza la tenia consigo Malburgh contra Bouflers, sin que en dos horas pudiese ganar terreno. Para proseguir á deshacer la derecha de los Enemigos, sacó Villars del centro veinte mil hombres, y se enardeció la batalla, porque Eugenio, mas estrechamente formado, resistia el impetu de los Franceses, y de genero estaba yá inclinada la derecha de los Aliados, que Villars tomó muchas Vanderas, y Estandartes. Entonces acudió á esta Malburgh, y el Principe de Tilli. Viendo el Principe de Hesecaséll, que casi toda la guerra se havia pasado á un lado, atacó con toda su escogida Cavallería la frente del centro de los Franceses, donde estaban sustentando la peléa con el mayor valor el Mariscal de Bouflers, y el Rey Jacobo. Añadiósele á Hesecaséll el Conde de Vvestfrisia con nuevas Tropas, y rompieron las primeras dificultades de la frente del centro, deshaciendo la Trinchera, y arruinandola, principalmente á la siniestra del centro, sobre donde cargó lo restante de la Cavallería Enemiga, que aún no havia peleado. Acudió allá el Señor de Artañan, que hizo maravillas, y le mataron succesivamente tres cavallos, que montaba; pero las balas del fusil solo le pasaron el vestido. Pasó Eugenio con promptitud al centro, porque por la izquierda yá havian los Alemanes roto la entrada de la Selva, y retrocedido la primer linea de los Franceses. Tambien acudió alli Villars, dando con muchos Batallones buelta por la derecha; y con esto heria á la Cavallería Enemiga por un lado, y la puso en confusion, pero no pudo vencerla; y para hacerlo se internó tanto, que fue herido de un pistoletazo en una rodilla, que con el ardor del combate lo despreció, esforzandose para que no se reparase la primer linea de los Enemigos, ni se rompiese la segunda de su centro, y acudiendo á todas partes, iba derramando mucha sangre. El Principe Eugenio fué herido tambien de una mexilla levemente, y prosiguió á sostener á Hesecaséll, y Nasao, que todo el tiempo del combate estuvieron valerosa-

mente

mente peleando. Tanta sangre vertió por su herida Villars, que cayó desmayado: y le creyeron difunto. Esta voz se esparció en ambos Campos, aunque los que le retiraron, aseguraban que vivia.

Esto desalentó á los Franceses, y se esforzó Malburgh á reparar la primera Linea de los Alemanes, que havia flaqueado; y tanto trabajó, que la bolvió á ordenar, y á arrojarla sobre la izquierda Enemiga, adonde corrió Bouflers, quando creyó que havia muerto Villars, porque por esta parte aún havia vislumbres de esperanza de vencer, aunque yá todo el Trincheron estaba abierto, y se peleaba en el llano mas allá de la Selva, porque havian hecho retroceder los Alemanes á los Franceses, y podia jugar mejor aquella Cavalleria, que con ferocidad iba destrozando á la infanteria enemiga; pero esta sufria el estrago sin desordenarse, buscando á su Cavalleria para que la protegiese. Para reparar la ruína, asaltó tres veces á los Contrarios con escogidas Tropas Bouflers, y otras tantas fue rechazado. Ayudabale con imponderable arrojo el Rey Jacobo, y quedó herido de un brazo. Las Guardias del Rey Christianísimo hicieron prodigios, sustentando la yá perdida Batalla, para que no bolviesen los Franceses la espalda, yá que iban perdiendo el Campo; pero quedaron estos Regimientos de Guardias destruídos, y sobraron pocos al furor de la Guerra, cada instante mas encendida; pues aunque havian perdido los Franceses mucho terreno, todo el Exercito peleaba, hasta que el Principe Eugenio traxo a la Batalla los treinta mil hombres, que tenia de reserva, los quales entraron de refresco contra los que yá havia siete horas, que estaban peleando, y no tenian Gefe, aunque servia de tal el Mariscal de Bouflers. Con todo el reciente impetu de los que nuevamente entraron, aún sostenian la Accion los Franceses con mas brio, quando ya estaban vencidos, retrocediendo, sin bolver la espalda. Viendo esto Bouflers, tocó á retirada, sin que dexasen de combatir, estrechando las Lineas, no solo para que se evitase la ruína, si se bolvia la espalda, sino tambien para hacer gloriosa, quanto era posible, la desgracia. Todo el Exercito de los Enemigos cargaba victorioso, para deshacer al de los Franceses: pero no pudieron conseguir mas, que sacar-

carlos del Campo, porque el Rey de Inglaterra, Bouflers, Artañan, y Albergoti, con los demás Oficiales, ceñian el Exercito, que retrocedia, y le mantenian ordenado, para prohibir la fuga; y se reparó, que al retirarse cerraban el ultimo Esquadron el Rey de Inglaterra, y Bouflers. Yá fuera del marcado Campo los Franceses, viendo el Principe Eugenio, que se desordenaban los suyos, queriendolos seguir, siendo imposible deshacerlos, mandó hacer alto á su Exercito, para gozar plenamente de la victoria sin nuevos riesgos. No tomó mas prisioneros, que los mortalmente heridos, que á casi todos libró de la prision la muerte: ganó el Campo, el trén de Artillería, algunos Carros de Municiones, y nueve Vanderas; le costó la Victoria mucha mas gente de la que perdieron los Vencidos, porque la Trinchera del Bosque no se ganó sin gran dispendio de sangre. Algunos Regimientos Alemanes, que no oyeron la orden del Principe Eugenio, ó para distinguirse mas, siguieron á los Franceses hasta la llanura de Babayen; pero con solas voces, y algazara, porque no se atrevieron á atacarlos. Bouflers retiró la Cavallería á Valencianas, y la Infantería á Kesnoy.

Esta es la célebre, y sangrientisima Batalla de Malpláquet, en que tan gloriosos quedaron el Principe Eugenio, y el Duque de Malburgh, no lo quedó menos Villars, que quando bolvió del desmayo preguntó, si se havia acabado de ganar la Batalla; y al saber que se havia perdido, dixo: *Yo medio ganada la dexé.* Quedaron muertos en el Campo más de treinta y tres mil hombres entre una, y otra parte, y se retiraron mas de quince mil heridos. Luego se acampó el Mariscal de Bouflers en Keuran para observar á los Enemigos, que por fruto de su Victoria intentaban sitiar á Mons: enfermó de unas calenturas, y le succedió en el mando del Exercito Artañan, que era nuevamente creado Mariscal de Francia, en premio del valor, y arte, con que se havia portado en la precedente Batalla. El Rey Christianisimo mandó añadir al Exercito las Guarniciones de Ipre, Dunquerque, y las Plazas vecinas al Mar, que fueron veinte y cinco Batallones. Añadieron al Presidio de Mons dos mil hombres. Era su Governador el Marqués Ceba Grimaldo, y hallabanse tambien en la Plaza el Varon Malknegt, y el Conde

de Bergeich, Ministro de Hacienda del Rey Catholico. El dia 24. de Octubre fue embestida de los Enemigos, que estaban acampados en el Molino del Bosque. Mandaban el Sitio los Generales Pletendorff, Rantzau, y Donna, y governaba la Cavallería Scolembourgh. La noche del dia 25. se abrió Trinchera contra la Puerta de Bertamont, y desde alli se tiró una paralela de quinientos y ochenta pasos, y una linea de comunicacion á la Villa de Hyon. Tambien se levantó otra Trinchera en Havré, y el Ingeniero Boufey meditó una paralela igual al declive del Muro. El dia 26. hizo la Plaza una salida, destruyó el Regimiento de Hily, y los trabajos hechos. Socorrió con presteza el Principe Albregth, é hizo retirar á los Franceses, despues de una no breve disputa, en la qual quedó herido el Conde de Cadogán. Prosiguió la Trinchera contra Havré, y á la izquierda una paralela de ciento y cinquenta pasos, perficionada yá la comunicacion. Plantóse la Artillería en el Collado contra una media luna, y una retirada, que tenia detrás. La noche del dia 28. se tiró una linea en la Trinchera de Bertamont, desde la primera paralela, detrás de la Calzada, á la Cruz: se puso con gran trabajo la Artillería á espaldas de la paralela, porque el terreno era peña. La noche del dia 29. se construyó otra de quatrocientos y cinquenta pasos, desde la Cruz á la Calzada, ácia la declividad del labio del Foso de la media luna: alli se plantaron ocho Morteros, y quarenta Cañones de diez y ocho se pusieron sobre el Monte, y otros contra los Molinos de San Pedro. Havian inundado la Campaña los Sitiados, y no podian, sin gran trabajo, divertir el agua los Sitiadores, porque tambien era lluvioso el Otoño, pero todo lo vencia la constancia, y el empeño. Asaltaron el angulo, que salia del Foso de un Ornabeque, y se alojaron: aqui padecieron mucho los Olandeses, á quienes tocó la accion, por los grandes fuegos de la Plaza, hasta que se cubrieron. Luego dieron el asalto al camino encubierto de Havré, y fueron los Franceses vencidos, aunque despues de bien disputado el parage. La propria suerte tuvieron en el Foso de Bertamont. La mas sangrienta accion fue al otro camino encubierto de Havré, que les costó mucho á los Olandeses, y fueron dos veces rechazados. Para el asalto de

Bertamont vinieron el Duque de Malburgh, y el Principe de Nasao: su presencia inflamó los animos, y se alojaron á la izquierda del Baluarte de la media luna: despues era menester ocupar el otro labio del Foso, que havian los Enemigos minado, y asi fue preciso quitar antes la comunicacion de los Baluartes, y batir la cortina. Yá abierta la brecha, hizo la Plaza llamada, dióse honradas Capitulaciones, y salió la Guarnicion libre. Asi cayó Mons, siempre mas prospera la fortuna de los Coligados. Inquiriendo el desorden de la suya el Rey Christianisimo á persuasiones del Delphin, halló el engaño, en que le tenia enredado Xamillár, porque decia, estaban abastecidas las Plazas, y no daba exacta quenta de los caudales, porque quedaba deudor de ocho millones de libras tornesas. Era grave el cargo. Dixo la Señora de Maintenon, que ella le havia tomado; y podia tanto en el animo del Rey, que se exoneró de este cargo Xamillár; pero con privacion del empleo, y destierro de la Corte. La reverencia al Padre, imponia silencio al Delphin, y á los Pueblos irritados contra este Ministro.

Nunca la fortuna movió tan diversas guerras contra Principe alguno, como las que suscitó contra el Rey Phelipe, porque toda la desunion de la Aula de París, y de Madrid era guerra, que no podian en ella quedar vencedoras las Armas, porque su ira, ó lentitud se concibe en la Corte, y se executa en la Campaña, adonde transciende todo el desorden de los Palacios. Esto se experimentaba en Flandes, y no menos en Cathaluña, donde la desunion de las Tropas del Conde de Aguilár, y del Mariscal de Besons, hacia una guerra, no por el Rey Catholico, sino contra él. Tenia Besons orden de mantenerse sobre la defensiva, y por eso no podian los Españoles hacer progreso alguno, porque dividido en dos Gefes el Exército, no havia obediencia. Aprovechado de la ocasion Starembergh, y mal alojado, si no pasaba el Segre, se acampó con veinte y ocho mil hombres entre Balaguér, y Pons; pero invigilando los Españoles sobre el Rio, bolvió atrás, esperando oportunidad. En Ribagorza pretendian los Cathalanes hacer alguna diversion, para lo qual embiaron seis Regimientos veteranos, que inquietasen la Provincia con correrías. Don Miguél Pons, Oficial de gran va-

valor, y arrojo, los atacó, y deshizo en el Puente de Montañan; hizo prisioneros doce Oficiales, y quarenta Soldados, tomó muchas Vanderas, y escarmentó á los Rebeldes Paysanos, con muerte de muchos.

El dia 7. de Agosto mandó Starembergh acercar al Segre ocho mil hombres: pusieronse en mayor vigilancia los Españoles; y por si intentaba sorprender á Lérida, la fortificaron de nuevo, y presidiaron: alguna voz corria de secreta inteligencia en esta Plaza con los Alemanes; pero despues diremos como se desvaneció. El dia 8. se acampó á la orilla del Rio todo el Exército Austriaco, con la derecha á Palau, y la izquierda á Miral Campo: despues mudó los Reales, y estendido en quatro columnas, llegaba la izquierda á la Ermita de Grinian, y la derecha á Villanueva: todo era marchar incierto, para engañar á los Enemigos: no tenia su intencion contra Lérida; pero la fingia. Movieron sus Tropas el Conde de Aguilár, y Besons, y solo el Rio separaba ambos Exércitos. Tenian los Españoles la derecha á Lérida, y la izquierda á Menarge. Los Alemanes fingian buscar la llanura para llamar á lo inferior del Rio á los Enemigos. No se engañó el Conde de Aguilár, y fue de dictamen de que todo el Exército estuviese á la vista de Balaguér: Besons entendia lo contrario, y que se debia ocupar la llanura, por si daba la batalla el Exército Austriaco, para que pudiese la Cavallería Española combatir. No creía el Conde, que aunque pasasen el Rio los Alemanes querrian Batalla, y que si baxaban á la llanura los Españoles, les faltaria despues tiempo para socorrer á Balaguér, pasando de repente el Rio los Enemigos, que no era facil, estando el Exército bien acampado. Noticioso de esta discordia Starembergh, y mal guardado el Rio por los Cavallos Españoles, juzgando que buscaria lugar de dár Batalla el Alemán, por la noche pasó con la Cavallería el Segre, junto á Balaguér, y echando dos Puentes de Barcas, que tenia prevenido, seguia sin dilacion la Infantería. La luz de la mañana mostró su descuido á los Españoles. Avisó el Conde de Aguilár á Besons, para que fuesen á atacar á los Enemigos, y lo rehusó éste. Los Españoles con voces provocativas querian obligar á los Franceses á dár la Batalla, sin duda al mas oportuno tiempo, porque

aún estaba pasando el Rio el Alemán. Obstinóse Besons, y no se quisieron los Franceses mover. Acabó de pasar el Rio Starembergh, y tomó á Balaguér, con seiscientos prisioneros, y yá en mejor parage, se formó en batalla. Sabia no la podian los Españoles dár, con la desunion de los Franceses; pero como si él los atacaba se defenderian, no se atrevió á esto: bastabale, para gloria, haver provocado á los Enemigos, y ganadoles mejor sitio. Creció la discordia en el Campo Español: separaronse los Pabellones de los Franceses, y reynaba tanto la enemistad, que á traycion se mataban reciprocamente los Soldados. Entonces tuvo Starembergh mas fortuna, que atrevimiento, porque si atacára en esta desunion á los Enemigos, lográra infalible la victoria.

Con un Extraordinario avisó luego el Conde de Aguilár al Rey Catholico, diciendo, que si no unia este Exército con su presencia, estaba perdido. Con la mayor celeridad pasó en posta el Rey Phelipe al Campo el dia 2. de Septiembre, con la poca Comitiva, que le pudo seguir. Alegraronse las Tropas Españolas, é informado el Rey de los cargos que se hacian á Besons, le habló en secreto: el positivo descargo que dió, se ignora: es probable le mostrase la orden de su Amo, de no dár Batalla precisa, si defendia el Rio. Quexóse el Rey á su Abuelo: llevó las quexas con algun calor el Delphin. Calló el Rey Christianisimo, con quien se escusó Besons de no haver emprehendido accion alguna, desconfiando de los Españoles, porque en el ardor de ella, en vez de disparar á los Enemigos, matarian á los Franceses. El Christianisimo llamó á Besons, y todas sus Tropas. El Rey Catholico no debió de quedar mal satisfecho de este Oficial, porque antes de partir le dió el Toyson de Oro: ni con los Franceses, ni sin ellos podia subsistir en el Campo.

Estaba el Rey Christianisimo altamente indignado con los Españoles, por el odio que tenian á sus Vasallos, y persistia en querer sacar todas sus Tropas de España. Con grandes ruegos consiguió el Delphin, que dexase por entonces doce mil hombres al sueldo del Rey Catholico, que mandó con el mayor rigor, se hiciesen Levas por toda España. Introduxo una aparente concordia entre las dos Naciones, y se acampó junto á Noguera, desde Alguayre, al Puente de Al-

Alfarás. No era bueno el Campo, ni estaba seguro el Rey, si no huviese hecho tantos Destacamentos Starembergh; porque embió gente á Cerbera, y á Ribagorza, contra el Coronél Caylús, y mucha mas contra el Duque de Noailles, que infestaba la Provincia de Ampurias, y havia aumentado sus Tropas con los Franceses del cargo del Conde de Stain, que estaban en Aragon. Dos mil Cavallos Alemanes se havian, con poca vigilancia, acampado no lexos de Girona, entre Palau, y Santa Eugenia. Atacólos Noailles, y con facilidad los deshizo; y si no huvieran tenido prompto el refugio de Girona, huviera sido mayor la ruina; pero murieron muchos, perdieron el Bagage, y Pertrechos, y quedó herido, y prisionero el General Frakembergh.

El dia 24. de Septiembre pasó el Rey el Segre por el Puente de Lérida, buscando á los Enemigos, que estaban bien fortificados en Balaguér. Importó aquello para restaurar la opinion del Exército, pues aun despues que faltaban tantos Franceses, solo podian estár sobre la defensiva los Alemanes. Viendo que no los podia obligar á una Batalla, intentó quitarles los Viveres, y se acampó entre Fontanela, y Palau, corriendo el Campo Don Joseph Vallejo, y ácia Agramont, Zereceda. Acercóse mas á los Enemigos hasta Villanueva; pero no se atrevieron á salir de las Trincheras, ni el Rey las podia forzar, porque eran impenetrables, por eso restituyó su Campo á Lérida, y el dia 2. de Octubre bolvió á la Corte, llevandose consigo al Conde de Aguilár, por dár satisfaccion á los Franceses, que servian baxo su mano disgustados, porque solo estaban sepultados en el disimulo los odios no apagados. El mando de estas Tropas se dió al Principe de Esterclaes, Flamenco, que confrontaba mas con los Franceses, y amaba á los Españoles. Este, pasando otra vez el Segre, se acampó en Alguaire, sin que huviese de una, ni otra parte accion alguna remarcable.

El mismo dia, que el Rey Phelipe salió de la Corte para el Campo, la dexó el Embaxador Amelot, y se fue á Francia: parecióle estár expuesto á algun desayre, si quedaba sin el Rey: salió rico, no porque huviese abiertamente usurpado de las Rentas Reales, ni de los Españoles; sino por la gran negociacion, que se le permitia hacer en Indias, sacando

do de la generosidad del Rey permisiones, perjudiciales á aquel Comercio. Tambien salieron con él otros Franceses, instrumentos de este negocio, y solo quedaron los de menor importancia, y algunos en el Palacio, protexidos de la Princesa Ursini. No la pesaba á ésta la ausencia de Amelot, porque crecia su autoridad, y por conciliarse á los Españoles, hizo, que eligiese el Rey por unico Ministro de todos los Negocios Estrangeros al Duque de Medina-Cœli; este era, en virtud del Decreto, su particular encargo, pero nada se hacia sin él; porque no solo entraba tambien en el Consejo de el Gavinete, sino que despachaba solo algunas veces con el Rey, el qual no se fiaba enteramente del Duque, y lo mas secreto se reservaba á la Reyna, á la Princesa, y al Marqués de Grimaldo, á quien siempre el Rey tuvo particular inclinacion: El Duque de Medina afectaba amor, y zelo; el Rey confianza, y nada de esto havia, porque el Duque tenia ageno el animo de los intereses del Rey; y aunque para satisfacer su vanidad se hizo de rogar para admitir el empleo, le admitió de buena gana, porque con esto agigantaba su autoridad: hacia cada dia nuevos parciales, y tenia mas poder sobre el Reyno. Todo lo entendia el Rey; pero haviendole desamparado los Franceses, era preciso valerse de los Españoles; y para engañar al Cuerpo de los Grandes, se eligió uno de los mas autorizados. Creyeron los Enemigos, que poner el Govierno en manos del Duque, havia sido arte para perderle. Esto era impropio de la benignidad del Rey, cuyo sincero animo, y cuya intrepidéz, no buscaria tantos rodeos, si tenia que castigar. La Princesa era mas capaz de armarle este lazo; pero era aventurar mucho, buscando un delito incierto, á tiempo que combatian al Rey las mayores dificultades, porque le faltaban los socorros de Francia; y en esto mostraba tener el Rey Christianisimo intencion de la Paz, con la qual se cargaba toda la fuerza de los Enemigos contra la España, y no la podia defender el Rey solo. Obstentaba sus rigores á este tiempo la fortuna, afligiendo al Rey con nuevos cuidados, pues entraba por necesidad en nuevos disgustos, y empeños con la Corte de Roma.

Imposibilitado el Pontifice de resistir al Emperador, y perdiendo cada dia algo de sus Estados, dió oídos el dia 9. de

de Febrero á las proposiciones de ajuste, que embió la Corte de Viena; estas eran: »Que havia de reformar sus Tro»pas el Pontifice, quedandose con las que tenia antes de las »nuevas Levas: Havia de reconocer por Rey Catholico, y »de toda la Monarquía Española, al Rey Carlos de Austria: »Se le havia de cár la Investidura de Napoles: Se havia de »señalar Quarteles á quince mil Alemanes en los Estados Pon»tificios, que para no padecer vejacion, se havian de pagar »cien mil escudos Romanos: Se havia de restituir al Pontifice »lo que se le havia tomado, si tenia claro derecho á ello: Ha»via el Fiscal Regio de bolver sus rentas á los Eclesiasticos »ausentes: En privada, y amigable conferencia se havia de »decidir sobre Comachio: Havian de proteger perpetuamente »el Emperador, y el Rey Carlos, contra qualquier Principe, »á la Sede Apostolica.

Estos poco ventajosos Articulos vió el Papa con precisa tolerancia, y se eligió al Cardenal Fabricio Pauluci, para que confiriese sobre ellos con el Embaxador Cesareo, Marqués de Prié; y lo que mas embarazaba era, reconocer á Carlos de Austria por Rey Catholico, quando yá estaba Phelipe de Borbon reconocido, y tenia muchas Bulas Pontificias, que le trataban como tal, siendo este titulo indivisible; y á esto se seguia, reconocerle al Rey Carlos por dueño de quanto poseía el Rey Phelipe, lo que repugnaba á la razon, y á la justicia; no porque eso fuese decidir, sino porque en los Reynos, en que Phelipe dominaba, no se le podian negar las Bulas de los propuestos Beneficios, y Mitras, y era notoria contrariedad reconocer dos Reyes de España; en lo que se aventuraba tambien, que esta negase al Pontifice la obediencia, protestando de todas sus resoluciones. Esto ponderaba Pauluci al Marqués de Prié con mas bien limadas razones, y ofrecia reconocer á Carlos por Rey en abstracto; pero no con el titulo de Rey Catholico. Los Alemanes, que conocian la poca constancia del Papa en materias politicas, el temor de los Romanos, y sus ténues fuerzas, instaban: Que si luego no se hacia este reconocimiento, tenia orden el Conde Daún, para ir á Roma con veinte mil hombres. Nada aprovechaban las representaciones de Tesé, y de el Dupue de Uceda por la España, porque eran solo pa-

pe-

peles, y palabras, y los Alemanes mostraban la bayoneta. Los Ministros del Papa daban á los Españoles por escusa: *Que estaba violentado, y por eso era nula la recognicion, la qual nada le quitaba al Rey Phelipe, ni se le negaria el Titulo, yá una vez dado, y las Bulas en sus Dominios: Que no era este el primer Pontifice, que havia reconocido dos Reyes de Napoles, y que era preciso ceder á la fuerza, (y en secreto decian, que á la tyrania) porque no debia el Pontifice exponer el Estado Eclesiastico por un punto politico aereo, y una question solo de nombre: Que eran los Españoles, y su Rey muy Catholicos, para quitar por eso la obediencia á la Santa Sede; y que si tal sucediese, no seria culpa de un Papa oprimido, y obligado.*

Apretaban por la respuesta los Ministros Austriacos, y la dió el Pontifice en esta forma: *Que havia de reconocer genericamente por Rey á Carlos de Austria, y que se formaria una Junta de quince Cardenales, para deliberar el Titulo: Havia de retener el Papa cinco mil hombres de Armas: Se havia de dár una contribucion para diez mil hombres, que havian de tomar Quarteles de la otra parte de el Pó, fuera de los Estados Pontificios: Se havia de hacer una Congregacion, que difiniria sobre los Estados, que son Feudos de la Iglesia, Comachio, Parma, Ferrara, Plasencia, y otros Estados de Principes Romanos, que se pretenden Feudos Imperiales, y que hasta que se definiese, presidiarian á Comachio los Alemanes: Que havia de proponer Carlos de Austria para los Beneficios Eclesiasticos á los sugetos dignos, de los Dominios que poseía; y havia de anular el Cesar los Decretos hechos sobre Parma, y Plasencia.*

Estas proposiciones las despreció el Marqués de Prié. Lo propio sucedió en Viena. Para determinar el Titulo de Rey, nombró el Pontifice á los Cardenales Achiajoli, Carpegna, Galeazo, Marescoti, Espada, Bansiatici, San Cesareo, Gabrieli, Ferrari, Domingo Paraciani, Caprara, Carlos Agustin Fabroni, Benito Panfilio, Fulvio Astali, Bichi, y Joseph Renato, Imperial. Estos quince eran hombres sabios, y prudentes, tenidos por neutrales: no se debia desconfiar de ellos; pero tampoco debia el Cesar sujetarse á su arbitrio. Protestó el Rey Phelipe de nulidad de qualquier Decreto, que hiciesen, y presentó las protestas Don Joseph Molinés, Decano de la Sacra Rota por España, al Decano del Sacro Co-

Colegio, al Vice Chancillér Cardenal Ottobono, y al Cardenal Camarlengo. Hallabase el Pontifice muy embarazado, y tuvó orden el Arzobispo de Damasco, Nuncio en España, de ablandar el animo del Rey, exponiendo sus razones, que todas se reducian á estar violentado, y serle imposible redimirse de la vejacion, sin condescender en gran parte con lo que pedian los Alemanes. El Rey Catholico conocia la opresion, pero havia de hacer justicia á su propia dignidad; y sin faltar á la debida veneracion á la Santa Sede, tomar aquellas satisfacciones, que tuviesen los Theologos por licitas.

El Emperador estaba impaciente de las dudas del Pontifice, y mandó estrecharle con amenazas, que las proferian el Conde Daun, y el Marqués de Prié, aun superfluas al temor del Pontifice, que rendido á él, aun quando fingia con los Ministros de España, y Francia indecision, se convino secretamente con el Cesar, allanandose á las primeras proposiciones, que le vinieron de Viena; solo en la recognicion del Rey Carlos se moderó, porque le reconoció por Rey Catholico en aquella parte de los Dominios de España, que poseía, sin perjuicio del Titulo yá adquirido, y de la posesion de los Reynos, que gozaba el Rey Pelipe. Esta convencion se hizo tan secreta, que hay quien diga, estaba yá concordada, quando se mandaron hacer en Roma Rogativas, para que Dios iluminase al mayor acierto. Tuvieron esta noticia los Ministros Españoles, y Franceses; y el Mariscal de Tesé escrivió al Pontifice dos Papeles, agenos de la veneracion debida á la Cabeza de la Iglesia. Por no dexar á la posteridad el pésimo exemplo de hablar con tan irreverente libertad al Vicario de Christo, no ponemos copia de ellos, pues siendo inseparable la altisima dignidad de Pontifice Sumo, del Varon, aunque este puede en lo politico errar, no se deve violar el respecto á representacion tan alta. Estos Papeles solo tuvieron aprobacion entre los Hereges, ó los poco Catholicos. La piedad del Rey Christianisimo, y del Rey Phelipe no los aprobó. El Pontifice toleró la injuria con christiana paciencia, é hizo pública la concordia, estendida en los mismos Capitulos, que havia propuesto el Cesar, que tuvo compasion de no executar algunos, porque no toma-

ron quartél en el Estado Eclesiastico tanto número de Tropas, ni la contribucion fue tan grande.

El Rey Catholico no deliberó nada antes de oír al Consejo de Estado, á los Consejeros del Gavinete, y á algunos Ministros del Consejo Real de Castilla; y para asegurar mas su conciencia, mandó que el Padre Rubinet, de la Compañia de Jesus, su Confesor, juntase los Theologos mas acreditados, y que diesen su dictamen, sobre si se podia desterrar de los Reinos de España al Nuncio, y prohibir su Tribunal. En esta ultima circunstancia batía toda la dificultad; porque considerandole como Embaxador del Pontifice, yá se le havía insinuado, que no usase del Ministerio, ni entrase en Palacio, y por dictamen del Duque de Veraguas se havia quitado de la Capilla Real el asiento destinado á los Nuncios. Los Theologos (entre los quales estaba el Padre Blanco, Dominicano, y el Padre Ramirez, Jesuita, hombres muy sabios; y exemplares) respondieron, que podia el Rey quitar el Tribunal de la Nunciatura, erigido á instancia de los Reyes Predecesores, por comodidad de los Subditos, administrando los negocios, como antes, por el Ordinario, sin que esto fuese faltar á la debida obediencia á la Santa Sede. De esta misma opinion fué el Obispo de Lérida, Solis. En virtud de esto, mandó el Rey, que saliese de sus Dominios el Nuncio, Arzobispo de Damasco con todos los Ministros de la Nunciatura, prohibiendo este Tribunal, y se dieron Letras Circulares á todos los Obispos de España, para que usasen de la misma jurisdiccion que tenian antes de estár establecido. Contra la persona del Nuncio no explicó el Rey nada; y para honrarle, mandó, que le acompañasen hasta la Raya de España cinquenta Cavallos, y Don Gaspar Girón, su Mayordomo de Semana, y fuese alojado á expensas del Real Erario, hasta que saliese de ella. Era digno de toda esta distincion el Arzobispo Zondadari, por su sangre, y su virtud; y como muchos le havian teñido de la nota de desafecto, quiso el Rey, dandose por satisfecho de este Ministro, explicar, que no havia dado credito á estas voces, emanadas del Duque de Uceda, sin fundamento, y alentadas en Madrid por Don Francisco Ronquillo, y el Duque de Veraguas,

guas, poco amigos del Nuncio. Este pasó su Tribunal á Avi-ñon, pretendiendo exercer desde alli la Nunciatura de España, pero fue en vano; porque por Real Decreto estaba prohibido acudir á ella. Quitóse el Comercio con Roma, mandando no admitir mas Breves Pontificios, que los que el Rey pidiese, que se havian de conceder sin estipendio. Se ordenó salir de aquella Corte al Duque de Uceda, y al Marqués de Monte-Leon: voluntariamente lo hizo tambien el Cardenal Francisco Judice: por mostrar el afecto, y la parcialidad por el Rey, y pasó á Genova, donde se restituyó Monte-Leon, y llegó poco despues Uceda, que havia sido creado Plenipotenciario en Italia, padeciendo el Rey equivocacion en el credito de su fidelidad, porque el Duque no la tenia. Yá lo habia insinuado el Pontifice al Rey Catholico, pero no fue creído. Cierto es, que tenia inteligencia con los Alemanes; pero lo executaba con tanta reserva, que tenia en España la mayor opinion de leal. No tenia el Rey Phelipe en Italia mas, que la Isla de Sicilia, y dos Presidios de Toscana, Longón, y Puerto Hercules; y asi, parecia superfluo el Plenipotenciario, del qual hacian alguna burla los Alemanes; pero pareció alentar á los Reynos de Italia con este nombramiento, que insinuaba, no haverlos olvidado el Rey Phelipe, porque no estaban contentos baxo el yugo de los Alemanes mismos, que los habian llamado: importunando al Rey Phelipe por su recuperacion muchos Magnates Napolitanos, Milaneses, y Sardos. Por estos ultimos instaban continuamente en la Corte el Conde del Castillo, el de Montalvo, y el Marqués de San Phelipe, que dieron un Proyecto de como se podia recobrar el Reyno: fue aprobado en Madrid, y París; y ofreció el Rey Christianísimo, si se proseguia la Guerra, algunos Navios, y dos mil hombres. Para mantenerle en este proposito, y que se executase, se embió á Francia al Marqués de San Phelipe, y á Corcega al Conde del Castillo, porque estando mas vecino á Cerdeña, pudiese cultivar aquellas inteligencias. Tambien desde Genova cultivaban las de Milán el Marqués de Monte Leon, y las de Napoles el Duque de Uceda, más para saber lo intimo del secreto, que para adelantar el servicio del Rey Catholico. Conociendole muchos Napolitanos, no se fiaban del Duque,

y mantenian su correspondencia con Don Joseph Molinés, que havia quedado con su empléo de Auditor de la Rota en Roma, y era hombre seguro, eficáz, y del mas constante afecto al Rey de España. Entró este en nuevos empeños, porque yá reconocido Carlos de Austria por Rey Catholico en Roma, embió por su Embaxador al Principe de Avelino, Napolitano, cuyos primeros pasos fueron pretender la Casa, que para sus Embaxadores tiene en Roma el Rey de España, que la defendió, pasandose á ella con gente armada Don Joseph Molinés; y para sostener el empeño, se le embiaron de Longón doscientos Oficiales.

No cesaba en París el Duque de Orleans de procurar descomponer con aquella Corte á la Princesa Ursini, porque esperaba bolver á España, si salia aquella. Deseaba ardentisímamente el imperio de aquellas Tropas; y mucho mas, despues que habia buelto á París Amelot, dando por pretexto, que solo él era capáz de unir las dos Naciones, por tener en España tantos Parciales de la primer Nobleza, y de los mas distinguidos Oficiales en las Tropas. No se le ocultaba esto á la Princesa, que tenia el favor de la Señora de Maintenón, y conservaba secreta inteligencia con Amelot: esta era otra Guerra, en que padecian ambas Cortes, pues nada cansa mas á los Reyes, que instarles con sophisticas razones lo que es de su desagrado, porque como los mas quieren hacer siempre lo mejor, temen ser de su propria voluntad engañados. La Princesa, para defenderse de esta persecucion, inquiria mucho sobre los pasos, y operaciones de los que imaginaba mas adheridos al Duque de Orleans en España, que no eran muchos, pero su aprehension abultaba el numero: creía, que havia dexado Espias en la Corte, y en el Exercito, y no se engañaba: solicitaba con cuidado ocasiones para malquistarle mas con el Rey; y sobre todo, le daban cuidado un Secretario, y un Ayudante Real, que havia dexado el Duque en Lérida, llamados Flot, y Renó, Franceses, para lo qual mandó al Governador de la Plaza, Conde de Luviñi, que vigilase en ellos. Esta prevencion, ó la natural advertencia del Governador, que era hombre fidelisimo, y puntual, hizo reparar, que aquellos dos Franceses salian frequentemente de noche de la Plaza, y les pu-

so Espias, para que los siguiesen, averiguó, que iban al Campo enemigo, y al Pavellon de Diego Stanop, General Inglés: avisó de esta novedad á la Princesa; y el Rey no quiso se prendiesen por entonces, sino que se estuviese á la mira, para que no pudiesen salir de España; pero queriendolo estos executar, fueron presos, y tomados sus papeles: uno se cogió en el viaje, que se encaminaba á Bayona: llevaronlos al Castillo de Pamplona, y en sus escrituras se hallaron muchas Cartas en cifra, que les escrivia el Duque de Orleans, y otras respuestas de Stanop. De las cifras se halló la llave, y se pudo poner en claro: » Que el Duque, » viendo como infalible, y necesaria la Paz del Christia- » nísimo con los Aliados, y que se desampararia al Rey » Phelipe, para obligarle á dexar el Trono, havia ofrecido » á los Ingleses el entregarles las Plazas de Lérida, y Tor- » tosa, y el Castillo de Pamplona; y como suponia, que ha- » via de tener el mando de las Tropas de España, prometia » perder con arte tan enteramente una Batalla, que no le » quedasen al Rey Tropas con que subsistir, de genero, » que se vería obligado á restituirse á Francia, y que él se » levantaria con las que quedasen, salvando los Regimien- » tos, y Gefes, que tenia á su devocion; y que ocupan- » do la parte mas principal de España, la entregaria á los » Ingleses, que ayudados de las Tropas Austricas, la pose- » erian toda; pero que al Duque se le daría el Reyno de » Valencia, y Navarra, con Murcia, y Cartagena, reco- » nociendole por Rey, para que él cediese á la Casa de » Austria los derechos, que tenia á la Corona de España, » despues de la Linea del Rey Phelipe; advirtiendo, que » este Tratado no queria tenerle con otro, sino con los In- » gleses.

Esta era la idéa del Duque, admitida de los Ingleses con engaño, porque no le cumplirian la palabra, ni convenia á su systéma dexar en la España un Rey de la Casa de Borbón, el qual, que se llamase Phelipe, ó Luis, era question de nombre. Tenia entablado este Tratado antes de salir de España; y para que creyesen facil lo que ofrecia, dió una Nota de sus Parciales, y puso en ella, no solo muchos Cabos Militares, sino aun á los primeros Magnates. Esta

Memoria no se halló en los Papeles que se cogieron; pero el contexto de las respuestas de Stanop, la suponia. Como fue obligado á salir de España, continuó este negocio por manos de los referidos Flot, y Reno. Un Clerigo Cathalan, que iba, y bolvia de Lerida al Campo Enemigo, y traia las Cartas, fue tambien preso. Quando los Ingleses vieron salir de España al Duque, desconfiaron de que pudiese cumplir lo ofrecido, porque mandaba las Tropas el Conde de Aguilar, hombre fidelísimo, de la mas Ilustre Sangre en España, é incapáz de tal infamia. Despues las mandaba Stenclaes, Sugeto de semejantes circunstancias, y asi se enfrió Stanop en este negocio: viendo lo qual, y discurriendo la causa, queria el Duque bolver á España á mandar sus Tropas, y executar su designio. Los Presos en el Castillo de Pamplona lo confesaron todo de plano; pero que estaban engañados, porque el Duque les decia era de orden, y consentimiento del Rey Christianísimo, de quien eran Vasallos. No confesaron en la materia complices, porque no los havia menester el Duque, que no se havia fiado de Español alguno; y aunque fueron presos, por la gran adhesion que tenian á él, Don Bonifacio Manrique, Don Antonio de Villarroél, y el Marqués de Fuente-Hermosa, fueron luego puestos en libertad, conociendo su inocencia, y que de nada de esto eran sabidores. De todo lo referido dió aviso individual á su Abuelo el Rey Phelipe. Tuvo Luis XIV. la pesadumbre mayor, avigoraba su ira el Delphin, y se determinó la ultima sangrienta resolucion contra el Duque; pero no la dexaron executar los ruegos de la Maintenón, y de la Duquesa Madre, y aun de su Muger, hija natural del Rey, que mal avenido con su propria benignidad, no podia esconder su sentimiento: era preciso un exemplar castigo, ó un alto disimulo, porque el Duque se escusaba diciendo: »» Que este Tratado era solo en el caso de hacer Paz con los »» Aliados el Christianísimo, y de resolver, y consentir, que »» saliese el Rey Phelipe de España, porque no queria el »» Duque renunciar sus derechos, si no le daban alguna por»» cion de los Reynos, á los quales tenia accion por su Abue»» la Ana Mauricia, hermana de Phelipe IV. heredera indu»» bitable, si no lo fuese Maria Theresa, y que en esta for-

»ma

»ma estaba declarada en las Cortes de España la succe-»sion, por la qual no era delito conservar de aquellos Rey-»nos la parte que pudiese, si no se mantenia en el Trono »el Rey, pronto siempre á restituirlos, quando bolviese »á él. Estas razones, aunque sofisticas, era preciso pasar-las por buenas, y admitir la disculpa, ya que no se havia de castigar el delito. Aún queda la duda, de si favoreció al Duque de Orleans el de Borgoña: no faltó quien lo afirma-se; pero al fin, sepultó un politico silencio el negocio, y el Rey de Francia explicó al de España su determinacion, y estár necesitado á executar una benignidad casi injusta. Por su natural clemencia, y por dar gusto á su Abuelo, á todo se acomodó el Rey Phelipe, y dió libertad á los dos Franceses, que tenia presos en Pamplona. Hay quien diga, que nada de este Tratado sabian en Barcelona, y Viena; pero esto no es probable: cierto es, que se calló siempre el haverse querido valer de este medio.

Yá divulgada la voz de Paz, y no concluída, temieron los Olandeses que no la hiciesen particular con el Rey de Francia los Ingleses, porque tomaba cuerpo la faccion con-traria á Malburgh, aunque éste siempre prevalecia. Valianse los Torris contra los Vigtz, de un hombre de mucha elo-quencia, llamado el Doctor Enrique Sciacheverél, que abiertamente disputaba sobre los derechos al Reyno, y no dexaba de dar cuidado. Recelaban tambien en Olanda los precisos movimientos de la Germania, haviendo llamado sus Tropas muchos Principes, despues que vencido en la Batalla de Pultova, por los Moscovitas, el Rey Carlos de Suecia, se habia retirado á Andrinopoli, y aprovechando-se de la ocasion, se coligaron contra su Reyno el Rey de Prusia, el de Dinamarca, y Polonia: llamóse ésta la Liga de los tres Federicos; y aunque todas las iras se dirigian contra Suecia, tenia el Rey Carlos Estados en Alemania, que eran los Ducados de Bremén, y Vverdén, que se esta-ban yá poniendo en defensa, y su circulo los protegia. No estaba enteramente extinguida en Polonia la faccion del Rey Stanislao, y asi dudaban en Olanda, que muchos Prin-cipes Alemanes retirasen los Regimientos que habian dado al sueldo del Emperador, y de los Ingleses, con lo qual se en-

enflaquecian sus fuerzas, teniendo siempre la Francia un poderoso Exercito en pié. Esto los obligó á usar de sus acostumbradas artes, y á insinuar al Christianísimo, que bolviese á entrar en Tratados de Paz: que se moderarian mucho los propuestos Articulos; y que, quando hallasen ventaja, la harian particular. Para esto era menester engañar á los Ingleses, y confiarlos: no estaban estos muy asegurados de los Olandeses; y asi, por descubrir su intencion, y estrecharlos, ambas partes creyeron las convenia una nueva particular Liga entre Inglaterra, y Olanda, que se firmó el dia 29. de Octubre, estendida en veinte y un Articulos. Los principales eran, sostener la succesion de Inglaterra en la Linea Protestante, y elegir una Barrera formidable en Flandes los Olandeses. No fué dificil el Ajuste, porque no daba cosa de lo suyo la Inglaterra, y la succesion en la Casa de Hannovér la importaba tambien á la Olanda. Se hicieron reciprocos pactos de no tratar Paz uno sin otro, y ambos tiraban á engañarse, porque la Olanda estaba cansada de la Guerra, y queria la Paz: tambien la deseaban en Londres los émulos de Malburgh, para quitarle la autoridad, y el poder; pero como la repugnaba el Cesar, porque le faltaba mucho que vencer á su Hermano para ser Rey de España, donde solo tenia un pequeño pedazo de Cathaluña, no explicaban sus deseos los Aliados, antes se recataban uno de otro.

No havia sucedido cosa de gran entidad en el Rhin, porque de uno, y otro Exercito se havian hecho numerosos Destacamentos para Flandes. Mandaba el de los Aliados el Duque de Hannovér, y el de los Franceses el de Harcour, que echando tres Puentes al Rhin, pasó nueve millas de Kel, para forragear los Campos de aquellas Provincias, sin que pudiesen los Alemanes embarazarlo. Para penetrar estos en la Alsacia Alta, y ponerla en contribucion, destacó el Duque de Hannovér al General Mercy con ocho mil hombres, para que pasando de improviso por los Estados de los Esguizaros, diese el gyro con la mayor celeridad á la Alsacia. Marchó la noche del dia 21. de Agosto con dilatadas, y continuas jornadas, entrando por Baleen; y pasando por San Jacobo, y Gundeldinguen, lle-

llegó á la Alsacia, se adelantó á Neoburgh, y se juntó con el General Latour: luego echó un Puente al Rhin, y se empezó á fortificar, con lo qual ponia en peligro á Heninguen, y sus confines, porque yá tenia casi bloqueada la Ciudad. Era Embajador de la Francia en los Esguizaros el Conde de Luch, y haviendo alcanzado á tiempo esta noticia, la participó con extraordinario al Duque de Harcourt, que sin dilacion destacó al Conde del Burgo con diez mil hombres, para cortar el paso á los Enemigos, que se estaban moviendo ácia Romeskeim, para buscar mejor sitio, pues no se havian podido aún fortificar, ni perfeccionar la Trinchera. A la primer vista, casi cogidos sobre la marcha, los atacó con la mayor resolucion el Francés, formado en batalla: dispusieronse con prontitud para ella los Alemanes, y sostuvo el primer encuentro con gran valor el General Breverén, que mandaba la izquierda, y tanto se esforzó, que deshizo tres Esquadrones de Franceses; pero al repararse estos, se adelantó demasiado á buscar al Conde del Burgo, que venia á salirle al encuentro, y perdió la vida gloriosamente. Regía la derecha de sus Tropas Mercy; pero yá con la muerte de Breverén, vencida su izquierda, cargaron los mejores Regimientos de los Franceses á pelear en su siniestra, y se travó cruentísima guerra. Mataronle á Mercy el Cavallo, que montaba, y al caer, le cogió debaxo, y tuvo gran peligro. Este rato que dexó de pelear, le faltó á aquella ala un Gefe tan esforzado, y vigoroso, que pudieron los Franceses deshacerla enteramente; y como los Vencedores del ala izquierda advirtieron cortar el Puente, les faltó á los Vencidos este refugio. Mercy se salvó, pasando el Rio á nado: quedaron de los Alemanes mas de mil muertos, doble numero de prisioneros, y padecieron gran desercion, aunque el General Vviterskein retiró las reliquias á Fribourgh: los que siguieron á Mercy, se recogieron con él á Rehinselum. Puso la Tierra enemiga en contribucion el Francés; y aunque esta Victoria fue pequeña, por el corto numero de los que pelearon, importó mucho, porque ocupada la Alsacia Alta de los Alemanes, se hubieran podido adelantar, hasta dar la mano al Duque de Saboya, para que atacase el Delphinado, poner en contribucion

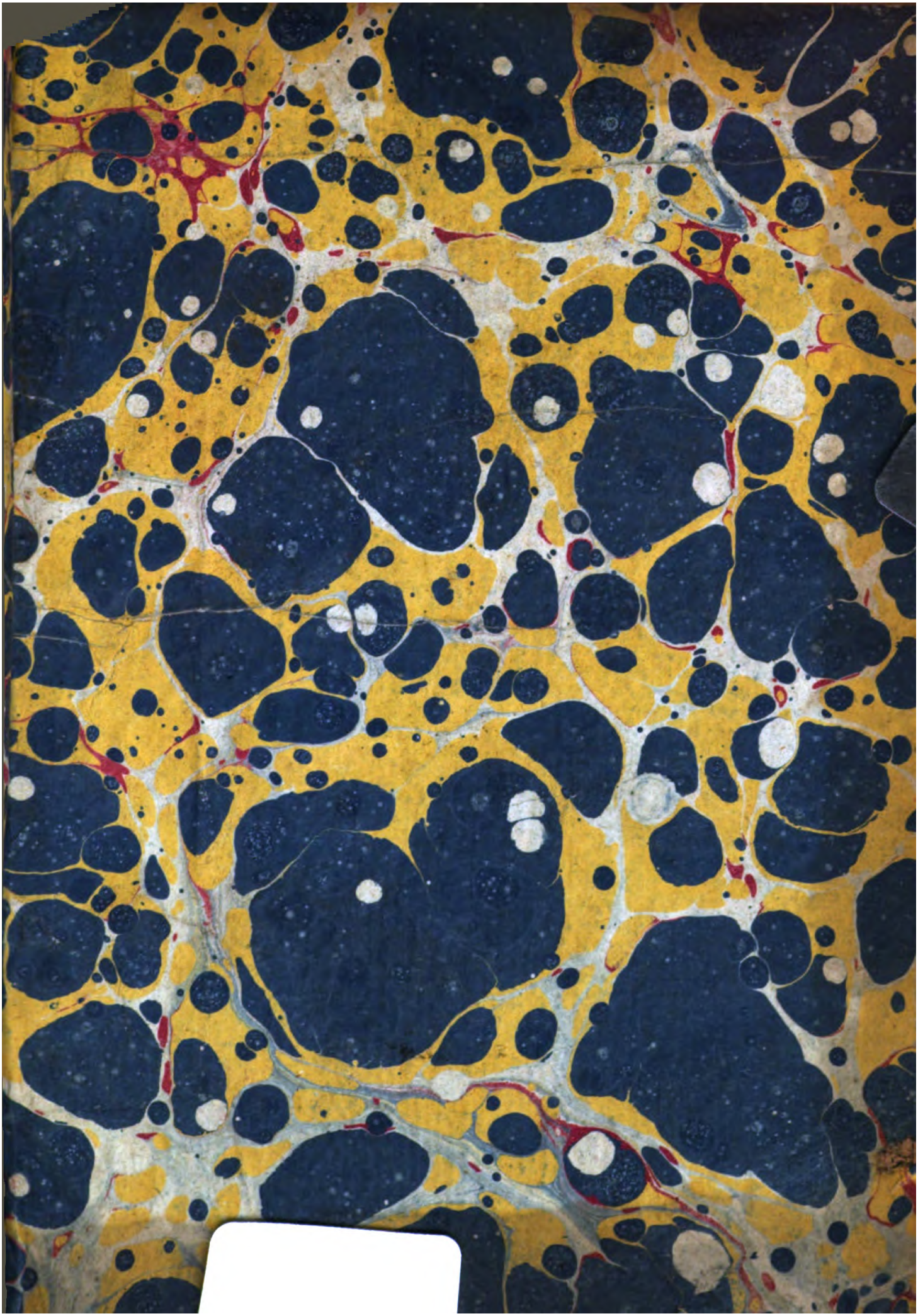
á Leon, y en peligro la Borgoña. Dió el Rey de Francia la quexa á los Esguizaros; y respondieron, haber sido sin su noticia: lo proprio respondió á ellos el Cesar, y se debió todo á la vigilancia del Ministro que residia en Helvecia, y al valor del Conde del Burgo.

Sintió mucho este accidente el Duque de Saboya, porque no podia en los Alpes hacer progreso alguno. Havia el Duque de Bervich fortificado bien á Brianzón, el Castillo de Barrán, y el Rio Varo. El Conde Daún intentó tres veces pasar por los Montes, contra el Delphinado, pero fue en vano. Estaba el Conde de Broglio, Francés, acampado en los Collados de Brianzón, con bien fortificada Trinchera, contra la qual partió improvisamente Daún; pero saliendo de ella á encontrarle el Conde de Broglio, le derrotó, y rechazó hasta los vecinos Valles, con pérdida de mil y quinientos hombres, no se atrevieron despues los Alemanes á poner su campo al otro lado del Montmillán, ni penetrar en la Moriena; y para que no los encerrasen los Franceses, pusieron un gran Destacamento en Conflans. Quiso el General Rhebinder, Alemán, pasar el Puente de Vachet, junto á Brianzón; pero le defendió con tanto esfuerzo el Señor de Dillón, que desistió del intento, dexando ochocientos hombres. Estos progresos, que negaba al Duque de Saboya la fortuna, desalentaron á los Calvinistas de Lenguadoc, porque el Duque de Recloire abatió con gran rigor el orgullo de las Cebennas, de donde yá bolvian á formar sediciosas Quadrillas los Hereges. Con esto se pudieron embiar mas Tropas al Duque de Noailles, que debastaba la Cathaluña, que alinda con el Rosellón, y tenia en continuo movimiento á aquellos Rebeldes, que nunca retirados á Quarteles, ni aun en el rigor del Invierno, corrian por todos los Lugares, que se habian restituido al dominio del Rey Phelipe.

En Portugal, nada digno de la Historia hizo el Marqués de Bay, despues de la Batalla de la Gudiña, pues aunque bloqueó á Olivenza, nunca la pudo sitiar, porque cortó el puente, y esto mismo sirvió á los Portugueses de defensa. Vino de Gurumena el Marqués de la Frontera, y levantó tres Atrincheramientos junto al Rio, que impidió á los

los Españoles acercarrse, y fueron precisados, instando yá el tiempo de dar Quarteles, á retirarse á ellos.

En este año, á 14 de Septiembre, murió en Toledo su Arzobispo el Cardenal Portocarrero: propuso el Rey á Don Antonio Ibañez, Arzobispo de Zaragoza; pero no quiso dar las Bulas el Pontifice, disgustado de quanto en España se executó contra el Nuncio Zondadari: Con lo que damos fin á el año, y primer tomo de estos Comentarios.

# LAUS DEO.

# LAUS DEO